

RICHARD
FORD

LA CORONA
ROTA

SEGUNDA ENTREGA DE LA TRILOGÍA DE STEELHA

Lectulandia

El rey ha muerto...

Ahora le toca a su ciudad

LOS HÉROES DEBEN COMBATIR...

El rey ha muerto. Su hija, sola y sin experiencia, ha heredado la Corona de Acero. Y una inmensa y sanguinaria horda viene abriéndose paso implacablemente desde el sur, decidida a arrasar Steelhaven.

O LA CIUDAD CAERÁ

Antes de enfrentarse al terror que se acerca, la ciudad debe aplastar el peligro que ya acecha dentro de sus murallas. Pero ¿y si el precio de la victoria es tan devastador como el de la derrota?

Lectulandia

Richard Ford

La corona rota

Steelhaven - 2

ePub r1.0

Titivillus 21.02.2017

Título original: *The Shattered Crown*

Richard Ford, 2014

Traducción: Eduardo Hojman

Editor digital: Titivillus

ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

Para mamá

Prólogo

El Puente del Salvador cruzaba el Storway a la altura en que el río separaba Steelhaven de la Ciudad Vieja. No cabía duda de que se le había bautizado así para homenajear al teutón Arlor, aquel idolatrado héroe de antaño, a quien las numerosas e ignorantes masas habían ascendido a la categoría de divinidad.

Desde el centro del puente, mirando hacia el norte, se alcanzaba a ver el río serpenteando entre prados y bosques durante varios kilómetros. En su camino hacia la ciudad, el curso de agua arrastraba consigo toda clase de ofrendas de la tierra, los desechos de los Estados Libres, los hinchados cadáveres de una nación condenada.

También traía a la presa de Bosque.

La lluvia caía con fuerza, empapándole la capa, rebotando en el puente y bajando velozmente hacia el río. Desde el centro del puente, Bosque alcanzaba a ver la barcaza que flotaba en el agua, navegando en su dirección. Sus cuatro remos a cada lado se sumergían rítmicamente, empujados con suavidad por poderosos remeros. En la proa se ubicaba un hombre alto, con la capucha echada hacia atrás a pesar del tiempo inclemente. El orgullo de su porte era evidente incluso a esa distancia. Pero era de esperar: era un general de las afamadas Compañías Libres, un señor mercenario, templado en el campo de batalla; no solo hábil con la espada, sino también astuto; caso contrario no se habría mantenido tanto tiempo con vida. Nadie sobrevivía como comandante de una de las Compañías Libres sin un poco de crueldad e ingenio. Uno no podía comandar a hombres que combatían por dinero sin ser más listo que los que intentarían usurpar su puesto.

El general estaba flanqueado por sus hombres, todos curtidos veteranos, dispuestos a dar la vida por él; de todas maneras, al menos allí, no les era necesario anticiparse al peligro. Se encontraban en Steelhaven, sede del poder dentro de los Estados Libres, y sus enemigos, los salvajes khurtas, todavía estaban a cientos de leguas hacia el norte. Además, los enemigos del Estado no eran sus enemigos; el general aún no había comprometido el servicio de su compañía y de sus hombres a la defensa de Steelhaven.

Y Bosque había sido enviado para asegurarse de que ello jamás ocurriera.

La barcaza ya estaba a su alcance y Bosque cogió el arco de tejo que ocultaba bajo la capa. En una bolsa atada al cinturón guardaba la cuerda de cáñamo, untada con cera de abeja para que resistiera la humedad. Aunque la lluvia terminaría aflojando la tensión de la cuerda, él no permanecería allí el tiempo suficiente como para que ello le dificultara el tiro.

Con un movimiento veloz y elegante, encordó el arco y sacó una flecha del carcaj. Solo, en el puente, bajo el aguacero, nadie lo observaba. Aunque había Casacas Verdes vigilando la entrada en el lado oriental del puente, estaban

guareciéndose en el refugio y no lo verían. Desde la barcaza, el general y sus hombres, cegados por la gruesa lluvia, tampoco lo divisarían hasta que fuera demasiado tarde.

Bosque enganchó la flecha y tensó la cuerda, apuntando a través de la lluvia, mientras la barcaza del general se acercaba más a cada momento. La ligera brisa a su espalda, que soplaba desde el mar Midral, no haría más que acelerar el vuelo de su flecha.

Cuando cogió un último aliento la lluvia pareció ralentizarse. En ese momento el blanco estuvo perfectamente centrado y Bosque vio el camino de la flecha en su mente; la vio surcando el aire. En esa quietud, en la que el tiempo parecía aguardar expectante, efectuó el tiro.

La flecha estaba perfectamente alineada; el general mercenario ni siquiera pudo verla en el diluvio mientras volaba hacia su cabeza, moviéndose en el aire, con la punta girando hacia el blanco. Bosque contuvo el aliento, anticipándose a la matanza.

En el último momento apareció un escudo. Uno de los mercenarios había dado un salto para proteger a su general; la flecha atravesó la madera, pero se detuvo antes de dar en el blanco. En la embarcación se desató un infierno cuando los otros mercenarios corrieron a proteger a su líder con un muro de escudos, mientras impartían órdenes a los remeros de que cambiaran de dirección y se dirigieran a la orilla más próxima.

No había tiempo para lamentar el tiro errado o para preguntarse cómo había hecho el escolta para interceptar la flecha con tanta habilidad. Bosque se encaramó al parapeto del puente, echándose la capa hacia atrás para alcanzar el carcaj con más facilidad. La barcaza había disminuido su velocidad, mientras los remeros se reacomodaban frenéticamente en sus puestos para intentar avanzar río arriba. Los remos golpeaban el agua, los hombres gruñían, un vapor surgía de los cuerpos bañados en sudor.

Desde el arco de Bosque zumbaron más flechas, una tras otra, en rápida sucesión. Cuando el primer remero lanzó un grito de dolor a causa de una flecha que se le había hundido en la espalda, ya había dos más en pleno vuelo, corriendo hacia sus presas. Era como si les disparara toda una fila de arqueros. Ocho tiros, ocho hombres muertos. El último remero había llegado a ponerse de pie y darse la vuelta en un vano intento de evitar su destino, pero no fue lo bastante rápido. Su cuerpo sin vida se hundió en el agua al mismo tiempo que Bosque colocaba una última flecha en el arco.

Los miembros de la escolta del general estaban delante de él, cubriéndolo con sus escudos. Ni la flecha más certera podría atravesar esa defensa, así que Bosque esperó. Ya sin remeros para dirigirla en el agua, la barcaza se movía a la deriva, y la corriente del Storway la acercaba cada vez más al puente. Bosque observó la embarcación, vio a los hombres del general que lo miraban con recelo, con las espadas desenvainadas y los escudos levantados. Pero no hizo nada; se limitó a dejar que el barco pasara debajo de él y del puente.

Tan pronto como perdió de vista la embarcación, dejó el arco y el carcaj, saltó del parapeto y se cogió a la dovela para poder balancearse debajo del puente. Cayó sobre la popa de la barcaza, desenvainó el estoque y el puñal y evaluó rápidamente a los cuatro hombres que protegían al general, buscando sus puntos débiles. Esto no era lo que había planeado, pero el Padre había sido categórico: el general debía morir. Bosque se adaptaría a la situación, abriéndose paso entre ellos como un veloz viento entre las ramas. Sabía cuál era su deber. No podía permitir que el blanco escapara.

Tres de los hombres avanzaron con vacilación sobre la barcaza bamboleante, mientras el cuarto, el que había interceptado la flecha, se quedaba atrás como última línea de defensa. El trío de guerreros se acercó con los escudos levantados y las espadas bajas. A Bosque le impresionó su disciplina; aunque se enfrentaban a un solo atacante, permanecían prudentes. Eran hombres curtidos, y tendría que ser muy preciso para derrotarlos, pero eso no significaba dejarles tomar la iniciativa.

Sin detenerse, dio un paso a un costado, brincó desde la borda de la barcaza y se abalanzó sobre el primer guerrero. El mercenario levantó el escudo para bloquear el estoque que caía sobre él, pero Bosque ya había cambiado el ataque, dando una patada antes de tocar suelo y empujando el escudo hacia arriba. El estoque avanzó mientras el guerrero, dándose cuenta de que su defensa había sido penetrada, intentó atacar con su propia arma. Bosque se echó hacia atrás y la hoja le cortó la túnica, pero no llegó más allá. Su puñal se hundió en el pecho del guerrero entre las costillas. Mientras el primer mercenario caía con un borboteo, otro se le lanzó encima. Pero Bosque ya estaba girando y desvió el golpe con el estoque. Lanzó el puñal hacia delante y lo clavó en la nuca del segundo guerrero. El hombre lo miró fijamente, apretando los dientes por el dolor. Bosque vio en sus ojos que sabía que estaba perdido y que no había absolutamente nada que pudiera hacer al respecto. Cuando dio un tirón y arrancó la hoja, el guerrero cayó hacia atrás, intentando en vano contener con la mano el reguero de sangre.

El tercer mercenario se abalanzó gritando de furia, con su voz prácticamente ahogada por el torrencial aguacero, sosteniendo el escudo delante de él para empujar a su enemigo a las procelosas aguas. Bosque lo esperó, ofreciéndole un blanco fácil... hasta el último momento. Luego se puso de cuclillas, subió el estoque por debajo del escudo, dejando que el mercenario se clavara en el arma con el impulso de su propio ataque. El hombre murió de inmediato; su espada y escudo cayeron con un estrépito sobre la cubierta antes de que él mismo se desplomara sobre ellos.

Bosque vio un destello de temor en los ojos del general, pero sabía que el último escolta sería el más temible.

La barcaza ya había pasado debajo del puente y la corriente del Storway la llevaba hacia el mar; el timón estaba sin control y la hacía girar como si estuviera en medio de un remolino.

El último escolta ya había salvado una vez la vida de su general, bloqueando una flecha que habría sido imposible de ver, mucho menos interceptar. Pero Bosque se

mantuvo impertérrito; era imposible que el entrenamiento de ese hombre hubiera sido tan exigente como el que impartía el Padre de los Asesinos. Era imposible que estuviera a la altura de Bosque.

Cuando la barcaza dio un violento bandazo, Bosque se abalanzó, de una manera estudiada para que pareciera apresurada, en un intento de atraer al mercenario. Pero el hombre se mantuvo en su posición y se acuclilló aún más bajo tras su escudo. Con un floreo, Bosque amagó hacia la izquierda, luego hacia la derecha, luego otra vez hacia la izquierda, y lanzó el estoque, pero el guerrero anticipó su movimiento y lo bloqueó fácilmente con el escudo. Bosque se echó hacia atrás, listo para el contraataque, preparado para cortar la mano en la que el mercenario llevaba la espada, pero el contraataque no se produjo.

—¡Mátalo! —gritó el general—. ¿Qué esperas?

Pero el mercenario no prestó atención. Bosque casi sintió compasión por ese hombre; claramente era un guerrero muy superior a su comandante, y de una lealtad incuestionable. De todas maneras, se interponía entre él y su blanco y debía morir.

Bosque dio un salto hacia un lado, esquivando al mercenario y a su espada levantada, y apuntó al general. Al ver que su comandante estaba a punto de morir, el último de sus defensores corrió a interceptar a Bosque. Pero este había contado con la lealtad de ese hombre, con su determinación de proteger a su líder con la vida. Una lealtad que le costaría caro.

Girando en el aire, Bosque lanzó el estoque por encima del escudo, apuntando al corazón del mercenario. En un último intento de salvarse, el hombre levantó la espada y desvió la estocada de Bosque, que solo penetró en su hombro. Lanzó un gruñido de desafío por el punzante dolor que sintió cuando Bosque arrancó rápidamente la hoja y se preparó para asestarle el golpe mortal. El mercenario retrocedió tambaleándose al tiempo que Bosque volvía a lanzarle el arma, pero antes de que pudiera alcanzarlo, la barcaza chocó contra la amplia muralla que corría a lo largo del Storway. El navío escoró con violencia y el mercenario perdió pie. Cayó por la borda y se hundió en el agua mientras un fuerte crujido de madera resonó en el aire.

La cubierta se llenó de agua rápidamente. Bosque se volvió hacia el general. El hombre había desenvainado la espada, con la cara retorciéndose de furia, pero también con temor en los ojos.

Bosque avanzó a través del agua, que ya le llegaba a la altura de los tobillos, y la barcaza volvió a chocar contra la pared. Oyó cómo se agrietaban y se hacían astillas las maderas de la cubierta, con un ruido más fuerte que el estrépito de la lluvia que caía sobre el río. El general estaba en cuclillas en la proa, cogiendo la espada en una postura defensiva. Su posición era perfecta, pero no lo bastante como para disuadir a Bosque.

El general lanzó un gruñido de desafío, preparándose para atacar, pero era viejo y lento y sus mejores días ya habían quedado atrás. Bosque esquivó con facilidad su

torpe embestida y contraatacó. Se oyó un estruendo de metal sobre metal cuando apartó la espada del general, antes de hundir el estoque en el pecho de su blanco. Cuando dio un tirón para sacar su ensangrentada arma, durante un breve instante el general pareció desconcertado, como si casi no pudiera creer que estaba muerto. Luego la luz de sus ojos empezó a disminuir lentamente y su cuerpo se derrumbó sobre la barcaza.

Bosque vio que la embarcación se dirigía hacia el montante de piedra del abandonado puente Carrion de Steelhaven. Aguardó mientras la barcaza avanzaba hacia su desaparición definitiva. En el último momento, antes del impacto, saltó desde la proa, se aferró al maltrecho montante y se alzó. La barcaza chocó contra lo que quedaba del puente, se partió en dos y el río la tragó rápidamente, para luego arrastrar los cuerpos del general y sus hombres hacia las traicioneras aguas del mar Midral.

A Bosque no le costó nada escalar la muralla de Steelhaven. Tampoco le costó nada eludir a los Casacas Verdes que, al refugiarse de la lluvia, se habían vuelto ineficaces para cumplir su deber.

Las calles estaban desiertas; la torrencial lluvia las había vaciado de los esclavos y las bestias de carga que acostumbraban a circular por ellas. Bosque se alegró; la lluvia y el frío siempre le resultaban mucho más soportables que el gentío que pululaba por allí como si estuviera sumido en un estupor. Lo odiaba, odiaba ese sitio, pero estaba atado a él por su devoción al Padre de los Asesinos. Una devoción que jamás cuestionaría.

Tardó poco en regresar al santuario donde la espesa oscuridad de los túneles subterráneos ofrecía un refugio de la fuerte lluvia. En algunos lugares, los túneles se habían inundado con el agua que fluía formando ríos en los pasajes subterráneos, pero Bosque conocía los pasadizos secretos y en poco tiempo llegó a la caverna central.

Se arrodilló en silencio y se dispuso a esperar al Padre. Podría ser una vigilia larga; el Padre de los Asesinos venía cuando lo consideraba conveniente y en ocasiones Bosque había tenido que aguardarlo durante varios días. Por fortuna, el Padre estaba ansioso por averiguar si su hijo había logrado su cometido.

—¿El general? —preguntó una voz profunda proveniente de la oscuridad.

—Muerto. —Bosque se abstuvo de comentar que lograrlo no había resultado ni fácil ni rápido.

El Padre se acercó.

—Estoy complacido —dijo, avanzando hacia el tembloroso círculo de luz proyectado por la antorcha, con el rostro retraído, preocupado.

Llevaba días lamentando la pérdida de Montaña y todavía más la de Río, su hijo favorito. Bosque odiaba a Río por ello. Lo odiaba más que nunca por su traición y por lo que le había hecho a su Padre.

—Vivo para servir, Padre. Vivo para destruir a los enemigos...

—Lo sé, hijo —lo interrumpió el Padre. Había un tono de enfado en su voz y durante un segundo Bosque se preguntó si terminaría sintiendo el azote del látigo, pero en cambio el Padre de los Asesinos posó una mano en su cabeza—. Eres el más leal de todos, el único hijo que me queda. Y tengo una nueva tarea para ti.

—Dime cuál es, Padre —respondió Bosque, levantando la cabeza con entusiasmo, anhelando otra oportunidad de enorgullecer a su Padre.

Al hacerlo vio que el Padre tenía dos clavos de acero en la mano y los frotaba entre el pulgar y los otros dedos como si ello lo reconfortara.

—Tal vez estés menos dispuesto cuando sepas cuál es la tarea que desempeñarás para mí.

—Haré lo que me pidas.

El Padre sonrió.

—Lo sé, hijo.

Dio un paso atrás y le hizo a su hijo el gesto de que se incorporara. Bosque obedeció, ansioso por saber qué se le pediría.

—Río se encuentra en Bahía Keidro. En este mismo momento está haciendo entrar en vereda a los señores del Camino de la Serpiente y su tarea está casi cumplida. Te trasladarás a Aluk Vadir. Cuando Río haya completado su misión, él también irá allí para recibir sus siguientes órdenes. —El Padre clavó los ojos en Bosque—. Y allí lo matarás.

Bosque entendió las palabras del Padre, pero casi no pudo creer lo que oía. En cualquier otro momento habría obedecido inmediatamente, ya se habría puesto en camino para cumplir la voluntad del Padre. Esta vez, en cambio, negó con la cabeza.

—Pero hemos hecho un pacto con él. Él cumplió su parte del trato. ¿Por qué...?

—¿Me cuestionas, Bosque?

Las palabras del Padre ardieron más que un látigo y Bosque bajó la cabeza rápidamente, avergonzado.

—No, padre. Haré lo que ordenas.

—Lo sé, hijo —volvió a decir el Padre de los Asesinos tras ponerle la mano en el hombro. Su tono de voz era otra vez calmo, la ira había quedado olvidada—. Entiendo tu preocupación; hemos logrado un acuerdo y deberíamos honrarlo, porque sin honor no somos nada. Pero hay cosas más importantes que tener en cuenta. Cosas que tú aún no eres capaz de entender.

Bosque confiaba en su Padre, confiaba en sus palabras, y solo se le ocurría pensar que esas «cosas» tendrían que ver con el mensaje y la destartalada cartera de cuero que el heraldo extranjero había entregado tantos días atrás. Desde entonces, su Padre, por lo general tan sereno, se había comportado de manera extraña, con un ánimo errático, a veces casi nervioso, y él se había empezado a preocupar. En una ocasión había visto al Padre mirando dentro de la cartera, moviendo los labios en silencio, aunque Bosque jamás se había animado a preguntar qué había en el interior.

Simplemente, no podía cuestionar algunas cosas.

—No necesito entenderlo, padre. Cumpliré tu voluntad. —Aun así, Bosque se preguntó si era voluntad del Padre o del caudillo Amon Tugha, con quien su Padre parecía estar en deuda.

—Eso me complace, hijo. Sé que estoy pidiendo mucho de ti. Río era tu hermano y es natural que todavía conserves sentimientos hacia él.

—No le guardo lealtad a ese traidor.

El Padre de los Asesinos sonrió.

—Su traición arde en tu interior como en el mío. Pero no temas. Tendrás ocasión de vengarte. Y yo también. —Con esas palabras se llevó los clavos de acero a los labios, como si lo calmaran.

Bosque frunció el ceño.

—¿Tú también, padre?

—Sí. La amada reina de Río aún vive. Pero antes de que tu hermano muera le dirás que el pacto que hemos hecho era un trato con un traidor y por lo tanto no tiene valor. Y para cuando te reúnas con él, yo ya le habré arrancado el corazón a su amada y lo habré depositado a los pies de Amon Tugha.

—Entonces partiré inmediatamente —dijo Bosque.

Mientras salía de la caverna sintió los ojos del Padre posados en él, así como el peso de la misión en su corazón.

Río los había traicionado, había asesinado a Montaña y había dado la espalda al Padre. Pero ¿era correcto romper un pacto, incluso aunque se hubiera celebrado con un traidor?

Más allá de lo que estuviera bien o mal, Bosque sabía que no tenía alternativa.

Río moriría pronto. Y también su reina.

Waylian jamás había experimentado un frío semejante. Le atravesaba la capa y el jubón hasta llegarle a los huesos. Le daba escalofríos que lo dejaban entumecido.

Por supuesto que había pasado inviernos duros en Ankavern. La pequeña aldea de Groffham quedaba aislada casi un mes al año, pero una utilización juiciosa de las provisiones les había permitido aguantar el aislamiento sin más consecuencias que unos pocos estómagos quejosos. Entonces Waylian era pequeño, contaba con apenas siete primaveras, y no percibía el peligro. Lo único que quería hacer era jugar en la ventisca y lanzar bolas de nieve a los árboles para hacer caer los carámbanos que pendían de las ramas. Estaba abrigado de los elementos y cuando los dedos se le entumecían siempre había cerca una chimenea para calentarse y un caldo caliente para encenderle un fuego en el estómago.

¡Bien, pero ahora no hay caldo caliente! ¿Verdad? ¡No hay nada en este condenado lugar, salvo la perspectiva de una muerte fría y solitaria!

El viento aulló, apartándole la nieve de la cara; se arremolinó en su capa, haciéndola flamear como una cruel bandada de cuervos enfadados. Por momentos el viento era tan feroz que amenazaba con despeñarlo de ese camino de montaña y precipitarlo a una muerte mucho más abajo. Quería llorar, derramar lágrimas de pesar por su situación, pero esas lágrimas se le habrían congelado en las mejillas. Si pudiera recordar el camino de regreso a las montañas Kriega, lo tomaría, pero estaba perdido y sin esperanza alguna. Todos los senderos parecían idénticos y tampoco podía ver nada entre las tupidas ráfagas de nieve que lo enceguecían a cada paso. Por supuesto que había un mapa —siempre había un condenado mapa—, pero en ese momento le era tan útil como un hacha de papel.

Waylian trató de encontrar refugio acurrucándose tras una roca, pero el viento seguía aullándole en los oídos, seguía azotándolo a través de la ropa. Se quitó la bolsa del hombro y la abrió. Antes de mirar ya sabía qué encontraría dentro; un mapa húmedo e inútil, una manzana solitaria y media hogaza de pan. De la carne desecada no quedaba nada, tampoco del queso. Como para recordarle que había sido idiota al comérselos tan rápido, su estómago gruñó de pronto.

Dejó escapar un sollozo. Volvió a mirar la bolsa con esperanza, como si mediante algún hechizo pudiera conjurar más comida del éter, pero lo único que seguía allí era la manzana y el pan viejo y mohoso. Oh, y la carta que ella le había dado, el pequeño rollo de papel con el sello de lacre del guiverno. Al menos aún tenía eso. La vieja y buena magistrada Gelredida.

Condenada perra.

Todo era culpa de ella. Todo. Él moriría allí, de hambre o de frío, y todo por su maldita culpa. ¿Por qué había aceptado? Él no era ningún explorador, ningún héroe.

Pero ¿cómo podría haberse negado? Había sido su gran oportunidad de probarse a sí mismo. Su única oportunidad de demostrarle a la magistrada que era más que un mero aprendiz.

Y bien que la has fastidiado, ¿verdad?

De pronto Waylian sintió nostalgia de Groffham. De la vida tranquila que podría haber llevado, en lugar de esa muerte muda que se arrastraba lentamente por su cuerpo. Recordó con anhelo aquel invierno de tanto tiempo atrás, cuando la nieve parecía tan inofensiva, y maldijo el día que lo mandaron a la Torre de los Magistrados. A esto lo había llevado su ambición: a un final ignominioso en la solitaria cumbre de una montaña.

Bien, todos recibimos lo que nos merecemos, ¿verdad, Waylian Grimm?

Debería haber sabido que no podía terminar bien. Estaba escrito en los astros; las profecías estaban a la vista. En el viaje de Steelhaven a Silverwall no había habido incidentes que destacar, si no se tenían en cuenta las irritaciones causadas por la montura y por un caballo rebelde, pero eso no había sido nada en comparación con lo que lo aguardaba en la ciudad. Oh, sí que era impresionante, con sus altas agujas y sus inmensas murallas a la sombra de las imponentes montañas Kriega, pero lo que Silverwall tenía en esplendor sin duda le faltaba en integridad. Al menos, esa fue la conclusión a la que llegó cuando tres ladrones lo despojaron del monedero que llevaba en el cinturón y luego, para completarla, le exigieron las sandalias. Habían sido lo bastante amables como para dejarle la toga, por lo que al menos no tuvo que soportar la vergüenza de vagabundear desnudo por las calles de Silverwall.

¿Las cosas podrían empeorar después de eso?

Claro que sí.

Cuando Waylian pudo por fin localizar a Crozius Browe, no se encontró con un estirado académico como le habían hecho creer, sino con un vejete desquiciado, loco como una cabra. Primero, a Waylian le había llevado medio día convencer al venerable lunático de quién era y por qué estaba en Silverwall. Casi estuvo tentado de meterle la carta lacrada bajo la nariz. Incluso después de que Browe decidiera creerle, seguía balbuceando cosas sin sentido sobre pactos antiguos y distantes refugios de montañas.

Browe le había proporcionado ese mapa completamente inútil y las instrucciones para llegar a las montañas Kriega. También le había dado consejos para el viaje, pero Waylian había decidido no prestarles atención, y se había dirigido a una tienda de suministros en busca del equipamiento necesario y de alguna sugerencia cuerda. Por supuesto que esa «sugerencia cuerda» había sido que ni se le ocurriera emprender el viaje. Aventurarse en las montañas equivalía a suicidarse, pero Waylian tenía una tarea y estaba decidido a llegar al final. Por ello, con la mirada en alto como el héroe de una leyenda, se había decidido a emprender el trayecto.

En retrospectiva, esa tozudez había sido necia; incluso suicida. Pero ya no podía hacer mucho al respecto.

Mientras se acuclillaba en el saliente lleno de hielo, esperó que los gruñidos de su estómago disminuyeran. Había llegado al punto en que solo comía si se sentía enfermo o mareado. Quién sabía cuánto más tendría que vagabundear por los pasos de montaña antes de encontrar lo que buscaba. Si lo encontraba. Ya llevaba tres días así, cada vez más débil y enfermo y, al parecer, sin acercarse nunca a su meta.

Cuando los ruidos de su estómago desaparecieron, intentó incorporarse nuevamente, se arrebujó en la capa y se bajó la capucha para tratar de proteger el rostro de la nieve cegadora. No le sirvió de mucho; la nieve parecía volar en todas direcciones, incluso hacia arriba, haciéndole arder los ojos y atacándole los orificios nasales. Caminó a tientas, manteniendo la vista clavada en el sendero para no resbalarse por el borde. Fue pura suerte lo que lo hizo mirar hacia arriba. Nada más que un acontecimiento fortuito lo que lo hizo divisar a la bestia que estaba agazapada en una cornisa.

Quedó petrificado, mirando fijo a través de la tormenta de nieve. Aquella criatura apenas era visible, pero alcanzó a distinguir los ojos que lo observaban, dos agujeros oscuros que lo escrutaban desde la blancura.

¿Qué debería hacer? ¿Retroceder lentamente? ¿Darse la vuelta y huir? ¿Enfrentarse a la bestia gritando al máximo que le dieran los pulmones con la esperanza de asustarla y hacerla huir?

No. Sin duda, eso último no.

Cuanto más la miraba, más detalles podía ver. Al principio había creído que era un felino, como los leopardos de las montañas del norte, pero ahora parecía cada vez más un cruce entre un lobo y un oso. Fuera lo que fuera, estaba agazapada, lista para saltar, con los hombros encorvados y todos los músculos en tensión.

Waylian dio un paso hacia atrás sin apartar los ojos de la criatura. Extendió una mano y tocó la pared, para no alejarse demasiado por el precario saliente y caer al abismo. La bestia se mantuvo inmóvil. Tal vez, solo tal vez, no estaba interesada en él.

Entonces saltó.

Waylian no esperó ver lo que haría luego. Salió disparado, con las botas rebotando en el sendero de montaña y su pesada capa flameando detrás. La pendiente era muy empinada y Waylian casi cayó rodando hacia abajo. Se resbaló en el rocoso sendero, arrojando montoncitos de nieve al abismo que estaba a su lado, mientras su aliento emanaba tenues bocanadas. Tras él solo había silencio —ningún alarido de furia, ningún jadeo animal, ningún sonido de poderosas garras avanzando hacia él—, pero no pensaba detenerse a comprobarlo. Aquella cosa seguramente lo perseguiría y trataría de capturarlo, pero Waylian no se lo permitiría.

El sendero serpenteaba por la ladera de la montaña, y Waylian estuvo a punto de caerse varias veces, pero siempre conseguía enderezarse, mientras corría a una velocidad que le habría parecido imposible. ¿Estaba menos débil de lo que creía o quizás el hecho de ser perseguido por un animal salvaje convertiría en un atleta a

cualquiera?

Finalmente el sendero alcanzó un nivel plano y Waylian se arriesgó a mirar por encima del hombro para ver si la bestia seguía cerca.

Eso le salvó la vida.

Su grito se convirtió en un aliento helado que le salió de la boca cuando vio que la criatura estaba casi sobre él. El pánico le hizo perder pie, y cayó torpemente sobre la escarcha del camino justo cuando la criatura le saltaba encima, con sus colmillos y sus garras y su blanca piel erizada. El monstruo voló sobre la cabeza de Waylian y cayó al suelo formando un remolino de nieve. Gruñendo de frustración, se incorporó y Waylian lo miró con el culo entumecido, hipnotizado por el terror. Si no hacía algo, sufriría una muerte horrible. Esas garras parecían implacables; y los colmillos de la bestia, todavía más.

Casi sin pensar cogió su bolsa, que era su única arma. Estaba a punto de lanzársela cuando recordó por qué se había metido en ese lío. Parecía una locura, pero cuando la criatura avanzó hacia él metió la mano en el interior, buscando la carta sellada. Una vez que la tuvo en la mano, empezó a agitar la bolsa.

—¡Ven, vamos! —gritó por encima del vendaval—. Quieres comida, ¿verdad?
¡Claro que quiere comida, Grimmy, condenado idiota!

Por su parte, la bestia echó la cabeza a un lado, confundida, antes de lanzar un rugido de furia. Waylian lanzó la bolsa con toda su fuerza y la bestia la atrapó en el aire, la apretó entre esas enormes mandíbulas y comenzó a despedazarla con saña.

Esa fue la única distracción que Waylian necesitó; se incorporó y emprendió la huida por el sendero, con la absurda esperanza de que la criatura se contentara con lo que había en la bolsa, pero sabiendo perfectamente que el pan y la fruta no satisfacerían su hambre.

El viento sopló con fuerza, pero Waylian no le prestó atención; era la menor de sus preocupaciones. Mientras corría, se dio cuenta de que estaba gimoteando, lanzando blasfemias una y otra vez, maldiciendo su suerte y sus orígenes y a la condenada magistrada Gelredida.

Un rápido vistazo por encima del hombro le indicó que la bestia aún no estaba cerca, pero siguió corriendo a pesar del dolor de brazos y piernas y del hueco frío en los pulmones. Siguió y siguió hasta que se sintió agotado.

Alcanzó una plataforma ancha donde se detuvo a recuperar el aliento, apoyando las manos en las rodillas, inhalando el aire enrarecido y soplando nubecilla tras nubecilla de neblina congelada. Se permitió un breve atisbo de esperanza de que la criatura hubiera abandonado la persecución, pero cuando finalmente levantó la cabeza, aquellos torvos ojos volvían a contemplarlo desde la nieve.

Lo miraba casi como si se riera de él, ese lobo montañés, ¿o sería un oso? Fuera lo que fuera, ya no había escapatoria.

Waylian trastabilló hacia atrás débilmente, resbalando de costado, y el victorioso aullido de la criatura resonó en la montaña. Waylian estuvo a punto de mearse del

miedo. Lo único que podía hacer era desear que surgiera de su interior algún hechizo mágico que hiciera estallar a esa bestia y borrarla del mapa, pero nada parecido se había manifestado desde aquella noche en el Templo de los Necrófagos y no parecía que pudiera producirse una segunda intervención en tan poco tiempo.

Esperó. Esperó el último salto. Esperó el momento en que esas garras lo destrozaran, en que esos colmillos se hundieran profundamente en su garganta y le arrancaran pedazos de carne.

Pero la bestia se quedó inmóvil, mirándolo fijamente.

Desde detrás de Waylian se oyeron golpes de metal, y luego un bufido. A su pesar, apartó los ojos del monstruo, que estaba a poco más de tres metros de él, y giró la cabeza lentamente. Allí, a través de los remolinos de nieve, pudo distinguir un caballo y su jinete. El corazón le dio un salto cuando se permitió pensar que tal vez, solo tal vez, podría salvarse. Había llegado un auxilio y, si no era un auxilio, al menos quizás alguien más a quien la bestia pudiera comer en su lugar.

Pudo ver que el jinete estaba cubierto de bronce y que el caballo llevaba atavíos que hacían juego. La armadura tenía un diseño que jamás había visto antes; cada pieza estaba forjada con la forma del ala de un dragón... ¿O sería de un guiverno?

Waylian se quedó sentado durante lo que pareció toda una era, con el culo cada vez más frío, mientras la bestia y el jinete permanecían inmóviles en sus sitios. Comenzó a desear que aquel hombre empezara de una vez por todas a combatir o a huir, una cosa o la otra, y así sabría en qué dirección él mismo debería escapar.

Por fin, la bestia rugió. Era un desafío; hasta Waylian lo sabía. Como respuesta, el jinete azuzó a su montura y la hizo avanzar, sin dejarse intimidar ni por el ruido de la criatura, ni por sus zarpas o sus dientes.

El jinete desmontó, portando el escudo y la lanza con seguridad.

Entonces empezaron.

Con toda tranquilidad, el guerrero levantó la lanza, poniéndosela a la altura del hombro, listo para arrojarla, mientras la bestia desplazaba el peso de una pata a la otra para adoptar una postura defensiva, dispuesta al ataque. Waylian se quitó del medio; caminó por la nieve profunda y se apretó contra la ladera de la montaña.

El movimiento del guerrero fue poderoso; la lanza atravesó el aire y la nieve, pero la bestia montañesa ya había saltado. La lanza le pasó a un lado en el aire y Waylian sintió que todas sus esperanzas se derretían como copos de nieve en una hoguera. Parecía evidente que su salvador terminaría despedazado y despojado de su armadura como un caracol de su concha. Pero el caballero no pensaba lo mismo; a una velocidad imposible, giró por debajo de la bestia cuando esta saltó y sacó la espada de la vaina con un violento ruido metálico.

La bestia tocó el suelo hábilmente, se dio la vuelta en la nieve y el guerrero se le puso delante, en cuclillas, con el escudo en alto. Los dos esperaron en silencio y lo único que Waylian alcanzó a oír por encima del viento fue el rechinar de sus propios dientes. Luego ambos se movieron simultáneamente, la bestia buscando dónde

agarrarse para impulsarse hacia delante, el caballero saltando a través de la nieve. Ambos dejaron el suelo al mismo tiempo, pero el guerrero se movió hacia un lado, plantando el pie contra la dura roca de la pared de la montaña y abalanzándose en el momento en que la bestia pasaba volando. Fue un ataque ágil y veloz; la espada entró y salió en un brevísimo fulgor de acero. El caballero aterrizó de pie y dio un par de pasos casi despreocupadamente. Detrás de él, el oso o lobo o lo que demonios fuera cayó desplomado y la nieve de debajo adquirió velozmente un tono carmín.

Waylian casi rio al ver la victoria del caballero. Casi. Lo único que pudo hacer fue tratar de incorporarse apoyándose en el muro de piedra. Si hubiera podido mover la lengua habría lanzado un sinfín de palabras de gratitud, pero apenas pudo emitir un gruñido de agradecimiento.

El caballero envainó la espada y se arrodilló junto a la criatura como si estuviera analizando su valor. Waylian avanzó tambaleándose, pero el guerrero no le prestó atención.

—Digo... —consiguió pronunciar Waylian, mientras los hombros le temblaban más que nunca. Si el caballero de la bronceada armadura lo oyó, no hizo ningún gesto que lo indicara—. Digo... que os estoy... eternamente agradecido.

El caballero se giró, lo miró de arriba abajo, y asintió con la cabeza.

Era evidente que se trataba más de un hombre de acción que de palabras.

—Yo... busco la Torre —dijo Waylian—. Supongo que vos...

—No es mi problema —respondió el caballero, alejándose hacia su caballo. Buscó algo en las alforjas mientras Waylian lo seguía con dificultad.

—Por favor... Me han enviado de Steelhaven. Necesito...

El caballero no le prestó atención; en cambio, pasó a su lado con dos cordeles en la mano. Se arrodilló junto a la bestia y le ató las patas traseras y delanteras. Luego, con una fuerza increíble, la alzó y se la puso sobre los hombros.

Waylian lo observó, sintiendo que el frío le llegaba a los huesos, y tuvo la impresión cada vez mayor de que se quedaría allí solo y moriría.

—Por favor —dijo, soltando un sollozo—. Por favor, tenéis que llevarme a la Torre. Debo entregar un mensaje. Si no me ayudáis..., moriré aquí.

—No es mi problema —repitió el caballero.

Waylian sintió una ira ardiente en el fondo del estómago. No lo ayudó a calentarse, pero hizo que le resultara más fácil hablar con ese frío.

—Si vais a dejarme aquí, ¿qué sentido tiene haberme salvado?

El caballero se detuvo y se dio la vuelta, mirándolo sin piedad alguna desde debajo del casco.

—No lo he hecho por ti —respondió—. Esta cosa llevaba molestando muchos días.

Waylian se sintió repentinamente culpable y un poco tonto.

—Lo siento. Supongo que esta cosa debe de haber matado a unos cuantos montañeses inocentes.

Eso provocó una risita en el caballero.

—¿Montañeses? ¿A quién le importan? Se ha llevado seis cabras del lord mariscal. Por eso ha muerto.

Waylian no hallaría compasión en ese hombre, pero debía intentarlo una vez más.

—Por favor. Tenéis que llevarme hasta él. Tengo que hablar con el lord mariscal.

—No es mi problema —respondió el caballero, y giró para marcharse.

—Pero debo entregarle esto —replicó Waylian, levantando el pergamino sellado entre los entumecidos dedos.

El caballero lo contempló un momento y vio el sello con forma de guiverno que hacía juego con el que llevaba en el peto. Se encogió de hombros.

—¿Por qué no lo dijiste antes?

Caminó hacia el caballo, colocó el cadáver sobre la montura, luego volvió en busca de la lanza. Waylian lo miró, preguntándose si la conversación había llegado a su fin.

El caballero cogió el caballo por las riendas y lo guio por la montaña. Después de dar tres pasos, miró por encima del hombro.

—Bueno. ¿Qué esperas? —Waylian no precisó más indicaciones y lo siguió con dificultad por la nieve—. Aquí tienes. Sé útil. —El caballero sostuvo la lanza y aguardó.

Waylian la cogió con ambas manos y casi cayó hacia atrás por el peso. Agradecido, siguió al caballero y a su montura, llevando la pesada carga. Deseó que la Torre no estuviera lejos.

Y que hubiera una hoguera.

Condenadamente grande.

Epiak había muerto durante la noche. Había sido una muerte tranquila. Pacífica. Regulus Gor sabía que no era lo que el joven guerrero habría querido.

Ningún zatani buscaba un final pacífico. Eran un pueblo de guerreros. Orgullosos. Feroces. Y los gor'tana se encontraban entre los más feroces de ellos. Escapar de los enemigos en lugar de enfrentarse a la muerte era el máximo deshonor. Por eso la vergüenza de su huida le ardía a Regulus en lo más vivo. De todas maneras, se consoló, ya habría tiempo para recuperar el honor y la reputación que tenían entre las tribus de Equ'un. Tiempo para la venganza. Mientras tanto, debería soportar la ignominia y sobrevivir lo suficiente como para planear el regreso.

Regulus observó en muda vigilia cómo el sol se elevaba sobre las montañas. Medía más de dos metros quince centímetros y su cuerpo poderoso y musculado se recortaba contra la dorada luz de la mañana con una melena de gruesos mechones que le coronaba la cabeza y le caía por la espalda. Allí, de pie, pasó el pulgar por el pomo de su espada: un metro y medio de acero negro que su padre le había regalado para la ceremonia de la ascensión. Era su única posesión, pero no necesitaba nada más.

Como no había habido tiempo de construir un mojón fúnebre para Epiak, lo habían depositado sobre el suelo. Leandran, el más viejo y más sabio de todos ellos, se había puesto de rodillas junto al joven guerrero y había recitado las palabras que acelerarían su camino, alabando a Kaga el Creador y a Hama el Buscador. Si tenía suerte, Epiak llegaría a las estrellas antes de que el Caminante Oscuro pudiera interceptarlo. Una vez allí, Gorm el Antiguo evaluaría su valor y lo devolvería a la tierra ya fuera como guerrero o como esclavo. Regulus no podía adivinar cuál sería el veredicto. Epiak había combatido con valentía durante varios días, pero, después de haber sido herido, había tenido una muerte tranquila mientras dormía. Gorm era el único que podía decidir si era digno de regresar como guerrero.

El resto de la comitiva, de la que solo quedaban nueve, observaba junto a Regulus. Apenas nueve guerreros en representación de la tribu de los gor'tana. Sin duda, el legado de su padre había caído muy bajo. Pero Regulus volvería a levantarse; muchos guerreros seguirían su estandarte. Estaba seguro de ello. La gloria que planeaba obtener en el norte restablecería su reputación.

Leandran terminó de recitar sus palabras y se incorporó. A una señal de Regulus, siguieron su camino. No habría más ceremonias; ni duelo ni lamentaciones. Epiak ya se había ido y sería juzgado por Gorm el Antiguo. Nadie podría cambiar eso. Pero si alguno de los guerreros quería vengar la muerte de Epiak, tendría bastantes oportunidades.

Avanzaron rápido hacia el norte. Habían dejado atrás las llanuras cubiertas de hierba de Equ'un dos días antes y habían pasado a la tierra de nadie de las montañas

que separaban el continente meridional de Equ'un de las Tierras Frías del norte. Los dominios de las Tribus sin Zarpas.

Regulus apenas era un niño cuando el Rey de Acero había descendido desde esas tierras para derrotar a los aeslanti. Esa victoria les había otorgado la libertad a todas las tribus de zatani, y ese triunfo, esa libertad, era la razón por la que Regulus y sus guerreros se dirigían al norte en ese momento. Regulus esperaba que no fuera un viaje en vano.

Mientras avanzaban, Leandran se puso al lado de Regulus. Sus curtidos rasgos dejaban traslucir preocupación. El viejo guerrero llevaba la cabeza afeitada, tenía los miembros delgados, los otrora poderosos músculos eran poco más que fibra, pero sus sentidos eran agudos y podía pelear tan bien como cualquiera de los miembros más jóvenes de la tribu. Su piel negra como el ébano había empalidecido en algunos sitios, lo que habría avergonzado a otro guerrero, pero no a uno tan hábil con la lanza y la zarpa como Leandran.

—No estarán muy lejos —comentó Leandran. Tenía la costumbre de señalar lo obvio.

Regulus miró a sus guerreros, que lo seguían. Llevaban días huyendo y la mayoría de ellos tenían heridas. Mantenían un buen ritmo, pero en poco tiempo aminorarían el paso. Sus perseguidores no.

—En ese caso tendremos que combatirlos, Leandran —respondió Regulus, con un deleite en la voz apenas disimulado.

Leandran asintió con un gesto, pero Regulus percibió su resquemor. Aunque jamás había sido un cobarde, el viejo guerrero no deseaba morir en las montañas tan lejos de casa. Por su parte, Regulus tampoco; pero si eso era lo que los dioses decretaban, entonces ese sería su destino.

Para sus adentros, maldijo a Faro por haberlos hecho llegar a ese punto, así como a los miembros de la tribu de los kel'tana que lo habían ayudado. Faro había sido uno de los guerreros más alabados de los gor'tana, y en el que más confiaban. Según la costumbre de la tribu, Regulus asumiría el cacicazgo, pero su padre no había ocultado su deseo de que, si Faro demostraba ser digno, sería él quien recogiera el cetro cuando fuera el momento. Faro, sin embargo, había sido impaciente y había hecho un pacto secreto con los guerreros de la tribu kel'tana. Un pacto de sangre.

Los gor y los kel eran enemigos mortales desde antes de los Levantamientos de los Esclavos, y a Faro no le había costado mucho convencer a los kel de que una sublevación los beneficiaría.

Habían venido una noche sin luna. A cubierto de la oscuridad, Faro y los kel'tana habían asesinado a numerosos gor'tana y le habían robado el clan al padre de Regulus. Sin vergüenza alguna, le habían arrancado los dientes y las uñas al viejo cacique para enterrarlos en la tierra y asegurarse así de que no volviera a convertirse en guerrero en la próxima vida.

Regulus se encontraba de cacería con su grupo de guerreros en el momento de la

emboscada. Cuando le llegó la noticia de que su padre había sido asesinado, supo qué ocurriría a continuación. Faro le tendería la mano para hacer un pacto de sangre y exigiría su lealtad y la de su gente. Luego, cuando Regulus bajara la guardia, terminaría compartiendo el destino de su padre. Faro jamás correría el riesgo de dejar vivo a Regulus y darle la oportunidad de que se vengara. Pero Regulus tampoco podía atacar a Faro mientras tuviera autoridad sobre los gor'tana y la ayuda de los kel'tana. La única alternativa había sido huir. Y —como era inevitable— los cazadores de Faro lo estaban persiguiendo.

Encontraron el rastro de la comitiva muy rápido; tanto que cogieron a Regulus y a sus guerreros por sorpresa. La mayoría de ellos murió en la batalla que tuvo lugar entonces, aunque todos habían combatido bien y algunos habían conseguido escapar. Ahora, lejos de casa y perseguidos por un enemigo infatigable, estaban al borde del agotamiento. Los aliados de Faro no se detendrían hasta que Regulus y cualquiera que le guardara lealtad estuvieran muertos.

Regulus se detuvo en lo alto de un promontorio y examinó a los pocos guerreros que le quedaban. Tal vez deberían dar batalla en ese punto. Pero en tal caso todos morirían y ya no tendrían oportunidad de vengarse. Además, casi con seguridad sería una masacre, no un combate glorioso. ¿Y sus guerreros querían plantarse y luchar? ¿Preferirían la mínima posibilidad de sufrir una muerte heroica en ese sitio a la vergüenza de la huida? Los gor'tana eran su tribu, sus guerreros. Lo seguirían hasta la muerte. Ser aniquilados allí no era el final glorioso que él estaba decidido a proporcionarles.

—La puerta no está lejos —observó Leandran jadeando—. Si logramos alcanzarla, tal vez dejen de seguirnos.

—Tal vez —respondió Regulus. Sabía que la posibilidad de que los kel'tana abandonaran la persecución era mínima, pero era mejor que nada.

—Entonces, quizá deberíamos encontrar un terreno elevado, donde defendernos.

—Si lo hacemos, lo más probable es que nos venzan. Sería una muerte valiente, pero una muerte de todas maneras. Podríamos librar un buen combate, Leandran, y yo deseo eso más de lo que tú podrías imaginarlo, pero nos merecemos una muerte heroica. Nos merecemos que cuenten historias sobre nuestra última batalla.

—¿Y contarán historias de nosotros en el norte? —Leandran parecía escéptico.

—Más probablemente en el norte que en estas montañas. ¿Hablarán de nosotros si perecemos aquí? He oído que en las Tierras Frías los narradores viajan a lo largo y a lo ancho del territorio para difundir la palabra de su rey y para contar las fábulas antiguas. Yo les daré una historia que contarán durante mil años.

—A mí nunca me gustaron las historias, en cualquier caso —murmuró Leandran, mientras se alejaba.

Regulus sonrió irónicamente. El viejo guerrero era irascible, pero leal hasta el fin, y era mucho lo que Regulus podía perdonar por lealtad.

Corrieron la mayor parte del día, aminorando el paso a medida que el sol

avanzaba en el cielo. Cuando llegaron a un risco elevado, Regulus vio algo que lo llenó de esperanza. La esperanza de poder rescatar algo de gloria de esa huida.

Más abajo había un valle profundo, que se abría paso entre las montañas como si lo hubiera tallado un dios con un hacha. En el centro del valle se cernía un inmenso arco de obsidiana formado por dos enormes torres inclinadas que representaban a dos gigantescos guerreros batiéndose en una lucha eterna por la supremacía, con sus armas entrelazadas en la parte superior.

Las Tribus sin Zarpas conocían ese sitio como la Puerta de Bakhaus, una puerta cuyo nombre probablemente se debía, como la mayoría de las cosas, a algún antiguo héroe. Era donde habían derrotado a los aeslanti, donde se había sembrado la semilla de la libertad de los zatani. Regulus contempló maravillado el vasto monolito y se preguntó qué poderosas manos lo habrían podido construir.

Después de ver el inmenso arco, él y sus guerreros avanzaron hacia el valle con un vigor renovado. Era la entrada al norte y marcaba la frontera con las Tierras Frías. Una vez que lo atravesaran, tal vez sus perseguidores abandonarían la cacería. Allí tendrían una posibilidad de sobrevivir.

Cuando pasaron debajo de la puerta, Regulus la contempló fascinado. Medía al menos ciento cincuenta metros de lado a lado, y cada uno de los guerreros tallados tenía una base de unos quince metros de ancho. El propio valle se extendía, recto como una flecha, hasta donde se perdía la vista. Ese era el sitio donde los aeslanti y las Tribus sin Zarpas habían librado una batalla. El sitio donde los hombres-bestia que habían mantenido a los zatani en servidumbre durante tantos años habían sido finalmente derrotados.

Los aeslanti habían llegado desde el norte en busca de esclavos, intentando saquear todo lo que hubiera de valor en las Tierras Frías, pero el Rey de Acero no estaba de acuerdo. No solo había traído a los guerreros de sus propias Tribus sin Zarpas, sino también a los de Equ'un.

Los aeslanti habían avanzado a lo largo del valle, con la idea de batallar bajo el arco para tener una posición de ventaja. Se decía que sus gritos de guerra atravesaron las montañas y resonaron en las praderas de Equ'un. Diez mil guerreros, cubiertos de acero, invencibles, unidos.

No había bastado.

Una y otra vez, los aeslanti atacaron las líneas enemigas y fueron rechazados. Aunque los de las Tierras Frías eran pequeños en comparación con los aeslanti, los igualaban en ferocidad, en la pasión con que combatían y en el honor. De todas maneras, fueron sufriendo bajas y, mientras un río de sangre fluía por el valle, dio la impresión de que los aeslanti triunfarían. Pero no habían contado con el poder de los brujos del norte, y cuando parecía que ya habían conquistado la gloria, quedaron paralizados, las armaduras se cerraron sobre los cuerpos, el aire se aquietó en sus pulmones, la sangre se les congeló en las venas.

Representó poco esfuerzo para el rey septentrional avanzar con sus enormes

corceles por las filas de los aeslanti y aplastar a los que todavía seguían en pie.

Cuando Regulus pasó debajo del gigantesco arco, parte de él anheló haber estado allí, haber visto una batalla de tal escala, pero los zatani no habían podido combatir junto a las otras tribus de Equ'un. Habían sido una raza de esclavos, que llevaban siglos sometidos a los aeslanti, criados para luchar en las trincheras, donde su tamaño y su ferocidad eran muy apreciados. Aunque inconfundiblemente humanos, tenían colmillos y zarpas que se suponía que eran el resultado de las brujerías y de las horribles técnicas de reproducción de los aeslanti. No conocían la libertad, siempre habían vivido encadenados, pero, con la derrota de los aeslanti, todo eso cambiaría.

La sublevación empezó en el mismo momento en que la noticia de la victoria del Rey de Acero llegó a las catacumbas de los esclavos de Equ'un. Los zatani vieron la oportunidad y la cogieron. La ferocidad que habían aprendido en décadas de pelear para el placer de sus amos aeslanti aseguró su victoria sobre los pocos y cansados hombres-león que regresaron de la Puerta de Bakhaus. Había sido una rebelión gloriosa, y los zatani obtuvieron la libertad después de aplastar a sus antiguos caciques.

Regulus estaba decidido a mostrar a la gente de las Tribus sin Zarpas lo que un verdadero guerrero zatani podía hacer. Estaba decidido a reclamar la gloria y el honor para los gor'tana y para su padre. Si él y su comitiva llegaban al norte, si sobrevivían al viaje, se pondría de rodillas ante el Rey de Acero de las Tribus sin Zarpas. Le ofrecería su espada y le enseñaría a este caudillo de las Tierras Frías cómo eran el verdadero poder y ferocidad. Combatiría por él, destruiría a sus enemigos, lo convertiría en el rey más importante que las Tribus sin Zarpas hubieran conocido. Luego, cuando la reputación de Regulus fuera tan grande que los relatos de sus hazañas llegaran hasta Equ'un, regresaría a los prados y reclamaría su puesto de jefe de los gor'tana. Si Faro aún estaba con vida, Regulus podría disputarle el liderazgo y lucharían como se debía, con dientes y zarpas.

Si Faro le hubiese ofrecido la misma oportunidad al padre de Regulus, quizá las cosas habrían sido diferentes. Quizá Regulus le habría jurado fidelidad. Pero ya no. Jamás.

Lo único que Faro recibiría sería una muerte dolorosa.

Dejaron atrás la Puerta de Bakhaus y se abrieron camino por el valle hacia el norte. No había tiempo de cazar ni de comer, y Regulus sabía que sus hombres estaban medio muertos de hambre, pero siguieron avanzando de todas maneras. Ya habría tiempo suficiente para cazar una vez que llegaran a las Tierras Frías.

No era un viaje fácil y el sol ya estaba en lo alto del cielo cuando llegaron al final del valle, donde los alivió una brisa fresca que soplaba desde el norte. El valle desembocaba en una pradera llana, con un bosque a la distancia. Se acercaban a su meta y quizá podrían llegar antes de que los kel'tana los alcanzaran. Regulus, por fin, se permitió sonreír.

Cuando vio cuán fatigados estaban sus guerreros, les indicó que instalaran un

campamento. Leandran impartió órdenes, mandando a un explorador a que cazara algunas presas y a otro en busca de leña. Por mucho que a Regulus le hubiese gustado ayudar, no era correcto que el líder de la tribu se implicara en tareas de baja categoría. Se puso de cuclillas, se desabrochó la gran espada y observó.

Mientras sus guerreros se ocupaban en sus tareas, Regulus percibió una presencia a su lado. Al volverse, divisó la poderosa silueta de Janto Sho en las sombras, con su oscura piel casi invisible bajo la luz crepuscular. Llevaba la cabeza afeitada en las sienes y los mechones que le quedaban atados en un nudo. Sus penetrantes ojos azules, en marcado contraste con el verde claro de los otros gor'tana, brillaban en la oscuridad. Durante un momento, los dos se miraron fijamente; luego Janto se acercó a Regulus y se puso de cuclillas a su lado.

—¿Crees que esos débiles tontos sin zarpas nos aceptarán? —preguntó el guerrero, acariciando los mangos de sus dos hachas.

—No fueron débiles cuando derrotaron a los aeslanti en la puerta. Y un rey que rechaza a guerreros dispuestos a luchar es un necio —respondió Regulus.

—Pero ¿qué sabemos en verdad de ellos y de sus costumbres? Podrían ser nuestros enemigos.

Regulus enarcó una ceja.

—Como tú lo fuiste de mí una vez, Janto de los sho'tana.

El oscuro guerrero no supo cómo responder.

Una vez, cuando estaba cazando solo en las praderas, Janto Sho se encontró con que lo perseguían tres aeslanti separados del resto. Las bestias lo siguieron durante medio día, arrinconándolo cuando ya estaba demasiado fatigado como para seguir huyendo. Si Regulus no hubiera llegado en su ayuda, seguramente lo habrían despedazado. Los dos habían combatido lado a lado, matando a dos de los aeslanti antes de que el último escapara. Esa noche habían comido bien de sus enemigos muertos y Janto había reconocido la deuda que tenía con Regulus, a pesar de que pertenecían a tribus diferentes. Desde entonces, había permanecido en la comitiva habitual de Regulus, esperando la oportunidad de saldar la deuda. Hasta el momento, esa oportunidad no se había presentado, y Regulus sabía que esa obligación empezaba a molestar a Janto. No había garantías de su lealtad una vez que la deuda hubiera sido pagada, razón por la cual Regulus no se sentía tranquilo dándole la espalda.

—Los hombres de las Tribus sin Zarpas necesitan guerreros, más que nada su rey —continuó—. Un hombre no se mantiene en el trono tanto tiempo sin granjearse enemigos. Si conseguimos demostrarle nuestra lealtad, nos aceptará.

—¿Estás seguro?

Regulus negó con la cabeza.

—No. Pero ¿qué alternativa tenemos?

Los ojos azules de Janto se iluminaron de golpe.

—Presentamos batalla aquí. Combatimos. Morimos con honor.

—¿Y quién hablará de ello, Janto? ¿Quién cantará nuestra gloriosa derrota? ¿Y si se olvidan de nosotros? No es ese el legado que quiero dejar.

Regulus se dio cuenta de que estaba aferrando con fuerza la espada que tenía sobre las rodillas. Aunque no estaba de acuerdo con Janto, una parte de él deseaba aceptar el consejo: presentar batalla y combatir. Pero eso solo terminaría con su paso a las estrellas y a otra vida, mientras que aún quedaba mucho por hacer en esta.

Tenía que vengarse antes de poder presentarse ante Gorm el Antiguo.

El explorador, Akkula, vino corriendo de su puesto en la entrada del valle y dos guerreros se pusieron de pie cuando se acercó.

—Vienen —dijo sin aliento—. Los cazadores kel'tana se acercan. No están a más de dos leguas al otro lado del valle.

Regulus se volvió hacia sus hombres, que ya habían dejado de instalar el campamento. Percibió su agotamiento y su dolor, su deseo de que este constante batallar llegara a su fin. Sí, podían presentar batalla en ese sitio, incluso preparar una emboscada, pero era más que probable que los derrotaran. No sería un final heroico. Si seguían huyendo, terminarían encontrando una oportunidad para la gloria, la posibilidad de salvar una chispa de honor y orgullo.

—Viajaremos de noche —dijo Regulus.

Algunos de los hombres expresaron su desacuerdo, pero todos recogieron sus armas obedientemente. Leandran dio el ejemplo una vez más; el más viejo de ellos parecía el más vigoroso.

—No podemos seguir huyendo siempre —comentó Janto, antes de que Regulus empezara a seguir a sus guerreros—. Finalmente nos van a alcanzar.

Regulus lo miró con un brillo de acero en sus ojos verdes.

—Entonces cumplirás tu deseo, Janto Sho. Y tendremos la muerte que nos merecemos.

Janto le sostuvo la mirada unos instantes antes de bajar los ojos y correr tras los otros. Después de echar un último vistazo a las montañas y a sus implacables perseguidores, Regulus lo siguió.

Le habían dicho a Janessa que ningún asiento donde residía el poder estaba construido para la comodidad. Después de tantos días en el trono de piedra de Skyhelm, ya estaba convencida de ello. Se había convertido en la reina Janessa, soberana de Steelhaven y los Estados Libres, Protectora de Teutonia y guardiana de la fe de Arlor. Pero no se sentía muy diferente. ¿Cómo podía volverse más majestuosa de repente? ¿Cómo exhibir un porte más orgulloso? ¿Cómo mostrarse igual de sabia que su padre? La gente esperaba tanto de ella. Lo único que Janessa deseaba era poder encontrar en sí misma algo de la sabiduría de su progenitor.

Ya llevaba semanas enfrentándose a las responsabilidades de la jefatura del Estado y de la monarquía, así como a las exigencias de hombres de importancia que parecían reacios a tomar sus propias decisiones. A Janessa le resultaba irónico que esos hombres, que habían pasado la vida tratando de alcanzar el poder, aparentemente hubieran cedido ante las exigencias de ese poder y necesitaran delegar las decisiones difíciles en una autoridad superior. Suponía que la mayoría deseaba menos las responsabilidades del cargo que sus inevitables recompensas.

Ella misma jamás había deseado tamaña responsabilidad, pero no había tenido alternativa.

Le llegaban súplicas desde todos los rincones de los Estados Libres: del gobernador Argus de Coppergate y del abad supremo de Ironhold, ambos aterrorizados ante la perspectiva de que los khurtas sitiaran sus ciudades; de lord Cadran de Braega, o más probablemente de sus tías, que eran quienes detentaban el poder en ese sitio, que le solicitaban más tropas para defender sus tierras de los khurtas que las habían saqueado. Pero no había tropas adicionales; los abanderados de Steelhaven se habían visto obligados a reaccionar desde la retaguardia, con lo que apenas habían logrado obstaculizar el avance de las hordas de salvajes que arrasaban el territorio. Incluso desde Ankavern y Silverwall, que estaban lejos de la primera línea de la invasión, le pedían insistentemente que les mandara más hombres y suministros. ¿Por qué no podían organizar su propia defensa? ¿No se habían dado cuenta de que los responsables de esa inmensa oleada de muerte y devastación tenían poco interés en sus ciudades? Su objetivo era atacar el corazón de los Estados Libres, destruir la misma Steelhaven.

El peso de todo aquello casi la había aplastado, pero Janessa había decidido soportarlo. Se sentía afortunada de estar a salvo, por el momento, en Skyhelm, mientras la gente de los Estados Libres, más allá de las murallas de la capital de la nación, caía masacrada a manos de un enemigo inmisericorde. Sus valientes tropas entregaban la vida, ganando tiempo para que las defensas de la ciudad se prepararan para el inevitable ataque.

Y todo lo que hacía estaba sometido al escrutinio de la corte. Durante trescientos años, los asuntos de la Corona se habían llevado a cabo en público, o al menos ante el público que cabía en la gran sala del trono, siempre rebosante de cortesanos, nobles de alto y bajo rango, y una interminable fila de cancilleres y chambelanes y auxiliares, cuya mayoría Janessa no reconocía.

Aunque había un rostro que sí identificó. El de una mujer que siempre parecía estar al acecho, evaluando cada una de sus decisiones, juzgándola y encontrándola deficiente a cada paso. La baronesa Isabelle Magrida.

¡Ay, quién pudiera volver a los días de los Reyes de las Espadas, cuando podían ejecutar a sus enemigos, y a veces a sus amigos, con toda impunidad!

Janessa permaneció sentada en silencio, tratando de parecer majestuosa. Tenía la relativa seguridad de que podía aparentarlo bien y no esperaba que le dijeran lo contrario. Su breve lapso como reina le había dado a conocer el profundo grado de adulación al que cualquier hombre podía llegar y la había hecho observar los cambios de actitud en quienes la rodeaban. Solo Odaka Du'ur seguía siendo el mismo; severo e incondicional, firme como una roca. Sin él no estaba segura de cómo podría haberlo soportado. Pero en ese momento, ante la ausencia de Odaka, su único consejero era Rogan, el senescal de la Inquisición, que estaba en ese momento a su lado, cerniéndose sobre el trono como un cuervo sobre un cadáver en putrefacción.

Por lo general, Rogan era reservado. Su tarea era difícil: debía recopilar información sobre los enemigos de los Estados Libres y actuar en consecuencia. Janessa no se hacía ilusiones sobre cómo conseguía esa información y se rumoreaba que había cámaras ocultas por toda la ciudad, así como en otras regiones de los Estados Libres, dedicadas al arte del interrogatorio. Se afirmaba que el senescal Rogan sabía más sobre la historia y las técnicas de la tortura que la mayoría de los hombres podrían aprender en toda una vida. Janessa apenas podía soportarlo, pero su padre había sentido la necesidad de conservarlo a él y a su Inquisición por razones que eran cada vez más obvias.

Una figura de pelo cano entró a paso vivo por el arco que daba a la sala del trono. Llevaba una chaqueta verde, engalanada con la corona y las espadas de Steelhaven, y un yelmo abollado bajo el brazo. A pesar de su avanzada edad tenía la espalda recta y la barbilla levantada en gesto de orgullo.

El senescal Rogan se inclinó mientras el hombre se aproximaba y murmuró:

—El alto condestable de los Casacas Verdes, majestad.

Janessa no hizo ningún gesto de reconocimiento. Aunque le resultaba irritante tener que valerse del inquisidor para esa clase de información, también lo agradecía. Tan pronto como el alto condestable se arrodilló ante su trono, ella lo hizo incorporarse.

—Majestad —empezó a decir el alto condestable, con la voz ronca por décadas de gritar órdenes—. Este es el tercer día que nos encontramos con serios disturbios en el barrio de los Almacenes. Nuestras reservas de trigo están todavía intactas, pero la

chusma parece tener la intención de atacarlas y servirse lo que quiere. Si le añadimos la reciente afluencia de mercenarios de las Compañías Libres, es poco lo que podemos hacer para impedir que la ciudad se hunda en el caos. Doce de mis hombres han sufrido heridas reprimiendo riñas callejeras y el daño a la propiedad asciende a miles de coronas. Necesitamos más hombres, majestad.

Necesitamos más hombres. Siempre las mismas palabras. Necesitamos más hombres. Necesitamos más provisiones. Tenemos hambre. Nos morimos.

—Como ya sabéis, alto condestable, no podemos prescindir de ningún hombre —respondió. Palabras que se había acostumbrado a pronunciar en los últimos días y semanas—. No puedo traer tropas del frente.

—Entonces hemos de establecer la ley marcial, majestad. Debéis otorgar a mis hombres el poder de castigar a los revoltosos y sofocar las Compañías Libres con toda la furia de Arlor. Caso contrario, en menos de diez días invadirán las reservas de grano y no habrá taberna en la ciudad donde sea seguro entrar.

Janessa lo esperaba; Odaka se lo había advertido. Decretar la ley marcial, permitir a los Casacas Verdes que sometieran la ciudad con un puño de hierro, como querían, era algo que había esperado evitar. Ya se había establecido la ley marcial antes en la ciudad, durante el reinado de Carcan el Usurpador y, más recientemente, durante la Larga Sequía. Las cosas no habían salido bien para los reyes implicados en ninguno de los dos casos; sus cabezas habían terminado en picas sobre la muralla de la ciudad. Pero no era por su propia cabeza por lo que temía Janessa. Permitir que los Casacas Verdes se valieran de cualquier medio necesario podría costar tantas vidas como las que se salvarían. Si se abrían los silos de grano y se perdían las reservas, muy probablemente la gente pasaría hambre, pero ¿no habría al menos la misma cantidad de muertos si se permitía que los Casacas Verdes mataran a grandes cantidades de revoltosos? ¿Qué clase de gobernante sería ella si lo aceptaba? ¿La llamarían la reina Janessa la Tirana? ¿Se referirían a ella como la Reina Carmesí que se bañaba en la sangre de su propia gente? Desde siempre había sabido que llevar la Corona de Acero no sería fácil, que su primera tarea sería combatir a un invasor inmisericorde, pero jamás se había imaginado reprimiendo a la gente que quería proteger.

—No —respondió—. Tendréis que encontrar otra manera, alto condestable.

El hombre frunció su gris entrecejo como si hubiera querido discutir la decisión de su reina, pero su devoción a la Corona lo hizo contenerse. Ella admiraba su lealtad, incluso sentía cierta compasión por las obligaciones a las que lo sometía su cargo, pero no daría el brazo a torcer.

—Si me permitís, majestad. —El senescal Rogan se inclinó ominosamente sobre ella. Janessa se dio cuenta de lo mucho que echaba de menos la imponente figura de Odaka Du'ur, su consejero preferido y en una ocasión su regente—. Tal vez haya una manera de permitir que el alto condestable obtenga los hombres que necesita. Si abriéramos las prisiones del distrito y albergáramos en ellas a las compañías de mercenarios, podríamos contener la violencia y dejaríamos que los Casacas Verdes se

concentraran en proteger los silos del barrio de los Almacenes.

—¿Sugerís que encarcelemos a los hombres que han venido a defender la ciudad, senescal?

Rogan dejó escapar una poco habitual sonrisa, con toda la calidez de una serpiente a punto de digerir una rata.

—No encarcelarlos, majestad. Simplemente albergarlos. Pueden armar todo la gresca que quieran dentro de los límites de la prisión, y pasarían a ser un peligro solo para ellos mismos, en lugar de para el resto de la población. Además, así se los quitaríamos de encima a los Casacas Verdes del alto condestable, quienes entonces podrían cumplir su función original en la ciudad.

Janessa miró al inquisidor, esforzándose por encontrar algún inconveniente al plan. No confiaba para nada en ese hombre y suponía que había algún motivo oculto para ofrecer las prisiones, controladas en su mayoría por la Inquisición. Pero finalmente no se le ocurrió ninguna alternativa.

—Muy bien —dijo—. ¿Esta disposición satisfaría vuestras necesidades, alto condestable?

El hombre de cabello cano la miró boquiabierto —una expresión que Janessa había visto muchas veces—, pero sabía que no obtendría ningún trato mejor. Janessa se había encontrado en esa posición en innumerables ocasiones desde que había asumido el trono, y si se había ganado alguna reputación, era la de que una vez que se había decidido nada la haría cambiar de idea.

—Tendrá que ser así, majestad —respondió, acompañando su evidente decepción con una elegante reverencia. Luego, sin esperar que lo autorizaran a marcharse, se dio la vuelta y salió de la sala del trono.

—Muy diplomático, majestad —susurró Rogan—. Vuestras habilidades de estadista crecen día a día.

Janessa asintió, pero por alguna razón se sentía manipulada. Rogan tenía la habilidad de aconsejarla y luego hacerla pensar que ella había tomado la decisión correcta por su cuenta. La influencia que ejercía sobre ella era evidente, pero aún no podía ver de qué manera la había hecho cambiar de rumbo. Tal vez era parte de su ingenio. Janessa supo que en adelante tendría que vigilar de cerca al senescal, incluso tal vez hacerlo seguir, aunque no tenía idea de a quién podía elegir para que vigilara al vigilante.

Tan pronto como el alto condestable abandonó la sala, Janessa oyó unos pasos firmes que se acercaban. Con alivio vio a Odaka Du'ur entrar a la cabeza de una guardia de honor, cuatro Caballeros de la Sangre, ataviados con sus armaduras carmesí, cada peto de bronce con la ilustración de las ramas entrelazadas de un espino. Desde su coronación no había visto a Odaka sin su armadura gris pizarra. Su rostro se había vuelto más preocupado cada día, y en ese momento, más que nunca, parecía un hombre agobiado por las responsabilidades.

—Majestad —dijo, arrodillándose con la cabeza inclinada—, debo hablar con

vos... en privado.

Janessa le hizo a Odaka el gesto de que se levantara y estaba a punto de despedir a los cortesanos que todavía pululaban en la sala del trono cuando Rogan le puso una mano en el brazo como si fuera una garra. La apartó rápidamente cuando ella miró el lugar donde él se había atrevido a tocarla.

—Majestad, hay un protocolo que observar. Para cuestiones de Estado, la sala del trono no puede...

—¡Fuera! —vociferó Odaka, antes de que el senescal pudiera terminar.

Todos los cortesanos reaccionaron de inmediato a su orden y se marcharon por el arco de la puerta lo más rápido que pudieron. Ninguno se atrevió a desafiar a esa imponente figura.

Rogan levantó una ceja en gesto de desaprobación.

—Vos también, senescal —dijo Odaka, sin intentar disimular el desprecio que sentía por ese hombre—. Vuestra presencia ya no se requiere.

Si Rogan estaba ofendido, o si realmente pensaba discutir, lo ocultó bajo una máscara de apatía. Después de inclinar la cabeza a Janessa en una superficial reverencia, avanzó por la cámara, sin aparentar ninguna prisa. Por su parte, Odaka se mantuvo expectante, sin dignarse siquiera a mirar en dirección al senescal. Cuando Rogan ya se había marchado, se acercó y bajó la voz, sonando muy similar al Odaka de antaño.

—Os pido disculpas por haberos obligado a soportar al senescal mientras estuve fuera, majestad.

—No ha sido nada. Soy más que capaz de manejar a Rogan. —Janessa esperaba sonar más segura de sí misma de lo que se sentía—. ¿Cuáles son las noticias del norte?

Odaka parecía más serio de lo habitual.

—Los ejércitos de los Estados Libres están bajo muchísima presión. El general Hawke dirige lo que queda de las levas de Steelhaven. Solo el duque Logar ha traído a sus abanderados de Valdor; el resto de los nobles aún no se han incorporado a la contienda y decidieron reforzar sus propias defensas en lugar de venir en auxilio de la capital. Combatimos valientemente en la retaguardia, pero finalmente nos vencerán.

—¿Cuánto tiempo tenemos?

La expresión de Odaka se oscureció todavía más.

—Diez días. Quizá menos, dependiendo de la ferocidad con que luchen nuestros guerreros. No hay duda del objetivo de Amon Tugha: pretende sitiar la ciudad y conquistarla.

Janessa siempre había sabido lo que quería el caudillo elharim; después de todo, había intentado matarla, aunque solo había conseguido asesinar a su ama de llaves y a lord Raelan Logar. A pesar de que sabía que en algún momento Amon Tugha intentaría invadir la ciudad, Janessa no había querido creerlo. Odaka la obligaba a enfrentarse a la verdad.

—Entonces debemos hacer planes para la defensa de la ciudad —dijo, tratando de infundir algún fuego a sus palabras.

—Lo haremos, majestad. Convocaré una reunión de emergencia del consejo para discutir la cuestión. Mientras tanto, el mariscal Farren ha enviado a estos hombres para vuestra seguridad.

Janessa miró a los cuatro caballeros. Habían formado parte de la élite de su padre, guerreros que habrían dado la vida alegremente para salvar a su rey. Se preguntó si también ella podría inspirar tal lealtad, si harían lo mismo por ella en caso de ser necesario.

—No —respondió—. Tengo a los Centinelas. Estos hombres deberían estar en el norte con sus hermanos, enfrentando al enemigo a cada paso.

—Pero, majestad, vos necesitáis una escolta personal. Y estos hombres son los mejores que tenemos.

—No lo dudo, Odaka. Más razón para que estén en el norte combatiendo a nuestros enemigos, no aquí, protegiéndome. Skyhelm es totalmente segura.

Odaka negó con la cabeza.

—Creo que ambos sabemos que no es así. —La miró como si pudiera insistir, pero luego lo pensó mejor—. Muy bien. Enviaré a estos hombres de vuelta al norte. —Janessa estaba segura de haber percibido alivio en los rostros de los caballeros. Querrían estar de regreso en el fragor del combate—. Sin embargo, haré que Garret elija a sus mejores hombres para que estén a vuestro lado todo el tiempo. —Ella se dispuso a protestar, pero Odaka se inclinó, con decisión en los ojos—. Los mejores, majestad. Todo el tiempo.

Ella supo que no podría ganar esa batalla.

—Muy bien. Gracias, Odaka.

—No hace falta dar las gracias, majestad. Solo os sirvo como serví a vuestro padre.

Janessa se levantó. Durante un fugaz instante quiso abrazar a Odaka, sentirse a salvo solo por unos momentos. Estaba casi segura de que él la habría rodeado con los brazos y le habría devuelto el gesto. En cambio, pasó a su lado, bajó por la escalinata de piedra del trono y avanzó por la cámara.

Mientras caminaba por los pasillos de Skyhelm, a la luz de las antorchas, una ominosa sensación empezó a crecer en el fondo de su estómago y no era la primera vez que la experimentaba. Poco antes se había despertado sintiéndose tan mal que había vomitado en su bacinilla.

Debían de ser las presiones de su cargo, la tensión de tanta responsabilidad, lo que causaba ese malestar, pero había logrado mantenerlo en secreto. Debía conservar sus fuerzas, tratar de gobernar como lo había hecho su padre y soportar la carga en silencio.

Se sentía como si el palacio fuera a aplastarla; unas gotas de sudor le perlaron la frente y de pronto le pareció que el vestido le quedaba cada vez más ceñido. Apenas

logró llegar a sus aposentos sin desmayarse. Una oleada de alivio la inundó cuando vio que la institutriz Nordaine la aguardaba pacientemente. Antes de poder alcanzar la cama, sus rodillas cedieron y Janessa lanzó una arcada, luego otra, y un delgado hilo de vómito se derramó de su boca. Nordaine se puso a su lado de inmediato, le quitó la pesada corona de acero y le pasó la mano suavemente por el pelo.

Varias semanas antes, Janessa y Graye habían intercambiado crueles cotilleos sobre Nordaine, pero la institutriz había terminado convirtiéndose en lo más parecido a una confidente que tenía la joven reina. Janessa aún añoraba a Graye, y de pronto imaginó su cara, luego su grito final cuando el gigante Montaña la apretó entre las manos... Janessa volvió a lanzar arcadas, que terminaron en un violento sollozo.

—¿Qué me ocurre? Tengo que estar fuerte.

—Lo estáis —respondió Nordaine, mientras las comisuras de sus labios se curvaban formando una sonrisa. Extendió la mano hacia la espalda de Janessa y desabrochó el canesú de su vestido, lo que hizo que la reina pudiera respirar mejor de inmediato. En los últimos días sus vestidos le parecían más y más ceñidos, a pesar de que comía cada vez menos.

—No. Me siento débil y enferma. Tal vez deberíamos llamar a un boticario.

La sonrisa de Nordaine se hizo más grande.

—Ningún boticario puede ayudaros, querida.

—¿Qué quieres decir? —preguntó Janessa.

—No quería pensar en ello, pero ya es obvio —respondió Nordaine, posando la mano suavemente sobre el vientre de Janessa.

—¿Qué es obvio?

La institutriz le lanzó una mirada de compasión.

—Vuestra majestad está embarazada.

Janessa la miró durante lo que pareció una eternidad.

Luego se dobló en dos y vomitó sobre su falda.

Los Centinelas de Skyhelm eran una orden marcial tan antigua como el mismo palacio real. Después de haber estudiado su accidentada historia durante varias horas, Kaira conocía bien los principios y las tradiciones que los habían convertido en una casta de caballeros tan honorable. Formados apenas cuarenta años tras la muerte de Arlor, el rey Burfain el Azul les había asignado la administración de Skyhelm después de que su hijo intentara usurpar la corona. Desde entonces, cualquiera que tratara de deponer a un monarca de Steelhaven debía tener en cuenta la inquebrantable lealtad de los Centinelas, así como su capacidad para las represalias.

Por supuesto que la historia había demostrado que los Centinelas no siempre podían garantizar un gobierno largo y tranquilo, aunque habían pasado casi mil años antes de que la Corona de Acero fuera usurpada nuevamente y el reinado de Conrik II llegara a un final abrupto. Su hermano Cedrik había formado su propia orden —los Caballeros de la Sangre—, que había atacado Skyhelm de noche, asesinado a Conrik y expulsado a los Centinelas. A continuación se produjo una guerra civil cuando el hijo de Conrik, Hadrik, encabezó a los Centinelas durante un prolongado sitio. Después de mucho derramamiento de sangre, se llegó a un acuerdo, y tanto Cedrik como Hadrik gobernaron Steelhaven en una paz difícil. Cuando ambos reyes fueron asesinados el mismo día, Conhor, el heredero de Hadrik, reinstaló a los Centinelas como administradores de Skyhelm, pero también conservó a los Caballeros de la Sangre como su guardia de honor personal, un pacto que había unido a las dos órdenes desde entonces.

Kaira consideraba que los Centinelas eran menos devotos en su adoración a Arlor y Vorena que las Doncellas Escuderas, pero también era cierto que durante muchos días ella misma había dado la espalda a la devoción y a la reverencia religiosa. Ya no era una sacerdotisa-guerrera. Ahora servía a la reina y a su ciudad. Siempre habría un lugar en su corazón para Vorena; la divinidad seguiría siendo su fortaleza y su auxilio, pero el Templo de Otoño había quedado en el pasado. Aunque le dolía haber dejado atrás a sus hermanas, mujeres con las que había crecido y junto a las que había combatido, ahora había nuevos guerreros a su lado.

Al principio había sido extraño, al venir de un templo en el que solo tenía hermanas a su alrededor, pero no había tardado en granjearse un respeto de los hombres que la acompañaban equivalente al que le habían brindado las Doncellas Escuderas. De todas maneras, los Centinelas eran una orden orgullosa, templada durante mucho tiempo y con gran exigencia en el patio de entrenamiento, cada hombre escogido según su proeza con la espada y el escudo, cada uno dedicado a su tarea. Era natural que admiraran el talento de Kaira y la valoraran al máximo, así como ella admiraba la dedicación de esos hombres a la Corona de Acero y su ciudad.

y aspiraba al mismo grado de compromiso.

A pesar de que era la única mujer en las barracas, Kaira se alojaba con los hombres. Cualquier duda que el capitán Garret hubiera podido albergar sobre la sabiduría de esta disposición se había disipado rápidamente. Una vez que reconocieron su proeza, los otros Centinelas no tardaron en tratar a Kaira como si fuera uno de ellos.

Ojalá pudiera haberse dicho lo mismo de Merrick.

Kaira echó un vistazo al otro lado de la pequeña cámara que hacía las veces tanto de refectorio como de salón de los Centinelas. Merrick estaba sentado en su puesto habitual, mirando por la pequeña ventana, rechinando los dientes, marcando un ritmo incesante con la suela.

—Deberíamos ir al patio —dijo Kaira mientras se incorporaba.

Él la miró, levantando una ceja.

—¿Esa es tu respuesta para todo? ¿Más entrenamiento?

—Cuerpo fuerte en mente fuerte —respondió ella.

—Solo te gustaría probarme de nuevo. Creo que obtienes alguna clase de placer sádico de ello.

Ella sonrió al oírlo.

—No puedo decir que no se me haya cruzado por la cabeza. Aunque empieza a aburrirme vencerte. —En los últimos días Kaira había descubierto que sus intentos de tomarse las cosas con ligereza se volvían cada vez más exitosos. Fuera del enclaustrado entorno del templo adquiriría nuevos talentos todo el tiempo, pero para Merrick el régimen comparativamente indulgente de las barracas de Skyhelm era como una prisión.

Por supuesto que para él había sido difícil durante los primeros días, pero, teniendo tanto que probarse a sí mismo como cualquiera, en realidad se había dedicado al entrenamiento con el mismo empeño que ella. Aun así, en los últimos tiempos ella lo había visto ponerse cada vez más nervioso, y sospechaba que ello se debía a que añoraba su antigua vida, la libertad de la que disponía, las mujeres..., la bebida. Merrick había perseverado y ella lo admiraba por ello. Estaba claro que mejoraba físicamente día tras día y su talento con el acero casi no tenía parangón, pero parecía tener la mente en otra parte.

Él le devolvió la sonrisa, pero Kaira se dio cuenta de que era falsa. La seguridad en sí mismo, la arrogancia que lo caracterizaba cuando se conocieron habían desaparecido. Ella veía en él a un niño vulnerable y solitario, abandonado por su padre, que había visto morir a su madre por la peste y que terminaría dilapidando la fortuna de su familia.

A veces parecía que su único solaz se encontraba en el patio de entrenamiento.

—Bien, entonces hagámoslo —dijo él, evidentemente reanimado por la perspectiva.

Ella lo siguió al patio, donde ya había otros guerreros practicando bajo la mirada

vigilante del capitán Garret.

La carga que debía soportar el capitán lo estaba afectando. Kaira no lo envidiaba. Se le había asignado la protección del palacio de Skyhelm y su reina y pronto lo llamarían a defender la ciudad contra un ejército invasor. Los Centinelas estarían en la primera línea de defensa. Más razón todavía para dedicar la mayor cantidad de tiempo posible a practicar su oficio.

Cuando entraron al patio, Kaira reconoció a los dos Centinelas que combatían delante de sus camaradas. Statton era joven, apuesto y probablemente la mejor espada en la orden después de Merrick y ella misma. Cuando Merrick la había traído, ella había combatido con Statton y otro guerrero llamado Waldin. Había logrado vencer a los dos, pero no le había resultado fácil.

Statton luchaba contra Leofric, un prometedor recluta que se había incorporado poco después de ella y Merrick. Aunque sin duda era un espadachín dotado, no estaba a la altura del más experimentado Statton.

Mientras ella y Merrick observaban, Statton penetraba con facilidad en la defensa de Leofric una y otra vez, eligiendo jugar con él en lugar de asestarle la estocada definitiva. A Kaira no le parecía justo; Leofric no ganaría mucho si no le enseñaban a corregir sus puntos débiles, pero jamás se atrevería a cuestionar los métodos de enseñanza de Garret.

—Basta —gritó Garret después de que Statton bloqueara fácilmente el ataque de Leofric por enésima vez—. Veo que nuestros maestros espadachines han decidido unírseos. —Señaló a Kaira con un gesto.

Los otros Centinelas se giraron para mirarla a ella y a Merrick. Habían adquirido la costumbre de llamarlos «los maestros espadachines» un tiempo atrás, frase que hacía que Kaira se encogiera de vergüenza cada vez que la oía. Merrick, sin embargo, se mantuvo impertérrito.

—Está claro que nuestros hermanos Centinelas necesitan más instrucción —le dijo con una sonrisa, cogiendo de la estantería una de las espadas de madera que se usaban para practicar y haciéndola girar hábilmente en la mano—. No deberíamos decepcionarlos.

Garret sonrió y señaló con un gesto el patio de práctica, como aceptando la sugerencia de Merrick. A Kaira nunca dejaba de sorprenderla la forma en que este siempre se salía con la suya; Garret jamás habría tolerado semejante arrogancia de ningún otro Centinela. Su capitán era severo y estricto, pero por alguna razón parecía tenerle una consideración especial a Merrick. Ella suponía que se sentiría de alguna manera responsable de su futuro años después de que su padre lo abandonara.

Merrick avanzó a paso vivo hacia el centro de la plaza, mirando a su alrededor como desafiando a alguien, a cualquiera, a que se le enfrentara. Para Kaira esto estaba convirtiéndose en una especie de estudiada farsa. Miró a Leofric, quien le entregó su espada de práctica con la insinuación de una sonrisa. Merrick lo había humillado en varias ocasiones y el joven novicio deseaba que alguien lo vengara.

Kaira avanzó hasta ponerse frente a Merrick, en cuyo rostro se dibujaba una sonrisa engreída. Pero ella lo conocía lo bastante como para ver más allá de su egolatría, para atravesar su máscara de seguridad. Había poco de seguridad en Merrick Ryder. Sí, era un espadachín talentoso; sí, poseía el don de la seducción y un rostro apuesto que algunos podrían haber encontrado atractivo, pero para Kaira no era más que un niño solitario en el cuerpo de un hombre. Aunque no permitiría que eso la contuviera.

—Cuando estéis listos —dijo Garret mientras ellos se miraban.

Kaira se limitó a quedarse en su sitio. Merrick, con la guardia baja, la incitaba a atacarlo, pero ella ya había pasado por eso la cantidad suficiente de veces como para saber que su impaciencia no tardaría en obligarlo a actuar primero. No tuvo que esperar mucho.

Él avanzó, con la guardia baja, pero ella siguió inmóvil, con la espada de madera a la altura de la cintura.

Como había previsto, él atacó, amagando hacia abajo y lanzándose hacia arriba. Era una estocada especulativa que ella bloqueó fácilmente, pero con Merrick sabía que debía mantenerse en guardia. A pesar de la previsibilidad de su acercamiento, una vez que se trenzaran en combate, él podría cambiar su método de ataque en un instante y ella sabía que no debía tomárselo a la ligera.

Merrick retrocedió, sin dejar de sonreír. Kaira tenía los pies firmemente plantados en el mismo sitio, sin dar ningún paso hacia atrás, incluso cuando él volvió a abalanzársele, esta vez agitando la espada como una guadaña en cuatro veloces movimientos desde la izquierda y desde la derecha. La espada de Kaira lo bloqueó en cada caso, aunque ella estuvo a punto de juzgar erróneamente el último. ¿Podría ser que Merrick estuviera mejorando y ella no? Desestimó esa idea de inmediato. No le serviría albergar dudas; al menos durante un combate. Eso solo la llevaría a la derrota.

El resto de los Centinelas lanzaban murmullos de aliento, algunos para ella, otros para su oponente. A pesar de su talante altivo, Merrick era popular entre sus camaradas, siempre con un chiste, siempre capaz de provocar una sonrisa. Kaira no podía evitar envidiárselo. Aunque las bromas ligeras la incomodaban cada vez menos, seguía siendo muy reservada respecto de sus pensamientos y sus sentimientos. De todas maneras, tenía sus partidarios. Los Centinelas de más edad respetaban su talento y su disciplina, pero ella sabía que no obtendría más que respeto. En cambio, Merrick les caía bien, a pesar de sí mismo.

Él volvió a atacar, estaba decidido a obligarla a retroceder. Ella bloqueó con facilidad la primera andanada de estocadas, luego giró, esquivando un golpe en arco, y levantó su propia espada para asestársela en las costillas. Merrick consiguió apartarse justo a tiempo, para deleite de los otros Centinelas. Todos reían, entusiasmados por el despliegue.

Cuando Merrick se apartó, Kaira tomó la iniciativa y lo persiguió, lanzando una

andanada de golpes. Había llegado el turno de Merrick de bloquear y esquivar, y el sonido de los choques de las espadas de madera resonó en la plaza de entrenamiento con un ritmo entrecortado.

Siguieron intercambiando golpes; agachándose, balanceándose, girando. El golpeteo de las maderas se hizo más veloz. Ambos sudaban; el fresco de la tarde no conseguía enfriarles la piel. Merrick había perdido su sonrisa arrogante; tenía el ceño fruncido, la mandíbula tensa. Kaira lo miró con una férrea determinación, deseando que él cometiera algún error que le sirviera para sellar su victoria.

Se detuvieron un momento a recuperar el aliento, mirándose mutuamente con ansia, cómodos en su juego. Estos eran los instantes que ella apreciaba, cuando veía a Merrick plenamente vital, compartiendo la excitación del combate y dando un verdadero ejemplo.

Luego reanudaron la lucha. En esta ocasión, mientras proseguían con su veloz rutina de avances y bloqueos, ella vio una abertura, una ínfima grieta en la defensa de él, y se lanzó. Era una jugada arriesgada, que dejaría abierta su propia defensa, pero si tenía suerte él la detectaría demasiado tarde. Movi6 la espada de madera, practicando un arco encima del brazo de él, para apretársela contra la garganta. Si hubiera sido una hoja afilada, le habría abierto el cuello, derramando su sangre en el suelo. Se permitió una sonrisa, pero el breve júbilo de Kaira desapareció el instante en que sintió la presión de la hoja de él contra el est6mago. Aunque ella le hubiera cortado la garganta, él le habría abierto el est6mago. Los dos habrían muerto.

Merrick sonrió y los Centinelas empezaron a reír, lanzando exclamaciones de aprobación, algunos incluso aplaudiendo el espectáculo.

—Es imposible separaros a vosotros, ¿verdad? —dijo Garret.

Merrick levantó una ceja en un gesto sugerente al oírlo, pero Kaira negó con la cabeza.

Se quedaron a ver el resto de las prácticas; Merrick charlaba con naturalidad con los otros Centinelas mientras Kaira permanecía callada a un lado. Leofric estaba junto a ella; al parecer prefería su severo silencio a la ruda camaradería de Merrick y de algunos de los otros. No era la primera vez, y ella se sintió orgullosa de que el joven respetara de una manera tan evidente su talento y quisiera tenerla de ejemplo. Todavía le quedaba mucho por aprender, pero su actitud era prometedora.

Cuando terminaron, Garret los reunió a todos.

—Un buen espectáculo hoy; estoy viendo progresos. Descansad; luego os quiero a todos aquí a las ocho campanadas con vuestros atavíos completos.

Normalmente a las ocho campanadas estarían patrullando los pasillos y los terrenos de Skyhelm, pero todos hicieron un gesto de asentimiento y se dedicaron a sus cosas.

Kaira utilizó el tiempo para lavarse y rezar, como hacía siempre. No muchos de los otros Centinelas observaban incondicionalmente la fe de Arlor, pero ella era meticulosa en su devoción. Puede que ya no fuera una Doncella Escudera, pero

seguía siendo la lanza de Vorena, protectora de los débiles y herramienta de su divina venganza.

Más tarde, los Centinelas se reunieron en la plaza de entrenamiento bastante antes de las ocho campanadas. Garret ya los estaba esperando.

—Bien —dijo, ubicándose en el medio—. Todos sabemos cómo va esto. Nada de perder el tiempo en ceremonias. Ninguna retahíla de juramentos interminables. Kaira, Merrick, acercaos.

Kaira avanzó con Merrick a su lado. Cuando Garret extrajo dos medallones que resplandecían a la luz de las antorchas, supo de qué se trataba aquello.

—De rodillas —dijo Garret—. No tenemos toda la noche.

Kaira se arrodilló de inmediato, pero Merrick fue más lento. Más medido. Se preguntó por un instante si él tendría dudas, pero cuando lo miró vio que sonreía.

No puede evitar hacer un gesto para la multitud. Típico.

Garret se acercó primero a Merrick; si estaba irritado por el despliegue de reticencia, no lo dejó traslucir.

—Merrick Ryder, ¿juráis defender al portador de la Corona de Acero hasta la muerte? —Recitó esas palabras como si las hubiera pronunciado un millar de veces y estuviera mortalmente aburrido con ellas.

—Sí —respondió Merrick, sin perder la sonrisa.

Aunque Kaira sabía que esa no era la respuesta adecuada, Garret le puso a Merrick el medallón alrededor del cuello de todas maneras.

—Kaira Stormfall, ¿juráis defender al portador de la Corona de Acero hasta la muerte?

Ella hizo una pausa antes de responder.

¿*Stormfall*? ¿Podría aceptar su ingreso a los Centinelas bajo ese nombre? ¿Todavía tenía derecho a que la conocieran así?

Garret se movió con incomodidad. Kaira sabía que debía dar una respuesta y ese no era el momento para preocuparse por un apellido.

—Lo juro —respondió, con la cabeza inclinada.

Cuando Garret le colocó el medallón por sobre la cabeza, el resto de los Centinelas exclamaron «Skyhelm y la reina» al unísono. Sus voces resonaron en la plaza.

Y con esa sencilla ceremonia, Merrick y Kaira pasaron a ser miembros de pleno derecho de los Centinelas.

No hubo ninguna celebración después, ninguna felicitación, ningún otro ritual que observar. Para Kaira, esa sencillez era extrañamente reconfortante. Viniendo de una vida enclaustrada, de ceremonias y de fervor religioso, era liberador encontrarse entre un grupo de guerreros tan dedicados a su credo como las Doncellas Escuderas, pero sin la constante carga del dogma.

Recogió la espada y el escudo y, con Merrick a su lado, se dirigió a la muralla de Skyhelm para patrullar el perímetro exterior. Él guardaba un silencio poco habitual

mientras cumplían su tarea, haciendo que Kaira se preguntara en qué estaría pensando. A pesar de su aire altivo, ella percibió que se sentía un poco orgulloso por el honor que había recibido. Por su parte, ella estaba aliviada de volver a formar parte de algo.

Pero cuando miró hacia el sur, por encima de la ciudad, y vio las estatuas de Vorena y Arlor, experimentó una punzada de arrepentimiento. Una diminuta parte de ella aún anhelaba estar allí, entrenándose con sus hermanas y preparándose para enfrentarse a Amon Tugha, ahora que parecía que no había manera de detenerlo.

Y cuando finalmente llegara a las murallas, ¿ellos bastarían para interceptarlo? Kaira Stormfall supuso que no tardarían en averiguarlo.

Estaban todos agotados; los rostros adustos, los ceños fruncidos, las mandíbulas apretadas. Ninguno se había alistado para reprimir a su propia gente de esa manera, para sofocar un alzamiento con escudos y bastones como si se enfrentaran a una horda extranjera. No habría sido tan grave si solo se les hubieran enfrentado hombres, pero también había mujeres y niños, salvajes y hambrientos. Para cualquiera que tuviera ojos, era evidente que esa gente estaba desesperada, que necesitaba ayuda, pero nadie se la proporcionaba. Había que proteger los almacenes de grano y esa tarea había caído en manos de los Casacas Verdes.

Nobul Jacks no tenía quejas al respecto; había puesto su firma en el contrato y tenía un deber que cumplir. Ya había hecho trabajos sucios antes, deprimentes y sanguinarios, en el nombre del rey y de los Estados Libres. No había habido ninguna gloria aquella vez, como tampoco la había en ese momento. Lo mejor era hacer el trabajo y esperar que no te acosara en sueños.

Pero el resto de los muchachos no lo soportaba tan bien. Allí sentados junto a los inmensos almacenes entre docenas de otros Casacas Verdes, Nobul percibió su nerviosismo. A Hake le temblaba tanto un ojo que era como si todo un lado de la cara tuviera voluntad propia. El anciano parecía haberse deteriorado en los últimos días de combates, mostrando su edad más que nunca, y Nobul suponía que el asunto que llevaban entre manos tampoco había ayudado mucho.

Bilgot podía intentar ocultarlo, pero ese gordo cabrón estaba tan asustado como cualquiera. Probablemente incluso más. Con sus ojos saltones parecía como si esperara problemas a cada instante, problemas que él no podría manejar. A pesar de sus bravatas y su fanfarronería era un condenado cobarde, pero ¿acaso Nobul no lo había detectado desde el principio? Generalmente, los que hacían más ruido eran los que arrojaban las piedras más pequeñas.

Dustin y Edric aparentaban una valentía mayor. Eran tíos legales y tenían un fuerte lazo fraternal entre ellos. Pero era obvio que estaban asustados.

Quien mejor encaraba la situación era Anton. Su cara triste jamás tembló; se mantuvo firme y torva durante todo ese sangriento asunto. Incluso esos últimos días parecían haber fortalecido su determinación. Nobul suponía que, de todos ellos, él era a quien más le gustaría tener a su lado, ahora que Denny ya no estaba.

La mera idea le causaba dolor. Nobul trató de no pensar en ello, pero seguía sintiéndolo. De todas maneras, debía sufrir por lo que había hecho. Era culpa suya que el chaval estuviera muerto. Era como si él mismo le hubiera causado la muerte, y eso le dolía. Aunque no era el único dolor que debía soportar, no era el único demonio que lo fastidiaba en lo más profundo de la mente.

Tal vez debería sumarlo a todo lo demás.

El sargento Kilgar los observaba a todos con sus ojos penetrantes, manteniéndolos a raya y alimentándoles la moral cuando hacía falta. Pero ya llevaban tanto tiempo juntos que todos conocían su tarea. Haz lo que dice el sargento y no lo cuestiones. Hasta ahora había funcionado y no se habían producido bajas dignas de mencionar. De todas maneras, estaban asustados.

Nobul sabía que este ni siquiera sería el verdadero combate. Ese tendría lugar cuando llegaran los khurtas desde el sur, gritando y rugiendo y matando. Pero Nobul Jacks no le daba importancia a eso. Que vengan. Que nos sitien, que intenten arrasar esta ciudad. Encontrarían a unos cuantos ciudadanos dispuestos a enfrentarlos, preparados para atravesar sus filas dejando un rastro de sangre, y Nobul estaría en el frente de batalla.

Una parte de él no podía esperar. Pero otra parte recordó que antes tenía que enfrentarse a problemas reales.

—Parece que va a llover —dijo Anton, mirando con el ceño fruncido las nubes grises. Lo había dicho cada uno de los cuatro días anteriores pero aún no había llovido; era solo el cielo miserable que los miraba con congoja.

—Ese es el menor de tus problemas, miserable cabrón —respondió Bilgot con esa mueca que usaba para tratar de enmascarar su temor. Nadie lo consideraba gracioso, pero él seguía cachondeándose, seguía actuando como si fuera el bufón del grupo. Tal vez algún día se enteraría. Tal vez no.

—No os preocupéis por nada de eso —intervino Hake, incorporándose cuidadosamente y haciendo un gesto con una mano marchita. Nobul vio a un joven y delgado Casaca Verde que aparecía en uno de los callejones y corría hacia ellos.

—Ya vienen —gritó el joven.

Los hombres se incorporaron, todavía fatigados por cuatro días de guardia. Kilgar avanzó hacia el frente mientras el otro sargento, Bodlin, se ponía a su lado. El muchacho se detuvo delante de ellos, cogiéndose las rodillas, jadeando sin cesar.

—¿Y bien? —Gruñó Kilgar.

—Ya vienen... por las Balsas...

—¿Cuántos?

El muchacho negó con la cabeza.

—Parecen centenares.

Kilgar soltó una palabrota por lo bajo. Nobul sentía lo mismo; él tampoco estaba muy feliz con la situación. El puente Aldwark estaba cerrado para que los refugiados de la Ciudad Vieja no pudieran cruzar el Storway y entrar en la ciudad propiamente dicha, pero no podía hacerse nada respecto de las Balsas. Formaban un barrio en sí mismas, una flotilla instalada en la desembocadura del río que conectaba la Ciudad Vieja con la nueva. Salvo prenderle fuego, no era mucho lo que podía hacerse para bloquearlos.

—Bien, chavales —dijo Kilgar, volviéndose hacia las dos docenas de hombres listos para defender los almacenes—. Hora de formarse. —Ya habían empezado a

colocarse en rudimentarias filas, pero sencillamente no eran suficientes para defender el edificio entero. Lo único que podían hacer era plantarse delante de los grandes portones de madera y esperar lo mejor.

Bodlin estaba gritando órdenes a sus propios hombres, ubicándolos para que bloquearan los callejones por los que se accedía a la fachada de los almacenes. Eran estrechos, por lo que un puñado de hombres con escudos podrían contenerlos todo el día, pero el problema era la calle principal. No había manera de parar a una chusma de cientos de personas.

Habría sido una tarea ideal para la caballería. Unos pocos hombres a caballo podían controlar fácilmente a una muchedumbre. Con solo cargar una vez contra ellos los espantarían, pero todos los jinetes estaban en el norte. Nadie había previsto que se los precisaría para algo así, de modo que los Casacas Verdes tendrían que arreglárselas a la vieja usanza.

Nobul ocupó su puesto en la fila, justo en primera línea. En el medio. Allí era donde todos deseaban que estuviera; sabían de lo que era capaz. Él mismo no lo habría querido de ninguna otra manera: justo en el centro, donde la violencia sería mayor. Donde era más probable que terminara muerto. Donde debía estar.

Anton estaba a su izquierda, Kilgar a la derecha y Bodlin más allá. El otro sargento empezaba a gustarle a Nobul tanto como Kilgar. Los dos eran hombres valiosos que predicaban con el ejemplo. Nobul había visto bastantes oficiales que hacían su trabajo desde la retaguardia y podía reconocer a uno valioso cuando lo veía. Pero ningún sargento, por capaz que fuera, podría salvarte si te había llegado la hora.

En los últimos días varias multitudes habían intentado saquear las reservas de grano y ellos las habían reprimido, pero jamás se habían contado por centenares de personas. Unos pocos oficiales valiosos jamás conseguirían compensar esa diferencia de número. Nobul esperaba que el joven hubiera exagerado. Si no... Bueno, no tardarían en averiguarlo.

Después del ruido de los preparativos —de los hombres que cogían lanzas y bastones y se abrochaban las armaduras—, un breve silencio cayó sobre ellos. Era como si la ciudad completa estuviera desierta. Todo estaba calmado. Pacífico. Eso le trajo recuerdos a Nobul, antiguos y tristes y oscuros. Siempre era lo mismo. Siempre un momento de calma antes de la carnicería. Un momento para detenerse a pensar en lo que había hecho uno con su vida, para qué valía la pena seguir viviendo, qué se perdería si todo se iba a la mierda. Tal vez a algunos hombres los reconfortaban esos últimos pensamientos. No a Nobul Jacks.

Mientras aguardaban, una gaviota sobrevoló por encima y se detuvo justo delante de ellos. Miró a los Casacas Verdes con la cabeza ladeada, contemplándolos con un ojo, pasando de uno a otro de los temerosos hombres, hasta que su mirada se detuvo en Nobul, como si estuviese desafiándolo. Lo observó con expresión arrogante y torva. Un joven que estaba más lejos en la misma fila escupió, lanzando un blanco pegote hacia el ave y errándole por unos treinta centímetros. La gaviota no se movió.

—¿Esto es lo que nos tenía preocupados? —gritó uno de los jóvenes—. Creo que puedo cargarme a este cabrón yo solo.

Hubo risas, algunas demasiado fuertes, más para contener el miedo que un verdadero regocijo. Pero no sirvieron para aliviar la tensión.

Nobul se limitó a mirar y a esperar.

El ave agitó las blancas alas y salió volando, justo cuando empezó el griterío. Venía por la calle y no tuvieron que esperar mucho antes de ver qué era lo que generaba ese ruido. Venían armados, con palos, ladrillos, lo que hubieran podido coger. Una multitud grande, al menos más grande que antes, clamando al cielo.

—Aquí vienen —gritó Kilgar cuando la muchedumbre llenó la calle, avanzando como una ola salvaje e incontenible—. Manteneos firmes. Siempre junto al hombre que está a vuestro lado...

Sus gritos quedaron sepultados por el ruido de la multitud. Incluso aunque estaba justo al lado Nobul, ya no podía distinguir sus palabras por encima de los alaridos y los aullidos de esos cabrones dementes y hambrientos que venían en busca de comida. Estaban con hambre. Desesperados. Pero Nobul no debía preocuparse por eso. Su deber era detenerlos. Oh, y tal vez sobrevivir a la tarde; eso sería un beneficio añadido.

Se detuvieron a unos cuatro metros delante de los Casacas Verdes. Cada uno de ellos gritaba, escupiendo su hambre y furia a los hombres que tenían enfrente. Sería así durante un rato, hasta que alguno de ellos reuniera el coraje de atacar. Ese sería el que recibiría la paliza más dura.

Nobul trató de no mirarlos, de no concentrarse en las caras. Ver a un solo pilluelo patético y hambriento en esa lamentable masa humana podría hacerlo detenerse un momento, distraerse lo suficiente como para que le clavaran algún puñal improvisado en el cuello. *No pienses que son personas. Son una muchedumbre. Una muchedumbre que viene a matar y a robar.*

Mientras estaban allí gritando, Nobul sintió que Anton se movía incómodo. Seguramente el muchacho estaba a punto de cagarse encima. No había manera de acostumbrarse a esto, de aprender a controlar el miedo, había que tragarlo y escupirlo de nuevo como una ira condenadamente ardiente.

Desde atrás de la multitud alguien arrojó algo al aire. Pasó cerca de Nobul y chocó con el yelmo de alguno de los muchachos que tenía detrás. Nobul lo oyó gritar de dolor por encima del ruido de la multitud. Lo siguieron más proyectiles: palos y rocas y lo que parecía barro, pero que con toda probabilidad era mierda. Una botella cayó delante de él, conteniendo algo que se derramó sobre sus botas. Meados, seguramente.

Un par de alborotadores saltaron hacia delante, blandiendo sus armas caseras y mostrando los dientes como perros, antes de escabullirse entre sus camaradas. Los Casacas Verdes seguían firmes y Nobul admiró su disciplina. Eran un grupo sólido de muchachos, pero esto aún no había empezado a ponerse desagradable.

Alguien se lanzó hacia delante, con su piqueta en lo alto, y trató de clavarla en una cabeza protegida por un casco que estaba a un lado de la fila. Antes de alcanzar su presa, uno de los Casacas Verdes interpuso su lanza y le hundi6 la punta en el hombro. El atacante lanz6 un chillido y retrocedi6, tambaleándose y aferrándose la herida. Nobul sabía que ahora podía pasar una de dos cosas: o la muchedumbre se asustaría y huiría, o se enfurecería y atacaría.

Siempre la misma condenada suerte. Eligieron la segunda opción.

Más proyectiles llovieron sobre ellos, con mucha menos mierda y mucha más solidez, y al mismo tiempo la masa se agazapó para atacar. Los Casacas Verdes los contuvieron a palazos, pero de pronto la muchedumbre, azuzada por el empuje, avanzó como una marea.

Nobul tenía una porra, antigua y curtida y sujetada con bandas de acero que él mismo había trenzado. No estaba diseñada como arma letal, pero podía serlo si él lo quería. Cuando la masa avanzó, Nobul eligió su blanco. No tenía sentido blandir el arma ante una multitud de enemigos y esperar que todo saliera bien; lo más probable era que no le atinaras a nada. Había que elegir el blanco, esperar que se pusiera a tu alcance, y luego clavarle la parte contundente de lo que tuvieras en la mano.

A su izquierda y a su derecha, Anton y Kilgar apuntaban con sus armas a la multitud enardecida. Nobul hizo lo mismo hacia los tres rostros que lo miraban con furia. Movi6 en un arco el arma, rápido y con fuerza, y las caras se echaron hacia atrás, ensangrentadas y rotas. Luego, después del avance inicial, los cuerpos quedaron entrelazados, aplastados entre sí. Nobul tuvo la sensatez de mantener el brazo armado por encima de la multitud, para al menos poder utilizarlo. La mayoría de los otros jóvenes estaban atrapados entre la presión de los cuerpos, con la espada contra el almacén y sin ningún sitio para retroceder.

Como no podían utilizar los puños, la masa empezó a escupirlos y a maldecirlos, gritando que tenían hambre y que necesitaban comida y que los Casacas Verdes deberían avergonzarse de permitir que se murieran de hambre. Siguieron empujando con sus cuerpos hediondos, pero con los Casacas Verdes en el medio no podían avanzar más. Finalmente no fueron más que un tumulto de cuerpos que se empujaban entre sí, jadeando y gritando.

Después de un rato, tras unos enloquecidos instantes de cuerpos aplastados y alaridos de histeria, la multitud afloj6 la presión, dándose cuenta de que no llegaría a ninguna parte. Algunos de los muchachos les lanzaron golpes sin mucha fuerza y Nobul oyó gritos en un extremo de la fila. Mientras retrocedían, una manada de revoltosos consiguieron capturar al sargento Bodlin y llevárselo a rastras.

Nobul saltó hacia delante, con el sargento Kilgar a su lado. Uno de los alborotadores había empezado a patear a Bodlin en la cabeza y Nobul se lanzó primero sobre él, le pegó un garrotazo en los hombros y lo hizo caer. Eso no detuvo al resto de la multitud, que estaba dispuesta a obtener su trofeo. Si no podían conseguir el grano, se llevarían a cambio la cabeza de un Casaca Verde. Nobul no iba a

permitirlo.

Bodlin extendió las manos; tenía la cara destrozada, la sangre le cubría la boca y le manaba entre los dientes que aún conservaba a pesar de los golpes. Nobul le cogió el hombro al tiempo que él mismo era atacado. Llegó a ver el palo del hombre cayendo sobre él, pero antes de que se lo hundiera en la cabeza, Kilgar apaleó a aquel tipo y lo hizo retroceder. El sargento se interpuso, blandiendo la porra, mientras Nobul cogía a Bodlin con ambas manos y lo arrastraba hacia un lugar seguro. En ese momento se sumaron otros de sus muchachos. Al ver que la multitud retrocedía decidieron darles un poco más de motivos para que se fueran pitando.

Cuando Nobul consiguió arrastrar a Bodlin hasta las puertas de los almacenes, la muchedumbre ya huía hacia la Ciudad Vieja.

Los Casacas Verdes se desplomaron sobre sus traseros y se quedaron allí un rato, recuperando el aliento. Un par de los muchachos del extremo de la fila tenían cortes y moretones; uno de ellos exhibía un tajo lleno de sangre en el cuero cabelludo, pero las heridas en la cabeza siempre tenían mal aspecto. A pesar de haber perdido algunos dientes, Bodlin no parecía estar demasiado maltrecho, salvo por la sangre que tenía en la pechera. No tardó mucho en dar órdenes a sus hombres. Eso casi hizo sonreír a Nobul.

—Parece que ya os hemos devuelto el favor que os debíamos, sargento Bodlin — dijo Kilgar.

—Con creces —respondió Bodlin, guiñándole el ojo a Nobul. Semanas atrás, Bodlin y sus ballesteros los habían sacado de la mierda cuando estaban liberando la Ciudad Vieja. Parecía un poco irónico que las personas para las que la estaban liberando eran muy probablemente los que instantes antes habían intentado matarlos.

Había un par de alborotadores en el suelo, y los muchachos los arrastraron hacia un costado, sin que les importara si estaban vivos o no. Nobul no podía sentir animadversión contra ellos. Después de todo, pasaban hambre, y lo más seguro era que solo quisieran alimentar a sus familias. ¿Quién podría decir que el mismo Nobul no hubiera estado junto a ellos si se hubiera encontrado en esa situación? La única diferencia era que él tenía un mejor empleo.

Mientras estaba allí sentado, vio a uno de los muchachos espiando a través de una grieta en las puertas de los almacenes, con una mirada de codicia.

—Ni se te ocurra —dijo Bodlin, y el muchacho se dio la vuelta, con aspecto culpable.

—No iba a hacer nada, sargento —dijo, aunque era obvio que sus intenciones eran otras. Luego, después de que lo pensó un momento, añadió—: Pero ¿quién se daría cuenta si cogiéramos un poco para nosotros? Como recompensa por nuestro trabajo...

Bodlin negó con la cabeza, pero luego, con una sonrisa ensangrentada, dijo:

—Entonces abre la puerta, chaval. Eres libre.

Ante esas palabras, el resto de los Casacas Verdes empezaron a mostrar interés, y

se acercaron rápidamente cuando el joven corrió la viga transversal y abrió la puerta de un golpe. Los muchachos lanzaron gritos de alegría mientras entraban, pero cuando la débil luz del atardecer alcanzó el interior del edificio, no tardaron en cambiar de melodía.

Estaba vacío.

—No pensaríais que protegíamos las verdaderas reservas, ¿verdad? —preguntó Bodlin—. Esto no es más que un señuelo. —Luego se alejó con una sonrisa, dejándolos con las miradas clavadas en él y hambre en el estómago.

Nobul podría haber sonreído también. Podría. En cambio, se quedó allí, preguntándose si eso era lo único que él defendería en los días siguientes. Preguntándose si arriesgaría la vida por otro espacio vacío y sin valor.

En ese momento, unas gotas de lluvia le golpearon la cabeza.

—¿Ves? —gritó Anton—. Te dije que parecía que iba a llover.

Nobul nunca lo había visto tan feliz.

Un caballero de los Centinelas de Skyhelm. Merrick Ryder casi se echó a reír.

Honor. Deber. Un uniforme.

¿En qué demonios estaría pensando?

Y de pronto tenía un pequeño medallón en el cuello, con la corona y las espadas cruzadas, igual al que había usado su padre. ¿Qué más podría querer un niño?

Kaira, desde luego, estaba loca de contenta. Aunque se viera tranquila y rumiando para sus adentros como era habitual en ella, él sabía que ella estaba rebosante de orgullo. ¿Y por qué no debería estar feliz? La habían educado en el Templo de Otoño. Estar encerrada en una ciudadela, sin otra compañía que los otros rumiantes caballeros, seguramente le parecería como su propio hogar.

Miró hacia donde ella estaba sentada en su litera, contemplando el medallón que le colgaba del cuello.

—¿Satisfecha de ti misma? —le preguntó.

Ella levantó la mirada como si apenas lo hubiera oído.

—¿Qué?

—Ahora que nos han nombrado caballeros, ¿te sientes feliz?

—La felicidad no tiene nada que ver con esto.

—¿Orgullosa, entonces? ¿Dispuesta a cumplir tu deber?

Kaira frunció el ceño.

—Estoy dispuesta a servir a mi reina y a mi ciudad. Actuar como la mano de...

—Oh, todo esto no es más que una gilipollez —dijo él—. Estamos condenadamente atrapados. Somos prisioneros en una cárcel que hemos hecho nosotros mismos. Esta fue una idea de mierda.

En ese momento ella se levantó, mirándolo como si quisiera extender la mano y aferrarle la garganta. Pero se contuvo y dijo con calma:

—Esto es lo que es, Merrick. Deberás soportarlo. —Se volvió para marcharse, luego lo pensó mejor—. Recuerda que fue idea tuya. Lo hicimos tanto para sobrevivir como para servir.

Él sabía que ella estaba en lo cierto.

—Y hemos sobrevivido. —Señaló con un gesto su austero entorno—. Y mira lo bien que nos ha ido.

—Sigues sin poder pensar en nadie más que en ti mismo, ¿verdad? Suponía que tal vez habrías cambiado, que podrías aceptar la posibilidad de una redención.

Merrick sonrió.

—¿Se te ha ocurrido alguna vez que tal vez yo no quiera una redención? No todos están perseguidos por la culpa, Kaira.

—Continúa tratando de convencerte a ti mismo.

Ella le clavó una mirada que transmitía acusación, juicio y condena a la vez.

Vete a la mierda, habría sido su respuesta natural. *¡Llévate tu juicio y métetelo en tu santurrón culo!*

Pero por supuesto que no dijo eso. No solo porque la respetaba. No solo porque Kaira bien podría patearlo de un lugar a otro de la ciudad con los pies descalzos. También porque ella estaba en lo cierto.

Había muchas cosas que Merrick Ryder detestaba: su padre, el Gremio, la autoridad, una jarra de vino vacía y no tener nada de dinero. Pero todo ello empalidecía y se volvía insignificante al lado del desprecio que sentía por sí mismo: por la fortuna que había dilapidado; por el talento y las oportunidades desaprovechadas. De pronto se le había presentado una oportunidad para salvarse y lo único que hacía era tratarla con el desdén de siempre.

Eres un jodido cabrón, Ryder.

Antes de poder empezar a discutir, a decirle que sí había cambiado, el joven Leofric apareció en la puerta.

—El capitán Garret quiere veros a los dos —anunció el chaval.

Merrick miró a Kaira, pero ella se limitó a encogerse de hombros.

—¿Para qué? —preguntó Merrick.

—No lo dijo, y yo no se lo pregunté —replicó Leofric.

Era evidente que no le caía bien al joven recluta, pero Merrick podía soportarlo. Ese muchacho era tan interesante como un típico porquero de provincias, de modo que no representaría una gran pérdida.

—Entonces será mejor que vayamos —dijo. Se puso de pie y se acomodó la túnica.

Su fingido intento de decoro fue recibido con un silencio que continuó durante todo el trayecto hasta donde estaba Garret, sentado en el patio, bebiendo té. Había otros dos Centinelas en posición de firmes al lado del capitán y, cuando se acercó, Merrick reconoció a Waldin y Statton.

Al ver que Merrick y Kaira se aproximaban, el capitán dejó la taza sobre la mesa y los contempló con una mirada apreciativa.

—Tengo una tarea para vosotros.

Durante un instante Merrick recordó un almacén al que una vez lo habían asignado. Una tarea que le habían encargado Friedrik y Bastian. Una misión en la que casi había vendido a mil almas como esclavos y en la que casi termina muerto. Se moría de ganas de averiguar cuál sería esta.

—Se necesitan mis mejores espadas y es la misión más importante del reino —continuó Garret—. Muy probablemente también la más peligrosa.

Hizo una pausa, contemplando a los cuatro. Era evidente que esperaba que lo interrogaran, que le preguntaran qué demonios podía ser tan peligroso. Merrick sabía que Kaira no diría nada; habría saltado desde la punta de la Torre de los Magistrados sin cuestionar nada si Garret se lo hubiese ordenado. Waldin y Statton tampoco

hablarían y Merrick no estaba dispuesto a cometer la estupidez de ser el único que abriera la boca.

—Nuestra reina requiere una escolta. Una guardia permanente que la proteja noche y día. Dondequiera que vaya, allí estaréis. No creo que haga falta recalcar lo importante que es esto.

—No, capitán —respondió Kaira, antes de que Merrick pudiera siquiera pensar en quejarse—. Será un honor.

Por Dios. ¿Por qué no se inclinaba y le besaba el culo, ya que estaba?

Statton y Waldin también balbucearon palabras de asentimiento, demasiado dispuestos a ofrecerse como voluntarios.

—¿Y tú? —preguntó el capitán, mirando a Merrick, que había mantenido un conspicuo silencio.

Él sonrió.

—Vivo para servir.

Garret no pareció encontrar el lado gracioso del asunto.

—En dos ocasiones unos asesinos han penetrado en las murallas de Skyhelm y tratado de asesinar a nuestra reina. Es probable que se produzcan nuevos intentos. Es probable que vosotros tengáis que arriesgar la vida por ella. Si no estás dispuesto a hacerlo, Ryder, dilo ahora y pondré a otra persona en tu lugar.

De pronto todo aquello se había vuelto real. Hasta el momento, Garret había tolerado la actitud despreocupada de Merrick gracias al talento de este con la espada y a la deuda que el capitán sentía que tenía con su familia, pero todo eso había quedado atrás. De pronto las cosas se habían puesto serias.

Y tal vez esta sería la oportunidad que Merrick esperaba.

—Claro que estoy dispuesto —respondió, quizá con demasiado ímpetu.

Garret frunció el ceño.

—No lo fastidies, Ryder. Es tu oportunidad de hacer algo valioso de ti mismo. —El capitán se incorporó y terminó su té—. Venid conmigo —dijo. Los cuatro Centinelas lo siguieron a través del patio y por las puertas que daban al palacio propiamente dicho.

De niño, Merrick se había paseado por esos salones con su padre, Tannick, quien le había mostrado el consagrado centro del poder dentro de los Estados Libres y le había explicado su responsabilidad de proteger al rey que se sentara en ese trono. Merrick lo había escuchado atentamente, fascinado por la majestuosidad del edificio; incluso había tenido la esperanza de seguir algún día los pasos de su padre.

De adulto, el esplendor de ese lugar seguía impresionándolo, pero también sentía una punzada de resentimiento. Recordar a su padre solo le generaba amargura, incluso hacía que una parte de él aborreciera aquel sitio. El viejo había conseguido arruinárselo, incluso a pesar de haber estado ausente durante la mayor parte de la vida de Merrick.

Llegaron al inmenso salón del trono. Los Centinelas se quedaron a un lado

cuando Garret se acercó. Merrick alcanzó a verla, sentada en el trono de piedra. Aunque había patrullado el palacio en innumerables ocasiones, jamás le habían presentado a la mujer por la que tal vez tendría que dar la vida.

A primera vista, Janessa parecía una reina hasta el último detalle; con la corona cómodamente posada sobre su cabeza y su expresión serena y majestuosa. Pero tras esa apariencia se ocultaba una vulnerabilidad. ¿Sería su juventud, o quizá su belleza, lo que instantáneamente hizo que Merrick deseara protegerla? O tal vez era un sentimiento de deber cada vez mayor.

¡Ja! ¿Deber? ¿A quién tratas de engañar, Ryder? ¿Desde cuándo eso significa algo para ti? Vas a fastidiar esto como lo has hecho con todo lo demás.

Merrick trató de dejar atrás las dudas. Tenía que hacer un esfuerzo. Ponerse a la altura del desafío. De una vez por todas. Hasta ese momento había tratado a los Centinelas como trataba todo lo demás: como un inconveniente. Pero le había llegado la oportunidad de hacer algo de valor. De enmendarse, de lograr algo de lo que su madre hubiera estado orgullosa. No era el momento de dejar que viejas dudas socavaran su determinación.

Garret se detuvo ante Janessa, se puso de rodillas e inclinó la cabeza. Los cuatro Centinelas lo imitaron, y esperaron que ella les dirigiera la palabra.

—Capitán Garret, ¿a qué debo este inesperado placer? —preguntó la reina.

Su voz era amable y carente de autoridad. Fue en ese momento que Merrick consiguió ver cómo era más allá de la apariencia que ella trataba de crear. No era más que una niña sentada en ese trono. No una verdadera reina. No una líder de hombres. Solo una niña a la que habían lanzado al río y le habían dicho que nadara. Merrick sabía muy bien cómo se sentía eso.

—Majestad —respondió Garret, al tiempo que se incorporaba con delicadeza y sus viejas articulaciones protestaban—. Permitidme presentaros a mis cuatro mejores espadas. Statton, Waldin, Merrick y Kaira. Cada uno de ellos se ha ofrecido a formar parte de vuestra guardia personal.

Eso no es exactamente cierto, ¿verdad, Garret? No recuerdo haberme ofrecido de voluntario.

—Por favor, poneos de pie —dijo la reina, y los cuatro obedecieron. Durante un momento, Janessa los observó con una mirada apreciativa. Luego se levantó del trono—. Acompañadme.

A continuación atravesó el salón del trono, pasando al lado de ellos. Garret pareció momentáneamente desconcertado, pero de todas maneras la siguió. Kaira miró a Merrick, pero este se limitó a encogerse de hombros. Era evidente que se trataba de una violación del protocolo. A Merrick empezaba a gustarle la reina Janessa.

La siguieron a través de pasillos serpenteantes por las profundidades del palacio hasta que salieron al jardín. Solo había árboles sin hojas y arbustos. Aquí y allá se veían unos setos recortados en evidente mal estado bajo el frío aire de invierno.

—Podéis quedaros aquí, capitán —dijo Janessa, y Garret permaneció atrás mientras los otros cinco avanzaban por un sendero pavimentado que atravesaba el jardín. Merrick se dio la vuelta y vio una expresión de preocupación en el ceño fruncido de Garret.

Mejor que tengas cuidado con lo que dices, Ryder, o te verás en serios problemas.

—¿Cuánto tiempo habéis servido en los Centinelas? —preguntó la reina, mientras pasaba la mano por un arbusto de lavanda seca y oscurecida.

Waldin y Statton le hablaron de los años que habían pasado en la compañía. Como Kaira y Merrick mantenían un torpe silencio, Janessa se volvió hacia ellos en un gesto expectante.

—Solo algunas semanas, majestad —respondió Merrick. En esas circunstancias le pareció mejor ser quien se encargara de contestar. A Kaira nunca se le habían dado bien las conversaciones informales.

—Aun así Garret os escogió para mi guardia personal. Debe de confiar en vosotros implícitamente.

—Aunque yo mismo no he sido Centinela durante mucho tiempo, mi padre formó parte de la compañía. He visitado el palacio varias veces de niño.

Janessa lo miró con curiosidad.

—¿De modo que sigues una tradición familiar?

Por lo mucho que me ha servido.

—Así es, majestad.

—Entonces parece que los dos vamos tras los pasos de nuestros padres.

Ello lo irritó más de lo que había esperado. La idea de seguir los pasos del viejo cabrón de Tannick Ryder lo llenó de una repentina repulsión.

—¿Y tú, Kaira? —inquirió la reina—. ¿Qué te hace una servidora tan apreciada?

Kaira no respondió. Abrió la boca, pero parecía que no tenía palabras. No estaba acostumbrada a elogiarse a sí misma, en especial ante la realeza.

—Kaira Stormfall es una antigua Doncella Escudera, majestad —intervino Merrick—. Y una mujer de pocas palabras.

Janessa se volvió hacia él, examinándolo.

—¿Estás acostumbrado a hablar en nombre de las mujeres que tienes cerca, Merrick? —Él no supo qué responder—. Te aseguro —continuó Janessa— que no tendrás que hablar en mi lugar.

—Jamás me atrevería a...

—No, por favor, no.

Ella se giró y siguió avanzando por los jardines.

Mientras la seguía, Merrick no pudo evitar sentirse fascinado por la confianza en sí misma que ostentaba la reina. Tal vez la había subestimado. Tal vez sí tenía lo que se necesitaba para gobernar.

Después de unos momentos de silencio, Janessa se detuvo y se quedó mirando un árbol desnudo, mientras decía:

—¿Estáis dispuestos a dar la vida por mí?

Merrick no había esperado una pregunta tan directa, pero ya sabía cuál era la respuesta apropiada.

—Hemos jurado defender al portador de la Corona de Acero hasta la muerte, majestad.

—No te pedí que repitieras tu juramento, Merrick. Pero ya que esa es tu respuesta, ¿cómo te sientes realmente al respecto?

¿Cómo me siento al respecto? Me siento jodidamente maravilloso. No puedo esperar a lanzarme delante de las lanzas y flechas que sin duda vienen hacia vos.

—Nosotros...

—Vivimos para servir, majestad —intervino Kaira—. Para servir a la ciudad de Steelhaven. Servir a la Corona. Y servir a vos. Nuestros sentimientos quedaron a un lado cuando hicimos el juramento. Ahora estamos dedicados a esta tarea, nada más.

La reina Janessa sonrió al oírla. Luego negó con la cabeza.

—Lo pregunto porque jamás esperaría que alguien diera la vida por mí. Jamás lo he deseado.

Parecía nostálgica, como si estuviera pensando en alguien en particular. Merrick sabía que algunos hombres habían muerto en los intentos anteriores de asesinarla. Por su reacción parecería que la reina se sentía responsable y que estaba agobiada por la culpa.

—Si os sirve de consuelo, majestad, no tengo intención de dejarme matar.

Lo había dicho sin pensarlo. Algo frívolo. Estúpido. Pero, a pesar de que esperaba una reprimenda, ella se limitó a sonreír.

—Yo tampoco, Merrick —dijo—. Así que aquí estamos. Ninguno de nosotros queremos que nos maten. No podría pedir más.

Después de esas palabras regresó por los jardines hacia donde había quedado Garret. El capitán de los Centinelas parecía preocupado, pero la reina le posó una mano en el brazo en un gesto tranquilizador y le dijo:

—Servirán, Garret. Buena elección, creo.

A continuación, volvió al palacio.

El capitán miró a Merrick con alivio.

—Has logrado no fastidiarlo —dijo—. Bien hecho.

—¿Acaso había alguna duda? —respondió Merrick con una sonrisa. Garret se limitó a mover la cabeza y siguió a la reina.

Más tarde, cuando ya estaban de vuelta en las barracas y el cielo empezaba a oscurecerse, Merrick y Kaira se pusieron las armaduras. La seguridad previa de él había desaparecido, y se preguntó en qué demonios se había metido.

Iba a arriesgar la vida por una mujer —una niña— a la que ni siquiera conocía. Una reina... Su reina, pero ¿qué demonios significaba eso en realidad? Merrick jamás había seguido ninguna fe ni creído en la Corona, y sin embargo allí estaba, preparándose para ofrecer la vida por una persona a quien habían nombrado su

superiora.

Parecía una estupidez.

¿Dónde estaba el beneficio? ¿Qué ventaja obtendría? ¿Cuál sería su recompensa? Si los otros Centinelas estaban en lo cierto, los asesinos que vendrían a buscarla poseían una fuerza prodigiosa y una velocidad sin parangón. Sus talentos eran superiores a la capacidad de un hombre común y corriente. Y sin embargo allí estaba él, Merrick Ryder, quizás un espadachín ejemplar, pero nada sobrehumano, con la misión de protegerla.

Miró a Kaira y vio que ella llevaba la armadura con honor, sin ninguna duda ni reserva en su expresión. Durante un momento, durante un fugaz instante de locura, envió su devoción ciega, su ingenua dedicación. Qué no habría dado él por una mentalidad y unos principios tan firmes.

Pero él no era así. Nunca había hecho nada para nadie salvo para sí mismo. Jamás había arriesgado el cuello por sus amigos ni por su familia. Jamás había puesto en juego voluntariamente su dinero por otras personas, mucho menos la vida.

—¿Esto es lo correcto para nosotros?

Formuló la pregunta antes de poder contenerse. Aunque ya sabía la respuesta, aunque sabía lo que ella contestaría, se vio obligado a preguntarlo.

Kaira lo miró. No había resquemores en ella. Ninguna vacilación.

—Sí. Esto es nuestro deber. Tuyo y mío. Sabes que es lo correcto, y de allí salen tus dudas.

Pensó en ello un momento, pero no le encontró sentido.

—¿A qué te refieres?

—Esas dudas revelan que estás cambiando, Merrick. Significan que estás convirtiéndote en un ser humano responsable.

Eso sí que es jodidamente tranquilizador.

—¿Y vale la pena que nos maten por eso?

Kaira negó con la cabeza.

—Todos moriremos tarde o temprano. ¿Tú preferirías morir por nada?

—Preferiría seguir viviendo.

—Sí, eso ya lo dejaste bien claro. Pero algún día, pronto, tendrás que tomar una decisión. Tal vez termines dando la vida por otra persona. Tienes que averiguar si eres capaz de hacerlo. Y debes hacerlo pronto.

Merrick la miró fijamente. Por tentadora que fuera la perspectiva de dar la vida por la reina, se le ocurrían mil cosas más que preferiría hacer. Pero ¿a qué otro lugar podría ir? ¿A la calle, a esperar que el Gremio lo encontrara?

No. Eso era sencillamente estúpido. Tenía la espada y la armadura y a Kaira cuidándole las espaldas. Se encontraban dentro de una ciudadela impenetrable en una ciudad fuertemente defendida.

¿Qué era lo peor que podría pasar?

Mientras seguía a Kaira, comenzó a preguntarse si, en el caso de que se llegara a

ese punto, él realmente sacrificaría su vida por otra persona. En especial cuando esa persona era una niña a la que no conocía.

Lo único que podía hacer era esperar no tener que averiguarlo jamás.

Era un sótano oscuro y húmedo, escondido en lo profundo de una casa en una zona de Northgate que era una mierda; aunque, la verdad sea dicha, todo Northgate era una mierda. Rag se había enterado de que había miles de sótanos como ese en Steelhaven, las secretas y pequeñas pocilgas del Gremio, donde cualquier cosa, o cualquiera, podía desaparecer del mundo para no volver a ser visto jamás.

—No tengo el dinero, señor Friedrik. ¡Os lo juro!

Las palabras surgieron en una frenética serie de jadeos, escupidos por una boca ensangrentada que derramaba mentiras.

¿O estaría diciendo la verdad? Rag no estaba segura. Debía de estar mintiendo, ¿no? De otra manera, ¿por qué lo harían pasar por todo esto?

Walder estaba atado a una silla, con un solitario farol balanceándose sobre su cabeza, que lo bañaba de luz y lo rodeaba de sombras como si fuera el único en la sala, el único en el mundo. Tenía la cara destrozada, la ropa roñosa, los pantalones y la camisa le colgaban de la piel desgarrados y manchados de meados. Respiraba con dificultad, con el rostro surcado de lágrimas, desesperado, a punto de perder la cordura. Era una visión que le habría revuelto el estómago incluso a los matones más curtidos, pero Rag ya había presenciado cosas similares en una docena de ocasiones; había oído los gritos de dolor, había visto las golpizas una y otra vez. Por mucho que detestaba admitirlo, empezaba a acostumbrarse.

Un hombre entró en el cono de luz y Walder lanzó un chillido. Harkas era un cabrón de aspecto malvado que jamás sonreía. Sin decir palabra se inclinó sobre Walder, inexpresivo, intimidándolo solo con su presencia.

El golpe fue certero y veloz, el puño salió de la oscuridad como un cuchillo. Acertó a Walder en el medio de su rellena barriga, quitándole el aliento. El ruido que lanzó hizo que Rag se estremeciera. Le recordó una ocasión, años atrás, cuando algunos de los chavales de la calle habían atrapado a una gatita. La habían torturado durante lo que pareció una eternidad, y Rag los había observado, demasiado temerosa como para intervenir, demasiado preocupada por aquella criatura como para salir corriendo. Finalmente, la habían arrojado a una hoguera, después de cortarle las orejas y la cola, y el sonido que había soltado era un poco parecido al que Walder acababa de hacer.

Cuando dejó de chillar y Harkas volvió a la oscuridad, el hombre reanudó sus ruegos.

—Lo siento... Lo siento. Ojalá supiera dónde está. —*Rag también lo deseaba; así podría ponerse fin a todo esto*—. Si lo supiera os lo diría, señor Friedrik, os lo juro. Por favor, no me matéis, señor Friedrik. Tengo bocas que alimentar.

Rag había oído ruegos como ese antes; tantas veces que ya no le hacían mucho

efecto. *Por favor, no me lastiméis. Tengo hijos. Mi anciana madre padece de gota. Mi esposa está embarazada, señor Friedrik, por favor, dejadme vivir.* Al principio había creído cada frase, había sentido pena por cada uno de esos patéticos seres, pero todo se había vuelto jodidamente tedioso. Y si ella empezaba a aburrirse, no había ninguna duda de que él también.

Walder calló, jadeando, esforzándose por ver en la oscuridad. Dando pasos lentos y medidos, Friedrik avanzó.

Nunca dejaba de impresionar a Rag el temor que un individuo de aspecto tan agradable podía causar en otro ser humano. Había estado en el Gremio el tiempo suficiente para conocer a algunos cabrones bastante temibles, pero Friedrik, a pesar de su escasa estatura y sus rizos y su amable sonrisa, daba más miedo que cualquiera de ellos.

—Walder —dijo Friedrik en tono despreocupado, como si estuviera saludando a un viejo amigo, no a un pobre desgraciado atado a una silla y ensangrentado—. Walder, Walder, Walder.

Sonrió, y en su cara se dibujó una de sus enormes y amables sonrisas que parecían decir «no te preocupes por nada». Lo único que Walder pudo hacer fue sonreír también, pero Rag percibió la desesperación en sus ojos. Se dio cuenta de que sabía que caminaba por una cuerda delgada y que el que sobreviviera o muriera se decidiría en los siguientes momentos.

—Te creo, por supuesto —dijo Friedrik, levantando las manos como si todo aquello hubiera sido alguna clase de malentendido que se podría solucionar con un par de cervezas—. Vendiste los artículos para nosotros, como te lo pedimos. Aceptaste el pago, como te lo pedimos. Lo que nos entregaste era un poco escaso, pero ¿por qué ibas a mentirnos?

Walder se disponía a responder, pero el dedo levantado de Friedrik lo hizo enmudecer. Rag volvió a dar un respingo. Si había algo que seguro hacía enfadar a Friedrik, era ser interrumpido. Dejó escapar un suspiro cuando Friedrik palmeó a Walder en el hombro.

—Está bien, amigo —concluyó—. Estas cosas ocurren. Soltadlo.

Dos jóvenes salieron de la oscuridad detrás de Walder y cortaron la cuerda que lo sujetaba a la silla. El hombre miró a su alrededor, con los ojos muy abiertos.

—Entonces, ¿ya está, señor Friedrik? ¿Puedo irme?

Friedrik frunció el ceño.

—¿Puedes irte? Sí, Walder, puedes irte. Una vez que me hayas dado lo que me debes.

Extendió la mano y el corpulento Harkas dio un paso hacia delante y le puso un cuchillito, con el mango hacia él, en la palma.

Walder miró la hoja y el color abandonó sus rasgos ya pálidos. Negó con la cabeza, pero no dijo palabra.

—Es evidente que no tienes el dinero, Walder —prosiguió Friedrik. Luego

extendió el cuchillo—. De modo que me debes... oh... digamos, dos dedos. Tú eliges cuáles; yo optaría por los meñiques, si fuera tú, pero quiero mis dedos. Y los quiero ahora.

Walder miró a Friedrik; luego a su alrededor. Había tres hombres más en el cono de luz, pero Rag sabía que otros acechaban en la oscuridad, esperando la orden de su jefe. Walder también lo sabía.

—Por favor —dijo con un chillido agudo—. Puedo conseguir dinero. Puedo conseguiros...

—Es demasiado tarde para eso —replicó Friedrik, negando con la cabeza. Tenía una expresión compasiva en el rostro, como si no hubiera nada que pudiera hacer al respecto. Como si no le estuviera pidiendo al hombre que se cortara sus propios dedos—. Ahora, adelante, Walder, no tenemos todo el día.

—Pero... pero no puedo. —Walder contempló el cuchillo con pesar; luego volvió a mirar a Friedrik.

—Sí que puedes —respondió este. Su mirada de compasión había sido reemplazada por una expresión sombría en la que no había misericordia ni aplazamiento—. Porque si no lo haces, dejaré que los muchachos escojan alguna otra cosa para cortarte, y sea lo que sea lo que decidan, te garantizo que perderás más que un par de jodidos dedos.

Walder sabía que no le quedaban opciones. Se incorporó y se arrodillo al lado de la silla. Puso la mano abierta sobre el asiento y con la otra cogió el cuchillo con firmeza. Lanzó una última mirada a Friedrik pero no encontró nada allí que pudiera salvarlo.

Mientras Walder empezaba a chillar de dolor, serruchándose el meñique como si fuera un pedazo duro de carne asada, Rag cerró los ojos y se dio la vuelta. El hombre gruñó como un cerdo, y algunos de los jóvenes se rieron. Entonces los gruñidos pararon y ella oyó un ruido de metal.

—Malditos sean todos los dioses —susurró Friedrik, frustrado, y cuando Rag se giró, vio que Walder se había desmayado del dolor y el miedo. Uno de sus dedos sangraba, pero seguía bastante unido a la mano.

—Haz los honores, ¿sí, querida? —le dijo Friedrik.

Al principio Rag apenas podía creer lo que oía, pero cuando lo miró, él estaba contemplándola fijamente, con una sonrisa en la cara, como si acabara de pedirle que le cortara una rebanada de pastel.

—¿Eh? —respondió, con la esperanza de que fuera alguna clase de error.

—Los dedos —insistió Friedrik, sonando un poco impaciente—. Vamos, no queremos estar en esta pocilga toda la vida.

Todos estaban mirándola. Se limitaban a observarla y a esperar. No había dónde huir. Ninguna manera de escapar de esto. Si no lo hacía, Walder no sería el único que perdería pedacitos de sí mismo.

Rag se acercó al cuerpo ensangrentado y tendido boca abajo en el suelo. El

cuchillo seguía sobre la silla, con la hoja afilada reflejando la escasa luz que había en el sótano.

No tiene sentido dilatarlo, muchacha. Simplemente haz lo que hay que hacer. No hay espacio para la piedad ni la misericordia ni nada de esas mierdas. Walder se lo buscó, ya sea que lo hagas tú u otra persona.

Levantó el cuchillo y se arrodilló junto al hombre. Su respiración era superficial, pero al menos no estaría consciente mientras ella le cortaba el dedo. Rag buscó en su bolsillo y sacó un pañuelo. Después de doblarlo, lo ató alrededor del meñique de Walder y lo sujetó con el nudo más ajustado que pudo. Con suerte, eso evitaría que perdiera demasiada sangre.

Walder no se movió cuando ella le cogió la mano y la ubicó sobre la silla. No gimió ni gritó cuando le colocó el cuchillo sobre el dedo. No lanzó un alarido ni abrió los ojos por el dolor cuando apretó con la mano la parte superior del cuchillo y la hoja atravesó la carne y el hueso.

Dos jóvenes rieron al ver a Walder perder el meñique. Rag se esforzó por contener la bilis que le subía por la garganta.

Levantó la mirada y se encontró con Friedrik que sonreía con gesto de aprobación.

—Y el otro —dijo él, haciéndole con la mano el gesto de que se diera prisa.

No parece que tengas elección en este asunto.

Rag cogió la otra mano de Walder e hizo lo que le ordenaban.

En su mente, siguió viendo esos meñiques muertos y rosados durante un largo tiempo, mientras salía del húmedo sótano, siguiendo a Friedrik y a su corpulento escolta hasta su pequeña taberna. Por supuesto que en realidad no era una taberna, aunque tenía una barra y una cocina y habitaciones. Era la madriguera particular de Friedrik. Rag no había tardado en averiguar que le gustaba sentirse cómodo. A decir verdad, era un tipo hogareño. Solo la costumbre de cortarles pedacitos a las personas, u obligarlos a cortárselos ellos mismos, lo distinguía de otros.

Se sentaron juntos, ellos dos solos, mientras el resto de los hombres de Friedrik merodeaban en el fondo. Delante de ellos había una bandeja con una pierna de cordero asado y verduras, pero la visión de Walder le había arruinado el apetito. Lo único que podía era mover la comida con el tenedor, mirándola como si fuera lo último que querría meterse en la boca.

—¿Qué te ocurre, pequeña Rag? —inquirió Friedrik con la boca manchada de grasa—. ¿No tienes hambre? —Ella negó con la cabeza. Él se encogió de hombros—. Mejor que no lo derroches. No te conviene hacer enfadar al cocinero.

Rag sabía que al cocinero le importaba un comino si comía o no. Friedrik, por otra parte, era una historia diferente. Su apariencia de amabilidad era solo eso, y en cualquier momento podía volver a convertirse en un cabrón amenazador, lleno de furia contenida y de odio oculto. Aunque jamás había ocurrido en las semanas que ella llevaba con él. De hecho, la trataba como si fuera una mascota.

Estaba vestida con sus mejores galas. No con un vestido chillón que solo le gustaría a los estirados idiotas del distrito de la Corona. Sino con unos pantalones de montar y una camisa de seda y un chaleco bordado. Sus zapatos, a los que había tardado un tiempo en acostumbrarse, estaban encerados y lustrados hasta brillar como espejos, y la hebilla de la parte superior refulgía como si fuera de oro. Cada mañana, se peinaba como le gustaba a Friedrik y se ponía un broche de plata en el pelo.

No podía explicar del todo cómo había ocurrido esto, cómo se había convertido en la mano derecha de Friedrik. Cuando habían estado en aquel almacén y ella le había puesto un cuchillo en la garganta obligándolo a que la acogiera sin darle ninguna alternativa, había creído que él le daría un empleo de ladrona callejera. Pero estaba claro que él se había quedado prendado de ella y no había manera de hacerlo cambiar de idea.

Eso no impidió que se comportara como un temible cabrón, y en las semanas siguientes presenció más palizas, apuñalamientos y torturas de los que le habría gustado recordar. Pero esta era la primera vez que la obligaba a participar. Ella esperaba que no fuera una señal de lo que ocurriría en el futuro.

Pero ¿quién era ella para quejarse? ¿No era lo que quería, una manera de entrar en el Gremio? Y por más que detestara la forma en que trataban a la gente, era mucho mejor que vivir en la calle.

Rag levantó el tenedor y lo hundió en un pedazo de nabo asado. Vio a Friedrik sonreír mientras se lo metía en la boca. Hizo lo que pudo para devolverle la sonrisa mientras masticaba, y la imagen de Walder y sus manos mutiladas bailó delante de sus ojos. Masticó hasta que le dolieron las mandíbulas, luego tragó con fuerza.

—Esa es mi chica —dijo Friedrik, cortando un trozo de cordero.

Esa es mi chica.

Por más que deseaba protestar, se sentía atrapada. Pero ¿qué se suponía que debía hacer? ¿Dónde se suponía que podía ir? ¿De nuevo a la calle?

De ninguna manera. Además, si lo hiciera, él la buscaría. Y Friedrik era el Gremio; no tardaría en encontrarla.

El hecho era que estaba atrapada allí, pero tenía comida en el estómago, ropa y un techo sobre la cabeza. ¿Qué más podía desear una chica?

¿Tal vez una vida que no implicara ver cómo molían a palos a la gente?

Bueno, nada era perfecto, ¿verdad? Ella formaba parte de la pandilla de Friedrik. Era parte de su pequeño entorno, para bien o para mal. Lo mejor era guardar silencio y soportarlo.

Rag recorrió la habitación con la mirada, contemplando a los otros miembros del grupito. Sus nuevos camaradas.

Estaba Harkas, por supuesto, ese cabrón callado e imponente. Ella lo evitaba siempre que le era posible, aunque por su parte él casi nunca le prestaba atención. Era bastante evidente que no pasaba nada detrás de sus ojos inexpresivos, hasta el momento en que Friedrik le ordenaba que lastimara a alguien.

Estaba el gordo Shirl. Un poco inútil en todos los aspectos, pero leal. A él le había robado Rag el cuchillo semanas atrás, cuando había entregado la cabeza de Krupps en aquel almacén. Todavía lo conservaba en una pequeña funda en la cintura. Si Shirl estaba enfadado al respecto, no decía nada. No se atrevería a correr el riesgo de irritar a Friedrik.

Yarrick y Essen eran los últimos dos hombres próximos a Friedrik. Ninguno hablaba mucho, salvo entre ellos mismos, y ambos tenían rostros delgados y hombros anchos, lo que le hacía pensar a Rag que debían de ser parientes. Pero nunca había tenido la valentía de preguntarlo.

Por supuesto que había más matones y brutos y serpientes y ratas pululando en las cercanías, pero iban y venían, con frecuencia enviados a alguna otra misión que muy probablemente implicaba apuñalar a alguien, o robarle, o ambas cosas. Rag hacía lo posible por no oír nada, no fuera cosa de que se enterara de algo que preferiría no saber, y se dio cuenta de que tenía talento para ello: para no prestar atención a las cosas malas.

Miró cómo Friedrik se llenaba la boca de carne asada y verduras y recordó el día que había estado encima de él, apretándole el cuchillo en el cuello. Si se lo hubiera clavado en la garganta hasta el mango, eso podría haber cambiado algo. Walder, por ejemplo, todavía conservaría los dedos.

Friedrik levantó la mirada y sonrió, con la boca llena de comida, y ella le devolvió la sonrisa. En ese momento se abrió la puerta.

Dos hombres entraron y Rag los reconoció incluso antes de poder verles las caras en la penumbra. Eran los únicos dos hombres de todo Steelhaven que se atrevían a entrar en ese lugar con tanto descaro, en vez de hacerlo estrujando las gorras entre las manos e inclinando la cabeza en gesto de respeto.

El primero era alto y de contextura fuerte, con un bigote tupido y oscuro que caía a los lados de una boca triste y severa. Los ojos le brillaban como los de un lobo, como si estuviera a la caza de algo. El segundo tipo era delgado y de rasgos demacrados, con los ojos hundidos. Aunque tenía los hombros encorvados caminaba como si fuera dueño de ese sitio.

Rag apenas logró ocultar su incomodidad cuando Palien y Bastian se acercaron. Dejó el tenedor sobre la mesa y se acomodó en la silla, tratando de parecer lo más anodina posible. Friedrik siguió comiendo como si no estuvieran allí.

Cuando Bastian acercó una silla y se sentó junto a ellos, Palien se quedó de pie a un lado, mirando con expresión hambrienta. Rag tardó un momento en darse cuenta de que estaba contemplando la comida sobre la mesa como si quisiera devorarla.

Bastian siguió observando a Friedrik comer con una expresión de desagrado, aunque, por lo que Rag había visto antes, el desagrado era probablemente la más amable de sus expresiones. Como Friedrik no dio señales de que terminaría de comer pronto, Bastian se inclinó un poco hacia delante.

—Lo hemos encontrado —dijo.

Rag no tenía idea de quién hablaban, pero, fuera quien fuera, tenía la suficiente importancia como para hacer que Friedrik de golpe dejara de comer. Se quedó boquiabierto, el tenedor hundido en una temblorosa rebanada de cordero. Luego lo puso con delicadeza sobre la mesa y se acomodó en el asiento.

—¿Dónde? —preguntó.

—Ese es el problema —respondió Bastian—. Según los rumores, se ha incorporado a los Centinelas. Al parecer, Garret lo ha elegido como su protegido; por lo que se sabe, se conocen desde hace mucho. Le tiene confianza.

—¿Confía en Ryder? ¿En ese putañero borracho? Ese hombre debe de ser un imbécil.

—Como sea, ha empleado al cabrón y le ha otorgado toda la protección que eso implica.

—¿Y cuál es el problema?

—El problema es que no podemos penetrar en las murallas de Skyhelm y la lealtad de los Centinelas es legendaria. Incluso si lográramos acercarnos a Garret y hacerle una oferta, ellos jamás traicionarían a uno de los suyos.

—He ahí el dilema. —Friedrik se echó hacia atrás en su asiento, sumido en sus pensamientos.

Fuera quien fuera ese Ryder, estaba claro que el Gremio tenía muchas ganas de capturarlo. Rag se alegró de no estar en sus zapatos. Estaba segura de que pronto lo capturarían, independientemente de dónde se ocultara.

—Necesitamos un espía —dijo Palien. Rag se volvió y se encontró con esos ojos hambrientos que la contemplaban—. Alguien con talento para entrar y salir de lugares sin que lo vean. Alguien que pueda rastrear sus movimientos, incluso hacerlo salir a campo abierto.

—Sí, y creo que sabemos quién es la persona adecuada. —Bastian echó una mirada hacia Rag y de pronto ella se sintió más incómoda que nunca.

Friedrik formuló la pregunta en su lugar.

—¿Dónde podríamos encontrar a alguien que...?

Se detuvo cuando vio que Bastian le dirigía a Rag una mirada lasciva.

Ella le lanzó a Friedrik una expresión de súplica y él empezó a negar con la cabeza.

—No. Ni pensarlo. Ella es mi... mi...

—¿Tu qué? —le espetó Bastian desdeñoso—. ¿Tu nuevo juguete? ¿Una muñeca para que la vistas? Bueno, ya es hora de que sea de utilidad. Todos tienen que aportar algo, Friedrik, tanto en tu banda como en la mía.

—He dicho que no. —La expresión de Friedrik se volvió más dura. Era un gesto que Rag le había visto cientos de veces. Una mirada que hacía que muchos hombres se cagan encima.

A Bastian no le hizo efecto.

—Bueno, yo he dicho que sí. Ella ya ha demostrado que es capaz. Te trajo una cabeza cortada, si recuerdo bien, y directamente de una barraca de los Casacas Verdes. No es poco para una muñequita tan pequeña.

Friedrik mantuvo la mirada de furia, pero no tuvo respuesta para Bastian. La miró a ella, luego otra vez a su socio, luego otra vez a ella.

Rag quería hablar, decir algo, pero estos eran los hombres que controlaban el Gremio. ¿Qué demonios se suponía que podía decir?

—De acuerdo —respondió Friedrik por fin—. Estoy seguro de que está preparada para hacerlo. Puede entrar, rastrear sus movimientos y atraerlo hasta cualquier trampa que nosotros le tendamos. ¿Qué dices, Rag?

Todos los ojos estaban posados en ella; el peso de la espera colgaba sobre la muchacha como un yunque pendiendo de un hilo.

—Sí, claro —respondió, sin pararse a pensar.

Friedrik sonrió y se reacomodó en la silla.

—Ya veis —zanjó—. Problema resuelto. Merrick Ryder está jodido.

Las montañas habían quedado muy atrás, solo sus picos eran visibles sobre el interminable bosque que se extendía hacia el sur. Durante cinco días, Regulus los había forzado a avanzar a través de los tupidos árboles, esperando que el enemigo les cayera encima en cualquier momento, pero habían logrado llegar a las Tierras Frías de las Tribus sin Zarpas.

Esta tierra de onduladas colinas les era desconocida. Vieron muros bajos de piedra y setos y caudalosos arroyos, lo que marcaba un fuerte contraste con las interminables llanuras de Equ'un, donde uno podía viajar durante días sin ver señales de agua.

Leandran se puso al lado de Regulus, que estaba contemplando la tierra que se extendía ante ellos.

—Debemos seguir avanzando —dijo el veterano guerrero con un escalofrío. Regulus sabía que el aire frío se le metía en sus viejos huesos. Ninguno de ellos estaba acostumbrado a temperaturas tan bajas como aquellas, y el venerable Leandran era quien más sufría.

—Lo sé —respondió Regulus, volviendo la mirada hacia sus guerreros. Estaban todos agotados. Cansados de esta huida infinita—. ¿Supones que tal vez ya llevamos bastante tiempo huyendo, mi viejo amigo?

Una sonrisa de dientes torcidos cruzó los labios de Leandran.

—Estaré a tu lado, decidas lo que decidas. Ya lo sabes.

—Sí que lo sé. —Regulus le dio a Leandran una firme palmada en el hombro.

Con un suspiro, escudriñó el terreno en busca de una posición defendible. No había nada que pudiera permitirles armar una emboscada, ninguna construcción donde atrincherarse. Solo colinas, en cuyas elevaciones superiores podían esperar al enemigo.

Volvió a mirar el bosque. Sus perseguidores no tardarían en irrumpir de entre los árboles. ¿Había alguna posibilidad de que su pequeña comitiva encontrara al Rey de Acero de las Tribus sin Zarpas antes de que los aniquilaran?

Lo dudaba.

Y si debían luchar, era mucho mejor morir presentando batalla que ser masacrados en una ignominiosa huida. Por mucho que había deseado escapar hacia el norte y restaurar su reputación, esa oportunidad había pasado.

Con una amarga sonrisa, pensó en lo que podría haber logrado. Las victorias que podría haber obtenido en honor de su padre y de los gor'tana. Pero mejor no detenerse demasiado en eso; solo lo llenaría de pesar.

—Allí —les dijo abruptamente a sus guerreros, señalando una colina que se asomaba hacia el bosque—. Descansaremos allí.

—¿A pesar de que deben de estar justo detrás de nosotros? —preguntó Hagama. Regulus le dirigió una mirada de determinación.

—Sí. Y si tenemos suerte, lo estarán.

Mientras subían fatigosamente por la colina, Regulus sintió la presencia de Janto Sho junto a su hombro.

—¿Hemos huido todo este tiempo solo para presentar batalla aquí, en el frío, en esta tierra tan lejos de nuestro hogar?

—¿Preferirías seguir huyendo? ¿Que muramos de agotamiento? Además, este lugar es igual de bueno que cualquier otro para morir —respondió Regulus.

Janto lanzó una risotada.

—Sí, tal vez tengas razón. Pero ¿qué hay de los relatos?

Regulus se encogió de hombros tristemente. Con lo mucho que había querido crear una leyenda, hacer que se contaran historias sobre ellos de un extremo a otro de Equ'un. Aunque bien podía ser que le estuviera dando demasiada importancia a esas cosas.

—Tendrán que contar relatos sobre otras personas —respondió sin darse la vuelta.

Nadie habló; se limitaron a esperar. El día avanzó, y mientras sus hombres descansaban, Regulus mantuvo los ojos fijos en los árboles de abajo. No fue hasta que el sol estuvo en el cenit, aportando incluso un poco de calidez al día, que sus perseguidores aparecieron a la vista.

Primero fue un explorador solitario, que escudriñó el terreno. Se detuvo, levantando la nariz para captar su olor, y en ese momento los vio esperando. Regulus saboreó la mirada de pánico del explorador, que se mantuvo visible durante un momento antes de retroceder hacia la seguridad de los árboles.

—De pie —dijo el líder de los gor'tana, levantándose y desenvainando su negra espada. Sus guerreros lo imitaron, algunos aparentemente resignándose a su destino, pero ninguno se negó a lo que se les pedía. Eso le hizo sentir una punzada de orgullo; aunque sus guerreros eran pocos, todos eran leales hasta el fin. Se sintió reafirmado por el agudo brillo de los ojos de Janto. Era evidente que el sho'tana quería que esto empezara de una vez y que disfrutaba de la perspectiva de la violencia.

No tuvieron que esperar mucho hasta que varias siluetas salieron de entre los árboles. Regulus no había podido calcular cuántos serían y no supo si aliviarse o no cuando apenas veinte aparecieron delante de la arboleda. Tuvo un breve instante de esperanza. Aunque ellos eran apenas nueve, apostaba su vida a la proeza de sus guerreros.

Pero cuando vio quién encabezaba la partida de caza, su confianza recibió un golpe.

A la cabeza estaba Gargara, el hombre que había conspirado con Faro en su traición. Había sido Gargara, de los kel'tana, quien había ayudado a Faro a usurpar la corona del padre de Regulus. Era él quien había dirigido el ataque y matado a muchos de los mejores guerreros de su padre.

El feroz kel'tana clavó la mirada en Regulus mientras dirigía a sus hombres colina arriba. El odio se reflejaba en sus ojos, aunque la furia vengadora de Regulus estaba más justificada. La reputación de Gargara lo precedía; su crueldad y su fortaleza eran legendarias, así como su orgullo y su arrogancia. En ese brevísimo instante, Regulus encontró la manera de que él y sus hombres sobrevivieran.

—¡Gor! —Gargara gritó el nombre como si lo estuviera escupiendo, mientras se detenía a unos metros de distancia, flanqueado por sus hombres, con las armas desenvainadas y sacando las zarpas—. Mi señor Faro ha dado la orden de que mueras. He venido a cumplirla, pero no es necesario que tus hombres sufran. Arrodíllate ante mí y haré que sea rápido.

Regulus echó un vistazo a sus hombres, quienes, a pesar de la fatiga, le devolvieron la mirada con una férrea determinación.

—Mis guerreros son leales, Gargara de los kel'tana. Me apoyarán hasta la muerte. Me pregunto si puedes decir lo mismo de los tuyos.

Gargara giró la cabeza con furia y su negra melena le cruzó la cara.

—¡Basta! No he venido a hablar. Arrodíllate ante mí ahora mismo o todos vosotros moriréis.

—Como muchos de vosotros. —Regulus se dio cuenta de que unos cuantos de los hombres que estaban junto a Gargara no se veían tan contentos ante la perspectiva de la batalla. La mayoría de ellos se veían tan cansados como los propios guerreros de Regulus—. Pero hay una manera de engañar al Caminante Oscuro. Un desafío. Tú y yo, Gargara. Con dientes y zarpas.

Regulus lanzó con deleite esas últimas palabras, tentando a Gargara con la perspectiva de un duelo. Si esperaba que el campeón de los kel'tana se asustara, estaba tristemente equivocado, porque Gargara sonrió y sus ojos se iluminaron ante la idea. Sus blancos colmillos resplandecieron a la luz del sol.

—He matado a cientos de cachorritos como tú con la zarpa —respondió, desabrochándose la espada y el hacha y dejándolos caer al suelo—. He desgarrado cantidades de gargantas con el diente. Pero la tuya me dará un placer especial, basura gor'tana.

Regulus hundió su negra hoja en la blanda tierra.

—Entonces ven —dijo, su voz convertida en un gruñido lleno de odio—. Aquí tienes mi garganta. Ven y cógela.

Gargara se abalanzó, removiendo la tierra que había entre ellos mientras corría cuesta arriba. Regulus lo esperó, mientras dejaba que el odio creciera en su interior al tiempo que las zarpas asomaban de la punta de sus dedos. Enseñó los colmillos y soltó un rugido que igualó al de Gargara.

Ambos saltaron el uno contra el otro en la cumbre de la colina, rodeados por guerreros de las dos tribus. Con un veloz movimiento de las zarpas, Gargara tomó la iniciativa. Era una montaña de músculos, con la carne marcada por las cicatrices y las heridas de cientos de batallas y una merecida reputación de asesino. Regulus tuvo que

esforzarse para esquivar sus golpes, sabiendo que uno solo bastaría para abrirle la carne. Mientras Regulus se agachaba para esquivar las zarpas, Gargara proyectó la cabeza hacia delante, intentando morderlo con sus rechinantes colmillos. Regulus lanzó una patada y saltó hacia atrás, alejándose de los mortales dientes y del aliento caliente y hediondo de su enemigo.

Hicieron una pausa momentánea, enfrentándose, mientras Regulus se ponía de cuclillas, listo para saltar y Gargara, con los ojos llenos de furia, volvía a abalanzarse sobre él. Con un veloz barrido de las zarpas, Regulus le desgarró el muslo a su rival. Intentó un segundo barrido con la otra mano, pero Gargara fue más veloz y dejó tres rojas marcas de su zarpa en el pecho de Regulus. Ambos retrocedieron, tanteándose una vez más, respirando con dificultad, mientras sus hombres observaban en silencio.

Gargara Kel dio un paso adelante y Regulus vio que su odio se había disipado ligeramente y que el dolor de la herida del muslo le había enseñado que no estaba luchando con ningún cachorro, sino con un guerrero avezado. Esto pareció amortiguar brevemente la furia de sus ojos. Entonces, con otro rugido, volvió a echársele encima a su adversario, que estaba más que dispuesto a esperarlo.

Los enemigos intercambiaron golpes veloces; la sangre salpicaba por todos lados a medida que practicaban profundos cortes en la carne del otro y sus gruñidos de ira se hacían más fuertes, más frenéticos. Cuando Gargara lanzó la cabeza hacia delante intentando volver a morderlo, Regulus se agachó, contraatacando con una zarpa. Gargara se apartó, pero no lo bastante rápido; Regulus desgarró su cabeza, arrancándole la piel de la cara desde la nariz hasta la oreja, y reventándole el ojo a su enemigo con su negra garra.

Gargara volvió a gritar, pero esta vez de dolor; la sangre que le manaba de la herida se le deslizó entre los dedos cuando intentó contenerla infructuosamente. Regulus estuvo a punto de sonreír, pero sabía que aún no había ganado.

Corrió hacia delante, dispuesto a aprovechar la ventaja, saltando a la garganta de su enemigo, pero Gargara demostró por qué era el campeón de los kel'tana. Cuando Regulus saltó, extendió los brazos hacia delante, sin prestar atención a los dientes y garras que le habían desgarrado la carne en tantos sitios, y cogió a su enemigo de la garganta.

Sin poder hacer nada, Regulus sintió las zarpas de su enemigo que penetraban en la piel de su cuello mientras Gargara lo apretaba con más fuerza, estrangulándolo y poniéndolo de rodillas. Gargara lo miró con furia con un ojo torvo, aparentemente indiferente a la ensangrentada ruina del otro. La sonrisa que apareció en su rostro reveló dos filas de afilados dientes. Regulus sintió una oleada de vergüenza cuando imaginó esos dientes desgarrándole el corazón y acabando con su fuerza guerrera. Qué ignominia sería para la memoria de su padre y para los gor'tana esa derrota.

Mientras su visión iba haciéndose cada vez más borrosa, Regulus extendió de golpe un brazo, partiendo en dos el taparrabos entre las piernas de Gargara y apretando su negra garra en torno a los genitales de su enemigo, que no tuvo tiempo

de ser presa del pánico antes de que Regulus cerrara el apretón y se los arrancara con la mano, castrando a su rival justo cuando este estaba a punto de alcanzar la victoria.

El agudo alarido de Gargara resonó en las colinas mientras retrocedía, soltando la garganta del líder de los gor'tana. Era la apertura que este necesitaba. Enseñando los dientes se arrojó sobre su enemigo, unió las zarpas en torno a su cuello y lo degolló. El campeón de los kel'tana se desplomó, mientras la sangre manaba de su garganta y su ingle.

Regulus se alejó tambaleándose, contemplando a los guerreros que los habían perseguido tantas leguas. Luego lanzó los ensangrentados genitales de Gargara sobre su cuerpo moribundo.

Estaba a punto de decirle a los guerreros kel'tana que salieran corriendo, que huyeran hacia el sur, que regresaran a su tierra y le transmitieran a Faro que algún día, en poco tiempo, volvería a reclamar el liderazgo de la tribu de su padre.

Pero Janto Sho tenía otras ideas.

Ya fuera porque un duelo tan cruel había alimentado su sed de sangre, o porque él mismo ya poseía esa sed, el guerrero sho'tana lanzó un rugido. Con un hacha decapitó a un hombre que tenía a su izquierda, y con la otra le partió el cráneo al guerrero de su derecha.

Regulus no tuvo ninguna posibilidad de ofrecer clemencia; el resto de sus guerreros empezaron a combatir rápidamente; el joven Akkula y el venerable Leandran fueron los más veloces de todos. Al principio tomaron por sorpresa a los kel'tana, pero estos lanzaron el contraataque rápidamente y Regulus apenas logró recuperar la espada que había clavado en el suelo antes de que se le echaran encima dos guerreros. Se agachó para esquivar una estocada de uno de ellos y le partió la pierna al otro antes de bloquear la primera espada que volvió a caerle encima. Si su oponente creyó que Regulus podría estar debilitado después de su batalla con Gargara, estaba tristemente equivocado. Gritando de rabia, con la sangre todavía revuelta por el duelo, Regulus empujó hacia atrás la espada de su rival. El guerrero tropezó al retroceder por la colina, bajando la guardia el tiempo suficiente para que el líder de los gor'tana le cayera encima con la espada, partiéndolo en dos desde el hombro hasta las costillas.

Extrajo el arma y vio que sus hombres habían derrotado a los kel'tana. Una docena de ellos yacían muertos, y el puñado de sobrevivientes huía hacia la arboleda mientras los gor'tana clamaban su victoria. Pero esa victoria había tenido un precio elevado.

En el suelo, entre los cuerpos de los kel'tana, había cuatro de los suyos: Ortera, Felik, Churnik y Theoda. Todos habían sido guerreros valientes y leales y muchos de ellos habían combatido junto a Regulus desde que eran niños. Esperaba que llegaran a las estrellas antes de que el Caminante Oscuro se enterase de su muerte.

Regulus no sintió deseos de culpar a Janto por su precipitación; sospechaba que los kel'tana tampoco habrían dejado con vida a sus hombres, fuera cual fuera el

resultado del duelo.

Ahora solo quedaban cinco en su comitiva, pero se aseguraría de celebrar la victoria como si fueran mil. Leandran fue el primero en gritar victoria cuando sus enemigos huyeron hacia el bosque. Regulus no tardó en sumársele y pronto los seis zalani elevaron las voces en una terrible cacofonía.

Más tarde, cuando el sol ya estaba bajo el horizonte y habían encendido cuatro piras para los caídos, Leandran practicó los ritos fúnebres. Dejaron los cuerpos de los kel'tana para las aves carroñeras. Regulus no deseaba obstaculizar su viaje hacia las estrellas, de modo que se abstuvieron de arrancarles los dientes y las zarpas. Salvo a Gargara Kel.

Depositaron el cadáver del jefe entre su gente y Regulus, en compañía de los hombres que le quedaban, lo miró con odio. Ya le habían quitado los colmillos, ya le habían arrancado las zarpas de las puntas de los dedos y las habían tirado al suelo. Por haber triunfado en el duelo, Regulus tendría el honor de ser el primero de ellos en acometer el festín.

Extendió la mano y Leandran le puso una estrecha hoja en la palma. Regulus se arrodilló y le hizo un corte a Gargara desde la irregular herida abierta que tenía en el cuello hasta el ombligo. Con su zarpa, rebuscó en la cavidad pectoral, revolviendo bajo la caja torácica, hasta que su mano se cerró en torno al corazón de su enemigo. Hubo un chasquido húmedo cuando lo arrancó; luego lo levantó, saboreando su triunfo.

—Por los gor'tana —gritó; a continuación hundió los dientes en el órgano, haciendo que la sangre de Gargara Kel se le derramara en chorros por la barbilla. Al tragar, saboreó el sabor: el sabor de la victoria.

Mientras las piras funerarias ardían, sus guerreros comenzaron a alimentarse del cadáver de Gargara. Ya estaba bien avanzada la noche cuando su hambre quedó satisfecha. A la mañana, despertaron junto a los rescoldos de las piras, aletargados y todavía saciados. No quedaba mucho del cadáver.

Leandran se acercó a Regulus, quien estaba mirando hacia el este.

—¿Ahora qué? —preguntó el viejo guerrero—. Nos libramos de los que nos perseguían, pero podemos encontrarnos con más problemas si seguimos avanzando hacia las Tierras Frías.

—Cuento con ello —respondió Regulus—. Hemos venido aquí precisamente en busca de problemas. De problemas y de gloria. Y tengo la sensación de que encontraremos ambas cosas en esa dirección —añadió, señalando vagamente hacia el este.

—Ya hay bastantes problemas de donde vinimos. Supongo que encontrarnos con problemas más adelante no será peor.

Con un guiño, Leandran fue a despertar a los otros durmientes.

Regulus los contempló: Leandran, delgado y viejo, junto a Janto, oscuro, inquietante y temible. También estaban Hagama, Kazul y el joven Akkula. Quedaban

cinco guerreros a su lado. Cinco guerreros para ayudarlo a recuperar la gloria de su tribu, la grandeza de los gor'tana.

Era un comienzo.

Lo único que Regulus podía hacer era esperar que realmente hubiera problemas en el este.

Si no, juraba por el Caminante Oscuro que los causaría él mismo.

La Puerta Lych, una de las entradas de Steelhaven, estaba en el extremo oriental de la muralla que rodeaba la ciudad. Se ubicaba en el interior de una barbacana que se elevaba más de doce metros, con dos figuras talladas en la piedra que la flanqueaban y que representaban a dos espadachines encapuchados. Nobul no tenía idea de quiénes se suponía que eran esos hombres, pero no cabía duda de que eran imponentes, y disuasorios.

A la Guardia Ámbar se le había asignado vigilar la puerta desde hacía dos días. Era una misión fácil y Nobul empezaba a aburrirse bastante. Northgate, la puerta del norte, era peligrosa; de eso no había duda, pero al menos había algo que hacer por la tarde. Claro que era peor que te lanzaran mierda y piedras en el barrio de los Almacenes, así que en realidad no podía quejarse.

La Puerta Lych se mantenía abierta desde el alba hasta el atardecer, permitiendo la entrada de los mercaderes que llegaban de Ankavern por el Camino Grande Oriental, trayendo sus mercancías. Observar las esporádicas procesiones que entraban y salían del mercado de Eastgate no era lo que Nobul llamaría divertido. De todas maneras, la acción no tardaría en presentarse. En pocos días no serían granjeros o pescadores los que intentaran atravesar esas puertas, sino una horda de khurtas enfadados. Nobul estaba bastante seguro de que en ese momento no se aburriría. De que tendría muchas cosas en las que ocuparse. La principal de ellas sería evitar que le cortaran la cabeza.

Un carro tirado por un caballo se acercó y se detuvo bajo el inmenso portal. Nobul le salió al paso, saludando con un gesto al vejete que lo conducía desde el asiento, sosteniendo las riendas entre los artríticos dedos. El hombre no se dignó a devolverle el saludo. Él cogió al caballo por la brida, le puso la mano en la nariz y le susurró palabras sin un significado particular para mantenerlo calmado, mientras Anton revisaba el carro, aunque Nobul no sabía qué buscaba. Tal vez podría transportar khurtas infiltrados, que esperaban el momento de salir de un salto, todos pintados y marcados, con sus armas untadas de veneno, dispuestos a asesinar a la primera persona que vieran. Quizás el mismo Amon Tugha estaba allí escondido, listo para conquistar la ciudad él solo.

Anton terminó de revisar el carro y le dio a Nobul la señal de que lo dejara pasar.

Era evidente que solo estaba lleno de nabos.

Tan pronto como el carro atravesó el portal, Hake lanzó un alarido desde lo alto de la barbacana. El viejo señalaba en dirección al Camino Grande Oriental.

—¡Jinetes! —gritó—. Muchos. Y parecen armados.

Nobul fijó la vista en el camino. Al principio no pudo ver nada más que la interminable carretera que conducía a la costa. Tal vez la vista de Hake ya no era lo

que debía de haber sido antes. No sería la primera vez que el viejo veía cosas que en realidad no existían. Pero luego algo apareció, algo que flameaba en la brisa marina: un gallardete.

Estaba a punto de coger a Anton y correr hacia dentro, de gritar que cerraran la Puerta Lych, cuando Kilgar se le unió, escudriñando la distancia con su único ojo. El primer jinete ya se divisaba, con su resplandeciente armadura de bronce y el gallardete en alto, aunque aún no conseguían distinguir el símbolo dibujado en él.

—¿Qué opinas, Lincon? —dijo Kilgar, que aún no conocía el verdadero nombre de Nobul—. ¿Representa un problema o no?

Nobul aún no podía contestar, pero no tenía sentido correr ningún riesgo.

—Deberíamos cerrar la puerta y preguntarles qué quieren desde el otro lado de la muralla. Si vienen en son de paz, van a comprenderlo. Si no, no nos atraparán con el culo al aire.

Kilgar pareció estar de acuerdo.

—Cerrad la puerta —ordenó cuando entraron.

Nobul siguió al sargento por los escalones de piedra de la barbacana hacia el terraplén desde el que se veía el Camino Grande Oriental. Hake seguía allí, vigilando. Nobul estaba seguro de haber visto una mirada de regocijo en la cara del anciano.

—¿Estás contento por algo? —le preguntó.

Hake se encogió de hombros en una risa muda y señaló en dirección oriental con su huesudo dedo.

—¿No sabes quiénes son?

Nobul miró hacia donde el anciano indicaba, protegiéndose los ojos contra la fuerte luz del sol. Aunque hacía frío, y el viento soplaba desde el Midral como un aliento de hielo, el sol seguía golpeando. Desde esa posición ventajosa alcanzaba a ver la procesión con más claridad. Mientras seguía mirando, aparecieron más gallardetes y no tardó en distinguir a varios cientos de jinetes. No logró contar exactamente cuántos eran, pero todos llevaban armaduras, relucientes yelmos, gallardetes que flameaban en la brisa.

—¿Una de las Compañías Libres? —preguntó.

Hake negó con la cabeza.

—Mira las banderas. —Tal vez la vista del viejo no estaba tan mal, después de todo.

Incluso después de que se acercaron, a Nobul le resultó difícil distinguir los símbolos inscritos en los gallardetes, por la manera en que flameaban en el viento, pero empezaba a caer en la cuenta...

—La Guardia del Guiverno —dijo Kilgar. Nobul vio una sonrisa asomar en la severa boca del sargento—. Por la sangre de Arlor, es la condenada Guardia del Guiverno.

Mientras veían cómo avanzaba la fila de caballos, Nobul se preguntó de dónde vendrían. Incluso él conocía la leyenda de la Guardia del Guiverno, la afamada orden

de caballeros que venía en auxilio de Steelhaven cuando más se la necesitaba. Bien, este era uno de esos momentos, no cabía duda.

Cada caballero llevaba una armadura de bronce, una espada y un escudo en el brazo con el grabado de un guiverno alzando el vuelo. Sus yelmos tenían forma de bóveda, que caía en la parte delantera sobre la gola. Las partes de las armaduras que cubrían los hombros y las rodillas exhibían una protuberancia con la forma del ala de un guiverno y los caballos portaban adornos que hacían juego. Un jinete destacaba del resto. Llevaba alas de guiverno en el yelmo y encabezaba la columna, con una enorme espada sujeta en la espalda.

Nobul se fijó en un personaje extraño cabalgando con los caballeros, un joven enfundado en una túnica marrón. Casi sonrió al ver a ese muchacho; parecía completamente fuera de lugar entre esos guerreros.

En la ciudad, junto a la puerta, se había formado una multitud, algunos curiosos estaban nerviosos por el cierre de la barbacana, otros simplemente tenían ganas de chismear. El rumor de la presencia de la Guardia del Guiverno no tardó en esparcirse y, a medida que los caballeros se acercaban a la ciudad, la muchedumbre se hacía más grande.

—Esto podría ser un problema —dijo Kilgar, mirando a la masa allí reunida, y les gritó a Dustin y Edric que hicieran llamar al alto condestable.

A esa altura, la cabeza de la columna ya se encontraba a la sombra de la Puerta Lych. El caballero que la dirigía, con su yelmo alado y su enorme espada, levantó un brazo. Casi simultáneamente, la columna, formada por cientos de hombres, se detuvo.

Kilgar miró hacia abajo, inseguro. Miró a Nobul, que no tenía idea de qué hacer. Antes de que el sargento pudiera decir algo, el joven de la túnica marrón gritó desde abajo.

—Eh... ¿Podrías abrir la puerta? Creo que nos esperan.

Era casi gracioso que un tipo tan joven hablara en nombre de semejante columna de guerreros.

Kilgar se giró hacia Nobul.

—Adelante —dijo rechinando los dientes—. Abre la condenada puerta.

Nobul bajó apresuradamente a tirar de las barras de madera que sujetaban el portón. Dentro de la estructura de la barbacana también había un rastrillo que podía bajarse durante un sitio, pero que llevaba varias décadas sin haber sido utilizado. Se puso a pensar que no pasaría mucho tiempo hasta que volviera a ser necesario, pero la puerta ya estaba abierta y se encontró contemplando un ejército de jinetes con armaduras, cuyo líder lo miraba como si fuera mierda en su zapato.

Sin decir palabra, el primer caballero apretó las espuelas de su cabalgadura y la columna empezó a moverse nuevamente. Mientras pasaba, el joven de la túnica miró a Nobul y le dijo «Gracias» con una sonrisa y una expresión avergonzada.

Fue entonces que Nobul lo reconoció. Lo reconoció de semanas atrás en el Templo de los Negrófagos, recordó que ese era el joven rostro que había visto

cubierto de polvo cuando había levantado la vista del cadáver de Denny que acunaba entre los brazos.

Fuera quien fuera ese muchacho, sin duda se movía bastante.

—Bien, abrámosles paso —dijo Kilgar, que había seguido a Nobul cuando este bajó de la barbacana. Al oírlo, los jóvenes de la Guardia Ámbar empezaron a empujar a la multitud allí reunida. El viejo Hake no servía de mucho, pero esa era una tarea para la que Bilgot era particularmente adecuado, y avanzó con su gorda silueta entre los ciudadanos, apartando del paso con los hombros a los sorprendidos espectadores. Nobul, Anton y Kilgar hacían lo que podían, pero su avance seguía siendo lento a medida que se esparcía el rumor en toda Eastgate y la gente se arremolinaba para ver a la célebre Guardia del Guiverno que había regresado a Steelhaven una vez más.

La Guardia Ámbar y los recién llegados prácticamente se habían abierto paso entre la muchedumbre cuando se produjo un disturbio al otro lado. De pronto la multitud fue empujada hacia la izquierda y Nobul pudo ver a Dustin y a Edric flanqueando al alto condestable. Venía con su propia comitiva de Casacas Verdes y todos quedaron boquiabiertos cuando vieron el desfile de caballeros de bronceas armaduras atravesando las calles de la ciudad.

—No mentáis, ¿verdad, muchachos? —dijo el alto condestable, observando al jinete que encabezaba la formación.

El caballero le devolvió la mirada desde su yelmo alado. Nobul alcanzó a ver su barba bien recortada y sus intensos ojos.

—Soy el lord mariscal de la Guardia del Guiverno y he venido a ver a la reina —dijo. Y eso fue todo. Volvió a quedarse allí, en actitud expectante, como si fuera el mismísimo duque de Valdor y tuvieran que recibirlo con una alfombra roja.

El alto condestable lo miró desconcertado, evidentemente sin saber qué hacer.

—Eh... Una audiencia con la reina tal vez sea difícil con tan poca antelación —respondió.

—Confiad en mí; encontrará tiempo para nosotros —dijo el lord mariscal, y Nobul estuvo de acuerdo. Era jodidamente posible que lo hiciera.

Antes de que el alto condestable pudiera encontrar más excusas, otras figuras se abrieron paso entre la multitud. Esta vez se trataba de Centinelas del palacio de Skyhelm. Levantaron la mirada sin sorprenderse, como si hubieran estado esperando a la Guardia del Guiverno.

—Seguidnos —dijo el primero de los Centinelas—. El palacio está...

—Conozco el camino, hijo —dijo el lord mariscal, volviendo a clavarle a su caballo las espuelas.

Nobul se hizo a un lado para permitir que los caballeros pasaran. No consiguió realizar un cálculo exacto, pero había al menos doscientos hombres en la columna. No bastarían para contener a los khurtas ellos solos, pero eran un bienvenido refuerzo a las defensas de la ciudad, se lo viera como se lo viera. Esperaba poder estar allí para mirar la expresión de los rostros de esos salvajes cabrones cuando se dieran cuenta de

que se enfrentarían a los caballeros más poderosos de todo el mundo conocido.

—Algo así no se ve todos los días, ¿verdad? —preguntó Hake, mientras observaban al último de los jinetes desaparecer en dirección al barrio de la Corona, seguido por ciudadanos que los vitoreaban.

Nobul negó con la cabeza.

Más tarde, cuando ya estaba de regreso en las barracas y ya había guardado la espada junto a los otros pertrechos, se quitó la verde casaca militar. Kilgar estaba allí, observándolo con su ojo sano. Era evidente que deseaba hablar, tal vez quería que Nobul le preguntara a qué se debía su presencia, pero lo cierto es que no era de los que iniciaban una conversación.

Se miraron mutuamente un momento y el sargento tomó aliento profundamente.

—Es bueno que hayan venido... Me refiero a la Guardia del Guiverno.

—Sí, supongo que sí —replicó Nobul.

Otra pausa. Kilgar volvió a tomar aliento.

—Está por suceder, ¿sabes? Será de nuevo como ocurrió en la puerta. Los meados y la sangre. Los gritos y los alaridos. ¿Crees que estarás a la altura?

Nobul asintió con un gesto, aunque suponía que en esta ocasión podría ser peor. En la Puerta Bakhaus habían tenido la posibilidad de retroceder, pero aquí solo tenían el mar a sus espaldas. Él nadaba bastante bien, pero dudaba de poder llegar hasta Dravhistan de una sola vez.

—Lo soportaremos —dijo—. Lo hemos hecho antes.

—Sí, es cierto. Y hemos sobrevivido para contarlo.

Otra pausa, pero esta vez Kilgar dio unos pasos hacia delante, inclinándose como si no quisiera que nadie más lo oyera, incluso a pesar de que estaban solos allí.

—No fue culpa tuya, ¿sabes? —dijo—. Podría haberle pasado a cualquiera de nosotros. Cualquiera podría haber estado allí aquella noche. Cualquiera de nosotros podría haber terminado muerto en aquel sitio.

—Lo sé —respondió Nobul, no demasiado seguro de querer tener esa conversación.

—Denny te tenía en gran estima. Habría estado contento de que tú estuvieras allí... al final.

Eso le dolió. Nobul no creía que Denny le hubiera dado las gracias después de haberlo dejado despeñarse a su muerte. Pero ¿qué se suponía que tenía que decir? ¿Debía abrir la boca y contarle a Kilgar lo que en realidad había ocurrido? ¿Que Denny había sido el que mató a su hijo? ¿Que había querido castigar a ese pequeño cabrón y que cuando vio la oportunidad había permitido a propósito que se deslizara por la cornisa?

Se decía que descargar tus pesares en otra persona podía aliviarte. Nobul no estaba convencido de ello. De todas maneras, no quería que Kilgar se enterara de nada de lo que él tenía para decir. Era cierto que se sentía culpable, pero suponía que era una culpa que solo él debía soportar, y así lo haría.

Antes de tener que inventar alguna respuesta, entró Anton. Con la misma actitud lastimera de siempre, los contempló a ambos un momento y luego empezó a quitarse la chaqueta y el yelmo.

—Piénsalo —dijo Kilgar, palmeándole el hombro a Nobul con el brazo que le quedaba—. Si quieres hablar de eso, sabes dónde encontrarme.

Por todos los demonios, si el sargento aún conservara los dos ojos probablemente también le habría hecho un guiño. Nobul no estaba del todo seguro de que le gustara esta faceta de Kilgar. Lo prefería cuando era duro como una piedra, un sargento al que temer. No cuando se comportaba como un sacerdote confesor.

Kilgar se marchó y Nobul se hizo el remolón, dándole al sargento tiempo de salir de la barraca antes de seguirlo. Para entonces, Anton había terminado de hacer sus cosas y también estaba saliendo. Caminaron lado a lado y Anton levantó la mirada y sonrió. Eso sí era una novedad. Nobul no había visto ni siquiera un rictus en los labios de ese joven desde el día en que se había incorporado a los Casacas Verdes.

¿Acaso todos estaban volviéndose condenadamente locos?

—Eh... ¿Te gustaría tomar una cerveza, Lincon? —dijo Anton.

Eso era justo lo que él necesitaba. Parecía que la mitad de la Guardia Ámbar estaba con ganas de sentarse y tener una larga charla con él sobre el gran ciclo de la vida.

—No, gracias —respondió.

Anton adoptó una expresión abatida y se convirtió en el deprimente personaje de siempre. Lo que no hizo más que empeorar el malestar de Nobul. Se suponía que ese era su compañero, su camarada de armas, y él ni siquiera podía tomarse la molestia de ir a tomar una cerveza con el muchacho.

Qué gilipollas eres, Nobul Jacks.

—Bueno, de acuerdo. Pero solo una —dijo antes de poder contenerse. Pero ¿en qué lo perjudicaría? Habían pasado meses desde la última vez que había ido a tomar una copa. Desde que se había sentado y se había relajado. Tal vez ya era hora. Tal vez incluso se lo merecía. En pocos días más no tendría oportunidad de hacer otra cosa salvo combatir. Mejor pasárselo bien mientras pudiera.

—Conozco un buen sitio —dijo Anton, animándose nuevamente. Nobul nunca había visto esa faceta del joven. Era sin duda mejor que la faceta de Kilgar que tampoco había visto, tan quisquilloso.

Avanzaron por Northgate, pasando por las casas destartadas, subiendo por las calles frías, con el suelo barroso congelado hasta adquirir la dureza de la piedra. No era una mala época del año para caminar por Northgate, si alguna época pudiera considerarse buena. Al menos el frío del invierno tapaba el hedor humano.

Cuando siguieron avanzando, Nobul comenzó a preguntarse si Anton sabía dónde demonios estaban yendo.

—¿Seguro que es por aquí? —preguntó.

—Oh, no falta mucho, Nobul —dijo—. Estamos cerca.

—De acuerdo, si tú lo dices.

Anton lo hizo meterse en un callejón, pero no parecía un lugar decente para una taberna. De hecho, no parecía un lugar decente para prácticamente nada, pero quién era Nobul para quejarse. Tampoco era que Anton fuera uno de los muchachos más duros. No lo llevaría a ningún tugurio patibulario.

En el momento en que pensaba eso quedó paralizado, dándose cuenta de pronto de las palabras que acababan de decirse. Anton lo había llamado «Nobul».

Y él había respondido.

Antes de poder hablar, algo lo golpeó con fuerza en la nuca. Su visión se puso borrosa y cayó de rodillas, pero no se desmayó.

—Golpéalo otra vez —dijo alguien con voz de pánico, desesperado por no haberlo dejado inconsciente.

Nobul giró, mareado, tambaleándose, viendo el garrote que caía nuevamente sobre él. Apenas consiguió levantar un brazo, sintió el impacto y gruñó por el dolor. Más pisadas se dirigieron hacia él a través de la dura tierra y supo que no tenía mucho tiempo. Avanzó hacia delante, embistió al que blandía el garrote y consiguió que cayera hacia atrás, pero eso lo hizo tambalearse nuevamente y para cuando logró enderezarse alguien ya le había colocado un saco en la cabeza.

Tiraron de él, arrastrándolo y apretándole el saco en el cuello.

—¡Golpeadlo, joder! —gritó otra voz más frenética que la primera.

Nobul retrocedió, empujando a quien fuera que estaba sosteniendo el saco, tratando de aplastarlo contra la pared, pero perdió pie. Algo le golpeó el hombro, una viga o tal vez otro garrote. Gruñó, enfureciéndose, esperando el golpe siguiente. Cuando este llegó, arremetió y sintió que su pie impactaba en el cuerpo de alguien, que lanzó un chillido. Agarró el saco, tratando de quitárselo.

—¡Ayudadme! —gritó alguien desde atrás—. ¡Es fuerte como un jodido buey!

La mano de Nobul aferró una muñeca y tiró de ella hacia delante. El saco se aflojó en torno a su cuello cuando él tiró de quien tenía delante y lo golpeó dos veces, sintiendo el impacto en su puño y oyendo un jadeo de dolor proveniente de unos pulmones.

Antes de poder quitarse el saco del todo algo volvió a golpearlo, resonando en todo su cráneo y haciéndolo caer al suelo.

Lo último que oyó fue el sonido de los golpes que le propinaban, aporreándolo hasta...

Ella estaba en el suelo, apoyada en manos y rodillas, y a pesar de las arcadas un largo hilo de bilis que le colgaba de la boca se mantenía tenazmente aferrado a ella, como si no quisiera soltarse y derramarse en el cuenco que tenía delante. Los largos rizos rojos de Janessa cayeron en el cuenco y quedaron salpicados por el vómito reciente, pero no le importó.

Lo único que quería era que todo eso desapareciera.

Deslizó la mano hacia el vientre. Sentía que había crecido, que la carne hinchada parecía habersele endurecido en el medio. No pasaría mucho hasta que otras personas, además de Nordaine, lo notaran..., si es que ya no lo habían hecho.

¿Y qué ocurriría entonces? ¿Cómo la recibirían en la corte? La mitad de ellos ya la despreciaban, ya codiciaban su poder y esperaban que fracasara para poder obtener alguna ventaja. ¿Y la otra mitad permanecería leal una vez que descubrieran la verdad?

La Reina Puta. Así la llamarían. Sus cortesanos se reirían, chismorreando a sus espaldas. *¿Quién es el padre? Podría ser cualquiera... Me he enterado de que se acuesta con cualquiera que le ofrezca una rosa roja y algunas palabras zalameras. Debe de ser el joven lord Raelan Logar, me he enterado de que es todo un bribón. No, dicen que es Leon Magrida, aunque ella se niega a casarse con él.*

Pero no eran los cortesanos los que le importaban. Era el pueblo de Steelhaven, su pueblo, lo que realmente le preocupaba.

¿Verían esto como una traición a su confianza? ¿Les haría perder la fe en ella?

Reina Puta o virgen, el deseo de hacer lo mejor posible por su gente seguía siendo el mismo. Todavía debía gobernar Steelhaven y protegerla del tirano que quería arrasarla; debía combatir hasta la victoria, sin importarle su situación personal.

Janessa se levantó con cuidado del suelo y se sentó en la cama, aliviada por que las náuseas se habían aplacado. Qué aspecto lamentable tendría; el pelo desordenado, sudorosa como un borracho gordo. Sin embargo, su apariencia era la menor de sus preocupaciones.

¿Qué tenía que hacer?

¿Debería encontrar marido, y rápido? Janessa había decidido que gobernaría sola, pero el niño que llevaba en el vientre daba un aspecto completamente diferente a la situación y ahora sus opciones parecían escasas.

¿Debería casarse con Leon Magrida? ¿Él la desearía ahora que estaba embarazada? ¿O podría intentar engañarlo? Pero ¿en qué estaba pensando? La opinión de Leon no tenía la menor importancia; la baronesa Magrida aprovecharía la menor oportunidad para compartir la Corona de Acero, incluso si eso significaba que su hijo tuviera que casarse con una prostituta barata.

No.

Eso era pura desesperación. ¿Por qué estaba siquiera contemplando el matrimonio con un hombre al que despreciaba? La misma idea le erizaba la piel. Jamás podría entregarse a otro hombre mientras Río estuviera allí... en alguna parte.

Sintió un momento de pánico. ¿Sería cierto que él la aguardaba fielmente? ¿Regresaría? ¿Volvería a cogerla entre sus brazos? ¿La sacaría de ese sitio?

Janessa negó con la cabeza.

Todo eso eran caprichos. Otra vida que había soñado que podía tener. Pero era imposible. Janessa Mastragall no podía escapar de Steelhaven ni de sus enormes responsabilidades.

Las preocupaciones provocadas por la perspectiva de dar a luz fuera del matrimonio deberían dejarse para otro momento. Sus ejércitos habían sido derrotados en el norte. Los khurtas llegarían a las puertas de Steelhaven en pocos días. Amon Tugha se acercaba.

Había recibido la noticia de la llegada de la Guardia del Guiverno, aunque ellos solos jamás bastarían para contener un ejército de decenas de miles de soldados. La ciudad entera debería combatir; el pueblo debería unirse contra un enemigo implacable. Necesitaban un faro que los guiara y Janessa estaba decidida a ser esa luz.

Regodearse en su congoja no le serviría para defender la ciudad.

Cuando se levantó, con una determinación renovada, oyó que golpeaban a la puerta. Sabía que era Nordaine. Su institutriz se había mostrado más atenta que nunca los últimos días, pero no la había atiborrado de consejos. La mujer, que tenía más edad que ella, sabía que debía encontrar su propia manera de hacer las cosas.

La hizo pasar. En silencio, la institutriz depositó un poco de comida junto a la reina y apartó el cuenco de vómito. Le traía comida todos los días, a pesar de que generalmente Janessa la rechazaba.

Lavó a la reina con agua limpia, quitándole la pátina de sudor del cuerpo. Luego le enjuagó el vómito del pelo, antes de recogerlo en un arreglo formal. Finalmente, la ayudó a ponerse el vestido que usaba en la corte. Era sencillo, austero como el salón y el trono desde donde gobernaba.

Cuando estuvo lista, Janessa salió de su habitación y afuera la esperaban, como siempre, sus Centinelas. Kaira tenía un aspecto severo; siempre lista para cumplir con su deber. Merrick mostraba una actitud más despreocupada, pero se puso en posición de firme tan pronto como la vio.

A pesar de que ambos guerreros habían entrado en su servicio hacía muy poco, la hacían sentirse segura instantáneamente. Más allá de cómo la juzgaran la ciudad y su corte, le parecía que no correría peligro alguno mientras ellos dos estuvieran a su lado.

Avanzaron por los pasillos de Skyhelm y pasaron a la sala principal, donde Janessa vio a Odaka esperándola. Había hecho salir a todo el mundo del salón del

trono, no había ni un alma a la vista. Su fiel consejero tenía cara de preocupación.

—¿Cuáles son los asuntos de la corte de hoy? —preguntó ella—. ¿Qué pasa con la audiencia habitual?

Odaka dio un paso adelante.

—Antes de los asuntos de la corte, majestad, hay algo que requiere vuestra atención inmediata. Sería desaconsejable hacerlo delante de testigos. Se trata de un asunto extremadamente delicado.

Janessa estaba confundida. Todas las cuestiones de Estado, excepto las del consejo de guerra, se trataban en público. ¿Qué podría justificar esa privacidad?

Odaka continuó.

—Ha llegado un enviado de la Compañía Comercial White Moon. He de insistir en la importancia de esta visita.

Janessa, desde luego, entendía esa importancia. La compañía estaba asociada a la Liga de los Banqueros, una poderosa organización con miembros en numerosas naciones a lo largo del mar Midral, que podía tener la clave de la supervivencia de su ciudad. Si lograba convencerlos de que la apoyaran con su dinero, las Compañías Libres se pelearían entre sí para ser las primeras en combatir bajo su estandarte.

—¿Debo tratar con él ahora? —A Janessa no le agradaba la idea de negociar sobre el futuro de la ciudad, de su país, pero sabía que tenía que hacerlo. Aquel hombre solo trataría con ella; no aceptaría intermediarios. Era un deber solo de ella.

—Llegó inesperadamente, majestad, y ha exigido una audiencia con vos de inmediato.

Aquel enviado no era ningún rey, tal vez ni siquiera un noble, pero si Odaka estaba dispuesto a consentir sus deseos, debía de ser alguien realmente poderoso.

—Muy bien —dijo Janessa—. Hablaremos con él.

—Lo haré pasar, majestad. Pero recordad que él no ofrecerá su dinero a la ligera. Esta puede ser una danza prolongada y difícil. Un juego de estrategia, por así decirlo. No aceptéis nada hasta que estemos seguros de qué quiere a cambio.

Janessa asintió con un gesto.

Mientras Odaka salía en busca del enviado, la reina se instaló en el trono, flanqueada por Merrick y Kaira. De repente, volvió a sentirse mal, pero eso no tenía nada que ver con el niño que crecía en su vientre. Janessa sabía que el hombre que estaba a punto de ver podría tener la clave de la supervivencia de su ciudad. Esperaba que el precio de su ayuda no fuera demasiado elevado.

Odaka no tardó en regresar, encabezando una pequeña procesión. Detrás de él se encontraba el canciller Durket, parloteando sobre la historia de Skyhelm y las razones de la austeridad del salón del trono. Pero Janessa no prestó atención a ninguno de sus consejeros; en cambio, se concentró totalmente en el hombre al que introdujeron en la sala.

Parecía bastante inofensivo. De estatura un poco más baja que el promedio, de piel aceitunada. Llevaba un turbante ceñido en la cabeza. Sus ropajes eran negros y

sencillos y tenía las manos ocultas en las mangas. Cuando se acercó, pudo ver que tenía kohl en los ojos, lo que le daba un aire femenino, aunque el delgado bigote y la barba que se unían en torno a su boca demostraban que era todo un hombre.

Lo seguían cuatro hombres y Janessa supuso que serían su escolta personal. Todos llevaban la cabeza afeitada, y túnicas y pantalones de color rojo que contrastaban contra sus pieles oscuras. Ninguno de ellos portaba armas.

Se detuvieron ante los escalones que daban al trono y Odaka anunció:

—Azai Dravos de la Compañía Comercial White Moon.

Dravos inclinó la cabeza, pero mantuvo sus ojos maquillados clavados en Janessa.

—Os saludo, vuestra ilustre majestad. —Su fuerte acento era seductor—. Permitidme decir que vuestro esplendor está muy subestimado. He conocido a las reinas de todas las naciones del Este, pero superáis a todas ellas en hermosura.

Por alguna razón, Janessa dudaba que eso fuera cierto, pero sonrió de todas maneras.

—Me halagáis, sin duda, Azai Dravos. Bienvenido a mi ciudad. Espero que tengáis una estadía placentera.

—Qué ciudad magnífica. Ojalá pudiera quedarme más tiempo y probar sus múltiples maravillas.

Sí, estoy segura de que os encantaría quedaros mientras sitian mi ciudad. Sería de lo más estimulante.

—Pero al menos podréis disfrutar del palacio, ¿verdad? El canciller Durket se ocupará de que vos y vuestros hombres estéis alojados en nuestros mejores aposentos.

Azai Dravos sonrió, pero una fugaz mirada de incomodidad le cruzó la cara.

—Lamentablemente no puedo quedarme, majestad. Ahora bien, si pudiéramos pasar al propósito de mi visita...

Janessa sintió un vuelco en el estómago. Él estaba desviando la conversación, y ella tenía que mantener el control. No había dudas de que le hacía falta su dinero, y pronto, pero no podía permitirle dictar el procedimiento.

—Tonterías —replicó rápidamente—. No quiero saber nada de eso. Durket, ocupaos de que nuestros huéspedes gocen de todos los lujos que el palacio puede ofrecer.

—Pero...

—No se diga una palabra más. —Janessa intentó añadir un tono de orden a sus palabras y quedó satisfactoriamente sorprendida por el resultado—. Habéis venido de lejos. No estaría bien de mi parte si os marcharais sin gozar de nuestra hospitalidad.

Al principio, Azai Dravos pareció enfadado, pero sostuvo la mirada de Janessa y sonrió a modo de respuesta. Ya había practicado este juego muchas veces.

—En nombre de la Compañía Comercial White Moon, agradezco a vuestra majestad su generosidad, y ansío el momento de poder hablar con ella largo y tendido... muy pronto.

Sin esperar que lo autorizaran a irse, retrocedió con una reverencia, al igual que

sus hombres. Se marcharon con Durket, quien continuó con su perorata mientras se alejaban por el pasillo. Odaka se acercó e hizo un gesto de aprobación con la cabeza.

—Habéis estado bien, majestad. Pero no podréis posponer a Dravos indefinidamente; además no tenemos tiempo. Yo sugeriría una audiencia privada cuando él esté más cómodo. El tablero está muy inclinado a su favor; sabe que estamos desesperados y podría exigir casi cualquier cosa.

—¿Como qué?

Odaka movió la cabeza.

—Podrían ser muchas cosas; intereses agobiantes sobre la deuda, o quizá futuros pactos de comercio muy ventajosos para sus pagadores. Incluso podría insistir en mantener un enviado permanente en vuestra corte. Hasta que podáis encontraros a solas con él y apelar a su buena voluntad, hay pocas dudas de que él no cederá en nada.

—Pero ¿qué podemos darnos el lujo de ofrecerle? Tienes razón, tenemos poco margen de negociación y nada de tiempo para arrancarle un arreglo razonable.

Todo se deterioraba a cada instante. ¿Tendría que actuar como una jugadora avezada, con el futuro de su ciudad en juego?

—En resumidas cuentas, debemos estar dispuestos a prometerle prácticamente cualquier cosa para salvar la ciudad. Cualquier acuerdo al que lleguemos con un miembro de la Liga de los Banqueros tendrá un precio muy elevado. Pero debemos pagar, majestad.

—Entonces no hay alternativa, ¿verdad? Nos ha tocado una mano mala, por cierto.

No dirigió esas palabras a nadie en particular.

Permanecía junto a ella, a la izquierda de aquel gran trono de piedra. Merrick casi se había echado a reír la primera vez que lo había hecho, la primera vez que se había ubicado en aquel inmenso salón del trono para cuidar de su reina. Un par de meses antes había estado arriesgando el pellejo en la calle, yendo de putas, bebiendo, apostando. En todas partes había gente que lo quería ver muerto, y si había sobrevivido era por pura suerte.

Ahora se encontraba en el gran palacio de Skyhelm, ataviado con una armadura, armado, convertido en un escolta seleccionado para proteger a la mujer más poderosa de los Estados Libres.

Incluso él mismo tenía que admitir que había avanzado mucho en la vida.

Kaira estaba a la derecha de la reina; severa, casi implacable. Era totalmente adecuada para esa tarea. Merrick sabía que si se le pedía que diera la vida por la joven que se sentaba entre ellos, lo haría sin preguntas.

Bueno, al menos uno de los dos lo haría.

En días recientes había visto a la reina Janessa dirigir la corte con mano segura. Al principio se había sorprendido, pero en realidad no sabía qué esperar. Cuando la vio por primera vez, parecía una niña ingenua arrojada a los tiburones, pero había terminado admirando la forma en que ella se comportaba; siempre serena y diplomática, siempre comedida. Él estaba bastante seguro de que, si lo hubieran obligado a él a lidiar con la mitad de esos cabrones codiciosos y exigentes, habría mandado a hacer puñetas a la mayoría de ellos.

Desde luego, el extranjero que acababan de ver le daba mala espina. Había algo en Azai Dravos que a Merrick no le gustaba, y no era solo su hediondo perfume. Quedó aliviado cuando aquel cabrón se marchó.

Una vez que Dravos se fue, los Centinelas de la entrada al salón del trono dejaron pasar a la bandada habitual de tontorrones y mojigatos. Merrick aún no había decidido a quién de ellos aborrecía más, pero estaba cerca.

El lord gobernador Argus de Coppergate se puso de pie, frotándose las manos. Ya había suplicado ayuda una docena de veces, a pesar de que estaba claro que a las hordas de khurtas les interesaba más avanzar hacia el sur que sitiar su ciudad. Era un misterio por qué se encontraba allí; habría estado más seguro abrigado tras sus propias murallas que en Steelhaven. Tal vez buscaba un poco de diversión. O querría ver qué beneficios podría obtener cuando el lugar se derrumbara a su alrededor.

Cerca de él se encontraba el general Hawke. Había pasado los últimos días en la corte, dejando a sus ejércitos del norte al mando del duque Bannon Logar. Afirmaba haber venido a supervisar la defensa de las murallas de la ciudad para prepararlas para el sitio inminente, pero Merrick se dio cuenta de que el anciano parecía cansado.

Lo más probable era que hubiera venido a tomarse un respiro de la lucha constante, a diferencia del mariscal Farren, que daba la impresión de que se moría de ganas de volver al frente. El líder de los Caballeros de la Sangre era un individuo temible, que llevaba orgullosamente en su armadura las señales de la batalla. Uno de sus ojos, atravesado por una gran cicatriz, se le retorció constantemente, como si tuviera algo dentro. Ese hombre no ocultaba su desdén por los Centinelas de Skyhelm y todavía conservaba su antigua rivalidad. Por suerte, Merrick no había tenido que sufrir en carne propia su irascible temperamento. Al menos por el momento.

Por supuesto que Odaka Du'ur estaba a los pies de la escalinata que daba al trono de piedra, supervisando todos los asuntos de la corte. Merrick aún no sabía qué pensar de él; su rostro de ébano era difícil de descifrar. Y eso que, por lo general, Merrick sabía juzgar a la gente. El consejero parecía bastante leal y tan dispuesto a proteger a la reina como sus Centinelas. Solo el tiempo diría si lo hacía en su propio beneficio.

En el otro extremo de la escalinata se ubicaba un personaje que sí era fácil de descifrar. El senescal Rogan era una figura aborrecible. Era un misterio por qué conservaban en su puesto a ese cabrón. Si fuera por Merrick, ya habría encerrado a Rogan para siempre en su propia sala de torturas, lejos de la gente decente, o al menos lo haría cumplir con su tarea detrás de un biombo de madera. El jefe de la Inquisición sonreía y pronunciaba todas las palabras adecuadas, pero sus modales eran demasiado complacientes. Merrick había estado en la calle el tiempo suficiente para vislumbrar qué se ocultaba detrás de todo aquello. Nadie era tan generoso, tan desinteresado; mucho menos alguien que se ganaba la vida torturando gente. Cada vez que ese asqueroso cabrón abría la boca a Merrick se le erizaba la piel y se daba cuenta de que su mano se posaba en la espada. Janessa prestaba atención a Rogan con frecuencia y escuchaba lo que tenía que decirle, pero no siempre seguía sus consejos. Merrick solo esperaba que continuara así.

Los cortesanos reunidos giraron la cabeza cuando un hombre entró en el salón del trono. Era un tipo hirsuto, que llevaba varias pieles apiladas sobre los hombros, un arco en la espalda, un hacha y un cuchillo en la cintura. Era difícil adivinar su edad; tenía el rostro curtido como un maltrecho pedazo de cuero viejo y el pelo era gris, pero caminaba con la seguridad de un hombre mucho más joven, a pesar de una ligera cojera.

Se arrodilló ante el trono e inclinó la cabeza.

—Oban Halfwyrd, guardián del Norte, majestad —dijo con una voz tan avejentada como su rostro—. Traigo noticias del frente, majestad.

—Poneos de pie, Oban Halfwyrd, y contadnos vuestras noticias —respondió Janessa.

El guardián se incorporó lentamente y Merrick pensó que ese gesto delataba su edad; algo crujió en la rodilla del hombre y jadeó mientras se ponía de pie.

—Bien, no son buenas, majestad. El duque Logar ha ordenado una retirada total.

Ya han pasado tres días desde que tratamos de contenerlos en el puente Deeprun, pero hemos perdido demasiados hombres. Esos malditos khurtas no ceden... eh, perdón, majestad. —Hizo una pausa, como si maldecir delante de la reina fuese una ofensa que se castigara con la horca.

—Continuad —dijo ella.

—No hay mucho más que decir. Sin el auxilio de las Compañías Libres, solo contamos con los abanderados de Valdor, Dredun y Steelhaven. Eso no basta. La mayor parte de los cuarenta mil khurtas avanza en esta dirección y no tenemos nada para mantenerlos a raya, salvo oraciones y palabrotas, majestad. Faltan solo unos días para que golpeen a la puerta de Steelhaven.

Luego se quedó en silencio, mirando a su alrededor como si alguien pudiera acercarse y darle una bofetada por las malas nuevas que había traído. En cambio, la reina Janessa lo recompensó con una sonrisa.

—Agradecemos vuestra premura para traernos las noticias, Oban Halfwyrd.

—No ha sido nada, majestad —respondió el guardián con timidez.

Dio un paso atrás, disponiéndose a marcharse, pero no todos habían oído bastante.

—¿Dónde está Logar ahora? —exigió saber una voz. Merrick miró en esa dirección y vio al mariscal Farren lanzándole una mirada furiosa al guardián, con su ojo cicatrizado temblando por voluntad propia.

—Eh... A menos de cinco días de distancia hacia el norte, milord. Los khurtas se detuvieron un momento en Deeprun, donde cometieron saqueos e incendios. Nuestro ejército descansa a treinta leguas al sur de ellos.

—¿Cuántas tropas nos quedan?

Quien habló era el general Hawke. Trató de sonar con la misma autoridad que Farren, pero fracasó miserablemente.

—Podrían ser ocho mil, o quizá seis. Es difícil de precisar; no tuvimos tiempo de contar a los muertos y a los heridos, con los khurtas pisándonos los talones.

Hasta Merrick se dio cuenta de que había amargura en las palabras de Oban, aunque no podía decir si se debía a la pérdida de sus camaradas en el frente o a su desdén por un general que era capaz de dejar a sus hombres atrás para protegerse en la ciudad.

Odaka Du'ur se volvió hacia la reina.

—Tenemos que mandar a una de las Compañías Libres a que escolten al ejército desde el frente. No podemos arriesgarnos a que nuestros abanderados sean masacrados antes de que puedan retirarse.

El senescal Rogan levantó una mano antes de que la reina pudiera responder.

—Ah, eso podría ser problemático —dijo con una sonrisa. Incluso cuando transmitía malas noticias tenía esa misma sonrisita tonta en la cara que hacía que Merrick quisiera hundirle el guantelete hasta la garganta—. Aún les debemos dinero a las Compañías Libres. La Hermandad del Sol y los Escudos Sagrados no levantarán un dedo hasta que les paguemos todo lo que les debemos. Los Halcones de

Medianoche amenazan con dejar la ciudad en los próximos dos días si no se les paga un adelanto.

—Entonces hay que pagarles —intervino el lord gobernador Argus, aunque Merrick no tenía idea de qué tenía que ver él con ese asunto.

—¿Con qué? —preguntó el general Hawke—. ¡Las arcas están vacías!

Eso pareció enmudecerlos a todos por un momento. Si las arcas estaban vacías, entonces estaban bien metidos en la mierda.

—Se está organizando un encuentro —comentó Odaka— que tendrá como resultado el florecimiento de las finanzas de la Corona. No os preocupéis por eso. Senescal, podéis informar a las Compañías Libres de que el pago está garantizado.

El senescal volvió a sonreírle con su modo peculiar de hacerlo.

—Estos son mercenarios. Me temo que no les interesan las garantías. Solo creen en el dinero contante y sonante. Es lo único que nos asegurará su lealtad.

Merrick vio que Janessa se retorció incómoda a su lado. Se suponía que ese era el salón de su trono, que esas decisiones las tomaba ella, ayudada por sus fiables consejeros, que en ese momento se peleaban entre sí como niños.

—Si no van a combatir para la Corona de forma voluntaria en su momento de mayor necesidad, entonces debería obligárselos —protestó el mariscal Farren—. Reclutamos a mercenarios por la fuerza antes de la Puerta de Bakhaus. Podemos volver a hacerlo.

—Reclutamos a exmercenarios que eran ciudadanos de los Estados Libres, mariscal —intervino Rogan—. Y la Corona también pagó las levas de esos mercenarios.

El general Hawke sacudió la cabeza.

—Esto es una locura. Si Cael estuviera aquí, los obligaría a luchar, quisieran o no.

Merrick oyó que Janessa soltaba un suspiro de abatimiento ante la mención de su padre y la sugerencia de la ineptitud de ella. Vio cómo sus dedos aferraban los brazos de piedra del trono en el que se sentaba como si quisiera levantarse y gritarles, pero algo la contenía.

Merrick sintió un repentino deseo de ayudarla, pero supuso que si uno de sus escoltas personales desenvainaba la espada y hacía callar a la sala ella no se lo agradecería.

—Todo está a punto de solucionarse —insistió Odaka—. La reina va a reunirse muy pronto con un banquero.

—¿Sí? —dijo Argus—. Qué tranquilizador. ¿Y con qué va a negociar? ¿Qué seguridad puede darle de que la inversión estará a salvo? Tal vez esta ciudad esté convertida en cenizas en unos pocos días. ¿Quién va a prestarle dinero? ¿No deberíamos preguntárselo?

Argus se giró con actitud expectante y Merrick se dio cuenta de que estaba llevando la mano a la empuñadura de su espada. Al parecer sentía por Janessa una lealtad superior a lo que creía. O tal vez solo quería abalanzarse sobre ese pomposo

imbécil y enseñarle modales.

Por suerte, Merrick no era el único.

—Ten cuidado con lo que dices, cabrón de mierda.

Quien habló era Oban Halfwyrd, que había llegado a sacarse el cuchillo de la cintura.

Argus dio un paso hacia atrás, mirando a los Centinelas presentes en busca de apoyo. Ninguno le ofreció ayuda.

Merrick vio que Janessa se movía en su asiento, tal vez para exigir que Argus recibiera algún castigo o que Halfwyrd se sentara. Jamás llegó a averiguar cuál de las dos alternativas era.

El capitán Garret entró al salón del trono con paso vivo, con toda la armadura puesta, sosteniendo el casco bajo el brazo. El salón quedó en silencio cuando todos los ojos se clavaron en él. Los cortesanos se escabulleron para dejar a la imponente figura un camino libre hacia el trono. Desde fuera llegó el sonido de hombres marchando.

Luego entraron.

Avanzaban en filas de dos, con sus resplandecientes armaduras de bronce y sus rostros ocultos tras intrincados yelmos. Estaban encabezados por dos caballeros que portaban gallardetes y que, cuando llegaron a la parte delantera del salón del trono, desplegaron para que todos pudieran ver la ilustración del guiverno rojo en un prado verde. Tras ellos, los caballeros con sus armaduras de bronce marcharon en un estricto unísono, más de cien en total. Los caballeros de delante dejaron caer una rodilla, seguidos rápidamente por los de detrás, uno tras otro, como una fila de libros inclinándose. Merrick se maravilló ante esa exhibición de estudiada disciplina.

Otros tres caballeros ataviados de igual modo avanzaron por la gran sala. El primero llevaba un enorme yelmo alado y un sable sujeto a la espalda. Tras él había otros dos guerreros con sus armaduras, uno llevando sobre los hombros la blanca piel de alguna enorme bestia de las nieves.

Garret esperó hasta que los guerreros se detuvieron delante de la reina, se arrodillaron e inclinaron la cabeza.

—Majestad —dijo—. Quisiera presentaros a la Guardia del Guiverno y a su lord mariscal.

—Vuestros sirvientes hasta la muerte, majestad —anunció el guerrero del yelmo alado.

Había algo en esa voz. Algo en su tono autoritario que Merrick reconoció. Pero, claro, no podía ser...

—Nos habían avisado de vuestra llegada y agradecemos vuestra asistencia, lord mariscal —respondió Janessa—. Estoy segura de que el capitán Garret se ocupará de proporcionaros lo que vos y vuestros hombres necesitéis.

—Así lo haré, majestad —dijo Garret con una reverencia—. Se alojarán en las barracas de Skyhelm con todos los privilegios asignados a mis Centinelas.

Merrick vio un fugaz gesto de orgullo en los rasgos de Garret. Era cierto que todos conocían las leyendas de la Guardia del Guiverno —sus hazañas durante las Guerras del Dragón, la expulsión de los necrófagos, la angustia de la Isla de Sangre—, pero Garret parecía tratar a esos hombres como viejos amigos.

—¿Eso es todo? —preguntó el mariscal Farren repentinamente, dando un paso adelante—. ¿Debemos invitar a estos... hombres a cenar a nuestra mesa sin que ni siquiera nos pidan permiso? Por lo que sabemos, podrían ser espías de los elharim. ¿Quién responde por ellos?

—Yo —contestó Garret con un gruñido de ira, dejando claro su desprecio por Farren y sus Caballeros de la Sangre. Pero el lord mariscal de la Guardia del Guiverno también había dado un paso adelante.

—Hemos venido a instancias de la ciudad —dijo—. Estamos aquí para defender a su pueblo y a su reina. Si hubiéramos querido hacerle daño, ¿no creéis que ya os habríais enterado?

Farren se volvió hacia la reina con impaciencia.

—Albergadlos en la prisión de la ciudad con el resto de los mercenarios. No en Skyhelm. ¿Qué han hecho para merecer este honor?

—Es cierto —intervino el general Hawke, un poco inseguro—. No sabemos nada de estos hombres.

—Oh, pero nosotros sí que sabemos de vosotros —replicó el lord mariscal—. Sabemos que permitisteis que asesinaran a vuestro rey. Sabemos que ambos habéis dejado vuestros ejércitos en el norte para venir aquí a esconderos como ratas. No me habléis de «honor», vosotros que no lo tenéis.

—¡Cuida tus palabras, perro! —le espetó Farren, dando un paso adelante con un gesto amenazador.

El lord mariscal no se movió, pero el guerrero de su derecha, el que tenía la capa de piel sobre la espalda, se interpuso en el camino de Farren y desenvainó a medias su espada con un ruido metálico.

—Un paso más y te arrancaré de la cabeza ese jodido ojo que no paras de guiñar —dijo.

A pesar de las palabras que había usado delante de la reina, a Merrick ya le caía bastante bien.

Farren se quedó mirándolo, con el ojo temblando frenéticamente, pero no avanzó.

El lord mariscal se acercó a la reina y se quitó el yelmo de la cabeza.

Al ver la cara de ese hombre Merrick se sintió enfermo. Se sintió empequeñecer. Quiso mearse encima. Quiso salir corriendo. Lo sobrecogió una oleada de recuerdos de la infancia. De reprimendas. De castigos. De entrenamiento..., un entrenamiento incesante..., sin que jamás nada le saliera bien.

—Majestad —dijo el lord mariscal—. Me llamo Tannick Ryder. Excapitán de los Centinelas de Skyhelm. Me enviaron hace casi veinte años para devolver a la Guardia del Guiverno su antigua gloria. Y ahora he regresado para defender vuestra ciudad y

vuestra vida. No os quedéis solo con mis palabras de lealtad. Aceptad mi espada.

Con esa frase, extrajo el inmenso sable de la espalda con un tintineo metálico. Merrick vio que Kaira se tensaba al otro lado del trono y que llevaba la mano a la empuñadura de su espada cuando aquel hombre extrajo su arma delante de la reina. Pero el lord mariscal no hizo más que arrodillarse y presentar aquella magnífica arma como una ofrenda.

Odaka miró a Janessa, pero Merrick no pudo descifrar su expresión. Aunque en realidad no le importaba nada lo que el fiel consejero pensara; estaba peleando contra sus propios demonios. Demonios del pasado, contra los que no había arma con que luchar. Demonios de arrepentimiento. Demonios de ira. De tristeza y de pérdida.

Otra vez volvió a ser aquel niño abandonado y vulnerable, y el responsable se encontraba allí. El hombre que debería haberlo protegido tantos años atrás estaba a menos de tres metros de distancia.

—Lord mariscal Ryder —dijo Janessa, poniéndose de pie—. Es un honor para nosotros recibirlos en nuestra ciudad. La Guardia del Guiverno siempre ha estado del lado de Steelhaven y los Estados Libres. Siempre ha defendido a su pueblo en su hora de mayor necesidad. Ahora requerimos de vuestra ayuda más que nunca.

—Entonces defenderemos Steelhaven hasta el último hombre, majestad —respondió, tras lo cual se puso de pie y guardó la espada.

Después de hacer una profunda reverencia, se giró y salió por el pasillo rodeado de sus guerreros ataviados de bronce. Garret le hizo a Merrick un gesto de entendimiento antes de acompañarlos.

Cuando los dos hombres se fueron, la Guardia del Guiverno se puso de pie como un solo hombre y, con una disciplina digna de admiración, se dieron la vuelta sobre los talones y salieron marchando del salón del trono. El guerrero de la piel blanca permaneció un momento donde estaba, con la espada desenvainada a medias, contemplando a Farren, quien le lanzó una mirada torva. Cuando el último miembro de la Guardia del Guiverno dejó el salón, el hombre le hizo un arrogante guiño al mariscal de los Caballeros de la Sangre, envainó la espada y salió con aire fanfarrón.

—Corremos riesgos con esto, majestad —dijo Rogan cuando se marcharon, pero Janessa levantó una mano.

—Basta —ordenó—. Vaciad la sala.

Al oír esas palabras, Odaka ordenó a los cortesanos que se marcharan. Merrick seguía mirando todo con gesto asombrado. Debía de notársele en la cara, porque hasta la reina pareció darse cuenta, aunque no entendió bien el motivo de esa expresión.

—Un giro afortunado de los acontecimientos —susurró, mientras la fila aparentemente interminable de cortesanos dejaba la sala.

—Esa es una forma de verlo, majestad —replicó Merrick.

—¿No lo crees así?

Él la miró, preguntándose si podría quitarse un peso de encima. Ella era su reina y

ya cargaba sobre los hombros los problemas de la nación, pero...

—Estoy seguro de que la Guardia del Guiverno combatirá por vos con lealtad, majestad. Es del lord mariscal de quien no deberíais fiaros.

—¿Por qué lo decís? —preguntó ella, pero en ese momento pareció caer en la cuenta de repente.

—Sí, majestad —respondió—. Tannick Ryder es mi padre.

Mientras acompañaba a la reina Janessa de regreso de la gran sala, Kaira notó la fuerza con que apretaba los puños, al punto de que los nudillos se le pusieron blancos. No entendía por qué estaba tan preocupada; la legendaria Guardia del Guiverno había regresado a la ciudad. Esa era la noticia más favorable que habían recibido desde que Amon Tugha había puesto pie en los Estados Libres. Pero no, Janessa caminaba con el ceño fruncido mientras Kaira y Merrick la escoltaban por los pasillos del palacio.

No regresó a sus aposentos como era habitual; en cambio, puso rumbo a las entrañas de Skyhelm, donde se encontraba la Cámara de Guerra. Una vez que llegaron a un pequeño vestíbulo que estaba junto a la cámara, les ordenó que se detuvieran. Janessa abrió la puerta, lo que permitió que Kaira pudiera ver el interior. Era una sala desnuda con un solitario pedestal en el centro donde reposaba la Helsbayn, la legendaria espada de los reyes de Steelhaven.

—Aguardad aquí —ordenó la reina. Entró y cerró la puerta.

Los dos obedecieron y al cabo de un momento Kaira comenzó a preocuparse.

—¿Qué crees que estará haciendo? —preguntó.

—¿Cómo voy a saberlo? —respondió Merrick.

Kaira estaba acostumbrada a su lenguaje seco, pero incluso en él ese tono era discordante.

—¿Deberíamos entrar?

Él la miró con el ceño fruncido.

—Si fuera a matarse, se me ocurren maneras más fáciles que usar una espada. Es bastante complicado decapitarte a ti mismo con una espada de un metro veinte de largo, aunque he visto a algunos que lo intentaron.

Kaira hizo un gesto de frustración con la cabeza. Merrick no le sería de utilidad. Era evidente que algo preocupaba a Janessa, pero ¿qué podían hacer ellos? Ella les había ordenado que permanecieran fuera. Aunque Garret jamás aceptaría esa excusa si algo le ocurría a la reina.

Desde el interior de la sala les llegó un fuerte estrépito. Kaira miró a Merrick, quien se encogió de hombros como toda respuesta. No era nada bueno; tendría que entrar.

Cuando lo hizo, vio a Janessa sentada en el suelo, con la antigua espada, la Helsbayn, a su lado. La reina levantó la mirada; tenía lágrimas en los ojos.

—Ni siquiera puedo mover esa condenada cosa —dijo—. ¿Cómo se supone que voy a empuñarla?

—No tendréis que empuñarla, majestad. Nadie espera que luchéis.

—Pero mi padre era un gran guerrero —respondió Janessa mientras Kaira la ayudaba a levantarse. Se quitó el polvo de la falda y miró la espada con expresión

acusadora—. ¿Cómo voy a dirigir mis ejércitos si no puedo luchar? ¿Por qué querrán seguirme si no consigo liderar el ataque?

—Es cierto que el rey Cael era un gran guerrero, majestad. Pero no todos los buenos gobernantes deben ser comandantes de guerra. Vos sois tan fuerte como la gente que tengáis a vuestro alrededor; vuestro poder se deriva de la lealtad.

Janessa sopesó ese comentario.

La espada seguía allí, como si estuviera ostentando su ilustre pedigrí en la sala. Un metro veinte de hoja, con runas talladas desde la punta hasta la base. La empuñadura sumaba otros treinta centímetros de sólido acero, y el mango llevaba grabado un complejo diseño popular entre los antiguos teutones, mientras que el arriaz y el pomo estaban hechos de un acero sencillo y sin adornos.

—Es posible que dentro de poco no tenga otra opción que luchar —continuó la reina—. Tendré que subir a las almenas y arengar a los que me sean leales. ¿Cómo puedo pedirle a mi pueblo que defienda la ciudad mientras yo me escondo en la seguridad del palacio?

—Lucharían de todas maneras, majestad. Puesto que también estarían luchando por ellos mismos, por sus familias, por su patria.

—Ojalá yo tuviera tu confianza.

Kaira sabía, aunque su propia lealtad no estaba en cuestión, que la reina tenía razón en tener dudas. Había muchos en los Estados Libres que alegremente reemplazarían a un gobernante por otro si eso implicaba su supervivencia o algún beneficio. Incluso aunque significara servir a un amo extranjero.

Kaira vio desesperación en los ojos de Janessa. Era solo una niña y su valentía estaba flaqueando.

—Entonces debemos reforzar la confianza en nosotros mismos —dijo, mientras se agachaba a recoger la Helsbayn.

Cuando la cogió, sintió instantáneamente su peso muerto, muy superior al que debía tener un arma de acero sólido de ese tamaño. Era un misterio cómo había conseguido Janessa siquiera levantarla del pedestal. Mientras la probaba, empuñándola, le pareció incómoda, difícil de manejar y desequilibrada. No podía imaginar por qué un guerrero como el rey Cael había portado un arma de calidad tan inferior durante tanto tiempo. Era una de las Nueve Espadas, que se decían forjadas por el mismo Arlor, un herrero de armas sin igual, pero esa leyenda era difícil de creer. A pesar de su reputación, la Helsbayn no era más que un tosco pedazo de metal.

De todas maneras, se trataba de la espada ancestral de los Mastragall, fabricada casi mil quinientos años antes. Pertenece a Janessa por derecho de cuna y si ella iba a blandir un arma, entonces debía ser esa.

—Por favor, observad, majestad —dijo Kaira, levantando la Helsbayn y enseñándole la forma correcta de cogerla—. Hay que empuñar la espada con ambas manos; la mano derecha debe ser la más próxima al arriaz. Sostenedla cerca del cuerpo; incluso podéis descansar la hoja contra el hombro si pesa demasiado. —Y,

dado el volumen considerable de la espada, Kaira estaba segura de que seguramente sería demasiado pesada para Janessa—. Avanzad con el pie izquierdo; el pie derecho debe estar atrás. Encontraréis que así es más fácil mantener el equilibrio.

La reina la observó con atención, aunque era obvio que jamás había recibido ningún entrenamiento de combate.

—Intentadlo vos, majestad —dijo Kaira, y le pasó el arma.

Janessa la cogió y Kaira vio que parecía aguantar bien el peso. Cuando trató de imitar la postura de Kaira, casi dio la impresión de que la espada fuera más ligera en sus brazos. De todas maneras, su posición era torpe, su postura débil.

—Tal vez primero deberíamos probar con un arma de práctica, majestad —dijo Kaira.

—No —fue la respuesta—. Debo aprender y tú me enseñarás. Esta es la espada que debo empuñar; ¿qué mejor arma para aprender?

Kaira asintió al oír la orden.

—Muy bien, majestad.

—Mientras seas mi maestra no necesitas llamarme «majestad». Con Janessa basta.

—Como deseéis..., Janessa.

Se sintió extraña al decirlo, casi como si fuera una falta de respeto, pero si esa era la exigencia de la reina, entonces así la llamaría.

Desenvainó su propia espada y adoptó una posición defensiva. Puso el arma recta, con la hoja apuntando ligeramente hacia delante. Janessa intentó imitar la postura lo mejor que pudo y, para sorpresa de Kaira, la adoptó igual de bien que la mayoría de las Doncellas Escuderas novicias; incluso logró sostener esa pesada arma en el ángulo correcto.

—Está bien —dijo Kaira, ganando confianza con su estudiante—. Tal vez la próxima vez deberíamos intentarlo con ropas más adecuadas.

Janessa sonrió, mirándose el vestido, que la cubría desde los pies hasta el cuello.

—Sí. ¿Tal vez debería mandar a hacer una armadura?

—No nos adelantemos —respondió Kaira, sintiéndose cada vez más relajada con la muchacha.

—¿Debería moverla de un lado a otro? —preguntó Janessa, preparándose para levantar la espada por encima de la cabeza.

—Tal vez un poco —respondió Kaira, deseando más que nunca haber insistido con las armas de práctica—. Pero lentamente, y mantened el control de la hoja a cada instante.

Janessa levantó la espada y Kaira se estremeció, esperando que en cualquier momento se le escapara el arma y le abriera un tajo en la cabeza. Pero la reina levantó la hoja como se le había indicado, siguiéndola con los ojos.

—Seguid mirando hacia delante —le indicó Kaira, mientras la inundaban los recuerdos de las órdenes que había gritado en el campo de entrenamiento del Templo

de Otoño—. Siempre mirad a vuestro oponente, no vuestra arma. —Los ojos de Janessa se clavaron delante y su expresión dejó de ser vacilante para convertirse en severa—. Y no tengáis la lengua fuera.

La reina metió de golpe en la boca la punta de la lengua.

—Esto es más fácil de lo que creía —dijo con una sonrisa.

—Concentraos —le ordenó Kaira—. Ahora bajad la hoja, con firmeza, pero sin perder el control. ¡Más despacio!

Janessa bajó la hoja en un arco, manteniéndola bajo control. Una vez más, Kaira se sintió maravillada por su fuerza. Hasta la más experimentada de las Doncellas Escuderas habría tenido problemas para cargar el peso de la Helsbayn.

—Creo que ya está bien por ahora —dijo Kaira, y envainó su propia espada.

—Sí, gracias. Eso fue muy instructivo.

Kaira respondió con un gesto de asentimiento, luego se dio la vuelta para dejar la habitación. En ese momento se dio cuenta de que primero tendría que haber cogido la Helsbayn de manos de Janessa, pero era demasiado tarde.

Quizá fue la exuberancia de la juventud lo que hizo que la reina levantara la espada una vez más. Fue su inexperiencia y la excitación de las clases de lucha lo que le hizo intentar balancearla una última vez. Kaira lo había visto frecuentemente en el campo de entrenamiento, cuando los reclutas novatos se dejaban llevar por el entusiasmo. Por lo general aquello no terminaba bien.

Janessa levantó la hoja, más rápido que antes, y la bajó en un movimiento amplio que lanzó un zumbido cuando la hoja rúnica atravesó el aire.

A Kaira casi se le para el corazón.

La hoja partió la mitad del pedestal que antes la había soportado y las dos vieron cómo la esquina del bloque de piedra se derrumbó al suelo, y una parte se hizo trizas. Se quedaron un momento en silencio, ninguna de las dos entendiendo del todo lo que había ocurrido.

El pedestal era de granito macizo. Ninguna arma ordinaria podría haberla partido en dos con tanta facilidad, y esta estaba en manos de una novicia, apenas más que una niña.

Janessa miró a Kaira, sosteniendo aún la Helsbayn en sus pequeñas manos.

Luego se echaron a reír.

Kaira avanzó y con suavidad, le quitó el arma a Janessa. Seguía pareciéndole pesada y torpe, y le costó envainarla.

—Creo que deberíamos dejar esto aquí —dijo, y apoyó la espada sobre lo que quedaba del pedestal.

—Creo que tienes razón —respondió Janessa.

Las dos salieron de la cámara, sin dejar de sonreír. Merrick las miró con expresión interrogadora, pero ninguna de las dos estaba dispuesta a contarle lo que había ocurrido.

Ambos Centinelas escoltaron a su reina a sus aposentos, donde su institutriz

podría atenderla. Pasaron el resto del día cuidando de su señora, pero Kaira en ningún momento sintió que fuera apropiado contarle a Merrick lo sucedido. Parte de ella estaba agradecida de haber compartido un instante en privado con Janessa, de modo que por el momento se contentó con mantenerlo en secreto.

Más tarde, cuando Waldin y Statton los relevaron de sus puestos, los dos regresaron a las barracas. Merrick guardó silencio todo el tiempo. Por lo general, Kaira habría agradecido la paz y la tranquilidad, pero se dio cuenta de que él seguía preocupado, contemplando el campo de entrenamiento.

—¿Qué te ocurre? —le preguntó, encontrando su silencio casi tan intranquilizador como su constante cháchara—. Te has comportado de manera extraña todo el día.

Merrick se volvió hacia ella, con el enfado patente en el rostro.

—¿No lo has oído? ¿No tomaste nota cuando se anunció a la corte como un noble de las provincias? ¿Tannick Ryder? Ahora se hace llamar «lord mariscal». Qué apropiado.

Sin decir palabra, Kaira se maldijo a sí misma por su estupidez. ¿Cómo no se había percatado de la relación? Se había sentido tan conmocionada por la llegada repentina de sus nuevos aliados que ni siquiera se había fijado en que el lord mariscal de la Guardia del Guiverno portaba el mismo apellido que Merrick.

Él volvió a mirar hacia el patio, donde la Guardia del Guiverno había estado entrenándose hasta la puesta del sol, antes de desaparecer en las habitaciones que les habían reservado.

—Lo siento, no me di cuenta. —Kaira apenas podía recordar la conversación que habían tenido semanas antes, cuando Merrick le había contado cómo su padre lo había abandonado—. Nunca pensé que...

—No, bien, no podías, ¿verdad? Tenemos que proteger a la reina, y tú no puedes distraerte con ninguna otra cosa.

—Deja de actuar como un niño, Merrick. Ya no lo eres. Entiendo que debe de ser un golpe para ti, pero él está aquí ahora. Si tienes un asunto que resolver, ve y habla con él.

Una solución sencilla, pero desde luego él no estaba dispuesto a intentarla. Se limitó a negar con la cabeza y a lanzar un suspiro largo y petulante.

A Kaira le resultaba difícil entender cuál era su problema. Ella no había conocido jamás a sus propios padres, puesto que la habían llevado al Templo de Otoño cuando era muy pequeña. Si de pronto hubiese tenido la oportunidad de hablar con alguno de ellos, dudaba que eso fuera un problema. Pero además ella era de las que se enfrentaban a las dificultades directamente, a diferencia de Merrick, que aprovechaba cada oportunidad para evitarlas. Incluso cuando eso significaba huir de algo que tenía delante de la cara.

—No lo conoces —dijo Merrick con amargura—. No sabes cómo es. No me recibirá con los brazos abiertos. Nunca nos unió nada.

—Entonces, ¿por qué permites que su presencia te moleste? Si odias tanto a ese hombre, olvídate de que se encuentra aquí. Con toda probabilidad, él hará lo mismo.

Kaira se arrepintió de sus palabras inmediatamente. Era evidente que a Merrick todo aquello le resultaba difícil, por lo que su comentario había sido insensible, pero el tacto nunca había sido su punto fuerte.

—Sí, olvidarme de que se encuentra aquí. Qué buena idea. Tan buena como «¿Por qué no dejas de beber y te unes a una pandilla de caballeros célibes dedicados a proteger el palacio aun a costa de perder la vida?». Estoy seguro de que podré hacerlo. Olvidarme del padre al que no he visto durante dieciocho años. El que me abandonó a mí y a mi madre y nos dejó en la miseria.

—Entonces ve y confróntalo. —Kaira comenzaba a irritarse. Sabía que era cierto que Tannick había abandonado a Merrick y a su madre, pero según todos los rumores, les había dejado una fortuna generosa—. Vuestros senderos se van a cruzar tarde o temprano. No tiene sentido postergarlo.

Merrick la miró con dureza. Luego su expresión se ablandó.

—Tienes razón. Debería ir allí. Presentarme. Demostrarle que estoy siguiendo la tradición familiar. —Comenzó a alisarse el uniforme—. Demostrarle que no soy un completo fracaso.

Antes de que pudiera moverse se abrió la puerta de la sala. Garret entró a paso vivo, ominosamente iluminado por la temblorosa llama de una vela. Kaira se puso en posición de firme de inmediato, pero el capitán estaba interesado en Merrick.

—Quise venir antes, pero tenía que ocuparme de algunos asuntos —dijo.

—Estoy seguro —respondió Merrick, volviendo a mirar hacia el patio—. Estaba pensando en ocuparme de algunos asuntos yo mismo. Él debería saber que estoy aquí. Que aún sigo vivo.

Garret bajó la mirada y movió la boca como si tuviera algo que decir, pero no pudiera decidir cuál sería la manera correcta de expresarlo.

—Ya lo sabe —dijo por fin—. Ya sabe que estás aquí.

Hubo una pausa.

—¿Y? —preguntó Merrick.

—Y no quiere verte.

—¿Él no quiere verme? ¿Os burláis de mí? Fue él quien se marchó.

—Para él fue toda una novedad enterarse de lo que os ocurrió a ti y a tu madre. Y ahora tiene otras responsabilidades.

—¿Qué sabe él de responsabilidades?

Garret rechinó los dientes y se dirigió a Merrick en tono severo.

—Es un gran honor ser nombrado lord mariscal de la Guardia del Guiverno. Una responsabilidad que solo él podía asumir, que solo él puede cumplir. No le habrá resultado fácil.

—No fue fácil para mí. Vos lo sabéis. Es cierto que tomé algunas decisiones equivocadas, pero he dejado eso atrás. ¿Incluso aunque se encuentra aquí, aunque yo

soy escolta personal de la reina, sigue negándose a verme?

—Estoy seguro de que se siente orgulloso de ti a su manera. Es que ahora están pasando demasiadas cosas...

—Que se vaya a la mierda, entonces. Que juegue a ser un caballero noble. De todas maneras, siempre le interesaron más los soldados y los caballos que la familia.

Merrick se volvió hacia la ventana.

Garret intentó reanudar la conversación, pero lo pensó mejor y salió de la sala.

Kaira se acercó a Merrick pero no supo qué decirle.

—Qué imbécil —exclamó él.

Ella no podía estar en desacuerdo.

Pocas de las cosas que Waylian había experimentado podían ser mejores que un baño caliente. Pero de todos los baños calientes que había tomado en su vida, este era, de lejos, el más bienvenido. Era como si estuviera deshaciéndose de todas las últimas semanas de dolor y suplicio; el frío penetrante, la marcha interminable, la aborrecible compañía. Todo ese sufrimiento se disipaba como el vapor de la superficie del agua.

Waylian no tenía idea de quién era el inquilino de esa habitación, pero, a juzgar por los libros y la parafernalia que adornaban las estanterías, debía de ser un magistrado de alto rango. Era, por cierto, poco común que a un aprendiz como él se le otorgara el honor de un baño caliente, en lugar de dejarlo que se frotara con un trapo húmedo y enjabonado, y en los aposentos de un miembro importante de la Casta, nada menos. Pero también era cierto que Waylian había cumplido una misión muy infrecuente y peligrosa.

A su regreso junto con la Guardia del Guiverno, dos Caballeros Cuervo enviados específicamente lo habían acompañado hasta la Torre de los Magistrados. Waylian había esperado encontrarse allí con la magistrada Gelredida, pero no había señales de ella. En cambio, lo habían guiado a una habitación, le habían dado comida y vino —vino, *oh, cómo había disfrutado de ese vino*— y la habitación disponía de una bañera rápidamente rellena con agua humeante. Había incluso un jabón perfumado.

Mientras estaba allí en el agua, ya turbia por la mugre de su cuerpo, empezó a pensar en lo fácil que le sería acostumbrarse a algo así. Tal vez su peligrosa misión había valido la pena después de todo. Tal vez debería solicitar otras tareas similares, con recompensas incluso superiores.

Aunque, pensándolo bien, tal vez no.

El recuerdo de aquella helada cordillera le dio escalofríos. Tan solo pensar en su cercano encuentro con las mandíbulas de alguna bestia salvaje hacía que se le frunciera el culo de terror. Además resultó que su rescate tan oportuno no había significado el final de sus problemas.

El caballero que le había salvado la vida lo había llevado por la nieve hasta un lugar al que llamaban la Torre del Guiverno. Más tarde Waylian averiguó que el caballero se llamaba Cormach Hijoputa, y en el momento se preguntó por qué un caballero de una orden tan célebre y noble tendría un nombre tan ignominioso. No fue hasta que entraron a la torre que se enteró de que la Guardia del Guiverno no estaba formada precisamente por héroes legendarios, como todos suponían.

Sí que eran disciplinados. Entrenaban constantemente y se ponían a punto para una guerra en la que estaban ansiosos por participar. Pero también eran torvos y altivos, y miraban a Waylian con un desprecio apenas disimulado. No toleraban ninguna debilidad, ya fuera en ellos mismos o en otros, y no había mucha gente más

débil que Waylian Grimm.

Después de lo que pareció una eternidad enseñando a todo el mundo su lacrada misiva y pidiendo ver a quien estuviera a cargo, logró la atención del lord mariscal. Si Waylian esperaba que ese hombre le brindara una comprensión mayor que el resto de los caballeros, se llevó una amarga desilusión. El lord mariscal no demostró el más mínimo interés por Waylian, aunque leyó la carta atentamente. Cuando anunció a sus hombres que marcharían a la guerra, estos recibieron la noticia con entusiasmo, pero a Waylian le dio la impresión de que estaban más ansiosos por combatir que por salvar a los Estados Libres.

No recibió ni una palabra de agradecimiento por haber arriesgado la vida para traer el mensaje. Prácticamente se olvidaron de él mientras la Guardia del Guiverno se preparaba para el largo trayecto hacia el sur, y tuvo que mendigar bebida y comida, ya que nadie se la ofrecía. Y lo que recibió no era apto ni para un perro; en las montañas la comida era un bien muy escaso. Tan escaso que el lord mariscal había sentido la necesidad de sacrificar sus preciadas cabras para sumarlas a los víveres necesarios para el viaje a Steelhaven.

La Guardia del Guiverno continuó con los preparativos como si Waylian no estuviera presente. Con toda probabilidad lo habrían dejado atrás en la torre vacía, en medio de las montañas heladas, si no le hubiese insistido al lord mariscal para que lo llevara de regreso a la ciudad.

A regañadientes, le permitieron que los acompañara, aunque le dieron el caballo más sarnoso que tenían, una bestia irritable e impredecible que le lanzaba mordiscos cuando menos se lo esperaba. Tal vez era que no les caía bien a los animales en general. O tal vez tenía mala suerte.

En cualquier caso, el viaje de regreso a la ciudad había sido casi tan traumático como el trayecto hacia las montañas, pero Waylian había sobrevivido. Había aguantado y había pasado al otro lado y ahora estaba disfrutando de las abundantes recompensas.

La Guardia del Guiverno había llegado a la ciudad. Entonces los problemas de Steelhaven habían llegado a su fin, ¿verdad? Amon Tugha y sus hordas no tendrían la más mínima posibilidad, ¿cierto? Tal vez abortarían el ataque una vez que les llegara la noticia de que deberían enfrentarse a esos célebres guerreros de renombre.

Waylian supuso que estaba aferrándose desesperadamente a una expresión de deseos. En el fondo sabía que ese era solo el principio. Que este baño bien podría ser su último respiro, su último lujo, antes de que empezara la carnicería.

En ese caso, estaba decidido a aprovecharlo al máximo. Cerró los ojos y se hundió en el agua, dejando que le llegara hasta la nariz, relajándose en su calor.

Esto sí que era vida.

La puerta de la habitación se abrió.

La magistrada Gelredida entró y lo miró allí en la bañera. Waylian agradeció a los dioses que la suciedad de su cuerpo hubiera dejado el agua demasiado turbia como

para que ella pudiera ver sus genitales, aunque tampoco ella habría estado interesada en lo más mínimo en ellos.

—De modo que has sobrevivido —dijo ella. Él asintió con un gesto; su boca seguía bajo la superficie del agua—. No puedo ni empezar a decirte la enorme alegría que siento al saberlo.

En realidad, no parecía muy alegre, pero nunca lo parecía. Tampoco le importaba a Waylian. Ella lo había mandado a una misión peligrosa. Él había estado a punto de morir... en más de una ocasión. Varias veces la había maldecido, la había mandado al infierno, y peor.

—En cualquier caso, bien hecho, Waylian. Estoy orgullosa de ti.

Oh, bien, eso lo arregla todo. Eso compensa con creces el hecho de que casi me comen y haber tenido que soportar la compañía de feroces guerreros que me habrían dejado perecer si no les hubiera rogado ayuda.

—Gracias, magistrada —respondió, con los labios asomando apenas por encima de la superficie del agua.

—No te quedes ahí todo el día; te vas a arrugar. Además, todavía hay mucho que hacer y preciso tu ayuda.

—Sí, magistrada. Estaré con vos en un momento, magistrada.

Ella asintió con un gesto y lo dejó a solas en la bañera.

Él sintió deseos de no obedecerla, de hacerle un gesto desagradable cuando ella saliera, de decirle, aunque por lo bajo, que se fuera a la mierda, por todo lo que le había hecho pasar.

En cambio, salió del agua, sintiendo el frío de la habitación a pesar de la hoguera que ardía en un rincón. Se secó rápidamente y se puso la túnica limpia que le habían dejado junto a la bañera.

Eres un idiota, Waylian Grimm. Sales corriendo detrás de esa mujer como un perrito. Ansiando su aprobación. Lamiéndole las suelas hasta que te tire un hueso como premio.

Se contempló un momento al espejo. Había pasado mucho tiempo desde que había visto su imagen reflejada y parte de lo que vio le gustó bastante. Le había crecido el pelo —bueno, no había nada con qué cortarlo en su trayecto hacia el norte — y le agradó la forma en que le enmarcaba la cara. En su barbilla y por encima del labio superior había crecido una ligera pelusilla. Estaba más delgado y tenía la mandíbula más prominente. ¿Habría quien dijera que se estaba volviendo más apuesto?

Muy improbable.

No, a pesar de lo que había pasado, seguía siendo el mismo Waylian de siempre. Poca cosa se podía sacar de él. Tal vez por eso ella le había encomendado esa misión. Porque era prescindible. Porque si moría en las montañas nadie lo echaría de menos.

Él era insignificante. Estaba de sobra.

Sí, la magistrada decía que lo necesitaba a su lado, pero ¿a quién no le venía bien

un compañero fiel? ¿Qué bruja no tenía una persona de confianza?

Waylian negó con la cabeza mientras contemplaba su reflejo.

—Eres un desperdicio de espacio —se dijo a sí mismo, antes de salir de la habitación.

No tuvo que alejarse mucho para encontrar a su señora; lo estaba esperando al final del pasillo. Como un cachorrito necesitado, la siguió mientras ella subía por la Torre de los Magistrados. No fue hasta que llegaron al magnífico salón en la parte superior de la torre que Waylian se dio cuenta de que estaban a punto de tener otra audiencia en la Cámara del Crisol.

—No tengo dudas de que esto será otra pérdida de tiempo —dijo Gelredida mientras dos Caballeros Cuervo le aseguraban en torno a las muñecas los brazaletes que anularían sus poderes—. Pero debemos intentarlo.

Las grandes puertas se abrieron y Waylian entró tras ella. Era como si nada hubiera cambiado. Cada uno de los cinco púlpitos se cernían como lápidas antiguas y tras ellos aguardaban los cinco archimaestros.

Los ojos de Waylian pasaron de uno a otro: Hoylen Crabbe, de pelo oscuro y expresión severa; Crannock Marghil, con su anciano rostro y gafas delgadas; Drennan Folds, con sus hirsutos rasgos fijos en un permanente estado de ira y con sus ojos, uno azul y otro blanco, furiosos como siempre; Nero Laius tenía un aspecto amable, pero Waylian lo había visto personalmente demostrar sus poderes y sabía que no había que tomárselo a la ligera; y, en último lugar, el joven Lucen Kalvor, quien probablemente era el más peligroso de todos.

Cuando Gelredida se acercó y se colocó delante de ellos, Drennan Folds se inclinó hacia delante, moviendo la cabeza de un lado a otro y agitando los impresionantes pelos de su barbilla.

—¿Otra vez aquí? —refunfuñó, convirtiendo su expresión de furia en una falsa mueca de diversión—. ¿No os hemos dado nuestra respuesta, Gelredida? ¿O venís por otro asunto?

—No, Drennan —respondió ella—. He venido una vez más a pedir os que seáis sensatos. Amon Tugha no se detendrá hasta que Steelhaven quede convertido en cenizas. La Guardia del Guiverno ya ha venido de su emplazamiento en las montañas para defendernos. Con la ayuda de la Torre de los Magistrados no hay forma de que los elharim puedan penetrar las murallas de la ciudad. No hay nada que temer si os ponéis de lado de los defensores. Si no hacéis nada, sin duda todos vosotros moriréis.

—No podéis afirmar eso con tanta seguridad —intervino Crannock Marghil, mirándola con ojos legañosos desde detrás de sus lentes—. No hay forma de que sepáis con certeza cuál será el resultado si nosotros volvemos a reunir nuestros poderes en defensa de los Estados Libres.

Gelredida negó con la cabeza.

—Sé cuáles serían las consecuencias si os quedáis sentados sin hacer nada, Crannock. Significaría vuestra perdición, así como la de todo hombre, mujer y niño

dentro de las murallas de Steelhaven.

—Ya os hemos dado nuestra respuesta, Bruja Roja —replicó Hoylen Crabbe—. Somos neutrales en este asunto. —Bajó la mirada, como si sus palabras lo avergonzaran, pero manteniendo su perpetuo ceño fruncido—. Comprendemos lo que decís, pero hay demasiado en juego.

—¿Qué, Hoylen? —preguntó Gelredida—. ¿Qué podría haber en juego? ¿Qué podría importar más que salvar esta ciudad? ¿Que la seguridad de su reina, de su pueblo? ¿Qué es lo que todos vosotros teméis...? —Hizo una pausa, mirando uno a uno a todos ellos. Luego asintió con un gesto, como si se hubiera percatado de las razones de su cobardía—. Al parecer es cierto que él os ha intimidado a todos vosotros, a los grandes archimaestros, que un solo príncipe elharim ha paralizado de miedo al Crisol. ¡Sois los mayores hechiceros del mundo conocido! ¿Dónde está vuestro coraje?

El eco de su grito resonó desde lo alto de la cámara.

Ninguno de los archimaestros le respondió.

Gelredida avanzó un paso.

—Drennan —dijo, casi suplicando—, tú y yo nunca nos hemos llevado bien, pero ¿no puedes entender que debemos luchar? —Él no se atrevió a mirarla—. Hoylen. —Se acercó al severo archimaestro—. Me has ayudado antes, me has ayudado a salvar esta ciudad, esta tierra, de los aeslanti. Si aquello valió la pena, entonces debes ayudarme ahora. —Él se limitó a negar con la cabeza y ella pasó al siguiente—. Crannock, mira en tu interior. Sabes que no podemos confiar en los elharim. Sabes que tengo razón.

El anciano levantó una temblorosa mano y se apartó las gafas del rostro.

—Agradecemos todo lo que has hecho por esta ciudad, y no solo en los últimos tiempos —respondió—. Tu fuerza y tu sabiduría nos han sido inapreciables. Pero no podemos actuar.

Ella retrocedió un paso, apretando los puños dentro de sus guantes de terciopelo rojo, los mismos que había empezado a usar hacía varias semanas, antes de que Waylian partiera hacia las montañas Kriega.

—¡Cobardes! ¡Todos vosotros! Me pregunto si encontraréis el aliento para defenderos a vosotros mismos cuando el paria elharim venga a por vuestras cabezas, ya que él no tolerará a nadie que rivalice con su poder, prestad atención a lo que os digo. Él no aceptará que ninguno de vosotros siga con vida.

—¿Has terminado con tus catastróficas profecías, mujer? —le espetó Lucen Kalvor, evidentemente harto de las reprimendas de Gelredida.

—Aún no —respondió ella, y miró fijamente al joven archimaestro hasta que este ya no pudo sostenerle la mirada—. Me gustaría que pensarais un poco en esto. Pensad en cuál será vuestro destino si decidís no hacer nada. Luego votad.

—Pero ya te dimos nuestra respuesta —replicó Crannock.

—Creo que algunos de vosotros cambiaréis de idea cuando las hordas se acerquen

a las puertas. Y os ofrezco a cada uno de vosotros la oportunidad de recapacitar.

—Podemos votar aquí y ahora —intervino Hoylen Crabbe.

—No. Es mi derecho como miembro de la Casta exigir un voto en el momento en que yo lo decida. Y decido que sea de aquí a cinco días.

Se quedaron en silencio.

Waylian no estaba familiarizado con el protocolo, ya que aún no era miembro de la Casta, pero le parecía que Gelredida estaba en lo cierto. Los archimaestros se miraron entre sí antes de que Drennan respondiera:

—Muy bien. De aquí a cinco días. Pero has de saber que la decisión ya está tomada.

Gelredida le devolvió la mirada y sonrió.

—Tengo confianza en que terminará primando la sensatez en todos vosotros.

Con esas palabras se dio la vuelta para marcharse. Waylian se apresuró a seguirla.

Salieron de la Cámara del Crisol y Gelredida tomó el camino de regreso por la torre hasta su habitación, a lo alto de las serpenteantes escaleras. Waylian recordaba que cuando se había marchado, tantas semanas atrás, esos aposentos estaban immaculados, pero aquel lapso debía de haber sido problemático para Gelredida. El cuarto se había convertido en un desorden de pergaminos y libros. Plumaz, tinta y otros objetos estaban esparcidos por su gran escritorio, y cada estantería y cada superficie estaban abarrotadas de cosas diversas.

Gelredida se sentó en su silla y se estiró los dedos.

—Hay mucho que hacer, Waylian —dijo, evidentemente absorta en sus pensamientos.

—Entonces os dejaré en paz, magistrada —respondió él, disponiéndose a irse.

—No, Waylian. Quiero decir que nosotros tenemos mucho que hacer.

—¿Nosotros, magistrada?

Una sonrisa se arrastró por su boca. Si él no la conociera, habría jurado que había un deje de sadismo en esa sonrisa. ¿Acaso no le había hecho pasar por bastantes cosas ya?

Evidentemente no.

—He ganado un poco de tiempo. Nada más. Tal como están las cosas, los archimaestros jamás aceptarán usar sus poderes para la defensa de Steelhaven. Tienen miedo de lo que pueden perder. Hay que convencerlos de que hay otras cosas que temer además de ese caudillo.

—Pero ¿qué podrían temer? ¿Y qué tiene que ver eso con nosotros?

¿O, *más precisamente, conmigo?*

—Tenemos cinco días para fundamentar nuestra posición. Cinco días para persuadir a nuestros ilustres archimaestros de que tomen la decisión correcta. Por supuesto que no hace falta que sea unánime; si tres están a favor, los otros tendrán que obedecerlos; pero no nos descuidemos.

—No entiendo.

—No. —Ella se puso de pie—. Pero no tienes que entender. Confianza, Waylian. Eso es lo único que necesitas. Y hacer exactamente lo que yo te diga. Ven —dijo, haciéndolo salir de la habitación.

Waylian empezaba a pensar que ella no tardaría en ponerle un collar de perro. Uno bonito, con tachuelas. O tal vez con joyas, con piedras preciosas, para el animalito favorito de la magistrada.

Avanzaron a través de la Torre de los Magistrados, bajaron hacia la sala de recepción y luego pasaron a las entrañas de la inmensa edificación. Descendieron por escaleras serpenteantes, protegidas aquí y allá por Caballeros Cuervo. Los pasajes de la parte inferior se retorcían formando un laberinto y Waylian no tardó en sentirse irremisiblemente perdido.

Por fin, Gelredida abrió una chirriante puerta de madera y pasaron a una sala húmeda. Era helada y apenas estaba iluminada por velas altas y rojas. Cuando entraron, un anciano que estaba sentado en un rincón levantó de pronto la vista del polvoriento y viejo tomo que estaba leyendo.

—Estáis aquí —dijo, sorprendido. Gelredida no respondió; simplemente, se limitó a esperar que el hombre cerrara el libro—. Entonces me marcharé —continuó él, abatido. Pasó junto a Waylian y, enarcando las cejas, salió de la habitación.

Waylian podría haber sentido pena por aquel hombre, pero la Bruja Roja ya lo había tratado como si fuera una mierda tantas veces que sería esperar mucho de él que tuviera alguna clase de compasión cuando la víctima del maltrato era otro.

Cuando sus ojos se acostumbraron a la penumbra y vio lo que los aguardaba, encorvó los hombros. Otra vez no. ¿Acaso no había tenido suficiente? ¿Cuánta muerte se suponía que tenía que soportar una sola persona?

Gelredida se aproximó a la mesa que estaba en el centro de la cámara. Con un floreo, apartó una mugrienta sábana blanca para dejar al descubierto el cadáver desecado de un anciano; o lo que podría haber sido un anciano. Estaba demasiado deformado para decirlo con seguridad.

La magistrada miró a Waylian con una expresión expectante.

—Los instrumentos de disección están en aquella mesa. —Él miró hacia donde ella indicaba y vio una selección de cuchillos, serruchos y aparatos ortopédicos que brillaban a la luz de las velas—. Sé bueno, tráeme el cuchillo para filetear, y empecemos.

¡No! No. Me niego. He tenido bastante de esto y he tenido bastante de ti y de tus irracionales expectativas. ¡De ahora en adelante haz tú misma el trabajo sucio, vieja bruja!

—Sí, magistrada —respondió, y buscó el cuchillo más afilado de la fila de instrumentos.

Cada día el aire se volvía más frío. Cuanto más avanzaban por las tierras de las Tribus sin Zarpas, más hostiles parecían los elementos; el viento les aullaba en la cara como si les gritara que volvieran, que desistieran de esa locura. Regulus y sus guerreros habían cazado muchas presas —ciervos, lobos— y habían empezado a usar las pieles para protegerse del frío. Kazul, intimidado por el clima y sin ánimos de cazar, se había contentado con masacrar alguna bestia dócil cuya piel era blanca y rizada. Ni siquiera había intentado escapar cuando él le saltó encima. Sus gritos de agonía habían durado poco.

No habían encontrado a muchos habitantes en esas tierras. El paisaje estaba moteado de algunos pequeños asentamientos y a los guerreros les había sido difícil suprimir su impulso natural de lanzarse sobre esas chozas de madera y saquearlas, para robarles lo que pudieran tener. Pero esta no sería la guerra que librarían. Al menos por el momento.

—¿Cuánto falta? —preguntó Akkula cuando llegaron a la cumbre de una colina que daba a un amplio valle—. Este viento me enfría los huesos.

Regulus lo habría amonestado por su queja si no hubiera tenido tanto frío él también. La tierra parecía decidida a congelarlos allí mismo y solo conseguían avanzar valiéndose de un inmenso esfuerzo de voluntad.

—Pronto te calentarás, joven Akkula —respondió Leandran. Seguramente ese viejo guerrero sentía el frío más que los otros, pero era el que menos se quejaba—. Cuando ofrezcamos nuestras lanzas al Rey de Acero, él soltará a sus enemigos sobre nosotros con toda la furia del infierno. Entonces podrás calentarte en una charca llena de la sangre de nuestros adversarios.

Hagama y Azul asintieron con un gruñido, pero las palabras de Leandran no sirvieron para animar a Akkula, quien se arrebujó en su capa de piel y adoptó una expresión hosca.

—Allí —dijo Janto de pronto, poniéndose en cuclillas y extrayendo una de las hachas del cinto.

Regulus y el resto de los guerreros lo imitaron. Se mantuvieron agachados y escudriñaron el valle que tenían delante. A lo lejos apenas podían divisar una procesión de habitantes de las Tierras Frías avanzando en dirección oeste. Parecían una pandilla lamentable, llevando con esfuerzo su carga y arrastrando carros, con los más pequeños siguiéndoles los pasos mientras avanzaban a duras penas por el camino.

—¿Qué opinas? —dijo Leandran, mirándolos fijamente—. ¿Los evitamos?
Regulus negó con la cabeza.

—No. Los saludaremos. Tenemos que saber si vamos en la dirección correcta

para llegar a su capital y a su rey. No nos servirá de nada seguir dando vueltas por esta tierra congelada muchos días más.

—¿Y si no quieren hablar con nosotros? ¿Y si huyen?

—Hablarán conmigo —respondió Regulus—. Conozco el idioma. Iré solo.

—No —intervino Janto—. Iré contigo... por si acaso.

—¿Por si acaso qué? —Regulus señaló con un gesto la lastimosa hilera de siluetas—. Parece que fueran a desplomarse en cualquier momento. No corro ningún riesgo.

Regulus se dio cuenta de que Janto quería decir algo más, pero lo pensó mejor. Sí, Janto quería acompañarlo, quería cubrirle las espaldas, pero sencillamente para beneficio propio, para poder librarse de su obligación.

—El resto de vosotros escondeos. No queremos asustar a esta gente.

Sus guerreros entendieron. Regulus clavó la espada en el suelo y bajó hacia el valle, perdiendo de vista a los viajeros brevemente cuando estos pasaron detrás de un bosquecillo.

Cuando llegó al llano, se colocó a un costado del camino, cubriendo sus oscuros rasgos con la capucha. Mientras esperaba, pensó en la mejor manera de acercarse a estas personas sin alarmarlas. Después de todo, era un extranjero; su aspecto era extraño en esta tierra de seres pálidos y diminutos cuyos dientes y uñas solo servían para masticar pasto. Era comprensible que le temieran. Pero había venido a servir a su rey, a ofrecer su espada en su defensa. Eso seguramente lo entenderían.

Y si no, él se lo haría entender.

La procesión apareció por el sendero, a un costado de los árboles. Al frente había un hombre tirando de un pequeño carro. Parecía triste, y el niño que llevaba a su lado tenía un aspecto todavía más lamentable. Regulus dio un paso adelante e hizo la señal de la paz con las palmas extendidas.

El hombre gritó.

Retrocedió y casi se tropezó con su propio carro, mientras agarraba al niño que estaba a su lado; Regulus no estaba seguro de si era un niño o una niña. En general, los habitantes de las Tierras Frías le parecían todos iguales; en cualquier caso, la criatura también empezó a gritar. Al principio era un sonido irritante, luego alarmante a medida que se extendía por la lamentable hilera de viajeros. El pánico los inundó cuando lo vieron allí, bloqueándoles el paso. Regulus trató de calmarlos, pero sus palabras se perdieron en el griterío mientras los hombres salían corriendo y dando chillidos hacia los árboles o retrocedían por el camino.

Perseguirlos solo habría servido para turbarlos todavía más. Tal vez esto sería más difícil de lo que pensaba. Si la visión de un solo zatani bastaba para que una docena de ellos huyeran aterrorizados, ¿qué clase de terror causarían él y su comitiva cuando llegaran a la capital?

Cuando se disponía a desandar sus pasos hacia la colina, Regulus alcanzó a oír una voz tenue procedente del sendero. Avanzó lentamente entre la fila de carros y

paquetes abandonados, hasta que encontró a un anciano, arrodillado sobre la fría piedra. Tenía los ojos muy cerrados y murmuraba una apresurada oración a los dioses paganos del norte.

—No temas, anciano —dijo Regulus en la lengua de las Tierras Frías.

Trató de hacer que su voz fuera lo más suave posible, pero solo logró que el viejo recitara sus rezos mucho más rápido, como si la velocidad de sus palabras pudiera librarlo del desastre.

—No estoy aquí para haceros daño, anciano. No traigo armas.

El viejo abrió un ojo, mirándolo como si un arma fuera el último de sus temores, con el rostro surcado de lágrimas. Regulus trató de sonreír, pero eso hizo que los ojos del anciano se abrieran todavía más.

Con delicadeza, Regulus extendió la mano y lo ayudó a incorporarse.

—Quiero hablar con vosotros, anciano. Nada más.

Al hombre le temblaron las rodillas, pero le sostuvo la mirada.

—Soy viejo y no estoy de ánimo para juegos, señor de los demonios. Si vas a matarme, hazlo rápido.

Regulus estuvo a punto de echarse a reír. Si hubiera querido matar al viejo, desde luego que no habría jugado con él antes.

—No tienes nada que temer. He venido a vuestras tierras a ayudar. No a cazar.

El hombre frunció el ceño, confundido, arrugando la piel irregular de su rostro.

—¿No vas a comerme?

Regulus contempló la demacrada silueta, preguntándose si habría algo de carne en esos huesos.

—No, anciano. No voy a comerte.

Esas palabras parecieron calmar al viejo un poco. Se apoyó en uno de los carros. Regulus se preguntó durante un momento por qué esta gente arrastraba sus pertenencias en lugar de usar esclavos o bestias de carga, pero tenía preguntas más importantes que hacer.

—¿Este es el camino a la capital?

—Sí —respondió el hombre—. A unos cincuenta o sesenta kilómetros en esa dirección, hacia el este, está Steelhaven. De allí venimos. Pronto estará inundada de esos malditos khurtas y no queremos estar allí cuando suceda.

—Tu cacique, tu rey. ¿Sigues allí?

El anciano levantó la mirada con expresión de tristeza. Luego negó lentamente con la cabeza.

—El rey Cael murió hace dos meses. Desde antes que entrara el invierno. Lo asesinaron el temible Amon Tugha y sus secuaces khurtas.

Regulus sintió un vuelco en el corazón. Esa era una noticia verdaderamente grave. Había pensado en ofrecer su espada al Rey de Acero, el triunfador de la Puerta Bakhaus. Un hombre así habría agradecido el gesto, pero de pronto todo aquello se había esfumado en el viento.

—¿Quién ocupa su puesto ahora? —preguntó—. ¿Un hijo tomó su sitio?

El viejo negó con la cabeza.

—Tenía una hija. Ahora ella está en el trono.

—¿Una hija? —Regulus no podía creer lo que oía—. ¿Una mujer ocupa vuestro trono? ¿Lleva vuestra corona?

El viejo asintió.

—La reina, sí.

Eso era imposible. Regulus no podía arrodillarse ante una hembra, mucho menos ofrecerle su lealtad y su espada. Sus guerreros jamás lo seguirían, incluso aunque él mismo estuviera dispuesto a caer tan bajo.

—¿Te encuentras bien? —preguntó el hombre.

—Sí, anciano.

Pero sabía que no era cierto.

Todas sus esperanzas de pronto habían quedado convertidas en polvo. Todas las razones para su huida al norte, para venir a este sitio frío y frígido, se habían esfumado de golpe.

—¿P... puedo irme?

Regulus casi no oyó las palabras del viejo; se giró y subió por la colina hasta donde lo aguardaban sus guerreros.

—¿Y bien? —preguntó Leandran.

—Montad campamento —fue lo único que Regulus logró decir.

—¿Por qué aquí?

—Porque yo lo ordeno. Y preparad un fuego. Estoy harto de este frío.

—Nos verán desde kilómetros a la redonda —intervino Janto.

—¿Quiénes? —dijo Regulus, extendiendo los brazos y señalando los cuatro horizontes—. ¿Más campesinos? No van a presentar batalla; apenas pueden con sus miserias.

No hubo más discusión. Cuando cayó la noche encendieron un fuego con los leños que pudieron encontrar y se apiñaron a su alrededor, cubiertos con sus pieles.

La noticia de que el rey Cael había sido asesinado no fue bien recibida, especialmente cuando se enteraron de quién era su heredera.

—Debemos regresar —dijo Janto, casi con furia—. No podemos servir a una... caudilla.

—Las llaman «reinas» en las Tribus sin Zarpas —respondió Regulus—. Y seríamos guerreros luchando tanto por ella como por nuestro honor. No estaríamos sirviéndola.

—Aun así —dijo Leandran—. Hemos venido al norte para granjearnos una reputación temible y gloriosa. ¿Qué dirán nuestros enemigos de Equ' un cuando se enteren de que actuamos a instancias de una hembra?

Si Regulus esperaba apoyo de parte del más viejo y más sabio de su grupo, sufrió una amarga desilusión.

—Cuando sepan de nuestras victorias en la batalla o de las hazañas que habremos llevado a cabo, no importará en nombre de quién las hayamos realizado. Hemos venido a combatir para los habitantes de las Tierras Frías. Si este Amon Tugha es lo bastante poderoso como para derrotar al Rey de Acero, entonces aniquilarlo será una hazaña legendaria.

—Tengo una idea mejor —intervino Janto, contemplando las llamas de la hoguera, lo que daba un aspecto demoníaco a sus oscuros rasgos; solo se le veían los ojos azules y los colmillos—. Nos postramos ante el tal Amon Tugha. Combatimos para él contra los de las Tierras Frías y su reina. Sin duda eso nos traería el máximo honor, en lugar de inclinarnos ante una mujer que lleva la corona de su padre, ¿verdad?

—¡No! —vociferó Regulus, incorporándose—. He venido al norte en busca de gloria. A luchar para el hombre que nos liberó de la esclavitud, no a iniciar una guerra contra su descendiente. Combatir contra una mujer es el estilo de los kel'tana, de los vir'tana. No el mío. Ofreceré mi espada a la hija del Rey de Acero. Cada uno de vosotros deberá decidir si me sigue o no. No hay vergüenza en negarse. —Regulus los miró de uno en uno—. ¿Qué decís?

Hubo una pausa mientras reflexionaban.

—Supongo que, si ya hemos venido tan lejos —respondió Leandran—, no tiene sentido regresar. Un jefe es tan bueno como otro.

Akkula asintió tras él.

—Estoy contigo.

Hagama y Kazul apoyaron la moción con sus voces.

Regulus se volvió a Janto, quien seguía contemplando el fuego.

—Si deseas regresar al sur, te libero de tu deuda de vida —dijo.

Janto levantó la cabeza lentamente y lo miró fijamente desde donde estaba sentado; sus ojos azules resplandecieron a la luz de las llamas.

—Liberarme de mi deuda no depende de ti. Me liberaré cuando la deuda esté saldada. He de seguirte donde vayas.

Regulus asintió con un gesto. Ya sabía que sería así, pero le había parecido mejor proporcionar a Janto la ilusión de una alternativa.

—Entonces está resuelto. Iremos al este y ofreceremos nuestras lanzas a la reina de las Tierras Frías.

De repente, Janto se llevó las manos a las hachas. Regulus posó la suya sobre la empuñadura de su espada, creyendo que el guerrero había decidido repudiar su deuda y atacar después de todo. Luego le llegó un olor en la fría brisa nocturna. Era áspero, casi imperceptible, pero no pertenecía a un animal.

El resto de sus guerreros se pusieron de pie, mirando hacia fuera desde el círculo que habían formado junto al fuego y blandiendo sus armas. Entonces lentamente, casi de modo despreocupado, una silueta avanzó hacia la luz.

Era un hombre de las Tierras Frías. Tenía barba y el pelo negro le caía hasta las

pieles que llevaba sobre la espalda y los hombros. Tenía las manos a los lados, con las palmas extendidas y hacia fuera, haciendo la señal de paz de los zatani. No llevaba armas, sin embargo, no parecía temer a Regulus y a sus guerreros.

Janto amagó con salirle al encuentro, pero Regulus le puso una mano en el brazo, sintiendo cómo se tensaba ante el roce.

—Bajad las armas —ordenó—. Este hombre viene en son de paz.

El nativo avanzó hasta acercarse a menos de un metro de Regulus; luego se detuvo.

—No hablo bien vuestro idioma —dijo en un dificultoso equ'un.

—Entonces es una suerte que yo hable el vuestro —respondió Regulus en la lengua del lugar.

El hombre sonrió, aliviado de haber sido entendido en lugar de atacado.

—Ese es un talento poco común entre vuestra gente. Me llamo Tom. Algunos me llaman Pies Negros, Protector del Sur y servidor de los Estados Libres y de su gobernante.

—Yo soy Regulus, de los gor'tana.

—Estáis lejos de casa —dijo Pies Negros.

—Y tú eres un hombre valiente si vienes a nuestro campamento sin armas.

El hombre sonrió.

—Oh, sí tengo armas, por allí atrás. —Hizo un gesto hacia la oscuridad—. Pero pensé que no me servirían de mucho contra vosotros seis, así que me pareció mejor dejarlas allí y demostrar que no vengo con malas intenciones.

Regulus depositó su espada de acero negro a su lado y sus guerreros parecieron relajarse.

—Ven, Tom Pies Negros. Comparte nuestro fuego.

Con esas palabras, los guerreros se pusieron en cuclillas junto a la hoguera, frotándose los miembros para darles calor. El nativo se sentó a su lado y su figura quedó aún más empequeñecida al lado de los zatani.

—Dime —preguntó Regulus—. ¿Por qué un hombre del norte se presenta solo en un campamento de guerreros zatani?

Tom miró a las seis enormes siluetas.

—Soy un Protector de los Estados Libres. Mi trabajo consiste en asegurarme de que nadie cometa fechorías en nuestras tierras. Cuando me encuentro con doce campesinos aterrorizados corriendo por los bosques y hablando de demonios negros extranjeros, es mi obligación averiguar qué ocurre.

—¿Crees que hemos venido a «cometer fechorías», Tom Pies Negros?

Este negó con la cabeza.

—Vosotros, muchachos, estáis a muchos kilómetros de vuestra tierra. Os habéis internado kilómetros en tierras teutonas. Supongo que si fuerais a cometer fechorías ya lo habríais hecho, pero no han llegado noticias de ninguna matanza. Y eso me lleva a la pregunta: si no habéis venido a saquear, ¿qué estáis haciendo aquí?

Regulus sonrió.

—Somos marginados en busca de un nuevo señor. Ahora que vuestro rey ha muerto nos dirigiremos a vuestra ciudad principal y nos ofreceremos a vuestra reina.

Si Tom se sorprendió por una declaración de intenciones tan audaz, no lo demostró.

—En este momento Steelhaven aceptará a todos los mercenarios que pueda conseguir. Pero debéis tener cuidado si esa es vuestra intención. La ciudad ya es de por sí peligrosa, pero supongo que cuando vosotros aparezcáis allí se volverá un poquito más peligrosa. A los extranjeros se los trata con resquemor, en especial ahora. En ese lugar no se toman prisioneros, y hay un truco o una trampa en cada esquina para atrapar a los incautos. Tal vez descubráis que no os reciben como esperabais.

—Entonces enfrentaremos esa situación como guerreros, Tom Pies Negros. Y demostraremos lo fuertes que son los zatani en combate.

—Seguro que sí. Pero el problema no siempre se presenta por delante. Con frecuencia os será de más utilidad cubriros las espaldas.

—Un buen consejo y muy bienvenido. Espero que haya compatriotas tuyos en Steelhaven tan dispuestos como tú a tratarnos con esa gentileza.

—Yo también lo espero —respondió Tom guiñando el ojo. Se frotó las manos para darse calor—. Bien, te deseo buena suerte, Regulus de los Gor'tana.

Se puso de pie, y cuando Regulus hizo lo propio, el visitante quedó empequeñecido. Con un gesto de saludo al resto de los guerreros que permanecían sentados junto al fuego, Tom Pies Negros se esfumó en la noche.

—Entonces, ¿qué tenía que decirnos? —preguntó Leandran.

Regulus miró la oscuridad donde el hombre había desaparecido durante un momento antes de responder.

—Dijo que podíamos alcanzar la gloria en Steelhaven. Que seremos recibidos como hermanos y tratados como los nobles guerreros que somos. Que no nos demoremos, nuestro destino nos aguarda.

Con esas palabras, Regulus levantó su espada. Los guerreros entendieron que era una señal y todos se incorporaron, dispuestos a seguir avanzando en la noche.

En ese momento vio el fuego en los ojos de sus compañeros; una necesidad de luchar, de encontrar la gloria, de rodearse de victoria. Regulus se sintió orgulloso y dispuesto para la batalla.

Mientras el sol ascendía, avanzaron lo más rápido que pudieron hacia el este.

Era ridículo. Y peligroso.

Rag podría haber soportado el lado ridículo del asunto —había visto bastante de eso en sus tiempos—; era la parte peligrosa lo que no le atraía tanto.

En teoría parecía fácil: entrar en las barracas, encontrar a un tipo llamado Merrick Ryder y volver a Friedrik para recibir nuevas instrucciones. ¿Qué podría ser más sencillo?

Mientras contemplaba el palacio de Skyhelm, que se elevaba hacia las alturas como un castillo de cuento de hadas, Rag decidió que había muchas cosas que serían más sencillas.

En esta ocasión le había resultado bastante fácil entrar en el barrio de la Corona. La última vez había visto a Krupps sobornando a uno de los Casacas Verdes de la puerta para poder entrar. Pero ahora ni siquiera hubo que pagar ningún soborno. Ella formaba parte del Gremio, que era prácticamente dueño de los Casacas Verdes, y lo único que tuvo que hacer fue entrar andando como en pleno día. Los guardias de la entrada ni siquiera la miraron, sino que le abrieron la puerta y la dejaron pasar como si la esperaran. Tampoco se molestaron en revisar la bandeja de madera que llevaba, no apartaron la muselina que tenía encima para echar un vistazo a lo que contenía. Rag casi había soltado una carcajada: de pronto los Casacas Verdes la dejaban entrar en el barrio de la Corona como si fuera una dama distinguida dando un paseo.

Una vez dentro no le costó encontrar el palacio —era el más alto de todos los edificios—, pero cuando llegó a la muralla que lo rodeaba, empezó a tener dudas. Las barracas de los Centinelas de Skyhelm estaban a un lado del palacio, protegido por dos guardias ataviados de plateado, con sus rostros completamente ocultos tras los yelmos y con espadas de aspecto temible en las manos. No había manera de que aquello resultara fácil.

Pero tenía una tarea que cumplir y la cumpliría. Formaba parte del Gremio, lo que siempre había deseado. Había llegado el momento de probarle a Friedrik que no estaba allí solo como adorno, que no era solo una muñeca a la que vestir y con la que jugar.

Pensar en él la hizo detenerse. ¿Realmente quería complacerlo? En las últimas semanas se había dado cuenta de qué clase de cabrón desquiciado era. Lo cruel y malvado que podía llegar a ser sin motivo alguno. Si hubiera sabido en qué se estaba metiendo, ¿se habría esforzado tanto en incorporarse al Gremio?

¿A quién tratas de engañar? Por supuesto que lo habrías hecho. Siempre habías soñado con eso y es muchísimo mejor que robar monedas y dormir en el techo de una posada.

Solo recordar aquellos días de frío y hambre que habían quedado tan atrás hizo

que Rag sintiera una extraña nostalgia. Trató de apartar ese pensamiento de la cabeza, de decirse a sí misma que aquel ya no era su hogar, sin embargo, por algún motivo lo echaba de menos. Mayormente añoraba a sus amigos, incluso a Fender, aunque sabía que eso era estúpido. Ahora tenía comida todos los días y un techo sobre la cabeza, la cuidaban, pertenecía a una organización seria. Era su nueva familia, la familia del Gremio. Pero en realidad no era la clase de familia que había deseado. Al menos en aquel tejado, junto a Chirpy, Migs y Tidge, jamás había tenido que ver cómo le arrancaban las uñas a nadie.

¡Tonterías! Aquello era el pasado. Esto es el presente. Serénate, Rag, y haz lo que te dijeron, maldita sea.

Incluso a pesar de que se había visto obligada a presenciar algunas cosas horribles, eso era mejor que cumplir el papel de madre para una banda de ratas callejeras. Ahora la atendían. Le proporcionaban todo lo que siempre había deseado. Tenía quien le protegiera las espaldas. Había llegado el momento de ganárselo y lo único que tenía que hacer era entrar en esas barracas y encontrar a un tipo que se llamaba Ryder.

Cogió la bandeja con más fuerza y caminó hacia los guardias con valentía. Cuando estuvo cerca, dibujó una gran sonrisa en su cara. Rag sabía que no era la chica más bonita, pero muchas cosas se podían conseguir con una sonrisa. Te hacía parecer inofensiva y desarmaba a la gente. Si no representabas una amenaza, era probable que te trataran mucho mejor. Bueno, al menos ese era el plan.

No tardaría en averiguar si daba resultado.

Se detuvo delante de los dos guardias. Estaban parados como estatuas, aferrando las espadas contra el pecho, con las hojas apuntando hacia arriba. Durante unos momentos se quedó observándolos. Ninguno de los dos se movió.

Con un floreo, Rag apartó la muselina y dejó al descubierto la bandeja con cosas ricas. Llevaba un surtido de manjares: paté de anguilas del Storway, vieiras frescas cocinadas en sus conchas y cubiertas en hojaldre, rollos de pescado ahumado con huevo y migas de pan, empanadillas de carne con frutas secas. El cocinero de Friedrik se había pasado casi un día entero preparando toda esa comida. Era un miserable cabrón la mayoría del tiempo, pero Rag debía admitir que podía presentar algo decente cuando quería.

Dejó la bandeja quieta unos momentos, permitiendo que su aroma se esparciera. Uno de los guardias miró brevemente a su compañero. Luego el otro apoyó la espada contra la entrada de las barracas y se quitó el yelmo.

Si Rag esperaba que se abalanzara sobre la comida, estaba tristemente equivocada.

—¿De dónde has sacado todas estas cosas? —preguntó.

Ella no había supuesto que la interrogarían.

—Eh..., las prepara mi tío. Recibe pescado fresco todos los días.

—Hay escasez de comida en la ciudad, ¿y tú te paseas con una bandeja y regalas

comida gratis? ¿Y esperas que te creamos?

Esto no iba bien. Tal vez no lo habían planeado como se debía. Tal vez debería haberse presentado con vino.

—Salió directamente de las cocinas del palacio —respondió—. Son las sobras.

—¿Las cocinas del palacio? ¿Quién en las cocinas del pa...?

—Oh, tranquilízate, ¿sí? —dijo el segundo Centinela, mientras se quitaba el yelmo—. Esto huele maravillosamente.

Dejó la espada en el suelo y cogió una vieira. Rag apartó la bandeja de su mano.

—Solo una cada uno —dijo—. Las otras son para repartir en el resto de las barracas.

Le dejó coger lo que él quería. El segundo Centinela la miró con suspicacia, pero solo el tiempo suficiente para que ella le dedicara otra sonrisa antes de que él cediera a la tentación y cogiera una empanadilla. Mientras los dos comían, ella pasó al lado de ellos, con la bandeja en alto, como si fuera lo más normal del mundo.

Al otro lado de la entrada había un patio, y las barracas estaban alrededor. Había unos veinte tipos en el medio de la plaza, desnudos hasta la cintura, practicando con espadas. Rag los observó un rato, cautivada. Nunca antes había visto a soldados comportarse con tanto control; las espadas se movían todas al mismo tiempo, con estocadas calculadas a la perfección. Ella estaba más acostumbrada a las sucias riñas callejeras, donde mordían orejas y tiraban del pelo y te metían un dedo en el ojo. Cuando mejor había visto usar una espada, había sido años atrás, cerca de las Balsas, y aquello había ocurrido tan rápido que había terminado antes de empezar. Pero lo que veía en ese momento era como una danza, solo que con menos música y con más peligro.

—¿Qué demonios buscas? —dijo una voz a su izquierda. Ella giró de golpe la cabeza y vio a un tipo alto que la observaba. No estaba nada mal, al menos no lo habría estado si no frunciera el ceño. Estaba desnudo hasta la cintura como los demás, pero se había puesto sobre los hombros la piel de alguna bestia blanca y grande. Llevaba el pecho descubierto y visible, lleno de cicatrices y músculos, y a Rag le fue difícil apartar la mirada.

—Me han enviado con comida —dijo, levantando la bandeja.

Él siguió con los ojos clavados en los de ella, pero extendió la mano y cogió un poco de paté de anguila. Atrapada por esa mirada, ella estuvo a punto de soltar la bandeja y salir corriendo, pero sin decir palabra él se giró y se alejó.

Rag soltó un suspiro antes de avanzar por el perímetro del patio. Había más guerreros mirando desde los costados, de modo que avanzó hacia ellos.

—He traído algunas cosas ricas de la cocina —anunció, tratando de sonar segura de sí misma, como si no hubiera nada extraordinario en que una chica se pasease por las barracas con una bandeja de comida. El grupo de guerreros la miró, pero ninguno respondió. Uno se acercó y cogió una empanadilla, pero los otros ni siquiera se movieron.

Ahora que había llegado, Rag empezó a preguntarse cómo diablos encontraría al tal Ryder. ¿De qué manera se suponía que podría empezar la conversación?

—¡Oíd, amigos! ¿Alguno de vosotros conoce a Merrick Ryder?

—¿Por qué lo preguntas?

—Pues... porque alguien del Gremio se la tiene jurada y me han enviado para encontrarlo.

Sí, seguramente eso iba a atraer su atención, y probablemente un cuchillo afilado en las costillas.

Tenía que ocurrírsele algo, y pronto. Había pensado que esa era una de esas oportunidades en las que era bueno que no le hicieran caso, pero aquello no estaba dando resultado. Tal vez había llegado el momento de convertirse en el centro de atención.

Los soldados que estaban en medio del patio habían terminado de balancear las espadas y otro grupo de veinte se preparaba para ocupar sus posiciones. Rag caminó hacia el patio, justo delante de ellos y exhibió la bandeja para que todos la vieran.

—Bien, venga —dijo con una sonrisa—. Aprovechad mientras no se acaben. No tengo todo el día.

Algunos de los guerreros se miraron entre sí, confundidos. Otros intentaron no prestarle atención, pero Rag estaba decidida a no tolerar nada de eso.

—¿Qué os ocurre? No vais a decirme que no tenéis hambre, con todos esos juguetitos con las espadas. Debéis de estar famélicos.

Eso hizo sonreír a un par de ellos, y uno incluso se acercó, con la espada en la mano, y cogió una empanadilla de la bandeja.

—¿Está bueno? —preguntó en voz bien alta después de que el guerrero probó un bocado.

Él se limitó a asentir con un gesto, pues estaba demasiado ocupado masticando como para hablar.

Otro se acercó, y antes de poder coger algo de la bandeja, Rag lo miró de arriba abajo y lanzó un silbido.

—¡Oh! ¡Tú sí que eres un tipo guapo! —exclamó, tratando de sonar como una de las chicas callejeras de los muelles—. Sin duda podría prendarme de un hombretón fuerte como tú. ¿Cómo te llamas?

Para empezar no estaba mal. Friedrik le había dicho qué aspecto tenía Merrick — estatura normal, cabello castaño, apuesto— y este tipo parecía tener esas características. El problema era que lo mismo ocurría con la mitad de los otros muchachos.

—Me llamo Hennar —respondió el guerrero, cogiendo una pieza de pescado de la bandeja—. Y tú no pareces lo bastante mayor como para haber empezado a menstruar. Así que préndate todo lo que quieras, pero no estoy interesado, niña.

Se llevó el pescado a la boca y se alejó.

No salió cómo lo planeaste, ¿verdad?

—Eh, muchachos, esto está muy bueno —dijo el soldado que había cogido una empanadilla. A continuación, Rag se vio rodeada de sudorosos guerreros semidesnudos, todos extendiendo la mano para coger comida. Al cabo de unos instantes se quedó con la bandeja vacía en las manos.

Eso era todo; estaba en medio del patio. Mientras los soldados comenzaban a formarse para el entrenamiento, ella se apartó a un lado de la plaza. Nadie le prestaba atención; era como si hubiera vuelto a ser invisible.

Limitate a hacer lo que sabes, Rag. No llames la atención.

Depositó la bandeja en el suelo con delicadeza, apoyándola contra la pared, luego avanzó hacia la puerta más próxima del edificio de las barracas. No tenía idea de hacia dónde iba, o qué buscaba, pero tendría que haber alguna pista en alguna parte; tal vez oyera alguna conversación que le indicara la dirección correcta. Por lo que se decía, Merrick Ryder era un tremendo bocazas, así que seguramente no tardaría en enterarse de algo sobre él.

En el interior había una habitación larga y vacía con literas de madera que parecían incómodas. Cuando las vio, supuso que ella seguramente dormiría mejor en el tejado de la posada del Toro, pero por fortuna esos días habían quedado en el pasado.

Entró en la habitación y revisó las literas por si tenían algún nombre escrito. En las últimas semanas se había esforzado por aprender a leer, a insistencia de Friedrik. Ya había recibido un poco de educación mucho tiempo atrás, antes de que su madre la abandonara por un zalamero de Silverwall, y no le había resultado muy difícil retomarlo. Pero cuando miró a su alrededor, encontró que no había ni siquiera un par de iniciales escritas en ningún sitio.

Conforme avanzaba por el edificio, empezó a sentir el antiguo miedo. ¿Y si venía alguien? ¿Y si la atrapaban espionando en las barracas de los soldados? Seguramente tendría que responder a unas cuantas preguntas.

No seas blanda, Rag. Concéntrate en tu tarea. Lo que esta gente te podría hacer por fisgonear sería un poco más amable que lo que Bastian y Palien te harán si fastidias esta misión.

Apretó los puños. Había pasado por cosas peores. No había nada que hacer al respecto, así que lo mejor sería seguir adelante.

La puerta al final de la habitación daba a una pequeña sala con un escritorio y un pergamino y grandes libros de actas. Su corazón le latió un poco más rápido cuando se acercó y echó una fugaz mirada a la ventanita redonda que dejaba entrar la única luz. Nadie podía mirar hacia dentro, y de fuera llegaban los ruidos de los soldados con su práctica de esgrima, balanceando y gritando mientras seguían luchando con sus enemigos invisibles.

Volvió la atención al escritorio. Abrió el primer libraco, contempló la cuidada caligrafía y en silencio agradeció a Friedrik aquellos días largos y aburridos en que le enseñó lo que significaban las letras.

En el primer libro había una lista de provisiones que se remontaba a unos meses: comida y armas y cosas así. Rag pasó al siguiente; era una especie de diario. Revisó las anotaciones y descubrió que se trataba de una lista de entradas y salidas, lo que la hizo percatarse de que los muchachos que balanceaban sus espadas ahí fuera como si no hubiera un mañana eran, muy probablemente, la Guardia del Guiverno. Quien fuera el dueño de ese diario se sentía de lo más contento de que ellos hubieran llegado, y escribía lo agradecido que estaba por el hecho de que la ciudad estuviera prácticamente salvada. Quien fuera el dueño de ese diario también estaba particularmente feliz por el regreso de su viejo amigo Tannick...

¡Ryder!

Rag dejó escapar el aliento, pensando por un segundo que había hallado a su hombre, pero no era a Tannick a quien buscaba, sino a Merrick. Tal vez fueran parientes. ¿Hermanos quizá?

Pasó las páginas hacia atrás frenéticamente, para ver si había alguna otra mención a él, pero no había pasado más que un par de hojas cuando algo se movió detrás de ella.

Se detuvo, dejó el libro sobre la mesa y avanzó lentamente en dirección al ruido. Allí, de pie en el umbral, había una mujer. Era corpulenta, de por lo menos un metro ochenta, hombros tan anchos como los de un varón y una expresión en el rostro tan adusta como la de cualquier combatiente que hubiera visto antes.

—¿Buscas algo? —preguntó la mujer con una voz profunda y dura, como la de ninguna mujer que Rag hubiera conocido.

En realidad, sí. A un tipo que se llama Merrick Ryder. ¿Lo has visto?

—Me... he... perdido —contestó, y se dio cuenta de lo patética que debía de haber parecido.

—¿En serio? —Lo formuló como una pregunta, pero Rag se dio cuenta por la expresión de su rostro que ella ya sabía la respuesta.

Empezaba a ponerse nerviosa.

—Sí, ¿podrías indicarme la salida? Necesito marcharme. Mi tío me espera.

La mujer la miró fijamente como si estuviera detectando las mentiras y pudiera verlas tan evidentes como la nariz que Rag tenía en la cara.

Durante un tiempo se quedaron allí, mirándose. De pronto a la muchacha la traicionaron los nervios. Estaba atrapada, no había donde ir, ni tenía nada que decir que pudiera salvarla.

Una lágrima se formó en uno de sus ojos y rodó por su mejilla. Si lo hubiera planeado —si hubiera querido llorar, como una actuación—, jamás lo habría logrado, pero aquello era real. Estaba metida en la mierda y lo sabía.

—¿Por qué no me dices qué estás haciendo aquí realmente? —dijo la mujer, mirándola como si solo la verdad pudiera satisfacerla.

Rag se dio cuenta de que no tenía muchas opciones.

La chica le estaba mintiendo. Durante los muchos años que Kaira había dado clases a las acólitas en el Templo de Otoño se habían presentado ocasiones en las que las jóvenes que estaban a su cuidado habían intentado engañarla, inventarse excusas, fingir ingenuidad. Ahora percibió el engaño en los ojos de esta chica.

Era joven, vestía con sencillez, y parecía inofensiva cuando repartía comida en el patio. Pero Kaira la había visto entrar sigilosamente en la habitación de las barracas y la había seguido hasta el estudio del capitán Garret. Esta no era ninguna niñita perdida. Aquí ocurría algo y quería saber de qué se trataba.

—No tengo nada que decir —insistió la joven, mientras se secaba una lágrima.

¿Sería real o parte de una actuación? Kaira se inclinó por la segunda opción.

—Tal vez debería llamar a los Casacas Verdes para que ellos se ocupen de ti.

—No —replicó la intrusa sin pensárselo.

Era evidente que ya había tenido encontronazos con ellos.

—¿Por qué no?

—Porque... no hace falta. Debo irme, mi tío me espera.

Parecía desesperada, como un animal arrinconado. Sus ojos iban de derecha a izquierda, pero no tenía escapatoria.

—¿Quién es tu tío?

La muchacha hizo una pausa. Pensaba rápido, inventándose una historia. Kaira la dejó pensar un rato.

—Él... trabaja en el palacio.

—¿Ah, sí? ¿Dónde?

—En las cocinas.

—¿Cómo se llama?

—F... Henrik —contestó, retorciendo la boca por el error.

—F-Henrik —repitió Kaira, dándose cuenta de que estaba disfrutando demasiado con todo esto—. Bien, vamos. Lo buscaremos juntas.

—No.

La chica se quedó clavada en su sitio, mientras otra lágrima le surcaba el rostro. Por mucho que tratara de demostrar valentía, era evidente que sabía que el juego había terminado. Estaba asustada, expuesta. Kaira sintió una repentina punzada de culpa por disfrutar tanto viéndola retorcerse.

—Siéntate.

Le señaló una silla que estaba junto al escritorio de Garret.

La muchacha obedeció, observando a Kaira con preocupación, como si esta pudiera atacarla en cualquier momento. La guerrera permaneció de pie, reforzando la idea de quién estaba al mando.

—¿Cómo te llamas? —preguntó.

Otra pausa.

—Rag —respondió la muchacha.

—¿Rag?

—Sí, Rag. ¿También estoy mintiéndote?

La repentina furia de la chica le hizo adivinar a Kaira que decía la verdad.

—De acuerdo, Rag. Yo me llamo Kaira. Y sé que no te has perdido, así que bien podrías decirme qué haces aquí exactamente.

La muchacha levantó la mirada con expresión desafiante, enfadada porque Kaira hubiera dudado de ella cuando estaba diciéndole la verdad.

—No tengo que decirte una mierda —le espetó, abandonando toda pretensión de inocencia—. Ve a buscar a los jodidos Casacas Verdes. No me importa. Nada de lo que me hagan será peor que...

Rag la miró como si ya hubiera dicho demasiado, algo que no quería que Kaira supiera. ¿Acaso esta chica estaba metida en problemas? La antigua sacerdotisa tenía el instinto natural de proteger a los débiles, pero debía andarse con cuidado; la chica bien podía ser más fuerte de lo que dejaba traslucir. Si Rag realmente estaba metida en problemas, ella tenía la obligación de ayudarla, pero lo que menos quería era que la tomaran por idiota.

—¿Peor que qué? —inquirió delicadamente—. ¿Alguien te ha amenazado? ¿Estás en peligro?

Esas palabras dibujaron una sonrisa en el rostro de Rag.

—¿Qué te importa? No te conozco. Tú no me conoces. Dejémoslo así.

—Si alguien quiere hacerte daño, puedo protegerte.

Rag lanzó una risita.

—Señora, no puedes hacer nada, ¿entiendes? Nadie puede protegerme de ellos. ¿Y quién dice que me hace falta que me protejan, en cualquier caso?

Kaira contempló esos ojitos feroces. A pesar de sus protestas era obvio que Rag sí quería que alguien la protegiera. Tras esa cara valiente había tristeza e indefensión.

—Todos necesitamos que nos protejan, a nuestra manera, incluso aunque algunos no podamos admitirlo.

Rag se limitó a negar con la cabeza y a bajar la mirada hacia el regazo.

—¿Por qué no me dices a qué has venido? —le preguntó Kaira con delicadeza.

La chica movió la cabeza, pero las lágrimas empezaron a fluir. La audaz luchadora trató de sonreírle.

—Puedes confiar en mí —prosiguió—. Decirme la verdad. Te prometo que no te ocurrirá nada malo.

—¿Puedo confiar en ti? —replicó Rag—. ¿Y tú cómo sabes que puedes confiar en mí?

Buena pregunta.

—Digamos que en algunas ocasiones me gusta tener fe en la gente. Les permito

que tomen sus propias decisiones.

Su memoria saltó hacia aquel día, semanas antes, en que Merrick había cogido la espada y liberado un almacén lleno de esclavos. Lo había hecho porque la fe que Kaira había depositado en él lo había llevado a tomar la decisión correcta.

—¿Y qué resultados te ha dado eso hasta ahora? —le preguntó Rag.

Kaira se encogió de hombros.

—Digamos que he tenido resultados dispares.

La chica frunció el ceño, como si estuviera considerando si valía la pena confiar en Kaira. Por fin, tomó una decisión.

—He venido en busca de una persona. Eso es todo. Nada serio ni raro.

—¿A quién te mandaron buscar?

Rag hizo una pausa, como si quisiera reservarse ese último dato, como si entregarlo la dejara completamente vulnerable.

—Un tipo que se llama Merrick Ryder —respondió con un suspiro.

Kaira contuvo el aliento.

Solo podía haber una razón para que Rag estuviera allí buscando a Merrick. A esta chica la había mandado el Gremio, con toda probabilidad el mismo Palien, ansioso por vengarse. Pero Kaira debía asegurarse.

—Dime, Rag. ¿Quién te ha ordenado buscar a ese hombre?

—Solo... —No pudo contestar. Ya había dicho demasiado.

—Pensé que íbamos a tenernos confianza. Te prometí que no te ocurriría nada malo y mantendré esa promesa. A cambio, debes decirme quién te ha enviado.

—Era... Mira, nadie a quien tú conozcas. Nadie importante.

—¿Alguien te pide que entres en las barracas de los Centinelas y no se trata de una persona importante? A mí sí que me parece importante, Rag.

—Fue un hombre que conozco.

—¿Cómo se llama?

La muchacha se movió incómoda en el asiento, estaba a punto de hablar y luego lo pensó mejor, negó con la cabeza y suspiró.

—Se llama Friedrik.

Kaira se sintió decepcionada. Tenía la esperanza de que fuera Palien. Suponía que sería el Gremio, pero muy probablemente no era más que alguien a quien Merrick debía dinero.

—¿Qué quiere este Friedrik de Merrick Ryder?

Rag pareció más culpable que nunca.

—En realidad no lo sé. Pero Friedrik es uno de los tipos que dirige a los rateros y a los carteristas y a los hamponess, así que no debe de ser para nada bueno.

—¿Los rateros y los carteristas? —repitió Kaira.

—Sí —respondió Rag, como si Kaira fuera un poco lerda por no entenderla—. Ya sabes... el Gremio. —Susurró esas últimas palabras como si alguien pudiera estar escuchando.

Kaira se la quedó mirando fijamente.

El Gremio.

Debía de ser él. Ese era el hombre al que Kaira venía persiguiendo, el hombre al que desde el Templo de Otoño le habían mandado localizar y entregar a la justicia. Y su única conexión con él era una chica de la calle.

—¿Por qué me miras así? —le preguntó Rag.

Kaira se dio cuenta de que había tenido los ojos clavados en ella todo el tiempo.

—Por nada —respondió. Y era verdad. Su misión para el Templo de Otoño había quedado en el pasado; le había dado la espalda a todo aquello. Tenía una nueva vida y ya no estaba comprometida con las Doncellas Escuderas y la Madre Matrona.

Aun así, había una parte de Kaira que quería encontrar a ese hombre, llevarlo a las escaleras del templo, pateando y quejándose si era necesario. Gritarle a la Madre Matrona, decirle que había cumplido con éxito la tarea que se le había asignado y que lo había hecho a su manera.

Además, era obvio que ese hombre no buscaba a Merrick para nada bueno. Kaira no podía limitarse a hacerse a un lado y dejar que el Gremio lo encontrara. Aunque estaban a salvo dentro de los confines del palacio, no podían quedarse tras sus muros para siempre. Solo era cuestión de tiempo que el Gremio hiciera su jugada. Y si lo encontraban a él con toda probabilidad también la encontrarían a ella, y era dudoso que la saludaran con sonrisas y abrazos amistosos.

Kaira Stormfall no era de las que se quedaban esperando que les llegaran los problemas. Si había que combatir, lo haría a las mismas puertas del enemigo.

Y esta pilluela —Rag, la rata callejera— era la clave de todo aquello.

Miró a la chica, sin haber decidido aún si podía confiar en ella. Tal vez no tenía alternativa. ¿La torturaría para obligarla a darle la localización del líder del Gremio? ¿La entregaría a la Inquisición y dejaría que el senescal Rogan utilizara sus propios y singulares métodos? No era probable. Incluso si Kaira pudiera permitir que le ocurriera semejante cosa a una jovencita, no había garantías de que Rogan ya no estuviera a sueldo del Gremio.

—¿Sabes qué quiere hacer el Gremio con el tal Merrick Ryder? —preguntó.

Rag se encogió de hombros.

—No me lo dijeron.

—¿Qué crees tú que le harán?

Esta vez no se encogió de hombros. Rag tenía una muy buena idea de qué le harían.

—Nada bueno, supongo —respondió.

—¿Y eso no te preocupa?

Kaira se dio cuenta de que Rag estaba considerando la pregunta. Estaba claro que entendía las consecuencias de sus actos.

—Sí —respondió—. Claro que sí, maldición. Yo estoy... —Se contuvo.

—¿Tú qué, Rag?

La joven frunció el ceño y luego arrugó la cara.

—Estoy harta de ver lo que le hacen a la gente. Estoy harta de ver el sufrimiento que causan. Las cosas que obligan a otros a hacer... Solo quería unirme a ellos porque estaba cansada de vivir día tras día sin tener nada que comer ni un techo sobre la cabeza. Pero ellos... ellos... —Se miró las manos sobre el regazo, las apretó hasta que los nudillos le quedaron blancos—. Lo único que quería era tener un sitio al que pertenecer. Pero no es con ellos. No soy como ellos.

Kaira le cogió las manos.

—Puedo ayudarte —dijo con una sonrisa—. Puedo protegerte de ellos. Darte una nueva vida, si es lo que quieres. Pero primero debes ayudarme. ¿Crees que podrás?

Rag asintió con un gesto. ¿Cómo podía rechazar la perspectiva de una nueva vida, lejos de Friedrik y de sus crueles hábitos?

—¿Qué quieres que haga?

—Ese hombre, Friedrik. Quiero atraparlo. Y necesito que lo atraigas para que yo pueda llegar a él.

Rag comprendió.

—De acuerdo —dijo—. Pero ¿cómo voy a hacerlo?

—Él busca a Merrick. Si le dices que has logrado infiltrarte en las barracas de los Centinelas, te granjearás su confianza. Dile que puedes hacer salir a Merrick, pero que necesitas más tiempo. Convince a Friedrik de encontrarse contigo en un lugar determinado y a una hora en que Merrick esté fuera del palacio. En ese momento yo lo atacaré.

—Bien —replicó Rag—. Puedo hacerlo.

Se puso de pie y se secó los ojos. Kaira colocó las manos sobre los hombros de la joven.

—Puedo confiar en ti, ¿verdad, Rag?

Aunque el gesto de asentimiento de Rag parecía bastante sincero, Kaira esperó que Vorena estuviera observando y que los lamentos de la muchacha sobre el Gremio fueran genuinos.

—¿Cómo hago para que me crean? —preguntó Rag—. ¿Para que me crean lo suficiente como para hacer lo que yo les diga?

Kaira lo pensó un momento. Sin duda la chica podría persuadir a Friedrik y al Gremio de que la siguieran si llevaba algo que respaldara sus palabras.

—Ten esto —dijo Kaira, después de quitarse el medallón de los Centinelas que llevaba en el cuello—. Como muestra de confianza. También puede ayudarte a convencer al tal Friedrik de que has tenido éxito; de que has encontrado al hombre que busca. Dile que pertenece a Merrick Ryder.

Rag cogió el resplandeciente medallón de acero y le pasó el pulgar por su faz, como si la corona y las espadas que estaban grabadas en él pudieran borrarse.

—Gracias.

Se puso el medallón por el cuello y lo escondió debajo de la blusa. Lo aceptó sin

pensárselo y se lo guardó con demasiada destreza, y Kaira volvió a sentir algunas dudas fugaces. Pero, en realidad, ¿qué alternativa tenía?

Acompañó a la chica fuera de las barracas, a través del patio y hasta la calle que estaba al otro lado.

—Cuento contigo, Rag —dijo mientras estaban allí juntas, a la sombra de Skyhelm.

—Lo sé —respondió la muchacha, y se alejó a paso vivo.

Kaira la observó marcharse, esperando que su fe estuviera justificada. Solo el tiempo lo diría.

En cuanto a Merrick... ¿Tendría que enterarse de que el Gremio no lo había olvidado y que incluso planeaba asesinarlo? No. Ya tenía bastantes preocupaciones por el momento.

Kaira iba a solucionar esto por su cuenta.

Empezó a llover justo antes de que anocheciera. Kaira había ido a relevarlo de sus funciones en la habitación de la reina y lo único que Merrick quería hacer era solazarse en el lujo del sueño. Estos últimos días a la vera de la reina no le habían permitido ni a él ni a los otros tres Centinelas tomarse los descansos habituales. Apenas habían tenido tiempo de comer y cagar antes de tener que prestar servicio otra vez. De todas maneras no se habría quejado; este era su momento de brillar, de probarse a sí mismo.

¿Y eso es lo que quieres, Ryder? ¿Brillar? ¿Demostrar tu devoción a la Corona y enorgullecer a tu padre? ¿No te estás engañando? Nada ha cambiado, ¿verdad, Ryder? Sigues siendo el mismo cabrón inútil, solo que ahora tienes una resplandeciente armadura para pavonearte.

Cuando atravesó la entrada de las barracas, oyó los gritos de los hombres que se entrenaban en el patio. Hasta el momento había conseguido evitar a la Guardia del Guiverno, lo que ya le iba bien. Parecía que no hacían otra cosa que practicar, practicar y practicar. Se entrenaban hasta alcanzar el máximo desarrollo de su físico, refinaban sus habilidades con la espada o se molían a palos entre sí solo para divertirse. Merrick se había visto obligado a entrenarse cuando se había incorporado a los Centinelas, pero jamás se había visto sometido a nada semejante.

El patio estaba lleno de hombres con el torso desnudo. A la luz de los faroles, la lluvia brillaba en sus cuerpos, cubiertos de vapor, por el esfuerzo que hacían en el frío anochecer. Dos hombres con bastones recorrían de uno a otro lado una fila de guerreros que estaban haciendo flexiones de brazos. Todos las hacían al mismo tiempo. Si alguno perdía el ritmo, recibía un bastonazo.

A pesar del cansancio, Merrick sintió la tentación de quedarse a observarlos un rato, refugiado bajo el alero. Una parte de él envidiaba a esos hombres, con su fuerza y su dedicación. A pesar de que él mismo era un espadachín consumado que había soportado entrenamientos extenuantes, dudaba de que reaccionara bien si lo golpearan. Lo más probable era que les dijera dónde podían meterse sus jodidos bastones.

Ese siempre había sido su problema: era demasiado independiente, demasiado obcecado. Esa actitud no le había sido de gran ayuda en los últimos años, y que otros tomaran las decisiones en tu lugar debía de ser bueno. Pero había que jugar con las cartas que a uno le habían tocado. Era inútil quejarse por ello.

—Impresionantes, ¿verdad?

Merrick se dio la vuelta y se encontró con un hombre de cabello entrecano a su lado. Llevaba el pelo y la barba muy cortos y tenía la nariz partida. Por su edad y su aspecto, y por el hecho de que no estaba sudando como un cerdo igual que el resto de

la Guardia del Guiverno, supuso que sería uno de los tenientes del lord mariscal.

—Desde luego, son buenos con las flexiones de brazos —respondió—. Aunque te golpeen con un palo motivaría a la mayoría de los hombres.

—El lord mariscal Ryder cree en la obediencia en todo momento. El dolor es un buen recordatorio. La mayoría de esos muchachos llevan años entrenándose con él. Años largos y difíciles aprendiendo a usar la lanza y la espada. No encontrarás un grupo de hombres más disciplinados en ningún ejército del mundo.

Merrick sabía muy bien lo mucho que Tannick Ryder amaba la disciplina, aunque de niño siempre se había librado de recibir castigos físicos. Suponía que eso era algo que debía agradecer a su madre.

—Me llamo Jared —dijo el guerrero—. Soy el segundo del lord mariscal.

—Merrick —respondió, pensando que lo mejor era dejarlo así por el momento. No tenía sentido admitir que él también era un Ryder; no estaba de ánimo para soportar el inevitable interrogatorio que se produciría.

—¿Merrick? —repitió Jared—. Qué gracioso; el lord mariscal tenía una cabra llamada *Merrick*. Tuvimos que matarla para tener comida antes de dejar las montañas Kriega. Él quedó muy disgustado por ello.

¿Una cabra?

¿Una puta cabra?

—Algunas personas se encariñan con sus animalitos —respondió Merrick apretando los dientes. *Una pena que no sientan lo mismo por sus familias.*

Fuera, en el patio mojado por la lluvia, los guerreros de la Guardia del Guiverno habían pasado de las flexiones a las carreras. Cada uno llevaba a uno de sus camaradas sobre la espalda y corría los treinta metros de largo de la plaza antes de intercambiar sus posiciones.

—Habrà una lucha como la que nadie ha visto en siglos —dijo Jared— y debemos estar preparados. Ser fuertes. Veloces. Al menos más fuertes y más veloces que el enemigo.

—Veo que no queréis correr ningún riesgo en ese sentido.

Uno de los que llevaban los bastones estaba azotando a un par de corredores que se habían rezagado.

—Cierto. Para vencer a esos condenados khurtas, habrá que darles unas buenas palizas, pero estaremos preparados para dárselas. De todas maneras, es probable que pronto llegue el día en que debemos combatir hombro con hombro. Espero que tú también estés preparado.

—Más que nunca —dijo Merrick, aunque se preguntó si realmente lo estaba. Defender a la reina era una cosa; ocupar un puesto en las murallas de la ciudad y esperar que te ataque una horda de khurtas enfadados era otra, totalmente distinta—. Pero desde luego que me siento mucho más seguro sabiendo que vosotros estaréis a mi lado. —Le lanzó una sonrisa fingida a Jared, quien se ruborizó de orgullo.

—¡Ja! —respondió el guerrero, mientras palmeaba con fuerza el hombro de

Merrick—. Será un honor. La Guardia del Guiverno y los Centinelas, hombro con hombro una vez más. Contarán relatos de nosotros hasta mucho después de que hayamos muerto.

—Estoy seguro de ello.

Y espero que falten muchos, muchos años para eso.

Los guerreros del patio habían terminado con las carreras y estaban en posición de firmes. Uno de ellos se llevó un dedo a la nariz y lanzó un moco a la lluvia. Al hacerlo, uno de los que llevaban bastones le dio un golpe en la espalda. Sin rechistar, el guerrero se giró, le arrancó el bastón al otro y se lo partió en las rodillas.

Merrick lo reconoció por haberlo visto días antes en el salón del trono. Era el que llevaba en los hombros una piel blanca de animal y que se había encarado con el mariscal Farren de los Caballeros de la Sangre.

—Por todos los demonios —dijo Jared para sus adentros, al ver que la disputa podía intensificarse.

—Parece que algunos de tus hombres todavía no han captado muy bien el mensaje de disciplina —dijo Merrick, reprimiendo una sonrisa.

Jared dio un paso hacia delante cuando los dos miembros de la Guardia del Guiverno parecían a punto de emprenderla a golpes, pero antes de que pudiera intervenir se oyó una voz que gritaba desde las sombras en un extremo del patio.

—¡Hijoputa!

Los hombres se quedaron paralizados en su sitio, pero los dos guerreros seguían mirándose con furia.

Merrick vio aparecer a un hombre alto y barbado. Su adusto semblante era inconfundible a pesar de la escasa luz. Alto e imponente en su armadura, Tannick Ryder avanzó hacia donde se enfrentaban los dos hombres.

—Siempre eres tú, Hijoputa. Si no fueras tan condenadamente hábil con la espada, habría acabado contigo en la nieve hace años. —Hijoputa se puso en posición de firmes—. Puro músculo y nada de materia gris. Bueno, estás de suerte, porque eso es lo que necesitamos en este momento. Ponte en posición —ordenó Tannick—. El resto de vosotros observad, y hacedlo con atención. No toleraré ningún pero. Ninguna discusión. Ninguna desobediencia.

Hijoputa se ubicó en el centro del patio y se puso de rodillas. Merrick alcanzó a ver algo en su cara; algo en los ojos... ¿Podía ser que estuviera esperando con ganas lo que sucedería?

Merrick se inclinó para susurrar al oído de Jared:

—Qué nombre interesante, *Hijoputa*.

Jared hizo una mueca.

—Se llama Cormach. Hijoputa es un sobrenombre. Es el mejor espadachín que tenemos, pero él lo sabe bien. Esta no es la primera vez que recibe varapalos y dudo que sea la última.

Tannick le hizo una señal al otro hombre que tenía un bastón. Este se acercó;

parecía un poco nervioso.

—Nada personal —dijo, antes de levantar el bastón y propinarle un golpe, que produjo un sonido fuerte contra la espalda empapada de Cormach.

—Otra vez —dijo Tannick.

El hombre reanudó los varapalos. Merrick contó veinte golpes. Cada vez que Tannick Ryder repetía «otra vez», el bastón caía con fuerza y precisión.

Merrick quedó asombrado por la manera en que Cormach lo soportaba. A cada golpe, las comisuras de su boca se elevaban dibujando una sonrisa cada vez más grande.

—Basta —dijo Tannick por fin, y cogió el bastón—. Recordad esto: yo no me ando con tonterías. Todos vosotros estáis hechos de roca de montaña. Sois todos unos cabrones sin corazón; os alimentáis de sangre y acero. Nadie puede enfrentarse a vosotros porque yo os he hecho invencibles. Sois míos y de nadie más; sois tanto mis hijos como mis hermanos: la Guardia del Guiverno. Jamás lo olvidéis.

Tannick miró a Cormach Hijoputa, que seguía arrodillado bajo la lluvia; luego bajó el bastón dándole un último y fuerte golpe. El palo se partió en dos contra la espalda del hombre y un extremo salió volando en la noche. Cormach se desplomó hacia delante, pero luego se enderezó. Al hacerlo levantó la cabeza y miró a Merrick a los ojos, por un momento fugaz. Merrick no conocía de nada a aquel hombre, sin embargo, estaba seguro de que había percibido odio en esa mirada. No tenía la menor idea de qué demonios había hecho para ofenderlo.

—Id a dormir —gritó Tannick, mientras arrojaba los restos del bastón—. Debéis estar listos para el entrenamiento de mañana.

Los guerreros de la Guardia del Guiverno entraron obedientemente en las barracas. Uno de ellos trató de ayudar a Cormach a incorporarse, pero este le apartó la mano y, después de ponerse de pie con dificultad, siguió al resto.

—Hasta luego, amigo —dijo Jared, haciendo una rápida venia.

—Lo mismo digo —respondió Merrick con un gesto casual—. Si necesitáis palos más fuertes, puedo echar un vistazo en los almacenes.

Jared frunció el ceño al oír el chiste; luego siguió a sus hombres. Tannick Ryder, sin embargo, seguía en medio del patio.

Merrick lo observó desde debajo del alero, seguro de que estaba oculto, sin atreverse a moverse para no delatar su posición. Pero cuanto más tiempo pasaba, más intranquilo se sentía.

—¿Has disfrutado del espectáculo? —preguntó Tannick.

Merrick miró a la izquierda y a la derecha. No había nadie más en el patio, salvo él y su padre. *Evidentemente no estaba tan oculto como pensaba.*

Tannick se giró para mirarlo. La lluvia golpeaba contra la armadura que le cubría los hombros, y tenía el pelo y la barba empapados. Merrick, por una vez, se había quedado sin palabras.

—¿El gato te ha comido la lengua, muchacho? Esto es lo que querías, ¿verdad?

¿Un gran encuentro? Bueno, aquí estoy, así que dime lo que tienes que decir y los dos podemos dar el asunto por terminado.

Los recuerdos de la infancia se agolparon en su mente. Todos esos días de reprimendas y miradas de desprecio. De que nunca sería lo suficientemente bueno. De sentirse inútil. Una decepción.

Por fin tenía la oportunidad que había esperado tantos años, y ahora que estaba a su alcance, no tenía idea de qué hacer.

Casi involuntariamente, dio un paso adelante y salió a la luz; sintió que la lluvia le caía en la cabeza, le surcaba la cara y la nuca y le entraba por la armadura. De pronto fue como si la lluvia hubiera disipado toda la vacilación que sentía para hablar.

—Ha pasado mucho tiempo —dijo.

Una manera de empezar tan buena como cualquier otra.

—Sí, es cierto —respondió Tannick.

No había emoción en su voz, ninguna insinuación de arrepentimiento o de sentimiento paternal, pero ¿qué esperaba Merrick?

—Demasiado tiempo —aventuró. Tannick no respondió. Estaba claro que no compartía ese sentimiento—. Supuse que no querías verme.

—Es cierto. Pero ya que estás aquí, saquémonos esto de encima. Entonces, ¿qué tienes que decirme?

Era bueno ver que su padre conservaba su inimitable encanto.

Merrick tenía mucho que decir. Años de frustración contenida a punto de estallar, pero no podía encontrar las palabras adecuadas. Tenía que decir algo. Tenía que aprovechar el momento. No podía limitarse a quedarse allí empapándose.

—¿Cómo te ha ido?

Eso era un poco más patético de lo que quería.

—La pregunta es: ¿cómo te ha ido a ti? —Dijo Tannick—. Pero no tienes que contestarme; ya me han informado. Eres un borracho y un apostador y un putaño. Dejaste morir a tu madre mientras gastabas su fortuna y terminaste en la calle. ¿Es más o menos así?

¡Tú eres el que la dejó morir, cabrón de mierda! ¡Tú eres el que nos abandonó! ¡Tú eres el que escapó en la noche como un condenado ladrón!

—Ya no soy así —dijo Merrick. La voz que salió no era la suya. Era la voz de un niño. Un niño solitario, sin padre y con una madre enferma. Un niño que solo quería que lo amaran, lo aceptaran, lo tranquilizaran.

—¿No? ¿Ya no eres así? Supongo que llevas bien la armadura de un caballero. Es un paso en la dirección adecuada.

—Protejo a la reina.

—¿En serio? Te paras junto a ella cuando cumple sus obligaciones. Pero no has demostrado tu valía como guardia más que los tapices de las paredes de su palacio. Todavía está por verse si eres capaz de protegerla.

¡Rescaté a los esclavos de un almacén! Cientos de personas estarían en

cautiverio de no ser por mí. De acuerdo, yo los había metido allí, pero terminé salvándolos de un destino peor que la muerte y con especial riesgo para mi integridad física.

Pero eso jamás podría explicárselo al lord mariscal Tannick Ryder.

—¿Qué debo hacer para demostrarte que me he convertido en un hombre?

Tannick sopesó la pregunta.

—Habrá muchas oportunidades de demostrarlo cuando lleguen los khurtas. Tal vez incluso antes, si lo que me han dicho es correcto. La reina está en peligro constante. Dicen que han enviado a asesinos. Y creo que son pocos en su propia corte los que lamentarían su muerte. Tal vez ella tenga que confiar en ti para que la salves. ¿Estás preparado para eso, muchacho?

—Cumpliré con mi deber —respondió Merrick.

No era mentira. ¿*Verdad*? En cualquier caso, esperaba que su padre le creyera.

—Ya veremos —dijo Tannick—. Ya veremos. —Sin decir otra palabra se giró y entró en las barracas.

Merrick lo observó irse mientras la lluvia caía.

Rag tardó hasta el anochecer en decidirse. Se había sentado en el Sepulcro de las Coronas, mirando hacia el Paseo de los Reyes, durante varias horas, antes de que empezara a llover. Luego emprendió el largo camino de regreso mientras caía la oscuridad, sin dejar de pensar.

Aquella mujer, Kaira, era buena gente. Había parecido honesta desde el principio y Rag no había sentido ningún motivo para dudar de que estuviera diciéndole la verdad. Cuando dijo que la protegería, parecía hablar en serio.

El problema era que no había forma de mantenerse a salvo del Gremio. Ni siquiera los Centinelas podían proteger a Rag. El Gremio tenía ojos y oídos en todas partes. No había ningún lugar donde esconderse en el que no pudieran encontrarla. Y si pensaban que los había traicionado, eso significaría su fin... y no sería rápido.

Mientras regresaba a la taberna de Friedrik, empapada hasta los huesos, decidió que todos los deseos del mundo nunca cambiarían nada. Lo único que quería era una vida normal, pero eso no ocurriría jamás. Lo mejor era sacar el máximo provecho de esta.

Una vez dentro de la taberna, vio que Friedrik la esperaba junto a la chimenea. Estaban todos reunidos: Harkas, Shirl, Yarrick y Essen. Hasta Palien merodeaba junto al fuego. Estaba comiendo de un plato de metal y lo raspaba con su cuchillo con un ruido estridente y desagradable, haciéndole rechinar los dientes a Rag.

—¿Y bien? —preguntó Friedrik con entusiasmo cuando ella entró—. ¿Está allí? ¿Lo encontraste?

Ella asintió; una sonrisa grande y gruesa se dibujó en el rostro de él.

—¿Puedo secarme? —preguntó Rag, y él la miró todo contrito.

—Por supuesto. —Desvió la mirada hacia los muchachos que estaban parados allí sin hacer nada, y su expresión de júbilo se convirtió en irritación—. Shirl, cabrón inútil, consíguele una toalla.

Shirl se escabulló y Friedrik llevó a Rag más cerca del fuego. Parte de ella estaba agradecida por el calor. La otra parte en realidad no quería estar tan cerca de Palien y su cuchillo, pero suponía que se encontraba bastante a salvo con Friedrik a su lado.

—¿Lo has visto? —preguntó Friedrik cuando se sentaron—. ¿Has posado los ojos en él?

—Sí, desde luego —respondió—. Un tío apuesto, que nunca se calla.

Claro que esa era la descripción que le habían dado al encargarle la misión; no habría reconocido a Merrick aunque este se hubiera tropezado con ella en la calle, pero su respuesta consiguió que Friedrik sonriera y asintiera.

—¡Ese es el cabrón! Buena chica, Rag. Sabía que no me decepcionarías.

Y ella estaba bastante segura de lo que le habría ocurrido si lo hubiera hecho.

Shirl volvió con una toalla y Rag se secó el cabello. Cuando terminó, vio que Palien la miraba fijamente.

—¿Cómo sabemos que dice la verdad? —preguntó.

—¿A qué te refieres? —replicó Friedrik.

—¿Cómo sabemos que no está inventándose todo? ¿Que no se quedó allí sentada en el barrio de la Corona hartándose con la comida que preparó tu cocinero y que ahora no nos está engañando a todos?

Friedrik la miró con expresión de duda, pero no dijo nada.

Rag apartó la mirada y la posó sobre el fuego.

—Supongo que necesito probarlo, entonces —dijo, y dejó esas palabras en el aire. Con el rabillo del ojo alcanzó a ver la frustración de Palien, mientras esperaba que ella continuara.

—¿Y bien? —dijo él cuando no pudo aguantar más el silencio.

Rag se metió la mano en el interior de la blusa y sacó el medallón. Se lo quitó por encima de la cabeza y se lo pasó a Friedrik. Este lo examinó un momento, luego sonrió antes de entregárselo a Palien.

—Creo que le debes una disculpa a alguien —dijo.

—Ella es una jodida ladronzuela —respondió Palien—. Podría haber sacado esto de cualquier parte. No es ninguna prueba.

Rag estaba dispuesta a discutir, pero Friedrik agarró el medallón del puño de Palien y se lo devolvió a ella.

—¿Qué querías que hiciera, que te trajera la cabeza de Ryder en una pica? Esto sirve como prueba porque yo lo digo, mierda.

Palien no pareció muy satisfecho, pero sabía cuándo mantener la boca cerrada.

—Además no se lo he robado —intervino Rag—. Me lo ha dado él.

Eso hizo que ambos hombres la contemplaran. Ella dejó sus palabras en suspenso, disfrutando del momento.

—¿Que él qué? —preguntó Friedrik.

—Él me lo ha dado —repitió ella, estremeciéndose repentinamente—. Tuvimos una buena charla. Creo que le gusto.

Friedrik se volvió y gritó por encima del hombro:

—Traed más leña para este jodido fuego. —Luego volvió a mirar a Rag.

¿Qué se suponía que debía decir? ¿Qué podía engañar a Merrick? ¿Hacerlo salir a campo abierto?

¿Y luego qué?

Esa mujer, Kaira, haría su jugada, pero incluso si conseguía matar a Friedrik, el Gremio sabría que Rag los había traicionado. No había manera de poder estar a salvo jamás si seguía el plan de esa mujer, más allá de lo que le había prometido.

—No ha sido muy difícil —continuó, insegura de qué decir a continuación.

Antes de poder seguir, Shirl volvió con unos leños. Estaba a menos de tres metros del fuego cuando su pie se enganchó en la alfombra y cayó hacia delante, dejando

caer la pila de leños en el suelo, cerca de los pies de Friedrik.

—Torpe imbécil —dijo Palien, como si Shirl lo hubiera hecho a propósito.

Friedrik no dijo nada. Simplemente se inclinó y recogió uno de los leños. Al principio Rag pensó que iba a tirarlo al fuego, pero no lo hizo. Ese hombre pequeñito de pelo rizado y expresión amable se volvió hacia Shirl mientras este se incorporaba. Hizo caer el leño sobre su espalda con un ruido sordo. Shirl lanzó un chillido y volvió a caerse mientras Friedrik levantaba el tronco una vez más. Rag observó cómo lo golpeaba cruelmente una y otra vez. A cada golpe, el pobre desgraciado lanzaba un gemido de dolor. Era como ver matar a palos a un cochinito.

Rag empezó a sentir náuseas. ¿Cuánto tiempo podría presenciar esta clase de cosas? Alguien tenía que pararlo. Alguien tenía que poner fin a esto.

—Puedo hacerlo salir a campo abierto —dijo de repente.

Bueno, ahora sí que la he cagado.

Friedrik se detuvo, con el tronco levantado en la mano, mientras Shirl se encogía de miedo en el suelo, sollozando.

—¿Qué? —preguntó Friedrik.

—Puedo hacerlo salir del palacio. Incluso puede que lo haga salir del barrio de la Corona también.

Menos mal que no ibas a traicionar al Gremio. Al parecer esa mujer Kaira sí podía confiar en ella después de todo.

Friedrik sonrió, bajó el leño y lo dejó caer. Miró a Shirl como si fuera la primera vez que lo veía.

—¿Qué haces allí abajo? —preguntó—. Vete a algún sitio donde no pueda verte, y deja de hacer esos ruidos desagradables.

El hombre se incorporó con dificultad, aferrándose los lados del cuerpo, con la cara retorcida de dolor, aunque no se atrevió a decir ni una palabra de protesta.

Friedrik se volvió hacia Rag.

—Bien, ¿por qué no lo has dicho al principio? Entonces, ¿cómo lograrás hacerlo salir?

Ella sacudió la cabeza, mientras pensaba a toda velocidad. Friedrik había hablado mucho sobre el tal Merrick y ella trató desesperadamente de recordar algo que pudiera servirle. Era un borracho, un mujeriego, un... apostador.

—Le dije que mi tío tenía un antro de apuestas. Lo hice parecer como un lugar de aficionados, donde cualquiera con un poco de tino podía esquilmarlos fácilmente. Él se lo tragó, se moría de ganas por saber dónde estaba. Pero yo me hice la reservada; le dije que me darían de azotes si lo contaba. Supongo que con un par de visitas más conseguiré hacer que me siga hasta Northgate y vosotros podréis hacerlo prisionero. Por todos los diablos, supongo que podría hacer que me siguiera hasta Silverwall si él creyera que allí podría ganar dinero fácil.

Friedrik la miró, calibrando sus palabras. Si ella se equivocaba sobre Merrick o sobre lo que creía saber de él, esto podía salirle muy mal. Mucho peor que una paliza

con un leño.

—Sabes, Rag, cada día encuentro más cosas de ti que me gustan. —Friedrik sonrió y ella le devolvió la sonrisa—. ¿No te parece que tiene un potencial excelente, Palien?

Este hizo una pausa, con el cuchillo cerca de la boca y un pedazo de carne ensartado en la punta.

—Es una jodida maravilla —respondió, antes de tragarse el bocado.

—Me alegro de que lo pienses. Entonces no te importará darle algunas monedas, ¿verdad? Yo no llevo nada encima y es obvio que se merece una recompensa. ¿No crees?

Palien se detuvo a medio masticar y le lanzó a Rag una mirada de odio, pero la abandonó cuando Friedrik giró el rostro hacia él con expresión expectante. Dibujando una sonrisa en sus labios, Palien metió la mano en el monedero que llevaba a un lado y extrajo dos coronas de oro.

—No te lo gastes todo de una vez —dijo, mientras las lanzaba sobre la mesa al lado de Rag. Ella se las deslizó en la mano delicadamente, sin apartar la mirada de Palien, por si a él se le ocurría alguna idea con ese cuchillo que tenía.

—¿Qué hacen todos estos leños en el suelo? —dijo Friedrik, como si se hubiera olvidado de que había estado a punto de matar a golpes a Shirl.

Rag se estremeció. Shirl iba a recibir otra paliza si Friedrik volvía a estallar. Por fortuna, antes de que ello pudiera ocurrir, se abrió la puerta de la taberna.

Dos figuras entraron con dificultad, empapados por la lluvia. Arrastraban un cuerpo entre ellos, grande y pesado, con las manos atadas a la espalda y un saco en la cabeza. Harkas cerró la puerta de un golpe y se acercó para ayudar a trasladar el cuerpo.

—Ah —dijo Friedrik—. Ha llegado nuestro invitado. Aunque un poco tarde, me parece.

Ambos hombres cargaron el peso muerto como si estuvieran apenados. Rag podía entenderlo; ella tampoco habría querido dejar a Friedrik esperando.

—Lo íbamos a traer anoche —dijo uno de los hombres, que era desdentado—. Pero él seguía inconsciente y pesa un montón. A los dos nos habría sido difícil traerlo hasta aquí sin que nos vieran.

—No importa —respondió Friedrik—. Ya estáis aquí. Yarrick, abre el sótano, sé bueno.

Mientras Yarrick se escabullía, Rag volvió a maravillarse ante los repentinos cambios de ánimo de Friedrik. Siempre era así; un minuto estabas preguntándote si te iba a clavar un cuchillo en el ojo; al siguiente si te iba a estampar un beso en la mejilla.

Los hombres arrastraron el cuerpo siguiendo a Yarrick. La muchacha vio que quien fuera que estaba bajo el saco se movía, pero no demasiado rápido. Friedrik los siguió, echando una mirada a Rag por encima del hombro.

—Ven —dijo—. No querrás perderte esto.

Rag estaba bastante segura de que sí querría perderse eso. Ya había pasado una docena de veces por esa situación. Era como si Friedrik quisiera exhibirse delante de ella, impresionarla con su crueldad. Pero ella sabía que no le convenía negarse y lo siguió mientras arrastraban el cuerpo hasta el fondo de la taberna.

Una trampilla daba paso a una escalera que crujía que descendía en la oscuridad. Mientras Rag bajaba detrás de Friedrik, alguien encendió un farol que iluminó el sótano. Era enorme, por lo menos de más de treinta metros de largo. En el medio había un pozo de casi dos metros de profundidad y seis de ancho; un agujero sucio para trabajos sucios. Aunque aún no había presenciado lo que ocurría allí abajo cada tanto, sabía que era un asunto desagradable. Había peleas en ese pozo; eso era obvio, y Rag tenía la sospecha de que no todos los que entraban salían con vida.

Arrastraron el cuerpo hacia uno de los puntales de madera y le desataron las cuerdas que sujetaban sus muñecas. Luego el desdentado encadenó las manos de aquel hombre al puntal. Todos se quedaron atrás, mirando.

Durante un espantoso momento Rag se preguntó si se trataría de Merrick Ryder; si realmente habían logrado atraparlo. En pocos instantes Friedrik y Palien descubrirían que ella les había mentado todo el tiempo.

Cuando Friedrik levantó el saco de la cabeza, Rag no tuvo tiempo de aliviarse porque no fuera Merrick, ya que reconoció la cara que les lanzó una mirada de furia.

Miró a los hombres que lo rodeaban; tenía la cara destrozada, un ojo hinchado y semicerrado, los labios y la nariz bordados de sangre seca y endurecida. Rag lo reconoció a pesar del lamentable estado de su rostro. Le había dicho que se llamaba Lincon. Recordó lo amable que había sido con ella después de que Krupps casi la matara. La mantuvo a salvo, le dio agua para su boca reseca. Ella todavía se sentía culpable por haberle cortado la cabeza a algún cabrón y luego haber escapado de esos Casacas Verdes antes de tener la oportunidad de agradecerse.

Bueno, no había manera de agradecerse ahora.

—Nobul Jacks —dijo Friedrik, como si saludara a un viejo amigo—. Qué amable de tu parte unirtenos. Creo que ya sabes por qué estás aquí.

¿Nobul? Pero ¿no le había dicho que su nombre era Lincon? En cualquier caso, no tenía importancia... era él, sin duda. El padre de Markus.

Palien se inclinó hacia delante, aunque no se acercó demasiado, como si en cualquier momento Nobul pudiera destrozarlo con los dientes.

—Ya no te sientes tan astuto, ¿verdad, cabrón? —dijo, mirándolo con desdén.

Nobul le devolvió la mirada, con el odio ardiéndole en los ojos.

—¿Pensaste que podrías cargarte a dos de mis cobradores sin que hubiera repercusiones? —preguntó Friedrik—. ¿Que jamás te encontraríamos? Somos el Gremio, Nobul. Tenemos ojos en todas partes. El joven Anton es uno de los nuestros desde que era un niño. Llevaba semanas esperando la oportunidad para hacerte salir.

Rag se dio cuenta de que Nobul fruncía el entrecejo ante la mención de «Anton».

Suponía que, fuera quien fuera, estaría metido en la mierda si Nobul lograba salir de allí alguna vez, pero eso no parecía muy probable por el momento.

—Ahora bien, sé lo que estás pensando —continuó Friedrik—. Te torturaremos hasta que mueras, lanzaremos tu cuerpo al Storway y jamás se volverá a saber de ti. ¿Tengo razón? —Se llevó una mano a la oreja como si Nobul fuera a responderle—. Te equivocas. Tengo una idea mucho más entretenida. Un tipo fuerte como tú, de hombros musculosos, hábil en la lucha, si hemos de creer los rumores... ¿Por qué desaprovechar una oportunidad como esa?

Nobul tampoco le contestó y Palien le dio una fuerte patada en las piernas.

—Muéstrate agradecido, cabrón —dijo—. Yo te habría destripado y te habría arrojado a los jodidos peces.

—Ten cuidado —intervino Friedrik—. Al señor Jacks le esperan unos cuantos días difíciles. Los días que le quedan, quiero decir. No queremos que se lastime antes de que tenga la oportunidad de hacer lo que tiene que hacer.

Con esas palabras, le lanzó una sonrisa a Nobul, luego hizo una seña a los demás de que lo siguieran escaleras arriba.

Rag estaba a punto de hacer lo propio cuando los ojos de Nobul se encontraron con los suyos. Él la miró y ella no supo si la había reconocido o no. Le habría hablado, pero no se le ocurría qué podría decirle.

Hola. ¿Me recuerdas? Una vez me salvaste la vida. ¿Crees que podré devolvarte el favor?

Con un gesto casi imperceptible, Nobul negó con la cabeza. Ella retrocedió. Tal vez sí la había reconocido, después de todo.

—Vamos, Rag —dijo Friedrik desde lo alto de las escaleras—. No querrás quedarte abajo sola con ese animal peligroso, ¿verdad?

La chica se apresuró a subir las escaleras tras él.

Yarrick cerró la trampilla de golpe mientras Palien y Friedrik volvían a sentarse junto al fuego para discutir sus planes. Rag no quería escuchar, no quería tener nada que ver con esto. Ya se encontraba en una situación demasiado complicada. Nobul, o Lincon, o como fuera que se llamara, la había ayudado una vez, pero ¿qué demonios se suponía que ella debía hacer por él ahora? Estaba perdido, atrapado como un jodido pez. Si ella conseguía entrar allí abajo más tarde y soltarlo, no habría palabras ingeniosas ni mentiras que pudieran cubrir sus huellas. Ella estaba en deuda con él, pero no había absolutamente nada que pudiera hacer para ayudarlo.

Rag siguió a Yarrick a la cocina, donde oyó una respiración veloz y agitada en un rincón. Essen y Harkas estaban encima del gordo Shirl. No llevaba camisa y sus michelines de grasa abultaban sobre su peluda cintura. Los muchachos estaban mirándole la espalda y por la expresión del rostro de Essen lo que veían no era nada bueno. Ella se aproximó, sin dejar de mirarlos.

—Lo ha dejado hecho un desastre —dijo Essen—. ¿Qué hacemos con él?

Yarrick negó con la cabeza.

—Necesita un cirujano o un boticario.

—¿Quién tiene dinero para eso?

Shirl levantó la mirada; su rostro era una masa roja y sudorosa.

—Friedrik tiene de sobra.

—Como si fuera a pagar por ti —le espetó Yarrick—. ¿Por qué no vas y le preguntas, y compruebas si no acaba contigo con otro tronco?

—Me... duele —se quejó Shirl. Se lo veía bastante mal y era obvio que empeoraría si nadie lo ayudaba.

Rag rebuscó en su bolsillo y palpó las dos coronas que Friedrik había obligado a Palien a darle.

—Tened —dijo, sacando una de las monedas—. Esto alcanza, ¿verdad?

Yarrick, Shirl y Essen la miraron mientras ella extendía la moneda como si fuera un tesoro maravilloso. Incluso Harkas la observó con sospecha, como si hubiera algún truco.

—¿Qué quieres decir? —inquirió Essen.

—¿Qué piensas que quiero decir? Coged el puto dinero y haced que lo curen.

Yarrick y Essen se miraron entre sí; luego volvieron a mirar a Rag.

—¿Por qué? —preguntó Shirl entre dificultosos jadeos.

Ella los contempló como si tuvieran la cabeza llena de aserrín.

—Somos un equipo, ¿verdad? Todos tenemos que cuidarnos mutuamente.

Yarrick negó con la cabeza.

—Sí, pero tú eres...

—¿Qué? —dijo ella, molesta por que cuestionaran su generosidad—. ¿La amiguita de Friedrik? Vete a la mierda, Yarrick. Y coged el dinero.

Él no necesitó más argumentos. Se acercó y cogió la moneda de la mano extendida de ella.

Con cierta dificultad, Essen y Yarrick hicieron levantar a Shirl y avanzaron tambaleándose hacia la puerta. Mientras lo arrastraban hacia fuera, a ella le pareció oír que alguno de ellos murmuraba un agradecimiento.

Rag se sintió bien por todo eso durante lo que dura un latido, antes de darse cuenta de que Harkas la contemplaba fijamente, con los ojos clavados en ella desde su gran estatura, su enorme y dura cabeza, con los brazos cruzados sobre su amplio pecho. Ella le devolvió la mirada, preguntándose qué ocurriría dentro de ese cerebro, o de lo que tuviera en lugar de cerebro. Entonces le hizo un gesto con la cabeza como si fueran camaradas, como si formaran parte del mismo equipo.

Al menos, había que despejar la situación.

Y Harkas le devolvió el gesto.

Rag salió de la cocina. Debería haberse sentido bien consigo misma por haber hecho algo bueno por una vez. Pero en lo único que podía pensar era en el tipo encadenado en el sótano al que ella no podía ayudar, y al que ninguna cantidad de coronas alcanzaría para sacarlo de allí.

Dejó de llover un poco antes del amanecer y los jardines del palacio quedaron reverdecidos. A Janessa le encantaba el olor de los árboles y del césped después de la lluvia, aunque solo en los meses de verano. En el estío, cuando el calor del sol calentaba los jardines, la lluvia no hacía más que intensificar el dulce aroma de las flores y los capullos. Pero en este momento, cuando se acercaba el invierno, lo único que podía olerse era el barro. De todas maneras, permaneció en el jardín, con las pieles ceñidas en los hombros, y esperó.

Que Azai Dravos llegara tarde a su encuentro no la sorprendió. Él ya estaría planeando su jugada, moviendo las piezas. Los dos sabían que ella era la que se encontraba en la posición más vulnerable: después de todo, había perdido al rey. Por lo general, eso implicaba un final de juego, pero Janessa estaba decidida a probar que la reina podía ser tan poderosa como cualquiera de las otras fichas del tablero.

Merrick y Kaira se habían ubicado cerca, como siempre. Por primera vez, su presencia no la hacía sentirse segura. Esta era una batalla que ella debía librar sola. No habría espadas y escudos, aunque el destino de los Estados Libres bien podía depender de lo que ocurriera en los próximos momentos.

Janessa, lo que era extraño, sentía la abrumadora necesidad de un arma a su lado. Desde la primera vez que había levantado la Helsbayn había ido acostumbrándose a su peso. Si en alguna ocasión iba a serle necesaria, seguramente sería esta. Durante un momento fugaz se imaginó blandiéndola en combate, lanzándose sobre el enemigo, con la hoja en alto, arengando a las tropas que la acompañaban.

No seas ridícula. No estás entrenada. Como si unos combatientes estuvieran dispuestos a correr tras una niña que no ha demostrado su valor.

Sonriendo por su propia necedad, se acercó a una de las estatuas del jardín. La escultura representaba a un apuesto guerrero, de principesca belleza. A ella siempre le había gustado, incluso de pequeña, y con frecuencia se había preguntado a cuál de los monarcas de Steelhaven representaba, aunque nadie había sido capaz de decírselo. Ahora, mientras esperaba a la sombra de la estatua, se encontró deseando que él la protegiera mientras ella negociaba con el hombre que tal vez tuviera en las manos el destino de su ciudad.

Primero aparecieron los escoltas de Dravos, con sus túnicas rojas casi chillonas en contraste con los colores apagados de los árboles y arbustos sin hojas. Recorrieron los jardines con la mirada en busca de alguna posible amenaza, luego se colocaron de modo que, cuando Azai Dravos apareciera, pudiera caminar a salvo entre ellos.

El enviado siguió a sus escoltas con paso sereno. Llevaba un turbante negro en la cabeza y una toga negra que se arremolinaba a su alrededor cubriéndolo desde los hombros hasta los tobillos. Sonrió al acercarse, y su olivácea piel resplandeció

ligeramente a la luz del sol. El delineador oscuro de sus ojos acentuaba su penetrante color verde, dándole un aire felino.

Se detuvo ante ella, sonrió e hizo una reverencia, sin apartar sus ojos de la reina.

—Majestad —dijo—. Debo volver a agradeceros que me concedáis una audiencia... y en un entorno tan agradable. Los jardines de Skyhelm están a la altura de cualquiera que yo haya visto en todos los palacios del Este.

—Gracias —respondió ella—. Confío en que vuestra estancia hasta ahora haya sido satisfactoria. ¿Vos y vuestros compañeros habéis sido bien atendidos?

—Como reyes. —Él le sonrió y sus luminosos dientes contrastaron con su piel bronceada—. He asistido a festines en los palacios de sultanes y emperadores, pero jamás me habían tratado con tanta generosidad como en Skyhelm.

Ella sonrió con elegancia al oír sus cumplidos.

De acuerdo, prescindamos de las adulaciones y las cortesías.

—Azai Dravos, yo me expreso con sencillez, como lo hacía mi padre. Vos conocéis bien los peligros que amenazan a mi nación y la capital. También sabéis que preciso de una suma importante para defenderlas adecuadamente. La Liga de los Banqueros está en condiciones de proporcionarme esa suma. Entiendo que estáis autorizado para llevar a cabo las negociaciones sobre este asunto. ¿Es así?

Si Azai Dravos se sorprendió por su franqueza, no dejó que se notara.

—Yo hablo en nombre de la Compañía Comercial White Moon y también se me ha otorgado la autorización para representar a la Liga de los Banqueros en este asunto, majestad.

—Bien. Entonces hagamos negocios. —Tenía que averiguar qué quería él realmente. Pasar a la ofensiva; exponer sus demandas y esperar que él contraatacara—. Necesitaremos un millón de coronas, la mitad en monedas, la otra mitad en notas de crédito respaldadas por la Liga de los Banqueros.

Observó la reacción de Dravos, pero él no dejó traslucir nada. Ella ya había discutido con Odaka y el canciller Durket las necesidades del tesoro. Un millón de coronas servirían para defender la ciudad, siempre que se las entregaran sin pérdida de tiempo. Tenían muy poco tiempo. Si no podían conseguir dinero en metálico, las notas de crédito alcanzarían para asegurarse el apoyo de las Compañías Libres. Con suerte, y con el apoyo de esos mercenarios, podrían hacer retroceder a Amon Tugha y a sus khurtas.

Dravos sonrió con calidez.

—La Liga de los Banqueros está en condiciones de proveeros de la suma que requerís y dispuesta a hacerlo.

Janessa sintió una repentina oleada de alivio, pero se mantuvo en guardia. Para que él aceptara tan rápidamente, lo más probable era que hubiera alguna importante condición en sus términos.

—Esa es una muy buena noticia —dijo, dispuesta a aprovechar la ventaja—. La Corona puede ofrecer intereses de...

—No —interrumpió Dravos. La sonrisa había desaparecido de su rostro—. La Liga pondrá a vuestra disposición la totalidad del préstamo con la máxima celeridad. Exigiremos la devolución del total en cinco años, pero no se aplicará interés alguno.

Hizo una pausa. Janessa sabía que estaba esperando que ella le hiciera la pregunta de cuáles eran sus condiciones. Ella ya había dicho demasiado cuando había ofrecido pagar intereses inmediatamente. Mejor dejar que Dravos mostrara sus cartas. Que hiciera su jugada final.

El silencio continuó hasta que se hizo evidente que no sería ella quien lo rompiera. Él sonrió ante esa tenacidad.

—Mis socios requieren tierras en Ankavern —dijo por fin—. El principito Moaz Bakek de Jal Nassan desea instalarse en los Estados Libres y establecer una ruta de comercio a través del mar Midral, desde Fleetholme hasta las Tierras Orientales. También exigiremos el restablecimiento de la embajada de Mekkala dentro de los muros de Steelhaven, con toda la soberanía, los derechos religiosos y las inmunidades que ello implica. Asimismo, existen varias minas en la ciudad-Estado de Silverwall de las que requeriremos la propiedad; representantes de la Compañía Comercial White Moon ya han enviado exploradores para determinar su futura viabilidad y están más que satisfechos con los rendimientos potenciales.

Cuando terminó de hablar, la miró fijamente. Janessa le devolvió la mirada a esos profundos ojos verdes, tratando lo mejor que podía de no dar señal alguna de sus emociones.

Aunque Ankavern era parte de los Estados Libres, era una provincia autónoma y tenía la facultad de determinar sus propios tratos comerciales. Si ella trataba de imponer la venta de sus tierras, muy probablemente habría una revuelta. ¿Cómo podría reprimirla después de la costosa empresa de librar a su país de los khurtas? De la misma manera, el lord gobernador Tyran de Silverwall jamás entregaría ninguna de sus lucrativas empresas mineras. En cuanto a la embajada, Janessa no se hacía ilusiones de que no sería otra cosa que una tapadera para los planes que la Liga quería llevar a cabo en su capital. Una base desde la que pudieran tramar y hacer toda clase de maldades.

Era imposible para ella aceptar nada de eso, y Azai Dravos lo sabía. Entonces, ¿qué quería realmente?

Tal vez había llegado el momento de averiguarlo.

Janessa le sonrió, luego se apartó de debajo de la sombra de la estatua; hasta el momento, no le había traído nada de suerte.

—Cuando mi padre heredó el trono y se convirtió en señor de Skyhelm, hizo renovar estos jardines —dijo, señalando con un gesto los árboles ahora desnudos y las frías estatuas de piedra—. Aquí se sentía a gusto, y yo acostumbraba a jugar a sus pies mientras él consideraba las difíciles decisiones sobre temas de Estado que debía tomar. —Dravos hizo amago de querer hablar, pero Janessa continuó—. Mi padre tenía el lujo del tiempo. Yo no poseo ese lujo. El tiempo es el menor de mis recursos.

De modo que por qué no dejáis de desperdiciarlo y me decís qué queréis realmente.

Dravos hizo una reverencia; de nuevo, sin apartar ni un momento la mirada de ella.

—Mis disculpas, reina Janessa. Los antiguos hábitos son difíciles de dejar atrás y yo he realizado negociaciones en los implacables escenarios del Este durante muchos años. Sin embargo, habéis hablado con sinceridad, así que os devolveré la cortesía.

Entonces se acercó a ella, mucho más de lo que a Janessa le habría gustado. Podía oler el picante almizcle de su ropa, lo que estuvo a punto de marearla.

—Represento a Kalhim Han Rolyr Mehelli. Es dueño de la Compañía Comercial White Moon, entre otros intereses, y es uno de los cinco señores de la Liga de los Banqueros. A cambio del dinero que os salvarán a vos y a vuestra ciudad del caudillo elharim, él requiere nada menos que vuestra mano en matrimonio y todas las tierras y títulos que ello implica.

Azai Dravos había hecho, por fin, su jugada final. Era, por cierto, devastadora, pero Janessa aún no estaba dispuesta a admitir la derrota, en especial cuando había tanto en juego. En cambio, sonrió, con esa sonrisa jovial que tantas veces mostraban los aspirantes a cortesanos. Esperaba que fuera una sonrisa que no dejara traslucir nada.

—Estoy muy halagada por la proposición —dijo, esperando ganar el tiempo suficiente como para hacer una contraoferta, pero Azai Dravos no era de los hombres que se dejaban desviar.

Se acercó un paso; su irresistible sonrisa había desaparecido y el verde de sus ojos pareció adquirir un matiz más oscuro.

—Mi señor no aceptará una negativa —susurró—. No hay alternativa. Declarad vuestro compromiso, o vuestra ciudad y todas las almas que hay en ella arderán.

Janessa quiso retroceder, pero se encontró paralizada en el sitio, atrapada por esa mirada cada vez más oscura. Deseó rechazar sus términos en ese mismo momento, decirle que jamás consideraría entregar su mano a un hombre al que jamás había visto. Que ella era la reina de los Estados Libres y que gobernaría sola hasta el fin de sus días.

Pero no lo hizo. Algo en los ojos de Dravos la sujetaba con fuerza.

Mientras los miraba, empezó a pensar que tal vez no era una idea tan mala después de todo. Quizás el tal Kalhim fuera un buen partido. Después de todo, era un poderoso príncipe mercader, uno de los hombres más ricos en tres continentes. ¿Qué podría temer con un hombre así a su lado?

Mientras ella le miraba con fijeza, Azai Dravos extendió la mano repentinamente. Ella cobró conciencia de que su palma abierta avanzaba hacia su vientre. Hubo un gesto de sorpresa en el ceño de Dravos y las comisuras de su boca se elevaron ligeramente.

Algo se movió dentro de ella, agitándose como si de pronto fuera presa del terror. Ella quiso retroceder, protegerse el estómago, pero se sentía como si estuviera

atrapada en una red, incapaz de moverse, de defenderse a sí misma y a la vida que llevaba en su interior.

—Majestad, ¿os encontráis bien?

Janessa de pronto trastabilló hacia atrás, dándose cuenta de que había sido Kaira la que había hablado.

—Sí —respondió, sin dejar de mirar a Azai Dravos, quien ahora le sonreía como si no hubiera nada fuera de lugar.

Kaira cogió a la reina del brazo mientras esta trataba desesperadamente de recuperar la compostura.

—Mis disculpas, Azai Dravos —dijo—. Debo regresar a mis aposentos. Os aseguro que recibiréis mi respuesta muy pronto.

Él hizo una profunda reverencia y Kaira ayudó a Janessa a caminar por los jardines. El estómago estaba tenso y rígido y, por un momento, se sintió inundada de pánico por la salud del bebé.

Merrick y Kaira la acompañaron a su habitación y para cuando llegaron a la puerta sintió que se le había aclarado la cabeza.

—Traedme a Odaka —susurró mientras Kaira la ayudaba a subir a la cama. Merrick salió de prisa de la habitación para cumplir con la orden de la reina.

Janessa se puso una mano en el estómago. Se alivió al sentir que todo parecía haber vuelto a la normalidad, pero el recuerdo de las palabras de Azai Dravos —y sus extraños ojos— estaban en el centro de su mente: *No hay alternativa. Declarad vuestro compromiso, o vuestra ciudad y todas las almas que hay en ella arderán.*

—¿Mando llamar a un boticario, majestad? —preguntó Kaira.

Janessa negó con la cabeza, luego se obligó a incorporarse, aferrándose a uno de los postes de la cama para sostenerse.

La cabeza le daba vueltas. Se suponía que aquel debía haber sido su momento para brillar, para demostrar su temple, para presentar batalla por su ciudad y su país. Solo había logrado demostrar lo débil que era. Azai Dravos tenía todas las de ganar y ahora su única opción era casarse o no con un extranjero para salvar a su pueblo de las hordas khurtas.

Odaka abrió la puerta de la habitación. Cuando vio que Janessa estaba afligida, ordenó a Merrick y Kaira que se marcharan y les exigió que no le contaran a nadie lo que había ocurrido.

La reina percibió la preocupación en el rostro de su fiel consejero; él ya se había dado cuenta de que ella había fracasado miserablemente, de que había tratado de actuar como una verdadera monarca y que había demostrado no estar capacitada para hacerlo.

—No sé qué hacer —dijo ella, con una voz tan pequeña y vacilante como la que había tenido la primera vez que había cogido la corona de su padre y se había declarado Protectora de los Estados Libres—. Dravos exige mi matrimonio con su señor extranjero. Nos proporcionará lo que necesitemos para salvar la ciudad y los

Estados Libres a cambio de mi mano.

—Una situación complicada —respondió Odaka—. En especial ahora. —Eché una mirada al estómago de ella, quien entendió de inmediato lo que quería decir.

Ella se puso una mano en el vientre, en gesto de protección.

—¿Desde cuándo lo sabéis?

Él hizo una pausa, como si estuviera turbado.

—No mucho. Pero son pocas las cosas que ocurren entre estas paredes de las que yo no me entere.

Por supuesto que él lo sabría; pocas cosas se le escapaban a Odaka Du'ur. Por eso su padre le había confiado la administración de su reino.

Ella se sentó en la cama. A una parte de ella la aliviaba que él lo supiera; otra parte sentía vergüenza. Se sorprendió cuando Odaka se sentó a su lado y le cogió la mano con delicadeza.

—Hay que tomar decisiones importantes —dijo—. Os ayudaré como pueda, pero ya no soy regente y las decisiones definitivas son solo vuestras. ¿Seréis capaz de tomarlas?

Cuando Janessa lo miró, vio compasión en sus ojos. Lo habría abrazado, pero sabía que eso no sería apropiado. Aunque Odaka era un hombre en el que podía confiar, no era su padre. De hecho, él ya soportaba más responsabilidades en cuestiones de Estado de las que le correspondían. Ella no podía aumentar su carga.

—Soy capaz —respondió—. Azai Dravos dejó su exigencia bien clara: una unión matrimonial con su señor a cambio de las riquezas que necesitamos.

—¿Cuál ha sido vuestra respuesta?

Janessa volvió a pensar en los ojos de Dravos, en la sensación de su vientre cuando él se había acercado. ¿La repulsión que había sentido se debía a que estaba embarazada... o a alguna otra cosa?

—Le dije que necesitaba pensarlo.

—Es cierto —dijo Odaka—. Pero tal vez esto no sea un ofrecimiento tan ponzoñoso como parece. Una unión y consumación rápida explicaría el bebé que crece dentro de vos. Vuestro heredero seguirá siendo un noble de los Estados Libres y os sucederá en el trono. No importa quién sea el padre que se le asigne; ambos sabemos que será de linaje noble.

Janessa se dio cuenta del error de Odaka inmediatamente. Él suponía que la vida que crecía en su interior había sido puesta allí por Raelan Logar. En este momento no se sintió capaz de decepcionarlo con la verdad.

—Pero ¿qué será de mi pueblo? ¿Qué ocurrirá con su fidelidad si me caso con un extranjero que no tiene ningún derecho a reclamar la Corona de Acero?

—Si no selláis este pacto, es muy probable que no quede ninguna ciudad ni ningún Estado Libre. ¿Creéis que la gente no preferiría tener por rey a un extranjero por matrimonio en lugar de a un tirano elharim que los ha conquistado?

Janessa sabía la respuesta, pero aún no lograba admitirlo. Esto era lo que se había

esforzado por evitar desde el principio. Había rechazado a Raelan y a Leon por el amor de otro hombre; un plebeyo, un asesino. Ahora todo indicaba que debía contraer matrimonio con un extranjero adinerado a quien jamás había visto, exclusivamente por razones de Estado.

—Necesito pensarlo más —dijo.

Odaka se puso de pie.

—Entonces os sugiero que penséis rápido, mi señora. El niño que lleváis dentro crece cada día. Las hordas del norte se acercan cada vez más en este mismo momento. Aceptaré cualquier decisión que toméis, pero debéis tomarla. Y pronto.

Después de esas palabras la dejó a solas. Janessa miró donde él había estado y se llevó una mano al vientre distraídamente.

¿Podría salvar su ciudad sin la asistencia de la Liga de los Banqueros? Si rechazaba la oferta de Azai Dravos, todavía tendría que explicar el nacimiento de un hijo ilegítimo. ¿Debería elegir a Leon como marido en cambio? Estaba segura de que la madre de él saltaría de alegría y jamás cuestionaría la legitimidad del nieto.

Fuera cual fuera su decisión, debía tomarla pronto.

Amon Tugha se acercaba rápidamente y parecía que nada podría detenerlo.

Nobul no tenía idea de cuánto tiempo lo habían mantenido encerrado en la oscuridad. De todas maneras, no era la oscuridad lo que lo molestaba. Ni siquiera el hecho de que finalmente lo mataran, y sí que lo matarían, cualquier simplón podría darse cuenta de ello. Solo era cuestión de cuándo y cómo.

Lo que más le dolía era que no podía hacer una jodida cosa al respecto. Que iba a morir indefenso a manos de un carnicero como un cerdo.

No se había dado cuenta de todo lo que tenía por vivir hasta que lo atraparon. Durante demasiado tiempo había querido castigarse por lo que le había pasado a su hijo. Había querido meterse en la mierda para tratar de librarse de la culpa que le colgaba del cuello como un yunque. Pero ahora que estaba allí, que lo habían atrapado y que el castigo ya había empezado, sabía que no era eso lo que quería realmente.

Lo que en realidad quería era tomarse revancha. Lastimar a alguien. Causar dolor. Destruir.

Aquellos días de sangre y matanza en las levas, cuando había atravesado campos llenos de miembros descuartizados, ensordecido por el griterío... Allí sí que se había sentido verdaderamente vivo.

Nobul no quería que lo castigarán: quería vengarse.

Pero parecía que el destino le había quitado esa posibilidad, antes de refregársela por la cara. Ya no daba la impresión de que tendría alguna oportunidad para vengarse. De hecho, no parecía que fuera a tener muchas oportunidades de hacer nada.

Era una pena. Le habría encantado ponerle las manos encima a Anton. Ese miserable cabroncete se lo merecía. ¿Cuánto le habrían pagado? ¿Qué le habrían prometido para que fuera el espía de ellos dentro de los Casacas Verdes? Si alguna vez salía de allí, se encargaría de que Anton lamentara el día en que había oído hablar del Gremio. Pero las probabilidades de llegar a salir entero de ese sótano eran muy escasas.

Oyó una madera que crujía, un cerrojo que se abría y levantó las piernas instintivamente, tensó los hombros y trató de hacerse lo más pequeño posible. No sabía cuándo tiempo llevaba encadenado al poste, pero ya sentía las molestias y los dolores de esa posición. Sabía lo que sucedería y cuanto más pudiera tensar el cuerpo, formando un bulto, menos lo afectaría la paliza que le dieran.

Una luz atravesó el sótano y él entrecerró los ojos mientras oía que alguien bajaba por la crepitante escalera. Por fin logró distinguir un rostro que conocía.

—Levántate y empieza el jodido día —dijo la figura a través de la grieta donde deberían haber estado los dientes. Dejó en el suelo el farol y el cubo que había traído y luego le lanzó una cruel patada—. Te toca pronto. Ya no tendrás que seguir

esperando. Me han mandado a lavarte. —Antes de que pudiera reaccionar, Sin Dientes cogió el cubo y lo roció con agua helada.

Nobul apretó los dientes por la impresión y jadeó con fuerza mientras el corazón le golpeaba en el pecho. Sin Dientes se puso detrás y tiró de él hasta ponerlo de pie. Seguía con los brazos encadenados al poste, pero intentó valerse de ellos una vez más; un último tirón para ver si podía liberarse. Pero eso jamás sucedería.

—Listo —dijo Sin Dientes—. Ya estamos despiertos, ¿verdad?

Nobul no respondió; en cambio, se limitó a mirar con odio la fea cara de ese cabrón. Sin advertencia, Sin Dientes le dio un golpe en el estómago. No era ni el más fuerte ni el más preciso que había recibido —un buen puñetazo podía dejarte sin aire—, pero de todas maneras le dolió.

—Te acabo de hacer una pregunta, mierda —dijo Sin Dientes—. ¿Qué me dices?

Nobul sonrió, enseñando los dientes ensangrentados tras los labios partidos.

—Te mataré —respondió.

Sin Dientes se acercó a él, pero no demasiado. Nobul esperó otro puñetazo en el estómago, pero el otro le devolvió la sonrisa.

—Tú eres el muerto —dijo—. Eres duro, sí, lo admito. Debes de serlo si mataste a dos de los hombres de Friedrik. Eran buenos hombres, por lo que dicen todos. Dos de los mejores. Debes de tener pelotas para enfrentarte al Gremio de esa forma. O tal vez eres condenadamente estúpido.

Nobul lo miró fijamente.

—Han estado hablando de ti arriba —continuó Sin Dientes, como si aquella fuera una charla amable junto a la chimenea—. Se dice que tenías un hijo y que lo mataron. Dicen que fue un accidente, pero tú y yo sabemos que eso no es cierto. —Se acercó un poco más, casi lo bastante como para que Nobul extendiera la cabeza y tratara de morder a ese cabrón, pero estaba demasiado atento a las palabras como para intentarlo—. Esos Casacas Verdes que le dispararon estaban tratando de atrapar a un asesino. ¿Y quién crees que había mandado a ese asesino?

Nobul tenía una idea bastante aproximada de la respuesta. Había pensado mucho en ello. No había ningún crimen cometido dentro de las murallas de Steelhaven que no llevara la firma del Gremio. Eso no hacía más que confirmar la sospecha que tenía desde hacía bastante tiempo.

—Es cierto: fuimos nosotros. Su objetivo era un comerciante que se llamaba Constantin, que se había quedado con lo que no le pertenecía, con algo de Friedrik. Y si no fuera por él, tal vez tu hijo todavía estaría vivo. Es una mierda, sin duda. Estoy seguro de que Friedrik siente una gran culpa por eso. Estoy seguro de que quiere compensártelo. —Sin Dientes echó una mirada al pozo que estaba detrás de Nobul—. Supongo que por eso va a darte una oportunidad.

Denny había sido el que mató a Markus. Nobul lo sabía. Pero el muchacho lo había hecho por accidente, solo trataba de cumplir con su tarea. La verdadera razón por la que Markus había muerto era que Friedrik había ordenado un asesinato que

había salido mal. Y ahora Nobul moriría, ejecutado por el mismo hombre que había causado la muerte de su hijo.

Sin Dientes subió las escaleras riendo para sus adentros, y no pasó mucho hasta que otras figuras empezaron a bajar por la trampilla. Algunos traían antorchas, otros cargaban jarras de cerveza y botellas de vino. Había hombres y mujeres, riendo y bromeando, manoseándose, borrachos. En poco tiempo pareció como si medio Northgate estuviera allí.

El sótano no tardó en llenarse del ruido de las conversaciones y de una neblina provocada por el humo de las pipas, Nobul estaba justo al lado del pozo; no podía negarse que le habían aseado. No sabía si eso era intencionado o no, pero no lo tranquilizaba.

En poco tiempo se oyó una exclamación al otro extremo del sótano. Había un tipo gordo encaramado a un barril tratando de llamar la atención de todos los presentes.

—Damas y caballeros —gritó—. Sé que habéis venido por el acto principal, pero hemos preparado un pequeño precalentamiento para ponerlos en el ánimo propicio. — Se oyeron vivas en algunos sectores de la multitud—. Ahora, para vuestro deleite, tendremos una excelente exhibición de las artes pugilísticas. Nuestro primer aspirante ejerció su oficio durante cinco años en los sótanos de Coppergate antes de ascender. Es su tercera pelea en Steelhaven, y algunos de vosotros recordaréis cómo dejó a su último adversario. Es verdad, ya sabéis de quién se trata: ¡la escoria de los Pozos de Hierro, el demonio con puños de martillo, Gnasher Arys!

La multitud empezó a dar vivas y rechiflas mientras se abría un camino entre la gente. Nobul esperaba a un bruto de grandes músculos —puro nudillos y nariz rota—, pero no fue eso lo que apareció. Una mujer avanzó pavoneándose. Tenía hombros anchos y el pelo engrasado y atado hacia atrás en un moño. Cuando llegó a un lado del pozo, dirigió una mueca a los espectadores, exhibiendo una hilera de dientes amarillentos, de desagradables puntas afiladas.

—¿Quién podría ser lo bastante demente como para desafiarla en el *ring*? — continuó el gordo por encima de los abucheos—. ¿A qué clase de mujer le importaría tan poco su integridad física como para meterse en el pozo con una bestia como esta?

Hizo una pausa, esperando una respuesta. Alguien canturreó algo que Nobul no alcanzó a entender y en poco tiempo a esa persona se le unió otra voz. En poco tiempo, toda la multitud gritaba ese nombre —*Dama Dolor*— una y otra vez. Se abrió otro hueco entre la gente y la mujer que apareció no se parecía a ninguna dama que Nobul hubiera visto. Tenía hombros casi tan anchos como los suyos y un corsé de cuero que le ceñía el cuerpo hasta el busto. Llevaba el pelo muy corto, tenía la nariz aplastada, y una mandíbula prominente que daba la impresión de que no toleraba ninguna tontería.

—Sí, la conocéis —gritó el tipo—. ¡La princesa del pozo, la señora de la refriega, la baronesa de la riña! ¡Invicta en doce combates!

Las dos mujeres se ubicaron lado a lado en el pozo observándose mutuamente,

dejando que creciera la expectación entre el público. El hombre que estaba sobre el barril las miró con una sonrisa que se acrecentaba a medida que se recargaba la atmósfera de tensión en el sótano. Luego, sin que nadie dijera nada, las dos mujeres saltaron.

Nobul ya no pudo ver nada. Los juerguistas rodearon el pozo, mirando hacia abajo, con sus vivas y befas llenando el sótano de un estrépito ensordecedor. Cada tanto oía gruñidos y jadeos, mientras el par de mujeres luchaban. En ocasiones, los espectadores dejaban escapar un gemido o un rugido cuando una o la otra lanzaba un golpe violento o quizá le mordía algo a su rival. Había dinero circulando en el borde del pozo mientras varios cómplices levantaban apuestas sobre quién ganaría. Nobul solo alcanzaba a ver a los que gritaban y se preguntó si a él lo aclamarían o lo abuchearían o le escupirían cuando fuera su turno. Y sabía que llegaría tarde o temprano. La única pregunta era con qué clase de cabrón debería luchar.

Hubo un grito que duró un poco demasiado. La multitud quedó en silencio un momento antes de que todos los que rodeaban el pozo estallaran en una exclamación al mismo tiempo. Una vez que el ruido se apaciguó, algunos empezaron a reír, mientras otros apartaban la mirada con una mueca. Nobul notó que muchos tenían manchas de una sangre que no era la suya.

El hombre volvió a ocupar su sitio en el barril.

—Damas y caballeros —gritó mientras una de las mujeres salía del pozo arrastrándose con dificultad—. La ganadora de esta noche es Gnasher Arys.

Los espectadores empezaron a aplaudir mientras la mujer se incorporaba, con sangre chorreándole de la boca. Nobul dudó de que fuera suya. Tenía el ojo derecho semicerrado y estaba aferrándose una costilla, pero de todas maneras sonreía triunfalmente.

—Un aplauso para la galante perdedora —gritó el tipo gordo mientras sacaban a rastras del pozo a la Dama Dolor, sin ceremonia alguna. Nadie pareció molestarse en aplaudir. Daba la impresión de que sus días de lucha habían terminado.

Nobul tampoco se molestó por eso. Tenía sus propios problemas en los que pensar. Por fortuna no tendría que preocuparse por ellos demasiado tiempo.

Casi inmediatamente después de que sacaran a la mujer y de que la gente retomara sus charlas, el animador se subió al barril una vez más. Dio unas palmadas para atraer la atención de la multitud y hacerla guardar silencio.

—Bien, damas y caballeros, este es el momento que todos vosotros esperabais: el acto principal. Una oportunidad única de presenciar lo que no se había visto dentro de las murallas de esta ciudad desde hacía cien años.

Señaló a Nobul y todos los ojos se giraron en su dirección.

—Una sentencia de muerte que será llevada a cabo ante vuestros ojos —prosiguió el anunciador.

Una de las damas aplaudió de júbilo cuando alguien comenzó a mover las cadenas que sujetaban a Nobul al poste. Cualquier idea que pudiera haber tenido de

intentar algo quedó disipada cuando sintió la afilada punta de un cuchillo en la garganta. Cuando levantó la mirada vio que el que lo llevaba era el tipo de rizos, Friedrik.

—Vas a ofrecernos un buen espectáculo, ¿verdad, Nobul? —preguntó, mientras dos feos cabrones lo desencadenaban del poste para inmediatamente sujetarle las manos en la espalda—. Hay mucho en juego. Y tengo una reputación que cuidar.

Nobul no respondió mientras los dos matones lo empujaban hasta el borde del pozo. Solo podía pensar en lo bueno que sería rodear con las manos la garganta de Friedrik en ese mismo momento. Pero lo olvidó cuando miró en el interior del gran agujero.

—Entonces, sin más dilaciones —propuso el anunciador—, pasemos a la pelea de perros.

Nobul no tuvo tiempo de preguntarse qué había querido decir con «pelea de perros» antes de que lo tiraran al pozo. Tampoco tuvo tiempo de planear un aterrizaje elegante antes de caer despatarrado en la tierra y de que su hombro crujiera de una manera desagradable.

Se incorporó, sintiendo la primera punzada de dolor y dejando que le alimentara un poco la furia. Los espectadores rodearon el borde del pozo lanzándole rechiflas. Alguien le escupió y erró el tiro, pero no le molestó demasiado. Estaba más preocupado por la rejilla de hierro que estaba en la pared. Detrás alcanzaba a ver algo que se retorció y gruñía, escupiendo su ira desde los barrotes.

—Recordad —gritó una voz. Nobul levantó la mirada y vio a Friedrik que lo contemplaba con una sonrisa, agitando el cuchillo como si dirigiera una orquesta—. No es la fuerza del perro lo que importa en la pelea... Es la fuerza de la pelea lo que le importa al perro.

Nobul sintió deseos de decirle que se metiera el cuchillito en el culo, pero antes de tener la oportunidad de hacerlo alguien levantó la rejilla.

Cuarenta y cinco kilos de enfadado pitbull se le vinieron encima a toda velocidad. Tenía las orejas aplastadas contra la cabeza y unos hilos de saliva le cubrían el hocico. Nobul apenas tuvo tiempo de retroceder hasta la pared del pozo antes de que el perro saltara sobre él. Se agachó, rodó a un lado y se puso de pie, pero el pitbull ya estaba a sus espaldas. Desde arriba llegó el sonido de personas que azuzaban al perro, gritándole que le arrancara los testículos a Nobul.

Dio un paso hacia delante y lanzó una patada, pero la bestia fue más veloz; se agachó y se abalanzó sobre la pierna extendida. Le mordió el muslo, pero arrancó más tela que carne de la pierna. Nobul trastabilló cuando el perro tiró de él hacia atrás, con sus gruesas y musculosas ancas esforzándose por arrastrarlo, pero lo único que consiguió fue llevarse un bocado de algodón y un poco de pierna.

La muchedumbre rugió de alegría al ver sangre, y el dolor hizo que Nobul apretara los dientes. Tuvo poco tiempo de escupir sus maldiciones antes de que el perro volviera a echársele encima, estaba vez apuntando al tobillo. Nobul dio un salto

hacia atrás, haciendo un estúpido baile alrededor del pozo mientras el animal trataba de darle un mordisco. Se oyeron risas desde arriba, la estridente carcajada de una mujer que solo consiguió enfurecerlo más, y cuando el perro volvió, lo pisó con fuerza. Su bota golpeó la cabeza del animal, que lanzó un gemido y retrocedió antes de atacar nuevamente.

Saltó y Nobul se hizo a un lado, pero no lo bastante rápido. Las mandíbulas del perro se cerraron sobre su brazo y le hicieron perder el equilibrio; el peso del pitbull lo hizo caer. El animal lo soltó y Nobul supo qué haría a continuación: le buscaría la cara. Trató de girarse, pero aquella fiera era demasiado veloz. Se le echó a la garganta, pero solo le alcanzó la oreja. Cuando la bestia le arrancó la mitad del lóbulo, Nobul lanzó un gruñido por el ardiente dolor y sintió que el rugido del animal se le metía en el oído.

La furia lo inundó.

Al carajo con esta pandilla de cabrones y sus abucheos. Y al carajo con este perro.

Nobul lanzó una patada cuando el animal retrocedió llevándose la oreja. Antes de que pudiera volver a abalanzarse sobre él, empujó la cabeza hacia delante y dio un mordisco; sus dientes se cerraron justo encima del ojo del pitbull. Se oyó un chillido de dolor cuando subió la rodilla y la hundió en las costillas del perro, que lanzó un nuevo alarido cuando una de las costillas se astilló. Echándose hacia atrás en pánico, el perro arrancó sus cejas de entre las mandíbulas del hombre y huyó hacia el otro lado del pozo, donde se escabulló lleno de miedo y dolor.

Nobul se incorporó tambaleándose, escupió la carne del animal y jadeó con dificultad. El pitbull seguía encogido, gimiendo en un rincón, y por un momento pareció que el ruido de la multitud disminuía. Se oyeron gritos desde arriba y alguien se abrió paso entre la gente. Otro gruñido y de pronto, en el borde del pozo, apareció un tipo grandote y ominoso, trayendo a otro puto perro con otra condenada cadena.

—Entra allí —ordenó, quitándole la cadena del cuello. La bestia no necesitó más estímulos. Saltó y se le abalanzó con la misma voracidad del primero.

Pero Nobul estaba loco de furia. Había probado sangre. Tenía carne cruda entre los dientes. No sentía miedo: esto era una batalla, pura y simple. Matar o que te mataran.

Se abalanzó sobre el perro, sin prestar atención a las mandíbulas llenas de saliva del animal. Este dio un salto, buscándole la garganta, y chocaron entre sí. Los dos cayeron al mismo tiempo y se retorcieron en la tierra, gruñendo y mordiendo. El perro le mordió el hombro y él le hundió los dientes en la pata. El animal lanzó un gemido y apartó el miembro, pero Nobul no quería dejarlo escapar. Mientras rodaban en el suelo, incluso con las manos atadas a la espalda, consiguió arreglárselas para rodear la garganta del perro con la cadena que le sujetaba las muñecas. La bestia se retorció para liberarse, mordiéndole el antebrazo, mientras Nobul arqueaba el cuerpo y ceñía la cadena con más fuerza. Apretó los dientes, tirando con toda su fuerza. El

perro tensó cada uno de los músculos, desesperado por escapar.

La muchedumbre miró con un silencio de decepción cuando el pitbull finalmente se aflojó y le asomó la lengua por la boca como una rebanada cruda de carne.

Jadeando con una respiración entrecortada, mientras el dolor se acumulaba en las heridas que le habían dejado los perros, Nobul se incorporó. Todos lo miraron, con la decepción patente en los rostros. Quiso recordar todas esas caras, guardarlas en la mente para poder luego encontrar a cada uno de ellos y hacerles pagar lo que habían visto.

Pero no habría muchas oportunidades de hacerlo. Así que tal vez sería mejor darles algo para que lo recordaran.

El primer perro seguía encogido en un rincón del pozo y Nobul caminó hacia él mientras el animal gemía de pánico. No tenía dónde ir, dónde escapar.

—¿Queréis un espectáculo, cabrones hijos de puta? —gritó—. ¿Queréis ver una jodida pelea de perros?

El pitbull chilló cuando le pegó con la bota y trató de hacerse cada vez más pequeño mientras no dejaba de patearlo. Ni siquiera intentó defenderse o huir. Nobul siguió aplastándolo con la bota, gruñendo, escupiendo sangre, con los ojos bien abiertos, sin ver nada más que dolor y muerte. En poco tiempo el perro dejó de moverse.

Nobul se giró hacia la multitud para gritarles que había ganado, que no era tan fácil matarlo, cuando alguien le tiró algo encima de la cabeza.

En un momento se vio empujado al suelo con las piernas atadas. No podía hacer nada más que quedarse allí quieto y esperar que lo patearan hasta matarlo igual que había hecho él con el perro. Pero eso no ocurrió.

Simplemente, lo dejaron ahí tirado en el pozo con los dos perros muertos, mientras el sonido de los decepcionados espectadores iba desvaneciéndose.

Los requerimientos de la magistrada Gelredida eran frecuentemente crípticos. A pesar del tiempo que había pasado con ella, a Waylian le resultaba difícil descifrar muchas de las cosas que le pedía. Por eso era extraño que, en esta ocasión, le hubiera dado instrucciones tan precisas sobre sus tareas.

Se le había ordenado acudir al Orfanato de Muchachos de Northgate, donde estaba internado un tal Josiah Klumm. Cuando lo encontrara, Waylian debía presentar sus documentos de adopción al propietario y acompañar al joven a una casa de la zona portuaria.

¿Qué podía ser más sencillo?

No fue hasta que recorrió las calles para llegar al norte de la ciudad que empezó a pensar que tal vez su misión en realidad no era tan fácil como parecía.

La última vez que había atravesado las calles de Northgate lo había hecho acompañado de su ama y de dos Caballeros Cuervo. Ahora, solo, era consciente de su vulnerabilidad a los expolios de mendigos y ladrones. En cada esquina parecía haber alguien vigilándolo, estudiándolo para atacarlo. Había tratado de subirse la capucha para mezclarse con la multitud, pero lo único que logró con eso fue reducir su campo de visión, lo que hacía más fácil que alguien se le acercara y lo golpeará en la cabeza, para luego sacarlo a rastras de allí y hacerle Arlor sabía qué...

Cálmate. Has sobrevivido al camino hasta Silverwall. Te has enfrentado a bestias en las montañas Kriega. Has recorrido legua tras legua en compañía de guerreros avezados. Seguramente las calles de Northgate son un juego de niños.

Dos chavales se perseguían entre sí en la calle que se extendía más adelante, mientras su madre les gritaba desde una ventana en lo alto. Si dos niños como esos podían jugar en las calles, seguramente estaba bastante a salvo. Ciertamente Northgate era un lugar duro, eso nadie podía negarlo, pero tampoco era como si hubiera un asesino en cada esquina.

Sintiéndose un poco más tranquilo, Waylian siguió su camino. Su misión era por el bien de la ciudad, o al menos eso suponía. Valía la pena aventurarse en Northgate si era necesario. Si no se sentía seguro en las calles de Steelhaven, ¿cómo reaccionaría cuando se presentaran los khurtas? ¿Se escondería debajo de la cama y esperaría que acabaran las violaciones y los saqueos?

Waylian ya había demostrado su temple en más de una ocasión; sin duda esto, en comparación, no sería nada. Por todos los diablos: había salvado a la ciudad de una plaga de voraces necrófagos y había sobrevivido a ello intacto.

Bueno, casi intacto.

Era hora de dar un paso adelante y probarse finalmente a sí mismo, a Gelredida, a sus compañeros de estudios, incluso hasta al Crisol. Un incendio estaba a punto de

arrasar Steelhaven, una horda dispuesta a sembrar masacre y destrucción, y Waylian tenía que cumplir con su parte para impedir la aniquilación de la ciudad. Confiaba en Gelredida, aunque no siempre pudiera entender sus actos. Ella solo pensaba en el interés de la ciudad y él haría lo máximo posible para ayudarla.

De modo que cuando por fin encontró el orfanato, Waylian empezó a preguntarse qué demonios tendría que ver esto con la seguridad de la ciudad.

Era un edificio sencillo y cuadrado rodeado de una elevada muralla de piedra. El techo estaba cubierto de antiquísimas tejas, algunas peligrosamente torcidas, dando la impresión de que podían caer en cualquier momento, arrastrando a docenas de sus compañeras. Waylian no habría albergado cerdos en ese sitio, mucho menos niños.

Abrió el negro portón de hierro y entró en el edificio. Unas escaleras ascendían hasta una puerta de roble podrida y mientras subía los escalones empezó a preguntarse si estaba en el lugar correcto. Todo el edificio parecía a punto de derrumbarse. Pero, por otra parte, estaba en Northgate, donde la mayoría de las edificaciones estaban deterioradas de alguna manera. A Waylian seguía resultándole difícil soportar esa zona, ya que provenía de Ankavern y del pueblito de Groffham, con su adinerada comunidad de artesanos y tenderos, muy distinto de la extendida colmena de Steelhaven.

Preparándose para lo que pudiera encontrar dentro, levantó la aldaba de bronce y llamó a la puerta. Tuvo que esperar un poco, lo que aprovechó para ensayar en su mente cómo se presentaría y cómo exhibiría algo de su autoridad magistral. Cómo manifestaría su recién encontrada valentía.

Cuando se abrió la puerta, todo aquello pareció desvanecerse en el aire.

El hombre que allí estaba era inmenso; la inmensa barriga parecía que iba a reventar los botones de una camisa de lana y sobresalía por encima de sus pantalones a rayas. La tela estaba tan desgastada y manchada que las rayas eran apenas visibles, pero Waylian trató de no demorarse demasiado tiempo en las partes bajas de ese hombre, aunque detenerse en su rostro tampoco era mucho mejor. Era calvo, con excepción de una corona de pelos largos y desgarrados que le colgaban a la altura de las orejas en grasientos mechones. Sus dientes asomaban por encima de labios gruesos como gusanos y aquí y allá en su mentón se veían manojos de una barba color jengibre.

Waylian no habría puesto a este hombre a cargo de un asno maltrecho, mucho menos de niños huérfanos.

—¿Señor Fletcher? —preguntó. Su antigua compostura había desaparecido del todo.

—¿Quién lo pregunta? —Gruñó el hombre, mirándolo con expresión acusadora en sus ojos inyectados de sangre.

—Me han mandado de la Torre... de los Magistrados.

Con escasa convicción le enseñó el pergamino lacrado que Gelredida le había entregado.

Fletcher lo cogió con su mano gorda y sudorosa y lo miró; luego clavó los ojos en Waylian, frunciendo la nariz en gesto de sospecha.

—He venido a hacerme cargo de uno de sus huérfanos, Josiah Klumm.

En ese momento Fletcher pareció relajarse un poco.

—Oh, ¿por qué no lo has dicho antes? Pasa.

Se dio la vuelta y desapareció dentro del edificio.

El estrecho pasillo daba a un salón enorme, con hileras de mesas a las que se sentaban muchos niños ocupados en sus labores. Algunos parecían ser casi adolescentes mientras otros habían dejado de gatear poco tiempo antes, pero todos trabajaban esforzadamente. Waylian se dio cuenta entonces de por qué el amo de ese sitio se llamaba Fletcher, flechero, ya que los muchachos estaban fabricando flechas. Algunos tallaban las astas, mientras otros empenachaban o ajustaban las puntas. Por la velocidad y la diligencia que exhibían daban la impresión de que estuvieran intentando proveer a todas las unidades de arqueros de Steelhaven.

—Sé lo que estás pensando —dijo Fletcher, señalando con un gesto a los niños a su cuidado. *Que soy un cabrón aprovechador que gana dinero con el trabajo infantil* —. Y no, a los del barrio de los Oficios no les gusta. Pero por mí que se vayan a la mierda. El comisionado del distrito dice que puedo dirigir mi establecimiento como a mí me parezca y tengo los documentos que así lo prueban. Además, así mantengo a estos cabroncetes fuera de las calles; de modo que podrías decir que le hago un servicio a Northgate.

Fletcher le alborotó el cabello a uno de los niños más pequeños cuando pasó a su lado. El pequeño no pareció muy contento de que lo tocaran esas manos grasientas, y Waylian no podía culparlo.

—Entonces, ¿Josiah está aquí o no? —preguntó, ansioso por concluir su asunto y marcharse.

—No sé, tengo que comprobarlo, ¿no? —Fletcher atravesó el salón y pasó a una habitación trasera.

Parecía que ni siquiera sabía los nombres de los niños que estaban a su cargo. Al ver cómo los utilizaba, Waylian supuso que no le importaban en lo más mínimo.

En la habitación trasera, Fletcher agarró un libraco maltrecho que estaba en un estante y lo dejó caer sobre el escritorio, levantando una nube de polvo. Lo abrió cerca del centro y empezó a recorrer las páginas con sus dedos regordetes.

—¿Krumm, dijiste?

—No, Klumm —respondió Waylian—. Josiah Klumm. Creo que tiene trece o catorce años.

Fletcher pasó un par de páginas hasta que encontró la que buscaba.

—Ah, sí, ya lo recuerdo. Un chico alto. No hablaba mucho. —Levantó la mirada del libro—. Se fue hace un par de años.

—¿Un par de años? ¿Adónde se fue?

Fletcher volvió a consultar el libro.

—Aquí dice que se lo llevó alguien del Colegio de Artesanos del barrio de los Oficios. Es todo lo que tengo.

Esa no era la noticia que Waylian esperaba. Parecía que la primera parte de su misión terminaría con un fracaso.

Ya en la calle, pensó en su siguiente paso. Gelredida lo había mandado a Northgate con dos objetivos. Hasta ahora había fracasado en el primero, pero aún no le diría nada; al menos esperaría hasta probar suerte con el segundo.

Ya oscurecía cuando encontró el otro lugar de Northgate cuya dirección le había dado la magistrada. Una casa igual a todas con un patio igual a todos. Lo único que la distinguía era el dintel cubierto de brea que tenía sobre la puerta. Tenía la palabra «Boticario» escrita con una caligrafía blanca y elaborada.

Waylian hizo una pausa en la puerta y miró hacia un lado y hacia otro de la calle. Estaba vacía. Un boticario ya era algo bastante poco común en esta parte de la ciudad, pero un tendero de esa clase debería de estar inundado de pedidos de tinturas y ungüentos para curar las numerosas enfermedades que se contagiaban en un entorno tan insalubre como ese. Deberían de formarse colas en la calle, pero no; no había un alma a la vista.

Tal vez estaba cerrado.

Cuando tiró de la cadena que estaba junto a la puerta, oyó una campanita que sonaba en el interior. No tuvo que esperar mucho para que se abriera una mirilla. Un par de ojos penetrantes lo contemplaron a través de la rejilla de hierro.

—¿Sí? —dijo una voz grave, pronunciando la palabra larga y lentamente.

—Hola —respondió Waylian, empezando a sentirse un poco nervioso—. Me han mandado de la Torre de los Magistrados con un... eh... un pedido.

Se produjo una pausa mientras esos ojos lo observaban sin parpadear.

—¿Cuál es la naturaleza de ese pedido?

—¿Podemos hablar dentro? —preguntó Waylian.

La mirilla se cerró de golpe y luego se oyó el sonido de llaves en una cerradura de borjas y el deslizamiento de cerrojos al abrirse. La puerta crujió lentamente y apareció un hombre alto de cabello oscuro e inmaculadamente recortado, quien se hizo a un lado con gesto cortés para que Waylian pudiera pasar. Tan pronto como puso un pie en la oscura sala, la puerta se cerró a sus espaldas y el ayudante de la magistrada comenzó a preguntarse si no le habría convenido quedarse en la calle después de todo.

—¿En qué puedo ayudarte? —dijo el hombre, al tiempo que encendía varias velas más valiéndose de la que sostenía entre sus largos dedos.

—He traído una lista —dijo Waylian, apretándose contra el pecho el pergamino que le había dado Gelredida.

—¿Debo proporcionarte los artículos de esa lista? —preguntó el hombre, mientras se ubicaba detrás del mostrador que ocupaba un extremo de su tienda de boticario.

—Eh..., sí —fue la respuesta de Waylian.

Mientras las velas recién encendidas empezaban a iluminar la sala, vio que las estanterías estaban repletas de ampollas, jarras y alambiques. Había hierbas brotando en diminutos potes de barro, junto a preparados de cataplasmas y póчимas nocturnas. En la pared detrás del mostrador se veían, hilera tras hilera, minúsculos cajones, cada uno con una etiqueta cuidadosamente escrita. Waylian no alcanzaba a ver los nombres en la luz mortecina, pero no tenía dudas de que aquel hombre sabía qué contenía cada uno de ellos.

—¿Podría ver la lista? —preguntó, extendiendo su larga mano. A Waylian le pareció casi hipnótica, como una araña gigantesca que se desplegaba en su telaraña.

—No —respondió, con un tono de voz un poco demasiado elevado—. Quiero decir... Se supone que debo leerlos. —Era cierto: Gelredida había sido muy específica al respecto.

El hombre sonrió.

—Muy bien, adelante.

Waylian entrecerró los ojos para ver mejor la lista en la penumbra.

—Eh... ¿Raíz de lug?

El boticario sonrió.

—Sí, tengo raíz de lug —respondió. Se giró a la izquierda y extendió su largo brazo. Abrió ágilmente uno de los cajoncitos que tenía detrás y extrajo un trozo de una materia vegetal, que colocó sobre el mostrador con sumo cuidado.

—¿Hierba perruna?

El boticario señaló con su largo brazo.

—El estante de allí —dijo, pero la confianza de su sonrisa había desaparecido de pronto. Waylian se acercó al estante y extendió la mano para coger algo que parecía un manojillo de paja—. No, a la izquierda. —Waylian agarró un bote de la estantería en la que había una flor que le recordó al diente de león. Lo puso delicadamente sobre el mostrador junto a la raíz de lug.

Luego volvió a mirar la lista.

—¿Y tenéis esencia de clavo?

—Por supuesto —respondió el boticario, que empezaba a fruncir el ceño—. ¿Quién te mandó con esta lista? —preguntó, mientras rebuscaba bajo el mostrador.

—Yo... eh... no puedo decíroslo, en realidad —dijo Waylian. Gelredida le había dado instrucciones estrictas de que mantuviera la boca cerrada y él sabía que le convenía atenerse a ellas.

—Me llamo Milius —dijo el boticario, mientras colocaba una ampolla sobre su mostrador—. ¿Cuál es tu nombre?

Extendió una inmensa mano hacia Waylian.

—Mi... eh... Waylian —contestó, correspondiendo al saludo. Era como coger la rama de un árbol, y sintió una aguda punzada de pánico cuando la mano se cerró en torno a la suya. Volvió los ojos a la lista y los posó sobre el último artículo—. Una

cosa más. ¿Tenéis hierba de sombra?

El boticario cogió con más fuerza la mano de Waylian y lo observó con sus ojos oscuros.

—Tú sabes que sí, joven Waylian. Lo sabes muy bien.

—¿Sí? —preguntó, tratando de liberar su mano, pero estaba aprisionada en el apretón del boticario.

Milius lo miró durante lo que pareció una eternidad, mudo, inmóvil. Waylian sintió que el miedo lo acechaba como un ladrón en la noche; no se atrevió a apartar los ojos, ni a tratar de soltarse de la mano del boticario.

Luego Milius se relajó; lo soltó y dio un paso hacia atrás.

—Sabes que tengo justo lo que necesitas —dijo. Se dio la vuelta y desapareció por un pasadizo que se ocultaba detrás del mostrador.

Waylian no perdió el tiempo; no pensaba quedarse allí ni un minuto más; era hora de salir pitando mientras pudiera.

Retrocedió hacia la puerta, manteniendo los ojos fijos en la abertura por la que Milius se había esfumado. Su mano intentó mover torpemente el pomo de la puerta, pero estaba encasquillado y era difícil de girar. Su temor y su pánico aumentaron ante la perspectiva de quedarse atrapado en ese lugar; cogió el pomo con ambas manos, tiró con todas sus fuerzas, apretando los dientes por el esfuerzo. Para su alivio, la puerta se abrió, raspando el suelo, revelando la calle oscurecida por la noche.

—¿Adónde vas? —preguntó una voz detrás de él. Waylian se giró y vio a Milius con dos tazas de líquido humeante—. He preparado una pócima para los dos.

¿Una pócima? ¿De este fenómeno de la naturaleza? ¡Debéis estar de broma!

—No, gracias —respondió—. Acabo de recordar que... debo irme a... ¡dar de comer a los peces!

Con esas palabras salió de allí, dejando atrás al boticario con su malsano brebaje.

Hasta allí había llegado en su intento de salvar a la condenada ciudad. En ese momento Waylian solo podía pensar en salvarse a sí mismo y, aunque sabía que su señora no estaría complacida con su éxito parcial, tendría que arreglárselas con eso.

Regulus no había visto nunca algo tan magnífico. Las tribus de Equ'un eran nómadas por naturaleza; sus únicos asentamientos estaban contruidos con pieles, huesos y barro. Erigían altares de rocas a los dioses de los cielos, pero el más grande solo alcanzaba los tres o cinco metros de altura. Nada de eso podía prepararlo para la impresión que le causó la ciudad.

Steelhaven era como una montaña que acabara de surgir de la tierra, elevándose a lo largo de la costa para desafiar al mar y al cielo. Sus murallas eran altas y rectas, como talladas en la piedra desnuda. En su interior había grandes torres, iguales a estólidos gigantes que se enfrentaban entre sí en un vasto anfiteatro de piedra.

Cuando estuvieron lo bastante cerca, Regulus ordenó a sus guerreros que hicieran un alto en una elevación para observar la ciudad. Un constante flujo de gente entraba en Steelhaven por el norte, y desde su ventajoso mirador Regulus alcanzaba a ver imponentes embarcaciones con velas de muchos colores que surcaban al puerto desde el sur.

—Jamás he visto algo así —dijo Akkula, contemplando boquiabierto el amplio puerto—. Seguramente los dioses deben de haber tenido algo que ver con esto.

Leandran lanzó una carcajada.

—Lo que a las Tribus sin Zarpas les falta en fortaleza y generosidad lo compensan con ingenio. Esto no es obra de dioses, sino de hombres.

Leandran era el de más edad del grupo y había viajado mucho por las praderas de Equ'un. Pero Regulus dudaba que hubiera visto algo así.

—Entonces, ¿cómo nos acercamos?

El líder del grupo siguió contemplando la ciudad, sus vastas murallas y las altas torres que estaban al otro lado.

—Llegaremos andando hasta las puertas de la ciudad y nos presentaremos —respondió.

—Pensaba que tal vez uno de nosotros podría adelantarse y anunciar la llegada de un cacique zatani.

Regulus negó con la cabeza.

—No, Leandran. No soy ningún cacique. No somos más que guerreros que venimos a ofrecer nuestras lanzas para la causa de la ciudad. Pero no temáis. Un día regresaremos a Equ'un como héroes, con una reputación acorde.

—Te creo, pero ¿no deberíamos ser cautelosos al menos?

—Lo seremos, amigo mío, pero ¿qué otra opción tenemos, salvo presentarnos en la puerta? Tampoco podremos escondernos entre el resto de los viajeros de las Tierras Frías. —Señaló con un gesto el constante flujo de personas que se filtraban por las puertas de la ciudad.

No hubo más conversación. Por mucho que le habían advertido del peligro no había más que una manera de acercarse y consistía en avanzar. Además, los guerreros zatani no se arrastraban ni se escabullían en las sombras. Combatían con la frente alta, rugiendo con furia a los cielos, enfrentándose a las adversidades hasta la muerte.

Regulus se quitó la capa de los hombros, la arrojó al suelo y caminó a paso vivo hacia la ciudad. Sus guerreros lo imitaron, siguiendo al líder de su tribu como habían hecho durante muchas leguas. Regulus esperaba ser digno de su confianza, no estar llevándolos a una muerte segura.

El camino empedrado bajo los pies se extendía hacia el este hasta un puente que cruzaba un amplio río que serpenteaba desde el norte. Al sur del puente, en el lado occidental del río, había una ruinoso extensión de construcciones destartaladas. Parecían antiguas, pero Regulus alcanzó a ver a hombres, mujeres y niños que caminaban entre ellos. Al otro lado del río se veía una inmensa puerta desde la que otro ancho camino de piedra daba hacia el norte.

Tan pronto como Regulus y sus cinco guerreros pusieron pie en el puente, oyeron un grito. Su acercamiento había sido observado por vigías ubicados a lo largo de la extensa muralla de la ciudad y, cuando empezaron a cruzar el puente, vieron guerreros ataviados de verde que avanzaban frenéticamente para interceptarlos. Uno gritaba que cerraran la puerta, mientras otro pedía refuerzos.

—Mantened la calma —dijo Regulus cuando llegaron al centro del puente—. Hemos venido como aliados, no como enemigos.

Aunque sus guerreros obedecieron la orden, Regulus percibió su inquietud, en especial en Janto, cuyas manos se dirigieron peligrosamente a los mangos de sus hachas.

En la puerta se produjeron movimientos frenéticos; una mujer lanzó un grito y los viajeros se apartaron a un lado mientras más guerreros de verde llegaban desde la ciudad. Se ubicaron a un extremo del puente, con sus largas lanzas formando una falange. Regulus casi se echó a reír al ver esa exhibición. Si hubiera querido pasar, sus guerreros apenas habrían tenido tiempo de recuperar el aliento antes de que estos hombres de las Tierras Frías estuvieran muertos.

Cuando llegaron a menos de diez metros, Regulus levantó un brazo haciéndoles la señal de alto a los zatani. Avanzó y se detuvo ante la hilera de lanzas, contemplando a los nerviosos hombres que las blandían.

—No temáis —dijo—. Vengo como amigo y aliado. No soy un enemigo.

Varios de los hombres lo miraron asombrados.

—Vaya, habla —dijo uno de ellos, bajando la lanza momentáneamente.

—Sí, hablo. Y me gustaría conferenciar con vuestra reina. Quiero ofrecerle mi espada. —Regulus cogió el mango de su hoja de acero negro y la sacudió en la vaina, lo que solo sirvió para asustar todavía más a esos hombres.

—Es un truco —dijo uno de ellos.

—Y no muy bueno, por otra parte —comentó otro—. Mira que acercarse así a las

puertas.

—Y bien, ¿qué hacemos? —añadió un tercero.

Para entonces otro guerrero de verde se había ubicado detrás de los hombres. Miró a Regulus de arriba abajo con ojos escrutadores. Este parecía de más edad; su rostro estaba lleno de cicatrices y curtido con los años.

—¿Sois mercenarios? —preguntó.

Regulus estaba familiarizado con esa palabra: se refería a guerreros errantes que combatían por los beneficios materiales de la batalla, en lugar de por lealtad a un jefe o a una tribu. Suponía que, como marginado, ese término sería lo más próximo a su situación actual que los hombres de las Tierras Frías podrían entender.

—Sí. Y quiero luchar por la gloria de esta ciudad.

El hombre le dedicó una sonrisa torcida.

—Tal vez no haya mucha gloria en los próximos días, pero no estamos en posición de rechazar guerreros dispuestos a luchar. Incluso aunque sean... bueno... extranjeros. Dejadlos pasar —les dijo a sus hombres—. Los escoltaremos hasta el senescal. Él sabrá qué hacer con ellos.

—¿Vamos a dejarlos entrar en la ciudad? —preguntó uno de los hombres.

—¿Te parece mejor que se queden merodeando en el campo? —respondió el jefe.

No hubo más discusiones. Los lanceros levantaron las armas y permitieron que Regulus y sus hombres cruzaran el puente. El jefe ataviado de verde los guio a través de la vasta puerta de la ciudad y sus hombres se ubicaron a los costados. Regulus se dio cuenta de que estaban nerviosos y que aferraban las lanzas con fuerza; pero no tenían nada que temer. Pronto estarían luchando lado a lado con ellos, y comprobarían la sabiduría de aliarse con guerreros zatani.

Una vez que hubieron traspasado la puerta, Regulus y sus hombres miraron con reverencia los edificios que se cernían sobre ellos. El suelo que pisaban era un tosco camino empedrado flanqueado por viviendas. Los edificios se elevaban formando un pasillo de roca, como los costados de un empinado valle. Apenas notaron que a su alrededor la gente los miraba maravillada y temerosa.

Los guerreros de Regulus no tardaron en llegar a las puertas de otra inmensa edificación. Se levantaba lóbrega, contra el cielo gris. Allí los aguardaban más guerreros de casacas verdes y Regulus comenzó a tener un presentimiento desagradable. De pronto recordó la advertencia de Tom Pies Negros.

—Dejad las manos quietas —les dijo a sus guerreros en su propia lengua—. Pero manteneos alerta.

No necesitaron más indicaciones. Regulus vio que cada uno de ellos ya había escogido a su blanco; al hombre que moriría inmediatamente si eran atacados.

De la torre salió una figura vestida con una sencilla túnica gris. Tenía la capucha apartada del rostro, lo que dejaba ver lo delgado que era, incluso para un hombre de las Tierras Frías. Contempló a Regulus con interés.

—Saludos —les dijo a los zatani—. Me he enterado de que estáis dispuestos a

combatir con Steelhaven contra las hordas que se aproximan.

—Soy Regulus de los gor'tana. He venido al norte para ganar gloria para mi tribu. El hombre sonrió, pero no pareció impresionado por la declaración.

—Sí, estoy seguro de ello. Por favor, seguidme.

Los guio hacia la amplia torre y Regulus lo siguió y entraron en el oscuro interior de cuyas paredes colgaban antorchas. El líder gor'tana, de pronto, se sintió atrapado; él era un guerrero de espacios abiertos, acostumbrado a dormir bajo las estrellas y los vigilantes ojos de sus dioses. En un lugar como en el que ahora se encontraba se sentía como si estuviera bajo tierra.

—He venido a ofrecer mi espada a vuestra reina —dijo, mientras se volvía cada vez más intranquilo—. ¿Adónde nos lleváis?

El hombre de gris se giró y sonrió. Regulus tenía poca experiencia con los hombres de Tierras Frías y las Tribus sin Zarpas, pero no cabía duda de que sonreían mucho. Y él no estaba seguro de qué era lo que ponía tan contento a este hombre.

—Soy el senescal Rogan, consejero de la reina Janessa de Steelhaven. Tengo el honor de recibir a todos los que quieren luchar por la ciudad. Los mercenarios se alojan aquí, donde podemos... atenderlos como es debido. Estos serán vuestros cuarteles.

—Pero debo ofrecer mi espada a vuestra reina. —A Regulus le resultaba cada vez más difícil disimular su frustración, y sus guerreros lo percibieron. Hagama cogió su lanza con ambas manos, como si estuviera disponiéndose a atacar, y Janto posó las palmas sobre los mangos de sus hachas, mientras sus ojos escudriñaban la oscuridad en busca de señales de peligro.

—Me temo que eso será imposible —dijo el senescal Rogan, llevándolos a un cavernoso salón—. La reina no se reúne con los mercenarios.

—No somos meros mercenarios —replicó Regulus lentamente, preguntándose si a ese habitante de las Tierras Frías le costaba entenderlo—. Hemos recorrido muchas leguas para llegar aquí, hemos sufrido muchas adversidades. Nos enfrentamos a grandes peligros para combatir por esta ciudad. Somos guerreros de los gor'tana, templados en los campos de batalla de Equ'un. Vuestra ciudad se enfrenta a un peligro y tengo la intención de cambiar el rumbo de la batalla en vuestro favor. No aceptaré que me tratéis como a un esclavo común. Es menester que nos presentéis a vuestra reina.

Regulus se dio cuenta de que su incomodidad se había contagiado a los guardias del lugar, que lo miraron con nerviosismo. Había levantado la voz y todos los ojos se habían vuelto hacia él, observándolo y esperando cualquier amenaza de violencia. Pero el senescal Rogan siguió sonriendo, sin preocuparse por su exabrupto.

—Me doy cuenta de que sois combatientes avezados, pero no sois los únicos que han ofrecido sus servicios a la Corona. —Hizo un gesto hacia la sala, donde había varios hombres sentados. Regulus se dio cuenta de que también eran guerreros, pero sabía con seguridad que no encontraría rivales dignos entre ellos—. Tenéis dos

opciones. Os unís al resto de los mercenarios y recibís la misma paga que ellos. O abandonáis la ciudad.

—Mercenarios —dijo Regulus, masticando la palabra.

En ese momento se dio cuenta de que ya no era un príncipe de los gor'tana. Ya no era un hombre celebrado entre su tribu. ¿Qué derecho tenía de que le presentaran a esta reina de las Tierras Frías? No era más que un marginado, una espada en venta que había renunciado al honor. Pero tenía una oportunidad de recuperarlo, si no la arruinaba con su propio orgullo.

—Muy bien —aceptó—. Si eso es lo que debemos hacer.

—Excelente —respondió Rogan—. Una cosa más: vuestras armas. Debéis entregárnoslas.

Regulus miró a sus hombres. Ninguno de ellos estaría dispuesto a entregar sus armas y a él mismo no le corría ninguna prisa por hacerlo. ¿Era necesario? ¿Sería esta la clase de trucos de los que le había advertido Pies Negros?

Después de echar un vistazo a la extensa sala, Regulus notó que ninguno de los hombres portaba armas. Tal vez era el estilo de los habitantes de las Tierras Frías.

—Quieren que entreguemos las armas —explicó en la lengua zatani.

—Jamás —gruñó Janto, observando al guardia vestido de verde que tenía más cerca. El hombre retrocedió un paso y aferró su lanza con más fuerza.

—Puede ser una trampa —dijo Leandran.

Regulus asintió.

—Lo sé. Pero hemos llegado tan lejos que ya no podemos retroceder.

Aunque le dolía hacerlo, lentamente sacó la espada envainada del cinturón y se la entregó al senescal Rogan. A continuación Leandran entregó su lanza, seguido rápidamente de Akkula. Hagama y Kazul hicieron lo propio. Solo Janto seguía sujetando los mangos de sus hachas. Todos lo estaban mirando, y Regulus supo que cualquier gloria futura dependía de si ese impredecible guerrero dejaba que esos despreciables hombres de las Tierras Frías lo dominaran.

En silencio, el guerrero se sacó las hachas del cinturón. Durante un momento fugaz pareció que enterraría una de ellas en la cabeza del guardia más próximo, pero en cambio las hizo girar en las manos y ofreció los mangos.

Cuando un guardia las tomó, Rogan hizo una reverencia.

—La reina os lo agradece. Puedo aseguraros que siente gratitud por vuestro ofrecimiento de lealtad. Ahora, por favor, comed. Habéis dicho que para llegar aquí tuvisteis que viajar mucho.

Regulus vio que traían comida a la sala. Sus hombres la miraron con expresión de hambre; por la barbilla de Akkula se deslizaron gotas de saliva mientras clavaba los ojos en el magro ofrecimiento.

Cuando Regulus los autorizó con una señal, los zatani se abalanzaron rápidamente sobre la comida. Él volvió a mirar al senescal Rogan.

—Tened cuidado con esas armas. Querremos que nos las devolváis pronto —dijo.

—Os las devolveremos —respondió Rogan, con la misma sonrisa de siempre—. El enemigo está cerca. —Después de esas palabras, volvió a sonreír y se marchó.

Regulus lo miró irse. Entre las oscuras paredes y en compañía de guerreros extranjeros, se preguntó a qué enemigo se refería Rogan.

Merrick no solía frecuentar las tabernas del barrio de la Corona. Estaba más acostumbrado a los tugurios de Northgate, donde tenías que limpiarte los pies al salir, o a los antros llenos de tierra, que hedían a almizcle o a pescado, del Dockside, cerca del puerto, donde las putas tenían barbas más gruesas que los hombres. Este lugar era como una dulce brisa, con sus pulidas maderas y su fuego crepitante, y las cabezas embalsamadas de varios animales de presa que lo contemplaban fijamente mientras él bebía. Merrick habría podido decir, incluso, que aquella era la mejor taberna en la que había estado, si no fuera porque el vino era tan condenadamente caro.

Por supuesto que la compañía tampoco era demasiado maravillosa; Merrick estaba completamente solo junto a la barra. Jamás había podido soportar su propia compañía mucho tiempo. Estar solo no era sano; te hacía pensar. Y Merrick no estaba de ánimo para pensar.

Se había comportado como un tonto delante de su padre, aunque eso no era ninguna sorpresa; él se comportaba como un tonto todos los días. Pero había querido tanto que el viejo Tannick se enorgulleciera de él.

A quién intentas engañar, Ryder. Eres un asno borracho. Eres egoísta y vanidoso y la meterías en cualquier cosa que te sonriera. Por todos los diablos, te follarías la raya del alba si pudieras levantarte lo bastante temprano. ¿Por qué crees que puedes despertar algo más que desprecio?

Merrick miró la copa que tenía delante, la vació hasta el fondo y la dejó sobre la mesa con un golpe. Recorrió la taberna con la mirada; empezaba a ver borroso. Esta era la mejor forma de borrachera: lo bastante buena como para calmarlo un poco, pero no tanto como para hacerlo rodar por los suelos vomitando por todas partes.

Sabía que la había cagado. Se suponía que tenía que estar de guardia, protegiendo a su reina, pero en cambio se encontraba allí, otra vez haciendo lo mismo. Había tratado de mantenerse sobrio, de hacer lo correcto, pero sencillamente no había funcionado. Ahora había decepcionado a Garret, a Kaira..., a la reina. No era más que una larga lista de fracasos. ¿Por qué alguien tendría una buena opinión de él?

¿Y para qué servía, después de todo? Apenas podía cuidarse a sí mismo, mucho menos a la reina de los Estados Libres. Garret debería haberlo puesto a limpiar letrinas, no de escolta de la mujer más importante de Steelhaven. Pero, en cualquier caso, también habría fastidiado aquella otra tarea; lo más probable era que hubiera terminado cubierto de mierda y pis.

¿Qué podía hacer bien? ¿Qué podía hacer él mejor que cualquiera? ¿Algo que no implicara que la gente lo criticara, o lo juzgara, o lo mirara con desprecio?

—¿Un trago?

Sí, probablemente era eso.

Merrick levantó la mirada y se encontró con el tabernero. Tenía una botella de vino semivacía en la mano.

—¿Por qué no? —respondió, y deslizó la copa por la barra. El hombre la llenó casi hasta el borde—. ¿Por qué no tomas una tú?

El tabernero pareció avergonzado.

—Creo que no debería.

Merrick echó un vistazo a la taberna vacía.

—¿Por qué no? ¿Esperas mucha gente?

El hombre contempló la taberna desierta y se encogió de hombros. Cogió otra copa de un estante y la llenó con lo que quedaba en la botella. Merrick levantó la suya y las chocaron antes de dar un trago.

—Por días tranquilos —brindó.

—Por días tranquilos —respondió el tabernero—. Aunque no estoy seguro de que nos queden muchos.

—Apuesto a que no. Así que saquémosles el máximo provecho posible.

El tabernero asintió con un gesto, aunque no parecía del todo seguro.

—Debería haber dejado este sitio cuando tuve la oportunidad —admitió.

—¿Por qué no lo hiciste?

—Tengo responsabilidades —contestó el otro—. Gente que depende de mí.

¿Responsabilidades? Merrick había oído hablar de eso y empezaba a darse cuenta de que eran una molestia insoportable. En este mismo momento tenía responsabilidades que requerían su atención, pero por alguna razón parecían poco importantes en comparación con sus pesares actuales.

Otra vez igual, Ryder; siempre piensas en ti mismo. Pero, bueno, eres el hombre más importante de Steelhaven. Nadie carga tanto sobre los hombros como tú, ¿verdad?

—¿Tienes familia aquí? —preguntó rápidamente, intentando limpiar la mente de los demonios que acosaban su conciencia—. ¿Esposa? ¿Cachorritos?

El tabernero negó con la cabeza.

—No, nada de eso. Pero mi padre está muy frágil y no puede viajar. Tengo que quedarme a cuidarlo.

¿Su padre? Apuesto a que es un zoquete bonachón. Apuesto a que siempre estuvo presente: un mentor, un confidente, un hombre en el que apoyarse.

—Vosotros debéis de llevaros muy bien, entonces, si él es la razón por la que te quedaste aquí cuando los khurtas están por llegar.

El tabernero le lanzó una mirada de desconcierto.

—¿Llevarnos bien? ¿Estás de broma? El viejo cabrón es como una piedra colgada en el cuello. Solo me quedo por la herencia. Si me voy ahora, no tendré ninguna oportunidad de ponerle las manos encima.

Una sonrisa de comprensión se dibujó en el rostro de Merrick.

—Brindo por eso, amigo —dijo, levantando la copa antes de darse cuenta de que

ya estaba vacía. El tabernero cogió otra botella, la abrió y llenó las dos copas.

—¿Y qué hay de ti? ¿Cuál es tu problema? —preguntó.

—¿Qué te hace pensar que tengo un problema? —respondió Merrick.

El tabernero le lanzó una mirada de complicidad.

—He visto a gente como tú cientos de veces; bebiendo a solas cuando el resto de la ciudad está yéndose al infierno. Es como si no te importara. Imagino que se trata de una mujer.

—Aunque he tenido bastantes problemas con las mujeres, y podrías decir que aún los tengo, no es por eso que estoy aquí.

Miró al tabernero, preguntándose si valdría la pena intentar quitarse un peso de encima. Pero a veces los desconocidos eran tan útiles como los sacerdotes para dejar salir tus demonios interiores, y te hacían sentir menos culpable después.

—Digamos que yo también tengo problemas con mi padre.

—¿En serio? Apuesto a que los míos son peores —dijo el tabernero.

—Acepto la apuesta.

—Muy bien. Diez cobres a que los problemas que tengo con mi padre son peores que los tuyos.

—Trato hecho —dijo Merrick, ofreciéndole la mano, que el tabernero estrechó con gusto—. Tú primero.

—Bien, veamos —empezó el hombre, con expresión pensativa—. No puede cagar ni mear solo y apenas puede comer. Finge olvidarse de todo, pero recuerda dónde escondió el dinero, y no tiene intenciones de decírmelo. Todos sus bienes, la casa, los muebles, su parte de la empresa, están atados y si no hago exactamente lo que él quiere no me dejará nada. ¿Qué tal suena?

—Suena terrible —dijo Merrick—. Pero me parece que has perdido. —Se acomodó en la silla con una mirada de suficiencia—. No había visto a mi padre desde hacía dieciocho años, desde que él huyó; de pronto aparece de la nada. No solo se comporta como si no hubiera pasado nada, como si hubiera ido a dar un paseo, sino que tiene la delicadeza de señalar lo decepcionado que está con la forma en que he vivido. No solo nos abandonó a mí y a mi madre, sino que también tiene que echarme la culpa por lo mal que me ha ido desde entonces.

El tabernero lo miró como evaluando sus palabras.

—¿Eso es todo?

—Sí —respondió Merrick—. ¿Qué más quieres?

—Entonces, ¿nunca has tenido que limpiar su mierda del suelo?

Se miraron durante varios momentos antes de estallar en una carcajada.

—Me has ganado —reconoció Merrick, buscando en su monedero—. Aquí tienes. —Deslizó los cobres sobre la barra—. Contrata a una criada.

Los dos rieron largamente.

—Brindo por los padres —dijo el tabernero finalmente, levantando la copa.

—Por los padres —repitió Merrick—. Que no nos sigan molestando mucho

tiempo más.

Dejó la copa sobre la barra, esperando que el tabernero se la llenara rápidamente, pero el hombre estaba mirando hacia la puerta. Había entrado alguien. Merrick se puso alerta de inmediato. Por mucho que detestara admitirlo, cuando estaba fuera de los terrenos del palacio no se sentía a salvo. Era peligroso estar allí, pero necesitaba un respiro. Una pausa del deber y las obligaciones. ¿Qué daño podía causar?

Bueno, podrías terminar apuñalado en la jodida espalda por un asesino del Gremio, si no tienes cuidado.

Se giró lentamente, casi esperando encontrarse a un matón del Gremio blandiendo un cuchillo con intenciones homicidas. Lo que se le acercó en la taberna no era para nada tan desagradable, pero sí igualmente amenazador.

Kaira lo miró fijamente mientras se le aproximaba. Tenía el ceño fruncido y la mirada acusadora. Merrick había visto antes esa expresión y sabía que no era bueno ser el destinatario de ella, pero había tomado demasiado vino como para que le importara.

—¿Un trago? —dijo, agitando la copa como si estuviera tentando a un perro con un hueso.

De una bofetada Kaira apartó la copa, que golpeó contra la barra y salpicó de vino la madera, lo que hizo que el tabernero retrocediera un paso.

—¿Estás loco? —dijo ella.

Qué interesante que preguntes eso; llevo unos cuantos días preguntándome lo mismo.

—Oh, cálmate, ¿quieres? Relájate un poco. —Señaló con un gesto una banqueta cercana.

—¿Relajarme un poco? ¿Estás desquiciado? Tenemos un deber sagrado. La reina confía en nosotros, y tú estás aquí, borracho. ¿Nunca aprenderás?

Merrick se le acercó. ¿Qué derecho tenía de venir a regañarlo como si fuera un niño? Ya estaba harto de que le dijeran lo que tenía que hacer.

—Jódete, tú y tu puta reina. Ya estoy harto de...

Ella lo golpeó en la cabeza. No lo suficiente como para lastimarlo seriamente, pero sí para hacerlo caer del taburete y hacerlo tambalearse.

—¿Qué demo...?

Ella volvió a golpearlo, esta vez con la otra mano, y él se deslizó hacia el lado opuesto. Merrick empezó a enojarse; sintió la roja neblina cayendo sobre él. Y el vino que había tomado no le fue de gran ayuda.

Kaira trató de golpearlo nuevamente, pero él levantó el brazo y la bloqueó. Trastabilló y se enderezó.

—¿Qué haces, mujer?

—Estoy tratando de que recuperes la sensatez a golpes.

—¿Sensatez? Llevo semanas tragando mierda. He cumplido con mi deber. He pagado por mis pecados, y ahora mi padre aparece de la nada y es como si yo no

fuera nadie. No tienes idea...

—Tengo toda la idea. Sientes pena por ti mismo. El mundo está contra ti. Nos podrían matar en cualquier momento y a cambio de ninguna recompensa. Entiendo que el concepto de responsabilidad es algo nuevo para ti. Me doy cuenta de que volver a ver a tu padre te resulta difícil. Pero hay cosas más importantes en juego que tus sentimientos.

—¡Déjame en paz! ¿Qué carajo sabes tú? —gritó él—. No sabes nada de mí ni de mi padre. No tienes ni idea.

Ella lo atacó nuevamente. Él bloqueó el primer golpe, pero Kaira acertó el segundo. Lo empujó contra la barra y sintió el crujido de las costillas contra la madera. Eso solo logró que la ira que crecía en su interior ardiera con más fuerza.

Merrick lanzó un golpe. Nunca le había pegado a una mujer hasta ese momento, pero Kaira tampoco era una mujer típica. Era una guerrera desde la cuna. Él ya la había visto segar las vidas de una docena de hombres como si fueran trigo. Estaba totalmente seguro de que podía encajar un puñetazo.

Por desgracia, lo encajó mejor de lo que él esperaba.

El golpe le dio en la mejilla y le hizo volver la cara un instante. Luego ella se lo devolvió. Esta vez Merrick pudo sentir el peso del golpe, la intención. Él la había irritado, sin lugar a dudas. Así que era humana, después de todo. Y tal vez hasta se la podía vencer.

Merrick se abalanzó sobre ella. Había bebido lo bastante como para que le pareciera una idea sensata, pero no tanto como para tropezarse como un tonto.

Bajó la cabeza, se lanzó sobre ella y la empujó hacia atrás. Se oyó el ruido de las patas de la mesa raspando sobre las tablas de madera del suelo y una silla se derribó. Entonces ella lo agarró y lo tiró a un costado. Él chocó contra otras muebles, creando un estrépito al caer que resonó en la taberna vacía.

Mientras se incorporaba, vio que ella se le venía encima, con los ojos de un lobo tras su presa. Levantó una silla y se la tiró a la cabeza. Ella la desvió con el brazo, pero perdió el equilibrio durante un instante. Entonces Merrick atacó.

Lo que le faltaba en músculos lo compensaba con creces con astucia. Había participado en muchas riñas de taberna como para saber que no había sitio para el honor. Y si no podías ganar jugando sucio, nadie lo iba a convertir en una pelea limpia.

La agarró de la cintura, haciendo fuerza con las piernas para levantarla del suelo. Los dos cayeron abrazados; él arriba. De inmediato, trató de darle un puñetazo en la cara. Kaira subió los brazos para bloquear el golpe; después las piernas. Las usó para rodearle el cuello, a una velocidad imposible. Él se sentía como si todo aquello estuviera sucediéndole a otra persona, solo que la paliza se la daban a él.

Merrick consiguió emitir un patético gemido estrangulado cuando ella le apretó la garganta con sus poderosas piernas. El pánico lo inundó cuando se dio cuenta de que había perdido la ventaja. Era lo único que necesitaba: que una mujer le diera una

paliza en un bar... otra vez.

Cuando ella apretó todavía con más fuerza, la visión de Merrick empezó a volverse borrosa. Le palmeó desesperadamente el muslo en un gesto de rendición y ella aflojó su apretón, dejándolo libre. Él se apartó de ella y levantó las manos.

—¡De acuerdo! ¡Vale! Me rindo. Tienes razón. Estoy aquí sintiendo pena por mí mismo cuando debería estar cumpliendo con mi... deber.

La palabra casi se le atragantó.

Kaira, de pie, jadeaba a su lado. No había menos odio en su expresión, pero al menos ya no trataba de aplastarlo contra las tablas del suelo.

—¿Es así de sencillo? —preguntó—. ¿Unas disculpas y una sonrisa y todo está perdonado?

Merrick se incorporó y se limpió el polvo de los pantalones.

—¿Qué más quieres? Es todo lo que tengo. Tómalo o déjalo.

—Quiero que te comprometas. O haces eso o te vas; huye. No puedes seguir haciendo esta tarea a medias. Tarde o temprano provocarás que alguien muera.

Él quiso discutirse, pero en parte sabía que ella estaba en lo cierto. Cuanto más se regodeara en la autocompasión, más posibilidades había de que ocurriera lo peor. ¿Qué estaba haciendo bebiendo allí hasta perder el sentido, justo cuando creía haber dejado atrás todo aquello?

Tal vez su padre tenía razón, después de todo. Tal vez Merrick había pasado el tiempo aborreciéndolo por el desprecio con que lo trataba cuando en realidad su padre siempre había tenido razón respecto de él.

Acepta la oferta y huye. Deja este lugar; huye lo más lejos que puedas.

Pero no podía. Lo único que lo mantenía con vida eran los Centinelas de Skyhelm. Jamás rechazaría todo aquello.

¿Sería esta su última oportunidad de redimirse... otra vez? ¿De hacer las cosas bien?

—De acuerdo, tú ganas —dijo—. Vamos.

Se volvió hacia el tabernero, que se había apartado a un rincón lo más lejos posible, como si pudiera esconderse. Con una mirada de disculpa, Merrick buscó en su monedero y sacó una corona de oro. La puso sobre la barra, esperando que alcanzara para cubrir los daños que él y Kaira habían causado; luego dejó rápidamente la taberna sin decir palabra.

El aire de la calle hizo que la cabeza le diera vueltas, pero intentó mantener el control de sus facultades lo mejor que pudo. De camino al palacio empezó a experimentar una extraña sensación de culpa y... ¿Sería vergüenza? Tal vez estaba aprendiendo después de todo. Su única esperanza era tener la oportunidad de reparar el daño cometido, y de que, mientras tanto, nada saliera mal.

El mural no era nada antiguo; sin embargo, la pintura ya estaba desconchándose y la imagen se había borrado en algunas partes. Había sido pintado de prisa más de una década antes, y no era obra del más dotado de los pintores, pero de todas maneras a Janessa la reconfortaba.

La representación de la batalla de la Puerta Bakhaus ocupaba toda una pared de una de las numerosas salas de banquetes de Skyhelm. A la izquierda se veía a los aeslanti en toda su feroz gloria, ataviados con armaduras gris pizarra, con sus dentadas armas resplandecientes y sus dientes y colmillos al descubierto ante el enemigo. Janessa debía confiar en la impresión, transmitida por el artista, de que su aspecto era temible. Jamás había visto a ningún ejemplar de esa mezcla de hombres y bestias salvajes de Equ'un y, por lo que aparecía representado en la pared, jamás querría hacerlo.

A la derecha estaba la imagen de su padre al frente de todos los ejércitos de los Estados Libres. Las nueve banderas ondeaban firmes y orgullosas, portadas por abanderados de heroico porte. Junto al corcel del rey se veía la noble silueta del Casco Negro, blandiendo su poderoso martillo; el defensor de la Puerta de Bakhaus, un guerrero sin parangón, Arlor renacido.

Qué pena que no estaba allí para ayudarla.

Solo el tiempo diría si habría nuevos héroes en Skyhelm, hombres y mujeres de valor en los que podría confiar para que salvaran la ciudad de la destrucción. Si Arlor decidía que ella triunfara, se aseguraría de encargarse de un mural con una representación más trabajada de la victoria.

—Tenemos uno igual que ese en nuestro refugio de Touran.

Janessa se giró al oír la voz. En las sombras del salón apenas podía divisar una silueta.

Cuando la persona se acercó a la luz, ella dejó escapar un suspiro de alivio.

Leon Magrida sonrió, luego hizo una profunda reverencia.

Janessa había querido que la dejaran sola un rato, reconfortarse en las gloriosas victorias de antaño de su padre, y les había dicho a sus guardias que aguardaran fuera. No tenía idea de cómo Leon había podido atravesar esa barrera.

A pesar de que su presencia representaba una grave transgresión de su seguridad, ella devolvió la reverencia.

—Milord, me habéis asustado.

—Os pido disculpas, majestad. Yo ya estaba en la sala cuando llegasteis. A mí también me gusta contemplar la historia de nuestra nación. Hace que uno se conmueva, ¿verdad?

—Sí —respondió ella—. Sin duda.

—Vuestro padre fue una verdadera inspiración. Como estoy seguro de que vos lo seréis en la batalla de los próximos días.

—Vuestras palabras son amables, lord Magrida. Solo puedo esperar reunir una pizca de la fuerza de mi padre y de la lealtad que inspiraba en los difíciles días que se avecinan.

Leon avanzó un paso y examinó más de cerca el mural, como si buscara imperfecciones en él, de las que claramente había muchas.

—Él tuvo la visión de rodearse de hombres de poder y sabiduría. Imagino que haréis lo mismo.

Se volvió hacia ella y sonrió.

Janessa sonrió también. Seguramente no estaría sugiriéndole que escogiera...

—No temáis, lord Magrida. Ya dispongo de sabios consejeros a mi disposición. Hombres leales que solo piensan en el interés de la ciudad.

—Estoy seguro de ello. Pero nunca se pueden tener demasiados sirvientes leales a vuestro lado.

O, al parecer, demasiados petimetres fanfarrones.

—Cierto —respondió ella, y se apartó de él antes de darse cuenta de lo que estaba haciendo.

—Yo estaría muy feliz si pudiera poner mi experiencia a vuestra disposición —dijo él, cerrando la distancia que ella había puesto entre los dos.

—¿Vuestra experiencia?

—Sí, majestad. Desde temprana edad me he entrenado tanto en ceremonial como en las artes de la guerra y la cultura.

No, si hemos de creer a tu madre. Ella piensa que eres un zopenco.

—Estoy segura de ello, lord Magrida. Y si necesitara de vuestros... conocimientos, os los solicitaría con toda seguridad.

Volvió a retroceder.

—Por favor, hacedlo.

Él sonrió y se acercó a ella una vez más.

Janessa lo examinó. Allí estaba ofreciéndosele con tanta elegancia. Se veía casi presentable, con su negro jubón ceñido hasta la garganta, sus pantalones metidos dentro de un par de brillantes botas.

¿Lo habría subestimado? ¿Habría juzgado a ese hombre solo a partir de su mala reputación, sin darle la oportunidad de mostrarse verdaderamente?

Si había que creer a la madre del joven, lord Magrida era un cachorro que aún no estaba entrenado. «No sería la alternativa perfecta», había dicho. Pero finalmente ninguno lo había sido. Ni Raelan. Ni siquiera Río.

Con el tiempo, Leon llegaría a ser un hombre poderoso, barón de Dredun y administrador del Bosque Alto. Ella no podía seguir limitándose a ignorarlo. Un día, cuando todo aquello acabara, ella tendría que gobernar los Estados Libres y reparar los daños causados por los khurtas, y para ello necesitaría a todos los aliados que

podiera reunir. Tal vez no estaba lista para casarse con él, pero no tenía sentido rechazarlo solo porque sí.

—Lord Magrida —dijo, haciendo una reverencia—. Os agradezco vuestra oferta. Sin duda os convocaré en el futuro. Tal vez antes de lo que pensáis.

Él le agradeció con una sonrisa. Ella esperaba una última reverencia, pero en cambio él se le acercó otro paso.

¿Estaba a punto de tratar de besarla? ¿Le habría dado la impresión equivocada?

En ese momento se abrió la puerta del salón de banquetes y, recortado contra la luz que venía de la sala contigua, Janessa alcanzó a ver a uno de sus Centinelas.

—Majestad, se requiere vuestra presencia.

La reina se volvió a Leon y le alegró ver que él había decidido no ponerle las manos encima por el momento.

—Excusadme, lord Magrida.

—Por supuesto, majestad —respondió él con una reverencia.

Mientras Janessa salía del salón le pareció ver algo en los ojos de Leon. ¿Sería decepción? ¿Un lamento por la oportunidad perdida? ¿Realmente quería ayudarla? ¿O solo había intentado presionarla para que lo aceptara en matrimonio?

Janessa apartó ese pensamiento y siguió a sus Centinelas. Ya tenía demasiados problemas para dejar que Leon Magrida se sumara a sus preocupaciones.

Mientras atravesaban Skyhelm, se les unió el canciller Durket, que había estado acechando en el pasillo como un inquietante gnomo.

—Dice que no va a esperar más —anunció Durket, visiblemente presa del pánico.

Su inquietud no contribuyó a tranquilizar a Janessa, pero ella disimuló su incomodidad.

—Entiendo, canciller, que estamos hablando del representante de la Liga de los Banqueros...

—Eh... sí, majestad. Mis disculpas, majestad, pero él es de lo más insistente. Azai Dravos dice que quiere su respuesta hoy mismo; de lo contrario, se marchará de la ciudad. Ni siquiera sé cuál es la pregunta, pero parece muy decidido a obtener una contestación.

—Muy bien, canciller. Entonces le daremos una respuesta.

Pero ¿qué podía decirle? ¿Que sí, que se casaría con Kalhim Han Rolyr Mehelli? ¿O que no, que jamás podría entregarle la mano a semejante hombre? Necesitaba a Odaka a su lado, ahora más que nunca. ¿Aunque no le había dicho él ya que aquella era una decisión que solo podía tomar por su cuenta?

Por el malestar de Durket suponía que encontraría a Azai Dravos echando espuma por la boca, pero en cambio la esperaba tranquilamente en la sala. Incluso logró sonreír cuando la vio.

Ella recordó la última vez que se habían encontrado y lo incómoda que se había sentido bajo la mirada de ese hombre. Esta vez se aseguraría de que sus Centinelas estuvieran cerca. Por su parte, el representante de la Liga de los Banqueros mantenía

una distancia respetable, aunque sus propios escoltas, con sus túnicas rojas, no estaban lejos.

—Azai Dravos —dijo ella—. Entiendo que esperáis con ansia mi respuesta.

El hombre hizo una reverencia.

—Disculpas, majestad, pero mi señor, Kalhim, es un hombre impaciente. Y tal vez vos tampoco estáis en posición de demoraros, ¿verdad?

—Tenéis razón, desde luego. Parece que el tiempo es un lujo que ninguno de los dos podemos darnos.

Ella se dio cuenta de que Durket tenía los nervios de punta y que no paraba de frotarse sus sudorosas manos. Sintió ganas de abofetearlo.

—¿Debo suponer que vuestra respuesta es «sí»?

Janessa miró esos ojos verdes y esa blanca sonrisa. ¿Cuál era su respuesta? Si elegía que sí, tendría mercenarios que la ayudarían a defender la ciudad, pero en definitiva sería una ciudad influida por una mano extranjera. Si se negaba, desde luego que no habría ninguna ciudad para gobernar.

—Lo lamento, Azai Dravos, pero la respuesta es no.

Pero era lo que tenía que ser. Su padre había luchado para unir los Estados Libres y ella era la única heredera. No podía traicionar su legado regalando a un mercader de las Tierras Orientales el reino por el que tanto había combatido. Si hubiera dicho que sí, tal vez podría haber ganado diez mil espadas, pero la confianza y el amor de su pueblo se hundirían en el mar. No importaba si Steelhaven era arrasada o no; ella habría entregado un reino para salvar una ciudad.

Azai Dravos avanzó un paso. Su sonrisa había desaparecido. Durket se apartó, pero Janessa se mantuvo en su sitio, sintiéndose fuerte por los guerreros que tenía a su lado.

—Mi señor estará muy decepcionado. Y no es un hombre acostumbrado a que lo rechacen.

—Estoy segura de que aceptará mi decisión —respondió Janessa—. Ahora, si me excusáis...

Antes de que pudiera retirarse, Dravos se interpuso en su camino. La reina no sabía cómo había podido moverse tan rápido, casi como si poseyera una velocidad sobrenatural. Durket y sus Centinelas retrocedieron un paso, cogidos por sorpresa, pero Janessa quedó paralizada por esa mirada verde.

—¡No! —exclamó Dravos—. ¡Escucha, muchacha! Mi señor ha hecho una oferta que no puedes rechazar. Sin su asistencia estás condenada. Esta ciudad está condenada. El niño que crece en tu interior está condenado.

¿Cómo podía saberlo? ¿Qué brujería es esta?

Janessa trató de apartarse, pero estaba paralizada, atrapada por los penetrantes ojos de Dravos.

—Yo... no puedo...

Pero él es un hombre de riquezas y poderes. Un hombre acostumbrado a

gobernar su propio reino, si hay que creer en la reputación de la Compañía Comercial White Moon. ¿No sería un enlace estratégico?

—Dirás que sí —exigió Dravos, mirándola fijamente a los ojos.

Algo se movió dentro de ella, y una vez más se llevó una mano al vientre en un gesto de protección.

Janessa sabía que la estaba manipulando. Era obvio que los poderes de Dravos no se limitaban a su sonrisa. ¿Sería alguna clase de hechicero? ¿Estaría en ese mismo momento haciéndole un conjuro?

—¡No! —exclamó ella, apartando la mirada y retrocediendo tambaleándose.

Cuando se rompió el hechizo, sus Centinelas corrieron hacia ella. Janessa los vio desenvainar las espadas mientras Durket se apartaba desesperadamente para no verse metido en una situación violenta.

Azai Dravos no se movió cuando los Centinelas se le abalanzaron. No se movió cuando avanzaron. No se movió cuando uno de ellos levantó la espada para clavársela.

No fue necesario.

Como un relámpago rojo uno de sus escoltas se interpuso. Estaba desarmado, pero no había temor en él cuando se enfrentó al caballero de la armadura. Cuando el Centinela bajó la espada, el escolta lo agarró del brazo, y lo hizo caer al suelo. Lo golpeó una y otra vez, con un puño desnudo que chocó contra el metal del yelmo, abollándolo cada vez más con cada veloz golpe, y no se detuvo hasta que el Centinela dejó de moverse.

Para entonces el segundo Centinela se había abalanzado sobre Dravos, pero otros dos hombres lo interceptaron. Uno le propinó una patada en la rodilla y lo derribó. El segundo le pateó la cabeza.

Janessa trastabilló, mientras miraba a sus caballeros derribados. Podía oír a Durket gimiendo en las sombras, murmurando para sí mismo, muerto de miedo. Antes de que pudiera huir, Dravos se encaró con ella nuevamente. Le agarró los brazos con sus poderosas manos y la sacudió.

—No hay nadie aquí que pueda protegerte, muchacha. Solo tienes una opción.

Janessa, desesperada por evitar esa mirada, esquivó los ojos verdes, pero Dravos le cruzó la cara de una bofetada. Fue un golpe con la mano abierta, pero alcanzó para hacerla tropezar y caer al suelo.

Ella sintió el gusto de sangre en los labios. La sala giró a su alrededor y durante un momento sintió miedo, no por ella misma, sino por la vida que llevaba en su vientre.

¿Qué podía hacer ahora? ¿Quién vendría en su ayuda?

Nadie. No vendrá nadie. Tienes que salir de esta tú misma, estúpida niña. ¿Creías que estarías protegida siempre? ¿Creías que todos los caballeros de las leyendas vendrían corriendo y se pondrían a tu entera disposición?

Levantó la mirada; vio una puerta delante de ella y se dio cuenta de dónde estaba.

Era la cámara de las reliquias, donde la Helsbayn descansaba sobre el pedestal. Si tan solo pudiera alcanzar la espada, podría demostrar su valía.

Trató de incorporarse y avanzó tambaleándose hacia la puerta tras la cual estaba su espada. Con el rabillo del ojo alcanzó a ver que Azai Dravos la seguía.

—¿Adónde vas? —preguntó él. El desafío parecía divertirlo—. No tienes adónde ir. No puedes huir de mí, niña.

Janessa llegó a la puerta, la empujó y entró en la pequeña sala. Sobre el pedestal vio la Helsbayn, la afamada espada que habían blandido sus antepasados en tantas victorias. Extendió la mano, pero antes de poder coger el arma, Dravos la agarró de la muñeca y la obligó a mirarlo.

Su roce le ardió en la piel. Ella se negó a gritar de dolor, pero cuando se vio atrapada por la siniestra mirada de Azai Dravos no pudo apartar la cara.

—Tu persistencia es admirable, pero inútil. Vas a prometerte a mi señor y entregarle tu trono, lo quieras o no. No puedes resistirte. Debes rendirte a mi voluntad.

Su mano parecía estar quemando la piel de Janessa. Sus ojos le penetraban el alma. Quiso gritar, pero no salieron palabras. El impulso de rogar que le diera un respiro era casi abrumador, pero incluso mientras los poderes del hechicero la desgarraban, de alguna manera logró encontrar la fortaleza para resistir.

No voy a suplicarle. No voy a rendirme. Prefiero morir.

Su rebeldía de pronto pareció frustrar a Dravos, que frunció el ceño, consternado.

—No puedes desobedecerme. Soy un acólito del Sha’kadi. Un sacerdote de la Luz Negra de Horas. Te someterás a mi voluntad.

—¡Ni hablar! —gritó Janessa. A continuación, le escupió en la cara.

Mientras la saliva le surcaba la mejilla, su única reacción fue mirar a Janessa y sonreír.

Ella sintió que se debilitaba, que su visión se oscurecía y se llenaba con imágenes de extraños horrores. Jamás podría resistirse, y lo sabía. Finalmente, Dravos ganaría.

Era demasiado tarde. Demasiado tarde para ella, para la ciudad..., para su hijo. No vendría ningún héroe. Nadie la salvaría.

El mundo empezó a oscurecerse, y ella se preguntó si alguna vez volvería a haber luz.

Mientras se desvanecía, le pareció ver la imagen del rostro de un hombre..., una cara hermosa, cruzada en un lado por un entramado de cicatrices.

Lo conocía desde hacía mucho tiempo. Por alguna razón, parecía importante..., pero, por mucho que lo intentaba, no podía deducir por qué.

Y cuando la oscuridad comenzó a consumirla, se dio cuenta de que ya no le importaba...

Mandel Shakurian cerró los ojos y escuchó el mar que chocaba contra los acantilados. Era un sonido que generalmente lo llenaba de paz y hacía que sus preocupaciones parecieran desaparecer. Pero este día Mandel seguía preocupado.

Era príncipe de Bahía Keidro, tercer señor del Camino de la Serpiente, amo de la isla Ghulrit y alto supervisor de la Red de las Especies. Este hombre, de lejos el más acaudalado de sus pares, vivía en una residencia costera que era prácticamente inexpugnable. Estaba ubicada en el promontorio más oriental de la isla, en dirección a Dravhistan, y rodeada de murallas que se elevaban más de doce metros. Los escarpados acantilados hacían imposible un ataque desde el mar y una sola puerta, protegida día y noche, permitía el acceso por tierra. Mandel Shakurian debería haberse sentido seguro en su bastión. Pero no lo estaba.

Sus preocupaciones habían empezado semanas atrás con la noticia de que habían asesinado a Bolo Pavitas en Steelhaven. En sí no era una novedad sorprendente; Bolo siempre había sido imprudente y todos esperaban su desaparición prematura, pero había sido el inicio de una matanza nunca vista en Bahía Keidro.

Cinco señores del Camino de la Serpiente habían muerto. Cinco de los compañeros de Mandel, todos hombres de dinero y poder. Reyes piratas, rodeados de verdaderos ejércitos, asesinados en sus hogares, en sus embarcaciones, incluso en la calle. Y no había ningún patrón para los homicidios; dos habían muerto silenciosamente en medio de la noche, los otros habían sido asesinados junto con docenas de sus guardias. El caudillo Amon Tugha debía haber soltado a todos los asesinos de las Tierras Fluviales para causar tamaño caos en Bahía Keidro, que se suponía el lugar más seguro para los señores del Camino de la Serpiente.

Maldito fuera Amon Tugha, ojalá se hundiera en el inframundo, y maldito el día en que los señores del Camino de la Serpiente habían hecho un pacto con él. En el momento había parecido un buen trato: los piratas le proporcionarían una flotilla de barcos artilleros y los hombres para navegarlos a cambio de un cargamento de esclavos teutones de primer nivel, muy codiciados en las Tierras Orientales desde la abolición del tráfico de esclavos en el norte. Naturalmente, después de la muerte de Bolo y de la pérdida de todos aquellos esclavos, el pacto había quedado sin efecto... o, al menos, eso creían ellos. Ahora, no podía estar más claro que Tugha seguía decidido a obtener sus embarcaciones.

—¡No! —dijo Mandel en voz alta, abriendo los ojos y contemplando el turbulento mar.

Jamás se rendiría a las exigencias de un paria elharim. Él era Mandel Shakurian, el más acaudalado de los señores del Camino de la Serpiente. No había obtenido semejante poderío amedrentándose ante cada amenaza de muerte.

Su residencia era una verdadera fortaleza, protegida por cuarenta de los guerreros más feroces del mundo conocido. Muchos habían sido adquiridos en los fosos de lucha de Mekkala y otros provenían de la lejana Kaer’Vahari. Había incrementado su número con esclavos comprados a los caudillos de los hombres-bestia de Equ’un. Estos guerreros, aunque estaban desmoralizados por la esclavitud, no dejaban de ser formidables combatientes, y obedecerían hasta el último de sus caprichos.

Los otros señores del Camino de la Serpiente habían sido descuidados, no habían tomado la amenaza lo bastante en serio. Mandel no cometería el mismo error. Estaba bien resguardado en ese sitio. No había nada que temer. Aun así, no lograba descansar.

Respiró profundamente la brisa marina, haciendo lo posible por apartar esos pensamientos. ¿Algo para distraerlo, quizá?

¿Comida? Se palmeó el sustancioso vientre. *Quizá no.*

¿Putas? No, esa distracción, por el momento, no. Mandel había más que saciado su sed de mujeres en los últimos días de luchas. Además, no había forma de saber qué aspecto tendrían los asesinos de Amon Tugha. Debía tener cuidado con los desconocidos, y rodearse de hombres a los que conocía y en quienes confiaba.

¿Música tal vez?

Mandel Shakurian se relajó un momento. De todos los placeres que se permitía, no había ninguno que le proporcionara tanto deleite como la música.

Se acercó al inmenso armario de roble que ocupaba una de las paredes de su habitación. Con el corazón palpitando, abrió las seis puertas, delicadamente grabadas con escenas de alegría y juerga. En el interior había un despliegue de instrumentos musicales provenientes de los cuatro puntos cardinales del mundo conocido: un arpa de Kaer’Vahari, cuyo marco estaba tallado de forma que pareciera un cisne; gaitas de guerra de las nevadas extensiones de Golgartha, cuyo sonido era tan perverso como los bárbaros que las habían manufacturado; un negro y lustroso laúd que se suponía que había sido ejecutado por el mismo rey de la espada Craetus; tambores de las tribus de los aeslanti, supuestamente fabricados con piel humana; y muchos más. Mandel contempló con orgullo su colección.

De niño se había educado en numerosas artes y se había convertido en un músico consumado antes de dedicarse al comercio de especias. Pero, por mucho que amaba la música, siempre había amado más el dinero, por lo que le resultó una decisión fácil convertirse en comerciante, en lugar de trovador. De todas maneras, Mandel tocaba un instrumento frecuentemente, por el placer que le proporcionaba.

Se paseó delante de los instrumentos, preguntándose cuál elegir. El laúd fue el que le pareció más atractivo, y extendió la mano para cogerlo.

Se oyó una fuerte campanada.

Mandel la reconoció de inmediato: la campanada de alerta.

Un intruso.

Pero no podía ser. Imposible, en su inexpugnable ciudadela. Solo un ejército

podría penetrarla. Debía de ser un error... ¿Una falsa alarma?

De todas maneras, cerró la puerta de su habitación y pasó los tres cerrojos que lo mantendrían seguro en el interior. Mientras retrocedía, contempló la puerta, preguntándose qué vendría desde el otro lado y si podría partirla para entrar o si se limitaría a esperarlo fuera.

Un alarido resonó por los tejados de la residencia.

Y la campana dejó de sonar.

Miró a su alrededor. Tenía que defenderse. Debía de haber algo en esa sala que pudiera utilizarse como arma. Pero Mandel Shakurian no era ningún guerrero. No necesitaba armas. Para eso se rodeaba de escoltas. Para eso les pagaba en oro.

Otro alarido, seguido de estridentes gritos de pánico.

Parecía que su oro no le había servido.

Se acercó al mueble, cogió el laúd negro del mango y lo blandió amenazadoramente... o lo más amenazadoramente que pudo. Sabía que debía de presentar una imagen patética, pero la sensación de la robusta madera en la mano lo calmó un poco.

Más gritos desde el exterior; ruido de metal. El alarido de alguien cayendo desde una gran altura, interrumpido de golpe por un nauseabundo ruido sordo.

Empezó a respirar con dificultad y sintió ganas urgentes de mear. Esto era intolerable, pero ¿qué podía hacer?

Tal vez podría negociar. Tal vez el oro lo ayudaría a salir de esto. Siempre le había dado resultado hasta el momento. No había ningún hombre en todos los continentes del mundo cuya lealtad no podría verse cuestionada ante la promesa de riquezas. Esa era la manera en que Mandel había ascendido tanto. El soborno siempre había sido su arma favorita, seguida, solo cuando era necesario, de amenazas de violencia o chantaje. Siempre le había dado resultado.

Un golpe en la puerta de la habitación le hizo dar un respingo y soltar un chillido patético.

Estaban allí. Habían venido a buscarlo y no tenía quien lo protegiera.

Otro golpe en la puerta.

Mandel apretó el laúd con fuerza. Se preguntó tristemente si habría llegado al final de su canción.

—¿Mi señor? ¿Estáis ahí?

Mandel dejó escapar el aliento que estaba conteniendo al oír a Dahlen, su secretario.

Otro golpe insistente.

—Mi señor..., por favor, dejadme entrar.

Mandel dio un paso hacia delante, luego se detuvo. ¿Y si alguien estaba amenazando a Dahlen a punta de cuchillo? ¿Y si los asesinos que habían invadido su hogar estaban esperando al otro lado de la puerta?

Su secretario volvió a golpear.

—Por favor, mi señor, debemos sacaros de aquí.

—¿Cómo sé que no es una trampa? —preguntó Mandel, tratando desesperadamente de aplacar el temblor de su voz.

—Mi señor, por favor, no tenemos tiempo para esto. Debemos marcharnos mientras podamos.

Mandel consideró las alternativas. Si permanecía dentro hasta que los intrusos pudieran derribar la puerta, estaría muerto. Si abría la puerta y era una trampa, estaría muerto.

Su única oportunidad era confiar en Dahlen.

Corrió los cerrojos y abrió la puerta, esperando encontrarse con terribles asesinos.

Su secretario parecía atemorizado —incluso aterrorizado—, pero Mandel sintió deseos de abrazarlo. A sus espaldas estaban tres de los hombres más feroces que había visto jamás y eran sus hombres. Dispuestos a dar la vida por él.

—Venid, mi señor —dijo Dahlen—. Debemos darnos prisa.

Mandel no discutió; siguió a su secretario por el pasillo. Los tres escoltas los rodearon: dos delante, blandiendo sus espadas con precaución; uno atrás, con un hacha en las manos color ébano.

Cuando atravesaron la residencia hacia la única puerta de entrada, Mandel se encontró con una escena horrenda. Los cuerpos de sus hombres yacían despatarrados por todas partes, entre muebles rotos y adornos destrozados. Las paredes estaban llenas de sangre y los cadáveres lo miraban con ojos inexpresivos; Mandel hizo lo que pudo para evitar sus expresiones acusadoras.

Con el corazón latiéndole a toda velocidad, avanzó por la casa junto a sus hombres hasta llegar a la sala de banquetes en el centro del edificio. Ahí no había ventanas y la única luz provenía de las hileras de ornamentados candelabros que bordeaban la sala.

Un repentino gemido hizo que los ojos de Mandel se dirigieran a través de la penumbra al sitio donde uno de sus guardias estaba apoyado contra la pared. De su boca manaba sangre y sus manos sostenían las entrañas, similares a una ristra de salchichas, que le colgaban del estómago abierto.

—Ya casi llegamos, mi señor —dijo Dahlen, sonando tan atemorizado como se sentía el mismo Mandel. El secretario se giró para ofrecerle una sonrisa tranquilizadora, pero en cambio sus ojos se abrieron de terror. El príncipe de Bahía Keidro se dio la vuelta y vio que el escolta que le cuidaba las espaldas ya no estaba allí.

Algo atravesó el aire con la velocidad de una flecha, y después de un ruido metálico uno de los candelabros se vino abajo. Las velas se apagaron y parte de la sala se hundió en la oscuridad.

El resto de los escoltas blandieron sus armas, pero no encontraron nada en la sombra. Mandel se acercó a Dahlen y ambos hombres se aferraron entre sí con miedo, esperando que en cualquier momento una horda de salvajes asesinos se les

echara encima desde la negrura y los hiciera picadillo.

Otro ruido y otro candelabro que caía. La sala se oscureció aún más. Algo se movió a la derecha de Mandel y sin vacilar uno de los escoltas avanzó valientemente hacia ese lugar.

Detrás, el segundo escolta gruñó y se desplomó hacia delante, con un cuchillo clavado en la espalda.

—Por todos los dioses... —gritó el príncipe, pero no llegó a terminar la frase antes de que el último candelabro se derrumbara, y la cámara quedara sumida en una negrura total.

Mandel se aferró a Dahlen como si le fuera la vida en ello y avanzaron a tientas en la oscuridad, en dirección de la puerta que estaba al otro extremo y que daba a la entrada principal de la residencia. Todo ese tiempo el poderoso señor no dejó de agarrar el laúd, sintiendo que le latía el corazón, y deseando gritar, deseando rogar por su vida.

Dahlen se abría paso avanzando en las sombras; se oyó el sonido del pomo de una puerta que se giraba, un cerrojo que se abría y de pronto le llegó la luz. Mandel prácticamente tropezó con su secretario en su prisa por dejar atrás la cámara a oscuras. Los dos salieron tambaleándose al vestíbulo.

El tercer señor del Camino de la Serpiente se dio la vuelta, esperando que un asesino se le echara encima desde la negrura, pero fue su último escolta el que apareció por el umbral. La sangre le manaba a chorros desde un gran corte que tenía en la garganta. No dio muchos pasos. Dahlen lanzó un alarido de terror; empujó a su señor tras él y lo hizo avanzar por la sala. El vestíbulo de la residencia de Mandel era magnífico y había sido construido para reflejar la opulencia de su hogar y las riquezas que poseía. Tenía columnas de mármol, talladas de modo que se asemejaran a enormes troncos, con enredaderas retorciéndose en torno a sus ramas de pura blancura. Las paredes estaban bordeadas de espejos, haciendo que la sala se viera verdaderamente inmensa. Pero Mandel no tenía tiempo para admirar su reflejo. Los espejos solo servían para multiplicar los cadáveres esparcidos en su camino.

—Ya casi llegamos, mi señor —jadeó Dahlen cuando estuvieron delante de la puerta principal de la residencia. El secretario rebuscó con dificultad en el llavero lleno de llaves que colgaba de su cinturón hasta que encontró la que encajaba en la cerradura. El temor de Mandel comenzó a disminuir ante la perspectiva de la huida.

Dahlen abrió la puerta, dejando a la vista el patio que estaba al otro lado y la entrada principal en el extremo más lejano. Estaba abierta; bajo su sombra dos guardias yacían en una posición torpe, en medio de charcos de su propia sangre. Pero Mandel no intentó atravesar el patio corriendo. Se quedó inmóvil cuando sintió el frío metal del cuchillo contra la garganta.

Cuando se volvió, los ojos del secretario se llenaron de terror. Podía ver al asesino y el cuchillo en la garganta de su señor.

—¿Dahlen? —dijo Mandel, aunque no estaba muy seguro de qué quería que

hiciera su secretario.

Entonces una voz, tan cerca que Mandel pudo sentir su aliento en la nuca, dijo:

—Huye.

Una sola palabra en la lengua teutona. Dahlen dudó durante un momento fugaz, como si no pudiera creer su suerte. Luego comenzó a apartarse.

—Dahlen, no me dejes aquí —suplicó Mandel, pero su secretario ya estaba cruzando el patio.

—Lo siento de verdad, señor —gritó por encima del hombro mientras escapaba por la entrada.

Mandel miró aterrizado cómo su «fiel» secretario lo abandonaba a su suerte.

—Cierra la puerta —susurró la voz.

Con la mano que tenía libre, empujó la gran puerta de su residencia hasta que se cerró. Con la otra seguía aferrando el negro laúd de madera, aunque dudaba de que le sirviera de algo.

Una vez que la puerta se cerró, el asesino le apartó el cuchillo del cuello.

—Date la vuelta —ordenó.

Mandel giró lentamente, preguntándose qué clase de monstruo le habría mandado Amon Tugha. Desde luego, no esperaba al joven que tenía delante. Aunque sus ropas estaban empapadas con la sangre de sus hombres y un lado de la cara estaba marcado por una trama de cicatrices entrecruzadas, no era la bestia que había imaginado. El asesino era poco más que un muchacho, de rasgos fuertes y, a pesar de las cicatrices, apuesto. Pero cuando Mandel lo miró a los ojos no encontró en ellos misericordia alguna, ni remordimiento. Esos ojos habían visto la muerte a una escala con la que él solo podía soñar, y supo que estaba contemplando el rostro de su asesino.

—Adelante, hazlo —dijo, harto de esperar. No aceptaría que se jugara con él, ni que lo hicieran sufrir más. Si tenía que morir, lo haría en sus propios términos. No había alcanzado tal nivel de riquezas y poder asustándose cada vez que lo amenazaban de muerte.

El asesino, sin embargo, negó con la cabeza.

—No, Mandel Shakurian. No he venido a matarte.

Entonces, ¿qué? ¿Has venido a charlar mientras tomamos té y pastas? ¡Porque en ese caso no estoy seguro de que hubiera sido necesario asesinar a toda una cohorte de mis escoltas!

—Yo no...

El asesino buscó dentro de su túnica gris y, con una mano teñida de sangre, extrajo un pergamino.

—Firma esto —ordenó, ofreciéndole el papel— o te tocará esto. —Con la otra mano le mostró la hoja muy usada. No había muchas dudas sobre lo que quería decir.

Con una mano temblorosa Mandel cogió el pedazo de vitela, que se veía ajado y con las esquinas dobladas. Leyó con cuidado las palabras, escritas con una cuidadosa caligrafía en la jerga mercantil de las Tierras Orientales. Contenía los detalles del

pagaré original que le habían entregado a Amon Tugha, especificando la flotilla de embarcaciones que le proporcionarían, los marineros escogidos para tripularlas, la artillería que transportarían y los mercenarios que la utilizarían. En la parte inferior del papel, garabateados con tinta roja por manos temblorosas, había cuatro nombres más —los cuatro señores del Camino de la Serpiente que aún estaban con vida—: Lyssa de Tul Shazan, lord Kurze, Halcion Graal y Javez Al Kadeef. De los que quedaban, solo faltaba su firma.

—Pero... —Mandel no sabía qué decir. Él había sido el primero en sugerir que se resistieran al tirano elharim, pero era evidente que los otros señores habían sucumbido al persuasivo mensajero del caudillo.

—O firmas esto, o recibirás esto otro —repitió el asesino.

Mandel miró fijamente ese joven rostro y los fríos ojos que delataban una experiencia superior a sus años. Durante un momento fugaz se preguntó si este sería uno de los asesinos elharim de Amon Tugha, un inmortal homicida del lejano norte. Tampoco tenía importancia. Aunque solo era un hombre, estaba claro que podría matar a Mandel igual que cualquier inmortal.

—No tengo cálamo ni tinta —dijo, puesto que era obvio que no tenía elección.

Con un veloz movimiento, el asesino se sacó algo de la manga y lo pinchó con ese objeto. Mandel lanzó un chillido cuando le penetró en la carne del antebrazo. A continuación el asesino sostuvo el objeto ante él. Era una aguja metálica larga y delgada, una de cuyas puntas estaba afilada como la de un cálamo y ahora cubierta con una gruesa capa de la sangre del acaudalado príncipe.

Con una mano temblorosa, Mandel cogió el instrumento de metal y firmó en el pergamino, notando que su caligrafía era igual de delgada que las de los otros. Una vez que terminó, el asesino le quitó el pergamino y la pluma y se los guardó en la túnica.

—Esto no será olvidado —dijo el homicida marcado—. Ninguna traición será perdonada. —Mandel hizo un gesto de aceptación antes de que el asesino añadiera—: Date la vuelta.

Sin decir palabra, el señor de la casa obedeció.

Contempló la madera de su puerta principal por lo que pareció una eternidad. Esperaba que en cualquier momento el asesino lo apuñalara en la espalda y le cortara la garganta, pero no recibió ningún ataque letal. Cuando reunió el coraje para volverse, aquel letal desconocido se había marchado.

Temblando, Mandel abrió la puerta principal y dejó que la luz del sol lo cubriera, sintiendo que el alivio crecía en su interior. Salió al patio, se detuvo entre los cadáveres de sus escoltas, y notó que todavía llevaba el laúd en la mano.

Para lo mucho que le había servido.

Lo dejó caer al suelo, con un ruido discordante. Luego levantó la espada caída de uno de sus guardias.

Tenía que encontrar a su secretario, Dahlen.

Mandel disfrutaría cuando pudiera enseñarle el significado de la lealtad...

Kaira observó a Merrick mientras se desplomaba en su litera todavía totalmente vestido. Se había sentido furiosa. Seguía estándolo, pero no era el momento de pensar en eso. Merrick empezó a roncar mientras ella se ponía la armadura y se sujetaba la espada a un lado.

Les había pedido a Statton y a Waldin que se mantuvieran en su puesto cuando en realidad les tocaba a ella y a Merrick. Aunque él no sería de utilidad, al menos ella podría darle un descanso a alguno de los dos. Si Garret se enteraba de lo que había ocurrido, todos estarían metidos en un buen lío; de eso no había duda. Pero Kaira se atendería a las consecuencias como lo hacía con todas las cosas: de frente. Había sido más importante encontrar a Merrick, evitar que recayera en sus antiguos hábitos. En algún lugar de él había un buen hombre, pero tenía tendencia a ataques de autocompasión. Lo había salvado una vez, pero no sabía con qué frecuencia podría seguir haciéndolo.

Salió de prisa de las barracas y atravesó los pasillos de Skyhelm. A esta altura la reina ya estaría en su cámara y, si había suerte, Kaira podría relevar a Waldin o a Statton antes de que nadie se diera cuenta. A esa hora de la noche los pasillos del palacio estaban desiertos, sin embargo ella se sentía inquieta. ¿Era por la culpa? Le parecía que los antiguos tapices y los austeros retratos de reyes muertos tiempo atrás la estaban juzgando. ¿Sería la vergüenza de haber abandonado su puesto para encontrar a Merrick?

Avanzó hacia el relicario, justo debajo de las cámaras superiores. Al abrir la puerta vio una escena que casi hizo que se le parara el corazón. Dos Centinelas yacían en el suelo, con los yelmos destrozados. Ninguno se movía.

Desenvainó la espada y se acercó, pero la alarmó ver al canciller Durket encogido en un rincón. Tenía el rostro cubierto de lágrimas y se mordía con fuerza los nudillos como desesperado por contener los sollozos.

Kaira se disponía a preguntar qué había ocurrido, pero se maldijo cuando oyó un movimiento en las sombras a su izquierda. Apenas tuvo tiempo de esquivar el ataque.

Evitó el golpe y regresó trastabillando al centro de la cámara. Con dificultad, en la luz mortecina de la antorcha, logró distinguir a cuatro hombres que la rodeaban. Llevaban túnicas rojas y rostros inexpresivos, pero de todas maneras ella sabía cuáles eran sus intenciones. La querían muerta.

Si bien esos escoltas extranjeros estaban desarmados, eran claramente peligrosos, según demostraban los Centinelas caídos, y Kaira no tenía tiempo de preguntarse por qué de repente se habían vuelto contra los caballeros de Skyhelm. Dos se abalanzaron sobre ella y el combate comenzó.

La espada de Kaira cruzó el aire, cerca del suelo y a toda velocidad. Le acertó a

una pierna en la parte inferior, pero, al tiempo que el escolta vestido de rojo se desplomaba, sintió un golpe en el costado. A pesar de la armadura que la cubría desde el cuello hasta los pies, el golpe la hizo estremecerse y la empujó a un lado. Tuvo poco tiempo de recuperarse antes de que otro guerrero saltara sobre ella. Kaira rodó hacia la izquierda, en dirección a donde se escondía Durket, justo cuando el pie de su atacante impactó contra las baldosas del suelo y algunas astillas volaron por el aire.

El canciller Durket lanzó un gemido y se apartó del combate lo más rápido que sus andares de pato gordo le permitieron.

En un instante, Kaira se puso de pie, en el preciso momento en que otro atacante corría hacia ella. Trazó un arco elevado con la espada, pero el hombre se agachó, a una velocidad increíble, y la golpeó en el estómago. Se oyó un golpe sordo cuando su peto se dobló hacia dentro. El golpe la impulsó hacia atrás, perdió pie y cayó sobre una rodilla; había perdido todo el aire de los pulmones. Mientras estaba en el suelo tuvo tiempo suficiente para notar que el primero de los escoltas de Dravos se arrastraba silenciosamente por la cámara en busca de su pierna cortada, antes de que los otros tres se le vinieran encima.

Pateó a uno de ellos y lo hizo caer hacia atrás; luego rodó de lado. Antes de poder incorporarse, otro golpe en el hombro la hizo trastabillar. Giró por instinto, adivinando que el tercer atacante estaba por abalanzarse sobre ella. La jugada dio resultado y su espada encontró el blanco, penetrándole la túnica y entrándole en el pecho a través de las costillas. El guerrero la miró en silencio, sin dar señal alguna de dolor ni emoción. Luego le agarró la espada por la empuñadura y se la quitó de las manos al tiempo que moría.

Los últimos dos escoltas no le dieron respiro, y se le acercaron corriendo mientras ella estaba desarmada. Kaira conocía bien el arte de la lucha, pero que pudiera enfrentarse de igual a igual a esos demonios era otro asunto.

Uno de ellos le asestó una secuencia de golpes veloces como un relámpago. Kaira apenas pudo agacharse y esquivarlos. Se retorció para apartarse, pero al retroceder se topó con una columna. El segundo guardia llegó de la nada y su brazo se movió demasiado rápido como para verlo. Ella se quitó de en medio justo a tiempo y el puño del guerrero se aplastó contra la columna, dejando una grieta en la mampostería.

Kaira le pateó la rodilla y lo aplastó contra el suelo, luego le agarró el pelo entre los dedos y le golpeó la cabeza contra la columna dos veces en rápida sucesión. Con ello logró que se desplomara, pero Kaira no tuvo tiempo de regocijarse por la victoria antes de que el último de los guardias le asestara un golpe con la palma de la mano. El golpe le desplazó la gola, le impactó en la mejilla y le hizo perder el equilibrio. Era como si la hubiera golpeado con un ariete y solo por la gracia de Vorena no le arrancó la cabeza de los hombros.

Trastabilló y levantó los brazos para bloquear una patada que la empujó hacia atrás. Su pie chocó contra algo y ella se tambaleó y cayó de lado. Apenas tuvo tiempo de darse cuenta de que había tropezado con uno de los Centinelas derribados antes de

que el último guerrero saltara sobre ella, dispuesto a asestarle una patada mortal.

Kaira extendió la mano y alcanzó a coger una de las espadas caídas; luego rodó y trazó un arco con la hoja a medida que se incorporaba, rezando en silencio por dar en el blanco.

El cuerpo golpeó contra el suelo con un ruido sordo y la cabeza rebotó sobre las baldosas del relicario.

Kaira tomó aliento, examinando la escena de la carnicería, antes de avanzar con determinación hacia el último de los escoltas, quien ya había encontrado su pierna amputada y la examinaba con muda atención.

Su golpe ejecutor fue veloz y definitivo.

—Impresionante —dijo una voz, aunque no sonaba para nada impresionada. Kaira se giró y se encontró con Azai Dravos de pie en el borde de la cámara.

A su lado y arrodillada, estaba la reina Janessa. Kaira apretó con fuerza la espada que tenía al costado.

—¿Qué significa todo esto? —exigió saber mientras avanzaba hacia él—. ¿Os habéis vuelto loco? Ella es la reina de los Estados Libres.

Azai Dravos miró a Janessa y sonrió.

—Ya no —dijo—. Ahora es mi reina.

—¡Demonio! —Kaira escupió la palabra, levantando su arma y avanzando hacia él. Pero justo cuando estaba mirando con odio al hombre, se quedó paralizada. Atrapada en esos ojos verdes, de pronto ya no quería hacerle daño. De hecho, se sentía mejor dispuesta hacia él cada vez que tomaba aliento.

—En realidad no soy un demonio —dijo Dravos—. Pero tengo algunos talentos que me han permitido quebrar el espíritu de tu joven reina. Habría preferido convencerla a la antigua usanza. La coacción representa mucho más esfuerzo para mis facultades, pero parece que ella es tozuda. Aunque no lo bastante. Está embarazada, ¿sabes? Y sin haber contraído matrimonio. —Hizo un gesto reprobatorio—. Supongo que normalmente eso causaría toda clase de problemas, pero yo tengo la solución para este asunto, ¿verdad, querida?

Le dio a Janessa una palmada afectuosa en la cabeza. Solo por ese insulto Kaira habría atravesado a ese cabrón, pero en cambio dejó la espada a un lado.

Era brujería, pura y sencillamente. Este hombre era un hechicero con un poder considerable y ahora la tenía bajo su encantamiento, igual que a su reina. No había mucho que Kaira pudiera hacer.

¿O sí? ¿Podría buscar en lo profundo de su interior la fuerza necesaria para resistírsele? ¿Podría invocar poderes superiores a los de él?

—Jamás te saldrás con la tuya —dijo.

Porque yo soy la mano armada de Vorena.

Dravos se limitó a sonreír.

—Oh, pero ya lo he hecho. Ya ves: ella está bajo mi embrujo. Como tú. Pero no te sientas mal. No sufrirás mucho tiempo.

Ella me da valentía en la oscuridad. Es una llama resplandeciente. Una luz para los perdidos.

Kaira sintió que la mano se le aflojaba en torno a la hoja hasta que finalmente la dejó caer. El arma chocó contra el suelo con un estrépito. Dravos se acercó sin dejar de contemplarla todo el tiempo con esos ojos verdes. Ella se vio obligada a devolverle la mirada; ya no tenía control sobre su cuerpo, pero había una parte de su mente que todavía estaba libre.

En su servicio mi pensamiento y mi propósito son decididos.

Dravos extrajo de su túnica una daga con una siniestra forma curva.

—Parece un verdadero desperdicio —dijo, levantándola—. Pero me costará mucho mantener a raya a tu reina. No tengo tiempo de controlarlos a las dos. Es un asunto muy complicado, pero no quiero aburrirte con los detalles.

Defensora de los débiles, instrumento de rectitud, refinado y templado en la batalla, dispuesta a aniquilar a los enemigos de mis dioses y de mi rey.

Dravos le pasó la hoja por la mejilla y Kaira no pudo hacer nada para impedirselo. Sintió un hilito de sangre que le caía por el mentón y le bajaba por la garganta.

En ese momento supo que su muerte era inminente y reunió toda la fuerza de voluntad que pudo para un último acto de desafío.

—Vorena es fuerza —dijo escupiendo las palabras.

Azai Dravos enarcó las cejas, luego se echó a reír.

Y, durante un momento fugacísimo, sus ojos parpadearon.

El puño de Kaira salió disparado y le acertó directamente en la cara, reventándole la nariz. Él cayó hacia atrás y ella no vaciló; se agachó a recoger la espada caída y la levantó para el golpe de gracia. Cuando la bajó para cortar a Dravos en dos, él murmuró algo inaudible. Desapareció en un estallido de polvo verde, justo cuando la hoja de la espada de la antigua sacerdotisa chocó contra el suelo vacío.

La espada seguía temblándole en la mano y Kaira se quedó allí, incapaz de creer lo que acababa de presenciar. En ese momento algo la golpeó desde atrás. Había sido una estocada veloz, precisa, pero no profunda; la daga de Dravos había encontrado una abertura en su armadura entre el peto y la escarcela. Aunque el corte que le había hecho en la cadera no era profundo, la impresión hizo que Kaira diera un grito. Hizo girar la espada, pero Dravos había desaparecido nuevamente y solo quedaba un polvo verde para probar que había estado allí.

Ya en guardia, Kaira esperó que reapareciera. Aquella era la más atroz de las brujerías. Dravos debía ser destruido y ella lo atacaría a la primera señal de su presencia.

Una figura saltó delante de ella en un relámpago verde, pero antes de poder reaccionar, Kaira sintió un corte entre el avambrazo y el guantelete. Este sí era profundo; le acertó en la parte de atrás de la muñeca y le hizo soltar la espada una vez más. Antes de poder agacharse a recogerla, Dravos apareció nuevamente y le practicó

un tajo en la parte de atrás de la rodilla.

Kaira lanzó un gruñido de dolor y cayó al suelo. Esta vez el hechicero no desapareció en una nube de humo verde, sino que se quedó allí, mirándola. Ella trató de moverse, de agarrarlo, pero con la muñeca cortada y la pierna herida ni siquiera podía ponerse de pie.

—Muy valiente, por cierto —dijo Dravos—. Pero inútil.

Paralizándola otra vez con esa mirada verde, dio un paso adelante con la daga en ristre.

—Tu muerte será rápida —dijo, buscándole la garganta con la daga—. Te daré esa clemencia. Y quién sabe, tal vez algún día erijan una estatua en tu ho...

Unos treinta centímetros de acero salieron del pecho de Dravos. La luz verde de sus ojos palideció y una mirada de confusión le cruzó la cara.

De inmediato el encantamiento se quebró y Kaira pudo ver a alguien detrás de él. Alguien que blandía la espada sagrada, la Helsbayn.

En un solo movimiento veloz, Janessa extrajo la espada de la espalda de Dravos y la hizo girar con fuerza, separándole la cabeza de los hombros fácilmente. El cuerpo y la cabeza se desplomaron.

Durante un largo momento la reina miró al hechicero, con odio en los ojos; luego escupió sobre su cuerpo.

Janessa encorvó los hombros de repente y cayó de rodillas junto a Kaira.

—Lo siento —dijo—. Lo siento.

A su leal esolta le dolió oír esas palabras.

—No —respondió—. Todo esto es por mi culpa. Majestad, perdonadme.

En algún lugar del fondo de la sala, Durket consiguió hacer el esfuerzo de ponerse de pie y huyó a la mayor velocidad que le permitía su oronda figura.

—Lo que él dijo era cierto —sollozó Janessa—. Estoy embarazada. Estoy perdida.

Sus lágrimas empezaron a caer con fuerza, su llanto se hizo más abundante, pero ella seguía aferrando la empuñadura de la Helsbayn.

Kaira le quitó la espada. Tendría que haber algún decoro, algún límite marcado por el respeto, pero en ese momento lo que tenía delante era una niña, no la reina. Una niña cuya vida había sido amenazada, y no por primera vez. Una joven que no solo llevaba en los hombros el peso de un reino, sino también el de un niño aún no nacido, y sin madre, padre o marido que la ayudaran a soportar su carga.

A pesar del dolor en la muñeca, la cara y la rodilla, Kaira rodeó a Janessa con los brazos y la acercó a ella.

—No estás perdida, niña. Yo estoy aquí.

Mantuvo a Janessa así abrazada hasta que finalmente Odaka llegó corriendo al relicario, acompañado de una docena de Centinelas. Durante un brevísimo momento examinó los cadáveres dentro de la cámara, luego se arrodilló al lado de la reina.

—Majestad, el canciller Durket me ha contado lo que ha ocurrido. Lo siento

mucho; debería haber previsto algo como esto. Debería haber estado aquí.

Janessa se limpió los ojos y luego, con dificultad, se puso de pie.

—No, Odaka. La culpa es mía.

Kaira también se incorporó, ayudada por dos de sus hermanos Centinelas.

—Mis disculpas, Odaka. Debería haber estado junto a su majestad. La culpa de todo esto es mía.

El consejero contempló los cadáveres de Dravos y sus hombres.

—Me da la impresión de que llegaste justo a tiempo. Hay que mirar tus heridas. Yo me ocupo de limpiar este desastre.

Mientras los Centinelas la ayudaban a salir del relicario, Kaira lanzó una última mirada a Statton y Waldin, que yacían mudos en el suelo. Habían estado de servicio en ese sitio porque ella había incumplido sus obligaciones, y la culpa hizo que sintiera un repentino dolor tan profundo como las heridas que tenía en el cuerpo.

Una vez en las barracas, el cirujano de palacio le trató las heridas. Kaira no dijo palabra mientras le vendaban la muñeca, la rodilla y el muslo y le limpiaban el corte de la cara. Ninguna de las heridas era especialmente profunda, aunque durante los días siguientes no podría empuñar una espada y era probable que la cojera le durara más tiempo. De todas maneras, estaba desesperada por cumplir con su deber.

Había defraudado a la reina Janessa. Mientras trataba de proteger a Merrick de sí mismo.

Bueno, nunca más. Kaira ya había arriesgado lo suficiente consintiéndole a ese hombre sus cambios de ánimo y sus remordimientos. Había fracasado miserablemente en su deber hacia otras personas. En adelante, Merrick Ryder podría cuidarse a sí mismo.

Como esperaba, cuando amaneció, el capitán Garret los convocó a ella y a Merrick. Estaba hirviendo de rabia.

—¿Y bien? —dijo—. ¿Dónde estabais? Se suponía que vosotros dos tendríais que haber estado de guardia.

Merrick la miró. Ella sabía que debería haber confesado, pero por alguna razón todavía sentía lealtad hacia él.

—Fue culpa mía —empezó a decir Kaira—. Debería...

—No —la interrumpió Merrick—. Fue culpa mía. Abandoné las barracas y Kaira vino a buscarme. Yo estaba...

—¡Basta! —prorrumpió Garret—. No quiero oírlo. Ya no importa, de todas maneras. Si no estuviera tan escaso de hombres os mandarían azotar a los dos y os arrojaría a la calle. Y tú... —El capitán se colocó delante de Merrick, con las narices casi tocándose—. He sido demasiado permisivo contigo. Permití que te comportaras como si esto fuera una jodida excursión campestre y tú te lo tomaste a broma demasiadas veces. Tienes que pensar, muchacho. Piensa si quieres quedarte o no, y si no quieres quedarte, puedes marcharte cuanto antes.

—Sí quiero quedarme —respondió Merrick sin vacilar—. Ahora lo sé. Tengo un

deber que cumplir. Ahora más que nunca.

Eso pareció serenar un poco a Garret.

—Muy bien. Pero es tu última oportunidad. —Agitó una mano—. Podéis retiraros.

—¿Waldin y Statton? —preguntó Kaira antes de marcharse—. ¿Cómo están?

Garret la miró con expresión sombría.

—Waldin no ha recuperado la conciencia. —Luego hizo una pausa, como si ya no pudiera seguir hablando.

—¿Y Statton?

Garret se limitó a negar con la cabeza.

Kaira apretó los puños y se dio la vuelta. Merrick y ella atravesaron el patio y él empezó a hablar.

—Mira, lo siento...

—Ahórratelo —replicó ella—. No me interesa.

—Pero...

Ella giró sobre él, con los puños cerrados, lista para volver a pegarle, a pesar de los dolores que tenía en todo el cuerpo.

—Hemos terminado, Ryder. Garret nos acaba de dar una última oportunidad para redimir nuestro honor. Juntos cumpliremos con nuestro deber de proteger a la reina. Salvo por eso, no existes para mí. ¿Está claro?

Lo dejó en el patio sin esperar respuesta.

La magistrada Gelredida no había parecido para nada perturbada por los contratiempos de Waylian en las calles de Northgate. Era casi como si los hubiera esperado. Pero en lugar de regañarlo por su incompetencia, simplemente le asignó otra tarea.

Él le habló del orfanato y de cómo Fletcher obligaba a trabajar a los niños. Ella no pareció muy preocupada por la situación desgraciada de esos pequeños y en cambio se mostró más interesada en Milius, el boticario. Waylian había esperado con temor el momento en que debería contarle lo que había pasado: que él había preferido salir corriendo en plena noche antes que ser asesinado por un envenenador, pero era como si ella supiera que eso iba a pasar.

—No te preocupes —dijo—. Es de esperar que estas cosas pasen.

¿Es de esperar que estas cosas pasen?

Pocas semanas antes, si Waylian le hubiera contado a la Bruja Roja que había fracasado en alguno de sus encargos, ella lo habría mandado a limpiar retretes durante un mes. Empezaba a preguntarse quién era esta mujer que había encontrado a su regreso de las montañas Kriega. Exhibía tolerancia, comprensión e incluso parecía valorarlo con mayor consideración.

Pero también el mismo Waylian había cambiado. Era más fuerte, más decidido..., ¿más valiente, incluso? Con la llegada de la guerra todo el mundo tenía que cambiar. Tal vez Gelredida era la que más había cambiado de todos.

Atravesaban una época peligrosa, y si ella no encontraba la manera de convencer a los archimaestros de que se unieran a la lucha, la ciudad probablemente quedaría destruida. Era un misterio qué podría hacer Waylian para ayudar, pero ¿quién era él para discutir con la magistrada?

Se sentó a su escritorio. Sabía que tendría muy poco tiempo para tomarse un respiro breve antes de que le tocara una nueva tarea y por eso aguardaba ansiosamente los momentos en los que podía estar solo. Sobre el escritorio había un libro y un pergamino. Tocó el pequeño cuadrado de papel, mirando la dirección allí escrita. Gelredida ya le había dicho cuál sería su nueva tarea: trasladarse al barrio de los Oficios, encontrar a Josiah Klumm y llevarlo a la casa segura, cuya dirección estaba en el dorso de la nota.

¿Qué podría ser más sencillo?

Waylian tenía la sensación de que cualquier cosa podría ser más condenadamente sencilla. Las tareas que le asignaba su señora jamás eran tan fáciles como parecían y por lo general lo ponían en grave riesgo. Pero empezaba a admitir que disfrutaba bastante del peligro.

Sí, había chillado y gemido cuando creyó que una bestia de la montaña iba a

comérselo vivo, pero ¿quién no lo habría hecho? Recordándolo, lo cierto es que había sentido una excitación para nada pequeña en aquellas montañas. Una excitación al menos equivalente a la de aquel día en la Capilla de los Necrófagos.

Waylian se había vuelto importante. Tenía una función, y estaba haciendo algo bueno, algo valioso. Incluso aunque no supiera exactamente cómo ni por qué.

Volvió la mirada a su escritorio y al grueso volumen abierto que tenía delante. La escritura, trazada con tinta negra, era elegante, y la sintaxis, en parte, era arcaica. Pero se dio cuenta de que entendía el fondo de la cuestión con más facilidad que cualquier otro libro que hubiera leído. Se llamaba *Autoridad de la voz*. No tenía ningún subtítulo esotérico; ni tan siquiera el nombre de su autor estampado en la portada.

Contenía capítulos enteros sobre cómo romper el Velo y aprovechar la magia que podía desencadenar un inmenso poder cósmico con una palabra. Waylian estaba interesadísimo en lo que pudiera aprender. Si descifraba los secretos de ese tomo, podría dominar las mentes de los hombres. Hacer trizas su cordura. Torcer su voluntad para que cumplieran con todos sus caprichos. Con una palabra sería capaz de marchitar plantas, cambiar el clima o mandar mensajes con pájaros.

La idea lo entusiasmaba más de lo que podía expresar, pero no pensó ni por un momento que se encontraba cerca de poder hacer caer el cielo con un susurro. Por ahora tendría que conformarse con algo fácil.

Delante de él, sobre el escritorio, había un espejito. Waylian nunca había sido muy aficionado a su propio reflejo, aunque en los últimos días no se sentía tan insatisfecho al respecto como antes. De todas maneras, eso no le impediría tratar de destruirlo con una palabra.

Desde el Templo de los Necrófagos, desde el día que había derrotado a Rembram Thule, había querido recuperar el poder que había sentido. Una sola palabra, una palabra que no podía recordar, le había salvado la vida aquel día.

Gelredida había sugerido que leyera más sobre ese talento antes de intentar practicarlo, pero Waylian sabía que era muy probable que pronto necesitara los poderes de la magia una vez más. Su propia vida podría volver a depender de eso. Tampoco podía enfrentarse a los khurtas sin más armas que el entrecejo fruncido y un aliento con olor a ajo.

Después de mucho estudiar, Waylian había encontrado en el libro lo que buscaba. La palabra destructora era *Avaggdu*. Se utilizaba para hacer que el Velo cambiara la forma de objetos inanimados. Que los hiciera pedazos o los retorciera o los convirtiera en otra cosa. Considerando los riesgos, estimó que lo mejor sería empezar con algo pequeño.

Pronunció la palabra mientras miraba el espejo.

—¡*Avaggdu!*

El espejo solo le devolvió la mirada.

Bueno, ¿qué esperabas con el primer intento?

—*Avaggu* —repitió. Esta vez con más fuerza. Con una inflexión diferente.

Todavía nada.

Las instrucciones del libro decían que no tenía nada que ver con la emoción o la necesidad, sino con la competencia del Canalizador en el Arte, lo que fuera que eso significara. Estaba claro que necesitaba más práctica; pero, en ese caso, ¿cómo había logrado manifestar la habilidad cuando había estado a punto de morir? No sería solo coincidencia, ¿verdad? Seguramente debía de haber alguna conexión emocional, algo relacionado con el miedo...

Volvió a mirarse reflejado en el espejo.

—*Avaggu* —repitió, esta vez tratando de que no mediaran ni pensamientos ni emociones.

Todavía nada, pero al decir la palabra, experimentó una extraña sensación de náusea en el estómago. En lugar de reprimirla, Waylian la dejó crecer en la barriga. Era incómoda, seguro, pero no del todo desagradable.

—*Avaggu* —dijo nuevamente.

Esta vez, mientras miraba su reflejo, una gota de sangre floreció en su ojo. El espejo se curvó, doblando su imagen, retorciéndola hasta convertirla en algo maligno.

Se oyó un golpe en la puerta de su habitación.

Waylian dio un salto y rápidamente extendió la manga para limpiarse la sangre de la cara. La sensación de náusea remitió, solo para ser reemplazada por una de repulsión por lo que acababa de hacer. Eso no estaba bien. Todo aquello daba la impresión de que estaba realmente mal, pero, en cualquier caso, ¿la magia no se trataba precisamente de eso?

Otros golpecitos en la puerta. Sin duda alguien estaba impacientándose.

—Voy —dijo. Se levantó del escritorio y se acercó a la puerta.

La abrió, casi esperando encontrar a Gelredida con otra tarea para él, de modo que fue algo parecido a una sorpresa toparse con dos hombres.

Al primero Waylian lo reconoció. Era de baja estatura, con una mata de pelo gris y rizado. Nero Laius tenía una sonrisa franca y amable, tan diferente de los otros archimaestros.

—Hola, Waylian —dijo el Maestro Adivinador—. ¿Podemos pasar?

—Sí —respondió. Se hizo a un lado para que los dos hombres pudieran entrar en su cuarto.

La segunda figura tuvo que agacharse debajo del dintel para poder pasar; sus hombros, cubiertos por una armadura negra, casi tocaban ambos lados del marco de la puerta. Tenía el yelmo bajo el brazo, dejando al descubierto un rostro adusto coronado por un cabello blanco y corto. Cuando pasó, sus ojos examinaron a Waylian, luego el escritorio, la cama, la ventana, el techo..., revisando la habitación como si buscara alguna señal de peligro.

—Ya conoces al mariscal Ferenz, desde luego.

Waylian trató de tragar saliva, pero descubrió que la garganta se le secaba cada

vez más.

—Eh..., no. Creo que no he tenido el placer. —El hombre no le ofreció la mano para estrechársela, y él tampoco pensaba extender la suya. Por supuesto que había oído hablar del mariscal de los Caballeros Cuervo, pero por fortuna jamás había tenido la necesidad de hablar con él.

—Por favor, siéntate, Waylian —dijo Nero, y él mismo se sentó en la silla que estaba junto al escritorio.

El único lugar que quedaba era la cama y Waylian se instaló obedientemente en ella. Jamás se había sentido tan incómodo en su colchón de plumas. Por su parte, el mariscal Ferez se quedó de pie delante de la puerta y lo miró fijamente.

—Eh... ¿Qué puedo hacer por vos, archimaestro?

Nero sonrió, como si Waylian acabara de hacer un chiste. A Ferez no le pareció especialmente gracioso.

—Se trata más de lo que yo puedo hacer por ti, Waylian —respondió el archimaestro.

Los ojos del joven saltaron de Nero a Ferez, del amable al imponente.

—No entiendo, archimaestro.

—Oh, vamos, joven Waylian. Seguramente la magistrada Gelredida te ha contado que el Crisol se ha interesado en ti, ¿verdad? Todos saben que eres un estudiante con un gran potencial. Un talentoso candidato para el futuro.

—Eh... No. No lo ha mencionado.

Nero parecía asombrado.

—No puedo creer que se guardara semejante cosa. Pero bueno, en realidad sus opiniones nunca han coincidido con las del Crisol, ¿o me equivoco, Ferez? —El mariscal de los Caballeros Cuervo negó con su cabeza de granito—. Bien, si ella no te ha contado el potencial que has mostrado en las últimas semanas, por favor permíteme rectificar la situación. Se dice que eres un estudiante muy diligente, admirado tanto por tus camaradas como por tus tutores. Ayudaste a derrotar a un gran mal en el Templo de los Negrófagos, que podría habernos destruido a todos. Has viajado al norte, a las montañas Kriega, para llevar un mensaje a la Guardia del Guiverno y has logrado que ellos vinieran en defensa de la ciudad, todo eso con grandes riesgos personales. Has superado muchas adversidades, has arriesgado la vida por los ciudadanos inocentes de los Estados Libres. Eres un héroe, Waylian, y es hora de que te reconozcan como tal.

—Gracias —dijo el joven en tono de duda—. Pero estoy seguro de que la magistrada Gelredida me aprecia a su manera.

—Oh, estoy seguro de ello. Por eso te tiene de un lado a otro con sus recados.

¿Cómo podría saberlo? Se suponía que los recados que hacía para la magistrada eran secretos.

—No son tantos recados... —dijo el muchacho, desesperado por ocultar sus andanzas.

—Venga, Waylian. —Nero inclinó el torso hacia delante en la silla mientras sus pequeños ojos paralizaban al joven estudiante con su mirada de acero—. Yo soy el Guardián de los Cuervos, el Maestro Adivinador. No hay nada que ocurra en la Torre de los Magistrados o, para el caso, en la ciudad, que yo no sepa. ¿No es cierto, Ferenz?

El mariscal de los Caballeros Cuervo asintió, sin apartar los ojos de Waylian en ningún momento.

—Puedo aseguraros, archimaestro, que no hay nada inconveniente...

Nero levantó las manos y el joven se detuvo.

—Estoy seguro de ello, Waylian. Estoy seguro de que todo es completamente inocente. Han sido tareas inofensivas para tu señora. Pero... ¿y si no eran exactamente eso?

—No entiendo —dijo. Pero una parte de él sí entendía. Una parte de él sabía exactamente de qué hablaba Nero.

—Eres leal y eso es admirable. De hecho, esa es una de las razones por las que los archimaestros te tienen en tan alta estima. Pero a veces la lealtad ciega puede volverse en tu contra. ¿No es cierto, Ferenz? —El mariscal no respondió con ningún gesto—. A veces puedes perder la perspectiva. A veces, cuando te das cuenta de lo que ha pasado, ya estás demasiado metido como para salir. ¿Entiendes lo que quiero decir?

Waylian asintió, incluso a pesar de que no estaba exactamente seguro de entenderle. ¿Acaso Nero sugería que Gelredida lo ponía en peligro? Eso ya lo sabía, pero era por el bien de la ciudad, ¿no?

—Entiendo, archimaestro. Pero puedo aseguraros que solo se me ha enviado a realizar unas pocas tareas inofensivas. Nada que deba preocuparos a vos o a los otros archimaestros.

—Desde luego —respondió Nero—. Pero ¿cuánto tiempo crees que estas «tareas» seguirán siendo inofensivas? Tú no eres el primer aprendiz al que Gelredida mandó a hacer su voluntad. Ya hubo otros casos en que usó a aprendices para hacer el trabajo sucio, y eso casi nunca acaba bien para ellos, ¿o sí, Ferenz? —El mariscal movió su enorme cabeza—. Solo me preocupo por ti, Waylian. Y por eso me gustaría que fuéramos amigos. Que trabajaras para mí.

—Yo... yo no... no puedo...

—Oh, sí que puedes, Waylian. Y debes hacerlo. —Había quedado atrapado en esa mirada. Esos ojos que se hundían en él. Lo aliviaban, pero al mismo tiempo lo forzaban.

Nero tenía razón: Gelredida era el pasado. Si quería convertirse en alguien, debía ponerse de lado de los archimaestros.

Te están usando, Grimmy. Gelredida, Nero, todos. Eres un peón inservible en un juego de mierda. Hazte valer, por una vez en la vida, débil hijo de...

—No —respondió Waylian—. Lo siento, archimaestro, pero no puedo ayudaros.

Nero se repantigó en la silla con una mirada de contrariedad que nublaba su rostro antes sonriente.

—Eso es inaceptable. Muy inaceptable, sin duda. Pensé que podríamos ayudarnos mutuamente, pero es evidente que no es así. Mariscal, por favor explicadle lo importante que es que haga lo que le pedimos.

Ferenz dio un paso adelante, con ruido de metal, inmenso dentro de su negra armadura, en la que cada placa estaba cuidadosamente forjada como para que se asemejara al ala de un cuervo. Miró a Waylian con un rostro que se veía como si se lo hubieran tallado con un diabólico cincel.

—Escúchame, pedazo de mierda —dijo, como si estuviera gritándoles a los soldados en un desfile—. No tenemos tiempo para perder con gentuza como tú. —Se inclinó sobre Waylian, adelantando la mandíbula, y las venas del cuello sobresalieron contra la musculosa carne—. El archimaestro te ha hecho una oferta muy generosa. Más generosa que la que te habría hecho yo. Te conviene aceptarla.

—Yo... Eh... Sí, pero...

Nero se había colocado al lado de Ferenz. El Caballero Cuervo era más alto, pero por algún motivo el joven le tenía más miedo al archimaestro que al imponente guerrero.

—No me lo pongas difícil, Waylian. Si lo haces, esto terminará de una sola manera. No quiero tener que obligarte.

El joven aprendiz volvió a sentir aquella extraña sensación en la barriga que tuvo cuando experimentó con la palabra de poder. Una oleada de náusea lo sobrecogió.

¿Sería miedo? ¿Podía ser que hasta obtuviera alguna especie de excitación masoquista de todo esto? ¿Qué le pasaba? Algo hervía en su interior. Algo se revolvía como hierro derretido en el fondo de su estómago.

—¡No! —gritó, poniéndose de pie.

Para su sorpresa, Ferenz y Nero retrocedieron. El Caballero Cuervo casi hasta la puerta de la habitación. Nero lo observó con el ceño fruncido, pero parecía más confundido que enfadado.

Los dos hombres se miraron entre sí, sin saber qué hacer una vez que estuvo claro que sus intentos de intimidación habían fracasado.

—Eso es muy decepcionante, Waylian —dijo Nero por fin. Su voz era baja, casi débil—. Pero si es lo que quieres, no hay nada que podamos hacer, ¿verdad, mariscal?

Ferenz negó con la cabeza. Era evidente que su confianza en sí mismo había disminuido.

Waylian no supo bien qué decir cuando Nero intentó torpemente girar el pomo de la puerta. Ferenz se limitó a mirarlo con expresión confundida, hasta que por fin el archimaestro abrió la puerta, los dos salieron y la cerraron de un golpe.

Tan pronto como se marcharon, Waylian volvió al escritorio y se sentó. El corazón le latía como un tambor contra el pecho y, cuando bajó la mirada, vio que le

temblaban las manos.

¿Debería contarle lo ocurrido a la magistrada? ¿Que uno de los archimaestros lo había visitado y le había dicho que la traicionara? Ella ya tenía bastantes problemas por el momento. Lo último que necesitaba era que él le ocasionara más preocupaciones. Y él había manejado la situación bastante bien, ¿verdad? Les había dejado muy claro a esos dos cuál era su posición.

Esa desagradable náusea seguía inundándole el estómago. Waylian miró el libro.

La autoridad de la voz.

¿Acaso acababa de manifestar alguna clase de magia?

Eran un archimaestro y el mariscal de los Caballeros Cuervo. Si hubieran querido darte una paliza hasta hacerte sangrar y luego obligarte a agradecerse, podrían haberlo hecho.

¿No?

Miró el espejito. Lo que vio le hizo lanzar un grito y trastabillar hacia atrás, empujando la silla y derribándola.

El vidrio en el interior del marco se había roto y el espejo se asemejaba a una telaraña.

No, no podía ser cierto. ¿Lo estaba logrando, por fin? ¿Empezaba a aprender el Arte?

El estómago le dio un vuelco. Sintió un nudo que se le retorció en la barriga. De pronto se vio inundado por una repentina e incontrolable urgencia de cagar.

Apenas logró desabrocharse los pantalones y coger la bacinilla antes de que su trasero se abriera como un dique. Waylian se agachó, separándose las nalgas mientras el contenido acuoso del estómago se derramaba sobre el recipiente; salpicándolo todo. Cuando terminó, lo único que pudo hacer fue acostarse en el suelo de la habitación, rodeado de una maloliente agua marrón.

Mientras yacía allí, una cosa se le hizo totalmente clara: si estaba empezando a aprender el Arte, sin duda sufría con creces por ello.

La juerga había durado tres días. Friedrik había proporcionado abundante vino y cerveza a sus invitados para disculparse por el hecho de que la pelea de perros no hubiera salido exactamente como la había planeado.

Rag no tenía idea de qué había ocurrido en ese sótano y no estaba muy ansiosa por averiguarlo. Había pasado los últimos dos días con la cabeza baja mientras la gente follaba y se peleaba en cada rincón de la taberna. Nunca había visto nada así. Por supuesto que sabía lo que ocurría en las esquinas de las calles a altas horas de la noche. Había vivido suficiente como para ver algunas cosas sucias, pero esto era muy distinto.

La gente se dedicaba a ello en tríos o en cuartetos a la vez, hombres y mujeres a quienes por momentos no les importaba quién le metía qué a quién ni dónde. A medida que se emborrachaban las cosas se ponían cada vez peor. Una parte de ella quería salir corriendo lo más rápido posible. La otra parte, esa partecita curiosa de la que jamás podía librarse del todo, quería quedarse a mirar, por repugnantes que se pusieran las cosas.

Finalmente, la gente empezó a dispersarse y la multitud se hizo un poco menos numerosa. Rag no tenía idea de quiénes eran los que quedaban, pero Friedrik debía de tenerlos en alta estima. No era habitual que ofreciera una recepción como aquella a menos que pudiera generarle algún beneficio.

Cuando ya quedaban solo una docena de personas en la taberna, apareció el resto de los muchachos de Friedrik. Tan pronto como llegaron, Yarrick y Essen se ocuparon de ordenar el lugar, como si fueran criadas. Ninguno parecía especialmente feliz por ello, pero no se quejaron. Claro que en realidad nadie se quejaba nunca cuando Friedrik ordenaba que se hiciera algo. Harkas se quedó allí, con aspecto atemorizador, y Shirl pasó un trapo en un rincón. Tenía mucho mejor aspecto que la última vez que lo había visto, pero todavía se notaba que alguien le había dado una brutal paliza, sin duda.

—¿Estás bien? —le preguntó Rag cuando él, cojeando, se sentó en una silla con suma delicadeza.

—Sobreviviré —respondió.

Antes de que pudiera preguntarle más cosas, Friedrik salió de la cocina, masticando algo que había preparado el cocinero. Rag sintió olor a comida y le gruñó el estómago.

—Bien, tengo cosas que hacer —dijo Friedrik—. Tú mantén entretenidos al resto de mis invitados hasta que estén dispuestos a marcharse, ¿de acuerdo, Rag?

Ella asintió, aunque no tenía idea de qué quería decir con «entretenidos». Según veía, ellos ya se encargaban de su propio entretenimiento.

—El resto de vosotros aseguraos de que este sitio esté limpio para cuando yo regrese. —Yarrick dejó de barrer y levantó la mirada; Essen murmuró su asentimiento mientras recogía unas cuantas jarras.

Friedrik salió de la taberna. Rag no tenía idea de adónde se dirigiría a esa hora de la noche y sin escolta, pero tampoco iba a preguntárselo.

Estaba más preocupada por lo que le habían hecho al tipo del sótano.

A esa altura, seguramente Nobul, o Lincon, o como fuera que se llamara, estaría muerto. De todas maneras, una insistente vocecita en el fondo de su cabeza le decía que tal vez no fuera así. Rag suponía que había una sola manera de averiguarlo.

Cuando nadie la miraba, se acercó al fondo de la taberna. La puerta del sótano estaba abierta y allí abajo todo se veía negro como el infierno. Había un par de velas encendidas en un estante, y cogió una en cada mano antes de bajar la escalera. La luz de las velas no penetró mucho en la oscuridad, pero alcanzaba para que Rag viera su camino y recordaba la disposición del lugar lo bastante bien como para no tropezarse con nada. Eso era lo último que quería que le pasara allí abajo.

No tardó mucho en encontrar a Nobul, y cuando lo hizo una parte de ella deseó no haber bajado hasta allí. Él seguía encadenado al mismo poste junto al pozo. Tenía la cabeza inclinada hacia delante, la ropa desgarrada, el pelo apelmazado por la sangre.

Rag se acercó, inquieta por lo que podría encontrar. Temía a medias que estuviera muerto, a medias que estuviera vivo. Tal vez sería una misericordia si no respirara.

Con delicadeza, puso las velas en el suelo, junto a las piernas del hombre. Su pecho subía y bajaba de forma agitada, y su respiración era entrecortada.

—¿Nobul? —dijo ella.

Al principio él no se movió y ella pensó que tal vez no la habría oído, pero luego levantó la cabeza con lentitud. Tenía la cara hecha un desastre, con sangre pegada en la nariz y los labios, un ojo todo rojo mientras el otro estaba blanco y a una oreja le habían arrancado el lóbulo.

Ella no sabía qué decir. No sabía qué hacer.

Y entonces él sonrió.

Tenía sangre pegada en los dientes y las encías y parecía que alguien había usado su cara para clavarle un clavo, pero de todas maneras le sonrió.

Rag hizo un gesto de negación con la cabeza, sintiendo que le caían las lágrimas por lo que le habían hecho al hombre que semanas antes le había salvado la vida.

—Lo siento —fue lo único que pudo decir. No era culpa suya lo que le había pasado, pero aun así una parte de ella se sentía responsable. Debería haber tratado de sacarlo de allí cuando había tenido oportunidad. Pero ¿cómo habría podido hacerlo?

—No es culpa tuya —dijo él.

—Debería haber tratado de ayudarte.

Nobul negó con la cabeza.

—Esto no tiene nada que ver contigo, chica. ¿Por qué te arriesgarías por mí?

Ella se acercó.

—Soy yo, Rag. ¿No me reconoces?

Él la miró, recorriéndole los rasgos de la cara con los ojos.

—Creo que no. ¿Debería?

—Hace unas semanas me sacaste de la mierda. Un tipo iba a matarme y tú viniste con tus camaradas de los Casacas Verdes y acabasteis con él.

Mientras ella hablaba vio que él empezaba a reconocerla. Sus ojos se hicieron más grandes. Luego él volvió a sonreír como si fueran viejos amigos que volvían a encontrarse después de mucho tiempo.

—Eres la muchacha que desapareció. Y te llevaste la cabeza de aquel tío, si hemos de creer los rumores.

Rag sintió una repentina punzada de vergüenza. Sí, ella se había llevado aquella cabeza; era su entrada al Gremio. ¿Cuán diferentes habrían sido las cosas si la hubiera dejado allí?

—Yo... tenía mis razones para eso. No era tan extraño como pudo haber parecido.

—Bien —replicó Nobul—. Supongo que lo hiciste porque tenías que hacerlo. Tampoco es que aquel cabrón no se lo mereciera.

—Sí, se lo merecía. Pero todo esto se ha ido a la mierda. Yo no soy uno de ellos. —Señaló con un gesto la puerta del sótano, esperando que Nobul captara lo que ella quería decir—. Ni siquiera quiero estar aquí.

—Yo tampoco —dijo él—. Pero no siempre obtenemos lo que queremos. Acepta mi consejo, muchacha, y huye. Lejos. Lo más lejos que puedas. No mires atrás.

Esa siempre era una opción. Pero ¿adónde huiría? Volvería a estar en la calle, solo que en una ciudad que no conocería.

—No puedo irme. Tengo cosas que hacer aquí antes. Gente de la que debo ocuparme. Responsabilidades.

¿Era cierto? Sí, había hecho un pacto con Kaira comprometiéndose a entregarle a Friedrik. Por otra parte, no le debía nada a esa mujer.

Pero había otras personas; Chirpy, Miss, Tidge. Personas que le importaban, de las que se sentía responsable. Había que cuidarlas y ella se había prometido a sí misma que lo haría.

—No hay nada malo con las responsabilidades —respondió Nobul—. Solo tienes que escoger bien de quién te haces responsable. ¿Esas personas se lo merecen?

—Sí. Se lo merecen.

—Pero también tienes que pensar en ti, muchacha. Eres una sobreviviente, de eso no hay duda, pero tarde o temprano tendrás que cuidarte a ti misma.

Ella asintió. Él tenía razón: era cierto que debía cuidar de sí misma. Y tal vez tendría que hacer más cosas bastante vergonzosas para sobrevivir. Pero tenía que aceptarse tal como era, y eso siempre sería lo más difícil.

Rag había hecho bastantes cosas que le resultaba difícil admitir. De ahora en adelante intentaría que fuera más fácil.

Se acercó al poste en el que se apoyaba Nobul y comprobó las cadenas que lo sujetaban. Tenía las muñecas esposadas. Seguramente la llave estaría en algún sitio.

—Volveré pronto —dijo. Se incorporó y regresó hacia la escalera, pero dejó las velas al lado de él.

Subió y entrecerró los ojos por la luz. En la taberna ardía una hoguera. Alguno de los muchachos debía de haber reunido leña mientras ella estaba en el sótano.

Todavía quedaba una docena de invitados de Friedrik merodeando por ahí; Yarrick y Essen estaban ocupados ordenando, mientras Shirl y Harkas los observaban.

Rag se acercó y le quitó la escoba a Essen.

—Podéis iros, chicos —dijo—. Yo terminaré aquí. No tiene sentido que nos quedemos todos, ¿verdad?

Yarrick miró a Essen y luego a Rag.

—Pero Friedrik dijo...

—Friedrik me dijo a mí que me ocupara de esta gente, no a vosotros. Está bien. No queda mucho por hacer aquí. —Los muchachos se miraron entre sí como si quisieran marcharse, pero pensando que podrían recibir una paliza como la que había sufrido Shirl—. ¿Qué? ¿No tenéis ningún sitio dónde estar?

Yarrick volvió a mirar a Essen y los dos se encogieron de hombros.

—Gracias, Rag —dijo Essen—. Te debo una.

Con un guiño, se dirigieron a la puerta. Al ver que se marchaban, Shirl se incorporó y los siguió. Solo Harkas permaneció allí.

Rag intentó no prestarle atención y siguió barriendo como si él no estuviera, pero se daba cuenta de que la observaba. ¿Sabría que estaba tramando algo?

Se detuvo y lo miró. A pesar de su expresión torva, le sonrió.

—Tú también puedes irte. Nadie va a causar ningún problema, ¿verdad? Míralos. —Señaló con un gesto los cuerpos esparcidos por la taberna en diferentes estados de desnudez.

Harkas siguió mirándola y, a pesar del miedo, ella le devolvió la mirada, sin dejar de sonreír. Durante un momento pareció que iba a hablar, pero entonces, sin decir palabra, salió de la taberna.

Rag dejó escapar un suspiro cuando la puerta se cerró detrás de él; luego apoyó la escoba en la barra.

Bien, ¿dónde está la condenada llave?

Si Friedrik la tenía encima, lo que era muy probable, no tendría forma de liberar a Nobul. Pero quizá se la había dejado a alguno de los que estaban allí.

Recorrió la sala a hurtadillas. No reconoció a la mayoría de los cuerpos que yacían en la penumbra. Había hombres y mujeres entrelazados en una masa de carne, desprendiendo un fuerte hedor a sexo y alcohol. Parte de la búsqueda le resultó fácil, ya que había ropa tirada por todas partes, pero, a pesar de la gran cantidad de pares de pantalones que revisó, seguía sin encontrar ninguna llave. Justo cuando empezaba a

pensar que debería revisar todos los cuerpos durmientes, vio una cara que reconoció.

Estaba acostado en un rincón con una botella de vino en la mano. Lo recordaba de cuando trajeron a Nobul a la taberna. Tenía la boca cerrada, pero Rag sabía que dentro de esa boca que roncaba faltaban los dientes frontales. Era el que había encadenado a Nobul. Rag sintió que el corazón le latía un poco más rápido.

Se arrodilló junto a él, echó un rápido vistazo a su alrededor para asegurarse de que nadie estuviera mirándola, y le agarró el cinturón. Él respiraba de manera uniforme, roncando pesadamente, y a juzgar por el aspecto de la botella semivacía de vino, no parecía que fuera a despertar pronto. Había un cuchillo en el cinturón y al lado un estuche de monedas. Rag desabrochó el estuche hábilmente y buscó en su interior. Deslizó entre los dedos los escasos cobres que había dentro hasta que encontró lo que buscaba. Cuando sacó la llave, casi dio un grito de alegría.

Mientras se incorporaba, el tipo estornudó en sueños, la botella se le salió de la mano y cayó al suelo con un estrépito. Empezó a rodar, derramando su contenido, y Rag se quedó paralizada en su sitio, esperando que todos se levantaran de un salto y la atraparan con las manos en la masa.

Nadie se movió.

Rag regresó al sótano, lo más silenciosamente que pudo, mientras su corazón galopaba sin cesar. Algo le decía que aquello era una locura. Que le había jurado lealtad al Gremio. Que era una traición, lisa y llanamente, y que terminaría sufriendo por ello. Pero ella ya había traicionado a Friedrik. ¿Qué importaba esto?

Cuando llegó al sótano vio que una de las velas se había apagado. A la luz de la que quedaba, se ubicó detrás de Nobul y metió la llave en la cerradura de las esposas. Con un satisfactorio clic, se abrieron.

Las cadenas cayeron al suelo. Nobul seguía allí sentado, con la cabeza baja.

—Tienes que huir ahora —susurró él, antes de que ella pudiera darle una sacudida para ver si estaba consciente.

—¿Yo tengo que huir? —dijo ella—. Creo que tú eres el que debe escapar, amigo.

—No —dijo Nobul, usando el poste para incorporarse, elevando la mole de su cuerpo como una montaña que surge de la tierra—. Tú tienes que huir. Porque cuando me recupere, subiré esas escaleras y mataré a todos los cabrones del edificio. —Entonces se volvió hacia ella y le clavó una mirada que Rag recordaría hasta su último aliento—. Si sigues aquí, probablemente termines muerta como ellos.

Rag lo miró y se dio cuenta de que ya no parecía medio muerto. Había una luz maligna en sus ojos, el brillo más desagradable que ella había visto. Supo que hablaba en serio.

Sin decir palabra se dio la vuelta y subió corriendo las escaleras. Ya no se preocupó por no hacer ruido, solo por correr. Cuando llegó arriba, le cruzó por la cabeza la idea de advertir a la gente que quedaba dentro, decirles que se acercaba un loco y que deberían escapar.

Pero ellos habían elegido su destino. Habían acudido a la llamada de Friedrik y

habían bebido su vino, presenciado sus peleas y follado a sus putas.
Ahora tendrían que aceptar lo que se les venía encima.

Le dolía. No como en los viejos tiempos, cuando el dolor era bueno y alimentaba su furia. Este era un dolor nuevo. Más profundo. Como un fuego en su interior y lo único que lo apagaría sería matar.

Nobul no había querido asustar a Rag, después de todo ella lo había salvado, pero era imposible que quisiera ver lo que iba a ocurrir. Y era muy posible que él hubiera mantenido su promesa y hubiera acabado con ella junto con todos los que pudiera encontrar. Era mejor que estuviera lejos.

Una luz tenue se filtraba por la trampilla del techo y Nobul dio un paso en esa dirección. Sentía todo el cuerpo embotado; hasta las mordeduras de los perros habían dejado de dolerle. Tenía hambre y sed y había pasado demasiado tiempo en un agujero oscuro sin mover ningún músculo. Una voz en su interior le decía que necesitaba que lo viera un boticario, pero primero tenía un trabajo que hacer. Sería un trabajo sucio. La clase de trabajos de los que la mayoría de la gente trataría de escaquearse. La clase para la que Nobul Jacks había nacido.

Con cada paso que daba hacia la luz se sentía más seguro. Cada centímetro más cerca de la trampilla lo llenaba con un propósito cada vez más intenso.

Hora de olvidar el dolor.

Sabes muy bien de qué jodida hora es.

Las escaleras crujieron un poco bajo su peso. Con la mano izquierda cogió la cadena que aún seguía esposada a la derecha y la retorció en torno al puño para que no hiciera ruido. Mejor no permitir que ninguno de los que estaban allí arriba supieran que él venía a buscarlos. Eso podría arruinar la sorpresa.

De arriba le llegó el sonido de alguien que silbaba. Nobul avanzó a hurtadillas y se asomó por el borde de la trampilla. Allí, recortado contra el marco de una puerta, se veía la silueta de un hombre meando en la calle oscura. Dónde estaba su ropa era un misterio, pero de todas maneras no la necesitaría donde iba.

Mientras Nobul se izaba para salir del sótano se preguntó si aquel hombre lo habría visto en el pozo con los perros. Si se habría reído. Si habría lanzado vivas y aullidos con la multitud o si le habría escupido cuando peleaba por su vida. Mientras le pasaba la cadena por encima de la cabeza y se la apretaba en torno a la garganta, se dio cuenta de que le importaba una mierda una cosa o la otra.

Había que admitir que el tipo luchó por su vida, pero con él no tenía ninguna posibilidad. Al principio aferró la cadena que tenía en el cuello, mientras movía los pies de un lado otro para conseguir un buen apoyo, pero Nobul apretó con más fuerza y lo levantó del suelo. Luego ejecutó esa pequeña danza que hacen los ahorcados cuando intentan escapar de la horca. Cuando percibió que el final estaba cerca, se olvidó de la cadena y trató de clavarle un dedo en un ojo a su atacante. No le sirvió de

nada.

El hombre dejó de ofrecer resistencia. Nobul lo sostuvo un poco más, para asegurarse de que no estuviera fingiendo, y luego dejó caer el cadáver desnudo al suelo.

Durante un momento miró a través de la puerta abierta. Estaba oscuro y el frío de la noche soplaba como un aliento invernal. Podría marcharse, recuperar la libertad. Habría tiempo para vengarse más tarde. Eso sería lo sensato.

Pero ¿tú cuándo has hecho algo sensato?

Cerró la puerta. Hizo girar la llave que aún estaba en la cerradura, luego la sacó y la tiró al sótano.

Sin hacer ruido, abrió una puerta interior. No quería espantar a nadie. No quería que todo el edificio se enterara de que él había llegado.

Una oleada de aire caliente llegó hasta él cuando entró en la taberna. Había una hoguera crepitando en un rincón y una barra repleta de jarras y botellas vacías.

Caminó por la sala, pasando junto a los cuerpos durmientes que estaban por todas partes. Alguien se agitó a su paso, pero no se despertó. Cuando llegó al otro lado de la sala, Nobul corrió los cerrojos de la puerta, luego cogió una silla y la encajó debajo del pomo lo más fuerte que pudo.

No quería que nadie se escapara antes de que terminara la juerga, ¿verdad? Y Nobul sabía condenadamente bien lo mucho que a estos tipos les gustaban las juergas.

Antes de decidir dónde empezar, sus ojos se posaron en alguien que dormía junto a la barra. Tenía la cabeza inclinada a un lado y respiraba ruidosamente.

Cuando lo reconoció, sintió que su corazón empezaba a latir más rápido. Unos escalofríos de excitación le recorrieron la nuca.

Le había hecho una promesa a ese cabrón. Era hora de cumplirla.

Apretó con fuerza la cadena que tenía en la mano derecha mientras con la izquierda cogió la camisa de aquel desgraciado. Cuando lo levantó del suelo, Sin Dientes abrió los ojos, soltando un ladrido de protesta. Nobul lo golpeó contra la barra y lo sostuvo ahí, dándole a sus ojos tiempo para que se enfocaran.

La expresión de Sin Dientes pasó de la confusión y la ira al temor cuando se encontró con el rostro ensangrentado de Nobul.

—¡Vamos, despierta! —dijo este.

Sin Dientes abrió la boca para responder, para suplicar o, quizá, para lanzar un desafío. Nobul le hundió el puño de la mano encadenada en la boca abierta. El hombre chilló cuando un lado de la cara estalló en una erupción de sangre y los pocos dientes podridos que le quedaban salieron volando de la boca.

—¿Qué te he dicho? —Gruñó Nobul, volviendo a hundir el puño en la cara de Sin Dientes antes de que este pudiera responder—. ¿No lo recuerdas, hijo de puta? —Volvió a golpearlo, y Sin Dientes se desplomó contra la barra—. Te he dicho que te mataría. —Levantó a su víctima con un puño, acercándole la cara a la suya—. Y yo

siempre cumplo mis promesas.

Dejó que Sin Dientes se derrumbara y que la cabeza se echara hacia atrás sobre la barra. El cabrón levantó las manos lentamente, suplicando misericordia. Nobul bajó el puño y aplastó la cabeza de Sin Dientes contra la barra. Golpeó esa cabeza una y otra vez, moliéndola, partiéndola, rompiéndola. Cada golpe resonaba en la taberna, y a sus espaldas oyó gente que se despertaba por el ruido. *¡Bien! Que vean esto. Que sepan lo que les espera.*

Mucho después de que Sin Dientes dejara de moverse, Nobul dejó que el cuerpo resbalara hasta el suelo. Eso debería haberlo satisfecho. Ver muerto a ese cabrón debería haber bastado.

Pero no.

Una mujer gritó. Hubo una agitación, muebles que se movían raspando el suelo, alguien corriendo hacia la salida.

Que corran.

Se giró y vio a un hombre desnudo abalanzándose sobre él, con el brazo levantado, un pedazo de hierro negro en la mano. Nobul tuvo tiempo para ver el temor en los ojos empañados de aquel tipo antes de propinarle un contundente cabezazo, que lo paralizó e hizo que el metal cayera al suelo. Otro cabezazo y el pobre diablo se desplomó a sus pies.

Se agachó para recoger el metal. Era un atizador, todavía caliente al roce, y le daba una buena sensación en la mano. Lo levantó y descargó el sólido hierro en la cabeza del hombre. Una mujer lanzó un alarido. Nobul se giró y caminó hacia ella, que siguió gritando, clavada en su sitio.

¿Habría también presenciado la pelea de perros? ¿Acaso le importaba?

Le clavó el puño con la cadena en la boca y ella cayó hacia atrás, aturdida. Otro golpe en el costado de la cabeza y pudo sentir cómo se fracturaba el cráneo.

A esa altura todos intentaban huir de él; algunos se agachaban, tratando desesperadamente de esconderse. Pero no había dónde hacerlo; imposible esconderse de él.

Nobul se volvió hacia la puerta principal. Unas figuras semidesnudas tiraban torpemente de la silla y de los cerrojos que él había cerrado, tratando frenéticamente de abrirla. Nobul cruzó la taberna en un suspiro, levantando el atizador. Pocas noches atrás habían estado riendo y burlándose y esperando que él muriera. Ahora no eran más que una montaña de cuerpos que gritaban, listos para la masacre.

La sangre le salpicó en la cara cuando golpeó. Sintió en los labios su sabor, cálido y familiar. Siguió golpeando con el puño; la cadena le mordía los nudillos y eso lo hacía sentirse bien. Avivaba el fuego, provocaba su hambre, y solo habría una cosa que lo saciaría.

No pasó mucho hasta que no hubo más que cadáveres delante de la puerta. Despedazados.

Se dio la vuelta sobre los talones, con ganas de más, y recorrió con la mirada el

resto de la taberna. Cuando caminaba por la sala, oyó un gemido bajo una mesa y la apartó de un golpe. Había alguien allí encogido, con la cara surcada de lágrimas y retorcida de terror.

—Por favor —dijo el hombre, levantando las manos en gesto de súplica.

Nobul lo miró y recordó algo en medio de la neblina. De pronto pensó que había otro cabrón que también se merecía probar su puño.

—¿Dónde está Friedrik? —Gruñó.

—No lo sé. Por todos los diablos, te lo diría si lo supiera, lo juro —rogó el hombre—. Por el amor de Arlor, por favor, ten piedad.

Pero no hubo piedad.

Nobul bajó el atizador con tanta fuerza que oyó cómo se rompía el cráneo. Antes de que el hombre cayera, lanzó una estocada con el hierro y se lo hundió en el ojo. La sangre salió en un chorro y le mojó la mano.

Oyó un ruido que venía de la sala trasera, donde el resto de los jueguistas golpeaban la puerta, pidiendo ayuda a gritos.

Nobul se tomó su tiempo para perseguirlos, dibujando una sonrisa en los labios. ¿Qué le pasaba a esa gente? Habían ido allí por una matanza. ¿No era eso lo que él estaba dándoles?

Cuando entró en la sala trasera, se oyeron más alaridos y gritos de desesperación. Uno de los hombres tuvo el coraje de atacar y Nobul casi se echó a reír cuando el tipo se le vino encima. Tenía algo en la mano, un garrote o la pata de una mesa, y Nobul levantó el brazo cuando el arma cayó sobre él. El dolor que le causó el golpe no hizo más que alimentar el fuego. Un rápido puñetazo en la garganta y el atacante se desplomó, aferrándose el cuello, jadeando su último aliento en el suelo.

Nobul se agachó y recogió el garrote. Tenía los ojos muy abiertos y la boca estirada en una sonrisa de calavera. Siguió haciendo su trabajo sucio con satisfacción.

Los gritos y los golpes no duraron mucho. Algunos también suplicaban, pero el ruido y los rostros parecieron retorcerse y difuminarse hasta desaparecer. Cuando terminó, cuando sus brazos estaban cansados de matar, se sintió casi desilusionado.

Contempló los cadáveres. La matanza no había constituido desafío alguno. Aunque estaba jadeando, no le había costado ningún esfuerzo aniquilarlos.

El garrote se le deslizó de entre los dedos cuando regresó por la taberna hacia la puerta principal. La cadena se le desenredó del puño y quedó colgando de su mano maltrecha cuando quitó la silla y destrabó los cerrojos.

Nobul esperaba que cuando abriera la puerta hubiera unos cuantos Casacas Verdes esperándolo. O al menos una pandilla de matones del Gremio.

No había nadie; solo él y la noche.

Se tambaleó al salir. La fatiga de los últimos días se le acumuló de golpe con la primera bocanada de aire nocturno. No tenía idea de dónde estaba; probablemente en algún lugar de Northgate. La calle por la que avanzó con dificultad estaba desierta. Un perro le ladró desde un callejón lateral. Alguien cerró un postigo con un ruido

agudo cuando él pasó delante.

A Nobul no le importó quién pudiera verlo. Tenía la ropa y la carne desgarradas y su respiración era irregular. La cadena que le colgaba de la muñeca resonaba como la campanada que anuncia la peste.

Traed a vuestros muertos. ¡Traedlos para quemarlos! ¡El Señor de los Cuervos ha llegado!

Podía cruzarse en cualquier momento con una patrulla de Casacas Verdes, pero no le importó. Tampoco nadie informaría sobre esos muertos. Había matado a un grupo de parroquianos en una taberna del Gremio; jamás llamarían a las autoridades para que lo investigaran. Querrían resolverlo ellos y no tardarían en buscarlo.

Bueno, que me busquen. No le podían hacer nada peor de lo que ya le habían hecho.

Cuanto más avanzaba, más arrastraba los pies. Sintió que empezaba a entumecerse, pero intentó sobreponerse. Si se caía allí, en la calle, no sabía quién podría encontrarlo. Tenía que hallar algún sitio seguro; descansar, solo un poco. Recuperar las fuerzas. Planear el paso siguiente.

Perdió pie y cayó al suelo. Estaba húmedo y frío y por un momento lo hizo volver en sí. Cuando se incorporó, sintió de manera aguda todos los dolores del cuerpo. Las piernas le pesaban como plomo; los brazos eran dos bloques de carne que lo tiraban hacia abajo.

Había una puerta al final de la calle. ¿La reconocía? ¿Reconocía siquiera la calle? Cuando se acercó, se tropezó con el escalón y cayó de frente contra la dura madera. Había una aldaba más arriba y extendió la mano para cogerla. Parecía tan lejana, y él estaba hundiéndose en la oscuridad. Si pudiera alcanzarla antes de...

No veía. Había una oscuridad de mil demonios y frío y ruido y tenía algo en la cabeza.

Levantó la mano y se acomodó el casco. Lo que vio le hizo querer ponérselo delante de los ojos.

El valle se elevaba a ambos lados como si intentara alcanzar el cielo. En el medio se encontraban dos estatuas inmensas, dos guerreros entrelazados en un combate eterno.

La Puerta Bakhaus.

A ambos lados de Nobul se extendía todo un ejército, jinetes, estandartes de todos los colores hechos jirones que flameaban en la brisa. Cantaban un nombre una y otra vez, levantando las espadas y escudos y aullando su desafío. Al otro lado del valle, gruñendo y rugiendo, con un sonido que resonaba como si fuera el fin del mundo, estaba el enemigo.

Apretó el martillo que llevaba al costado. ¿Cómo se suponía que ganarían? ¿Qué se suponía que tenían que hacer contra una horda tan salvaje?

Entonces oyó lo que cantaban los hombres que estaban a su alrededor.

¡Casco Negro! ¡Casco Negro! ¡Casco Negro!

Los ojos empezaron a posarse en él como si quisieran que los dirigiera. Ojos abiertos de miedo y de furia. Querían que encabezara la carga. Contra aquella masa de metal y dientes.

Nobul se alegró de llevar casco. Le servía para disfrazar su temor. Levantó el martillo. Se sentía pesado. Tan pesado que apenas podía izarlo, mucho menos atacar con él.

Una mano le palmeó la espalda. Otra le dio un empujón. Poniendo un vacilante pie delante del otro, Nobul avanzó. Un caballo relinchó junto a su oreja. Su paso se hizo más veloz. Unas voces empezaron a darle gritos de aliento.

Entonces que ellos lideren la puta carga. Que ellos se arrojen sobre los cabrones enemigos.

Ya estaba trotando, moviéndose con ímpetu, agarrando el martillo con ambas manos. Gritaba, pero no podía distinguir sus propias palabras por encima del ruido. El enemigo empezó a moverse. A cargar contra ellos con sus armaduras grises, las espadas levantadas, las bocas bien abiertas, los colmillos al descubierto.

Moriría allí. Lo iban a partir en pedazos y no le importaba.

—¡Venid, cabrones! —gritó.

La monstruosa ola lo tragó.

Los ojos se le abrieron de golpe a la luz de la mañana y se habría enderezado con un salto si hubiera tenido la energía para hacerlo. O la fuerza de voluntad.

En cambio, se quedó allí tumbado, preguntándose dónde mierda estaba y quién le había vendado las heridas.

Levantó la mano derecha. La esposa había desaparecido, dejándole una marca roja de irritación en torno a la muñeca. Tenía los nudillos vendados; apretó el puño e hizo un gesto de dolor. Tenía la piel desgarrada y golpeada, pero al menos ninguno de los nudillos estaba roto.

Se llevó la mano a la oreja con delicadeza. Le faltaba la mitad, pero la herida estaba suturada. Le llegó el agrio olor del linimento. Alguien lo había cuidado con mano experta.

Con gran esfuerzo, consiguió levantar las piernas sobre la cama. Estaba desnudo, y cuando se vio el cuerpo, se dio cuenta de la gran cantidad de golpes que había recibido los últimos días; no había casi un centímetro de su piel que no estuviera cubierto de negros moretones.

Pero se había tomado la revancha, ¿verdad? Había matado hasta que ya no le quedó nadie a quien matar. Aunque había otra persona que moriría pronto.

Friedrik.

Nobul estaba seguro de que no tardaría en visitar a ese hijo de puta. Y su final no sería tan rápido como el que les había otorgado a esos pobres cabrones de la taberna.

—Entonces, ¿estás vivo?

Nobul levantó la mirada y la vio en el umbral. Apenas podía distinguir su delgada silueta en la penumbra y hasta que no entró en la habitación él no la reconoció.

—¿Fernella? ¿Cómo...?

Se detuvo y contempló a la anciana a la que no había visto desde el día en que enterró a su hijo Markus.

—Llegaste anoche. Raspaste mi puerta como un ratoncillo. Casi no reconocí al Nobul de antaño. Pero teniendo en cuenta cómo están tus puños, supongo que ese Nobul eres tú, después de todo.

Él se miró las manos, pensando en la masacre que habían causado, y sonrió.

—Sí, hice algunas cosas anoche. Pero no te conviene oír hablar de ellas.

—No, supongo que no. Pero, por tu aspecto, a ti también te han hecho algunas cosas. ¿Se merecían lo que recibieron?

—¿Acaso hay quien reciba lo que se merece?

Fernella se encogió de hombros.

—Supongo que no. —Señaló una silla sobre la que había ropa limpia—. Vístete. No puedes quedarte aquí. Tengo niños abajo, no quiero que te vean en ese estado.

La buena de Fernella. Una boca tan dura como un martillo. Un corazón tan grande como un león.

Se vistió lo más rápido que pudo, aunque tuvo que esforzarse para ponerse la camisa. Le iba un poco ceñida a la altura del pecho, pero le serviría.

Abajo, Fernella estaba haciendo tareas en la cocina. Tenía razón; había una media docena de niños sentados a la mesa. La mayoría lo miró con miedo y, tal como ella se lo había pedido, él se dirigió hacia la puerta.

—¿Quieres que te la devuelva? —le preguntó ella cuando su mano cogió el pomo.

—¿Qué cosa? —dijo Nobul.

—La caja que me diste. ¿La quieres?

Él negó con la cabeza mientras la sombra del sueño de la noche anterior volvió a jugar con sus recuerdos.

—Ahora no.

Fernella le puso una mano en el brazo.

—Como quieras, muchacho. La guardaré hasta que estés listo.

—En realidad no estoy seguro de que alguna vez...

—No. No digas eso. El hombre que eras. El hombre que volvió anoche. En poco tiempo esta ciudad va a necesitarlo. ¿Me entiendes? Él puede hacer algo bueno.

Nobul miró aquel rostro lleno de arrugas y aquellos ojos que tanto habían visto.

—Sí, tal vez —respondió.

Abrió la puerta y salió a la calle.

La tensión había aumentado desde que llegaron. La amenaza de violencia jamás se había reducido, pero hasta el momento ninguno de los hombres de las Tierras Frías había intentado hacerles algo a Regulus o a sus guerreros.

Él había averiguado que había tres tribus dentro del agobiante edificio. Cada una tenía un nombre imaginativo que parecía tener poca relación con su historia y sus hazañas. Deseó que esos hombres pudieran combatir con el mismo ingenio con que se habían bautizado, pero por alguna razón lo dudaba.

De todas maneras, tanto él como sus guerreros se cuidaban las espaldas, siguiendo con mucho cuidado el consejo de Tom Pies Negros. Estaba claro que ninguno de esos mercenarios sentía un gran cariño por los zatani.

Se despertaron en su celda, una sala desnuda con una sola ventana que daba a la ciudad. Como siempre, cuando Regulus llevó a sus guerreros al amplio salón, ellos eran los primeros mercenarios en aparecer. Los zatani ansiaban la luz diurna y su ausencia los hacía pasar noches malas y dormir poco. Ya llevaban varios días sin ver el sol y se les notaba. Hagama y Kazul estaban cada vez más nerviosos y descargaban su frustración en Akkula, que era más joven. En más de una ocasión Regulus se había visto obligado a regañarlos. Leandran parecía tomarse mejor el encierro, aunque prácticamente no había dicho palabra desde que habían llegado. Janto también estaba mudo, pero eso no tranquilizaba a Regulus. Aquel impredecible guerrero podía tener un estallido de violencia en cualquier momento, que era lo que menos necesitaban, al menos hasta que se enfrentaran a un enemigo de verdad.

Después de dejar la celda se ubicaron en una mesa que estaba en una esquina del inmenso salón. Los zatani estaban habituados a sentarse en torno a una hoguera bajo las estrellas, a campo abierto, pero no habían tardado en adquirir la costumbre de las Tierras Frías de apiñarse alrededor de una mesa. Cuando los otros mercenarios empezaron a sumárseles, la atmósfera de la sala se ensombreció.

Los Halcones de Medianoche vestían con ropajes negros como la noche, y su líder era una bestia de hombre que no se parecía mucho a un ave de presa. Se ubicaron en el otro extremo del salón, sin disimular el desdén que sentían por Regulus y sus guerreros, aunque ninguno era lo bastante valiente como para decirlo en voz alta. El líder de los gor'tana calculó que serían casi cincuenta. Ni siquiera el más fuerte de ellos parecía capaz de enfrentarse al más débil de los suyos.

Los que aparecieron a continuación después de salir de sus oscuras celdas fueron los miembros de la Compañía Escarlata, con sus túnicas rojas. Eran menos que los Halcones de Medianoche, quizás unos treinta guerreros, encabezados por un veterano de cejas oscuras y con el pelo blanco recogido hacia atrás con un moño. Observó a Regulus con un odio no disimulado.

En último lugar aparecieron los Escudos Sagrados, con su emblema representando un escudo dividido en cuatro partes en los pechos, y se ubicaron cerca de los zatani, pero solo porque no había más sitio donde sentarse. Eran casi cien guerreros y según el rumor había más combatientes del mismo grupo alojados en otro sitio. El líder era joven, pero seguro de sí mismo, y Regulus ya se había hartado de su sonrisa arrogante. Le habría encantado desafiarlo, pero estaba sometido al pacto que había hecho con el senescal Rogan y había decidido que no sería él quien lo rompiera.

Desde la sala llegaba el murmullo de las conversaciones, mientras Regulus y sus hombres seguían sentados a la mesa en silencio. No había que planear ninguna cacería ni formular ninguna estrategia, ¿así que para qué hablaban tanto? La incesante necesidad que tenían esos tipos de las Tierras Frías de estar todo el tiempo moviendo la lengua aumentó el desagrado que le causaban.

Con poca ceremonia, trajeron un caldero rebosante. Los otros mercenarios se incorporaron rápidamente y formaron una fila, pero Regulus y sus hombres no necesitaron sumarse. Rogan había aceptado satisfacer las necesidades específicas de los zatani.

Dos de los esclavos de Rogan trajeron una bandeja con una modesta cantidad de carne. La depositaron sin solemnidad alguna sobre la mesa de los zatani y se marcharon lo más rápido que pudieron. Regulus contempló la comida escasa y poco apetecible. Eran sobras, para nada frescas, y ya empezaban a atraer moscas.

—Esto es una mierda —dijo Kazul.

Hagama asintió con un gesto.

Sin inmutarse, Leandran y Akkula se sirvieron sus porciones. Janto se quedó sentado; era evidente que había perdido el apetito.

—Comed —dijo Regulus—. Tenemos que mantenernos fuertes. Pronto habrá que combatir. Una vez que llegue el enemigo y hayamos probado nuestra primera victoria, habrá carne para saciarnos a todos.

Kazul extendió la mano con vacilación y cogió un pedazo, más hueso que carne.

—¿Cuánto tiempo más nos tendrán aquí enjaulados? —dijo Hagama—. Estoy harto de este sitio.

—Todos lo estamos —respondió Regulus, perdiendo la paciencia rápidamente—. Pero creo que no será mucho más. Ahora comed.

Hagama miró con furia la pila de restos grises de animales antes de lanzarse sobre ella. Comieron rápido, sin saborear nada. Todos eran cazadores, acostumbrados a la calidez de los animales recién muertos. No comían carroña, salvo en tiempos de hambrunas. Pero Regulus suponía que una hambruna era exactamente a lo que se enfrentaban. Por el momento.

Mientras comían, alcanzó a oír las conversaciones de los habitantes de las Tierras Frías. Llamaban a los zatani «animales», «bestias», u otras palabras que Regulus no había oído antes, aunque su desagradable significado estaba claro. No les hizo caso.

Sus guerreros no hablaban la lengua de aquellos hombres y era mejor que no supieran lo que se decía de ellos.

Una vez que terminaron, Regulus se acomodó en la silla y esperó. Trató de ignorar el barullo proveniente de los mercenarios, concentrándose en el sonido de Leandran chupando la médula de un hueso, pero fue inútil. No se hacía ninguna ilusión: él y sus guerreros estaban allí encerrados junto a una chusma que podría volvérselos en contra en cualquier momento.

La mañana avanzó y los de las Tierras Frías empezaron a beber sus infernales brebajes. Regulus no entendía bien esa costumbre. Había averiguado que era una bebida potente, una clase de veneno, que en ocasiones los ponía furiosos. Podía aceptar que una cosa así tuviera valor en la batalla, pero ¿en momentos de descanso? ¿Y qué utilidad tenía si con frecuencia los sumía en un estado de estupor, o los hacía pelearse entre sí, y sin ningún talento, solo con una testaruda ferocidad?

El día continuó y Regulus sintió que su inquietud aumentaba.

—Cuidaos las espaldas —les advirtió a sus hombres; los de las Tierras Frías hacían cada vez más barullo y algunos habían empezado a cantar.

Sus guerreros prestaron atención al entorno. Aunque no tenían armas, Regulus estaba seguro de que podrían enfrentarse a esos hombres.

—¿Qué ocurre? —preguntó Leandran.

—Solo mantened los ojos abiertos —respondió su líder, mientras la canción se hacía más ruidosa y agresiva.

Se incorporó lentamente. Sabía que tenían que salir, aunque fuera por un rato. No podía pedirles que permanecieran allí dentro indefinidamente. Tenía que encontrar a uno de los guardias, de los carceleros, como fuera que se llamaran, y marcharse de allí.

Antes de que pudiera dar un par de pasos, uno de los mercenarios con la librea de la Compañía Escarlata se acercó tambaleándose.

—¿Adónde vais? —gritó. Algunos de sus camaradas lo oyeron e interrumpieron su cháchara para mirar la escena atentamente.

Regulus no respondió.

El hombre se inclinó hacia delante con una sonrisa. Otros de los que estaban allí empezaron a mirar. Era evidente que algunos de ellos llevaban tiempo aguardando un enfrentamiento como aquel.

—Venga —dijo el hombre—. Sé que me entiendes. Te he visto hablar nuestro idioma.

Regulus tomó aliento, tratando de mantener la compostura. Percibió que sus guerreros se agitaban tras él.

—No busco problemas —respondió—. He venido a servir a vuestra reina.

—¿Mi reina? —dijo el hombre de las Tierras Frías—. No es mi reina; yo soy de Stelmorn. Estoy aquí por el dinero, pero si tú quieres arrodillarte delante de ella, adelante.

Algunos de los otros rieron.

Regulus observó al hombre, que tenía una botella en la mano y trastabillaba. ¿Cómo podía siquiera considerarse un guerrero? ¿Qué motivo de orgullo encontraba en sí mismo? ¿Dónde estaba su honor? Pero, en cualquier caso, solo combatía a cambio de una paga, algo que él jamás entendería.

Dio otro paso, pero el hombre le bloqueó el camino.

—¿Y cuál es vuestra obsesión con la reina? ¿No tenéis una vosotros?

Por ningún motivo Regulus iba a condescender a darle explicaciones a semejante bellaco. Sintió que las zarpas empezaban a cosquillearle en la punta de los dedos y que se le tensaba la mandíbula. Detrás de aquel hombre aparecieron más guerreros de libreas rojas.

—Probablemente se la comieron —dijo un hombre al final del grupo.

—Sí, aunque se la follarían antes. Estos negros cabrones no conocen otra cosa.

Regulus sabía que lo estaban provocando. No debía rebajarse a eso. Si perdía el control, podría arruinarlo todo.

—¿Has participado en muchos combates, oscurito? —gritó alguien de repente.

A Regulus se le tensó el estómago. Apretó los puños y dejó que las zarpas se le hundieran en las palmas.

—¿Qué dicen? —preguntó Kazul desde detrás de él.

La tensión iba en aumento. Regulus sabía que tenía que hacer algo para aplacar el fuego de los vientres de esos hombres, pero ¿qué?

¿Apartarse?

No, Regulus Gor no podía hacer algo así.

—Sí, he participado en muchos combates —respondió, levantando la voz—. He venido al norte a usar mi espada en nombre de vuestro rey. El hombre que liberó a mi pueblo. —Los de las Tierras Frías se callaron al oír la mención de su difunto monarca—. Aunque está muerto, de todas maneras combatiré a vuestro lado para defender su tierra. Por el honor de mi padre y el de vuestra reina.

Los hombres de las Tierras Frías se miraron entre sí, desconcertados.

Antes de que pudiera ocurrírsele qué más decir, se le acercó el líder de los Escudos Sagrados y le sonrió.

—Ya veis —les dijo a sus hombres—. Os dije que no había nada que temer de ellos. Son nuestros aliados.

—Y una mierda —gritó alguien de la muchedumbre.

—¿Qué dicen? —volvió a decir Kazul, más nervioso.

El jefe de los Escudos Sagrados miró a Regulus y le guiñó el ojo.

—Tienes razón —dijo—. Pronto combatiremos juntos. Deberíamos ser amigos.

—¿Qué dice? —Kazul se incorporó y Janto lo imitó.

Regulus estaba a punto de decirles que volvieran a sentarse, que ese hombre solo quería paz, cuando el jefe de los Escudos Sagrados se llevó la mano a la espada.

—Bebamos por nuestra flamante amistad —dijo.

—¡Tiene un arma! —exclamó Kazul antes de lanzarse sobre él.

Regulus dio un salto para interponerse entre ambos mientras el hombre de las Tierras Frías sacaba de su cinturón no un arma sino una petaca de metal. El hombre retrocedió tambaleándose por el ataque de Kazul, pero el líder de los zatani fue lo bastante rápido como para detener a su guerrero justo cuando este saltó mostrando los dientes.

Pero no pudo contener a Janto.

A la primera señal de problemas, el guerrero se abalanzó contra el grupo de mercenarios más próximo. Estos se echaron atrás ante la arremetida de Janto, quien los desgarró con las zarpas. La sangre voló por todas partes mientras Regulus miraba, imposibilitado de contener a su guerrero.

Antes de poder intentar calmarlos, se oyeron gritos de alarma y rabia de los mercenarios allí reunidos. Aunque estaban desarmados y se enfrentaban a los temibles zatani de los gor'tana, no se detuvieron. Se le fueron encima. Regulus cayó bajo una oleada de cuerpos. Sintió puñetazos en el rostro y oyó gritos de furia. Detrás, el rugido de desafío de sus hombres cuando se sumaron al altercado.

Regulus se quitó de encima al primer hombre de las Tierras Frías y trató de ponerse de pie, pero dos más saltaron sobre él. Se resistió a atacarlos; un golpe de sus zarpas le arrancaría la garganta a cualquiera de ellos y él había venido como aliado, no como enemigo. Trató de hablar, de hacerlos entrar en razón, pero le llovieron golpes. Los mercenarios de las Tierras Frías estaban indignados y Regulus oía que sus propios guerreros combatían sin contenerse. Los alaridos de dolor resonaron por todo el salón, sumados a los gritos de una furia desenfrenada.

No debería haber permitido que sus guerreros pasaran tanto tiempo encarcelados en ese sitio. Eran hombres silvestres, cazadores de las planicies. Era solo cuestión de tiempo que se desencadenara la furia que tanto habían reprimido.

Un mercenario de las Tierras Frías se acercó a Regulus, lanzando gritos de furia. En su mano apareció un reflejo acerado. Un arma. Se suponía que todos estaban desarmados, pero ese hombre había conseguido pasar un cuchillo de contrabando.

La oportunidad de intentar calmar las cosas había pasado.

Regulus lanzó un gruñido y se deshizo de los hombres que trataban de mantenerlo en el suelo. Con un movimiento circular del brazo rasgó la cara del cuchillero desde la mandíbula hasta el ojo. Cuando su rostro se desprendió, el hombre gritó, dejó caer el arma y se desplomó.

Al ver a su camarada mutilado de manera tan salvaje, algunos de los mercenarios retrocedieron. Uno fue lo bastante valiente como para abalanzarse sobre Regulus, pero este lo agarró de la garganta y lo levantó en alto, mientras las piernas del hombre pateaban infructuosamente en busca de apoyo.

—¡Gor'tana! —gritó Regulus—. ¡A mí!

De inmediato, sus guerreros se apartaron de sus enemigos y se pusieron a su lado. Leandran jadeaba con dificultad; Kazul, Hagama y Akkula tenían los ojos bien

abiertos y estaban con ganas de más. Janto fue el último en soltarse, con la boca chorreante de sangre.

Regulus examinó la carnicería; había hombres muertos o agonizando y ríos de sangre en el suelo del amplio salón.

Antes de que pudiera ordenar a sus hombres que se retiraran, se oyó un tumulto en la entrada. Entraron más soldados con los atuendos verdes de la guardia ciudadana. Regulus contó treinta, todos blandiendo lanzas, todos con aspecto decidido.

Podría haber ordenado a sus hombres que les presentaran batalla, pero ¿con qué propósito? Podían hacer frente sin problemas a mercenarios desarmados, pero unos guerreros armados era una historia diferente.

Janto se movió como para atacar, pero Regulus lo agarró del hombro y hundió las zarpas en la carne del guerrero.

—Basta —dijo—. Hemos hecho suficiente.

Dejó caer al suelo al mercenario que tenía en la mano y el hombre se quedó allí tumbado, tratando de recuperar el aliento.

Los soldados los rodearon. Al tiempo que mostraba las palmas abiertas en señal de paz, echó un vistazo a los muertos y agonizantes que yacían a su alrededor.

Tendría bastante que explicar.

Merrick la había cagado. Nuevamente. Era algo a lo que se había acostumbrado con los años —a fastidiarla y atenerse a las consecuencias, una y otra vez—, pero en esta ocasión sentía una inusual necesidad de efectuar alguna reparación.

La reina había estado a punto de morir asesinada, uno de sus camaradas Centinelas estaba muerto y otro gravemente herido.

Él debería haber estado allí. Debería haberla protegido de Dravos y sus escoltas. Debería haber desenvainado la espada para arrancarle el corazón a ese cabrón apenas lo vio.

Pero en ese caso serías tú el que estaría muerto. Serías tú el que estarías frío y bajo tierra. Te habrías convertido en un héroe, de acuerdo, pero no podrías jactarte de ello, así que agradece tu suerte y deja de lloriquear.

Merrick alzó la mirada. Kaira y Janessa estaban en el centro del pequeño patio. Era un sitio tranquilo, lejos de las secciones principales del palacio; un lugar donde no las molestarían. La reina sostenía la antigua espada con las dos manos y Kaira estaba entrenándola. Al parecer Janessa le había cortado la cabeza a Dravos con esa arma y Merrick tenía que admitir que la reina estaba volviéndose cada vez más eficiente con ella, a pesar de lo inmensa y pesada que parecía.

Pero es bueno que se vuelva eficiente, ¿no, Ryder? Ya que tú eres tan útil como escolta como un puto mono afeitado.

Apretó la espada que tenía en el cinturón y sus ojos pasaron de una a otra de las dos entradas del patio. Permanecía más alerta desde el ataque, aunque sabía que era demasiado tarde. Waldin estaba agonizando y el otro —*maldición, ¿cómo demonios se llamaba?*— ya estaba bajo tierra. Merrick sabía que cargaba con toda la culpa sobre los hombros.

Vio cómo Kaira ilustraba una secuencia de estocadas con un palo. Tenía la muñeca fuertemente vendada y se movía con bastante rigidez. Pero tenía razones para ello; había sufrido dolorosas heridas defendiendo la vida de la reina Janessa. Sin embargo, allí estaba, en su puesto.

No como tú; siempre lloriqueando y gimiendo por una cosa u otra; «Papá no me quiere», «Mamá está muerta y me he gastado la fortuna de la familia en putas y alcohol», «Todos mis amigos quieren matarme», «Esta chaqueta no hace juego con estos jodidos pantalones».

No era de sorprender que ella no le hubiera dirigido la palabra desde entonces.

¿Qué esperaba? Kaira le había dado suficientes oportunidades. Le había ofrecido oportunidad tras oportunidad para demostrar que había cambiado. Finalmente había sido más fácil probar que Merrick Ryder no era de los que cambiaban.

Se abrió una de las puertas que daban al patio. La mano de Merrick se posó sobre

la espada y él dio un paso hacia delante. Cuando apareció Garret, dejó escapar un suspiro de alivio, pero se puso en guardia nuevamente cuando vio que el capitán no estaba solo.

Tras él avanzaba Tannick Ryder, flanqueado por varios miembros de su Guardia del Guiverno. Marcharon hasta colocarse ante la reina, quien bajó la espada cuando ellos se aproximaron.

—Majestad —dijo Tannick, poniéndose de rodillas. Sus hombres lo imitaron.

—Lord mariscal —respondió Janessa—. ¿A qué debo esta intromisión?

Garret dio un paso adelante mientras Tannick y sus hombres se incorporaban.

—Mis disculpas, majestad. Esto es responsabilidad mía. He informado al lord mariscal del intento de asesinato que habéis sufrido. Él exigió veros.

Janessa miró a Tannick.

—Agradezco vuestra... preocupación, lord Ryder, pero como podéis ver, me encuentro perfectamente.

—Sí, majestad, pero ¿por cuánto tiempo? —replicó Tannick—. Es evidente que vuestros escoltas no están a la altura de su deber. —Puntuó esa frase con una mirada en dirección a Merrick—. Debo insistir en que permitáis que mis hombres os vigilen.

—Tengo toda la confianza en mis Centinelas, lord mariscal. Han protegido Skyhelm y a sus ocupantes durante siglos.

—Pero, majestad, muchos de ellos se encuentran fuera de la ciudad y el castillo no está tan protegido como debería. En especial en este momento, cuando hay mil enemigos que se alegrarían de veros muerta. Debo insistir.

—Mi escolta es más que suficiente, lord Ryder.

—Pero vuestro caballero de mayor rango está herido. —Señaló a Kaira, quien, aunque mantenía una postura orgullosa, era evidente que no se encontraba en su mejor momento—. El otro no ha demostrado su valor. —No señaló a Merrick, pero la insinuación era obvia.

—Tengo toda la fe en ellos —repitió Janessa.

—Entonces, majestad, si no tenéis inconveniente, dejadme poner a prueba esa fe.

Garret dio un paso adelante.

—Tannick, esto no es lo que acordamos.

El lord mariscal no le hizo caso.

—Dejadme enseñaros lo fácil que sería para un asesino hábil esquivar a vuestros hombres.

La reina Janessa miró de reojo a Merrick.

Aquello era como si sus peores pesadillas se hubieran vuelto realidad todas juntas; su padre, que no lo consideraba capacitado para su tarea; la reina, que lo defendía cuando no tenía motivos para hacerlo.

—Lord Ryder, puedo aseguraros...

—Por favor, majestad. Puedo demostrar que se equivoca —dijo Merrick.

Las palabras se le habían escapado de la boca. Algo en el fondo de su mente había

tomado la delantera y se había puesto al mando. Algo que quería demostrarle al cabrón de su padre que era digno de su apellido.

Janessa lo miró; luego sus ojos se posaron en el lord mariscal.

—Muy bien. Si lo consideráis necesario, mi hombre luchará con vos.

Tannick asintió.

—Gracias, majestad. Aunque no seré yo quien luche. —Se volvió hacia sus hombres—. Cormach, desnúdate.

Merrick miró cómo uno de los caballeros dejaba caer la piel de animal que llevaba en los hombros y comenzaba a quitarse la armadura. Jared, el hombre con quien él había hablado noches atrás, se acercó a ayudarlo.

Garret se ubicó al lado de Merrick, mientras hacía un gesto de negación con la cabeza.

—Esto es condenadamente ridículo.

—No os preocupéis —respondió Merrick, mientras le pasaba el casco—. Yo me ocupo.

—¿Sí? —preguntó Garret mientras comenzaba a desabrocharle el avambrazo a Merrick—. Ese es Cormach Hijoputa. La mejor espada de Tannick.

—Sé quién es; ya he visto lo que puede hacer con un palo. —Durante un momento fugaz oyó caer aquel pedazo de madera sobre la espalda de Cormach y el recuerdo casi lo hizo estremecerse—. Pero ¿cuán bueno es contra una espada y un hombre que sabe usarla? Estos de la Guardia del Guiverno llevan años viviendo en la montaña y no han combatido contra nada más que cabras y montañeses. Yo me he entrenado en los patios de esgrima de la Casa Tarnath. Yo he...

—No lo subestimes —dijo Garret, antes de que Merrick pudiera desglosar todos sus logros—. Los miembros de la Guardia del Guiverno son espadachines legendarios. Si tu padre los ha entrenado, son los mejores.

Merrick miró a Cormach Hijoputa, que se había desnudado hasta la cintura. Tenía el cuerpo cubierto de cicatrices; parecía como si lo hubieran tallado en piedra y estaba mirándole con furia. Merrick había pasado el tiempo suficiente en la calle como para conocer la diferencia entre alguien que se hacía el machote y un cabrón verdaderamente duro.

Cormach, sin duda, pertenecía a la segunda clase.

Una punzada de duda hizo tambalear su seguridad en sí mismo, pero la apartó. Lo había entrenado el mismísimo lord Macharias, conocía los sesenta y seis *Principiums martial...* Bien, quizá no era el momento de repasar toda la lista de nuevo. La cuestión era que tenía algo que demostrar y se aseguraría de hacerlo.

Garret le quitó el resto de la armadura a Merrick antes de anunciar:

—Haré que traigan espadas de entrenamiento.

—No hace falta —respondió Tannick—. Las verdaderas también sirven. —Miró a Merrick—. A menos que vuestro hombre esté en desacuerdo.

El capitán estaba a punto de responder cuando Merrick dio un paso adelante.

—No lo está.

Se desabrochó el cinturón y extrajo el arma de la vaina. La hoja se sentía bien en la mano. Por un momento se vio invencible, como un héroe de leyenda, exponiendo el pecho al enemigo, con la espada en la mano, sin nada más que su habilidad para conseguir mantenerse con vida.

Entonces Cormach sacó su propia espada.

La sostuvo con una seguridad que Merrick jamás podría haber igualado. Por todos los diablos, casi parecía formar parte de su cuerpo. Cobró conciencia clara de que su propio torso desnudo, aunque no estaba en mala forma, no estaba ni de lejos tan tenso y refinado como el de su adversario. De pronto el aire del patio pareció enfriarse, como si se le metiera en la piel y le llegara a los huesos. ¿Sería verdad que Cormach era el mejor espadachín de los dos?

Quítate esos pensamientos de la cabeza, Ryder. Tu padre está allí, esperando que fracasas. Es hora de desmentir a ese hijo de puta.

Echó una mirada de reojo a Kaira. Ella lo observaba todo con expresión impertérrita. No recibiría ningún gesto de apoyo de ese lado. Probablemente ella quería verlo fracasar tanto como los demás.

Ambos hombres caminaron hasta el centro del patio. Uno de los guardias del Guiverno gritó: «¡Vamos, Hijoputa!», pero una mirada de lord Ryder lo hizo callar.

Merrick se preguntó si alguien les daría la orden de empezar. A juzgar por la mirada impasible de Cormach, suponía que ya lo habrían hecho.

Golpea primero, golpea rápido, golpea fuerte, golpea último. Así era como le habían enseñado en el colegio. No tendría mejor oportunidad de practicarlo que en ese momento.

Merrick avanzó, rebotando sobre la planta de los pies, y trazó un relampagueante arco con la espada. Cormach ni siquiera parpadeó; se limitó a levantar su hoja y bloquear el golpe, haciendo a un lado la espada del escolta de la reina con tanta fuerza que casi le hizo perder el equilibrio.

Este volvió a golpear, pero Cormach, que estaba fuera de su alcance, ni siquiera había intentado seguir el movimiento con un contraataque. Se limitó a quedarse allí, mirando todo aquello como si lo aburriese.

Merrick se movió dibujando un círculo, mientras Cormach lo miraba, pero ni siquiera se mantenía en guardia. Qué cabrón engreído. ¡Acaso no sabía que solo había sitio para un espadachín arrogante en esa ciudad, y que ese era Merrick Ryder!

Volvió a atacar, con la espada baja, apuntando a la ingle. Otra vez Cormach lo bloqueó. En lugar de retirarse, Merrick lanzó la espada hacia arriba, pero al parecer aquel tipo podía leerle el pensamiento incluso antes de que él supiera qué haría, y también bloqueó ese segundo golpe, haciendo que la espada le zumbara en la mano.

Comenzó a sentir que la rabia crecía en su interior. Este hijo de puta estaba jugando con él. Mostrándole a todo el mundo lo mucho mejor que era. Y para colmo, Tannick los observaba, con una expresión petulante que daba a entender que sabía

que su hombre era el mejor de los dos combatientes y que confiaba en que Merrick perdería.

Él siempre ha dicho que eras un cabrón inútil y ahora estás dándole la razón. No te quedes ahí como un idiota; demuéstrole que se equivoca.

Merrick soltó un gruñido de frustración y volvió a atacar. En el fondo de la mente oyó que lord Macharias le gritaba —*No pierdas la calma, la ira te hace torpe*—, pero no le importó. Esos gilipollas necesitaban que les explicaran que podían pasar todo el tiempo que quisieran en la montaña, follando cabras y mujeres de esas tribus en las que todos eran primos, pero aquí, en la gran ciudad, la gente sabía combatir de verdad.

Su espada barrió el aire con un zumbido. Era un amague, y cuando Cormach levantó la suya para bloquear la estocada, Merrick cambió de dirección y apuntó a la rodilla de su adversario. En un gesto despreocupado, como si supiera lo que el escolta real haría, Cormach levantó la pierna y esquivó el golpe.

Merrick no se detuvo; siguió golpeando, aferrando la espada con ambas manos. Gruñó cuando su adversario movió su propia espada, bloqueando el golpe bajo. Las espadas se bloquearon mutuamente; Merrick hacía fuerza con las dos manos para bajar la suya, mientras el otro lo detenía con solo una mano. Se miraron; Cormach tenía una expresión impasible, sin delatar ninguna señal de cansancio.

Está riéndose de ti. Tal vez no se note, pero por dentro se mea de risa.

Merrick volvió a gruñir, ya sin reprimir su frustración. Tiró a izquierda y a derecha en un ataque cruel, sin prestar atención al daño que podía causar si le acertaba, pero la hoja de su adversario interceptó cada uno de los golpes en el aire. Y en cada caso Cormach ni se molestaba en contraatacar; en cambio, bloqueaba los golpes como si estuviera practicando con un niño.

—Basta, Cormach —gritó Tannick—. Acaba.

Cuando Merrick volvió a atacar, su adversario lo bloqueó, pero esta vez hizo girar la hoja. La enganchó bajo el arriaz de la espada de Merrick e hizo que esta volara hasta el otro lado del patio. Antes de que el escolta de la reina pudiera pensar qué hacer a continuación, Cormach se adelantó y le dio un golpe en el puente de la nariz.

Merrick se derrumbó como un peso muerto, con la visión borrosa. Cuando cayó al suelo, sintió el gusto de la sangre y el moco que le caían desde la nariz y le entraban en la boca.

Una punta afilada le hizo levantar el mentón y, con los ojos llenos de lágrimas, vio a Cormach que lo miraba. El hombre no se regodeó en su victoria ni sonrió, sino que se limitó a contemplarlo inexpresivamente, esperando que Tannick le diera más instrucciones.

El viejo no se atrevería a darle la orden de que lo matara delante de la reina... ¿Verdad? En ese momento a Ryder no le habría importado, ni tampoco estaba seguro de que eso sería demasiado para aquel viejo cabrón.

—Una exhibición impresionante, lord mariscal —dijo Janessa, acercándose a

Merrick—. Creo que ya he visto bastante.

—Por supuesto, majestad —respondió Tannick—. Cormach: a mí.

Aquel al que llamaban Hijoputa apartó la hoja de la garganta de Merrick y retrocedió hacia donde aguardaban los otros miembros de la Guardia del Guiverno, quienes lo miraron con expresión divertida.

Merrick se llevó una mano a la garganta. Había sangre.

Agradece que sea solo un rasguño. Podría haberte matado en cualquier momento.

—No te sientas mal —dijo Tannick, mientras Garret ayudaba a Merrick a incorporarse—. Cormach es el mejor de mis hombres. No tenías ninguna posibilidad.

Eso no lo hizo sentirse mejor, pero no era para eso que Tannick se lo había dicho.

—Es evidente que vuestros Guardias del Guiverno son muy talentosos en el arte del combate, lord mariscal —dijo la reina Janessa—. Pero eso no cambia nada.

—Pero, majestad, vuestros Centinelas son incapaces de protegeros.

Janessa miró fijamente al imponente caballero. Merrick se solazó un poco en el hecho de que Tannick parecía ligeramente acobardado por ella.

—Sin embargo, no estoy muerta, lord mariscal. Parece que algo habrán hecho bien.

—Debo insistir...

—Eso es todo.

La reina Janessa había levantado la voz y Tannick no pudo responder con más que una profunda reverencia.

—Por supuesto, majestad.

Sin otra palabra, Tannick Ryder se dio la vuelta y dejó el patio, seguido de cerca por su Guardia del Guiverno. Cormach estaba en la retaguardia, sin siquiera dignarse a mirar a Merrick. Tampoco es que a este le importara. Si no volvía a ver a ese cabrón nunca más, mejor que mejor.

—Eso es todo por hoy —le dijo Janessa a Kaira—. Podéis escoltarme hasta mis aposentos. —Luego miró a Merrick. Este esperaba ver al menos un mínimo grado de decepción en ella, pero no había nada de eso, incluso a pesar de que le había fallado tanto... otra vez—. Deberías limpiarte —dijo ella.

Con esas palabras, la reina y Kaira salieron del patio.

Merrick no estaba seguro de si habría querido que Kaira le transmitiera desprecio o compasión, pero ella no se molestó en hacer ninguna de las dos cosas. No parecía que a nadie le importara una mierda, pero en ese momento Garret le ofreció un pañuelo para que se enjugara la sangre de la nariz.

—Tannick tiene razón; no deberías sentirte mal.

Merrick se encogió de hombros.

—Supongo que me lo advertisteis.

—Lo intenté. Pero tú no aceptas consejos de nadie, ¿verdad?

Garret no esperó la respuesta. Él también se marchó, dejándolo semidesnudo y

sangrando en el frío ambiente del patio.

En ese momento sintió que eso era más o menos lo que se merecía.

Cualquier otro día, la capacidad para la charla de la institutriz Nordaine habría puesto a Janessa al borde de la locura. Pero este día no. Este día agradecía la cháchara de aquella mujer. La ayudaba a ahogar las ideas que se le arremolinaban en la mente, los odiosos recuerdos de Dravos; la forma en que él le había violado los pensamientos, sus horribles ojos contemplándole el alma.

Aunque estaba muerto, su sombra parecía seguir acosándola. Ella debería sentirse reivindicada, debería enorgullecerse, pero no conseguía solazarse en su victoria. En el momento, la experiencia la había emocionado; la sensación del arma en la mano, la satisfacción cuando penetró en el pecho de Dravos, el sonido de su cabeza golpeando el suelo. Casi había parecido que la Helsbayn cantaba cuando ella la blandía.

Pero lo único que le quedaba era un embotamiento.

¿O es un anhelo? ¿Deseas volver a empuñar esa espada? ¿Necesitas sentir su peso en las manos y su filo destrozando más carne y trayéndote más gloria?

Janessa parpadeó para apartar esos pensamientos y miró por la ventana de su habitación. Nordaine estaba acomodándole el vestido, ajustando con mucha delicadeza las cintas del canesú, esforzándose por no apretárselo demasiado en la zona del vientre. Bajo el canesú una falda se hinchaba hacia delante en un intento de esconder el hecho de que Janessa estaba poniéndose más gruesa en la cintura. Los pechos, amenazaban con asomarse por encima del escote, pero un chal bien colocado bastaría para ocultarlos. En ese sentido, era afortunado que estuvieran al principio del invierno, cuando el aire era más frío y las noches más largas.

La puerta de su habitación se abrió y Janessa vio a Kaira esperándola.

—Ya están listos, majestad —anunció.

La reina se limitó a asentir con un gesto. Se había formado un vínculo entre las dos y se habían vuelto incluso más íntimas después del intento de Dravos de... ¿cómo podría describirlo?

De controlarte. De conquistar tu mente. De quitarte del juego totalmente y de poner a su señor en tu lugar.

Cualesquiera que hubieran sido sus intenciones, él ya no estaba. Odaka se había encargado de hacer desaparecer su cadáver y los de sus hombres; con toda probabilidad los había arrojado al Storway, junto al resto de la mugre de la ciudad. Ella había estado considerando cómo justificar su desaparición, pero también sentía que no debía explicación alguna a la Liga de los Banqueros. Aquel hombre se había presentado como su representante, pero había venido con sus propios propósitos, cumpliendo la voluntad de su ambicioso señor. Una vez que eliminara la amenaza de Amon Tugha a los Estados Libres, se vengaría de ese intento de embrujarla. Kalhim Han Rolyr Mehelli de la Compañía Comercial White Moon no se libraría de las

consecuencias de sus actos.

Janessa se dirigió al comedor, con Kaira delante de ella y Merrick detrás. Él había guardado silencio desde el duelo en los jardines y a ella le había parecido mejor no presionarlo al respecto. A pesar de que él había sido derrotado, ella seguía confiando en que haría todo lo posible por defenderla. Pero aun conociendo la dedicación de sus escoltas, Janessa llevaba varias semanas sin sentirse verdaderamente a salvo. Aunque sabía que sus guardianes darían la vida por ella, eso no la ayudaba del todo a serenarse.

Se había sentido tan decidida semanas atrás. El día de su coronación había mirado su ciudad y había jurado ser una gobernante fuerte y valiente. Pero con un niño en el vientre, cuando no era solo su propia vida lo que estaba en juego, aquel coraje le parecía muy lejano.

Cuando entró en el gran salón de los festines, le impresionó lo desierto que estaba. Donde otrora se habían sentado cortesanos, regidores, administradores, magistrados y otros hombres y mujeres importantes, ahora solo había tres siluetas. La mesa se veía ridícula con tan poca gente a su alrededor, y todos sentados lo más alejados entre sí que habían podido.

Janessa no podía culpar a los sicofantes de la corte por haber abandonado el palacio. No tenían que estar allí. No tenían que quedarse mientras la ciudad caía. Era mejor que hubieran huido; a ella no le servían de nada.

Los tres se pusieron de pie cuando ella entró e hicieron una reverencia cuando se aproximó a la mesa. Después de ocupar su asiento le dedicó una elegante sonrisa a cada uno de ellos.

El senescal Rogan le devolvió la sonrisa; jamás dejaba caer su máscara. La baronesa Magrida también podía aparentar afectación con eficiencia, aunque daba la impresión de que el esfuerzo terminaría desarmándole la cara. El canciller Durket se veía adecuadamente incómodo, y era difícil saber si ello se debía a que aún estaba impresionado por el reciente ataque a Janessa o a que estaba ansioso por escapar de ese sitio como el resto de la corte.

Cuando se sentaron, aparecieron unos sirvientes cargando bandejas y pusieron el primer plato —un magro cuenco de avena con miel— delante de los comensales. Durket miró la mísera ración con expresión desconsolada, pero cuando Janessa cogió una cuchara de plata y empezó a comer, la imitó.

—Confío en que su majestad se encuentre bien —dijo Rogan.

Janessa notó que él no había tocado la comida que tenía delante. Le sonrió como si todo fuera perfectamente normal, como si el enemigo no estuviera casi a las puertas, como si no hubiera asesinos tratando de matarla, como si no hubiera potencias extranjeras intentando usurpar su trono.

—Por supuesto, senescal —respondió.

Aunque él no dijo nada más, ella sabía que tramaba algo. ¿Se habría enterado de lo que había ocurrido? Solo Odaka, Durket y sus Centinelas sabían lo de Dravos.

Habían hecho grandes esfuerzos para asegurarse de que el incidente permaneciera en secreto, pero Janessa se hacía cargo de que el trabajo de Rogan consistía en averiguar cosas que otros habrían querido mantener ocultas.

Volvió la atención al cuenco que tenía delante. A pesar de que estaba casi ahogada en miel, la avena tenía un sabor amargo. Comió de todas maneras, aunque no tenía apetito.

Tampoco tenía verdaderas ganas de conversar con sus invitados, pero era mucho más preferible la charla que el incómodo silencio que cayó sobre la mesa una vez que terminaron las gachas. Miró a la baronesa, quien se limpiaba la boca con una servilleta.

—Entonces, ¿vuestro hijo, lord Magrida, no se unirá a nosotros? —le preguntó, arrepintiéndose instantáneamente. ¿Cómo se tomaría Isabelle que ella mostrara interés en Leon? Con suerte no lo vería como una señal de que le interesaba su mano.

—No se encuentra bien —respondió la baronesa con una sonrisa—. Aunque si estuviera aquí probando esta comida, dudo que se sintiera mucho mejor.

—Hay muchas personas en esta ciudad que no comerán nada esta noche, baronesa. Deberíamos mostrarnos más agradecidos por lo que tenemos.

—Por supuesto —respondió Isabelle. Si la reprimenda la había herido en su orgullo, no lo dejó traslucir—. Corresponde que suframos junto con las masas —añadió, con una falta de sinceridad apenas disimulada.

—Estamos lejos de morirnos de hambre —replicó Janessa.

—Es cierto —dijo Isabelle—. Y algunos de nosotros debemos conservar nuestras fuerzas.

¿Qué querría decir con eso? No podía ser que ella supiera...

—Yo... estoy completamente segura de ello...

Isabelle sonrió.

—Me refería a que, con los problemas que se avecinan, tenéis que manteneros alerta. Enfrentaros a las hordas norteñas en un estado debilitado no os servirá de nada, majestad.

—Sin duda. Pero estoy segura de que tendré la fortaleza suficiente como para enfrentarme a lo que suceda.

—Envidio vuestra seguridad. Ojalá nosotros pudiéramos estar tan seguros de la victoria.

—Si teméis una derrota, baronesa, puedo ocuparme de que os trasladen lejos de Steelhaven antes de que lleguen los khurtas. A vos y a vuestro hijo.

Pero la baronesa Magrida volvió a sonreír.

—Ni hablar, querida mía. —*¿Querida mía?*—. Leon y yo estamos decididos a llegar al final de esto. A ofreceros todo nuestro apoyo.

¿Y cuál sería ese apoyo? ¿Vuestro hijo holgazaneando en la cama todo el día mirando lujuriosamente a las criadas o vos siguiéndome por los pasillos y juzgándome?

—Os lo agradezco, baronesa —respondió, levantando el vaso de agua en una parodia de brindis.

Isabelle hizo lo propio con su copa de vino y dio un sorbo, manteniendo los ojos clavados en Janessa todo el tiempo.

Cuando llegaba el siguiente plato —pollo relleno al limón en un lecho de nabos —, Odaka entró en la sala. En silencio, ocupó su sitio a la derecha de la reina.

—Os pido disculpas por mi tardanza, majestad —dijo, con una mirada de reojo al senescal Rogan, quien no le hizo caso, aunque Janessa estaba segura de que la había notado.

—Por supuesto, Odaka. Estoy segura de que hay muchos asuntos que debéis atender.

El alto guerrero no respondió, sino que se limitó a observar a Rogan, quien le devolvió la mirada, apartando los ojos del pollo.

—¿Algo de lo que debemos preocuparnos? —preguntó el senescal.

—Vos sabéis que sí. —Odaka continuó mirándolo con furia desde el otro lado de la enorme mesa.

Rogan le devolvió la mirada serenamente. Esos dos no se tenían en alta estima, pero eso Janessa lo sabía desde hacía mucho tiempo; entre otras cosas porque podía presentir las maniobras de Rogan para hacerse con el poder.

Antes de la muerte de su padre, solo había confiado en Odaka y Rogan había sido prácticamente invisible. Pero ahora que el rey Cael ya no estaba, parecía que el senescal de la Inquisición intentaba volverse insustituible en la corte de Janessa. Más allá de si ella le otorgaba o no esa condición, sentía que, en esos momentos tan difíciles, necesitaba a su lado a todos los consejeros que pudiera reunir y hasta el momento Rogan no la había hecho cambiar de idea.

Odaka, sin embargo, no compartía ese punto de vista.

—Parece que se ha producido un incidente en una de las cárceles —dijo Odaka—. Hubo muertos.

Janessa miró a Rogan, quien se encogió de hombros.

—En realidad es inevitable, con tantos combatientes hacinados en un solo lugar.

—Vos ubicasteis a guerreros zatani en una cárcel junto a mercenarios —le espetó Odaka, en un tono grave y amenazador—. ¿Qué creíais que ocurriría?

—No fingiré que entiendo los prejuicios que podáis albergar respecto de una tribu rival, pero eran guerreros que ofrecieron su ayuda. ¿Qué debería haber hecho con ellos? ¿Dejarlos sueltos por las calles de la ciudad?

—Deberíais haberlos rechazado. No son hombres, sino bestias salvajes. Criados solo para matar. —Odaka levantó la voz. Janessa no recordaba cuándo había sido la última vez que lo había visto perder su pátina de serenidad—. Ahora hay tres compañías de mercenarios que amenazan con marcharse y los zatani están encarcelados.

Rogan levantó las manos en un gesto apaciguador.

—No se me puede culpar por la actitud de los mercenarios. Lo que se dice es que se marcharán porque no tenemos con qué pagarles, no por una riña. ¿No es cierto, canciller?

Miró a Durket, quien se quedó paralizado, con la comida a medio masticar llenándole las hinchadas mejillas.

—Nosotros... —consiguió decir Durket con la boca llena.

—Al parecer, nuestro potencial salvador —continuó Rogan—, el representante de la Liga de los Banqueros, ha desaparecido. Solo podemos suponer que se marchó al Este en el primer barco, llevándose su promesa de asistencia financiera. —Miró a Janessa con aire expectante.

¿Acaso sabría Rogan lo que había pasado con Dravos y sus escoltas? Ni siquiera Durket podría haber sido tan estúpido como para contárselo.

—Nos fue imposible llegar a un acuerdo —respondió Janessa rápidamente, antes de que el canciller terminara lo que tenía en la boca y dijera algo estúpido.

—Sí —dijo Rogan—. Es lo que he oído.

¿Eso es lo que habéis oído? ¿Y dónde lo habéis oído, senescal Rogan? ¿Os lo ha contado alguna de las ratas que tenéis escondidas en los aleros?

Janessa se puso de pie; de repente, la acidez de los limones le había dado náuseas. Eso era lo que le faltaba: vomitar sobre la mesa de los banquetes.

—Excusadme —dijo. Todos los comensales se incorporaron y Kaira se puso a su lado.

Trató de caminar con paso seguro mientras salía de la sala. Merrick le abrió la puerta mientras Kaira se mantenía a su lado, prácticamente sosteniéndola. Janessa se sintió agradecida por el apoyo.

Cuando llegó a su dormitorio, se sentó pesadamente en la cama, sintiendo la carga de sus responsabilidades.

—¿Os encontráis bien, majestad? ¿Necesitáis agua? —le preguntó Kaira.

La reina negó con la cabeza.

—Solo estoy un poco mareada, eso es todo.

Kaira se sentó a su lado.

—¿Es el niño?

Janessa sonrió. Pocas personas sabían que estaba embarazada y eso lo agradecía. De entre los que lo sabían, Kaira era en quien más confiaba; había arriesgado la vida para salvarla; casi había muerto por ella.

—No, el bebé se encuentra bien.

La puerta se abrió y oyó que Merrick le decía a alguien que tendría que esperar, antes de que la imponente silueta de Odaka se abriera paso y entrara.

—Está bien, Merrick. Por favor. —Le hizo a Odaka el gesto de que entrara y el escolta real cerró la puerta de la habitación tras ellos.

Kaira se puso de pie cuando entró el regente, recuperando su actitud disciplinada. Entonces fue el turno de Odaka de mirar a Janessa con preocupación. Eso casi la hizo

reír; el miedo que todos sentían por ella. La ciudad estaba a punto de ser atacada y todos se preocupaban por los mareos de una muchacha.

Se incorporó.

—Me encuentro bien. Azai Dravos está muerto. No queda nada de él ni de sus insidiosas hechicerías. Solo lamento no haber podido asegurar el dinero de su señor antes de que muriera.

—Es cierto —respondió Odaka—. Sin él perderemos el apoyo de las Compañías Libres.

Janessa se acercó a la ventana que daba a una ciudad que quizá pronto quedaría convertida en cenizas.

—Es mi culpa —dijo—. Si no estuviera embarazada, tal vez Dravos no habría intentado aprovecharse. Tal vez hubiera sido honesto conmigo. Esto nos ha costado todo.

—No, majestad —intervino Kaira. Janessa se sorprendió. Aunque hablaban con frecuencia en privado, su escolta jamás expresaba sus opiniones en presencia de otros, mucho menos delante de Odaka—. Dravos sabía lo que hacía desde el principio.

—Tiene razón —dijo el consejero—. No se podía hacer nada. No había otro resultado posible, salvo vuestra muerte o vuestro cautiverio.

—Entonces deberíamos resignarnos a nuestro destino —comentó Janessa, sin dejar de contemplar la ciudad.

—No, no es cierto. Cada hombre, mujer y niño de Steelhaven está preparado para defender sus murallas. Los abanderados de vuestro padre regresarán a la ciudad pronto y reforzarán nuestras filas.

Lo que queda de ellos.

—Gracias, Odaka.

Quiso decir que confiaba en que ellos combatirían valerosamente. Que con guerreros tan valientes y tan leales la victoria estaba asegurada. Pero Janessa sabía que combatir con valentía no alcanzaría para contener lo que se acercaba desde el norte a marchas forzadas.

Waylian jamás había puesto un pie en el barrio de los Oficios antes y desde luego que no era lo que había esperado. Para empezar, ni siquiera llegaba a la categoría de «barrio», apiñado como estaba entre el barrio de la Corona y el río Storway. Había supuesto que encontraría bullicio y alegría, calles llenas de vida, de ruidos de martillos golpeando y serruchos zumbando, y el aire lleno de deliciosos aromas.

Pero en realidad las calles estaban prácticamente desiertas y hedían tan mal como el resto de la ciudad. Pasó junto a una fábrica de cerveza que estaba al lado de una curtiembre y la mezcla de olores casi le revolvió el estómago. Un herrero estaba dando los toques finales a unas herraduras junto a un tonelero que manufacturaba anillos para barriles, y el sonido de sus dos martillos batiéndose a duelo provocaba un estrépito tan discordante que se vio obligado a taparse los oídos.

Le costaba orientarse en las estrechas callejuelas. Cuando ya empezaba a creer que había pisado cada acera y cada callejón del barrio de los Oficios, encontró la casa que buscaba.

Era un edificio estrecho situado entre la tienda de un tejedor y la de un fabricante de velas. A diferencia de la mayoría de las viviendas de aquella parte de la ciudad, esta parecía sólidamente construida; tenía una mampostería uniforme, la madera de la puerta había recibido una capa de barniz hacía muy poco, la aldaba y el pomo estaban pulidos y lustrosos. En la pared junto a la puerta había una placa de bronce con las palabras grabadas: SEQUEOUS OALE – ESCRIBA. Waylian tuvo que contenerse para no dar golpes en el aire de alivio. En cambio, se limitó a dar tres golpes a la puerta.

Después de lo que pareció una eternidad, se oyó un ruido de llaves y la puerta se abrió unos centímetros, frenada por una gruesa cadena que se había puesto tensa. Apareció la lastimera cara de un anciano. Sus rasgos se habían marchitado con la edad y tenía el pelo gris, que le caía hasta el mentón. Sobre la puntiaguda nariz descansaban un par de gafas, cuyas gruesas lentes hacían que sus ojos parecieran enormes.

—¿Sí? —preguntó el hombre.

—¿Sequeous Gale? —dijo Waylian.

—Soy yo. ¿Qué puedo hacer por ti?

—Me llamo Waylian Grimm. Me han enviado de la Torre de los Magistrados. Vuestro aprendiz, Josiah Klumm, ha sido convocado por un asunto urgente. —Extendió el pergamino lacrado que le había dado Gelredida.

Sequeous lo agarró entre sus retorcidos dedos cuando Waylian se lo pasó por la apertura. Con cierta dificultad el hombre rompió el lacre y lo desenrolló. Waylian lo observó mientras el viejo posaba sus inmensos ojos en la carta. Cuando terminó,

levantó la mirada y luego le cerró la puerta a Waylian en la cara.

Eso te ha salido bien, Grimmy. ¡Parece que estás luciéndote en esta clase de asuntos! La magistrada Gelredida va a sentirse tan orgullosa...

Lanzó un suspiro de alivio cuando oyó el ruido de la cadena al otro lado de la puerta y luego vio que Sequeous la abría. El viejo no dijo nada; se limitó a darse la vuelta y a caminar por el pasillo arrastrando los pies y dejando que Waylian lo siguiera.

La casa olía a humedad y a viejo; en cada superficie parecía haber una capa de polvo que llevaba allí mucho tiempo. El pasillo estaba cubierto de bibliotecas desde el suelo hasta el techo y cada estante estaba lleno hasta el tope con antiguos volúmenes encuadernados en cuero. Como se había quedado sin espacio en las estanterías, Sequeous había formado grandes pilas sobre el suelo de amarillentos rollos y pergaminos de diversos tamaños.

Waylian siguió al anciano hasta un cuarto contiguo. Por cuatro ventanas se filtraba la luz, atravesando el aire mohoso. Había cuatro mesas de estudio que formaban una especie de cuadrado, islas entre todavía más libros y pergaminos. A cada una de las mesas se sentaba uno de los aprendices de Sequeous, con la cabeza gacha en estudiosa concentración y con sus plumas raspando con una precisión caligráfica.

Tres de los aprendices ya tenían un aspecto marchito, y se encorvaban sobre sus tareas en una parodia de los viejos en los que algún día se convertirían. Más temprano que tarde, terminarían con un aspecto muy similar al de su maestro. Solo uno de ellos aparentaba la edad que tenía. Era joven, de hombros amplios y mandíbula ancha.

—¿Josiah? —dijo Sequeous, y el aprendiz de mayor tamaño levantó la mirada de su pergamino. La pluma parecía diminuta en su inmensa mano. El muchacho no dio ninguna respuesta; se limitó a quedarse sentado sin expresión alguna en la cara—. Este es un mensajero de la Torre de los Magistrados. Debes marcharte con él.

Josiah asintió obedientemente y se acercó. Waylian notó lo alto y lo corpulento que era. Su físico era el de un escudero de las órdenes de caballería, donde esa pujante fuerza sería entrenada y refinada, en lugar de desperdiciarse en el estudio de un anciano.

—Hola —dijo Waylian.

El muchacho se limitó a devolverle la mirada, como si acabaran de plantearle una adivinanza peliaguda.

—Vete, Josiah. No debes hacer esperar a los magistrados.

El joven asintió. Waylian se dio la vuelta y lo guio hacia la puerta como si fuera una vaca a la que llevaran a ordeñar.

Después de que Sequeous cerrara la puerta tras ellos, Waylian se volvió a Josiah.

—No hay nada de qué preocuparse —dijo, haciendo lo mejor que podía para tranquilizar al muchacho—. Creo que necesitan escribas en la Torre, eso es todo. Van a ponerte a prueba. Es una oportunidad excelente, sin duda alguna. Aunque si

preferieras quedarte aquí con el maestro Sequeous estoy seguro de que lo entenderán.

Pero Waylian no puso rumbo a la Torre. Gelredida le había dado estrictas instrucciones de llevar a Josiah a otra dirección de la ciudad.

El chico se limitó a contemplarlo con sus ojos hundidos. Ya no parecían vacíos y en cambio lo observaban con mucha atención. Waylian tuvo que admitir que eso lo ponía un poco nervioso.

La Torre de los Magistrados estaba más o menos al noreste del barrio de los Oficios, pero el ayudante de la magistrada se dirigió al sur. Al principio el joven parecía bastante tranquilo, pero cualquier esperanza que Waylian hubiera albergado de que Josiah lo acompañara sin decir palabra se disipó rápidamente.

—¿Dónde vamos? —preguntó el muchacho de pronto.

—No es más que un breve desvío —respondió Waylian—. Nada de qué preocuparse.

—Esa es la segunda vez que lo dices.

—¿Qué cosa?

—«Nada de qué preocuparse». Ya lo has dicho dos veces. Lo que me hace pensar que sí tengo algo de qué preocuparme.

—Bien...

—¿Qué pasa aquí? —Josiah levantó la voz. Pareció volverse más amenazante. Waylian tuvo una percepción clara de la diferencia de tamaño entre ambos; el chico podría aplastarlo fácilmente con un pulgar.

—Tengo que hacer una pequeña parada. No tardaré mucho.

Josiah lo observó como si buscara alguna señal de engaño en el rostro de Waylian. Este le devolvió la mirada, hasta que, finalmente, el grandullón pareció satisfecho.

—Bien, de acuerdo —dijo, otra vez sereno—. Vamos.

Siguieron caminando hasta que llegaron al extremo norte de los Muelles. En esa zona el aire marino era más fresco; un viento frío soplaba desde el mar Midral, serpenteando por las callejuelas del barrio. Lo más subrepticamente que pudo, Waylian revisó el pedacito de papel que tenía en la mano con una dirección escrita, esperando poder encontrarla con más facilidad que la primera. Si daba demasiadas vueltas, podría dejar traslucir el hecho de que en realidad no tenía idea de dónde demonios iba.

Por suerte, era más fácil orientarse en las calles de los Muelles que en las del barrio de los Oficios y Waylian no tardó en localizar la dirección. Rebuscó en el bolsillo la llave de la casita y los dos entraron.

En el interior olía a cerrado y las telarañas que cubrían los muebles eran tan gruesas como las prendas de encaje; era evidente que la casa llevaba varias semanas vacía. Gelredida le había indicado que llevara a Josiah allí y que la esperaran, pero ¿cuánto tardaría? ¿Cómo se suponía que debía obligar a quedarse a ese gigantón si este no quería hacerlo?

—Siéntate —dijo Waylian, quitándole el polvo a una silla con la mano—. No tardará mucho.

Se sintió aliviado al ver que Josiah hacía lo que le pedía, pero luego se preguntó qué demonios haría a continuación.

Tal vez un poco de chispeante conversación, Grimmy. Ya sabes, como la que usas para seducir a las damas y llevártelas a la cama y para hacer que los pájaros caigan de los árboles.

—¿De modo que escriba? —dijo, sin tener idea de qué hablar—. Debe de ser un trabajo interesante.

—No especialmente —respondió Josiah, echando una mirada a la habitación como si estuviera embadurnada de mierda. Waylian lo entendía: llamar tugurio a ese sitio sería darle más valor del que tenía—. En realidad es bastante aburrido.

—Pero el viejo maestro Sequeous parece agradable.

—Es un viejo loco, cascarrabias y temblequeante, y cuanto antes estire la pata y la palme, mejor.

—Pero debe de ser mejor trabajar para un escriba que fabricar flechas para un negrero.

Waylian no pudo evitar sentir una punzada de lamento al recordar a todos aquellos huérfanos indefensos en la barriada de Northgate.

—Supongo —dijo el chico—. Pero solo un poco.

El ayudante de la magistrada no supo qué contestar. Estaba claro que a Josiah no le importaba un comino Sequeous, ni tampoco lo afortunado que había sido al escapar de la miseria del orfanato de Fletcher.

Echó un vistazo a la puerta, deseando que Gelredida no se demorara más. Conforme pasaba el tiempo se ponía cada vez más incómodo. Con cada aliento, Josiah parecía volverse más inquieto, hasta que ya no pudo contenerse.

—Mira —dijo, levantándose de la silla—. No voy a esperar aquí todo el día. — Las limitadas dimensiones del cuarto hacían todavía más evidente la gran diferencia de altura que había entre él y Waylian.

—Pero... no falta mucho —respondió este; su temor de fallar a Gelredida era superior al que le causaba Josiah.

—En realidad no es mi problema. Dale mis saludos a los magistrados, por favor.

Se acercó a la puerta, pero Waylian se movió para bloquearle el paso, al tiempo que se daba cuenta de lo ridículo que se vería tratando de detener a ese inmenso adversario.

—Tal vez podríamos hablar un poco más —dijo, desesperado por retenerlo—. ¿Cómo era la vida en la barriada? Debió de haberte sido difícil.

Josiah frunció el ceño.

—Era una mierda, como imaginas. Pero lo que me molesta es cómo sabes tú de dónde vengo. ¿Quién te dijo que yo vengo de los barrios bajos? ¿Quién te dijo que era uno de los chicos de Fletcher? Si solo estás buscando a aprendices de escribas,

¿cómo sabes de mi pasado? ¿Y por qué estás tan interesado en mí?

Son todas muy buenas preguntas, Josiah. Ojalá pudiera responderlas.

—Es... Eh...

—Quítate de en medio.

Josiah parecía decidido. Waylian iba a fastidiarla nuevamente.

—No. Aún no puedes marcharte. —Trató de reunir todo el poder y la autoridad que le correspondían a un magistrado. Pero lo más probable era que sonara como un niño petulante—. Tenemos que esperar a una persona. Cuando ella llegue, obtendrás las respuestas a todas tus preguntas.

—Al carajo con eso —respondió Josiah, y extendió la mano para agarrar el pomo de la puerta.

Sin pensar, Waylian le agarró la muñeca. Era gruesa y no alcanzaba a rodearla con la mano, pero eso no pareció particularmente importante cuando Josiah lo miró con furia.

Una mano saltó hacia delante, cogió a Waylian de la garganta y lo empujó contra la puerta.

—¿Vas a detenerme? —Gruñó el chico—. ¿Qué vas a hacer?

Waylian quería mostrarse desafiante y con actitud de pedir disculpas a la vez. Por desgracia, ninguna de esas opciones le era posible con la garganta apretada como la tenía.

Sintió que la ira y la humillación crecían en su interior y, durante un momento fugaz, pensó que estaba a punto de manifestar alguna clase de poder, como el que había experimentado en el Templo de los Necrófagos, o cuando Nero y Ferez habían ido a su dormitorio a intimidarlo.

Pero antes de que ello pudiera ocurrir, Josiah lo tiró a un lado. Waylian cayó y se golpeó la cabeza contra la pared. Una furia verdadera subió burbujeando a la superficie. No era mágica, no estaba cargada de poder; no era más que una furia fría y dura.

—¡He dicho que no! —gritó cuando el aprendiz de escriba cogió el pomo nuevamente. Con una fortaleza que lo sorprendió, Waylian se incorporó y se lanzó por la habitación. Rodeó el cuello de Josiah con los brazos y quedó allí colgado, con los pies en el aire, mientras el muchachote trataba de sacárselo de encima.

Se mantuvo aferrado mientras Josiah trastabillaba por la habitación emitiendo un patético sonido de ahogo. Con sus grandes manos el chico intentó quitarse a Waylian de encima, pero sin éxito. No permitiría que aquel muchacho escapara; no volvería a decepcionar a su señora.

Josiah se tambaleó, luego se derrumbó, cayendo sobre una silla rota que se hizo pedazos bajo su peso. A Waylian se le escapó el aire de los pulmones y se vio obligado a liberar a su víctima.

Agitó los brazos, tratando en vano de agarrarse de la camisa de Josiah, pero el chico ya había rodado hacia un lado y se había incorporado. Waylian miró esos ojos

asesinos cuando el aspirante a escriba lo contempló desde lo alto.

—Te mataré, hijo de puta —gruñó Josiah.

La mano de Waylian tanteó debajo de él hasta que se cerró en torno a algo duro. Cuando aquel grandullón se le acercó, se puso de pie y le pegó en la cabeza con lo que resultó ser la pata de una silla. El gigante se desplomó como si lo hubieran atravesado con una flecha.

En su mano, la pata de la silla resultaba increíblemente pesada y lo único que pudo hacer fue quedarse allí contemplando el cuerpo que tenía delante.

Mierda. ¿Qué has hecho? Lo has matado, idiota. Gelredida te despellejará vivo por esto.

Dejó caer la pata de la silla al suelo y rápidamente se puso en cuclillas junto a Josiah. Al muchacho le sangraba la cabeza y estaba apagándose como una vela. Waylian se acercó más y sintió una oleada de alivio cuando percibió su aliento en la cara.

Antes de poder siquiera empezar a pensar de qué manera podría salir de ese lío, se abrió la puerta de la casita.

Gelredida entró y con aire despreocupado cerró la puerta tras ella. Observó con curiosidad a Waylian, que seguía arrodillado sobre el cuerpo de Josiah Klumm.

—¿Qué tenemos aquí? —preguntó.

—Es... Eh... No es lo que parece, ¿sí?

—¿En serio? —Ella levantó una de sus blancas cejas—. Porque da la impresión de que has matado al muchacho que te mandé buscar.

—No está muerto, magistrada. Solo está... eh...

—¿Durmiendo la siesta?

—Trató de marcharse. Peleamos y yo... lo golpeé con la pata de una silla.

—Qué hábil de tu parte, Waylian.

—No tenía la intención de hacerlo. Solo que...

—No importa. —Sacó un trozo de cuerda de su vestimenta—. Me has ahorrado trabajo. Átalo y mételo en el sótano. —Le lanzó la cuerda—. Asegúrate de que esté amordazado. No nos conviene que derrumbe el edificio a gritos cuando nos vayamos.

Waylian la contempló durante un segundo, luego miró la cuerda.

—¿Queréis decir que lo íbamos a mantener encerrado aquí desde el principio?

Gelredida sonrió.

—No iba a pedirselo amablemente. Por lo que se ve es un asno bastante terco y obstinado. Igual que su padre.

—¿Quién es su...?

—Basta de preguntas, Waylian. Cuerda. Sótano. ¡Venga, vamos! —Puntuó esas dos últimas palabras con dos rápidas palmadas de sus manos enguantadas.

Waylian se concentró en la tarea y ató a Josiah lo más fuerte que pudo. Cuando abrió la puerta del sótano y miró la oscuridad que había abajo, se preguntó qué habría hecho aquel muchacho para merecer ese destino. Pero ¿acaso tenía derecho a

preguntar? Gelredida no parecía estar de ánimo para dar respuestas, aunque se había tomado el estado de inconsciencia de Josiah mejor de lo que había esperado.

Limítate a hacer lo que te han dicho, Grimmey. Probablemente es mejor que no sepas nada. No quieres ser el que termine en el sótano, ¿verdad?

Mientras Gelredida lo observaba con impaciencia, Waylian arrastró el bulto inconsciente de Josiah hacia la oscuridad.

Tal vez le preguntaría sobre todo aquello más tarde.

Tal vez se limitaría a mantener la boca cerrada.

Cuando llegó al final de la calle Slip, Rag no pudo decidir si echaba de menos ese lugar o no; las calles mugrientas, las casas destartaladas, las muchachas buscando clientes. Era extraño: las caras eran las mismas, los sonidos y las imágenes eran idénticos, pero por alguna razón aquello se percibía diferente. O quizá no era diferente; quizás era exactamente igual y quien había cambiado era ella.

Ya no perteneces a este sitio. No deberías haber regresado. Nunca mires hacia atrás; eso solo te causará dolor. ¿Por qué no te das la vuelta y regresas al Gremio? Esa es tu familia ahora. Donde perteneces.

Pero no se dio la vuelta. ¿Cómo podría?

Siguió caminando por la calle, cargando un saco sobre el hombro, avanzando con dificultad por el barro como si jamás se hubiera marchado de aquel sitio. Cuando vio el Bull más adelante, sintió un peso en el fondo del estómago. Su paso se volvió más lento hasta que finalmente se detuvo y se quedó contemplando aquel techo.

¿Y si la odiaban por haberse marchado? ¿Y si le tiraban cosas y la escupían por haberlos abandonado?

¿Y si no?

Había una sola manera de averiguar qué le harían y ella no había hecho todo el camino hasta allí por razones de salud. Cogió con más fuerza el saco, cruzó la calle y subió por aquellas desvencijadas escaleras. La madera crujía como si estuviera a punto de caer bajo su peso. Lo había hecho mil veces antes, pero nunca había estado tan asustada como en ese momento.

Ya en la azotea esperaba que estuvieran aguardándola, con los brazos cruzados y miradas de odio. Pero a pesar del ruido que había hecho al subir, no había nadie. Solo estaba aquella pequeña choza hecha de tablas de madera.

Rag avanzó por la azotea, sin esforzarse por no hacer ruido. Cuando estuvo cerca de la choza, oyó voces que hablaban rápido y en tono quedo.

—Se está poniendo jodidamente frío —dijo una de las voces.

—Ya sé que se está poniendo jodidamente frío, y no hay nada que podamos hacer al respecto —replicó la otra.

—Deberíamos prender un fuego.

—Prende tú un puto fuego.

Rag reconoció las voces, pero había algo diferente en ellas. No eran despreocupadas como antes. No era una charla ligera. Ahora había un tono duro en esa riña.

Se asomó. Chirpy, con una expresión acongojada en un rostro que antes siempre sonreía, estaba sentado, contemplando las cenizas de un fuego extinguido. El pequeño Tidge había crecido; pero estaba delgado y había una rapacidad en su cara

como la de quien ha visto muchas cosas malas. Lo que más la preocupó fue ver a Migs hecho un ovillo en el suelo, con sus largos cabellos apelmazados.

—¿Qué ocurre, mierdecitas? —dijo, esperando que se giraran y rieran o gritaran... o algo.

Los muchachos ni siquiera parpadearon, solo la miraron inexpresivamente. Ella podría haber sido cualquiera; podría haber sido un Casaca Verde que venía a echarlos de la azotea; era evidente que no les importaba.

Rag entró en la choza y se sentó en la improvisada cama. Trató de sonreír, pero no podía apartar los ojos de Migs, tirado en el suelo.

—¿Qué le ocurre? —preguntó, mientras estiraba la mano y le tocaba la piel sudorosa de la mejilla.

—¿A ti qué mierda te importa? —respondió Tidge.

Chirpy le dio un codazo.

—Tiene fiebre. No sabemos qué hacer. No tenemos dinero para el boticario.

—Entonces, ¿lo habéis dejado ahí tirado, sin ponerle una manta ni nada?

—No tenemos ninguna. ¿Qué se suponía que teníamos que hacer? —dijo Chirpy.

—¿Y Fender? —preguntó Rag—. ¿Dónde está?

Los dos muchachos se encogieron de hombros.

—Hace varias semanas que no lo vemos —respondió Tidge.

Rag dejó el saco en el improvisado banco y se arrodilló junto a Migs.

—¿Estás bien, amiguito? —preguntó—. ¿Cómo te sientes?

Él levantó la mirada y esbozó una sonrisa que se convirtió en una mueca de dolor y en tos.

—¿Qué hay en la bolsa? —le preguntó Tidge a Rag, que le secaba a Migs el sudor de la frente.

—Echad un vistazo —respondió ella.

Mientras Rag se preguntaba qué podría hacer por Migs, los otros abrieron el saco y encontraron el pastel tibio y el pan que ella les había traído. También había una botella de cerveza, pero los muchachos estaban demasiado ocupados con la comida para percatarse de ella.

—Aseguraos de que lo compartís a partes iguales —dijo Rag, mientras buscaba en el bolsillo de su camisa. Su mano se posó sobre una corona de oro, el único dinero que le quedaba, y por un segundo se preguntó si habría llegado el momento de usarla.

¿Para qué la vas a guardar? Tampoco es que tengas gustos caros para la ropa, ¿verdad? Migs está enfermo. Haz lo correcto.

Se volvió y vio que Chirpy y Tidge ya se habían llenado los carrillos. Por un momento estuvo a punto de regañarlos por su glotonería, pero ella también había pasado hambre muchas veces y sabía que el hambre te hacía olvidar los buenos modales. Tampoco es que aquellos dos pilluelos los tuvieran.

—Escuchad, y prestad atención —dijo—. Migs necesita medicamentos y vosotros los iréis a buscar, ¿habéis entendido? —Antes de que ninguno de los muchachos

podiera protestar, les mostró la corona de oro. Ambos la contemplaron como si fuera todo el oro del tesoro de la reina Janessa—. Esto bastará. No dejéis que el boticario os time. Decidle que Migs tiene fiebre y que estáis dispuestos a pagar por algo que lo cure.

Chirpy asintió, pero Tidge seguía mirando fijamente la corona. Rag pensó que era mejor que Chirpy se hiciera cargo de la moneda y se la arrojó. Él la cogió en el aire y se la metió en la manga en un abrir y cerrar de ojos.

—Entonces, ¿no has vuelto para quedarte? —preguntó Tidge.

—No —respondió ella, y sintió una inesperada punzada de arrepentimiento.

—Te marchaste sin decir palabra. Ni siquiera te despediste.

—Lo sé —respondió Rag—. Pero tenía cosas que hacer. De las que debía ocuparme yo sola. Pensé que Fender os cuidaría, pero parece que mintió al respecto.

Y no por primera vez.

—Podemos cuidarnos solos —dijo Chirpy.

Rag recorrió con la mirada la choza, que parecía más destartada que nunca.

—Sí, así parece.

Luego se quedaron sentados, sin nada más que decir. Los muchachos siguieron comiendo; ya habían dado cuenta de la mayor parte del pastel y del pan. Rag se puso contenta cuando vio que no tendría que recordarles que le guardaran una porción a Migs. Después de que terminaron, ella se incorporó, le hizo un gesto con la cabeza a cada uno de ellos y salió de la choza.

—¿Vas a volver? —le preguntó Chirpy mientras ella se dirigía a las escaleras.

Y bien, ¿volverás? ¿Te tomarás la molestia de regresar para ver si Migs se encuentra bien? El próximo invierno será duro; todavía más si los khurtas consiguen atravesar la muralla. ¿Vendrás a ver qué tal están o simplemente te ocuparás de ti misma?

—Sí, volveré —respondió ella, sin mirar por encima del hombro. No quería que Chirpy le viera en la cara la misma mentira que había oído de sus labios.

¿Cómo podía prometerles que regresaría? Ya tenía bastantes cosas de las que ocuparse. Por todos los diablos, tal vez ni siquiera estaría con vida al día siguiente.

Quizá deberías haberles dicho la verdad. Deberías haberles informado de que no volverán a verte. Que solo has venido porque te sentías culpable y que hacerlo no te ha hecho sentir mejor.

Pero tampoco podía decir eso. No era más que una cobarde y lo sabía. Solo se preocupaba de ella misma. Había pasado años cuidando de una pandilla de pilluelos y mira cómo había terminado eso: pidiendo ayuda en una azotea mientras uno de ellos se desangraba y expiraba con un agujero en la garganta.

Estarían mejor sin ella. Les convenía más arreglárselas solos que mezclarse con Rag y su mierda. Y sí que era mierda, que la seguía por todas partes ensuciándola y dejándole su olor.

¿A quién tratas de engañar? Ni siquiera intentes fingir que los estás protegiendo.

Estás huyendo, como la última vez.

Rag se detuvo al final de la calle Slip y miró hacia atrás. Si no volvía a ver ese lugar nunca más, ya estaría bien. Aunque también era cierto que quizá lo que la esperaba en cualquier otra parte no fuera mucho mejor.

Mientras caminaba por las calles que conducían a Northgate, empezó a sentir la misma pesadez en el estómago. Si la calle Slip tenía demonios que la esperaban, en su camino había una taberna cuyos problemas eran diez veces más grandes, sin duda alguna.

Había dejado escapar a ese tal Nobul. ¿Qué clase de consecuencias tendría eso? ¿Sabría Friedrik que había sido Rag quien lo había soltado? ¿Estaría aguardándola con algo afilado y puntiagudo reservado para ella?

Solo había una manera de averiguarlo.

La idea de huir le cruzó por la cabeza, aunque solo fugazmente. Había aprendido a sobrevivir en esa ciudad y era lo único que sabía. ¿Cómo podría sobrevivir fuera? ¿Encontrando un trabajo en alguna aldea apartada? ¿Trabajando la tierra?

¿Rag, la campesina? ¡Por favor!

La taberna de Friedrik estaba silenciosa cuando llegó. La calle estaba oscura — pasaría mucho tiempo antes de que instalaran farolas en ese extremo de Steelhaven— y ella hizo una pausa en el umbral.

La última oportunidad, Rag. Tómala o déjala.

Hizo girar el pomo de la puerta y entró.

No tenía idea de qué esperaba encontrarse. ¿Furia? Sin duda. ¿Alboroto? Probablemente. ¿Una carnicería? Sí..., pero no como esta.

El lugar parecía hecho pedazos. Había cadáveres en todas partes, muchos de ellos desnudos. Los muchachos intentaban limpiar todo lo mejor que podían; Yarrick y Essen estaban trasladando un cuerpo a un rincón donde había una pila de muertos. Hasta Harkas estaba ayudando, limpiando la sangre de una mesa con un trapo sucio. Shirl, que todavía se veía muy desmejorado, se mantenía apartado, demasiado herido para ayudar y demasiado asustado para irse.

Rag miró a la sombra que estaba de pie delante del fuego. Lo único que podía verle era la espalda, mientras contemplaba los rescoldos moribundos.

Sintió deseos de salir corriendo. Debería haber aprovechado la oportunidad y huir cuando todavía estaba en el exterior del edificio y tenía la calle libre, pero ya estaba dentro. ¿Todo esto lo había provocado ella? Todas esas personas muertas... porque había soltado a Nobul.

Además, él la había advertido; le había dicho que si se quedaba por allí terminaría igual de muerta que los demás. Y ella le había creído. Pero no podía haberse imaginado esto, ¿verdad? Seguramente no era culpa suya, ¿o sí?

Se dirigió lentamente adonde estaba Friedrik. No dijo nada; simplemente se quedó detrás de él. Rag sabía perfectamente que no le convenía interrumpirlo cuando estaba sumido en sus pensamientos. Shirl y sus moretones eran prueba suficiente de

que no era ventajoso enemistarse con Friedrik. Pero en realidad era bastante posible que ella ya se hubiera enemistado con él. La única pregunta era si podría zafarse mintiendo.

—¿Dónde mierda estabas? —le preguntó Friedrik, sin apartar la mirada del fuego.

Rag no supo si estaba enfadado o no; en su tono de voz no había ni alegría ni amenaza.

—Escapé... —respondió, sin saber qué otra cosa decir—. Cuando todo empezó, salí corriendo hacia la noche y estaba demasiado asustada para volver.

Si lo intentaba con verdades a medias, tal vez él no olfatearía la mentira oculta en sus palabras. Sabía que no mentía bien cuando aquella mujer, Kaira, la había atrapado. No tenía sentido arriesgarse de nuevo.

—Los muchachos dijeron que fue idea tuya que ellos se marcharan. Que fue idea tuya dejar el lugar desprotegido. Yo respondí que eso no podía ser cierto, que tú jamás serías tan estúpida.

—Sí, es cierto que les dije eso, pero jamás pensé que...

—¿Jamás lo pensaste? —Friedrik se volvió, y ella vio que tenía una expresión grave en el rostro, como si hubiera asistido a un funeral. O a una docena, todos al mismo tiempo—. ¿Esperas que te crea? Lo creería de Shirl o Essen o Yarrick, pero no de ti. Tú siempre estás pensando, Rag. Siempre estás un paso adelante; eso es lo que me gusta de ti. Por eso te tengo cerca.

—Quería decir que... no pensé que habría peligro.

Él la miró, quemándola con esos ojos como si pudiera detectar la mentira.

—Pues está claro que sí lo había, mierda, porque esto parece la tienda de un carnicero. Carne por todas partes. Chop chop chop.

Rag tragó saliva cuando puntuaba esas últimas tres palabras con tres movimientos de la mano, como si estuviera cortando rebanadas.

—Todo pasó tan rápido. Tuve que huir. No había nada que yo pudiera hacer.

—¿Pasó tan rápido? Sí, estoy seguro. Un hombre letal, nuestro Nobul Jacks. Pero me pregunto cómo se las arregló para soltarse. ¿Sabes algo al respecto?

Rag se devanó los sesos. ¿Qué podía responder? ¿Qué pensaba Friedrik que ella sabía?

—Ese tío desdentado —dijo—. Estaba todo el tiempo provocando al del sótano. No podía alejarse. Le dije que lo dejara en paz, pero no quería. Tal vez se le cayeron las llaves.

—¿En serio? —preguntó Friedrik, genuinamente interesado—. Qué astuto de tu parte llegar a esa conclusión, a pesar de que yo jamás mencioné que él tenía un juego de llaves. ¿Tú cómo lo sabías?

Tú y tu jodida boca, Rag.

—Lo supuse. ¿De qué otra manera podría haber ocurrido todo esto?

Friedrik la miró con furia. Era obvio que lo sabía todo y que estaba prolongando el interrogatorio para dar un espectáculo.

—¿Dónde está? —preguntó por fin.

—¿Quién?

—Nobul Jacks. El hombre del jodido sótano. —Hablaba entre dientes; ella lo había visto una docena de veces, siempre justo antes de que le clavara algo a alguien y que esa persona gritara sin cesar, pero él seguía apuñalándola como si no pudiera oír los alaridos de dolor.

—No lo sé. Yo me escapé. Me fui lo más lejos que pude. —Sintió que los ojos se le llenaban de lágrimas. A sus espaldas, los muchachos habían dejado sus tareas y estaban observando lo que ocurría. Rag sabía que ellos no la ayudarían.

—¿Adónde escapaste? ¿A la casa de él? Debía de estar muy maltrecho, Rag. ¿Le curaste las heridas y luego regresaste? ¿Dónde mierda está?

Friedrik le agarró los brazos. Sus dedos la apretaron profundamente y ella casi lanzó un grito de dolor. Casi.

—Has estado fuera toda la noche y todo el día. ¿Dónde te has metido? Dímelo ahora o si no yo...

—¡Fui a buscar a Merrick! —exclamó ella—. ¡Ese tal Merrick Ryder, como querías!

La expresión adusta de Friedrik se suavizó repentinamente.

—¿Qué?

—Salí corriendo y terminé en la calle, y no sabía qué hacer, y sabía que estarías enfadado, y fui a buscar a ese tal Merrick..., y me reuniré con él más tarde.

Friedrik la soltó mientras una sonrisa se le dibujaba en el rostro.

—¿Por qué no has empezado por ahí? —preguntó. Ella miró su cara sonriente, preguntándose qué clase de demente cabrón cambiaba de ánimo tan repentinamente.

—¿Y bien? ¿Qué estás esperando? —insistió él—. Indícame el camino.

Kaira esperó en la oscuridad. Leofric y Oswil estaban en sus posiciones a ambos lados del callejón, ocultos en las sombras, con las capas muy ceñidas. Sin sus armaduras, los tres se veían iguales que cualquier escoria callejera que tratara de protegerse del frío invernal. Era un riesgo estar allí sin protección, pero no podían arriesgarse a espantar a su presa. Kaira habría preferido traer a más hombres, pero si había demasiados la estratagema podía quedar al descubierto. Además, estaba segura de que entre los tres podrían lidiar con una pandilla de matones de Northgate.

Tampoco estaba siquiera segura de que lo necesitaran. Con toda probabilidad aquello sería una pérdida de tiempo y Rag no se presentaría. Kaira esperaba que aquel primer encuentro que habían tenido también fuera el último.

En su momento había confiado en la muchacha. ¿Qué otra cosa podía hacer? Pero no olvidaba que Rag era una niña de la calle. En los pocos días que habían pasado desde que Kaira la había dejado escapar de las barracas de los Centinelas, había perdido toda esperanza de volver a verla. Por eso había sido una sorpresa cuando Rag apareció repentinamente en medio de la noche, sin aliento y asustada. Dijo que había llegado el momento, que ella cumpliría su parte del trato y que lo único que quería a cambio era cerveza y pan y tal vez un pastel. Kaira se había ocupado de que le dieran todas esas cosas, completamente segura de que la muchacha se atiborraría de comida, pero, en cambio, Rag había metido todo en un saco. Antes de marcharse, habían establecido el lugar de encuentro: un callejón sin salida de Northgate.

Allí, esperando por haber hecho caso a la palabra de una adolescente de la calle, Kaira empezaba a sentirse cada vez más tonta. Confiaba rápido en la gente, tal vez demasiado rápido; eso era evidente. Como Doncella Escudera había puesto toda su fe en el Templo de Otoño, en la Madre Matrona, en la Exarca. Desde entonces había aprendido que se había equivocado, que tal vez los Templos de Arlor y su figura decorativa, el Abad Supremo, eran tan falibles como cualquier otra institución. Durante años había servido como una herramienta, obedeciendo sin rechistar las órdenes de sus superiores, incluso cuando sus propios sentimientos podrían haberla hecho inclinarse hacia el lado opuesto.

Ahora, allí en el frío, daba la impresión de que su confianza ciega había vuelto a jugarle una mala pasada.

Merrick debería estar allí —después de todo, era la carnada—, pero Kaira no podía soportar tenerlo cerca. En el pasado lo había arriesgado todo por él, incluso había puesto en peligro su vida para salvar la suya, ¿y qué había obtenido a cambio?

Nada.

Él seguía regodeándose en la autocompasión, encontrando solaz en el fondo de una jarra de alcohol. De todas maneras, ella todavía se preocupaba por él. Solo que

todo se había puesto peor. Su padre había regresado y Merrick debía lidiar con un resentimiento muy arraigado. Pero no lo confrontaba como un guerrero. Lo eludía, escondiéndose como un cobarde. Ella lo había visto combatir bastante bien y la mano con que empuñaba la espada era fuerte. Ojalá pudiera decirse lo mismo de su corazón.

De todas maneras al demonio con él. Sus devaneos habían provocado la muerte de Statton y habían dejado a la reina Janessa expuesta a los poderes de un hechicero. Ella ya no confiaría en él.

Un sonido de voces alertó a Kaira de que alguien entraba en el callejón. Olvidó todo respecto de Merrick al tiempo que llevaba la mano a la espada. Aunque sabía que era una necedad. Todavía le dolía la muñeca por la herida que le había infligido Azai Dravos. Podría llegar a desenvainar el arma, pero le sería casi inservible.

—¿Cuánto falta? —preguntó una voz a lo lejos.

—Ya falta poco —llegó la respuesta. A Kaira se le aceleraron los latidos del corazón. Reconoció la voz.

Cuando Rag entró en el área escasamente iluminada, la antigua sacerdotisa vio que encabezaba a un grupo de hombres, unos cinco, de estaturas diferentes. De inmediato sus ojos se posaron en el más grande de la comitiva, identificando la mayor amenaza.

Una vez que el grupo llegó al centro del callejón, Kaira salió a la luz de la luna. Rag se detuvo delante de ella, pero no dijo palabra.

—¿Qué pasa? —dijo uno de los hombres, cuando se detuvieron detrás de la muchacha.

Kaira los observó, evaluando al grupo, dándoles una oportunidad de revelar quién de ellos era el líder. Mientras tanto, Leofric se colocó detrás de ellos y Oswil apareció desde una callejuela que estaba a la derecha, ambos con las espadas desenvainadas.

El más grande de la pandilla miró al hombre que tenía a la derecha, sin saber qué hacer. El tipo al que miró, uno bajo a quien Kaira había marcado como inofensivo, dio un paso adelante.

—Caballeros —dijo, relajado, sereno, sin temor—. Está claro que no tenéis idea de quién soy, así que os daré la oportunidad de marcharos en silencio. Debido a que tengo asuntos urgentes que atender, perdonaré esta pequeña transgresión, pero solo esta vez.

Mientras hablaba, los hombres que lo rodeaban sacaron sus armas; cuchillos, garrotes; ninguno de ellos llevaba espada.

—Sé quién eres —dijo Kaira, echándose la capucha hacia atrás.

A esa altura, tres de los hombres se habían colocado frente a Oswil y Leofric. El más grandote no dejaba de mirar a Kaira mudo y boquiabierto.

—¿Sabes quién soy? O estás loca o mientes —dijo el hombrecito—. Soy Friedrik. El de Bastian y Friedrik. El del Gremio, ¿sí? Supongo que sois ladrones o asesinos, de modo que sin duda habréis oído hablar de mí. Y sin duda os daréis cuenta de que

no tendréis dónde esconderos a menos que os quitéis del paso inmediatamente.

—Tus hombres pueden marcharse —respondió Kaira—. Solo te quiero a ti.

La escolta de la reina miró fijo al hombrecito, Friedrik, pero sin perder de vista al grandullón que estaba a su lado. Incluso cuando Friedrik hizo una señal con la mano, incluso cuando dijo «Harkas, haz los honores», ella siguió mirándolo.

El bruto avanzó hacia ella, tapando con su silueta la luz de la luna. Cuando extendió su enorme mano, Kaira atacó. La mano con la que habitualmente empuñaba la espada podría estar lastimada, pero la izquierda estaba fuerte como siempre. Y una mano le bastaría.

Antes de que pudiera agarrarla de la garganta, ella cogió esa manaza y la retorció a la altura de la muñeca, lo que hizo que aquel hombre del tamaño de un toro se pusiera de rodillas, mientras trataba de cogerla con la otra mano. Un fuerte giro de la muñeca lo hizo gruñir nuevamente y pensarlo mejor. Lo único que podía hacer era agarrarse la muñeca, que estaba a punto de quebrarse.

Los otros matones de Friedrik actuaron, atacando con poco estilo o habilidad. Leofric le quitó a uno de ellos el garrote de la mano con un hábil movimiento de su espada. Oswil bloqueó la estocada de un cuchillo y lo golpeó con la empuñadura, rompiéndole la nariz y haciéndolo caer hacia atrás. El que quedaba, un gordo que se veía como si ya hubiera recibido una paliza recientemente, dejó caer el cuchillo y levantó las manos en gesto de rendición.

—¿Y ahora qué? —preguntó Friedrik, aparentando estar más divertido que perturbado ante lo fácil que sus hombres habían sido derrotados—. ¿Nos vais a masacrar a todos? —La perspectiva no parecía preocuparlo.

—Tú vendrás conmigo —dijo ella.

—¿Ah, sí? —respondió el hampón.

Leofric dio un paso adelante y la parte roma de su espada chocó firmemente contra la nuca de Friedrik. Este cayó de rodillas y se llevó las manos a su pelambre rizada. Kaira esperaba que gimiera, o al menos que suplicara, pero cuando el líder del Gremio levantó la mirada ella vio una sonrisa en su rostro.

—Parece que sí —dijo él, riendo, aunque Kaira no le vio la gracia.

Observó a sus secuaces. Daban una impresión lamentable. Para alguien como Friedrik, un hombre a cargo de la mayoría de los negocios ilícitos de la ciudad, parecían una escolta completamente inadecuada.

—El resto de vosotros podéis escapar o morir aquí. Es vuestra decisión —dijo la antigua sacerdotisa, sin soltar la muñeca del grandote. Si alguno de ellos le causaba algún problema, sería él, así que mejor esperar a que el resto desapareciera antes de darle la oportunidad de levantarse.

Sin pensar un segundo en su jefe, los tres matones huyeron por el callejón. Kaira miró al que estaba de rodillas.

—¿Y qué hay de ti?

Él la contempló un momento, evaluando las probabilidades, antes de asentir con

el más mínimo gesto.

Kaira le soltó la muñeca. Harkas se incorporó lentamente hasta que quedó mucho más alto que ella. Una parte de ella esperaba que él se le abalanzara, dando la vida por una última oportunidad para rescatar a su amo. En cambio, siguió a sus compañeros por las sombras del callejón, sin echar ni siquiera una mirada a Friedrik.

Hasta aquí llega la lealtad entre ladrones.

—¿Vamos? —dijo Kaira.

Friedrik se puso de pie con dificultad.

—Supongo que sí —respondió.

Leofric y Oswil lo cogieron de los brazos y lo hicieron avanzar por la oscuridad. Mientras la escolta de la reina los seguía, Rag apareció a su lado. Apenas Kaira había encarado al grupo, la muchacha había desaparecido. La mujer admiró su talento para esconderse; suponía que le sería útil en su oficio.

—No hay razones para que nos sigas, Rag. Creo que tu trabajo ha terminado.

—¿Adónde iré? —respondió la muchacha—. He empezado esto; nada me cuesta ver cómo termina.

—Si vienes con nosotros, tal vez presencias cosas que no serán bonitas.

—¿Crees que será peor que la mierda que ya he visto?

Kaira supuso que no, aunque aún estaba por verse cuán feas se pondrían las cosas. Dependía en gran parte de Friedrik.

Ya casi amanecía cuando llegaron a las barracas. El lugar estaba prácticamente desierto cuando lo trasladaron a las celdas. Kaira podría habérselo entregado a los Casacas Verdes, pero ya había aprendido lo suficiente como para saber que no podía confiar en ellos, menos con un hombre tan importante como ese. Si se corría la voz de que tenían prisionero a uno de los amos del Gremio, él estaría muerto o habría escapado antes de que terminara el día. Lo mejor sería que, por el momento, fuera ella quien se ocupara de él.

Kaira no tenía idea de por qué había celdas en las barracas de los Centinelas de Skyhelm. Tal vez se debía a que, en virtud de alguna tradición antiquísima, se alojaba allí a prisioneros militares o políticos. O tal vez se debía a algo más siniestro. Con independencia de cuáles fueran las razones, ella lo agradecía.

Sentaron a Friedrik en una silla con las manos atadas en la espalda. Leofric y Oswil montaron guardia fuera de la puerta y Kaira agradeció su discreción. Por un instante había considerado despertar al capitán Garret. Después de todo, él debía estar informado de qué clase de huésped había llegado, pero quería pasar un rato a solas con Friedrik. Llevaba mucho tiempo persiguiendo a aquel hombre. Había fallado en su tarea de encontrarlo en otra ocasión, lo que era una de las razones por las que le había dado la espalda al Templo de Otoño. Tenía curiosidad por conocer al hombre responsable de gran parte de los sufrimientos de esa ciudad.

Mientras lo miraba, no sabía qué decirle. Nunca había interrogado a nadie hasta ese momento. Kaira Stormfall era una guerrera, una protectora. No una inquisidora.

—¿Este es el momento en que empieza la tortura? —preguntó Friedrik.

Kaira se giró, con la intención de decirle que se mantuviera callado, pero no encontró las palabras.

¿Ese sería el momento en que empezaría la tortura? ¿En que ella le daría una paliza? ¿Le cortarían las extremidades?

Tú no eres así. Ese nunca ha sido tu estilo. Es poco probable que empieces ahora.

—Te haré algunas preguntas —respondió ella.

—¿Preguntas? —dijo él, dibujando una sonrisa en los labios—. Qué aburrido. Seguramente es hora de mandar llamar a los muchachos y que empiece la diversión, ¿no?

¿Qué le ocurría a aquel hombre? No era posible que se regocijara ante la idea de ser torturado... a menos, por supuesto, que todo fuera pura fanfarronería.

—¿Dónde está la sede del Gremio? —dijo Kaira—. ¿Desde dónde organizáis a los criminales de esta ciudad?

Friedrik se echó a reír.

—¿En serio? ¿Eso es todo lo que se te ocurre? ¿Una pregunta tonta que sabes que jamás responderé? Comportate con seriedad, querida, y deja de hacerme perder el tiempo.

—Vas a responder a mi pregunta —insistió ella. Se paró delante de él y le clavó una mirada de acero. Una mirada que había usado en el campo de batalla y que había hecho que guerreros veteranos se derrumbaran.

Friedrik se limitó a sonreír.

—¿Se supone que debo sentirme intimidado? ¿Por una mujer? ¿Esto es una broma? Imagino que en un momento vendrá un interrogador de verdad a cuestionarme, mientras tú vas a preparar el té. Es así, ¿verdad?

Kaira apretó los puños y los dientes. Había herido a hombres por menos que eso.

—¿Dónde? Dímelo, o juro por Verona que...

—¿Qué? ¿Me sacarás las uñas? ¿Me arrancarás los ojos? Entonces adelante, mierda, porque oírte, muchacha, me está dando un espantoso dolor de cabeza.

Ella lo golpeó, con fuerza, en el estómago, sin pensar. De pronto sintió una llamarada de dolor en la muñeca cuando se le abrieron los puntos de sutura. Kaira apretó los dientes para aguantar el dolor, ya que no quería exhibir ninguna debilidad delante de ese hombre, pero no era necesario. Friedrik estaba doblado sobre sí mismo, jadeando para recuperar el aliento. Pero cuando ella dio un paso hacia atrás, él, que seguía respirando con dificultad, levantó lentamente la mirada, con los ojos bien abiertos, y Kaira percibió un brillo de locura en sus ojos, mientras él se esforzaba por hacer una mueca de desdén con la boca.

—Tendrás que esforzarte más —dijo Friedrik, con la cara enrojeciéndose cada vez más con cada palabra—. Mucho pero mucho más, joder.

Kaira sabía que no podría. Él estaba indefenso —loco, pero indefenso—, y ella no tenía el estómago de hacer sufrir a un hombre que no podía defenderse. Incluso un

hombre como ese, que había convertido en esclavos a cientos de personas para forrarse los bolsillos.

Ella se volvió hacia la puerta y lo oyó reír cuando la abrió. Una vez que la cerró de un golpe a sus espaldas, lanzó un largo suspiro de aliento. Sentía que el mero hecho de estar al lado de Friedrik la contaminaba; él era un veneno, una úlcera para ella y para la ciudad. Se llevó la mano a la frente y sintió allí una pátina de sudor que iba enfriándose.

—¿Te encuentras bien? —preguntó Leofric, que montaba guardia cerca.

Kaira asintió, luego divisó a Rag en cuclillas en el pasillo. De pronto sintió vergüenza. Esa muchacha, esa niña, había estado semanas al lado de Friedrik, quizá meses. ¿Cómo había logrado vivir con semejante hombre? Durante un momento sintió aprecio por la valentía de la muchacha.

Pero tal vez no solo es valiente. También debe de ser astuta para haber sobrevivido tanto tiempo. Tal vez sepa más de lo que deja traslucir.

—Rag, ponte de pie —dijo.

La muchacha obedeció.

—No quiere hablar, ¿verdad? —preguntó.

Kaira negó con la cabeza.

—No. No quiere decir nada. ¿Puedes decirme algo tú, Rag?

La muchacha se encogió de hombros.

—No sé nada —respondió—. Para Friedrik soy una mascota. Él no me dice nada de sus asuntos y yo solo conozco uno de sus escondites, que ahora no servirá de mucho porque él no se encuentra allí. Lo único que veo es cuando lastima a la gente. Las personas que conozco del Gremio entran y salen como les da la gana. Ahora que tú has capturado a Friedrik supongo que no volveré a verlos nunca más.

—Entonces tengo que hacerlo hablar —dijo Kaira, tanto para sí misma como para la muchacha—. Pero sin recurrir a los Casacas Verdes ni a la Inquisición. No puede ser nadie que tenga relación con el Gremio.

Rag parecía estar dudando, pero de pronto se animó, como si se le acabara de ocurrir una idea, aunque esa expresión desapareció tan pronto como llegó.

—¿Qué ocurre? —preguntó Kaira.

—Bien..., hay una persona en la que podríamos confiar, pero no sé cuán capaz será de hacer hablar a Friedrik. Lo más probable es que lo estrangule tan pronto pose los ojos en él. —Una sonrisa maliciosa se le dibujó en la cara—. Aunque Friedrik se cagará encima cuando lo vea.

A Nobul le dolía todo como si alguien lo hubiera usado de felpudo durante un mes. Siempre se había recuperado rápido, siempre había logrado desembarazarse del dolor, pero los años no pasaban en vano. De todas maneras, podía andar y, si era necesario, también combatir. Eso era lo único que importaba. Si el Gremio seguía buscándolo — y suponía que después de su fiesta en la taberna lo más probable era que fuera así—, pronto necesitaría luchar.

Pero, mientras recorría las calles, a primera hora de la mañana, no se sentía asustado. Que vinieran esos mierdas. Que trataran de capturarlo y arrojarlo a otro pozo de peleas de perros. Ahora estaba preparado. No les resultaría tan fácil atraparlo por segunda vez.

Una pequeña parte de él quería que vinieran. Una parte de él ansiaba la pelea. Habían tratado de humillarlo, de matarlo, pero él se había tomado la revancha. Quedaba una docena de cadáveres como testimonio de ello. Había sentido el gusto de la venganza, pero su hambre no estaba saciada. Si pudiera recordar el camino de regreso a aquella taberna de Northgate, con toda probabilidad habría vuelto y habría matado a todos los que encontrara, pero había salido de allí tambaleándose y delirando, dando vueltas en un estado de aturdimiento. No tenía ninguna posibilidad de encontrar el lugar; mucho menos de reconocerlo.

Tampoco importaba. Tan pronto como tuviera cerca a Anton, se pondría manos a la obra, sin duda alguna. Ese hijo de puta le contaría todo lo que supiera; lo más importante de todo: dónde podría encontrar a Friedrik. Entonces llegaría la hora de la verdad. Ese pequeño hijo de puta era responsable de la muerte de su hijo. Él había ordenado el asesinato que había terminado con su hijo desangrándose en una azotea. Si no fuera por él y su jodido Gremio, Markus seguiría con vida.

A Nobul le faltaba mucho para terminar su tarea. Pero en ese momento lo que debía hacer era regresar con los Casacas Verdes, ver a Kilgar e informarle de lo que había ocurrido. Él confiaba en su sargento; Kilgar era un hombre de honor, aunque un poco cabroncete. A Nobul le convendría tener a alguien cuidándole las espaldas, especialmente si pensaba enfrentarse al Gremio; no había razones para comportarse como un tonto al respecto. Nobul Jacks bien podría arreglárselas en una riña, pero no tenía sentido no tomar precauciones. Si tenía al resto de los muchachos tras él, le sería más fácil encontrar a esos canallas y acabar con ellos.

Cuando entró en el patio de las barracas de los Casacas Verdes, vio a sus compañeros allí sentados como si ninguno tuviera de qué preocuparse. El viejo Hake estaba contándoles a Bilgot, Dustin y Edric alguna historia de los viejos tiempos. Los tres lo escuchaban con atención; hasta el gordo Bilgot mantenía la boca cerrada mientras el viejo hablaba. Al principio ninguno notó su presencia y él examinó el

patio en busca de Anton. Aquel desgraciado no estaba por ningún lado. Se dirigió al edificio principal, del que salió Kilgar.

El sargento se detuvo delante de Nobul, boquiabierto, y con toda probabilidad estaba a punto de preguntarle dónde demonios se había metido los últimos días, cuando notó el estado de su cara.

—¿Qué mierda te ha ocurrido? —preguntó Kilgar, aunque no parecía muy preocupado.

—He tenido un encontronazo con unos perros —respondió Nobul, que aún no estaba de ánimo para entrar en detalles—. ¿Dónde está Anton?

Kilgar se encogió de hombros.

—Iba a preguntarte lo mismo. No lo he visto desde hace varios días.

Hake había dejado su cháchara y los muchachos miraban en dirección a Nobul.

—¿Y vosotros? —preguntó Nobul, girándose hacia ellos—. ¿Alguien lo ha visto?

Sus compañeros se limitaron a negar con la cabeza. Estaba claro que Nobul no estaba de ánimo para que lo molestaran.

—¿Te encuentras bien? —preguntó Kilgar—. ¿Necesitas tomarte tiempo libre?

Él negó con un movimiento de cabeza.

—Ya he tenido bastante tiempo libre.

—Bien —dijo Kilgar—. Porque has tenido visitas, justo esta mañana. Te han traído algo.

—Oh, ¿sí? ¿Algo bueno?

—Sígueme y lo verás con tus propios ojos.

Kilgar se volvió y guio a Nobul hacia las celdas.

Una vez que llegaron a los pasillos iluminados con antorchas que estaban debajo de las barracas, Nobul pudo ver dos figuras que lo aguardaban. Una era una mujer alta que le resultaba familiar, aunque por mucho que se esforzara no podía ubicarla. Tenía hombros anchos y los rasgos de su cara eran fuertes y orgullosos.

A la segunda silueta sí la reconoció, incluso aunque estaba oculta en la sombra. Ella lo miró, con los ojos bien abiertos y temerosos. Eso le dolió un poco. De todo lo que había hecho en la taberna, toda la mortandad que había provocado, asustar a aquella niñita era lo único que lamentaba.

—¿Te encuentras bien? —le preguntó a Rag.

—Sí. ¿Y tú? —dijo ella.

—Sobreviviré —respondió él.

Quiso sonreír, darle las gracias, cogerla en brazos y darle un abrazo de gratitud, pero no lo hizo. Porque cuando Kilgar abrió la puerta de la celda, Nobul tuvo la sensación de que sabía lo que le aguardaba dentro. Y no era momento de agradecimientos y abrazos y gratitud.

Había llegado la hora de la venganza.

Estaba sentado en una silla, con las manos atadas a la espalda y un saco cubriéndole la cabeza. Recordó lo que él mismo había sentido con un saco en la

cabeza, la manera en que te metía el miedo en el cuerpo al no saber dónde te encontrabas, quién estaba vigilándote y qué te haría luego.

—Lo trajeron hoy —explicó Kilgar—. La mujer pertenece a los Centinelas. Dice que este es...

—Sí, tengo una buena idea de quién es —lo interrumpió Nobul mientras entraba en la celda.

Estaba entusiasmado, casi jubiloso. Lo único que había querido los últimos días era ponerle las manos encima a este cabrón, y ahora lo tenía. Bien podría disfrutarlo.

Le quitó lentamente el saco de la cabeza a Friedrik. Cuando este levantó la mirada y se encontró con Nobul, pareció experimentar toda una gama de emociones: temor, confusión, reconocimiento y otra vez temor. Luego sonrió.

—Me preguntaba cuándo volvería a verte —dijo.

Nobul se limitó a mirarlo con furia.

—Es un pez gordo del Gremio, por lo que me han dicho —intervino Kilgar—. ¿Es quien esperabas?

—Sí, lo es —respondió Nobul.

—¿De qué lo conoces?

—Digamos que tuve la suerte de ser su invitado estos últimos días.

—Cierto —confirmó Friedrik—. Y has sido una compañía de lo más entretenida.

Nobul dio un paso adelante con el puño apretado, pero antes de que pudiera decidir por dónde empezar, Kilgar lo cogió del brazo.

—Necesitamos que hable, no lo queremos muerto —dijo—. La mujer, Kaira, me explicó que tú eras el único en quien podía confiar para hacerlo hablar, aunque, para ser honesto, no parecía muy segura.

Nobul miró por encima del hombro en dirección del pasillo, desde donde Kaira lo vigilaba. Rag estaba a su lado, y él llegó a la conclusión de que lo más probable era que fuera la chica quien hubiera dicho que él podía llevar a cabo esa tarea.

¿Estaría en lo cierto? ¿Podría hacer hablar a este cabrón sin matarlo antes? Suponía que solo el tiempo lo diría.

—¿Qué esperan que haga? —preguntó Nobul—. No soy un inquisidor.

—Eso es lo que yo dije —respondió Friedrik—. Seguramente sería mejor para todos si me entregaran a la Inquisición. Entonces ninguno de vosotros tendría que preocuparse por mí.

Nobul negó con la cabeza.

—¿Nos tomas por imbéciles? Sabemos que tienes tus asquerosas zarpas metidas en todos los rincones y escondrijos de la ciudad. No me sorprendería que tuvieras hasta al mismo senescal en el bolsillo.

Friedrik se encogió de hombros.

—Entonces parecería que estamos en una especie de punto muerto.

—Sí, es cierto. —Nobul se volvió hacia Kilgar—. Déjame a solas con él.

El sargento le devolvió la mirada con una expresión de duda.

—Recuerda que lo necesitamos vivo. Yo estaría tan contento como tú de verlo muerto, pero así no obtendremos muchas respuestas.

Nobul no respondió y Kilgar, al quedarse sin alternativas, finalmente cedió y dejó el asunto en sus manos. Salió de la celda y cerró la puerta a sus espaldas con un golpe.

—Por fin solos —dijo Friedrik—. Me necesitáis vivo, ¿sí? Entonces, ¿qué intentaremos? ¿Estrangularme? ¿Molerme a golpes?

—Mataste a mi hijo —dijo Nobul.

Friedrik pareció pensárselo.

—Mmm... No lo recuerdo. En realidad no me interesan mucho esas cosas.

—Fue uno de tus asesinatos que salió mal. Quedó en medio del fuego cruzado.

—Ah, entonces se trata de un desafortunado accidente, ¿verdad? Si te hace sentir mejor, lo lamento. Los dos sabemos que no me tiembla la mano a la hora de matar, pero ni siquiera yo me alegro por la muerte de un niño.

—No, no me hace sentir mejor. Y no creo que lo lamentos.

La expresión de Friedrik se ensombreció.

—Entonces mejor que te pongas a ello, ¿verdad?

Nobul apretó los puños. Nada le habría gustado más y no había nadie allí que pudiera impedirselo. Pero sabía que si no intentaba hacer hablar a Friedrik luego se arrepentiría. Si podía dismantelar el Gremio, o al menos hacer caer a los hombres que estaban en el nivel superior, seguramente eso sería venganza suficiente. Significaría que Markus no había muerto en vano.

—¿Dónde están los otros cabrones con los que trabajas? —le preguntó—. ¿Cómo los encuentras?

Friedrik negó con la cabeza, casi decepcionado por que Nobul no fuera a matarlo.

—Otra vez no. Ya sabes que no te lo diré. Y por grande y duro que seas, no puedes hacer nada para obligarme.

Mirando a ese sádico allí sentado, indefenso, Nobul de pronto se dio cuenta de que no obtendría nada de él. Uno no llegaba a la cabeza del Gremio sin ser testarudo al borde de la locura. Uno no controlaba a todos los forajidos y ladrones de la ciudad si no era capaz de controlarse, sin ser capaz de resistirse a contarlo todo incluso aunque te despellejaran y te arrancaran los dientes. Por mucho que a él le hubiera gustado poner a prueba esa teoría, estaba seguro de que perdería el tiempo.

—Entonces, ¿da lo mismo si acabo contigo ahora? —preguntó, dando un paso adelante.

—O bien —respondió Friedrik—, podrías pensar en tu futuro.

Nobul se detuvo, mirando al hombrecito y preguntándose si no debería limitarse a estrangularlo.

—Continúa.

—Puedo hacerte rico —prosiguió el hampón—. Puedo darte todo lo que quieras. Los khurtas vienen a destruir este lugar. ¿Quieres una mansión lejos de aquí, con toda

la cerveza que puedas beber y todas las putas que puedas follar? Puedo conseguírtelo. Lo único que tienes que hacer es avisar a mi gente y decirles dónde estoy. Sé que hemos tenido algunos desacuerdos en el pasado, pero estoy dispuesto a correr un tupido velo. Piénsalo, Nobul. Cualquier cosa que quieras en el mundo, yo puedo dártela.

—¿Cualquier cosa?

—Desde luego —sonrió Friedrik—. Solo dila.

Nobul se inclinó hacia delante, mirándolo fijamente, y escupió las palabras rechinando los dientes.

—Devuélveme a mi hijo.

Friedrik pareció decepcionado.

—Ya veo que contigo no se puede razonar, ¿verdad?

Nobul no respondió. Cogió el saco y se lo puso a Friedrik en la cabeza antes de que el impulso de aplastarle la cara a golpes hasta convertirla en puré fuera más fuerte que él.

Una vez que salió al pasillo, lo único que pudo hacer fue negar con la cabeza.

—No hay nada que yo pueda decir, ninguna amenaza que pueda hacerlo hablar. Dudo que alguien pueda.

—Entonces, ¿qué hacemos con él? —preguntó la mujer alta.

—Lo retendremos —respondió Kilgar—. Tal vez algo puede hacerse más tarde.

—No —dijo Kaira—. No puedo correr el riesgo de perderlo. Llevo mucho tiempo persiguiendo a ese hombre. La probabilidad de que escape es alta, incluso estando aquí.

—Confiad en mí —insistió Kilgar—. Nadie sabe que se encuentra aquí, salvo nosotros cuatro. Y lo haré vigilar por alguien en quien confío.

Nobul estuvo de acuerdo.

—Cuanto más sigáis trasladándolo de un lado a otro de la ciudad, más probabilidades hay de que alguien termine viéndolo. Por ahora está bastante seguro aquí.

No sabía si quería a Friedrik cerca para mantenerlo a salvo o para matarlo. Cualquiera que fuera la respuesta, lo mejor era mantenerlo a su alcance.

Kaira se volvió hacia Rag, quien se limitó a encogerse de hombros.

—Muy bien —accedió la escolta de la reina, aunque con una renuencia evidente en la voz—. Si habla, avisad a los Centinelas y vendré inmediatamente.

Después de decir esas palabras, ella y Rag se marcharon.

Cuando salió al patio, Nobul volvió a pensar en Rag. Tal vez debería haberse disculpado ante ella y decirle que no había sido su intención asustarla en aquel sótano. Que a veces, cuando se ponía muy furioso, no era muy recomendable mantenerse cerca de él. Pero, a decir verdad, él también estaba cansado, como si hubiera andado cien leguas, y no estaba de ánimo para pedir disculpas.

—Bien, muchachos —dijo Kilgar, saliendo al patio con una nota en la mano—.

Nos han convocado. Nos necesitan para montar guardia. Preparaos y vámonos. Hake, tú quédate aquí. Tengo una tarea especial para ti. Tienes que cuidar de alguien que está en las celdas.

Mientras los muchachos reunían su equipamiento, el sargento miró a Nobul.

—¿Vienes? —le preguntó.

¿Qué otra cosa puedes hacer, Nobul Jacks? ¿Quedarte sentado esperando que venga alguien a masajearte la espalda?

—Sí —respondió.

—Es hora —dijo ella.

Waylian había estado de pie toda una eternidad, esperando que su señora terminara de garabatear, sirviéndose de cálamo y pergamino, varias misivas a la luz de la vela.

Ella se levantó del escritorio, se acomodó el vestido y se pasó una mano enguantada por el pelo gris. Si Waylian no la conociera mejor, creería que estaba nerviosa.

La siguió por la Torre de los Magistrados hasta la parte superior donde estaba la Cámara del Crisol. Ya era la tercera vez, pero seguía poniéndolo nervioso. La vasta antecámara todavía lo atemorizaba; los imponentes Caballeros Cuervo lo intimidaban tanto como la primera vez que había ido a ese sitio.

Una vez que le pusieron los brazaletes en las muñecas, Gelredida se le acercó.

—Esta podría ser la última vez que nos dejen hablar, Waylian —dijo en voz baja—. De modo que recuerda que es imperativo que el voto sea a nuestro favor. Allí dentro yo seré vulnerable, pero tú puedes utilizar cualquier medio necesario para protegerme.

—¿Protegeros? —respondió él—. ¿De qué?

Ella sonrió.

—Ya veremos. Mantente alerta. Y no te contengas.

¿No te contengas? ¿Qué demonios significaba eso?

Pero antes de que Waylian pudiera preguntárselo, las amplias puertas se abrieron y dejaron libre la entrada a la Cámara del Crisol.

Gelredida levantó el mentón y avanzó. Su ayudante caminó a su lado arrastrando los pies y sonriendo mansamente a los Caballeros Cuervo cuando pasó a su lado. Dentro de la inmensa cámara se encontró con una escena ya familiar: púlpitos de piedra, rostros adustos. La atmósfera era tensa, y cuando las puertas se cerraron de golpe a sus espaldas, a Waylian casi se le salió el corazón del pecho.

Estaban todos allí, el severo Hoylen Crabbe, el anciano Crannock Marghil, el imponente Drennan Folds, el joven Lucen Kalvor y el simpático Nero Laius, aunque ya sabía que este último no era tan agradable como aparentaba. Pero la presencia de Nero en la Cámara del Crisol lo perturbó menos que la de una sexta figura.

El mariscal Ferenz estaba ubicado en el extremo derecho de los púlpitos de los archimaestros, y cuando Waylian y Gelredida entraron, se puso en la cabeza el yelmo picudo que hasta entonces llevaba bajo el brazo. El joven no tenía idea de qué representaba ese gesto, pero sí estaba seguro de que no le gustaba nada.

—Veo que tenemos un invitado —dijo Gelredida, antes de que ninguno de los archimaestros pudiera saludarla. Señaló a Ferenz, parado como una estatua al final de

la fila—. Esto es una inesperada violación del protocolo. ¿Está aquí para mi protección... o para la vuestra?

—Solo estábamos debatiendo algunos asuntos de seguridad con el mariscal Ferenz antes de que vos llegarais —dijo Nero con una sonrisa—. Las cuestiones que vamos a discutir serán de su incumbencia, así como de la de todos los que residen en la Torre de los Magistrados. Por lo tanto, es apropiado que él se encuentre aquí. ¿Os oponéis?

Gelredida se encogió de hombros.

—Claro que no. Cuantos más, mejor.

Drennan Folds carraspeó ruidosamente. Parecía incómodo, como si alguien hubiera puesto vidrio molido en su silla.

—¿Podemos empezar? —preguntó.

—Todos sabemos por qué estamos aquí —dijo Gelredida—. Os pedí que reconsiderarais la idea de intervenir en la invasión inminente. Amon Tugha ya casi está a nuestras puertas. Sin el apoyo de los archimaestros y de quienes los sirven, creo que la ciudad caerá. Habéis tenido tiempo de deliberar. ¿Qué decís?

A pesar de lo incómodo que había parecido antes de entrar, Waylian pudo detectar un tono de triunfo en la voz, como si supiera que el resultado de ese día sería a su favor. El posterior silencio de los púlpitos no hizo más que confirmar esa impresión, puesto que los archimaestros mantenían su mutismo y ninguno de ellos quería ser el primero en pronunciarse sobre la cuestión.

—Adelante —dijo Gelredida—. Todos expresasteis opiniones contundentes la última vez que vine a solicitaros asistencia. Habéis tenido tiempo de pensar. ¿Qué decís? —Los miró uno por uno, al parecer disfrutando de su incomodidad—. ¿Lucen? ¿Empezamos con vos?

Lucen Kalvor levantó la mirada repentinamente y contempló a Gelredida con desprecio, pero cuando se dio cuenta de que los otros archimaestros se habían vuelto hacia él en actitud expectante, asintió lentamente.

—Le he dado muchas vueltas a este asunto —dijo—. Está claro que la magistrada Gelredida tiene razón. Deberíamos apoyar a los ejércitos de los Estados Libres. No podemos confiar en el elharim. Steelhaven no debe caer.

—¿Qué? —intervino Nero de pronto. Su expresión afable había desaparecido—. Es ridículo, Kalvor. Estábamos todos de acuerdo. Por el bien de esta ciudad, debemos mantenernos neutrales. —Miró a la fila de sus compañeros—. Seguramente ninguno de vosotros lo aceptaréis, ¿verdad? Kalvor ha perdido el valor. Pero sin duda el resto de nosotros pensamos igual, ¿no?

Al principio solo hubo silencio. Luego Drennan Folds levantó la mirada y respiró larga y estudiadamente antes de hablar.

—Yo también he reconsiderado mi posición —dijo. Waylian se dio cuenta de que, aunque estaba hablándoles a los otros archimaestros, Folds miraba fijamente a Gelredida—. Y he decidido dar todo mi apoyo a la Corona.

—¡No! —exclamó Nero—. No, no es eso lo que acordamos.

—¿Qué decís el resto de vosotros? —preguntó la magistrada, haciendo caso omiso de las protestas de Nero.

Hoylen Crabbe y Crannock Marghil se miraron entre sí, transmitiéndose un acuerdo tácito.

Crannock miró por encima de sus gafas y declaró:

—Siempre he dudado de que fuera sabio mantenernos al margen sin hacer nada. Un viejo no tiene ningún derecho a condenar a esta ciudad por su egoísmo. Si los archimaestros deben sacrificarse por el bien de Steelhaven, que así sea.

—De acuerdo —dijo Hoylen Crabbe, con el entrecejo fruncido en una severa forma de uve—. El tiempo para las deliberaciones ya ha terminado. Amon Tugha está a nuestras puertas e incluso ha tenido la osadía de amenazarnos. Eso no puede tolerarse. La Torre de los Magistrados debe poner el hombro junto a los defensores de los Estados Libres. Habéis triunfado, Gelredida. Agradecedlo.

—¡No! —gritó Nero, casi saltando de su púlpito—. ¡Esto no es lo que me habéis dicho!

—Cálmate, Nero —rebató Crannock, levantando una mano atrofiada.

—No pienso calmarme, vieja cabra —respondió Nero. Se levantó de su asiento de piedra y se colocó al lado de Ferenz—. Estáis ciegos. Habéis sido engañados por esa mujer. —Apuntó un dedo acusador a Gelredida—. No sé qué influjo tiene sobre vosotros, pero no puede ser suficiente para que aceptéis que esta torre quede reducida a escombros bajo nuestros pies. Amon Tugha nos ha ofrecido clemencia. Es una locura no aceptarla.

—Ya se ha tomado la decisión —dijo Drennan Folds—. Ha sido una decisión de la mayoría. Así es como debemos hacerlo, Nero. Tú lo sabes.

Nero los miró con furia. Luego hizo lo mismo con Gelredida.

—¡Traidores! —exclamó—. ¡Necios y cobardes! Nos habéis condenado a todos. No me quedaré con los brazos cruzados viendo cómo masacran a los guardianes y magistrados y aprendices de la Torre solo porque vosotros sois demasiado débiles. Es hora de un nuevo orden.

—Deja de ponerte tan dramático —le espetó Hoylen Crabbe. Bajó del púlpito y se alisó su túnica oscura—. La decisión está tomada. Acéptalo. Ahora, si eso es todo, tengo que ocuparme de otros asuntos.

Con un paso imperioso, se apartó de su púlpito como si fuera a marcharse.

—Eso no es todo —replicó Nero—. Mariscal Ferenz, mostradles lo serios que somos.

El enorme Caballero Cuervo dio un paso adelante. De su espalda extrajo una daga de hoja negra que hundió en el vientre de Hoylen. El archimaestro lanzó un grito ahogado y sus penetrantes ojos contemplaron el yelmo picudo con una expresión de acusación e incredulidad antes de desplomarse en el suelo.

Waylian casi se cayó cuando dio un involuntario paso hacia atrás.

Drennan, Crannock y Lucen empezaron a lanzar alaridos de pánico, creando un alboroto en la Cámara del Crisol. Con las esposas ciñéndoles las muñecas no podían hacer nada contra el colosal Caballero Cuervo.

Ferenz dio un paso amenazador hacia los púlpitos, pero Nero levantó la mano.

—¡No! Ahora ella. —Señaló a Gelredida—. Quiero ver muerta a esa bruja desde hace décadas.

Ferenz giró la cabeza encasquetada. Waylian casi agarró a su señora, casi le gritó que huyera, pero hubo algo en su mirada desafiante que lo hizo detenerse. Incluso cuando el Caballero Cuervo avanzó hacia ella, no retrocedió ni un paso.

El mariscal Ferenz se irguió sobre ellos. Waylian se quedó quieto, convulsionado, con el miedo golpeándole el estómago como un hierro caliente. La daga que el Caballero Cuervo tenía en la mano chorreaba sangre sobre el suelo de granito y sus pisadas resonaban ominosamente.

—Waylian —dijo Gelredida en tono despreocupado. Él giró la cabeza hacia ella, que no dejaba de observar cómo se acercaba Ferenz—. Esta podría ser una excelente oportunidad para que demuestres lo que has aprendido las últimas semanas.

¿Lo que he aprendido? ¿Qué cosa? ¿Cómo invocar relámpagos del cielo? Porque estoy bastante seguro de que no asistí a esa lección.

Ferenz ya se encontraba a menos de una docena de pasos de Gelredida.

¿Qué vas a hacer, pues? Hubo una época en que te habría encantado ver cómo destripaban a la Bruja Roja delante de ti, pero le has tomado cariño a la vieja dama, ¿verdad? ¡Entonces mejor que hagas algo, maldita sea!

Ferenz levantó el brazo, llevando la daga a lo alto. Gelredida se quedó en su sitio, esperando, sin una palabra de protesta.

Es ahora o nunca.

Las últimas semanas se agolparon en la cabeza de Waylian como una inundación. Las páginas de los libros batían como las alas de un gorrión, palabras entintadas que chorreaban de miles de pergaminos. Las cosas que había oído, las que había visto, cosas que apenas entendía, iban y venían en un relámpago de recuerdos nebulosos hasta que en su mente solo quedó una palabra.

—*Avaggu!* —gritó.

El gran yelmo picudo que rodeaba la cabeza de Ferenz se arrugó hacia dentro como si lo aplastara la mano de un gigante invisible. La sangre brotó de los retorcidos agujeros que tenía el casco a la altura de los ojos y chorreó por la gola de la armadura.

El brazo de aquel gigante se desplomó al costado y la daga se le deslizó de la mano al tiempo que él se derrumbaba a un lado y chocaba contra el suelo de granito formando un montículo blindado.

Waylian se quedó en silencio, con los ojos bien abiertos, contemplándolo. Luego se llevó una mano a la boca, demasiado tarde para detener el vómito que brotó de sus revueltas entrañas.

No tenía idea de si aquello era consecuencia de haber usado la magia o de haber visto a Ferenz despachado de una manera tan truculenta, pero tampoco le importó cuando todo el contenido de su estómago se derramó entre los dedos.

Sintió una suave palmada en la espalda cuando se puso de cuclillas, chorreando moco y vómito de la nariz y la boca.

—Bien hecho, Waylian —dijo Gelredida, como si él acabara de resolver una ecuación complicada en vez de aplastarle la cabeza a un hombre con una palabra.

Nero soltó un chillido animal.

Antes de que cualquiera de los otros archimaestros pudiera retenerlo, corrió hacia el cuerpo cubierto por la armadura del mariscal. Waylian se dio cuenta demasiado tarde de que iba en busca de la daga que había empuñado Ferenz. Nero tenía los ojos bien abiertos por la furia y sus intenciones de matar eran evidentes, pero Gelredida estaba incapacitada para actuar, por los brazaletes de hierro que le impedían usar sus poderes.

Sin importarle el rancio vómito que le corría por el mentón, Waylian saltó hacia delante. No tuvo tiempo de pensar; simplemente se abalanzó sobre Nero y los dos cayeron. El archimaestro luchaba como un animal, lanzando gruñidos de rabia. El joven le cogió desesperadamente la muñeca y se concentró en que la daga no le hiciera ningún corte. Si alguien pensaba ayudarlo, estaba tardando bastante. Los otros archimaestros se quedaron quietos, mirándolo todo. Tampoco Gelredida hizo nada, ni siquiera pronunció una palabra de aliento, mientras él luchaba por su vida.

¿Qué esperabas, Grimm? ¿Que ella saltara en tu ayuda? ¿Que se arriesgara a que le abrieran la garganta cuando tiene al tonto y obediente de Waylian Grimm para hacer el trabajo sucio en su lugar?

Apretó los dientes mientras rodaba en el duro suelo, forcejeando con Nero. El archimaestro era un hombre adulto, pero no parecía más fuerte que él. Mientras peleaban, Waylian no podía apartar los ojos de la hoja de aquella daga, que resplandecía húmeda a la luz de las antorchas.

¿Por qué nadie me ayuda? ¿Por qué se quedan todos mirando?

La injusticia de la situación le quemaba como caldo hirviendo. Cada chillido y gruñido que lanzaba Nero hacía crecer la furia dentro de él. Mientras batallaban, Waylian no solo podía oler el sudor y el aliento del hombre que trataba de matarlo, sino también percibir su ira y su frustración por no poder acabar con ese entrometido aprendiz.

Con un grito de rabia, Nero logró ponerse encima de Waylian. Ahora la daga se encontraba en medio de ellos, con la hoja apuntando hacia abajo. El archimaestro lo miró fijamente, con los ojos abiertos en expresión triunfal cuando empujó con todo su peso, y el joven tuvo la sensación familiar de que ya había pasado por eso antes. Pero en el momento en que miró a Nero a los ojos vio algo en ellos, algo oscuro, algo prohibido.

Era como si pudiera leer los secretos de esos ojos, como si le mostraran su alma,

y lo que Waylian vio allí era negro. Ese hombre era un traidor. Ese hombre había confabulado contra la Corona, se había aliado con sus enemigos, había tramado la caída de la ciudad para aprovecharse de sus cenizas.

Pero sus tramas aún no habían terminado.

Nero participaba de otros planes nefastos... Una conspiración para ver muerta a... la reina.

Antes de que la daga pudiera tocar a Waylian, algo golpeó la cabeza de Nero con fuerza. Se desplomó a un lado sin sonido alguno, dejando al joven ayudante con la daga negra y ensangrentada en la mano. Contempló la hoja afilada como una navaja, luego miró al archimaestro, tendido boca abajo a su lado.

—Levántate ya, Waylian. Estás ensuciándolo todo.

Se incorporó y dejó caer la daga al suelo. Los otros archimaestros habían decidido acercarse, ahora que ya no había peligro de que sufrieran daño alguno.

—Es un traidor —dijo Waylian, señalando con el dedo.

—Eso está condenadamente claro —respondió Drennan Folds.

—No, quiero decir, sí, pero... planea matar a la reina.

—¿Cómo lo sabes? —Drennan le lanzó una mirada acusadora.

—Yo... lo vi...

Los archimaestros se miraron entre sí, casi más perturbados por la demostración del talento de Waylian para la magia que por el hecho de que un miembro de la orden hubiera sido asesinado por uno de los suyos.

—No tenemos tiempo para esto —intervino Gelredida—. Está claro que Nero nos tomó a todos por tontos. Él y Ferenz están aliados con Amon Tugha. Aún queda por ver hasta dónde llega la traición.

—Muy cierto —dijo Crannock—. Deberíamos entregarlo a la Inquisición inmediatamente. Ellos llegarán al fondo de esta conspiración.

Gelredida negó con la cabeza.

—No tenemos tiempo para eso, pero no temáis. Yo estoy más que dispuesta para interrogar a Nero. Estoy segura de que mis métodos serán de lo más eficientes.

Waylian tenía pocas dudas de eso.

Regulus siempre había sabido que trasladarse al norte podía ser peligroso, que con toda probabilidad estaba arriesgando su vida y la de sus guerreros. Pero entonces lo peor que había imaginado era una muerte innoble, sin que nadie cantara los relatos de su deceso, una muerte silenciosa en una tierra muy lejana, donde jamás podría encontrar el camino de las estrellas.

Se veía obligado a admitir que su destino actual era mucho peor.

Estaban encerrados en un recinto húmedo y cavernoso, encadenados y humillados. En su interior ardía una furia que alimentaba su impulso de abrirse paso rompiendo y desgarrando, de restaurar su honor rodeándose de sangre y de cadáveres. Cómo haría pagar a esos de las Tierras Frías un insulto semejante; cómo los haría sufrir.

Pero sabía que esos pensamientos eran inservibles, un desperdicio de su menguante energía. No podía hacer nada más que esperar que otros decidieran su destino. Por mucho que el fuego de su interior exigiera un sangriento día del juicio final, poco podía hacer para saciarlo.

Sus guerreros compartían el mismo deseo de venganza, eso estaba claro. No querían otra cosa que acompañarlo en la justa destrucción de sus captores. Cada uno de ellos habría dado la vida alegremente en busca de esa revancha.

Todos, excepto Janto Sho.

Regulus lo divisó contemplando desde las sombras; la escasa luz que invadía la mazmorra le iluminaba los ojos, convirtiéndolos en siniestras estrellas azules en la noche negra. Aunque guardaba silencio, era obvio que aborrecía a Regulus por haberlos hecho caer tan bajo, por llevarlos a ese final innoble. Janto le había jurado lealtad, esperando morir pagando su deuda de vida, pero en cambio sus días terminarían con él encadenado y deshonorado. El líder zatani no podía reprocharle su ira.

—¿Cuánto tiempo hace que estamos aquí? —preguntó Akkula, contemplando la ventana con barrotes que estaba a una altura muy superior a la de ellos.

—¿Qué importa? —respondió Hagama.

Regulus estaba seguro de que el guerrero se habría mostrado más irritado si hubiera tenido el vigor para ello.

Akkula evidentemente no percibió el enfado en la voz de su camarada.

—Me muero de hambre —dijo.

—Todos tenemos hambre —gruñó Hagama—. Ahora guarda silencio.

—Callaos los dos —terció Leandran—. Tenemos que conservar nuestras fuerzas. La oportunidad de escapar llegará pronto. Si los de las Tierras Frías quisieran matarnos, ya estaríamos muertos.

—¿Escapar? —preguntó Hagama. Se inclinó hacia Leandran, tensando la cadena que lo sujetaba a la pared—. Estamos encadenados. ¿Cómo escaparemos? En cuanto a las intenciones de los de las Tierras Frías, ninguno de nosotros puede adivinar lo que les pasa por la cabeza a esos canallas. Tal vez estén reuniendo a los ciudadanos para poder matarnos delante del griterío de una muchedumbre.

—Si piensas así, ya estás vencido —replicó Leandran—. La oportunidad llegará en el momento justo. Espera y verás.

—¡Eres un viejo necio! —Gruñó Hagama, mostrando los dientes.

—Leandran tiene razón —intervino Regulus, mirando al guerrero—. Debemos mantenernos alerta. Pelear entre nosotros no nos hará ningún bien. El momento de luchar llegará pronto.

Regulus esperaba que fuera cierto. Si sus guerreros no encontraban qué matar en poco tiempo, podrían terminar enfrentándose entre sí.

¿Y por qué? ¿Por qué ocurriría algo así? Porque tú los has traído. Los arrastraste desde su tierra hasta este sitio de debiluchos y cobardes, y ahora serán castigados por ello. Los has hecho caer bajo; el castigo debería ser solo tuyo.

Se sentía muy avergonzado. Cómo echaba de menos las planicies de Equ'un. Allí las cosas eran mucho más sencillas: o luchas o te mueres. ¿Huir había sido una equivocación? ¿Debería haberse quedado y morir con el resto de los gor'tana que eran fieles a su padre?

No tenía ninguna utilidad lamentarse sobre lo que podría haber sido. La decisión estaba tomada. Regulus aceptaba la culpa y no se escondía de nada. Aunque eso no era un gran consuelo para sus guerreros, que estaban obligados a compartir su destino.

Janto seguía observándolo desde la oscuridad y Regulus empezó a preguntarse qué le pasaría por la cabeza. Debía de aborrecerlo y con toda probabilidad lo quería ver muerto. Si conseguía escapar de ese sitio, ¿seguiría siéndole leal? ¿Seguiría honrando su deuda?

Ambos se miraron con hostilidad por un rato, sin hacer caso al viento frío que aullaba al otro lado de la ventana ni al goteo rítmico de humedad que caía desde el techo, hasta que finalmente Janto bajó los ojos y se hundió más profundamente en las sombras. Una pequeña victoria, al menos.

Un ruido del exterior de la celda despertó a los zatani que estaban sentados y con cadenas. Se deslizaron cerrojos, se oyó el sonido de una llave en una cerradura y la puerta se abrió de golpe. Regulus entrecerró los ojos cuando varias siluetas entraron en el calabozo iluminadas con antorchas.

—No nos deis problemas —dijo una voz.

Regulus se incorporó y sus guerreros lo imitaron. Cuando los ojos se le acomodaron a la luz cegadora, vio que el recinto se había llenado de una docena de soldados del norte con chaquetas verdes. Se veían aprensivos y temerosos, incluso a pesar de que los prisioneros estaban encadenados a las paredes.

—¿Y ahora? —preguntó Hagama—. ¿Esta es nuestra oportunidad?

Regulus evaluó a los hombres que habían ido a buscarlos. Tenían miedo; habían desenvainado sus armas, aunque ninguno de ellos intentó atacarlos. Si había alguna posibilidad de que Regulus y sus guerreros salieran con vida de allí, debían tener cuidado. Si los atacaban en ese momento, encadenados como estaban, serían aniquilados.

—No os enfrentéis a ellos —ordenó.

Uno de los soldados trajo un poste de madera; en la punta tenía una argolla lo bastante grande para rodear el cuello de Regulus.

—No queremos problemas —repitió otro soldado.

Pero ¿qué problemas podría causar Regulus? Él y sus guerreros estaban a merced de esos locos del norte. Sujetos a sus caprichos. La vergüenza de su situación lo hería profundamente; aun así, no se resistió cuando le aseguraron la argolla en torno a la garganta. Desengancharon sus cadenas de la pared y lo sacaron de la celda entre tres hombres.

No eran rudos. Aquellos soldados no lo arrastraron, pero por alguna razón eso lo hacía aún peor. Que lo guiaran como ganado y que él lo permitiera solo aumentaba su humillación.

Tras él oyó los ruidos de sus guerreros recibiendo el mismo tratamiento. Su única esperanza era que obedecieran sus órdenes. Tal vez lo harían, tal vez no. Era poco probable que Janto se dejara llevar sin pelear; Regulus no estaba seguro de si quería que eso ocurriera o no. Tal vez alguno de ellos debería mostrar una actitud mínimamente desafiante.

Pero él debía demostrar sabiduría. Debía liderar con el ejemplo.

Mientras lo trasladaban por oscuros pasillos, se sintió retroceder a sus recuerdos más lejanos, a una época en que los aeslanti gobernaban Equ'un con un puño lleno de zarpas. Una época en la que habían conquistado a todas las tribus que se les opusieron. Entonces los zatani se convirtieron en una raza de esclavos, sometidos a bestias.

Regulus era un niño en aquellos tiempos oscuros, pero todavía podía recordar cómo era antes de las Revueltas de los Esclavos. Antes de que el Rey de Acero les regalara acero de las Tierras Frías y sembrara la rebelión en cada tribu.

Ahora era otra vez esclavo. Estaba sometido, no a bestias, sino a hombres. ¿Qué habría dicho su padre si pudiera ver la vergüenza que Regulus había hecho caer sobre los gor'tana? ¿A un príncipe de los zatani llevando mansamente a sus guerreros al cautiverio?

Decidió no pensar en ello. Le convendría más encontrar una solución a su situación actual antes de que alguno de sus guerreros hiciera algo de lo que no podrían escapar ni negociando ni luchando.

El pasillo se hizo más ancho y Regulus se vio flanqueado por más hombres de las Tierras Frías. Cuando se acercaba al final, se abrió una puerta que dejó al descubierto

una gran cámara desde la que oyó el sonido de voces levantadas.

Cuando lo arrastraron a la iluminada cámara, se dio cuenta de que lo esperaba la fatalidad.

La sala era inmensa y circular; a su alrededor se elevaban filas escalonadas de gradas desde donde lo contemplaban rostros iracundos que lo abucheaban como si aquello fuera una especie de coliseo y él estuviera a punto de luchar. Pero el suelo no estaba cubierto de arena salpicada de sangre, sino que era de dura piedra y había poco espacio para combatir.

Unos hombres instalaron unos aros de acero en las losas de piedra que Regulus tenía bajo los pies y rápidamente engancharon en ellas las cadenas que le sujetaban las muñecas. Mientras tanto, uno de los soldados que lo había trasladado a aquel sitio seguía tras él, sosteniendo el poste con la argolla que le apretaba el cuello.

Cuando trajeron al resto de sus guerreros, el griterío de la muchedumbre alcanzó nuevas cotas de frenesí. Regulus distinguió a mercenarios entre ellos, con sus atavíos que los identificaban como los Escudos Sagrados, los Halcones de Medianoche, la Compañía Escarlata; todos lanzándole miradas de odio. Cada uno de esos grupos había perdido hombres en la pelea con los zatani. No podía culparlos por su ira. Pero tampoco podía perdonar a sus captores esa terrible experiencia. Si había una disputa, entonces debía zanjarse combatiendo, de acuerdo con la tradición de los guerreros; no así.

Un hombre vestido con una túnica los aguardaba. Levantó las manos hacia la multitud reunida y poco a poco los gritos se silenciaron, aunque con renuencia. Lentamente, la figura se echó la capucha hacia atrás. Era calvo y tenía un tatuaje sobre el ojo derecho, un sigilo, un símbolo de poder mágico, que Regulus no reconoció.

El silencio se volvió incómodo cuando ese hombre clavó en el líder zatani una mirada despojada de toda emoción.

—Se os acusa de crímenes horribles —dijo con una voz plana e imparcial—. Habéis invadido nuestras tierras. Saqueado nuestras aldeas, masacrado nuestro ganado. —La falsedad de las imputaciones repugnó a Regulus. Él y sus hombres no habían hecho nada de eso, aunque habrían podido hacerlo sin ninguna duda—. Luego, después de entrar en Steelhaven fingiendo que veníais en son de paz, asesinasteis a hombres que podrían haber defendido la ciudad.

Cuando terminó de decir estas palabras, la muchedumbre que los rodeaba expresó su acuerdo a gritos, algunos reclamando justicia, otros exigiendo solamente la ejecución.

—¿Qué dicen? —preguntó Hagama.

Regulus no podía contestarle. ¿Cómo decirle que los acusaban de crímenes que no habían cometido? Él era quien los había traído a ese sitio. Él, su jefe, los había sometido a eso.

—La Inquisición sostiene que habéis sido enviados como agentes del invasor

elharim Amon Tugha. Que vuestra misión era sabotear la ciudad desde dentro, hacer el mayor daño posible para desbaratar las defensas de Steelhaven.

Regulus quiso rugir su desprecio, pero encadenado como estaba no podía hacer nada. Tal vez tendrían la oportunidad de probar su inocencia. Le habían enseñado poco de las costumbres de las Tribus sin Zarpas, pero su padre sabía algo de sus leyes. En ocasiones observaban la tradición del juicio por combate, pero en otros casos un lord u otro noble elegido representaba a la parte acusada. Seguramente habría alguna manera de rechazar esas imputaciones. Seguramente alguien ocuparía el papel de árbitro.

—Las pruebas contra vosotros son claras. Hay seis hombres muertos y el doble de esa cantidad heridos. Ningún aliado de los Estados Libres le causaría tanto daño a su gente. Solo lo haría un enemigo, bajo apariencia de amistad.

—¿Qué dicen? —exigió saber Hagama, esta vez con la voz más alta que la del hombre encapuchado. Contagiados de su ira, Akkula y Kazul rugieron junto a él, gritos de rabia y desafío. Aunque Regulus se sintió orgulloso de su audacia, eso no hizo más que encender a la multitud, quienes les devolvieron los gritos, aullando como perros, algunos escupiendo y lanzando insultos que Regulus reconoció demasiado bien.

El hombre de la túnica volvió a levantar los brazos. Hagama, Kazul y Akkula guardaron silencio cuando sus gritos de desprecio los dejaron ronc.

—Confesad —dijo él. Esa solitaria palabra resonó por toda la cámara circular—. ¿Tal vez, salvaje, querrás demostrar que te queda un jirón de honor y confesarás tus crímenes?

—¡La ordalía del fuego! —gritó una voz.

—¡Hacedles la jodida pregunta! —chilló otro.

Una vez más los brazos del hombre de la túnica se elevaron para pedir silencio. Luego miró directamente a Regulus.

—¿Qué dices, bestia? ¿Confiesas tus crímenes?

Regulus sabía que se burlarían e ignorarían todas sus negativas. Que no querían ni les interesaba una «confesión». Solo querían su sangre.

—He venido aquí a luchar —dijo con un vozarrón que hizo callar al público—. A defender esta ciudad y a su pueblo. A traer gloria y victoria a vuestra reina. No tengo nada que confesar.

—¿Nada que confesar? —preguntó el hombre de la túnica—. Entonces no te lo pediremos. No necesitamos la confesión de unos animales.

La multitud volvió a gritar, pataleando, haciendo un ruido casi ensordecedor. Era una locura. Regulus se esforzó por controlar su furia mientras cada uno de sus guerreros rugía su desprecio.

—Lo único que falta es la sentencia —gritó un hombre por encima del estrépito.

Regulus vio que se abría una puerta en una de las galerías de lo alto. Por ella apareció una segunda figura vestida también con una túnica, con la cabeza oculta

bajo una capucha oscura. Se quedó allí quieta durante unos momentos que parecían interminables, esperando que el ruido se aplacara, esperando que el sonido de los zatani se apagara.

Cuando todo volvió a estar en silencio, el hombre tatuado levantó la mirada y preguntó.

—¿Qué sentencia hemos de dictar?

Al principio la figura encapuchada no dijo nada, como si estuviera demorando el veredicto. Regulus ya conocía la respuesta y se limitó a lanzarle una mirada de desafío.

—Muerte —fue la única palabra que salió del hombre encapuchado.

Esta vez la multitud rugió.

Había una enorme agitación en la sala. Hombres que gritaban enfurecidos. Guerreros de Equ'un bramando a voz en cuello hasta que los pulmones no les daban más. Todo aquello le recordaba a Nobul escenas de mucho tiempo atrás. Los días que había pasado en el campo de batalla, sudando y sangrando y mordiéndose los labios para combatir el temor.

Sostenía la cadena que sujetaba a uno de los zatani. Usaba toda su fuerza, pero aun así le costaba mantener controlado uno solo de los brazos del guerrero. En cualquier otro momento lo hubiera imputado a lo cansado que se encontraba, pero sabía que no era ese el caso. Ellos eran salvajes de las praderas de Equ'un, exesclavos de los aeslanti, templados en los pozos de peleas de los hombres-bestia. Se alegró de que estuvieran encadenados.

Los Casacas Verdes los habían sacado a rastras de la cámara. Una vez que se dictó sentencia dio la impresión de que ese sitio podía estallar en cualquier momento. Kilgar iba al frente del grupo, gritándoles que se movieran lo más rápido posible y que se mantuvieran firmes. Si uno solo de esos asesinos lograba desembarazarse de sus grilletes, se armaría una gorda.

Nobul había sido testigo de la ferocidad de los zatani y sus proezas en el campo de batalla en la Puerta Bakhaus. Los aeslanti habían enviado a algunos de sus esclavos zatani a la primera línea, como tropas de choque para ablandar la vanguardia de los teutones. Eran adversarios formidables y él no tenía ningún deseo de volver a enfrentarseles. En aquella época era joven y estaba en buena forma, sediento de sangre y gloria. Ahora, cuando arrastraba al guerrero hacia su calabozo, sentía el peso de los años, y su experiencia no le servía para contener el temor.

En aquellos días, cuando se encontraba en óptimas condiciones, prácticamente se había cagado de miedo al enfrentarse al enemigo en el valle de Bakhaus. Ahora ese sentimiento volvía a inundarlo. Mientras el ruido resonaba en el pasillo no fue la victoria lo que recordó Nobul, sino el momento en que se vio junto a otro centenar de muchachos, algunos temblando, otros llorando. En que aferró su martillo con tanta fuerza que pensó que jamás podría soltarlo. En que miró a su alrededor, tratando de encontrar alguna escapatoria, pero sabiendo que no la había.

No importaba cuántas victorias viviera, jamás podría desembarazarse de esos recuerdos. No importaba que miles de hombres te palmearan la espalda, que te mostraran su agradecimiento a gritos, que te pagaran tragos. Los años habían servido para amortiguar bastante aquellos recuerdos, pero de pronto volvía a encontrarse allí, rememorando todo aquello a lo que se había enfrentado.

Finalmente consiguieron llevar de regreso al zatani a su celda y, con dificultad, volvieron a encadenarlo. Bilgot le quitó la argolla del cuello al guerrero y los dos

regularon cuando trajeron al resto. Eran seis en total, todos de aspecto imponente. Uno parecía joven y otro muy viejo, con la cabeza afeitada, la oscura piel con manchas, aunque todavía daba la impresión de que podía hacer bastante daño. Hasta el más débil de esos cabrones podía enfrentarse con ventaja a un hombre promedio.

El ruido en el calabozo, mientras ataban a los guerreros, era ensordecedor. Nobul aferró su puñal, alerta a cualquier señal de que intentaran escapar, pero no la hubo; aunque hacían mucho ruido, los Casacas Verdes se las arreglaron para encadenarlos sin incidentes.

—Bien, todos fuera —dijo Kilgar.

Ninguno de los soldados protestó; prácticamente se apelotonaron para salir por la puerta.

Nobul retrocedió mientras los zatani se agitaban y golpeaban las cadenas que los ceñían. Necesitó toda su firmeza para no darse la vuelta y salir corriendo; aunque estaban encadenados no habían perdido su ferocidad. Sabía que eran un enemigo temible, pero también una raza orgullosa. Algo en su interior empezó a compadecerse de ellos, a pesar de su ferocidad. Algo que lo hizo sentir que eso no estaba bien.

Nobul fue el último en salir de la celda y, cuando lo hacía, vio que uno de los zatani lo miraba. Este no rugía de furia, sino que lo observaba con atención. Sus cabellos largos y negros le caían sobre los hombros y era el más grande y el más impresionante del grupo. Ese era el que había hablado en teutón en la sala de la Inquisición y se había declarado inocente. Era el que se había mantenido orgulloso y desafiante mientras sus compañeros aullaban de ira.

Cuando Nobul le devolvió la mirada, detectó una aguda inteligencia en sus ojos verdes. Miró de reojo a Kilgar, quien le hizo una señal de que se fuera, pero no pudo moverse de allí. Más de una década atrás, se había enfrentado a guerreros como ese, los había matado, pero pudo darse cuenta de que este no representaba una amenaza para él. Los zatani habían sido sus enemigos solo porque eran esclavos de los aeslanti. Se decía que después de obtener la libertad se habían vuelto contra sus antiguos amos y los habían derrotado en una guerra salvaje. Tal vez no fueran sus enemigos, después de todo. Tal vez no merecieran un juicio sumario como el que habían tenido. Seguramente lo que la Inquisición les había hecho a estos hombres era incorrecto.

—Lo siento —dijo Nobul, incluso antes de percatarse de ello.

Después de un momento, el guerrero respondió:

—Guárdate tu compasión, hombre de las Tierras Frías. No la necesitamos.

Cuando el líder habló, el resto de los zatani se hundió en el silencio.

—Vamos —ordenó Kilgar, volviéndole a hacer el mismo gesto, pero con más impaciencia.

Nobul se quedó en su sitio, aunque sabía que era un acto irracional.

—Cierra la puerta —respondió, sin dejar de mirar al guerrero de piel oscura.

—¿Te has vuelto loco?

—Cierra la puerta —repitió Nobul.

Sin decir palabra, Kilgar cerró la puerta del calabozo con un golpe y pasó el cerrojo.

El guerrero lo observó, sin dejar traslucir emoción alguna en sus ojos verdes.

—Me llamo Nobul Jacks.

—Regulus de los gor'tana. Príncipe de Equ'un —respondió el zatani.

—Encantado de conocerte, Regulus de los gor'tana. Y no me compadezco de ti, pero de todas maneras lo lamento.

—Lo entiendo, Nobul Jacks. Pero tu pesar no nos liberará de este lugar.

—No, supongo que no. No es mucho lo que yo puedo hacer al respecto.

Regulus parecía triste, vencido, lo que hizo que Nobul lo compadeciera aún más.

—Pensar que hemos venido a luchar por vuestra reina —dijo el guerrero—. A traerle gloria. A dar muerte a sus enemigos. Ahora seremos masacrados como ganado.

—¿Por qué queríais hacer eso? ¿Por qué vinisteis desde tan lejos a efectuar vuestras matanzas? Debe de haber muchas personas a las que matar allá en el sur.

—Sin duda hay muerte en gran cantidad en mi tierra natal. Pero la gloria está aquí, en el norte. Combatiendo para salvar la ciudad de nuestro libertador.

—¿Te refieres al rey Cael? Él ha muerto, ya no está entre nosotros. *Y algunos no derramamos demasiadas lágrimas cuando ello ocurrió.*

—Nos hemos enterado. Pero ¿no es esa una razón aún mayor para defender a sus familiares y amigos?

A Nobul le pareció sensato. Y él estaría haciendo lo mismo en poco tiempo.

—Me habría gustado estar a tu lado en las almenas —dijo. Y no mentía; sin duda habría agradecido estar hombro con hombro con seis zatani si tenía que enfrentarse a un ejército de khurtas—. Pero supongo que eso jamás sucederá.

—¿De modo que eres un guerrero, Nobul Jacks? Desde luego, lo veo en tu porte. ¿Has combatido en muchas batallas?

—He combatido bastante. Hace ya mucho.

—¿Has combatido a mi pueblo?

Eso lo cogió con la guardia baja. Durante un momento pensó en negarlo, pero encadenados como estaban esos zatani, no había mucha necesidad de mentir.

—Sí, estuve en la Puerta. Vuestro pueblo tiene grandes luchadores. Espero no tener que volver a enfrentarme a vosotros.

Regulus pareció apreciar ese comentario.

—Habría querido combatir para ganar nuestra libertad en ese momento, pero era un niño. Los años estaban en mi contra.

—Los años están en contra de todos nosotros, de una manera u otra —dijo Nobul con una sonrisa, como si estuviera pasando el rato con cualquier veterano—. Lo que cuenta es lo que haces con ellos.

—Me temo que yo no he usado los míos de la manera más sabia.

—Aún no lo sabes.

—Tienes razón. Es mejor no vivir con arrepentimientos.

—Cierto —replicó Nobul, aunque Arlor sabía que con los años se había arrepentido de bastantes cosas.

El guerrero se puso en cuclillas y apoyó la espalda en la pared. Nobul miró a los otros zatani, que lo contemplaban en silencio. Uno de ellos lo observaba desde la oscuridad, con una mirada azul llena de un odio inconfundible.

Nobul se volvió a Regulus y se puso de rodillas a su lado.

—No te mereces esto. Ninguno de vosotros lo merece.

La cara del zatani se torció formando una sonrisa.

—Tal vez ninguno de nosotros recibe lo que merece, Nobul Jacks. Estamos todos condenados por el destino.

—Sí, es cierto. Solo puedes aprovechar al máximo lo que te cae encima.

—Así es. Y si sirve de algo, no te guardo rencor.

—Eso me hace sentir un poco mejor, supongo —dijo Nobul, aunque no estaba seguro de que fuera así—. Te deseo buena suerte, Regulus de los gor'tana.

—Y yo a ti, hombre de las Tierras Frías.

Nobul dio dos golpes a la puerta del calabozo. Cuando Kilgar la abrió, no pudo animarse a volver a mirar a los guerreros encadenados y enjaulados a sus espaldas.

Una vez más, el sargento cerró la puerta. Se giró y Nobul supuso que recibiría una reprimenda, pero no le dijo nada. El grupo de Casacas Verdes salió del edificio en silencio.

Una vez que regresaron a las barracas, percibió una calma antinatural. Había temor en los rostros de Dustin y Edric. Hasta Bilgot había perdido su habitual bravuconería. Era comprensible. Nobul sabía muy bien cómo los zatani podían amedrentarte con solo una mirada de esos ojos, sin hablar de lo que ocurría cuando te enseñaban las zarpas y los dientes. Estos muchachos podían considerarse afortunados por no haberse enfrentado nunca a los aeslanti, por no mencionar a los guerreros zatani.

Los observó mientras todos salían de las barracas uno a uno, sin dirigirle la palabra. Lo agradeció; necesitaba estar un tiempo consigo mismo.

Debido a las preocupaciones sobre revoltosos e invasores, la disciplina se había relajado en las últimas semanas. Los Casacas Verdes eran menos cuidadosos a la hora de montar guardia que cuando Nobul había llegado, de modo que no le costó nada abrirse paso hasta el cuartito donde guardaban todos los libros de actas. Donde el pagador de los salarios tenía su pequeño escritorio.

No tardó mucho en encontrar lo que buscaba. Era fácil hallar un nombre y ver dónde vivía su dueño.

Mientras se dirigía a Northgate, sus únicos pensamientos eran sobre los zatani y sobre el hecho de que, después de todo lo que habían sufrido, su líder no parecía guardar ningún rencor.

¿Podría Nobul Jacks perdonar de esa manera? ¿Podría soportar que lo maltrataran tanto e imputarlo a la fatalidad?

La casa se encontraba en una callejuela al oeste del mercado. Había una sola puerta en la fachada, pero Nobul no estaba interesado en eso. Continuó hasta un callejón trasero, inundado de orines y mierda hasta la altura de los tobillos. Estaba haciéndose de noche rápidamente y él apenas podía ver por dónde caminaba, pero logró encontrar otra puerta trasera. Cerrada con llave. Empujó la única ventana que había al lado, que cedió un poco. Hizo más fuerza y se abrió. El ruido que hizo fue tal vez demasiado alto, pero no le importó; no había nada que temer. Al menos para él.

En el interior todo estaba oscuro. Cuando sus ojos se adaptaron a la luz de una única vela, vio lo que había venido a buscar. El muchacho estaba despatarrado sobre una mesa, con una botella de licor vacía a su lado y una copa puesta boca abajo. También había un cuchillo, a pocos centímetros de su mano.

Nobul se acercó a hurtadillas. Bien, no quería despertar al joven que dormía tan serenamente, ¿verdad? Cogió el cuchillo y lo clavó en el marco de la puerta.

El ruido que se produjo hizo que Anton se despertara dando un respingo.

—¿Quién anda ahí? —preguntó, con los ojos nublados mientras su mano buscaba a tientas un arma en la oscuridad.

—Pensé que ya estarías lejos de aquí —dijo Nobul.

—Oh, mierda. —Anton respiró en la oscuridad—. Oh, mierda, mierda, mierda.

—¿Qué ocurre? ¿El Gremio te ha abandonado? ¿Se desentendieron de ti cuando las cosas se pusieron jodidas?

—Te están buscando —replicó Anton, mirándolo con los ojos bien abiertos—. Probablemente estén vigilando esta casa ahora mismo. Van a poner la ciudad patas arriba después de lo que hiciste. No deberías estar aquí.

Nobul se encogió de hombros.

—Estoy dispuesto a correr el riesgo.

Anton temblaba y Nobul tuvo que admitir que eso le gustaba.

—¿Y ahora qué? —preguntó el joven—. ¿Vas a matarme?

Nobul le contempló durante un rato.

¿Y bien? ¿Lo harás? ¿No es eso a lo que has venido? Él te causó más daño que la mayoría. Después de lo que has pasado, es justo.

—No lo sé —respondió—. ¿Tú qué crees?

—Creo que soy hombre muerto.

—Tal vez es lo que te mereces.

—Entonces hazlo —gritó Anton, poniéndose de pie.

Incluso en la penumbra, Nobul alcanzó a ver las lágrimas en sus ojos. Probablemente llevaba días allí esperando su muerte. No supo qué hacer al respecto. Anton no era más que un muchacho que no tenía la menor idea de cómo salir de ese lío, excepto con una botella de licor.

—Perdonar es difícil —dijo Nobul—. Si te dejo marchar, asegúrate de no regresar

jamás.

Era evidente que Anton sospechaba que había alguna trampa.

—¿En serio?

Nobul asintió.

—No vuelvas nunca más.

—No lo haré. Jamás. No volverás a verme.

—Entonces te conviene darte prisa, muchacho.

Anton se giró rápidamente. Tenía una bolsa en el suelo y se inclinó para recogerla.

¿Y vas a dejarlo ir así? ¿Así de simple Nobul Jacks aceptará que lo traten como a un hijo de puta? ¿Eso es lo que harás cuando lleguen los khurtas? ¿Les ofrecerás tu perdón? ¿Y esperas sobrevivir al primer día?

Cuando Anton metió algo en el bolso, Nobul se encontró dando un paso hacia él.

Eso es. Era un frío cabrón, Nobul Jacks. Esta ciudad necesitará a fríos cabrones como tú. Tiene que haber una revancha por lo que él te hizo. Alguna compensación.

Anton estaba allí, dándole la espalda, listo para empezar una nueva vida, lejos de esta ciudad y su veneno. Lejos del Gremio y los khurtas y el jodido Nobul Jacks.

Y todo por tu perdón.

Las manos de Nobul se cerraron en torno a la garganta de Anton. El muchacho lanzó un grito ahogado que fue su último sonido antes de quedarse sin aire. Se agitó, pero era imposible escaparse.

Había que admitir que trató de luchar, arañando los puños de Nobul. El dolor era bueno; apretó los dientes y lo sujetó aún con más fuerza, tensando los brazos durante solo los dioses sabían cuánto tiempo, hasta que Anton no se movió más.

Finalmente el muchacho cayó muerto al suelo.

Nobul miró por un breve instante el cuerpo que yacía en la oscuridad. Después de todo, había sido una muerte rápida.

Eso era todo el perdón que a Nobul Jacks le quedaba por dar.

Waylian todavía sentía el gusto a bilis en la garganta. Lo único que quería era un vaso de agua para quitarse el olor, y tal vez tumbarse a esperar que se le pasaran las náuseas, pero la magistrada Gelredida no estaba de ánimo para detenerse.

Estaban de regreso en las entrañas de la Torre de los Magistrados, en el laberinto de pasadizos y cámaras subterráneas, escondidos donde nadie pudiera oírlos. La razón de ello era obvia: Gelredida no quería que se oyeran los gritos.

Nero Laius estaba tendido sobre una tarima, con los brazos y las piernas firmemente sujetos. Estaba desnudo, la piel le relucía por la sangre y la transpiración, temblando de dolor y de miedo. La tarima estaba colocada a cuarenta y cinco grados para que la magistrada no tuviera que agacharse demasiado a la hora de torturarlo. Al principio Nero había protestado, había exigido que lo liberaran, había gritado que él era un archimaestro del Crisol y que tenía derecho a juicio. Sus protestas no habían tardado en convertirse en alaridos.

Waylian observó horrorizado, llevándose una mano a la boca, cuando su señora eligió cuidadosamente sus instrumentos y se puso manos a la obra.

Usaba los cuchillos y los ganchos con precisión clínica. Al principio ni siquiera le hizo preguntas a Nero; se limitó a dejar que sus alaridos resonaran, creando ecos en toda la cámara. En ese momento Waylian se había tapado las orejas con las manos, pero después de mirar durante varios y dolorosos minutos, decidió que era más prudente cubrirse la boca. No estaría bien vomitar otra vez en el suelo; aquello estaba volviéndose una costumbre y le daba vergüenza.

—Bien, Nero —dijo la magistrada, retrocediendo un paso—. Archimaestro. Guardián de los Cuervos, Maestro Adivinador. Un poco negligente de tu parte no haber adivinado esto, ¿verdad? No pareces un maestro de tu arte.

Nero gimió como toda respuesta. Por mucho que Waylian había temido y aborrecido a ese hombre, sentía un poco de lástima por él. La sangre le corría por las piernas, formando arroyuelos, hasta caer por una pequeña canaleta ubicada debajo de la tarima. Su cuerpo tenía múltiples cortes e incluso algunas partes de la piel habían sido arrancadas y vueltas a poner en su sitio con ganchos de acero.

—Es evidente que contabas con la asistencia del mariscal Ferenz. ¿Hay algún otro Caballero Cuervo implicado en tu pequeña confabulación?

Nero balbuceó y Gelredida movió la cabeza, haciendo una mueca de irritación por no poder entenderlo. Cogió uno de los ganchos de acero con la mano enguantada —y manchada de sangre— y lo retorció.

Waylian apartó la mirada cuando Nero gritó.

—¡Sí! —aulló, chorreando sangre y flema por la boca—. ¡Soy el Guardián de los jodidos Cuervos! Por supuesto que algunos de los caballeros están de mi lado. Te diré

quiénes son. Te daré todos sus nombres. Te lo diré todo.

Gelredida se apartó de los escupitajos de Nero.

—Sé que lo harás —respondió.

Entonces hubo un silencio y en algunos aspectos eso fue peor que los gritos de Nero. Waylian apenas podía soportarlos, pero el prolongado momento de calma le hizo preguntarse qué ocurriría a continuación. ¿Qué nuevo instrumento sacaría su señora de su arsenal de trucos?

En cambio, se inclinó hacia Nero mientras este jadeaba, tratando de recuperar el aliento.

—Tus conspiradores en la Torre pueden esperar, Nero. Quiero saber para quién trabajas.

—Tú sabes para quién trabajo.

La voz de Nero era aguda y desesperada.

—Dilo, pues.

—Amon Tugha. Estoy confabulado con Amon Tugha.

—Sí, Nero —dijo ella con regocijo—. Eso es obvio. ¿Por qué, si no, te empeñarías tanto en que los archimaestros se quedaran de brazos cruzados mientras el enemigo sitia la ciudad? Pero ese no es el nombre que busco.

Nero la miró fijamente, con los ojos muy abiertos y las lágrimas surcándole las mejillas sucias con costras de sangre. Como no dijo nada, Gelredida echó un vistazo a los instrumentos que tenía desplegados sobre la mesa.

—Waylian. Sé bueno y pásame el serrucho.

Por lo general, el joven obedecía sin hacer preguntas, pero en ese momento no pudo hacerlo. Por mucho que aborreciera a Nero, no quería participar en su sufrimiento.

Por fortuna, no fue necesario.

—¡De acuerdo! —gritó Nero—. Hay un hombre en la ciudad. Es un agente de Amon Tugha.

—Un nombre —exigió Gelredida.

—Se hace llamar el Padre de los Asesinos.

—No es suficiente. Waylian, el serrucho.

—Es todo lo que sé, lo juro. —Nero empezó a sollozar y a gemir. Era patético, Waylian lo sabía, pero de todas maneras sintió lástima por ese hombre—. Si supiera algo más, te lo diría.

—Entonces te conviene empezar a pensar.

De pronto los sollozos se detuvieron y Nero abrió mucho los ojos.

—Es conocido en el submundo de la ciudad. Dirige una banda de asesinos. La más letal de los Estados Libres.

—Y...

Nero apretó los dientes, como si tratara desesperadamente de no dejar que la verdad escapara de su boca.

—Son los que intentaron asesinar a la reina.

Ella lo miró sin decir palabra; luego extendió la mano en dirección a Waylian.

El serrucho, Grimmey. Creo que quiere el serrucho.

—Va a haber otro intento —gritó Nero—. El Padre de los Asesinos no se detendrá hasta que ella esté muerta.

—¿Qué has hecho tú para ayudarlo, Nero?

Él negó con la cabeza vigorosamente, y sudor y mocos salieron volando.

—Nada. No he hecho nada, lo juro.

Ella lo miró durante un breve instante, luego volvió a extender la mano.

—¡De acuerdo! ¡De acuerdo! Me pidió que lo ayudara con algunos trucos de magia. Hechizos elharim. En realidad no lo entendí. Le proporcioné clavos del ataúd de una bruja y veneno de mantícora, ¡pero eso es todo!

Gelredida asintió y retrocedió lentamente.

—¿Sabes?, creo que podría llegar a creerte, Nero. —Se volvió y contempló la mesa llena de instrumentos—. Pero comprenderás que debo asegurarme. —Cogió el serrucho.

Cuando ella se acercó, Nero comenzó a gritar nuevamente. Esta vez fue un grito agudo, como el graznido de un ave.

Waylian se apretó la mano que tenía en la boca, pero fue inútil. Sintió que la habitación giraba; los oídos se llenaron de un sonido como si una bandada de cuervos enfadados estuvieran picoteándole el cerebro. Se volvió y movió torpemente el pomo de la puerta hasta que finalmente logró abrirla. La puerta se cerró de golpe a sus espaldas mientras él salía tambaleándose por el pasillo. El ruido cesó y sintió una inundación de alivio, justo antes de vomitar otra vez.

No estaba seguro de cuánto tiempo aguardó en aquel pasillo oscuro. En ocasiones, los gemidos y alaridos se filtraban por la puerta y él hacía una mueca como si experimentara el dolor en su propia carne.

Considérate afortunado y rézale a Arlor para no ser el siguiente en la lista.

Por fin se abrió la puerta. Waylian trató de apartar la mirada de lo que había en el cuarto, pero no pudo evitar verlo. Quedaba poco del Nero que había conocido. Solo una masa de carne mutilada, inmóvil y muda en la sombra.

Gelredida cerró la puerta rápidamente, en un gesto piadoso, y luego se detuvo para enjugar su vestido manchado de sangre con un trapo sucio. Por suerte llevaba el acostumbrado color rojo, lo que disimulaba la cantidad de sangre que la empapaba.

—Acompáñame —dijo, como si hubiera acabado de podar rosas, en lugar de los miembros de un hombre—. Debemos ir a palacio inmediatamente.

Mientras avanzaban por el laberinto de pasadizos, Waylian se dio cuenta de que le temblaban las manos. La náusea había desaparecido, lo que ya era algo. Lo único que le quedaba por hacer era lidiar con el recuerdo de haber visto a un hombre brutalmente torturado.

Oh, y el hecho de que aplastaste una cabeza solo con el poder de tu voluntad.

También está eso. Pero una cosa a la vez, ¿de acuerdo, Grimmy?

Respiró largamente cuando salieron, lo que en sí ya era una hazaña, considerando lo rápido que caminaba Gelredida y el poco aliento que a él le quedaba al intentar seguirle el ritmo. Era un alivio estar al aire libre y aclarar la mente, aunque las preguntas se le agolparon apenas tuvo tiempo de pensar.

—Señora, no entiendo.

—¿Qué no entiendes? —respondió ella.

—La última vez que les pedimos a los archimaestros que se unieran a la ciudad contra los khurtas, se negaron. ¿Por qué cambiaron de idea tan rápidamente?

Gelredida lo miró, y si él no la conociera mejor habría jurado que se le dibujó una semisonrisa en la cara.

—Eso, joven Waylian, se debe principalmente a ti.

—¿Cómo?

—No me obligues a repetirme. Sabes lo fatigoso que me resulta.

—Por supuesto, magistrada. —Waylian hacía lo que podía para seguirle el paso mientras ella se escabullía entre la multitud cada vez más abigarrada—. Pero sigo sin entenderlo.

—¿Crees que esos recados a los que te mandé eran solo para tu esparcimiento? —preguntó ella.

—Bien... no. Pero yo...

—Milius, el boticario... ¿Qué impresión te dio?

—Me puso los pelos de punta.

Gelredida lanzó una risita.

—Sí, estoy segura. Pero además es el mejor envenenador de la ciudad. Y tenía que asegurarme de que conociera los ingredientes de un veneno muy específico. Uno que se utilizó no hace mucho en la Torre de los Magistrados.

—¿Alguien fue envenenado en la Torre?

—Venga, Waylian. Seguramente habrás oído los rumores de la muerte del viejo archimaestro Gillen, ¿verdad? ¿A quién crees que diseccioné en las cámaras inferiores días atrás?

Waylian rememoró la época en que había llegado a la ciudad y los rumores que había oído sobre las cámaras de los aprendices. El archimaestro Gillen era el tutor de Lucen Kalvor y este había sucedido al anciano ante su repentina muerte.

—¿Sugiere que en realidad el archimaestro Kalvor mató a Gillen?

Gelredida negó con la cabeza.

—No, no lo sugiero, Waylian, lo afirmo. Los otros necios de la Cámara del Crisol están demasiado deslumbrados por los encantos y el poder de Kalvor para darse cuenta, pero las señales eran muy claras. El veneno que usó no deja rastros... casi. Las evidencias están allí para quien sepa qué buscar. Solo hay dos personas en la ciudad que podrían haber preparado un veneno como ese. Yo soy una; el otro es Milius. Sabía que si ibas a verlo con una lista de los ingredientes correctos, él se

asustaría y trataría de matarte.

—¿Que haría qué? —Waylian se detuvo y se quedó mirando a su señora. Ella ya lo había puesto en peligro antes, eso lo sabía, pero admitirlo así...

Gelredida se detuvo también y lo miró.

—Venga, Waylian. No seas tan quejica. Nunca estuviste en ningún peligro verdadero. Si Milius hubiera conseguido envenenarte, estoy bastante segura de que yo habría encontrado el antídoto antes de que expiraras.

¿Está «bastante segura»?

Waylian negó con la cabeza.

—¿Y qué hay del otro asunto? ¿Allí también mi vida corría peligro?

—Claro que no..., en realidad, no.

Qué tranquilizador.

—¿Quién es Josiah Klumm, pues?

Gelredida miró de reojo a la izquierda y a la derecha como si alguien pudiera estar escuchándolos. No había tenido problemas en hablar en público sobre el hecho de que Lucen Kalvor hubiera envenenado a su antiguo mentor, pero esto, al parecer, era algo que quería mantener en privado.

Una vez que estuvo segura de que nadie espiaba la conversación, se acercó más a Waylian.

—Josiah Klumm es el hijo ilegítimo de Drennan Folds. Si eso se hiciera público, sería muy embarazoso para el archimaestro.

—¿De modo que lo chantajeasteis? ¿Lo amenazasteis con contar su secreto?

La magistrada lo miró como si aquello fuera lo más estúpido que le había oído decir, y había bastante de donde escoger.

—Claro que no. Lo amenacé con matar al muchacho. Ahora —añadió como quien no quiere la cosa—, ¿nos vamos? Tenemos asuntos urgentes que solucionar.

Tras decir esto, se coló entre la multitud.

Waylian siguió a su señora mientras los pensamientos sobre lo que había hecho se le agolpaban en la cabeza. Él era quien le había llevado a Josiah Klumm a la magistrada. ¿Eso lo convertía en cómplice? ¿Drennan Folds querría vengarse más adelante? Esa perspectiva no le gustaba para nada.

—¿Y los otros archimaestros? —preguntó Waylian, abriéndose paso para trotar junto a su señora—. ¿Cómo los persuadisteis de que cambiaran de idea?

—No lo hice. Supuse que, una vez que Kalvor y Folds estuvieran a nuestro lado, los otros los imitarían. Marghil y el desafortunadamente fallecido Crabbe no me desilusionaron. El único del que no estaba segura era de Nero, y una vez que se mostró tal cual era, supe que habíamos ganado.

—Pero casi nos matan.

Gelredida levantó una ceja.

—Que no es lo mismo que si nos hubieran matado realmente, ¿verdad, Waylian?

Él supuso que no.

Hicieron el resto del camino en silencio. Incluso cuando Gelredida pasó por las puertas del barrio de la Corona, no dijo nada. Los Casacas Verdes que montaban guardia se hicieron a un lado como si esperaran su llegada. Sin embargo, cuando se encontraron ante el palacio de Skyhelm, las cosas no resultaron tan sencillas.

Había cuatro Centinelas bloqueando el paso, con sus lanzas brillando a la luz del sol invernal.

—Debo hablar con la reina —dijo Gelredida.

Uno de los caballeros la miró y luego negó con la cabeza.

—Yo necesito cien coronas y dormir bien toda una noche —respondió—, pero hoy ninguno de nosotros va a obtener lo que quiere, anciana.

Gelredida le clavó la mirada.

Waylian alcanzó a ver cómo el caballero se la devolvía desde la visera de su gran yelmo. Sus tres compañeros se agitaron con incomodidad. Por alguna razón ninguno de ellos podía reunir el coraje de hablar y decirle a esa vieja dama que se marchara.

Después de lo que pareció una eternidad, el primer caballero de pronto se apartó del medio.

—Bien, pues —dijo, con un ligero temblor en la voz—. Entrad.

Parecía que con cada parte que llegaba del frente las noticias eran más devastadoras. El número de hombres caídos, la necesidad cada vez mayor de refuerzos, requerimientos de suministros que sencillamente no existían, aldeas quemadas, aldeanos violados y asesinados. El recorrido desde Dredun hasta las puertas de Steelhaven estaría poblado de tumbas; sin embargo, cabía la posibilidad de que los sacrificios realizados por los soldados de los Estados Libres fueran en vano.

Janessa se sentía muy desdichada. Pensaba que cada hombre al que mataban, cada persona que moría de hambre o de frío o de alguna infección era resultado de su fracaso en llegar a un acuerdo con la Liga de los Banqueros. Y conforme pasaban los días sabía que sus posibilidades de asegurar la supervivencia de la ciudad se le deslizaban entre los dedos.

Por supuesto que se habían hecho preparativos. Garret y Odaka habían hecho mucho y su experiencia militar era inapreciable para la defensa de la ciudad. Habían tratado de reclutar combatientes entre las masas de refugiados que abarrotaban la ciudad, pero al parecer solo habían encontrado a viejos frágiles o a muchachos entusiastas, pero inexperimentados. El mismo Odaka le había dicho que ellos serían los primeros en morir una vez que los khurtas pusieran sitio a las murallas de la ciudad. Janessa quería decirles a esos reclutas sin ningún provecho que deberían regresar con sus familias, pero ¿cómo podría? La ciudad necesitaba todas las defensas que pudiera obtener. Se perdería si no se realizaban sacrificios.

Carne de cañón, los había llamado el mariscal Farren. Janessa no podía considerarlos así. Solo los veía como viejos y muchachos marcados para morir. Todo porque ella no había logrado cerrar un trato con Azai Dravos para salvar su ciudad.

Aunque lamentarse no le serviría de gran cosa, y Janessa lo sabía. Tenía que seguir adelante. Era lo que su padre hubiese hecho. En realidad, el rey Cael habría colocado la cabeza de Dravos en una pica, orgullosamente, para que todos la vieran, como advertencia a cualquier otro que intentara traicionar a los Mastragall. Ella jamás habría llegado tan lejos, pero después de lo que el hechicero le había hecho, se sentía muy tentada de hacerlo.

En cualquier caso, Dravos ya no estaba y los asuntos de Estado exigían toda su atención.

A pesar de la vital importancia de la mayoría de las cuestiones de la corte, la sala del trono estaba casi vacía. El canciller Durket y sus Centinelas no estaban lejos, pero la mayoría de los cortesanos se habían marchado. El mariscal Farren y el general Hawke habían regresado al frente, aunque este último lo había hecho sin ganas. La baronesa Isabelle Magrida y su hijo seguían merodeando en palacio, pero pocas veces se dignaban acercarse a la sala del trono. Esas ausencias eran, en cierta manera, un

alivio.

Por eso lamentó que, después de que todos los asuntos hubieran sido tratados, el senescal Rogan se acercara al trono. Ese hombre avanzaba como una víbora; parecía deslizarse por el suelo, con los pies ocultos tras el borde de su apagada túnica.

—Majestad —dijo, cayendo de rodillas—. He venido por un asunto que requiere vuestra atención. Se trata de una ejecución.

Janessa sintió que el peso que cargaba en sus hombros se hacía mayor. ¿Con todo lo que tenía que tratar y la amenaza que se cernía sobre la vida de su pueblo, ahora estaban matando a los suyos?

—¿Traidores a la Corona, senescal? —preguntó—. ¿Acaso vuestra Inquisición ha descubierto algún complot?

—Podría decirse así, majestad. Y pensé que estaríais interesada en los culpables de este caso.

—¿Por qué?

Rogan sonrió.

—Porque son espías extranjeros, majestad. Enemigos de los Estados Libres. Zatani, del continente meridional de Equ'un.

Janessa recordó aquella incómoda cena en la que Rogan y Odaka habían reñido. Lo último que había oído era que los zatani estaban detenidos.

—¿Esos hombres han sido condenados a muerte?

—Lamentablemente, majestad. Se hizo evidente que lo único que querían esos salvajes era provocar el caos. Lo más probable es que sean agentes del caudillo elharim.

—¿Lo más probable, senescal? ¿Queréis decir que no estáis seguro? ¿Que estos zatani han sido condenados por una suposición?

—Por supuesto que no, majestad. —Rogan levantó las manos y Janessa se sorprendió por la sinceridad de su expresión—. Su culpabilidad está fuera de toda duda. Tres compañías de mercenarios han debido enterrar a sus hermanos como testimonio de este hecho.

—Entonces están condenados, senescal. ¿En qué me incumbe esto?

—Los zatani estaban sometidos a los aeslanti, en la época en que vuestro padre luchó contra esas bestias en la Puerta de Bakhaus. Muchos dicen que por las venas de los miembros de estas tribus de salvajes corre sangre aeslanti. La Puerta de Bakhaus fue la última gran victoria del rey Cael. Seguramente esto puede verse como una señal: que la ejecución de los zatani es una profecía de vuestra próxima victoria.

Eso era, como mucho, poco convincente. Janessa no alcanzaba a ver la relación.

—Las profecías no me sirven de nada, senescal. Lo que necesito son hombres y recursos.

—Por supuesto, pero la moral en la calle está baja. Una exhibición pública, como recordatorio de antiguas victorias, podría ser exactamente lo que necesita la ciudadanía antes de enfrentarse a los khurtas.

Janessa ni siquiera había pensado en algo así. Que su pueblo necesitara que le elevaran la moral de semejante forma. Pero, en cualquier caso, ¿a quién se le ocurriría que una ejecución pudiera levantar los ánimos? ¿Que la gente pudiera presenciar alegremente la muerte de una persona ante sus propios ojos, incluso aunque fuera un enemigo del pueblo?

¿Qué era aquello que había dicho Odaka una vez? Que como reina debes sopesar todos los resultados y considerar todas las opciones.

Si esto era lo que hacía falta para proporcionar a su pueblo la fuerza para derrotar al enemigo, entonces lo aprobaría. Si esos extranjeros habían venido a hacer daño a la ciudad y su pueblo, tendrían que morir.

Ojalá Odaka estuviera a su lado en este momento; él sabría qué hacer. Después de todo, antes había sido un guerrero de Equ'un, aunque, evidentemente, no zatani. Esos pertenecían a una tribu rival y, a juzgar por los rumores, apenas eran humanos. Pero ¿no había llegado el momento de que Janessa tomara sus propias decisiones? No podía depender de que Odaka le proporcionara soluciones para todas las elecciones difíciles.

—Muy bien, senescal —dijo, aunque las palabras casi se le atragantaron—. Tendréis vuestra ejecución.

—Gracias, majestad. Vos asistiréis, desde luego, ¿verdad?

Asistir a una ejecución pública. La idea hizo que el estómago diera un vuelco.

—No, senescal. Tengo asuntos más urgentes.

—Pero hay cuestiones de protocolo. Y le haría bien a la ciudad veros allí... para elevar la moral, por supuesto.

En ausencia de Odaka, solo contaba con el canciller Durket. A pesar de lo mucho que le aborrecía hacerlo, Janessa se volvió hacia él.

—¿Cuestiones de protocolo?

Durket la miró, primero con la mirada perdida. Desde el ataque que había sufrido a manos de Azai Dravos, el canciller recorría los pasillos de Skyhelm en un estado de aturdimiento.

—Eh... sí, majestad. Los monarcas están obligados a asistir a las ejecuciones de los traidores y de los jefes de Estado rivales.

—Entonces no parece que tenga alternativa —dijo, aunque la perspectiva no le agradaba—. Confío en que haréis los preparativos, senescal.

Rogan hizo una referencia y le lanzó una mirada que daba a entender que los preparativos, con toda probabilidad, ya estaban hechos.

Antes de que él pudiera pronunciar sus serviles palabras de despedida, dos personas entraron con paso firme en la sala del trono. Estaban rodeadas de cuatro Centinelas, cuyo comportamiento indicaba que no temían que hicieran daño a la reina. Se trataba más bien de una guardia de honor, como las que se reservaban a los dignatarios que venían de visita.

Los Centinelas se detuvieron y permitieron que las dos personas se aproximaran

al trono. Kaira dio un paso adelante, en actitud protectora, pero Janessa levantó una mano para impedirle que desenvainara su arma.

Una mujer entrada en años se detuvo justo delante del trono. Aunque era evidente que ya había dejado atrás la mediana edad, era imposible adivinar cuántos años tenía. Su cabello atado en un moño era plateado, pero los ojos eran agudos y penetrantes. La túnica le colgaba de su delgado cuerpo como una capa en un gancho y Janessa vio que estaba muy manchada.

La acompañaba un joven, que arrastraba los pies tras la mujer como si ella pudiera protegerlo de los caballeros allí reunidos.

—Majestad —dijo la anciana—. Soy la magistrada Gelredida. Vengo a advertiros de un complot contra vuestra vida.

El senescal Rogan dio un paso adelante.

—Venga, magistrada. Todos sabemos que la vida de la reina está en constante peligro. Puedo aseguraros que se encuentra totalmente a salvo bajo nuestra protección.

Janessa estaba a punto de decirle a Rogan que guardara silencio. ¿Quién era él para expresarse con tanta osadía? Pero parecía que la magistrada tenía aún menos tiempo para sus interrupciones.

Gelredida le lanzó a Rogan una mirada fulminante. Para sorpresa de Janessa, el senescal de la Inquisición dio un paso atrás y guardó silencio.

—No se trata de una conspiración común y corriente —prosiguió la mujer—. Abarca hasta las entrañas de la Torre de los Magistrados y vuestra guardia personal no podrá protegeros.

Kaira se acercó a Janessa.

—Si esto es cierto, asistir a una ejecución pública sería una locura, majestad.

Janessa asintió, algo aliviada de tener una excusa legítima para excusarse.

—Pública o no —dijo Gelredida—, se acerca algo oscuro y con toda probabilidad está relacionado con cuestiones de hechicería. Algo de lo que solo yo podré protegeros.

—Si me permitís —arriesgó Rogan—, si se acerca algo así, tal vez deberíamos sacarlo a la luz, en lugar de limitarnos a posponer la amenaza. Una ejecución pública a la que se sepa que acudiréis podría ser una trampa perfecta. Podríamos llevarla a cabo en un entorno que pudiéramos controlar. La magistrada también podría asistir para protegeros.

Era una locura. Su vida ya había sido amenazada en más de una ocasión en el palacio. Exponerla a ella y a su hijo nonato para atrapar a un asesino secreto era el colmo de la estupidez.

—Senescal Rogan —dijo—. Creo que está claro que...

—No, tal vez tenga razón —intervino la magistrada. Aunque en las últimas semanas Janessa había perdido la costumbre de que la interrumpieran, no prestó demasiada consideración a esa violación de los buenos modales. Era evidente que

nadie podía mandar callar a esa mujer—. Un recinto público pequeño podría proporcionarnos la oportunidad perfecta de atrapar al asesino en el acto.

Se produjo un silencio. Kaira negó con la cabeza y estaba claro que consideraba que aquello era una necedad, pero había algo en la magistrada que hacía que Janessa la considerara merecedora de una confianza absoluta.

—Muy bien —aceptó la reina—. Debemos esforzarnos para atrapar a este asesino. Si asisten miembros de la Casta, entiendo que no habrá mucho peligro, ¿verdad?

Formuló esa pregunta no solo por ella. En los últimos días había puesto en peligro la vida de su hijo, y no quería que ello ocurriera de nuevo. Si, como se rumoreaba, había asesinos confabulando contra su vida, debía enfrentarse a ellos según sus propios términos; era la única manera.

La magistrada Gelredida ladeó la cabeza.

—Siempre hay peligro, majestad. Pero vuestra seguridad es de primordial importancia. Confiad en mí.

Sin pedir permiso, la anciana se volvió y salió de la sala del trono.

Mientras la observaba irse, Janessa se preguntó cuánta confianza le quedaba.

Desde las sombras de un callejón, Rag observó la entrada de la pequeña taberna. Parecía estar mofándose de ella, como si supiera que tenía miedo.

Vamos. ¿Qué esperas?

Pero se quedó en la oscuridad, vigilando. Era buena en eso; con los años, lo había convertido en un talento. En la calle, donde había aprendido su oficio, era casi tan importante como la rapidez para hurgar en bolsillos ajenos. A veces se quedaba horas sentada, observando, evaluando a los mejores candidatos para el robo. No tenía objeto lanzarse como un perro de presa, arriesgarse a que te atraparan por unos miserables cobres. Tener buena vista para los monederos gordos podía ahorrarte un montón de tiempo y esfuerzo. Diablos, hasta podría salvarte la vida. En una ocupación tan difícil como la suya, el cerebro siempre valía más que la velocidad y el músculo.

Pero ¿ahora te ayudará, Rag? ¿Esta vez te salvará el pescuezo o quizá te hayas pasado de lista?

Kaira le había ofrecido la oportunidad de evitarse todo esto. Desde el principio le había prometido que cuidaría de ella y era una mujer que cumplía con lo que decía. Pero eso no le había bastado, ¿verdad? Nada era jamás suficiente para ella.

¿Y qué haría, en cualquier caso, viviendo en una barraca con un grupo de caballeros? Ella no quería esa clase de vida. Rag siempre había deseado convertirse en alguien. Eso no ocurriría si se quedaba como lacaya de una mujer guerrera.

Pero allí sentada, vigilando aquella puerta, no parecía una alternativa tan mala.

Al menos estarías viva, Rag. Sobrevivirías. ¿No te basta con eso?

La supervivencia nunca había sido suficiente para ella. Por eso se había unido al Gremio. Por eso había arriesgado el cuello para llegar tan lejos. No tenía sentido darse la vuelta.

Siempre te complicaste la vida, ¿verdad, Rag?

Cruzó rápidamente la calle vacía y trató de abrir la puerta, pensando que quizás estuviera cerrada con llave. No lo estaba; el pomo giró con la facilidad de siempre. La puerta chirrió un poco cuando la abrió, pero ya no podía hacer nada al respecto. Las voces alzadas que llegaron desde el interior le dieron a entender que, en cualquier caso, no tenía importancia. Nadie la oiría.

Entró a hurtadillas en la taberna y cerró la puerta. Reconoció las voces que discutían junto a la barra y se detuvo a escuchar.

—No deberíamos estar en este jodido sitio.

Shirl hablaba con voz estridente y asustado como una niña.

—¿Dónde carajo vamos a ir? —preguntó Yarrick, irritado, como si ya hubiera oído quejarse a Shirl demasiadas veces.

—Tiene razón —intervino Essen. Su voz sonaba extraña, después de que le aplastaran la nariz en aquel callejón oscuro la noche anterior—. Si nos quedamos aquí, estaremos jodidamente *muejtos*. Bastian va a venir y nos va a hacer *pjeguntas* y no *sabjemos* qué *miejda* *contestaj*.

—Si huimos no tendremos donde escondernos. Nos encontrarán —replicó Yarrick—. Si escapamos, pareceremos culpables.

—Sí que somos culpables, mierda —dijo Shirl—. Los dejamos llevárselo, como si fuera lo más normal.

—Estaban entrenados —intervino Essen—. No podíamos hacer nada. Ya viste lo que esa mujer le hizo a Harkas.

Rag vio que los compinches estaban en cuclillas apiñados alrededor de las brasas de una hoguera, mientras Harkas se encontraba de pie, un poco más atrás, contemplando las llamas.

—Entonces, ¿qué haremos? —preguntó Shirl, como si estuviera a punto de echarse a llorar.

Ninguno de ellos parecía tener una respuesta. Ninguno tenía la menor pista ahora que Friedrik ya no estaba y que ellos eran quienes lo habían perdido.

—No haremos nada —dijo Rag, entrando en la habitación con la mayor seguridad que pudo.

Todos se incorporaron cuando llegó, pero Harkas simplemente miró a su alrededor como si hubiera sabido desde el principio que ella se encontraba allí.

—¿Dónde mierda estabas? —preguntó Shirl.

—No importa dónde mierda estaba —respondió Rag—. Empezad a pensar en lo que vamos a decir y de lo que no nos apartaremos ni una coma. —El gordo la miró como si ella lo hubiera abofeteado, pero no dijo nada—. Si Bastian se entera de que hemos perdido a Friedrik, todos nosotros terminaremos en el Storway con una piedra en el cuello. Así que no se lo digamos. Friedrik ya se esfumó en otras ocasiones sin decirle nada a nadie. Nadie sabe dónde va ni con quién está, y eso es lo que ocurrió esta vez. Se marchó anoche; nadie lo ha visto desde entonces. ¿De acuerdo?

Yarrick, Shirl y Essen la miraron con el ceño fruncido. Harkas la observó impertérrito. Era evidente que necesitaban un momento o dos para pensárselo, así que Rag les devolvió la mirada, como si supiera lo que estaba diciendo. Como si ya hubiera intentado antes engañar al líder del Gremio y hubiera tenido éxito.

—Esto hará que nos maten a todos —dijo Shirl.

—No —intervino Yarrick—. Ella tiene razón; nadie sabe que estábamos con él cuando lo capturaron. Deberíamos quedarnos quietos y esperar que alguien venga a buscarlo.

Yarrick miró de reojo a Essen, quien dijo:

—Sí. Tienes razón.

—¿Estáis locos, mierda? —chilló Shirl—. ¿Vamos a quedarnos aquí sentados y esperar que vengan a buscarlo solo porque ella lo dice?

Apuntó a Rag con un dedo acusador.

Yarrick miró a Shirl como si este acabara de cagarse en la silla.

—Ella es la razón de que tú sigas respirando, muchacho. Si no fuera por ella, hubiéramos tenido que dejarte en una zanja para que la palmaras.

Eso bastó para cerrarle la boca a Shirl por un rato.

Essen salió y regresó con más leños para el fuego, y los cinco se quedaron allí sentados esperando la mañana. El corazón de Rag le saltaba en el pecho todo el tiempo, mientras se preguntaba qué ocurriría y si había hecho lo correcto. Esta pandilla no estaba formada por los tíos más listos ni los más amistosos, pero no quería que salieran lastimados por su culpa. Bueno, no todos. A medida que avanzaba la noche, había visto que Harkas la observaba desde un rincón de la sala. No tenía idea de qué le pasaría por la cabeza, pero en realidad no estaba demasiado segura de querer saberlo.

Faltaba poco para amanecer cuando la puerta se abrió de golpe.

Palien no fue el primero en entrar. Él tenía sus propios hombres, cuyo aspecto era mucho más amenazador que el de Shirl, Essen y Yarrick. Todos se parecían más a Harkas, aunque tal vez no eran tan brutales. Entraron, se ubicaron junto a la barra como si ya supieran dónde pararse, cuál era el mejor lugar para mostrarse más amenazadores. Rag contó a seis antes de que entrara Palien, con su sonrisa lobuna en el rostro y esos ojos de halcón que la miraban justo a ella. Arrastró una silla por el suelo, como si disfrutara del ruido que hacía al rasparlo. Cuando la deslizó lo más cerca de Rag que pudo, se sentó de un golpe y apoyó los codos en el respaldo.

—¿Dónde está? —preguntó, mirándola directamente.

—¿Quién? —respondió ella.

¿Quién? No seas idiota, Rag. Es obvio a quién se refiere.

—No me tomes por tonto, niñita —dijo Palien.

Cuando lo miró, ella notó que él no parecía parpadear nunca. Eso no podía ser correcto, desde luego.

—Los dos sabemos que tú eres su mascota. Él no va a ningún sitio sin que tú lo sepas.

—No sé dónde está. Se marchó anoche, solo, como hace a veces. No lo hemos visto desde entonces, ¿verdad?

Miró a su alrededor y sintió alivio cuando los muchachos la respaldaron con gestos de asentimiento, pero era evidente que Palien no estaba interesado en la opinión de ellos.

—¿Esperas que te crea, muchacha? ¿Crees que él se iría a algún sitio sin llevar a su muñequita?

—Él se va solo todo el tiem...

—¡No me mientas, mierda! —Palien se puso de pie y arrojó la silla a un lado—. ¿Dónde está?

—No lo sé —respondió Rag, echándose atrás en su silla, pero Palien extendió la

mano, la cogió de la camisa y la obligó a incorporarse.

—Dime dónde está o te destripo aquí mismo, lo juro.

Rag vio la furia en sus ojos, vio su estúpido bigote. Levantó las manos, tratando de separarse de él y Palien la sacudió. Fue entonces cuando la mano de ella se deslizó hacia su cinturón y rozó el portamonedas que él llevaba en la cintura. Estaba lleno, asegurado con una sola hebilla. No le costaría nada abrirlo y quitarle su dinero.

—Ella no sabe dónde está —chilló Shirl, dando un paso adelante—. Ninguno de nosotros lo sabe.

Palien no tuvo que decir nada; uno de sus hombres avanzó y le pegó un rodillazo a Shirl en el muslo. El gordo se desplomó con un chillido.

—Friedrik no estará contento si me destripas, ¿verdad? —dijo Rag—. Entonces te tocará a ti.

—No si está muerto y ha desaparecido —gruñó Palien—. Y creo que eso es lo que ha ocurrido. Creo que tú podrías ser la causante. Te he venido observando, muchacha. Siempre te escabulles como un jodido gato de taberna. Tú sabes algo.

—Yo no, yo no...

—Sí, sí que lo sabes. —La sacudió con tanta fuerza que ella sintió que le temblaban los dientes—. Y si no me lo dices, no saldrás viva de aquí. Ninguno de vosotros se salvará.

—De acuerdo, hablaré —respondió ella, desesperada.

Cuando levantó la mirada, vio que Palien parecía serenarse, satisfecho de haber cumplido con su deber.

—Ya me parecía —replicó él con su sonrisa de lobo.

—Pero solo se lo diré a Bastian —manifestó ella.

Palien negó con la cabeza.

—No, muchacha, me lo dirás a mí.

Rag consiguió liberarse de su mano. Retrocedió, tambaleándose, y se apoyó en una silla.

—No. —Miró los ojos de halcón de Palien, tratando de actuar más como una cazadora que como la presa. No estaba muy segura de que diera resultado—. Se lo diré a Bastian o a nadie.

—Me lo dirás a mí, o...

—¿O qué? ¿Qué hará Bastian cuando se entere de que tengo noticias de Friedrik y que no me dejaste contárselas? ¿Qué ocurrirá entonces?

—¿Cómo va a enterarse?

Rag echó un vistazo al grupo de matones.

—¿Confías en que todos los que están aquí mantengan la boca cerrada?

Palien miró a su alrededor. Al principio clavó una mirada de determinación en cada hombre, pero esta no tardó en ser reemplazada por una ceja levantada en expresión arrogante.

—Bien, vamos a visitar a Bastian. Estoy seguro de que querrá ver cómo te corto

en pedacitos.

Palien hizo una señal a sus hombres, quienes empujaron a Essen y a Yarrick hacia la puerta. Shirl los siguió, cojeando. Dos de los matones de Palien miraron a Harkas, pero ninguno de ellos se atrevió a ponerle un dedo encima. Rag vio que ambos lanzaban un suspiro de alivio cuando el grandote los siguió obedientemente.

La muchacha no tenía más remedio que seguirlos. De nuevo se había metido en un brete del que no podía zafarse. Una vez en la calle no dejó de pensar en la forma de huir; sin embargo, una parte de ella estaba decidida a seguir con esto hasta el fin.

Palien los guio por Northgate, más interesado que cualquiera en terminar con este asunto. Rag lo seguía, mientras se daba cuenta de que no tenía la menor idea de dónde se encontraba el escondite de Bastian, y cuanto más avanzaban, más intranquila se sentía. Cuando llegaron al centro del barrio vio algo que hizo que el estómago le diera un vuelco.

Unas verjas de bronce rodeaban un espacio amplio y abierto que ascendía por una oscura colina. En lo alto había un sepulcro antiguo y escalofriante. Rag supo instantáneamente de qué se trataba: todos habían oído hablar de la Capilla de los Necrófagos en Steelhaven. Los rumores sobre los horrores que allí acontecían habían servido durante años para asustar a los niños pequeños. Se decía que últimamente había actividad en su interior. Fuera o no cierto, seguía siendo un lugar condenadamente espeluznante.

Avanzaron por un callejón. Había dos hombres en el otro extremo, vigilando unos escalones que bajaban hacia lo que debía de haber sido una cloaca, a juzgar por el olor. Consternada cada vez más, Rag se dio cuenta de que ese era su destino.

El pasadizo se hundía profundamente bajo la calle y un par de los muchachos de Palien tuvieron que alumbrar el camino con antorchas. Rag se dio cuenta de que estaban justo debajo de la Capilla de los Necrófagos. Cuanto más se internaban bajo tierra, peor era el olor. La chica no tenía idea de cómo alguien podía permanecer allí, mucho menos un hombre rico como Bastian.

Por fin llegaron a una cámara grande y redonda, de paredes húmedas y con raíces que atravesaban el techo. No había ninguna hoguera y el aire era frío y húmedo. Un viento gélido soplaba desde alguna parte.

Palien se detuvo en medio del recinto. No se anunció, sino que permaneció allí como si hubiera hecho sonar una campana, y estuviera esperando que algún sirviente se presentara.

Pero no fue un sirviente lo que apareció.

Los hombres de Bastian eran delgados, no como los tíos corpulentos que preferían Palien y Friedrik. Tenían rostros descarnados, hambrientos; todos vestían con los mismos ropajes oscuros y llevaban puñales y hachas y toda clase de armas blancas.

Salieron de las sombras como si aquel fuera su sitio; la negrura se les pegaba como si no quisiera soltarlos. Rag sintió que empezaban a temblarle las manos y

apretó los puños para que no se notara.

Cuando estuvieron completamente rodeados, Bastian salió de la oscuridad. En esa luz mortecina parecía un cadáver, como si acabara de emerger de la tierra, abriéndose paso con las uñas. Rag se alegró de que Bastian clavara la mirada en Palien, puesto que daba la impresión de que podía matar con esos dos charcos profundos, oscuros y hundidos.

—¿Y bien? —preguntó.

Rag percibió que toda la seguridad de Palien había desaparecido; sus ojos ahora se parecían más a los de un conejo que a los de un lobo. Se pasó un dedo y un pulgar por el bigote antes de hablar.

—Friedrik ha desaparecido. Se suponía que debía reunirme con él, pero jamás se presentó. Nadie lo ha visto, y esta perra se niega a decirme nada. —Señaló a Rag—. Ella sabe algo, pero solo te lo dirá a ti.

Bastian clavó sus fríos ojos en la muchacha como si fuera mierda pegada a su zapato.

—Sí, lo hará —dijo.

Entonces se produjo un silencio. El jefe del Gremio ya no estaba mirándola, pero Rag sabía que era su turno de hablar. Era ahora o nunca. Había llegado el momento de lanzar los dados. De apostar su vida una vez más. Tal vez sería la última.

—A Friedrik lo han atrapado —dijo—. Lo ha capturado la guardia de palacio.

En ese momento Palien se volvió y la miró.

—¿Qué? ¿Dónde está?

Ha llegado el momento, Rag. Es ahora o nunca, mierda.

Dio un paso hacia atrás, puso cara de circunstancia y derramó lágrimas como si la vida le fuera en ello. Lo que era probable.

—Por favor, señor Bastian —suplicó, como había oído suplicar a una docena de tíos a Friedrik justo antes de que perdieran un dedo o un ojo. Señaló a Palien con un dedo acusador—. Fue él quien lo hizo. Fue él quien delató al señor Friedrik a la guardia del palacio.

—Perra mentirosa —ladró Palien. Dio un paso hacia delante y Rag retrocedió tambaleándose, chillando como si fuera una niña, como si estuviera aterrorizada.

Antes de que Palien pudiera tocarla, un cuchillo se posó en su garganta. Uno de los enjutos cabrones de Bastian estaba detrás de él. Palien se detuvo en seco, como si se hubiera quedado paralizado.

—Continúa —dijo Bastian, como si nada de eso le importara una mierda.

Rag sabía que sí importaba. Sabía que o ella o Palien moriría en ese pozo maloliente.

—Yo lo seguí. Los vi a él y a Friedrik. Vi cómo atraía a Friedrik a la trampa y vi cuando ellos le pagaron.

Señaló el portamonedas de Palien, con mirada aterrorizada, como si una araña hinchada, más que una gruesa bolsa de cuero le colgara de la cintura.

Sin decir palabra, Bastian miró de reojo a otro de sus hombres, quien se adelantó y desabrochó el portamonedas del cinturón de Palien.

—Está mintiendo, maldita sea —dijo Palien—. ¿No lo veis? Es una jodida mentirosa.

Mientras hablaba, el esbirro de Bastian vertió el contenido del monedero en la mano. Dejó que algunas de las monedas se le deslizaran entre los dedos hasta que por fin encontró lo que buscaba.

—¿Qué es eso? —dijo Palien, con la voz aguda de pánico cuando el hombre se lo pasó a Bastian—. ¿Qué es?

El jefe de los hampones sostuvo algo en alto. Resplandeció a la luz de las antorchas, brillando como un faro en un acantilado.

—Es un pequeño medallón —dijo—. Hecho de acero, con una corona y espadas cruzadas. Solo pueden entregarlo los Centinelas de Skyhelm. Es muy poco común y vale bastante dinero en el mercado negro. Pero, desde luego, eso ya lo sabías, ¿verdad, Palien?

—No —respondió él—. No es mío.

—¿Esto es todo lo que te pagaron por traicionar al Gremio, o también recibiste oro?

—No, lo juro. No es mío. —Su voz había aumentado de volumen por el miedo.

—Entonces, ¿qué hace en tu monedero?

—Yo... yo... —Palien, presa del pánico, contempló a Bastian. Una lágrima le surcaba la mejilla. Luego volvió los ojos a Rag. Durante un momento volvieron a ser los de un halcón.

Solo por un momento.

Cuando se disponía a volver a hablar, con toda probabilidad para incriminar a Rag, el hombre de Bastian lo degolló. Lo que pensaba decir se perdió en los borbotones de sangre que le manaron de la herida. Cayó de rodillas, tratando de llevarse las manos a la garganta.

Tardó en morir lo que parecía una eternidad y Bastian ni siquiera se quedó a ver el espectáculo.

Pero Rag sí. Presenció hasta el último aliento de Palien.

Era imposible conocer la antigüedad que tendría aquel anfiteatro. Kaira suponía que era anterior al Templo de Otoño, tal vez incluso era tan antiguo como el mismo Skyhelm. Estaba ubicado en el centro del barrio de la Corona y era una derruida edificación de piedra. Las murallas que lo rodearon alguna vez se habrían elevado hasta los treinta metros de altura. En las gradas podían sentarse unas cinco mil almas, que habrían venido a ver cualquier espectáculo que se exhibiera allí. Ese espectáculo, sin duda, involucraría sangre y muerte, para satisfacer a la multitud. Muy parecido a lo que ocurriría hoy.

Kaira había recorrido el anfiteatro desde la parte superior hasta la inferior. La mayor parte de la muralla se había desmoronado. El lugar seguía sellado desde el exterior, aunque los túneles bajo el suelo del anfiteatro estaban abiertos y expuestos al sol de invierno. No había señales de alguna trampa. Nada que indicara que hubiera un asesino —o varios— acechando para emboscar a la reina a su llegada. El lugar se veía completamente tranquilo y silencioso. Pero no se mantendría mucho tiempo de esa manera. No faltaba mucho para que, en el patíbulo construido especialmente para ese día, tuviera lugar la ejecución.

Kaira había oído hablar de los zatani, por supuesto, y de su ferocidad en el combate. También le habían contado los crímenes que habían cometido estos miembros de la tribu en particular. No le encontraba sentido. Por lo que sabía de estos hombres, eran guerreros nobles. ¿Por qué vendrían a la ciudad pregonando amistad y ofreciendo sacrificarse en su defensa solo para asesinar a unos cuantos mercenarios? Ejecutarlos sin más no tenía sentido, pero ella no tenía autoridad para cuestionar esa decisión. Su único propósito consistía en proteger a la reina.

Un último recorrido del anfiteatro, con el único fin de asegurarse de que el resto de los Centinelas más los Casacas Verdes que se habían reunido para la ocasión estuvieran en su sitio, la condujo al árbol que crecía en el centro del anfiteatro. Donde alguna vez unos gladiadores habían luchado por su vida, ahora se elevaba un solitario fresno sin hojas. Kaira encontraba simbólico que semejante cosa creciera donde tantos habían muertos. Posó la mano en la corteza, palpando su rugosa superficie. Antes de darse la vuelta, sus dedos percibieron algo en la corteza. Había dos clavos en el tronco y debajo de ellos alguien había grabado un símbolo. Por su aspecto, se había hecho muy recientemente. No pudo descifrar la marca. Tal vez era en lenguaje extranjero, o tal vez se trataba de un mensaje de un joven amante a otro, cuyo significado solo comprenderían ellos.

Pero no había amantes allí ese día.

Durket entró deprisa al anfiteatro, jadeando, con la cara roja y húmeda.

—Está aquí —logró decir casi sin aliento.

Kaira lo dejó atrás y se dirigió a la entrada del anfiteatro. Ya estaban entrando varios dignatarios: presidentes de distritos, cortesanos, administradores. El senescal Rogan se encontraba allí, desde luego, junto con el alto condestable y la baronesa Magrida, aunque al parecer su hijo no. Entre los espectadores había tres capitanes de mercenarios, cuyos coloridos ropajes contrastaban con la vestimenta formal de los cortesanos. Hasta el lord mariscal Ryder había decidido asistir, acompañado de un contingente de su Guardia del Guiverno.

Kaira pasó al lado de ellos y llegó hasta donde se encontraba la reina. Janessa estaba rodeada de Centinelas, con Merrick a su lado, esperando que entrara la multitud.

Cada uno de los súbditos que entraban en fila hacía una reverencia, pero ninguno se demoraba. Todos parecían ansiosos por entrar en el anfiteatro para ver el inminente espectáculo.

—¿De quién fue la idea de llevar a cabo la ejecución en este sitio? —preguntó Janessa, al tiempo que agradecía las lisonjas y adulaciones de sus cortesanos.

—Del senescal Rogan —respondió Odaka. Estaba junto a los Centinelas, ataviado con toda su armadura y su inmensa espada curva a un lado—. Si hubiera tenido la oportunidad, os habría aconsejado que no siguierais adelante con toda esta...

—Ya me lo habéis dicho. Tengo presentes vuestros sentimientos al respecto, pero la decisión ya está tomada.

—Debo coincidir con Odaka —intervino Kaira—. Esta ejecución pone en riesgo vuestra seguridad y creo que no servirá de mucho.

—Los enemigos de los Estados Libres deben recibir su castigo —respondió Janessa—. Por desagradable que nos resulte hacerlo.

—Pero ¿aquí? ¿En este sitio? ¿Y ante una muchedumbre sedienta de sangre?

—A mí no me gusta más que a ti —dijo Janessa, mientras la magistrada Gelredida y su aprendiz entraban detrás del último de los espectadores. El muchacho hizo una nerviosa reverencia a la reina cuando pasó—. Este es un lugar tan bueno como cualquiera. Y estamos presentándole una oportunidad perfecta a cualquier aspirante a asesino.

—Ofreceros como chivo expiatorio es una locura —replicó Odaka.

—Estoy bien protegida —fue la respuesta de Janessa—. ¿No es cierto, Kaira?

No, no lo estáis. Estáis arriesgando el cuello con la esperanza de atraer al lobo y no sé si yo, o si cualquier otra persona, podrá detenerlo antes de que os corte la garganta.

—Sí, majestad —dijo su fiel escolta.

Janessa señaló la entrada del anfiteatro.

—¿Vamos?

Kaira guio al grupo hacia un sector especial del auditorio que había sido acordonado para la reina.

Tan pronto como se ubicaron en sus puestos, trajeron al primero de los zatani. No

intentó zafarse, sino que caminó con porte orgulloso. Tenía las manos encadenadas y la boca cubierta con alguna clase de máscara de acero. Llevaba una argolla en el cuello sujeta a un largo poste. A Kaira se le hundió el corazón al ver lo bajo que había caído aquel hombre. Y se le hundió todavía más cuando vio la reacción de la multitud.

Empezaron a abuchearlo y a burlarse de él como una pandilla de niños en un espectáculo de títeres. Aquel orgulloso guerrero había quedado reducido al nivel del villano de una farsa folclórica.

Trajeron a cinco zatani más, cuatro de los cuales eran tan altos y orgullosos como el primero, y se enfrentaban a su destino con honor. El último, inmenso y poderoso, de penetrantes ojos azules, se retorció y se sacudía en un intento de zafarse de sus ataduras, gruñendo detrás de la máscara de metal que le sujetaba las mandíbulas.

Llevaron a los seis hasta el patíbulo de madera en un extremo del anfiteatro y los obligaron a arrodillarse. Kaira divisó al verdugo a un costado, comprobando el filo del hacha.

Una vez que los zatani estuvieron en su sitio, el senescal Rogan subió al patíbulo e hizo callar a los espectadores con un gesto.

—Majestad —dijo y le hizo una reverencia a Janessa desde el otro lado del anfiteatro—. Señores y señoras. Hemos venido a cumplir con un antiguo ritual: la ejecución de los enemigos de Steelhaven. Aquí tenemos a seis hombres de la peor calaña. Enemigos de los Estados Libres que querían que nuestra ciudad desapareciera. Traidores a la Corona y sirvientes del temido enemigo Amon Tugha...

—Por Dios, ese hombre me pone malo —susurró Odaka. Y desvió la mirada para no tener que ver la actuación de Rogan.

—... El caudillo elharim que se encuentra a pocos días de distancia de la ciudad.

Era evidente que entre la multitud había algunos que no se habían enterado de esa noticia, puesto que comenzaron a cuchichear con temor entre ellos. Hubo quienes incluso se dirigieron a la salida del anfiteatro, claramente ansiosos por salir de la ciudad antes de que llegaran los khurtas.

—Lamentamos tener que llevar a cabo este deber necesario —continuó el senescal—. Traed al primero de los condenados.

Con dificultad, un trío de Casacas Verdes obligó a uno de los zatani a ponerse de pie. El guerrero, cuando vio el tajo y al verdugo, comenzó a luchar para zafarse, pero por la forma en que tenía el cuello sujetado, incluso una persona tan poderosa como él podía hacer muy poco.

Antes de que pudieran atarlo al tajo, a Kaira le llamó la atención algo curioso: captó un movimiento con su visión periférica. Miró en dirección al fresno, cuyas ramas desnudas se extendían hacia el pálido cielo. Mientras las miraba, las ramas temblaron, aunque no había viento. Ninguna otra persona parecía haberse dado cuenta, así de fascinados estaban con el espectáculo, pero Kaira se inquietó. Dio un paso adelante. El árbol parecía estar balanceándose, aunque el tronco se veía robusto.

Cuando se acercó, vio que el sigilo tallado en la corteza debajo de los dos clavos, ese signo que antes había tomado por cosa de amantes, estaba vivo y lleno de gusanos que se retorcían.

Kaira retrocedió. Una oleada de náuseas la sobrecogió al ver la podredumbre.

El árbol volvió a sacudirse.

Alcanzó a oír a Rogan ordenar la primera ejecución.

El tronco del árbol crujió y se retorció; la corteza se abrió; las ramas se estremecieron y cobraron vida.

Con un estrépito ensordecedor, el fresno se partió en dos a lo largo del tronco.

El anfiteatro enmudeció.

Como si estuviera asomando la cabeza, la mitad del árbol se elevó. Las ramas, que antes se remontaban hacia el cielo, ahora lo cubrían como una espectral melena.

—Empuñad las armas —gritó Kaira. Retrocedió y desenvainó la espada mientras surgían gritos de la multitud.

Con un violento tirón, el árbol se desprendió del suelo. Las raíces arrastraron tierra y piedras sueltas mientras formaban una docena de rudimentarios miembros que la separaban de la tierra. Las ramas se contorsionaron como los tentáculos de un calamar colosal. El árbol levantó su cabeza sin ojos, abriendo sus fauces desdentadas en el mudo grito de un recién nacido.

El auditorio estalló en un alboroto cuando la visión de la criatura infundió terror en los espectadores.

Alguien pasó corriendo al lado de Kaira: un caballero Centinela, con la lanza en ristre, a punto de atacar. Con un alarido de furia la hundió en lo que parecía ser la pata del monstruo y Kaira contempló horrorizada cómo de la herida brotaba una especie de sangre blanca. El infernal monstruo giró, con su boca abierta en un grito mudo de dolor. Con un rápido movimiento de una de sus gruesas ramas, lanzó al caballero al otro lado del anfiteatro y lo hizo caer sobre la masa de espectadores que huían. El Centinela aterrizó con un ruido espeluznante.

Kaira vio cómo el fresno giraba ominosamente para colocarse frente a la reina. Pareció fijar en Janessa una mirada sin ojos hasta que, con un chirrido de sus inmensas extremidades, avanzó hacia ella, arrastrándose por el anfiteatro y hundiendo en la tierra sus gruesas raíces.

Oyó cómo el lord mariscal Ryder impartía órdenes a grito pelado a su Guardia del Guiverno cuyos miembros, obedientemente, formaron disciplinadas filas para interponerse en el camino de la criatura. Los Centinelas corrieron a unírseles, levantando escudos y lanzas mientras la multitud huía.

Kaira se sentía inusualmente aletargada. Todavía la molestaban las heridas, pero debía actuar.

La criatura arrastró su mole, acercándose todavía más a la reina, y apartó de su camino a un desafortunado cortesano, al que aplastó contra un montón de escombros.

Tannick les gritó a sus hombres, que se abalanzaron hacia delante para cortar el

tronco del fresno y cercenar las ramas que se agitaban. De la criatura manaba sangre blanca, pero seguía combatiendo y abriéndose paso entre los caballeros con armaduras de bronce que intentaban interponerse en su camino.

Jamás lograrían detenerla antes de que llegara a Janessa.

—¡Poned a salvo a la reina! —chilló Kaira con desesperación.

Merrick se esforzó para apartar los ojos de la criatura, cogió a la reina y la sacó de la tarima. Le sería imposible llegar a la salida del anfiteatro, que estaba en el camino del monstruo, así que la llevó hacia los destartados túneles del anfiteatro, seguido de muchos Centinelas más.

Kaira se volvió hacia el horripilante monstruo y comprobó que los caballeros habían conseguido bloquear su ataque, aunque parecían incapaces de destruirlo. Jamás podrían derrotar a semejante criatura; ese engendro nacido de oscuras artes mágicas seguramente los mataría a todos. Se preguntó por un momento dónde demonios se habría metido la magistrada, pero luego todos los pensamientos que no tenían que ver con la batalla desaparecieron de su cabeza.

Aferrando la espada con fuerza, Kaira corrió a sumarse a los defensores.

Se había arrancado del suelo con el sonido de mil huesos que se rompían. Merrick había visto girar la gigantesca cabeza y avanzar sobre extremidades podridas y retorcidas. Nadie se movió hasta que empezó la matanza y Kaira gritó.

Fue entonces cuando él sujetó a Janessa del brazo. Parecía lo correcto, a pesar del protocolo. Prácticamente la sacó a rastras del estrado de madera. Se resbaló en el último de los escalones, y estuvieron en un tris de dar con sus huesos en el suelo.

La salida del anfiteatro estaba al otro lado del ruedo. Había una docena de caballeros en el medio, blandiendo sus armas.

Merrick arrastró a la reina, forzándola a seguirlo hacia una sección de la muralla donde se había abierto una brecha. Odaka iba detrás con otros dos Centinelas y eso lo hizo sentirse un poco mejor. La brecha de la muralla daba a un derruido pasadizo de piedra. Merrick podía ver el otro lado a través de la argamasa podrida de la pared de piedra, podía ver la libertad, pero no había manera de pasar.

—Seguid avanzando —gruñó Odaka.

Merrick no tuvo nada que objetar y arrastró a la reina por el pasillo. Por su parte, ella no protestó y lo siguió lo mejor que pudo hasta que, atravesando el pasadizo, llegaron a unas escaleras. Merrick se detuvo en la parte inferior.

—Subid —ordenó Odaka—. Nosotros protegeremos el camino desde aquí.

Mientras Odaka y los dos Centinelas ocupaban sus puestos, Merrick arrastró a la reina tras él. Desde el exterior llegaban los sonidos de la batalla; alguien gritaba, se oyó un choque de acero contra madera y luego un rugido como el de una bestia.

La escalera daba a una desvencijada plataforma de la que salían pasadizos a ambos lados. Merrick escogió el camino que suponía que podría alejarlos de la carnicería y tiró de Janessa para que lo siguiera.

No tienes idea de lo que haces ni de dónde vas, ¿verdad? Contrólate, maldita sea.

El pasadizo se oscureció antes de que desembocaran en otro recinto que no tenía salidas. Merrick se detuvo de golpe. En el suelo yacía el cuerpo de un caballero con armadura, un Centinela. Tenía un pinchazo en el peto, justo encima del corazón.

Quien había matado a ese Centinela bien podía seguir cerca y Merrick no tenía mucho interés en encontrárselo. Se giró, dispuesto a escapar bajando las escaleras, pero se detuvo cuando alguien salió del oscuro pasadizo que tenían detrás. Por un momento albergó la esperanza de que se tratara de Odaka, que venía a buscarlos para decirles que todo saldría bien.

Pero supo que no sería así.

El hombre era viejo, demasiado viejo para moverse con un paso tan seguro. Era de hombros anchos, pelo y barba entrecanos, pero los ojos..., esos ojos eran como dos profundos charcos de invierno que miraban con frialdad, como si odiaran el

mundo y quisieran convertirlo en hielo.

Merrick retrocedió, con Janessa a sus espaldas, pero no había dónde ir. Estaban atrapados.

El viejo portaba una espada, de hoja recta y con una empuñadura labrada que el guardián de la reina jamás había visto antes. Tuvo la impresión de que, a pesar de su edad, el hombre sabía usar el arma.

—Detente —dijo Merrick, blandiendo su propia espada—. No quiero lastimarte.

El anciano dio dos pasos más y se detuvo.

—No me lastimarás, muchacho. Soy el Padre de los Asesinos. No hay nada que puedas hacer para lastimarme. Pero no he venido por ti. He venido por...

—Sí, sí, ya me hago una idea. —Merrick adoptó una posición defensiva—. Has venido a matar a la reina, bla, bla, bla. Yo voy a impedírtelo, bla, bla, bla. Empecemos el combate.

Eso pareció divertir al viejo, quien avanzó con la guardia baja.

Nunca desaproveches una oportunidad, Ryder.

Merrick lo atacó, sin sentirse culpable por coger a su adversario por sorpresa. Pero no importó, porque el hombre paró la estocada y lanzó un contraataque que le costó evitar. Se tambaleó hacia atrás cuando su adversario casi lo deja tuerto.

Esto ya parecía demasiado familiar. Ya estaba harto de ser humillado por espadachines mejores que él. No podía permitir que este anciano se sumara a la lista.

Volvió a atacar, esta vez completamente concentrado. Esta vez no cometería ningún error. Todo lo que había aprendido en la Casa Tarnath...

El anciano volvió a parar el ataque y Merrick estuvo a punto de soltar la espada. Se vio obligado a retroceder para mantenerse fuera del alcance del viejo. Janessa se mantenía a sus espaldas.

—No hay nada que puedas hacer —dijo el Padre de los Asesinos—. El fin es inevitable. Te dejaré marchar. Abandona a tu reina y yo te dejaré...

Merrick volvió a atacar. Esta vez consiguió hacer un tajo en la túnica del anciano, pero el contraataque que lo siguió fue más feroz que antes. El guardián de la reina retrocedió tambaleándose hasta chocar contra la pared. Empujó a Janessa cuando su adversario lanzó una estocada que arrancó un pedazo de la antiquísima piedra que tenía detrás.

El Padre de los Asesinos se movía como un fantasma; estaba en un sitio un momento, en otro al siguiente. Merrick redobló las estocadas, pero cada golpe era parado con facilidad. Atacó una última vez, pero el acero del viejo golpeó contra su espada y se la arrancó de la mano. El arma chocó con un ruido metálico contra la pared y se detuvo a unos pasos de distancia. El Padre de los Asesinos se abalanzó sobre él, midiendo cada paso, sin que los ojos se separaran jamás de su blanco más inmediato.

—Has mostrado una valentía sorprendente ante una muerte segura —dijo el viejo.

—Créeme si te digo que nadie está más sorprendido que yo —respondió Merrick.

El Padre de los Asesinos levantó la espada.

Odaka Du'ur prorrumpió por el pasadizo dando un alarido salvaje. Blandía la espada curva como una guadaña, dándole al Padre de los Asesinos poco tiempo para parar las estocadas.

—¡Corred! —gritó Odaka.

Merrick no necesitó que se lo dijeran dos veces.

Cogió la mano de Janessa y la sacó de la sala. El fragor del combate los persiguió en su huida.

Les había fallado a sus guerreros y los había llevado a una muerte ignominiosa. Saber que morirían por el hacha del verdugo lo llenaba de la mayor vergüenza que había conocido. De modo que cuando el monstruo se elevó del suelo, el corazón de Regulus dio un salto. Ya no los ejecutarían para el deleite y los alaridos de una muchedumbre. Al menos morirían a manos de un adversario digno.

Pero primero tenía que llegar hasta sus hombres, destruir a los que se interponían. Regulus sintió admiración por los bronceos guerreros que se le enfrentaban. Eran organizados, disciplinados y morían con honor.

Se esforzó para desatarse mientras los observaba, deseando ansiosamente unirse a ellos, pero no pudo hacer nada. A su lado, el verdugo, que momentos antes había estado a punto de separar la cabeza de Janto de sus hombros, estaba estupefacto, con el hacha floja en la mano. Cuánto habría dado Regulus por esa arma, por la oportunidad de saltar del patíbulo e ir a luchar contra su enemigo donde este se encontrara, para morir como un guerrero.

Mientras los zatani observaban indefensos, uno de los soldados de verde corrió hacia ellos. Regulus se dio cuenta de que se trataba de Nobul Jacks, el que había hablado con él en el calabozo. Alguien discutía con él, intentando retenerlo, pero fue en vano.

Nobul se detuvo ante Regulus, mirándolo con aprensión, pero con poco temor. Luego desabrochó la máscara que sujetaba las mandíbulas del zatani.

—¿Todavía queréis luchar por nosotros? —preguntó. Regulus lo miró, consciente de la carnicería que tenía lugar en el ruedo—. ¿Lucharéis por nosotros ahora?

Regulus sonrió tristemente. Ya había depositado una vez su confianza en los hombres de las Tierras Frías y eso lo había llevado a esto, a que lo mataran para entretenimiento de la muchedumbre. ¿Podía confiar en ellos ahora?

¿Qué importaba? Di que sí y sé libre para morir con un arma en la mano y sangre en los labios.

—Sí, Nobul Jacks. Lucharé por vosotros.

Nobul cogió las llaves y abrió los grilletes que sujetaban a Regulus. Una vez liberado, el zatani se irguió cuan alto era y miró a Nobul. Se dio cuenta de que ese hombre de las Tierras Frías estaba preparado para defenderse si era necesario.

—Mis guerreros y yo lucharemos por vosotros —continuó—. Pero tendré el honor de ser el primero en entrar en combate.

Con esas palabras se volvió hacia el verdugo. El hombre encapuchado dio un paso atrás, cogiendo el hacha como si pudiera protegerlo. Regulus se la quitó de las manos y saltó del patíbulo de madera.

Cayó de pie y corrió hacia la riña. La gran bestia extendió una de sus ramas

retorcidas, y sangre y pedazos de armadura volaron por todas partes.

Con un rugido, Regulus saltó sobre los guerreros que luchaban desesperadamente. Levantó el hacha bien alto y la hizo caer con un sólido golpe contra la gruesa extremidad de madera; la monstruosidad volvió a levantar la cabeza en otro mudo grito de dolor. Devolvió el golpe antes de que Regulus pudiera esquivarlo y este se vio volando por el aire, aunque de alguna manera consiguió arrancar el hacha de la carne de la criatura y retenerla en las manos.

Cayó al suelo pesadamente y el gran monstruo se le abalanzó. Regulus se puso de pie y se preparó, esperando el ataque. Antes de que la criatura pudiera levantar otra inmensa rama y aplastarlo, más combatientes corrieron a unirse a la batalla.

Leandran saltó hacia el monstruo. Había encontrado una espada en el suelo y la levantó en alto. Akkula tenía una lanza y atacó por lo bajo, hundiéndola en el tronco de la criatura, mientras Leandran cercenaba la más gruesa de sus batientes ramas.

Regulus enrojeció de orgullo, luego se sumó a sus hombres, dando veloces golpes entrecortados con el hacha, tratando de derribar al monstruo que una vez fue árbol.

El tronco de la criatura se retorció con un crujido en un intento de desembarazarse de los zatani. Entonces Hagama apareció corriendo, añadiendo otra lanza al ataque, gritando todo el tiempo, como si el propio Señor de las Espesuras le hubiera puesto el aliento en los pulmones.

Uno de los guerreros ataviados con armaduras de bronce se sumó rápidamente a la pelea, moviendo la espada como un relámpago y cortando con grandes tajos al monstruo, antes de ponerse fuera de su alcance cada vez que este tenía la oportunidad de contraatacar.

Regulus se agachó, esquivando por muy poco una gran rama que cayó con fuerza. Leandran no tuvo tanta suerte. El monstruo agarró al guerrero con una de sus extremidades de madera y lo levantó a lo alto. Pero el viejo guerrero siguió combatiendo, rugiendo su desafío hasta el momento en que la criatura lo golpeó cabeza abajo contra el suelo. Leandran se quedó allí, mudo e inmóvil. Regulus gritó de furia y a su alarido se sumó el de Janto, que pasó corriendo a su lado, saltó sobre la cabeza de la criatura y la desgarró con dientes y zarpas.

Enfurecidos al ver que uno de ellos había sido derrotado tan cruelmente, los zatani reanudaron sus ataques, con más ferocidad que nunca. Tan furiosa fue su embestida que todos los hombres de las Tierras Frías con sus armaduras de bronce que estaban entre ellos y el monstruo se vieron obligados a retirarse del camino. Por mucho que lo intentaba, el monstruo no lograba alcanzar a los zatani. Estos atacaban furiosamente y luego saltaban hacia los lados, moviéndose con práctica y facilidad, cada uno de ellos sabiendo qué harían los demás, dónde estarían, cómo lucharían.

Regulus atacó a la criatura por la retaguardia, cortando las raíces que la sostenían. La bestia se dobló y perdió el equilibrio cuando lo empujaron las lanzas de Hagama, Kazul y Akkula. Janto seguía aferrado al rostro de la criatura; la corteza y la sangre blanca salían volando cada vez que él la desgarraba.

—¡Janto! —gritó Regulus.

Cuando el guerrero lo miró, el líder zatani le lanzó el hacha del verdugo. Su hombre la cogió con habilidad y la levantó con un rugido antes de hacerla caer para cortarle la cabeza a la criatura.

El monstruo siguió retorciéndose en el suelo, escupiendo sangre blanca. Regulus y sus guerreros se hicieron a un lado cuando los hombres de las Tierras Frías se abalanzaron sobre la bestia caída y a hachazos la convirtieron en astillas.

Regulus miró la figura desmadejada de Leandran y vio que Akkula ya estaba de rodillas a su lado. El joven zatani levantó la mirada cuando su jefe se aproximó.

—Ya está camino de las estrellas.

La emoción de la victoria menguó cuando Regulus contempló al viejo guerrero. Había sido un maestro para él durante muchos años y la pérdida le pesó en el corazón. Pero no había pena ni lágrimas. Leandran había combatido bien y había encontrado la muerte como debería hacerlo cualquier gor'tana: en combate. Era un final digno.

Una vez que el ruido de los hachazos cesó y la bestia quedó destruida, una voz se elevó por encima de la calma.

—¿Qué estáis haciendo? ¡A las armas! ¡Hemos de someter a estos criminales!

Regulus levantó la mirada y vio a una figura encapuchada que reconoció. Era Rogan. El hombre señalaba a los zatani con un dedo acusador.

—De pie —ordenó Regulus, y sus guerreros se pusieron a su lado. Los ojos de Janto flameaban; su sed de combate estaba lejos de saciarse.

Uno de los guerreros con armadura de bronce, de cuyo casco sobresalían dos poderosas alas, dio un paso adelante.

—Estos hombres acaban de ayudarnos a derrotar a un enemigo que nos habría asesinado a todos, senescal. No podéis decir en serio que queréis que los esposemos.

—Son peligrosos. Asesinos —dijo Rogan—. Exijo que...

—¿Exigís? —dijo el guerrero—. ¿Vos exigís?

Regulus vio que los otros hombres de bronce se pusieron al lado de su líder, tan dispuestos a seguir luchando como Janto.

—Creo que han demostrado su lealtad —dijo una voz a sus espaldas.

Regulus vio que era Nobul Jacks quien había hablado. No podía evitar que ese hombre le cayera bien, ni pensar que era tan honorable como sugería su nombre.

—Esto no demuestra nada. Estas criaturas son peligrosos enemigos de los Estados Libres —insistió Rogan—. Han sido condenados.

—Ya han demostrado dónde está su lealtad —intervino Nobul—. Mirad. — Señaló con un gesto el monstruo caído.

Fue en ese momento que la parte superior del anfiteatro estalló en una lluvia de piedras.

Merrick la arrastró por los gastados escalones de piedra y Janessa se aferró a su mano como si su vida dependiera de ello. Salieron a otra plataforma. La mitad de la pared se había derrumbado y desde allí alcanzaba a divisar su ciudad. Pero, para lo que servía, podría haber estado a miles de kilómetros de distancia; la única manera de descender era arrojarlo por un abismo de más de treinta metros de altura.

—Debemos regresar —dijo la reina.

Merrick miró a su alrededor, respirando con dificultad y con los ojos bien abiertos. Sabía que estaban atrapados.

—Tenéis razón —replicó.

Empezó a descender por la escalera, pero se detuvo repentinamente cuando una figura comenzó a subir. Janessa apenas podía contemplar esos ojos fríos como piedras sin sentir su hielo en el corazón. No había calidez alguna en ese hombre, tan solo la frialdad de la muerte.

—Me has hecho bailar bastante —dijo el Padre de los Asesinos con voz acerada—. Pero se acabó.

—Ni un paso más —le espetó Merrick, colocándose delante de Janessa.

El Padre de los Asesinos sonrió, pero no había humor en su gesto.

—No tienes ningún arma. Lo único que puedes hacer es morir.

Merrick retrocedió, apartándose del viejo y de la espada que llevaba, de la que chorreaban gotas de sangre, cayendo sobre las piedras. A Janessa el corazón le dio un vuelco cuando recordó que Odaka había combatido con el Padre de los Asesinos para que ellos pudieran escapar y cuando se dio cuenta de que la sangre en esa hoja bien podía pertenecerle.

—Supongo que no vas a luchar conmigo estando yo desarmado —dijo Merrick, esperanzado.

La sonrisa del anciano desapareció tan rápido como había surgido. Levantó la espada y Janessa contuvo el aliento.

Se oyó un estrépito en la escalera. El Padre de los Asesinos se dio la vuelta para enfrentarse con el joven que había aparecido allí, con la cara enrojecida y la ropa desordenada. Janessa lo reconoció: era el aprendiz de la magistrada. El joven se colocó rápidamente entre Merrick y el viejo.

—¿Qué haces, muchacho? —preguntó el escolta.

—Confía en mí —respondió el aprendiz, tomando aliento profundamente.

Entonces le lanzó al anciano un grito como si con eso pudiera hacerlo caer de la plataforma.

No ocurrió nada.

El Padre de los Asesinos retorció la cara en un gesto de frustración. Dio un paso

hacia delante, con la espada lista para atacar.

—No estorbes, maldita sea —vociferó Merrick, haciendo a un lado al muchacho de un empujón. La punta de la espada del asesino le acertó en el centro del peto, y su agudo filo atravesó la placa de acero como si fuera un pergamino.

Janessa vio horrorizada cómo su escolta trastabillaba hacia un lado, llevándose las manos al pecho, con el entrecejo fruncido de dolor. Era evidente que intentaba mantenerse en pie, pero ya no le quedaba fuerza en las piernas.

Una mueca de miedo e incredulidad se dibujó en la cara del joven.

El Padre de los Asesinos los ignoró a ambos. Tenía toda la atención puesta en Janessa.

—¿Continuamos? —dijo, como si estuviera invitándola a bailar.

Era evidente que nadie más acudiría en ayuda de Janessa. Desde el anfiteatro, más abajo, se oían rugidos. Sonidos de armas y combates. El resto de los Centinelas estaban demasiado ocupados como para salvarla. La demoníaca criatura surgida en el anfiteatro había sido una distracción, mientras la verdadera amenaza había permanecido oculta todo ese tiempo. Janessa se vio obligada a admirar la astucia de la estratagema.

—Esto no sellará la victoria de Amon Tugha —dijo, tratando de mantenerse orgullosa y altiva.

—No —replicó el viejo—. Pero ayudará. —Dio un paso hacia delante y luego se detuvo, mirándola con recelo. La observó con curiosidad, como si estuviera evaluándola, juzgando su valor—. Solo una última pregunta. ¿Qué hicisteis con mi hijo, Río, para volverlo en mi contra?

Janessa miró en esos fríos ojos azules, ojos sin misericordia, los últimos que vería. Entonces sonrió.

—Le ofrecí amor —respondió—. ¿Acaso entendéis qué es eso?

El Padre de los Asesinos entrecerró los ojos.

—¿Si lo entiendo? Yo crie a ese muchacho. Le enseñé a ser un hombre mucho más grande de lo que nunca podría haber llegado a ser sin mí. Le transmití habilidades que ningún sureño jamás ha aprendido. Lo honré, y vos lo arruinasteis todo.

—Y lo haría nuevamente —insistió ella. En ese momento, supo que era cierto. Que a pesar de todo, a pesar de la vergüenza que podría traerle estar embarazada, lo haría todo nuevamente, atravesaría cien tribulaciones como esas, se arriesgaría a morir mil veces solo por una noche más en brazos de Río.

—A estas alturas estará muerto —dijo el viejo—. Podéis uniros a él.

Janessa cerró los ojos.

—Un momento —dijo una voz vieja y cansada desde el hueco de la escalera. La reina miró y vio cómo el Padre de los Asesinos desviaba la mirada. Si esas constantes interrupciones lo frustraban, no lo dio a traslucir.

La magistrada Gelredida subió con esfuerzo el último escalón y lanzó un suspiro.

Su aprendiz se acercó desde donde se había escondido, pero ella levantó una mano cansadamente y le hizo el gesto de que se apartara.

—¿Has venido a morir con tu reina, vieja bruja? —le preguntó el Padre de los Asesinos.

—Para nada —respondió ella, mientras se apoyaba pesadamente contra la pared. La risa del viejo fue como el susurro de una serpiente.

Sin advertencia alguna, Gelredida le arrojó algo. Janessa no alcanzó a ver qué era, no pudo distinguirlo mientras surcaba el aire. Sin siquiera tener que mirar, el Padre de los Asesinos bajó la espada para partir en dos lo que fuera que le había lanzado.

Entonces el tejado explotó.

Janessa se sintió empujada hacia atrás, enceguecida y ensordecida. Cuando por fin pudo abrir los ojos, vio que la parte superior del anfiteatro había volado por los aires. Había escombros por todas partes y una tupida cortina de polvo se elevaba a su alrededor. Su vestido estaba desgarrado y sucio y le zumbaban los oídos.

El joven aprendiz estaba a su lado, con la cara cubierta de polvo. Estaba hablándole, pero al principio ella no podía oírlo.

—¿Os encontráis bien, majestad? —Alcanzó a oír finalmente.

—Sí —respondió ella, mientras se esforzaba para incorporarse—. Encuentra a la magistrada.

El muchacho asintió y se puso a buscarla en la nube de polvo.

De pronto Janessa pensó en Merrick, tendido en medio de la carnicería, desangrándose, y corrió hacia la nube que estaba disipándose.

Percibió un movimiento y avanzó a tientas en esa dirección, creyendo que se trataba de Merrick. Cuando vio la túnica descolorida y desgarrada, se detuvo. El Padre de los Asesinos se arrastraba en su dirección, pero le faltaba un brazo y Janessa supuso que sería el de la espada. Estaba tratando de acercarse a lo que quedaba del arma: una empuñadura rota con una hoja hecha trizas. Antes de que pudiera alcanzarla, la reina se agachó y la recogió.

El viejo rodó en el suelo y la miró. Janessa retrocedió cuando vio cómo le había quedado la cara; una mitad se había convertido en una masa sanguinolenta, pero la otra mitad la horrorizó igualmente. Los ojos ya no eran azules, sino que brillaban con una luz dorada. La piel estaba menos arrugada y la barba había desaparecido, dejando al descubierto una piel firme y una mandíbula fuerte. Aunque seguía siendo indudablemente el Padre de los Asesinos, quien antes había sido anciano había adquirido un aspecto juvenil y, si no fuera por las heridas, hasta podría haber sido apuesto.

Supuso que se trataría de otro sortilegio; el anciano no era más que un disfraz, otro truco elharim.

—Parece que he fracasado —comentó él con voz débil.

—Parece que sí —replicó Janessa, mirándolo sin piedad. Este era el hombre que había torturado a su amante toda su vida, el hombre que quería verla muerta. No

merecía compasión.

—Cuando mi señor Amon Tugha venga por vuestra cabeza, decidle... —Lanzó un jadeo de dolor—. Decidle...

—No le diré nada —respondió ella con los dientes apretados—. Solo sabrá que has fracasado. Tu cuerpo será incinerado y a nadie le importará que hayas existido.

La luz de esos ojos murió lentamente, pasando del oro al color de la ceniza, como si la vida del Padre de los Asesinos se disipara a través de la herida de la garganta. Janessa lo observó y algo en su interior se fortaleció al hacerlo. Una parte suya disfrutó viéndolo morir.

Entonces se echó hacia atrás. El aire casi se había aclarado, el ruido del anfiteatro se había apagado. Janessa miró a su alrededor, desesperada por encontrar a Merrick. Buscó frenéticamente hasta que lo halló bajo un montón de escombros.

Cayó de rodillas y apartó los desechos de su cuerpo. Aún estaba vivo. La sangre seguía brotando de la herida del pecho; se había formado un charco debajo de él, que empezaba a coagularse.

Cuando ella lo tocó, él parpadeó.

—No lo vi venir —consiguió decir. Un hilo de sangre cayó de la comisura de los labios cuando habló.

—No intentéis hablar —respondió Janessa, antes de pedir auxilio. El aprendiz estaba ayudando a la magistrada Gelredida a incorporarse y la reina la miró con expresión de súplica.

La anciana miró en su dirección y negó con la cabeza.

—Poco se puede hacer —dijo, y se volvió para marcharse.

Janessa bajó la mirada y vio que los ojos de Merrick se habían puesto vidriosos; los párpados parecían pesarle y él se esforzaba por mantenerlos abiertos.

—Habéis hecho una gran cosa, Ryder. Vuestro sacrificio no será olvidado.

En ese momento, Gelredida se giró y miró con curiosidad al hombre agonizante.

—¿Habéis dicho «Ryder»? —preguntó.

—Sí —respondió Janessa—. Merrick Ryder.

—Apartaos —ordenó la anciana, mientras se arrodillaba junto al cuerpo de Merrick.

Janessa se puso de pie y vio cómo la anciana se quitaba delicadamente los guantes escarlata de las manos. La piel era negra y las venas hinchadas formaban una espeluznante telaraña.

—Waylian, ayúdame —dijo Gelredida, al tiempo que empezaba a desabrochar el peto del escolta real.

El muchacho obedeció, y tan pronto como consiguieron despojar a Merrick de la armadura, la magistrada posó sus horribles manos en la herida. Lentamente, comenzó a canturrear, invocando los poderes que los magos usaban para llevar a cabo sus encantamientos.

Mientras Janessa contemplaba la escena, unas siluetas con armaduras subieron

por la escalera, desesperadas por encontrarla. Trataron de alejarla de allí, pero, confiada en que el peligro ya había pasado, ella decidió mirar fascinada cómo la vieja bruja realizaba su trabajo.

En pocos momentos, los ojos de Merrick parpadearon y se abrieron. Gelredida se recostó, estirándose para aliviar un calambre en la espalda.

—Sobrevivirá —dijo—. Waylian, por favor... —Al oírla, el aprendiz la ayudó a incorporarse.

—Gracias —dijo Janessa, cuando la anciana pasó a su lado.

—No me lo agradezcáis todavía —respondió Gelredida, con una expresión lúgubre—. Esto es solo el principio.

Nobul los observó mientras se daban un festín. En el patio vacío estaban solo él y los cinco zatani. Eran bestias; gigantescos, feroces e indomables. Los había visto de cerca antes; los había combatido, los había matado, pero aquello había ocurrido mucho tiempo atrás. Casi se había vuelto loco de miedo en aquel entonces, pero uno se olvidaba del temor apenas empezaban los combates. De todas maneras, ya no había que luchar: estos hombres le habían ofrecido su lealtad. Ahora lo único que debía hacer era observarlos y Nobul no estaba seguro de si debía seguir asustado o no.

El líder, Regulus, le había ofrecido una deuda de vida. Por supuesto que se había negado. Nobul no tenía más derecho sobre la vida de ese guerrero que cualquier otra persona. Esos hombres no le debían nada. De todas maneras, ellos habían querido mantenerse cerca de él, probablemente porque él era el único que les había mostrado alguna clase de compasión. Si podía llamarse «compasión» a dejarlos libres para que se enfrentaran a un monstruo engendrado mediante conjuros mágicos.

El resto de los Casacas Verdes seguía en el anfiteatro, limpiando los destrozos. Nobul se sentía agradecido por ello, contento de no haber tenido que quedarse allí; lo que había visto de los poderes de esos hechizos mágicos le bastaba para toda una vida. Cuanto menos tuviera que relacionarse con esa mierda, mejor.

Aunque lidiar con este otro asunto tampoco era más apetecible: ¿qué demonios se suponía que tenía que hacer con cinco guerreros zatani?

Regulus se apartó del festín, limpiándose la boca con el brazo. Se giró y clavó una mirada decidida en Nobul. Pero, en cualquier caso, estos zatani siempre parecían decididos. Siempre parecían feroces.

Regulus cruzó el patio hacia donde estaba Nobul. El guerrero se movía con una gracia y una seguridad que admiraba. Jamás se había dado cuenta de lo impresionantes que eran estas criaturas, mucho menos cuando se había enfrentado a ellos en la Puerta Bakhaus. Uno no tenía tiempo de apreciar esa clase de cosas cuando estaba tratando de que no lo mataran.

—Debemos hablar, Nobul Jacks —dijo el zatani.

—Este es un momento tan bueno como cualquier otro —respondió.

—Me caes bien, Nobul Jacks. Hablas directo. Igual que lo hace un gor'tana.

—Gracias.

Supongo.

—Mis guerreros y yo hemos debatido mucho desde que nos liberaste. Y hemos decidido marcharnos de aquí, a menos que obtengamos determinadas garantías.

—¿Marcharos? ¿Después de todo lo que habéis sufrido para venir a luchar por la ciudad?

—Es lo que hemos sufrido lo que nos ha hecho llegar a esta decisión. Nos han tratado peor que a animales, como enemigos, cuando solo vinimos a este lugar para ofrecer nuestra lealtad. Si vamos a quedarnos a combatir por la ciudad, tendrán que hacerse concesiones.

—Yo no tengo la autoridad para...

—Si no puedes otorgarnos lo que pedimos, entonces nos iremos. Si nos obligáis a quedarnos, os combatiremos.

Nobul tragó saliva.

—¿Qué queréis?

—Primero, hemos viajado desde lejos. Un viaje que nos obligó a dejar nuestras armaduras. Si hemos de subir a vuestras murallas y defender a vuestra gente, necesitaremos armaduras; armaduras zatani, construidas por un artesano.

Una sonrisa atravesó el rostro de Nobul. Había abandonado su forja meses atrás, pero sus manos seguían echando de menos el martillo. Era improbable que hubiera otro hombre en la ciudad que supiera qué aspecto tenía una armadura zatani y que pudiera forjarla con el mismo talento que él.

—Eso lo puedo hacer —dijo con seguridad.

Regulus hizo un gesto de agradecimiento.

—La segunda exigencia es más importante. Hemos perdido a un hermano. Un guerrero de nuestra tribu. Debemos recibir una recompensa a cambio.

—De acuerdo. No estoy seguro de cuánto queda en los fondos de la Corona, pero...

—No me has entendido. No queremos vuestras despreciables monedas. Necesitamos una vida a cambio de la suya. Un sacrificio, como lo llamaríais vosotros.

Nobul sintió que se le erizaban los pelos de la nuca. Hizo la pregunta, aunque ya conocía la respuesta.

—¿Te refieres a una cabra o una oveja?

—No.

Claro que no. Como si pudiera ser tan condenadamente fácil.

—Lo que pides es imposible. No hacemos sacrificios humanos. Aquí no se hacen así las cosas.

—Entiendo, Nobul Jacks. Vosotros no respetáis a vuestros dioses o a vuestros muertos como nosotros. No tiene importancia. Entonces nos marcharemos. —Regulus apoyó una mano enorme y oscura en el hombro de Nobul—. Pero me pregunto si tú podrías hacernos una última gentileza. Nos gustaría enviar a nuestro hermano a las estrellas. —Señaló el cuerpo del zatani que habían envuelto en lino—. Necesitaríamos una pira.

—Veré qué puedo hacer —respondió Nobul.

Tras lo cual, Regulus se reunió con los otros guerreros.

Nobul siguió observándolos mientras el sol se ponía. El aire se volvió más frío,

pero él no le prestó atención a la baja temperatura. Pronto vendrían muchas noches frías y le venía bien acostumbrarse a ellas.

Kilgar y el resto de la tropa regresaron justo antes del atardecer y el sargento se colocó a su lado.

—¿Cómo han estado? —preguntó.

Nobul se encogió de hombros.

—Más o menos como están ahora.

—El senescal está armando una tormenta de mierda sobre este tema. Les dice a todos los que estén dispuestos a escucharlo que habría que matar a todo el grupo.

—¿Alguien lo escucha?

Kilgar le dedicó una sonrisa maliciosa.

—Por suerte, no. Tanto el lord mariscal como el alto condestable coinciden en que necesitaremos a este grupo los próximos días. Cuando los khurtas lleguen hasta aquí, se encontrarán con una bonita sorpresa cuando se los echemos encima.

—Sí —dijo Nobul, frunciendo el ceño—. No estoy seguro de cómo explicar esto, pero no van a quedarse aquí a esperar que eso suceda.

—¿A qué te refieres?

—Están hartos. Con toda franqueza, considerando cómo se los ha tratado los últimos días, no los culpo.

Kilgar maldijo para sus adentros.

—Supongo que no hay nada que pueda hacerse para que cambien de idea, ¿verdad?

—Sí, lo hay. Quieren un sacrificio humano para compensar la muerte de su compañero.

Señaló con un gesto el cadáver envuelto en lino.

—¿Que quieren qué?

—Eso es lo que han dicho.

—Pero no podemos hacerlo.

—Eso es lo que pensé que dirías. Se marcharán tan pronto concluya la incineración del muerto. Supongo que prepararles una pira está bien, ¿verdad?

Kilgar asintió, aunque era evidente que no estaba seguro.

—Es lo menos que podemos hacer. Ocúpate tú.

Lo menos que podían hacer.

¿Era lo menos que podían hacer? ¿Podían hacer más?

No parecía posible. Un sacrificio era una exigencia demasiado elevada. Tampoco era que a Nobul le hubiera importado. Había un candidato en particular que le habría encantado proponer, pero jamás lograría salirse con la suya en eso.

¿Verdad?

Sus camaradas construyeron una pira a la luz de las antorchas; había suficiente madera almacenada. Luego se apartaron y observaron cómo los zatani llevaban a cabo el ritual, gruñendo en su lengua extranjera. Rugiendo y desgarrándose con esas

zarpas. Cuando todo terminó, Regulus cogió una antorcha y encendió la pira. Entonces se quedaron en silencio y se limitaron a observar el cielo.

Nobul no tenía idea de qué creerían que había allá arriba, pero parecía bastante importante para ellos. Se dio cuenta de que admiraba a los zatani, su nobleza, su lealtad. Eran capaces de luchar por sus compañeros hasta la muerte, y eso era poco habitual.

En pocos días más él estaría en lo alto de las murallas, enfrentándose a salvajes que venían a destruir la ciudad. ¿Cuántos hombres darían la vida para cuidarle las espaldas? Estos zatani sabían un par de cosas sobre la valentía y sobre la hermandad. Era una locura permitir que se marcharan cuando podrían estar combatiendo a su lado.

Mientras el fuego ardía en el patio, Nobul bajó hasta los calabozos. El prisionero había quedado prácticamente olvidado y cuando hizo girar la llave y abrió la puerta casi esperó que se hubiera escapado.

—Ah, Nobul —dijo Friedrik con una sonrisa—. Ha pasado mucho tiempo. Te he echado de menos.

Nobul abrió los grilletes que aseguraban al prisionero a la pared.

—¿Adónde vamos? —le preguntó Friedrik. Sonaba alegre, como si fueran a dar un paseo al mercado—. No creo estar con mis mejores galas. Espero que no sea nada importante.

El hampón hizo una mueca de dolor cuando Nobul lo agarró y lo sacó a rastras del calabozo.

—Sabes que mi oferta sigue en pie —dijo Friedrik—. Deja que me marche y podrás tener lo que quieras. —Como no obtuvo respuesta, adoptó un gesto solemne, aunque Nobul pudo darse cuenta de que era falso—. Mira, lamento lo de tu hijo, sinceramente. Si pudiera devolvértelo, lo haría. Pero debe de haber alguna otra cosa que quieras.

Nobul se detuvo en el pasillo.

Friedrik no lo lamentaba en lo más mínimo. No se arrepentía de nada.

Nobul lo miró a los ojos.

—Dime dónde está el Gremio, dónde se encuentran tus socios, y seguirás con vida.

Friedrik le devolvió la mirada. Era evidente que intentaba mantener un gesto de gravedad, pero el entrecejo fruncido se convirtió en una sonrisa y luego en una carcajada.

—Eso jamás ocurrirá —dijo—. Pero te diré lo que sí pasará: si no me sacas de aquí, mierda, terminarás nuevamente con un saco en la cabeza. Pero peor que la última vez. En aquella ocasión te dimos la oportunidad de que te defendieras. La próxima vez te daremos de comer a los animales pedacito a pedacito.

—Tú primero —dijo Nobul, antes de arrastrar a Friedrik escaleras arriba y hacia el patio.

La pira funeraria ya ardía con fuerza; las llamas casi llegaban a la misma altura que el techo de las barracas. Los zatani seguían mirándola en silencio, y Kilgar y los otros hombres permanecían a cierta distancia de ellos.

Nobul hizo una pausa y contempló las llamas. Oía que Friedrik seguía hostigándolo, preguntándole qué carajo ocurría, pero no le hizo caso. Este era el momento. Este era el sitio en el que todo cambiaría. Este era el punto en que dejaría atrás lo que le quedaba de humanidad.

Para lo que vas a tener que hacer, este es el mejor lugar. La humanidad solo es una carga para hombres de menor categoría.

Friedrik se debatió cuando Nobul lo arrastró por el patio. Probablemente sería por miedo a las llamas, o quizá se imaginaba cuál sería su destino.

—Espera —gritó—. Espera, mierda.

Nobul lo tiró al suelo delante de los zatani.

—Aquí está vuestro condenado sacrificio. Recibiréis el resto de lo que necesitáis tan pronto como me sea posible.

Regulus lo agradeció con un gesto y Nobul retrocedió, apartándose de los feroces guerreros que empezaban a rodear a Friedrik.

—¿Qué ocurre? —preguntó Kilgar.

Nobul extendió el brazo y empujó al sargento hacia atrás.

—He tomado una decisión —contestó—. Podrán llevar a cabo su sacrificio. Si quieres tratar de detenerlos, adelante.

Kilgar no hizo ningún intento de intervenir.

Friedrik estaba de rodillas entre los inmensos guerreros, mirando a Nobul. Toda su arrogancia, toda su seguridad, habían desaparecido.

—¡Nobul! —gritó, con una voz quebrada por el temor que lo sobrecogía—. He cambiado de idea. Hablaré. ¿De acuerdo? Tú ganas, mierda, diles que paren.

Demasiado tarde. Muy pero que muy tarde.

Regulus levantó la cabeza y rugió a las estrellas reunidas en el cielo. Un coro se le unió cuando los otros zatani lanzaron sus aullidos. Friedrik comenzó a gritar.

Gritó todo el tiempo que pudo.

Merrick miró el techo y se pasó el dedo por la cicatriz de cinco centímetros de largo que tenía justo debajo del pezón izquierdo. El momento en que aquella bruja le había puesto las manos encima y él había sentido que la vida le volvía a entrar en el cuerpo había sido lo peor que había experimentado. Era como si le retorcieran y desgarraran el alma, como si la hubieran traído a rastras desde un lugar oscuro y frío. Ahora, mientras estaba allí tendido, pensando en ello, el recuerdo le acosaba la mente.

Debería haber muerto en aquel anfiteatro. Así habría sido un héroe, elogiado como el salvador de la reina, célebre en toda la comarca. Incluso hasta tal vez le habrían construido una estatua en su honor.

Pero ya no. Ahora no era más que otra baja. Solo otro sirviente anónimo de la Corona, herido en cumplimiento del deber.

De todas maneras, era mucho mejor que estar muerto, así que suponía que no debía quejarse.

La puerta de la habitación se abrió. Merrick supuso que sería alguien que venía a ver cómo estaba, tal vez a traerle comida o agua. Hasta ahora lo trataban como un inválido, incluso a pesar de que la herida apenas lo molestaba. Pero tampoco le serviría de mucho dejarlo saber; podía acostumbrarse fácilmente a este tratamiento; atendían cada una de sus necesidades. Incluso venía una persona a cambiarle la bacinilla, un privilegio al que no tenía prisa por renunciar.

Pero cuando dirigió la mirada hacia la puerta, se dio cuenta de que lo último que haría su visitante sería librarse de su mierda y su pis.

Tannick Ryder cerró la puerta a sus espaldas. Observó a Merrick, juzgándolo y llegando a la conclusión de que no estaba a la altura, como siempre. Pero esta vez había algo más en esa mirada. ¿Sería compasión? ¿Preocupación?

No seas estúpido. Tannick Ryder no sabe qué es la compasión. Y lo más probable es que esté más preocupado por su caballo que por ti.

A pesar del aborrecimiento que sentía por ese hombre, se esforzó para sentarse en la cama. No era solo que no quería que su padre lo viera allí tendido, débil y vulnerable; también seguía sintiendo la necesidad de incorporarse y mostrarle algo de respeto. Merrick se odió a sí mismo por eso.

—No te levantes —dijo Tannick—. Necesitas recuperarte.

—Me encuentro bien —respondió, al tiempo que se ponía de pie. Le sorprendió lo fácil que le resultó. Solo sentía la herida un poco apretada, como si se la hubieran cosido recientemente.

Permanecieron así un momento, y por primera vez Merrick pensó que su padre parecía incómodo, como si le faltaran las palabras. El viejo se limitó a suspirar y miró a su hijo de arriba abajo.

Por su parte, Merrick tampoco sabía qué decir. La última vez que habían hablado se había sentido estúpido. Luego su padre había ordenado a uno de sus perros que lo atacara. Esta relación era cualquier cosa menos sana.

—Dicen que has demostrado gran valentía —dijo Tannick por fin—. Dicen que le has salvado la vida a la reina. Algunos incluso dicen que deberían darte tierras y un título nobiliario por tu coraje.

—Dicen muchas cosas, ¿no? —respondió Merrick, aunque debía admitir que la idea de las tierras y el título le gustaba mucho.

—Mira... —Tannick dirigió la mirada al suelo, a las paredes, a cualquier lugar excepto a su hijo—. Supongo que lo que intento decir es que... te has lucido. Yo... estoy orgulloso de ti.

¿Orgulloso de él? ¿Tannick Ryder estaba orgulloso de él? Merrick necesitó toda su fuerza de voluntad para no mirar por la ventana y ver si no había un cerdo volando.

—Me alegra que el hecho de que estuviera a punto de morir finalmente te haga sentir orgulloso. Si hubiera sabido que sería tan fácil, habría saltado de algún condenado puente muchos años atrás.

Tannick apretó los puños y clavó la mandíbula, mientras rechinaba los dientes. Suspiró largamente antes de volver a hablar.

—Esto no es fácil para mí, Merrick. Sé que tal vez te haya juzgado mal...

—No —respondió Merrick—. Siempre has estado en lo cierto sobre mí: soy un inútil, un irresponsable, un haragán... Un cabrón egoísta. Eso es lo que soy. Eso es lo que siempre he sido, ¿y a quién debo agradeceréselo?

—Tenía obligaciones. Había cosas más importantes que considerar. Más importantes que yo y que tú...

—¿Y que madre?

Merrick vio un relámpago de emoción que atravesó los ojos de Tannick ante la mención de su esposa. Por un momento se sintió culpable por hablar de ella, por casi usarla como arma para apuñalar a su padre, pero el viejo cabrón se lo merecía.

Era evidente que el recuerdo le causaba dolor. Después de todo, la había perdido. Se encontraba a cientos de kilómetros de distancia cuando ella murió. Merrick siempre lo había considerado un cabrón frío e insensible, pero mirándolo en ese momento, cualquiera podría pensar que tal vez eso no fuera cierto.

—Lo lamento —dijo Merrick—. No debería haberla traído a colación.

—No, tienes razón. —La voz de Tannick era más suave. Casi amable. Merrick jamás había oído hablar a su padre de esa manera. Lo hacía parecer casi humano—. Fui injusto con ella y contigo. Ahora lo sé. Pero he venido a repararlo.

Merrick negó con la cabeza.

—¿Repararlo? Vas a devolverme mi infancia, ¿verdad?

—No —respondió Tannick. Su voz había recuperado toda su fuerza y autoridad. El momento de pesar había quedado atrás—. Te daré la oportunidad de unirme a mí.

Hay un lugar para ti en la Guardia del Guiverno. Un lugar a mi lado, si lo aceptas.

—¿Un lugar a tu lado? ¿Qué, con el país dejado de la mano de Arlor, te ha hecho pensar que quiero estar a tu lado?

Tannick movió la cabeza.

—Entiendo lo que sientes por mí. Entiendo que hay que reconstruir un montón de puentes. Lo intento.

Merrick miró a su padre. Lo intentaba, eso estaba claro. El mero hecho de que hubiera venido a visitarlo debía de haberle costado mucho. ¿Sería esta su manera de pedir disculpas por todo lo que había hecho? ¿Era correcto que él desaprovechara esta oportunidad para una reconciliación, así como así?

—Lo pensaré —dijo.

—Bien. Eso es lo único que te pido. Yo estaría... orgulloso de tenerte a mi lado.

Con esas palabras, el lord mariscal se volvió y dejó solo a Merrick.

Él se quedó mirando un buen rato el lugar por donde su padre se había marchado, pensando en lo que acababa de ocurrir. En la época en que pensaba que su padre había muerto, habría dado cualquier cosa por volverlo a ver, porque le ofreciera un lugar a su lado, porque le dijeran que estaba orgulloso de él.

Ahora que eso había ocurrido, se preguntaba si valía una mierda.

En los últimos días había cruzado las puertas del infierno y había estado a punto de morir. Ahora su padre se dignaba a verlo, a ofrecerle un lugar en su Guardia del Guiverno, a llamarlo camarada. Era un pobre sustituto de ser llamado hijo. Pero, en cualquier caso, ¿qué otra cosa podía esperar? Tannick Ryder jamás se había dejado llevar por la emoción, incluso antes de abandonar a su familia. Nunca se fundirían en un cálido abrazo, nunca conversarían toda la noche compartiendo una jarra de vino.

Merrick se puso la camisa y las botas. Cuando abrió la puerta de la habitación, le llegó el frío del anochecer. Respiró y se sintió contento de estar vivo. La oscura sombra de la muerte todavía le asediaba la mente pero él la bloqueó lo mejor que pudo. No tenía sentido deprimirse. El Señor de los Cuervos terminaba llevándose a todos, tanto a los que se preocupaban por él como a los que no.

Kaira se encontraba exactamente donde él lo había supuesto, lustrando su armadura. A un lado de ella estaban su espada y su piedra de afilar, esperando el momento en que se dedicara a ellas. Merrick aguardó, en lugar de anunciarse. La última vez que habían hablado, ella lo había molido a palos. Seguramente estaría mejor dispuesta hacia él ahora, después de que había salvado a la reina, ¿verdad?

—¿Vas a quedarte allí parado todo el día? —pregunto ella, sin levantar la mirada del peto que estaba puliendo.

—No planeaba hacerlo —respondió Merrick y se sentó en la silla que estaba al otro lado de ella.

La observó un rato más, preguntándose si seguiría hablándole, si elogiaría su valentía. Pero ella se mantuvo en silencio.

—¿Cómo se encuentra la reina? —preguntó él por fin.

—Bien —respondió Kaira, sin dejar de lustrar—. Un poco alterada, lo que es comprensible, pero ilesa. —Otra pausa mientras ella frotaba vigorosamente una mancha difícil de la armadura—. Te has lucido.

¿Es que los milagros no cesarán? Un cumplido de la doncella de hielo. Loado sea Arlor y todos sus barbudos sacerdotes.

—Solo cumplí con mi...

—No sigas —dijo Kaira, mientras levantaba la mirada—. No me vengas ahora a hablar de deber. Los dos sabemos que no tuvo nada que ver con eso.

Merrick empezó a sentirse irritado. Había salvado la jodida vida de la reina. Seguramente merecía un poco de respeto por eso, ¿verdad?

—¿No? —respondió, al tiempo que su herida empezaba a picarle de una manera muy incómoda y su ira aumentaba—. Entonces, ¿con qué tuvo que ver? Yo no me dedico a tirarme sobre las puntas de espadas solo para divertirme.

—Dímelo tú. ¿Fue una oportunidad para demostrar que no eres un cobarde, o fue porque no tenías alternativa, porque estabas arrinconado?

—¡Qué te jodan! —dijo Merrick, mientras se ponía de pie y se disponía a marcharse. Se detuvo cuando oyó que ella lanzaba una risotada.

—¿Qué ha ocurrido con el famoso sentido del humor de Ryder? —dijo ella con una sonrisa—. ¿De pronto has empezado a tomarte en serio?

—Eso es lo que ocurre cuando te clavan una espada en el pecho —respondió él, mientras volvía a sentarse—. ¿Cuándo te convertiste en una jodida bromista?

—Tal vez aprendí de un experto. —Le lanzó una mirada burlona.

—Vaya... —continuó él—. Solo he venido a contarte que mi padre me ha visitado.

—¿En serio? ¿Has decidido dejar el pasado atrás?

Merrick negó con la cabeza.

—Todavía no. Me pidió que me uniera a él. En la Guardia del Guiverno, quiero decir.

—¿Y no estás seguro de que sea lo correcto?

Para ser una doncella de la espada sin sentido del humor y más fría que una piedra, no había duda de que Kaira se había vuelto bastante perceptiva.

—¿Qué crees que debo hacer?

Ella se rio y volvió a pulir su armadura.

—Creo que deberías acatar lo que te dice el corazón, Merrick. ¿Qué otra cosa puedes hacer?

—Podría quedarme aquí contigo y con Garret. Podría ser uno de los Centinelas. Creo que he demostrado mi valía con creces.

—Sí, es cierto. Pero ¿eso es lo que quieres realmente? Aquí no tienes nada que probar, pero a tu padre quizá sí...

—A él no necesito probarle ni una mierda —respondió Merrick.

¿En serio? ¿No tienes que probar que eres un luchador, un guerrero merecedor

del apellido Ryder?

—Todos tenemos que probar que somos dignos todos los días de la vida — comentó Kaira—. Lo difícil es escoger de qué o de quién quieres ser digno.

Esto empezaba a ponerse un poco profundo, pero tal vez ella tenía razón. ¿Valía la pena preocuparse tanto por Tannick Ryder? ¿Sería capaz, incluso, de hacer sentir orgulloso al viejo? ¿Realmente le importaba?

Se incorporó.

—Gracias —dijo—. Debo irme... a lustrar algo.

Kaira le hizo un gesto con la cabeza y volvió a su tarea.

Mientras Merrick avanzaba por las barracas la mano se le deslizó hacia la herida del pecho. ¿Sería suficiente como prueba de su valentía? ¿O no era más que un recordatorio de que no era tan capaz con la espada como le habría gustado?

¿Y a quién le importaba? Él era Merrick Ryder; no le debía nada a nadie. Había cumplido con su parte, había salvado a la condenada reina, por el amor de Arlor. ¿Qué más se le podía pedir? ¿Qué más podía dar?

Supuso que probablemente lo descubriría en los días sucesivos.

Los cinco se sentaron en torno al fuego y se quedaron mirando las llamas, escuchando cómo crujía la madera en el hogar. Ninguno de ellos sabía qué hacer. Ya no había nadie que les diera órdenes ahora que Friedrik había desaparecido, así que se quedaron allí sentados, esperando.

Deberías estar corriendo, no esperando. Deberías estar de camino y no molestarte en mirar atrás. Ya has agotado toda la suerte que te tocaba para cien vidas y aún no has cumplido trece inviernos.

Pero Rag no salió corriendo.

—¿Crees que nos matarán? —preguntó Shirl, planteando lo que todos pensaban.

Ella negó con la cabeza.

—No te ablandes —respondió—. Si Bastian nos quisiera muertos, ya seríamos cadáveres.

Eso pareció calmar un poco a Shirl y Rag vio cómo Yarrick lanzaba una mirada a Essen con una expresión de ligero alivio. Por supuesto que ella no tenía idea de si eso era cierto o no. Sería típico de Bastian dejarlos cocinarse en su propio miedo durante un rato, aumentando la temperatura del terror hasta que llegara a punto de hervor, para luego matarlos de todas maneras. Ella no tenía idea de si esa noche morirían o no. Pero en realidad no tenía sentido compartir ese pensamiento con los otros. Los muchachos ya estaban metidos en un pozo; no tenía objeto hundirlos todavía más.

Rag miró a Harkas, que estaba sentado y no de pie, como era habitual en él, apenas visible en las sombras. Pero podía sentir cómo la observaba, contemplándola desde la oscuridad, con los ojos clavados en ella.

Él lo sabe. Ha deducido quién traicionó a Friedrik y cuando Bastian venga a matarnos a todos va a usar esa información para salvar la vida.

Pero ¿realmente lo sabía? Si fuera así, ¿por qué no había dicho nada cuando estaban cortándole la garganta a Palien? ¿Por qué no alzó la voz y se lo dijo a Bastian en ese momento?

Rag se echó hacia atrás en la silla, tratando de mantenerse lejos de su mirada. Imaginaba que tal vez jamás lo sabría; Harkas no era de los que compartían sus pensamientos. Fueran cuales fueran sus intenciones, ella mantuvo la vista en la puerta por la que se salía de allí, solo por si acaso. A la primera señal de problemas, la atravesaría y se marcharía de allí.

Pero no lo harás, ¿verdad? Incluso si se presentara la oportunidad, no tendrías dónde ir.

Después de que Palien se hubiera desangrado por la herida en el cuello y su cuerpo se hubiera desplomado al suelo, ella pensó que estaban todos condenados. Rag no suponía que a Bastian le molestaría librarse de los cinco sin pensárselo dos

veces, pero no lo había hecho. Se había limitado a decirles a todos que se largaran de allí.

De modo que allí estaban, sin ningún otro sitio al que acudir. Se habían quedado sentados en la taberna, esperando los dioses sabían qué, mientras la pila de leños iba disminuyendo lentamente.

Rag no tenía idea de cuánto tiempo llevaban allí sentados. Shirl seguía asintiendo con la cabeza, como si estuviera reprimiendo el sueño. Essen se había envuelto en una manta cuando el fresco nocturno penetró en la taberna y enfrió las sombras.

Ninguno oyó cuando entraron los hombres de Bastian.

Eran los mismos cabrones flacos que habían matado a Palien; ocuparon el pequeño recinto silenciosamente, permaneciendo en las sombras, acechando como espectros esperando el momento de salir de la oscuridad y capturar alguna víctima. Cuando Rag los vio, abrió los ojos de miedo. Ninguno de los otros se percató de su presencia hasta que la puerta se abrió con fuerza, golpeándose contra la pared, y el propio Bastian entró.

Rag lo miró a la cara. Esos rasgos demacrados y esqueléticos. El mismo Señor de los Cuervos, que venía a llevárselos a los infiernos.

Bastian se quedó mirándolos y los cinco le devolvieron la mirada, sin saber qué hacer. Hablar habría sido una jodida estupidez; nadie se atrevería a interrumpir al jefe del Gremio.

—He estado pensando —dijo por fin, como si estuviera reanudando una conversación de un momento atrás—. Sí que se me cruzó por la cabeza acabar con todos vosotros. Después de todo, no sois la mejor pandilla del Gremio. Pero luego pensé que Friedrik os mantenía a su lado por alguna razón: quizá vuestra lealtad. Eso vale mucho en estos tiempos. Es cierto que permitisteis que lo capturasen, pero finalmente eso fue obra de Palien, así que en realidad no puedo culparos.

En ese momento clavó la mirada en Rag; esos ojos la perforaron como un gorgojo en la carne. Entonces sonrió ligeramente, lo que se veía raro en su cruel rostro; la chica sintió un hormigueo de miedo en la piel.

—En cuanto a Friedrik, ya que estamos en ello —dijo, mientras el fuego se reflejaba en sus afilados rasgos, dándole un aspecto demoníaco—, al parecer lo han ejecutado. Así que ya no volveremos a verlo. En consecuencia, toda la responsabilidad de dirigir su banda recaerá en mí. He preguntado y nadie ha puesto ninguna objeción. Entiendo que vosotros tampoco, ¿verdad? —Rag no se movió, pero vio que Shirl, Yarrick y Essen negaban con la cabeza en la oscuridad—. Bien. Entonces podemos seguir adelante.

Uno de los delgaduchos cabrones acercó una silla y Bastian se sentó. Cruzó las piernas y enderezó su negra chaqueta de enterrador.

—Hay una guerra en puertas.

Dejó que sus palabras flotaran en el aire.

—Ya... ya lo sabemos, señor Bastian —comentó Shirl.

Típico de Shirl; nunca podía mantener cerrada la condenada boca.

—Probablemente os habéis preguntado cuál será vuestra aportación a la campaña bélica —dijo Bastian.

Shirl miró a los otros muchachos.

—En realidad... Eh... no.

—No —repitió Bastian sin alegría—. Claro que no lo habéis hecho, cabrones. Es más probable que os preguntarais cómo podríais libraros de combatir y sobrevivir cuando vengan los khurtas a golpear a la puerta. —Los muchachos asintieron—. Bien. Estoy aquí para decíroslo. El Gremio ha recibido una oferta que nos permitirá sobrevivir a todo este asunto de mierda. Evidentemente habrá cosas que hacer en los próximos días, pero no pienso confiar el trabajo importante a un atajo de inútiles de mierda como vosotros. Sin embargo, necesitaré a todos los hombres que pueda conseguir, así que manteneos preparados. Os mandaré llamar cuando sea el momento, de modo que no os alejéis.

Pronunció las últimas tres palabras como si fueran una pandilla de imbéciles.

—No, señor —dijeron Shirl, Essen y Yarrick al unísono.

—Bien. —Bastian se incorporó. Sus hombres ya habían empezado a avanzar hacia la puerta—. Tú. —Señaló a Rag—. Muéstrame la salida.

¿Mostrarle la salida? ¿Acaso no sabía dónde estaba la condenada puerta?

Ella se puso de pie y caminó a su lado. Tal vez había llegado el momento. Tal vez ella sería la que recibiría el castigo. La que terminaría degollada como ejemplo para que los otros no la fastidiaran. Pero cuando pasaron al pequeño vestíbulo que daba a la calle, Bastian se detuvo a su lado.

Bajó la mirada y le puso una mano en el hombro.

—Sé que entre todos los demás de la banda no lograrían reunir el cerebro de un caballo de carga. Por eso confío en que tú los mantengas juntos.

—Sí, señor Bastian —respondió ella sin pensar, agradecida de que no fuera a matarla.

—Tendrás una oportunidad de demostrar lo que vales en los próximos días. Friedrik siempre se rodeaba de jodidos imbéciles; esa era su forma de hacer las cosas. Era arrogante, ¿sabes? Se creía intocable, pensaba que su reputación lo protegería, pero es evidente que estaba equivocado. De todas maneras, al parecer creía que tú eras diferente. —Señaló con un gesto a los hombres que estaban a su alrededor—. Ahora bien, como puedes ver, yo no me rodeo de idiotas. Y después de todo el asunto de Palien empiezo a entender qué veía Friedrik en ti. Eres astuta. Tú tienes potencial, muchacha. Puedes llegar lejos.

—Sí, señor Bastian —repitió—. Gracias.

Se resistió a la tentación de añadir un «señor» al final de la frase. Después de todo, no quería que la vieran demasiado como una lameculos.

Bastian asintió con un gesto y salió a la calle detrás de sus hombres. El último de ellos cerró la puerta tras él, dejando fuera el frío de la noche. Rag se quedó allí,

pensando un rato.

¿Podía llegar lejos?

¿Qué carajo significaba aquello? ¿Estaría preparándola para cosas importantes?

Debería haber saltado de alegría, pero solo sentía náuseas. Parecía que tan pronto superaba una adversidad saltaba directamente a otra. Bastian acababa de ponerla a cargo de la pandilla. De ascenderla. Y lo único que ella había tenido que hacer era mentir un poco y causar la muerte de un par de personas.

Ni siquiera estaba segura de cómo se sentía al respecto. Sin duda no experimentaba ninguna culpa. El vacío que había experimentado al saber que había hecho que acabaran con un par de tipos le daba un poco de temor.

Pero no puedes hacer nada al respecto, ¿verdad? Tal vez deberías seguir adelante, jugar con las cartas que te han tocado.

Volvió la cabeza hacia la taberna y se detuvo. Harkas estaba allí. Estaban solos. Ella levantó la mirada, tratando de sonreírle como lo había hecho días atrás. Pero esta vez no lo logró.

—Te he estado observando —dijo él.

Ella jamás lo había oído hablar antes. Tenía una voz bastante normal para alguien tan grande.

—¿A qué te refieres? —preguntó, haciéndose la inocente, aunque estaba claro que ya no tenía objeto.

—Nadie más se da cuenta —respondió él—. Pero yo sí. Todos están demasiado ocupados hablando, demasiado ocupados con sus propios pensamientos y sus palabras como para prestar atención. Pero yo me quedo callado y escucho. Y observo.

—Te felicito —replicó Rag, mientras el pánico se apoderaba de ella. La puerta estaba justo a sus espaldas. ¿Debería intentar huir? Pero jamás lograría salir antes de que él la cogiera.

—Supe que darías problemas desde aquel primer día. No sé qué pensó Friedrik, pero ahora es demasiado tarde.

—Mira —dijo ella, fingiendo irritación, con la esperanza de que eso lo desconcertara—. No sé de qué hablas y en realidad no me importa. Bastian acaba de decirme que me asegure de que todos vosotros estéis disponibles cuando él así lo quiera y eso es lo que haré. Si tienes un problema con eso, háblalo con él.

Ella esperaba que eso lo hiciera echarse atrás, que la mención del nombre de Bastian lo hiciera entrar en vereda. Pero no fue así.

—Sí, apuesto a que lo hizo —replicó Harkas, inclinándose como para que sus ojos estuvieran a la altura de los de ella—. Le caes bien a la gente, ¿verdad?

—Sí —contestó Rag, no demasiado segura de cómo iba a terminar todo—. Supongo que sí.

—A mí me caes bien —dijo Harkas, y ella casi lanzó un suspiro de alivio—. Cuidas de tus compañeros. Lo que hiciste por Shirl... Bueno... No lo olvidaré. Y eres astuta, mucho más que Friedrik. Pero supongo que por eso tú estás viva y él está

muerto.

—Sí —respondió Rag, sintiéndose más incómoda que cuando creyó que él la mataría—. Supongo que es así.

Después de esas palabras Harkas se giró y entró en la taberna.

Dejó la puerta abierta y Rag divisó al resto de los miembros del grupo sentados junto al fuego. ¿La aceptarían como líder? ¿Harían lo que ella les dijera?

Imaginaba que había una sola manera de averiguarlo, de modo que regresó al calor de la taberna.

Waylian ascendió por la estrecha y serpenteante escalera hasta la habitación de Gelredida. Todavía estaba dolorido por la explosión del anfiteatro y tenía los ojos irritados por el polvo que se le había metido en ellos.

La puerta de la cámara de la magistrada estaba ligeramente entreabierta y cuando estaba a punto de empujarla se detuvo. Del interior llegaban ruidos, como si alguien sintiera dolor.

La memoria de Waylian regresó de pronto a aquella cámara en las profundidades de la Torre de los Magistrados, a los alaridos de dolor de Nero Laius, que gritaba pidiendo misericordia, y se preguntó si Gelredida tenía a otra víctima entre sus garras. Cuando espió a través de la apertura, descubrió que estaba sola, con las mangas levantadas y las manos sumergidas en un cuenco.

Aunque sabía que no debía hacerlo, se quedó observando. Corría un riesgo; lo más probable era que ella ya supiera que él estaba allí, pero necesitaba saberlo. Quería ver.

En el punto más elevado del anfiteatro, la había visto quitarse aquellos guantes y posar las manos en el pecho del caballero Centinela, trayéndolo del borde de la muerte. De igual modo que ver semejante hazaña de magia lo había llenado de admiración y reverencia, ver las manos de su señora, ennegrecidas y ulcerosas, lo había aterrorizado.

La observó mientras ella se lavaba las manos, permitiendo que las aguas corrieran por la carne llena de manchas, aliviándola. Con cada gesto ella dejaba escapar un suspiro de malestar, hasta que por fin terminó.

—Ya puedes pasar —dijo ella, sin volverse.

¡Lo sabía! Qué idiota, tratar de esconderse de la Bruja Roja.

Waylian empujó la puerta lentamente y entró. Pensó en inventar alguna excusa, en decirle que no había visto nada, ¿pero para qué empeorar las cosas? Lo mejor sería quedarse allí y encajar la reprimenda que ella le lanzara. Pero eso nunca ocurrió.

Gelredida se limitó a secarse las manos con suavidad y luego, cuidadosamente, se puso los guantes rojos. Hizo varias muecas de dolor; era evidente que la carne lívida estaba muy sensible a los roces.

—¿Qué ocurre, magistrada? —preguntó Waylian.

Ella levantó la mirada hacia él, amonestándolo en silencio por la pregunta. Luego, con un suspiro, respondió.

—Aquella noche, en la Capilla de los Necrófagos, extraje un poder oscuro de la muchacha muerta. Si no lo hubiera hecho, el ritual realizado por Rembram Thule se habría completado. Lamentablemente, ese poder aún sigue en mi interior; por ahora lo mantengo a raya, aunque tarde o temprano significará mi fin.

—¿Os está matando? —preguntó Waylian, mientras sentía un nudo en el estómago. La idea de perder a Gelredida lo llenó de pavor. No se había dado cuenta de lo mucho que su maestra significaba para él—. Seguramente habrá alguna manera de detenerlo, ¿verdad?

Gelredida negó con la cabeza.

—Por desgracia, no. Pero todos morimos al final, Waylian. Y yo ya he vivido más años de los que me correspondían. Con suerte aún estaré por aquí cuando expulsemos a los khurtas.

Él la miró mientras ella se dedicaba a ordenar los pergaminos que tenía sobre el escritorio. Hablaba de su inminente fallecimiento como si planeara una excursión veraniega, como si esperara con ganas ese viaje. Waylian no consideraría con tanta despreocupación su propia muerte. Con razón a la magistrada no había parecido importarle mucho ponerlo a él en peligro, ya que su propia vida significaba tan poco para ella.

—Ahora, si eso es todo —dijo Gelredida, acomodando rollos de papel en una estantería—, tenemos que asistir a una reunión.

—Hay una cosa más, magistrada.

La mujer lo miró en actitud expectante.

—Date prisa.

—Cuando estábamos en el anfiteatro, con el caballero herido... ¿Por qué cambiasteis de idea y lo ayudasteis?

Gelredida sonrió.

—Son muchos los objetos en esta tierra que tienen poder, Waylian. Espadas, coronas, estandartes. Incluso piedras, enterradas profundamente. Tales objetos pueden decidir futuros y moldear destinos. El más poderoso de todos ellos es la sangre. El hombre que salvé tiene la sangre de un linaje antiguo, la sangre de un rey. No podemos permitir que desaparezca un linaje de reyes, ¿verdad?

—Supongo que no, magistrada. Aunque no parece muy justo que algunos se sacrifiquen mientras otros se salvan.

Se miró los pies, preguntándose si había sido correcto decir eso. De todas maneras le molestaba que un hombre pudiera sobrevivir solo por haber nacido con suerte, mientras tantos otros fallecían. No tenía duda de que a él lo habrían dejado morir, si se llegaba a ese punto.

—Pronto aprenderás sobre sacrificios, Waylian, y de las razones para hacerlos —respondió Gelredida—. Ninguna persona puede ponerse por encima del bien común. Por encima de la nación o de la religión. Todos somos partes de la tierra; algunos estamos destinados a ser grandes afluentes y a guiar las aguas por el terreno, alimentándolo y haciéndolo crecer. Algunos somos montañas que vigilan las fronteras de las naciones, protegiendo a las personas inocentes de los planes de los invasores. Y algunos de nosotros no somos más que flores, con un breve lapso para crecer a la luz del sol antes de morir. —Le dirigió una mirada casi compasiva—. ¿Lo entiendes?

—Sí, magistrada —contestó él.

—No, probablemente no. Pero un día lo entenderás, Waylian. ¿Nos vamos?

El muchacho asintió. No tenía idea de adónde se dirigían ni por qué, pero había aprendido tiempo atrás a no cuestionar esos asuntos.

Llegaron a la Gran Biblioteca, donde dos Caballeros Cuervo les abrieron la puerta. Waylian nunca había visto cerradas esas puertas, ni de noche ni de día, pero cuando entró entendió la razón. Los tres archimaestros que quedaban vivos estaban allí, esperándolos. Por lo demás, no había ni estudiantes ni académicos en la biblioteca. Así, vacía, parecía mucho más grande e imponente.

Drennan Folds y el viejo Crannock Marghil estaban sentados en escritorios separados pero adyacentes. Era evidente que a Drennan no le gustaba nada que lo hicieran esperar. Lucen Kalvor estaba apoyado contra una estantería, con el rostro impasible, aunque clavó los ojos en Waylian y Gelredida cuando entraron y jamás los apartó de ellos. Waylian recordó repentinamente el papel que había jugado en el reciente chantaje a Lucen y se preguntó si el joven archimaestro le tendría rencor. Solo el tiempo lo diría, pero se aseguraría de rechazar cualquier comida o bebida que Lucen le ofreciera.

La magistrada Gelredida se detuvo delante de los escritorios y se quedó mirándolos como si estuviera a punto de dar comienzo a una de sus clases. Por su parte, Waylian se mantuvo atrás y escuchó.

—¿Y bien? —preguntó Drennan, con una mirada de irritación en los desiguales ojos—. ¿Por qué nos habéis convocado? ¿Y justamente en este sitio?

—Oh, a mí me gusta este lugar —respondió Gelredida, mientras recorría con la mirada la inmensa biblioteca como si ella misma la hubiera construido con sus marchitas manos—. La Cámara del Crisol tiene una atmósfera tan... recargada, ¿no os parece? También me pareció adecuado, puesto que el archimaestro Crabbe era el Guardián de los Libros y su trágica muerte significa que no puede estar con nosotros.

Waylian dudaba de que algo de eso fuera cierto. Lo más probable era que Gelredida hubiera querido que la reunión tuviera lugar donde ella pudiera tener disponibles y a mano todos sus poderes mágicos. Reunirse en la Cámara del Crisol donde se anulaban sus poderes casi había costado la vida de todos ellos.

—Es un cambio agradable —intervino Crannock, con una voz débil y quebradiza—. Pero ¿por qué tanta insistencia para convocarnos en este sitio?

—¿Por qué? —Había desprecio en la voz de Gelredida—. Los khurtas están casi a las puertas. No hay tiempo que perder y tenemos mucho que hacer.

—De acuerdo. Lo mejor es que busquemos candidatos para los futuros archimaestros —dijo Drennan—. Hay que ocupar dos puestos.

—No hay tiempo —respondió ella—. Debemos empezar a prepararnos para el sitio de inmediato. No podemos desperdiciar los escasos días que nos quedan en protocolos innecesarios.

Drennan amagó con empezar una discusión pero ella levantó un dedo enguantado,

lo que bastó para hacerlo callar. Waylian se preguntó si su hijo ilegítimo aún seguía encerrado en aquel sótano, con la amenaza del asesinato colgando sobre él como una espada.

—¿Podemos entonces preguntar qué ha de hacerse? —intervino Crannock, con las ancianas mandíbulas temblando de irritación.

Gelredida miró a Lucen, que se mantenía en silencio a la sombra de la estantería.

—Archimaestro Kalvor, vos seréis el nuevo Guardián de los Cuervos. Cuando empiece la guerra, los magistrados de esta torre tendrán un papel clave en nuestra victoria. Ellos, a su turno, deben ser protegidos por nuestros Caballeros Cuervo. Vos asumiréis el mando de ellos y os aseguraréis de que entiendan la importancia de la supervivencia de sus protegidos. Tal vez existan elementos opuestos a nuestros objetivos; la traición de Ferenz y Nero puede tener raíces profundas. Confío en que podréis descubrir cualquier indicio de deslealtad, ¿verdad?

Lucen Kalvor levantó una ceja.

—Estoy seguro de que puedo arreglármelas —respondió.

—Excelente —sonrió Gelredida—. Entonces debemos empezar a reunir a la Casta. Crannock, vos os haréis cargo de todos los magistrados actuales: tutores, académicos y veteranos retirados. Os respetan. Os seguirán.

—Eh... yo... —dijo Crannock, pero antes de que pudiera oponerse, ella siguió adelante.

—Drennan, vos os ocuparéis de todos los aprendices y neófitos. A partir de ahora tendrán todos los privilegios de la Casta y les será permitido practicar magia dentro de los muros de la torre.

Drennan, sorprendentemente, asintió con un gesto.

—Muy bien, aunque muchos de ellos ya se han marchado de la ciudad. La mayoría de la matrícula actual pertenece a familias adineradas. Cuando se enteraron de que la ciudad estaba amenazada esas familias hicieron todo lo que pudieron para recuperar a sus miembros más jóvenes.

—Entonces tendréis que hacer lo que podáis, Drennan —lo reprendió la Bruja Roja—. Sois un hombre de recursos. Estoy seguro de que lo conseguiréis.

—Yo también estoy seguro, siempre que todos los aprendices estén a mi disposición. —Miró a Waylian, a quien le fue imposible apartar la mirada del ojo cicatrizado y lechoso de Drennan—. ¿Me haré cargo del vuestro?

Gelredida sonrió ligeramente, como si Drennan hubiera hecho un chiste malo.

—Me temo que necesitaré al maestro Grimm a mi lado todo el tiempo. Pero él no es el más dotado de nuestros alumnos, así que es dudoso que lo echéis de menos.

—¿No es el más dotado? —preguntó Drennan, volviendo a mirar a Waylian—. Todos vimos lo que le hizo al mariscal Ferenz. Todavía están fregando el suelo en la Cámara del Crisol.

—Aquello fue un accidente —replicó Gelredida, como si estuvieran hablando de un contratiempo sin importancia—. Grimm extrajo energía del Velo por error. Suele

ocurrir. —Drennan intentó decir algo pero Gelredida volvió a levantar el dedo. El archimaestro se encogió como un marido intimidado—. Si eso es todo, estoy seguro de que todos tenemos mucho trabajo por delante.

Los archimaestros guardaron silencio y Waylian empezó a preguntarse exactamente cuánto poder tenía su señora sobre ellos. Tuvo que hacer un enorme esfuerzo de voluntad para reprimir una sonrisa cuando los tres hombres salieron de la biblioteca como si hubieran asistido a una de las clases de Gelredida.

—¿Qué os gustaría que hiciera, magistrada? —preguntó Waylian cuando por fin estuvieron solos.

Ella lo miró y le sonrió, con una expresión casi maternal. Él no sabía si sentirse reconfortado u horrorizado.

—Por ahora descansa. Habrá mucho que hacer en los próximos días y llegarás a echar de menos el sueño.

Con esas palabras, se alejó.

Waylian se detuvo un momento a recorrer con la mirada la inmensa biblioteca. Se preguntó si habría algún tomo escondido que pudiera serle útil, que albergara el secreto de la victoria sobre Amon Tugha. Durante un momento fugaz se le ocurrió que podría buscarlo, como si pudiera convertirse en héroe, como si, por su propia cuenta, fuera capaz de cambiar el curso de los acontecimientos.

¿En qué demonios estás pensando, Grimm? ¿No recuerdas lo que ella te ha dicho sobre montañas y ríos? ¿Y flores? Tú, definitivamente, eres una de las flores. Tal vez, incluso, una condenada maleza. Mejor haz lo que te indicaron y descansa.

Se volvió para atravesar las inmensas puertas y se detuvo. Algo que vio por el rabillo del ojo le llamó la atención. Avanzó hacia la enorme ventana, cuyos cristales estaban adornados con patrones multicolores.

A través de un recuadro de cristal transparente alcanzaba a ver a lo lejos, en dirección del norte.

A todo lo largo del horizonte se elevaba una negra columna de humo.

Era como si el mundo estuviera en llamas.

Los jardines del palacio de Skyhelm estaban desiertos con excepción de Janessa, Kaira y el sacerdote. Nadie más había querido asistir, pero a Janessa no le importaba. No era necesario que hubiera más gente y, en cualquier caso, era dudoso que a él le hubiera importado.

Odaka Du'ur yacía en el suelo, con el cuerpo envuelto en una sábana de seda. El Padre de los Asesinos había conseguido hacerle daño, después de todo, aunque no de la manera que había planeado. Odaka había muerto tratando de dar a Janessa la oportunidad de escapar.

Había habido poco tiempo para estudiar los rituales fúnebres de Equ'un, de modo que esa había sido la única manera adecuada. Odaka había servido muchos años al padre de Janessa, por lo que era justo que se observaran los ritos fúnebres de los Estados Libres en su entierro.

Ella había escogido inhumarlo en los jardines para tenerlo siempre cerca, al menos en su espíritu. Ahora que Odaka ya no estaba, ¿quién la aconsejaría? ¿El canciller Durket? Era improbable que pudiera manifestar una opinión sobre cualquier cosa que no fuera qué habría para cenar. ¿El senescal Rogan? Cuanto más sabía Janessa de ese hombre, menos confianza le tenía.

Mientras el sacerdote de Arlor recitaba sus letanías, Janessa contempló el cuerpo de Odaka. Él había dado su vida por ella, como tantos otros en el anfiteatro. ¿Cuántos más perderían la vida en los días venideros? ¿Cuántos morirían en nombre de ella? Tenía que ser digna de semejante sacrificio, ser fuerte.

Aunque sin duda ya había demostrado esa fortaleza cuando había cogido una espada rota y había acabado con el Padre de los Asesinos. ¿Era suficiente? ¿Necesitaría buscar más profundo?

Desde luego, había empezado de la manera correcta; dos de sus enemigos habían muerto por su propia mano. Apenas días atrás jamás habría soñado con algo así, pero ahora era como si anhelara enfrentarse a sus enemigos; su mano estaba impaciente por coger la Helsbayn y empuñarla en una batalla verdadera. En los próximos días probablemente tendría su oportunidad.

Mientras escuchaba las palabras del sacerdote, se llevó la mano al estómago. ¿Cuánto tiempo más podría ocultar el hecho de que estaba embarazada? ¿Tenía sentido intentarlo? ¿Y cómo podía justificar entrar en combate, liderar a su pueblo en la batalla, poniéndose en peligro, con una vida creciendo en su interior?

Era inútil pensar en ello en ese momento. Si Amon Tugha destrozaba las murallas de Steelhaven tampoco tendría importancia. Ella estaría muerta.

El sacerdote ya había terminado. Se quedó de pie con la cabeza inclinada, esperando a Janessa. ¿Debería pronunciar algunas palabras? Pero ¿de qué servirían

las palabras en ese momento? Odaka no podría oírlas. Él debió de haber sabido lo mucho que significaba para ella. Lo único que la apenaba era no haber podido agradecerle su sacrificio.

—Majestad —la llamó alguien a sus espaldas.

Se giró y vio a un joven, cuya librea lo delataba como un sirviente del palacio, atravesando los jardines al trote en dirección a ella.

Kaira se interpuso para bloquearle el camino. Desde lo que había ocurrido en el anfiteatro se había vuelto más vigilante y más protectora que nunca.

El joven se hincó de rodillas a varios pasos de distancia de Janessa.

—Habla —dijo ella, irritada por la interrupción del funeral de Odaka.

—Mis disculpas, majestad —dijo él, al tiempo que se incorporaba—. Pero habéis sido convocada a la Cámara de Guerra. Los ejércitos se batían en retirada del frente. El duque Bannon Logar está aquí.

—Muy bien —respondió Janessa—. Diles que voy de camino.

Volvió a mirar a Odaka en su tumba. Habría querido quedarse mientras la rellenaban, asegurarse de que recibiera un entierro adecuado, pero al parecer no había tiempo. De todas maneras, él lo habría entendido más que nadie.

—Adiós, amigo mío —susurró y, acompañada por Kaira, entró en palacio.

No se cambió para la reunión. Llevaba un vestido sencillo, con una capa de piel sobre los hombros. Tal vez algo más majestuoso habría sido adecuado, pero no estaba dispuesta a hacer esperar a sus generales.

Kaira avanzó delante de ella, abrió la puerta de la Cámara de Guerra y luego se apartó para dejar que Janessa entrara. Cuando ella lo hizo, los cuatro hombres que la esperaban se pusieron de pie. Habían estado sentados en torno a la mesa de roble y hierro en silencio; ninguno hablaría hasta que ella estuviera allí para oír sus palabras y sus consejos y decidiera qué acción tomar.

De pronto Janessa sintió que la capa que tenía sobre los hombros era demasiado pesada. La sobrecogió una náusea, pero se mordió hasta contenerla. Era fuerte y podría soportarlo.

—Mis señores —dijo ella, aferrándose al respaldo de su silla. Los cuatro hombres hicieron una reverencia.

A un lado de la tabla se encontraban el general Hawke y el mariscal Farren, de los Caballeros de la Sangre. Ambos se veían más cansados y demacrados que la última vez. Debían de haber presenciado muchos combates en el ínterin. Hawke, en especial, parecía un anciano, con su pesada armadura y su barba sucia y descuidada.

Al otro lado estaba el lord mariscal Ryder con su armadura de bronce. A su lado había un hombre alto, de hombros anchos y mirada feroz, que debía de ser el duque Bannon Logar de Valdor. Tenía casi la misma edad que Hawke y su armadura blanca estaba abollada y rasgada, pero parecía listo para presentar batalla ahí mismo. Al principio, mientras lo miraba, Janessa pensó que no se parecía en nada a su hijo, el difunto lord Raelan Logar, pero entonces el anciano sonrió y la semejanza se hizo

evidente.

—El duque Logar, majestad —dijo el lord mariscal Ryder, señalando al anciano. Janessa lo saludó con un gesto, que este devolvió.

—Me alegro de conoceros finalmente, milord —dijo ella—. He oído hablar mucho de vuestra valentía. Un rasgo que evidentemente compartíais con vuestro hijo.

Una chispa de tristeza cruzó el rostro de Bannon.

—Gracias, majestad. Sé que os tenía en alta estima.

Janessa no estaba del todo segura de cuánto de cierto habría en ello, pero agradeció el comentario con una sonrisa.

—¿Empezamos? —propuso, señalando las sillas. Cuando se sentó, los cuatro hombres ocuparon sus sitios a la mesa.

Hubo un momento de silencio hasta que Janessa se dio cuenta de que debía presidir la reunión. Estaba totalmente a cargo del procedimiento. Esos hombres eran su consejo de guerra y solo hablarían cuando ella se lo ordenara.

Pero ¿qué podría preguntarles? No la habían educado para tratar asuntos bélicos. Lo poco que había aprendido sobre hombres y provisiones en las últimas semanas sería muy poco adecuado en ese sitio.

—Contadme cuál es la situación —dijo Janessa.

Parece una manera de empezar tan buena como cualquier otra.

Ninguno parecía dispuesto a hablar. El general Hawke se veía más interesado en el lustrado barniz de la mesa. El mariscal Farren echó una mirada al duque Logar, quien tomó aliento antes de empezar.

—No nos encontramos en una posición ventajosa, majestad, a decir verdad —respondió Bannon—. No quedan mercenarios dentro de la ciudad. Como no tenemos dinero para pagarles, han abandonado Steelhaven a su destino.

—Condenados cobardes —murmuró el mariscal Farren, pero Bannon no le prestó atención.

—Estimamos que los khurtas se encuentran a no más de un día de distancia hacia el norte. Pronto llegarán aquí. Las tropas que tenemos dentro de la ciudad están fatigadas, pero dispuestas a luchar. El lord mariscal Ryder dispone de trescientos hombres en su Guardia del Guiverno, el mariscal Farren de otros doscientos Caballeros de la Sangre. El general Hawke y yo solo contamos con cinco mil soldados rasos y mil caballos entre los dos, con los que defender las murallas de la ciudad. La situación es grave, majestad. Con toda probabilidad hay más de cuarenta mil khurtas viniendo hacia aquí. Ojalá pudiera daros alguna noticia alegre, deciros que tenemos aliados, pero no hay nadie que quiera ayudarnos.

—Gracias, duque Logar —respondió Janessa—. Eso ha sido de lo más... ilustrativo.

Más silencio, hasta que Tannick Ryder se aclaró la garganta.

—Las murallas de Steelhaven son altas, majestad. Algunos dirían que inexpugnables. Los khurtas de Amon Tugha son salvajes de la estepas del norte; no

tienen la capacidad de sitiar ciudades fortalezas.

El general Hawke negó con la cabeza.

—No los subestiméis —dijo el anciano—. Arrasaron Touran y nos han cogido por sorpresa a cada paso. Tienen magia, tienen maquinarias bélicas y tienen al caudillo elharim.

—¿Qué os ocurre? —dijo el lord mariscal Ryder—. Pareciera que les tenéis miedo. Él no es más que un hombre al frente de una pandilla de bárbaros.

El duque Logar puso una mano sobre el antebrazo de Tannick.

—El general Hawke tiene razón. Ojalá no fuera así, pero ya lo hemos comprobado. Si se tratara solo de los khurtas, sería fácil acabar con ellos, pero bajo el mando de Amon Tugha son una fuerza formidable. Nos vienen pisando los talones desde Drel dun. Él se ha burlado de nosotros en todas las batallas.

—No lo hará aquí —replicó Tannick.

—¿Cómo podéis estar seguro? —preguntó el mariscal Farren, mirándolo con el ceño fruncido, con un temblor en el ojo izquierdo y apretando el puño protegido por su guantelete rojo y golpeando la mesa—. Vos no estabais allí. No lo habéis visto.

Tannick Ryder lo contempló con furia desde el otro lado de la mesa de roble.

—Lo veré pronto.

Janessa ya había presenciado actitudes como esas más de lo que podía soportar. Si eso era lo que significaba convocar a una reunión del consejo, podía arreglárselas sin hacerlo.

—Mis señores —dijo, y sintió alivio al ver que ellos hacían a un lado las discusiones y la miraban—. Entiendo que tanto vosotros como los ejércitos que lideráis han sufrido mucho estas últimas semanas y que se han hecho grandes sacrificios en nuestro nombre. Por eso os estamos agradecidos. Pero el lord mariscal Ryder tiene razón. Necesitamos mirar adelante. Debemos encontrar la manera de derrotar a Amon Tugha y a sus hordas, sin demorarnos en las derrotas del pasado.

—Sin duda, majestad —dijo el duque Logar—. Encontraremos la manera.

Janessa le hizo un gesto de agradecimiento, pero entonces sintió un repentino espasmo en el estómago. El mariscal Farren empezó a hablar pero Janessa apenas podía distinguir sus palabras. Le lanzó una mirada a Kaira, que estaba inmóvil a unos pasos. De pronto se sintió desesperada por que su escolta la mirara, pero parecía estar escuchando atentamente lo que decía Farren y no se dio cuenta.

La sala empezó a girar al tiempo que crecía el dolor en el estómago. Sintió una puñalada en su interior y tuvo que usar toda su fuerza de voluntad para reprimir un grito de dolor. No podía mostrarse débil delante de estos hombres. Era su reina y, a pesar de su falta de experiencia bélica, ellos esperaban que los dirigiera.

El lord mariscal Ryder se había sumado a la conversación y hablaba al mismo tiempo que Farren. Al parecer ambos hombres estaban en desacuerdo, pero lo único que le llegaba a Janessa era un torrente que le inundaba los oídos. Apretó los puños, clavando las uñas en las palmas. Pero fue inútil; ya no podía soportarlo.

—Mis señores —dijo, poniéndose de pie. Los cuatro dejaron de discutir y se pusieron de pie instantáneamente—. Me siento... —*Otra puñalada en las entrañas*—. Continuaremos más adelante.

Cuando se giró, Kaira se ubicó instantáneamente a su lado, pero Janessa negó con la cabeza cuando su escolta intentó ayudarla. Luchando contra el dolor a cada paso, la reina salió de la Cámara de Guerra lo mejor que pudo y Kaira cerró la puerta a sus espaldas. Tan pronto como estuvo cerrada, Janessa se derrumbó contra una pared, apretando los dientes por el sufrimiento.

No tenía idea de cómo había conseguido llegar a su habitación; avanzó por los pasillos en un trance. El dolor era casi insoportable y le costó toda su fuerza de voluntad no gritar.

Una vez en la habitación, se desplomó sobre la cama. Algo le chorreó por la pierna al tiempo que la atravesaba otra ardiente puñalada de dolor.

—¿Qué ocurre, majestad? ¿Llamo al cirujano?

—Sí —gritó Janessa; todo pensamiento de mantener en secreto a su hijo nonato había quedado sepultado bajo el miedo y el dolor.

Se levantó las faldas, sintiendo que la sangre le manaba abundante entre las piernas. Kaira ya había salido corriendo en busca de ayuda, pero cuando la agonía que sentía en su interior alcanzó su punto máximo, Janessa supo que era demasiado tarde.

Kaira había sacado al cirujano de la cama a rastras. De todas maneras, finalmente no pudo hacerse nada para salvar al niño. Janessa había chillado y se había revuelto mientras el hombre se aseguraba de que no se desangrara. Mientras la institutriz Nordaine y el cirujano hacían lo que podían para calmar a la reina, Kaira colocó el cuerpecito en una manta y lo cogió entre las manos. No pesaba casi nada y era tan pequeño que le cabía en la palma.

Una vez que Janessa se calmó y sucumbió a la misericordia del sueño, Kaira le pidió a Nordaine que se ocupara del cuerpecito, con la seguridad de que la institutriz lo trataría con el cuidado que merecía. Antes de que el cirujano se marchara, la antigua sacerdotisa le recordó la necesidad de discreción. Él no se opuso.

Después de que este se fue, Kaira contempló a Janessa mientras dormía. La muchacha tendría que lidiar con su pérdida y sería otra batalla que debería librar sola. Se sintió desesperada sabiendo lo poco que podía hacer por la muchacha que debía proteger.

Después de lo que parecieron horas, Janessa por fin empezó a moverse y Kaira se acercó a la cama. Posó una mano sobre el entrecejo de la reina. La muchacha abrió los ojos y la miró, al principio sin entender lo que veía.

—Soy yo, mi reina. Kaira.

Janessa no respondió; en cambio, miró hacia la ventana. Empezaron a formarse lágrimas en sus ojos y Kaira percibió su angustia.

¿Qué se suponía que debía decir? ¿Qué se suponía que debía hacer?

La fiel escolta se sentó en la cama al lado de Janessa y le acarició los rizos rojos, que estaban apelmazados y desordenados.

—No hay nada que temer, majestad. Vuestro hijo está a salvo con Verona.

Janessa no dijo nada.

Kaira sintió mucha lástima por ella. Era tanto lo que la joven reina había perdido, y tan recientemente. No solo a su hijo, sino también a su padre y al consejero en quien más confiaba.

No era más que una muchacha, perdida y sola, obligada a enfrentarse a un caudillo veterano de mil batallas con un ejército lastimosamente diezmado. Era una responsabilidad que Kaira no le habría deseado a nadie.

—¿Es un día claro? —preguntó Janessa.

Kaira miró a esa muchacha, que parecía tan pequeña y vulnerable. Esa muchacha que cargaba con el peso de un reino en los hombros.

—Yo... no lo sé, majestad —respondió, al tiempo que se levantaba y se acercaba a la ventana.

Miró en dirección del barrio de la Corona y la ciudad que se extendía a lo lejos.

Desde el norte llegaban ruidos y movimientos agitados. La ciudad sabía lo que se le venía encima y no se lamentaba. Se movía con urgencia, preparándose. El cielo estaba gris y el frío del invierno le confería al aire una extraña calma.

La calma antes de la tormenta.

—No, majestad. El cielo está oscuro, pero...

—No importa —dijo Janessa. Kaira se giró y vio que se había levantado de la cama. Se movía con vacilación, apoyándose en el poste de la cama, pero tenía una mirada decidida en los ojos—. De todas maneras es un buen día. Un día para un nuevo comienzo.

Kaira se le acercó.

—Majestad, debéis descansar.

—Ya he descansado bastante, Kaira. Me he escondido de esto demasiado tiempo. He ocupado la cabeza con pensamientos sin valor. Todo eso cambiará.

Kaira quiso discutir. Decirle que no necesitaba hacer eso en ese momento, que habría tiempo suficiente luego. Que tenía tiempo de llorar su pérdida.

Pero no lo hizo. Los khurtas ya casi habían llegado. El tiempo para descansar había pasado. Si el pueblo de Steelhaven esperaba que algún milagro viniera a salvarlos, sufrirían una decepción. Lo único que podía salvarlos eran sus propias agallas y su lucha y su sacrificio.

—¿Qué deseáis que haga, majestad?

Janessa clavó una mirada decidida en Kaira.

—Necesitaré una armadura. Una armadura adecuada para una reina. Y mi espada.

Kaira sonrió.

—Sí, majestad.

Janessa le devolvió la sonrisa y en ese momento Kaira se sintió orgullosa. Dispuesta a seguir a esta joven adonde fuera que ella la llevara.

El capitán Garret le había dicho a Merrick lo mucho que lamentaba perderlo y lo orgulloso que habría estado de tenerlo entre los Centinelas cuando llegaran los khurtas. Merrick no le creyó. Eso era lo que Garret había querido siempre: que Merrick se reconciliara con su padre, que los dos estuvieran juntos, lado a lado, combatiendo por la reina y el reino.

Pero en realidad no era tan sencillo; después de todo no había habido ninguna reconciliación. No se habían abrazado ni se habían lamentado por los años perdidos. Esto no era más que una oportunidad de que Merrick demostrara su valor. De enseñarle a su padre de qué estaba hecho. Tenía un camino largo por delante, pero era un comienzo.

Y un comienzo condenadamente doloroso, sin duda.

Merrick estaba arrodillado en medio del patio, rodeado de miembros de la Guardia del Guiverno con sus armaduras. Tal vez no habría sido tan malo si no lo hubieran desnudado de la cintura para arriba. Él ya había visto a esos cabrones desnudos y no había uno solo que no estuviera en mejor forma que Merrick. En sí, eso tal vez no habría sido tan malo, si no fuera porque uno de ellos estaba practicándole agujeros en el brazo con una aguja.

Los tatuajes eran cosa de putas y marineros o al menos eso era lo que siempre había pensado. Era evidente que se había equivocado, porque también eran para la Guardia del Guiverno. El tipo que tenía a su lado llevaba una eternidad trabajándole el hombro y Merrick había empezado a sudar del dolor hacía rato. Al principio no había sido tan terrible y pensó que podría soportarlo sin problemas, pero a medida que pasaba el tiempo empezó a dolerle como el propio infierno y Merrick se había dedicado a apretar todo lo que pudiera apretarse.

Aguántate, se había dicho para sus adentros, *esto no durará para siempre*. Era rara la lentitud con que parecía que pasaba el tiempo cuando estabas sufriendo una constante y jodida agonía.

—Listo —dijo el tatuador y le limpió la sangre del brazo a Merrick con un trapo.

—Gracias —respondió Merrick, reprimiendo lo que en realidad quería decir. El hombro le ardía como si estuviera en llamas.

Tannick se acercó, portando su inmensa espada y con el casco cubriéndole la mayor parte de la cara.

—De pie —ordenó con voz severa y autoritaria.

Merrick se incorporó, haciendo lo posible para no dejar traslucir ninguna incomodidad. Lo estaban reclutando en una orden que jamás mostraba ni dolor ni miedo. Este no era el momento de lloriquear.

—Portáis la marca —dijo Tannick—. Pero ¿portáis la voluntad de servir?

A Merrick ya le habían explicado la ceremonia y conocía las palabras. Que las creyera o no era otro asunto.

—Porto la voluntad —respondió—. Y el coraje.

—Enseñádmelo —dijo Tannick, extendiendo la espada.

Merrick no vaciló. Jamás había estado más seguro de algo en toda su vida. En otro momento, y no demasiado atrás, habría intentado eludir este procedimiento, se habría burlado, se habría reído de tanta solemnidad. Pero ya no.

Cogió la hoja con la mano derecha y sintió cómo el borde afilado le abría la piel de la palma. Tuvo una punzada de dolor, pero solo durante un segundo, cuando apartó la mano y la cerró formando un puño. Sin esperar que se lo indicaran, se acercó al barril que estaba en el centro del patio y levantó la mano encima. Alcanzó a oler el vino que había en el interior. Qué ganas tenía de meter la cabeza y darle un gran sorbo. Pero no lo hizo; mantuvo la mano encima del barril y dejó que la sangre cayera desde su puño, apretándolo hasta que ya no salió más.

Entonces se acercó alrededor de una docena de guardias del Guiverno, con una copa cada uno. Merrick vio que uno de ellos era Cormach, el hombre que lo había derrotado con tanta facilidad en los jardines del palacio. Cada hombre sumergió la copa en el barril y luego la sostuvo en alto.

—Guardia del Guiverno —dijo Tannick—. Tenemos un nuevo hermano. Que su sangre se mezcle con la vuestra, ahora y luego en la batalla.

Después de esas palabras los doce caballeros dieron largos tragos a sus copas, retuvieron el vino en la boca y luego, uno tras otro, volvieron a escupirlo en el barril. Merrick notó que Cormach se tragó todo lo que tenía en la boca y escupió un pegote de flema, pero ¿qué podía esperarse?

Cuando terminaron, uno de los caballeros le ofreció una copa. Tampoco esta vez Merrick vaciló; en cambio, la hundió en el barril de vino. Cuando se llevó la copa llena a los labios su única esperanza fue no haber pescado el pedazo de flema de Cormach. Por fortuna, cuando le dio un sorbo solo percibió el sabor del vino y bebió largamente, tragándolo como si fuera el último trago que bebería en su vida.

En ese momento lo rodearon. Alguien le quitó la copa de las manos y la docena de caballeros comenzaron a cubrirlo con la armadura. Le abrocharon guanteletes, avambrazos, grebas, petos y el resto. El caballero que le abrochó el guardabrazos en la parte superior del brazo tampoco fue un poco brusco y Merrick reprimió una mueca de dolor cuando la pieza de la armadura rozó su nuevo tatuaje.

Después de que terminaron, se apartaron, dejándolo delante de Tannick, que estaba con esa condenada espada inmensa. La llamaban *Bludsdottr*, un nombre antiguo para un arma antigua.

—Habéis compartido nuestra sangre, Merrick Ryder. ¿Estaréis con nosotros hasta la muerte?

Hubo un silencio. Había llegado el momento: le dedicaría la vida a esta multitud de desquiciados.

Era lo único que siempre había deseado.

—Estoy con vosotros. Más allá de la muerte y hasta los infiernos —respondió, para luego arrodillarse y besar la hoja que Tannick sostenía entre las manos.

Con esas palabras surgió una ovación de los miembros reunidos de la Guardia del Guiverno. Cada uno de ellos se acercó a palmearle la espalda a Merrick o a darle un abrazo fraternal. Eso le recordó un poco sus días en el Colegio de la Casa Tarnath, donde había aprendido a luchar. En aquel entonces, jamás había sentido aprecio por nada que tuviera que ver con la camaradería, puesto que se sentía por encima de todo eso; pero esto era diferente. Aquí sentía que pertenecía, entre otras cosas porque su padre estaba al frente. Y porque se le había dado la elección de sumarse a estos hombres, en lugar de obligarlo a hacerlo a una edad temprana, le gustara o no.

Mientras sus compañeros le daban la bienvenida, Merrick vio que su padre se quedaba allí de pie, observándolo.

¿Había una sonrisa en la cara del viejo cabrón?

No, seguramente lo has imaginado.

Cuando los caballeros empezaron a reír y a servirse vino, evidentemente no demasiado preocupados por qué era exactamente lo que estaban bebiendo, Tannick se acercó.

—Ya eres uno de los nuestros, muchacho —dijo—. Haz que me sienta orgulloso de ti.

—Lo haré —respondió—. No te preocupes por eso.

Se miraron, y por un momento Merrick se preguntó si su padre estaba buscando alguna señal de duda. Pero ya era demasiado tarde; había recibido la marca y había pronunciado las palabras. No pensaba mostrar ningún arrepentimiento. Cuando su padre finalmente hizo un gesto con la cabeza, supo que había pasado la prueba.

—Pronto tendrás la oportunidad de probarte —dijo Tannick—. Yo, por mi parte, no puedo esperar.

Una vez dichas esas palabras, se volvió para marcharse y, cuando lo hizo, Merrick divisó algo parecido a un brillo de locura en los ojos de su padre. Solo el tiempo diría si eso debía preocuparlo.

Mientras estaba allí, sintió que alguien estaba a sus espaldas. Se volvió y vio a Cormach Hijoputa, que le clavaba con furia esos ojos oscuros y con una expresión en el rostro que era cualquier cosa menos de bienvenida.

—¿Así que eres uno de los nuestros? —le preguntó.

Merrick se miró la armadura de bronce.

—Sin duda, así parece —respondió.

—Hace falta más que una armadura y unas pocas palabras para convertirte en miembro de la Guardia del Guiverno. Hace falta acero y sangre y corazón. —Se tocó el centro del peto—. ¿Crees que tú lo tienes?

Merrick fijó en Cormach la mirada más helada que pudo. Supuso que el resultado fue un término medio entre lo que habría hecho una gatita asustada y una lavandera

sorprendida.

—Sé que sí —respondió.

Por un momento pensó que Cormach podría intentar intimidarlo, o quizá provocarlo, por lo que ambos terminarían desenvainando las armas. Pero antes de que nada de eso pudiera pasar, Cormach sonrió.

—Sí, por supuesto que lo tienes —dijo.

Merrick le devolvió la sonrisa. ¿Acaso había conquistado a ese cabrón?

Se giró hacia el resto de los hombres, a punto de pedir que le dieran una copa, cuando Cormach lo golpeó con fuerza en el brazo, pegándole en la armadura con un ruido sordo justo donde estaba el tatuaje. Merrick casi lanzó un grito; apretó los dientes y soltó un gemido grave.

—Bienvenido a la Guardia del Guiverno, hijo de puta —dijo Cormach, antes de alejarse rumbo al barril de vino.

Claro que sí, bienvenido, pensó Merrick. ¿En qué me he metido?

La canción del acero no tenía una bonita melodía. Pero Nobul Jacks la tocaba sin tenerlo en cuenta, la tocaba como nunca lo había hecho antes.

No había tardado en volverse obvio que jamás podría lograr lo que quería por su cuenta, de modo que los Casacas Verdes habían requisado dos forjas junto con sus herreros para que lo ayudaran a fabricar armaduras para los zatani. Le resultaba extraño encontrarse nuevamente en el barrio de los Oficios, otra vez en su antiguo trabajo, pero al mismo tiempo tenía algo de liberador. Ya no se sentía obligado por escasez de dinero o por presiones del Gremio. Por primera vez en lo que parecía una eternidad, sentía placer en su trabajo, deleitándose con el sonido del martillo contra el acero, con el olor del metal candente, con los brillantes relámpagos de las chispas sobre el yunque.

Para eso había nacido: para fabricar una poderosa armadura, valiéndose solo de la agudeza de su vista y la fuerza de sus brazos. Para crear y dar forma y refinar, en lugar de destruir.

Pero Nobul sabía que pronto habría bastante destrucción. Se produciría una carnicería y, si los dioses lo deseaban, él se encontraría en medio. Tampoco es que la voluntad de los dioses importara una mierda. Ellos no lo ayudarían, ni tampoco a la ciudad. Lo único que podría salvar a Steelhaven sería un combate sangriento y sucio hasta la muerte. Y Nobul Jacks sabía muy bien cómo hacer eso.

Sudaba copiosamente mientras trabajaba en la pequeña forja. El fuego ardía con una intensa blancura y él estaba desnudo hasta la cintura, disfrutando de la sensación de la fuerza regresando a unos músculos a los que les había permitido ablandarse durante demasiado tiempo. Mientras hacía una pausa y extendía la mano hacia una jarra de agua tibia para apagar la sed, oyó un bullicio fuera.

Dejó el martillo encima del yunque y abrió la puerta, dejando que el frío del exterior le refrescara la piel húmeda. El ruido era apremiante y Nobul vio que una multitud avanzaba de prisa por la calle hacia el norte.

Salió, sin molestarse en ponerse una camisa, y sintió con gratitud el frío invernal en la piel. Un viejo, que arrastraba un bastón en el empedrado, pasó a su lado lo más rápido que pudo.

—¿Qué ocurre, anciano? —preguntó Nobul, cogiéndolo de la manga de la chaqueta. Era una pregunta estúpida. Él ya sabía lo que sucedía. Solo podía ser una cosa.

—Los khurtas —respondió el viejo—. ¡Ya están aquí, maldita sea!

Con una fuerza sorprendente, se liberó de la mano de Nobul y continuó su camino renqueando.

A Nobul Jacks se le dibujó una sonrisa en el rostro. Habían llegado, por fin.

Cogió su camisa y se la puso, sintiendo que el húmedo algodón se le pegaba a la piel. Cerró la puerta de la forja de un golpe y se dirigió hacia el norte confundido con la masa cada vez más numerosa de ciudadanos.

Era una sensación extraña caminar al lado de una multitud de cuerpos, percibiendo la preocupación y el miedo en los rostros cuando él solo estaba expectante... incluso excitado. Eso era lo que había esperado. Este era su momento.

Nobul llegó a la casa de Fernella y se detuvo un momento en el exterior. Sentía un cosquilleo en el estómago, como un niño que esperaba recibir los regalos del solsticio. Cuando golpeó a la puerta supo que ya no habría marcha atrás.

Fernella abrió la puerta y ya tenía lo que él había venido a buscar.

—Sabía que vendrías —dijo—. Sabía para qué vendrías, además. —Nobul no contestó, solo miró la caja—. Vamos, llévatela. No voy a quedarme aquí todo el día.

Él la cogió, sintiendo el peso en los brazos.

—Te lo agradezco.

—No es necesario. Solo cuídate —respondió ella.

Tal vez esa fuera la última vez que se veían y quizás él debería haber pensado en algo bonito para decirle. Pero no se le ocurrió nada.

Cuando se volvió, oyó que ella cerraba la puerta.

La caminata de regreso a la forja fue rápida, pero habría tardado todavía menos si no hubiera tenido que avanzar en dirección opuesta a la muchedumbre. La gente pasaba a su lado con entusiasmo y con temor, pero Nobul apenas lo notó. Una vez que llegó a la forja, depositó la caja de madera sobre una mesa que había contra una pared. Luego dio un paso atrás.

Había llegado el momento. Si abría la caja ya no habría retorno. Sabía que una vez que tuviera en la mano su contenido volverían los viejos tiempos, y el viejo Nobul Jacks.

¿Era eso lo que quería? ¿Aquellos días de sangre y matanzas que había tratado de dejar atrás durante tantos años?

Pero en realidad no quedaron atrás, ¿verdad, Nobul Jacks? Nunca quedaron atrás. El viejo Nobul Jacks siempre ha estado aquí, tal vez dormido, pero en las últimas semanas se ha despertado en algunas ocasiones y hay muchas personas muertas por eso.

Cuando se dispuso a abrir el broche de la caja, notó que le temblaba la mano. Apretó los dientes, movió el broche y levantó la tapa. Las bisagras estaban un poco duras, pero eso tenía sentido, después de tantos años. De todas maneras, el contenido seguía allí, envuelto en un paño negro.

Nobul metió la mano, cogió el mango y tiró de él; luego desenvolvió el paño y lo dejó caer al suelo.

Contempló el martillo. Lo sopesó. La sensación del revestimiento de cuero contra la palma lo tranquilizó. Admiró la cabeza tallada, la ilustración en relieve que se asemejaba a dos cadenas entrelazadas. Y recordó.

Recordó la Puerta de Bakhaus. Recordó a los aeslanti corriendo hacia él y rugiendo con todas sus fuerzas. Recordó la sensación del impacto certero, la sangre, los muertos. Recordó su propio rugido, el grito de triunfo. Llevaba más de una década sin experimentar las sensaciones que ello le provocaba en ese momento.

No, el Nobul Jacks de antes no había regresado.

Jamás se había marchado.

Se acercó a un estante junto a la puerta. Allí se encontraban las piezas terminadas de la armadura zatani, pero eso no era lo único que había fabricado desde que había entrado en aquella forja. Extendió la mano, cogió el negro yelmo de hierro y lo miró. No sería el mismo que había llevado en Bakhaus, pero se parecía bastante. Cualquiera que hubiera estado allí lo reconocería sin ninguna duda. Los que no, lo sabrían por las leyendas.

Con el casco y el martillo en las manos, volvió a salir. Las calles ya estaban casi desiertas; todos habían corrido hacia las murallas del lado norte. Cuando se acercó, oyó a la gente de Steelhaven, algunos que gemían y se lamentaban, otros que gritaban con enfado, escupiendo su furia y su desafío a la llanura.

Nobul se abrió paso entre los ciudadanos. Algunos se volvieron hacia él con irritación, pero cuando vieron su adusto semblante, se quedaron mudos. Finalmente, se ubicó en el área de las almenas septentrionales, rodeado de la gente de Steelhaven. Todos estaban mirando. Todos contemplaban sobrecogidos lo que allí venía.

Al norte había un ejército. Huestes de miles de combatientes. Los salvajes khurtas finalmente habían llegado, encabezados por su caudillo, el inmortal elharim, que se había aventurado lejos de su tierra natal para apoderarse de Steelhaven.

Nobul Jacks se puso el negro casco de hierro, se llevó el martillo al hombro, y esperó.

Epílogo

Lo llamaban Aluk Vadir. Era un puerto bullicioso, no como el inmenso e imponente de Steelhaven, pero de todas maneras había estado bastante animado en los últimos días. Río supuso que más animado que en muchos años.

Una veintena de buques de guerra, cada uno equipado con una enorme catapulta, ya habían zarpado del muelle y surcaban el mar Midral. Río observó el muelle desde el balcón de una habitación en una de las plantas superiores, en la parte lateral de una torre de paredes lisas. Pero no le preocupaban los barcos que incluso en ese mismo momento ponían rumbo hacia su tierra.

Lo único que podía pensar era en los hombres que había matado.

Bosque le había dicho que solo serían cinco. Solo cinco y, además, malvados. Río lo había considerado una cantidad aceptable. Solo que no habían sido solo cinco, habían sido esos cinco hombres y sus guardias, sus custodios y, cuando había sido necesario, sus sirvientes. Río había descubierto que había recuperado los hábitos antiguos, la costumbre de matar, con demasiada facilidad.

Allí, en aquel balcón elevado, bajo el bochornoso calor de la noche, se sentía profundamente arrepentido. Lamentaba las vidas que había tronchado. Si Jay supiera lo que había hecho, lo odiaría. Ella era delicada, un alma inocente, y jamás lo entendería, aunque lo había hecho por ella. Para protegerla del Padre de los Asesinos.

¿Y qué otra cosa podría haber hecho? Había celebrado un juramento y nada menos que con el mismo Padre de los Asesinos.

Río se giró cuando oyó al anciano que trataba de meter su llave en la cerradura de la puerta. Cuando entró, Río percibió su olor almizclado y de alguien que llevaba tiempo sin bañarse, el vino en su aliento y el aroma de humo de pipa en la ropa.

Abda Jadi entró con dificultad y luego cerró la puerta. Él había sido quien le había dado a Río sus blancos en Bahía Keidro. Había sido él quien había preparado el contrato que Río les había presentado a sus presas, redactado con una extraña letra extranjera y finalmente firmado con sangre.

—Es una noche tranquila —dijo el viejo—. Las calles están prácticamente vacías ahora que el último de los barcos está a punto de zarpar.

El último de los barcos que llevarían destrucción a Steelhaven. Río apretó los puños, sintiendo remordimiento por el papel que había tenido en eso.

—Entonces, ¿nuestro asunto está terminado? —preguntó.

—Sí, supongo que sí —respondió el viejo. Lo miraba mientras sus dedos retorcían la túnica blanca y sucia que le cubría el cuerpo. Río vio que unas perlas de sudor le caían del turbante.

Algo andaba mal. Hacía calor, pero el viejo estaba acostumbrado. No tenía sentido que estuviera sudando, a menos que...

Río se agachó instintivamente, arrojándose al suelo justo cuando algo atravesó el aire. La flecha pasó a toda velocidad por el lugar donde él había estado un momento antes. Abda Jadi no fue tan rápido y recibió la flecha en la garganta.

Mientras el hombre retrocedía, trastabillando y agarrándose el cuello, Río sacó sus armas blancas. El asesino irrumpió por la ventana, con las armas ya desenvainadas.

—Bosque —tuvo tiempo de susurrar Río, antes de ponerse en posición, con las armas listas para bloquear el estoque y el estilete que el otro intentaba clavarle en el rostro.

No podía ser. Había hecho un juramento. Se lo había prometido el Padre de los Asesinos.

Pero ¿era cierto? Solo le había prometido que Jay sobreviviría; nunca había dicho que dejaría con vida a Río.

Bosque no dijo nada; lo atacó con toda la velocidad y la malevolencia que Río esperaba de su hermano. Al principio le costó bloquearlo, y el estoque de Bosque trazó una línea en su jubón y le cortó la carne. Río ignoró el dolor, se giró a un lado, cogió a Abda Jadi, que aún se retorció en su agonía, y lo empujó hacia Bosque.

Su hermano apartó al viejo y retrocedió un paso, jadeando por el esfuerzo. Era evidente que su talento estaba oxidado y que llevaba mucho tiempo sin luchar, pero el viaje desde Steelhaven era largo. Río, por otra parte, todavía tenía un asesino en su interior.

Los dos se abalanzaron el uno sobre el otro; el único sonido era el de sus armas entrechocándose. Cuando el estoque de Bosque descendió en un nuevo ataque, Río atrapó el guardamano con una de sus hojas, lo giró y se lo arrancó de la mano. Esquivó el arma corta de Bosque y enganchó su propia arma en la parte de atrás de la pierna de su hermano. Le hizo un tajo en la pantorrilla y Bosque lanzó un gruñido de dolor, luego trastabilló cuando Río volvió a asestarle una puñalada en el antebrazo, obligándolo a dejar caer el puñal.

Con la ventaja de ese impulso, Río se le lanzó encima y lo empujó hacia atrás. Ambos cayeron al suelo y Río colocó uno de los puñales en la garganta de su hermano, mientras levantaba el otro para la estocada mortal. Abda Jadi había exhalado su último aliento, y cuando los jadeos del viejo moribundo terminaron, se hizo un silencio en la habitación.

Bosque sonrió. Era obvio que estaba dolorido, pero no lo dejó traslucir, igual que habría hecho Río.

—¿Qué esperas, hermano? —preguntó—. Hazlo.

Río clavó los ojos en los de Bosque. No había temor allí. Era como si quisiera morir. Como si hubiera estado esperando este momento, anhelándolo.

—¿Por qué has venido? ¿Por qué no me dejaste escapar?

—El Padre jamás te dejará libre, Río. Así como tampoco la dejará libre a ella.

—Hizo un juramento.

—Él no honra los juramentos hechos a traidores —respondió Bosque, aparentemente deleitándose con la incomodidad de Río—. No te debe nada. A esta altura, lo más probable es que ella esté muerta. Su ciudad caerá poco después.

Río gruñó y levantó la hoja para apuñalarlo.

Pero era su hermano. Ya había matado a uno. ¿Realmente podría matar al otro?

Se puso de pie y miró a Bosque, que se desangraba sobre el suelo de la habitación. Su hermano estaba indefenso y gravemente herido. Necesitaría suerte para sobrevivir. Tal vez sería mejor dejárselo a las Parcas.

—No me sigas, hermano —dijo Río—. Si alguna vez regresas a Steelhaven, te mataré.

Bosque no respondió. Si sobrevivía, podía ser que hiciera caso a la advertencia de su hermano.

O podía ser que no.

Sin decir otra palabra, Río corrió hacia la ventana y saltó hacia un tejado adyacente. La escasa brisa que venía desde el Midral era cálida, casi invitadora.

El muelle no estaba lejos de la torre y Río hizo todo el camino corriendo. Alcanzó a ver que el último de los barcos estaba casi listo para zarpar y se lanzó a toda velocidad hacia el extremo del muelle donde unos hombres cargaban las últimas provisiones. Sin decir palabra, se unió a ellos. Cogió un cajón de madera de manos de uno de los trabajadores portuarios y se acercó a la plancha. Nadie le prestó atención mientras subía a cubierta. Nadie dijo una palabra cuando dejó el cajón en el suelo y avanzó hacia la proa. Nadie lo vio cuando se agachó en las sombras y esperó que el capitán diera la orden de izar las velas y zarpar.

Mientras el barco salía del puerto y avanzaba hacia el norte, Río no pudo apartar los ojos del lejano horizonte. Podrían pasar varios días hasta que viera Steelhaven y sabía que cada uno de esos días sería un tormento hasta que pudiera averiguar si Jay todavía estaba viva.

Tenía que creer que era así. Si no, juraba que habría más muertes.

Muchas más muertes.

Agradecimientos

Una vez más, debo agradecer a mi agente, John Jarrold, su ayuda y sus consejos. ¡Este año definitivamente iremos a comer unos buenos chuletones!

También extendiendo mi gratitud infinita a los chicos y chicas de Headline, que han trabajado incansablemente para convertir mis palabras en un libro de verdad y que lo hacen llegar a la mayor cantidad posible de lectores. Un agradecimiento especial a Patrick Insole, Caitlin Raynor, Tom Noble, Christina Demosthenous y Joanna Kaliszewska.

Asimismo, me gustaría agradecer a todos los lectores que se tomaron el tiempo y el esfuerzo de publicar una reseña de *El heraldo de la tormenta*. Aprecio mucho vuestras opiniones.

En último lugar, un gran agradecimiento al tipo que mantiene en marcha todo este desquiciado espectáculo, mi editor, John Wordsworth. Solo queda uno para terminar... quizás.



RICHARD FORD. Nacido en Leeds, Inglaterra, es autor de una novela steampunk llamada *Kultus* y de relatos aparecidos en antologías como *The Cold Hand of Betrayal* o *Dark Horizon 55*. Con su siguiente obra, *El heraldo de la tormenta*, ha dado inicio a la Trilogía de *Steelhaven*.